

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



EDICIÓN ESPECIAL V ANIVERSARIO

HOMENAJE A ANTÓN ARRUFAT

RAFAEL ALCIDES

Teatro y otros poemas

AURELIO DE LA VEGA

Nacionalismo y universalismo

EL PRESIDIO POLÍTICO EN CUBA

primavera de 2001

20

2.000 ptas.
12,02 euros

REVISTA
encuentro
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR
Jesús Díaz

REDACCIÓN
Manuel Díaz Martínez
Carlos Espinosa
Luis Manuel García
Iván de la Nuez
Marifeli Pérez-Stable
Rafael Rojas
Rafael Zequeira

EDITA
ASOCIACIÓN ENCUENTRO
DE LA CULTURA CUBANA
c/ Infanta Mercedes 43, 1º A
28020 • Madrid
Tel.: 91 425 04 04 • Fax: 91 571 73 16
E-mail: asociacion@encuentro.net

COLABORADORES

Eliseo Alberto • Rafael Alcides • Ramón Alejandro •
Carlos Alfonso † • Rafael Almanza • Eliseo Altunaga •
Diana Álvarez • Alejandro Anreus • Uva de Aragón •
Helena Araújo • Jorge Luis Arcos • Antón Arrufat •
Guillermo Abello • Gastón Baquero † • Joaquín Badajoz •
Carlos Barbáchano • Jesús J. Barquet • Víctor Batista •
José Bedía • Francisco Bedoya • Antonio Benítez Rojo •
Beatriz Bernal • Marta Bizcarrondo • María Elena Blanco •
Félix Antonio Bonne Carcasés • Rosa Ileana Boudet •
Elisabeth Burgos • Atilio Caballero • Madeline Cámara •
Wilfredo Cancio • Jorge G. Castañeda •
Mons. Carlos Manuel de Céspedes • Luis Cruz Azaceta •
René Depestre • Cristóbal Díaz Ayala • Eliseo Diego † •
Josefina de Diego • Jorge Domínguez • Antonio Elorza •
Norge Espinosa Mendoza • Oscar Espinosa Chepe •
Magaly Espinosa • María Elena Espinosa • Abilio Estévez •
Tony Évora • Miguel Fernández • Lino B. Fernández •
Gerardo Fernández Fe • Joaquín Ferrer • Victor Fowler •
Alejandro de la Fuente • Flavio Garcíandía •
Antonio García-Creus • Manuel García Verdecía •
Alberto Garrandés • Florencio Gelabert • Lourdes Gil •
René Gómez Manzano • Roberto González Echevarría •
Luis González Ruisánchez • Germán Guerra •
Mariela A. Gutiérrez • Pedro Juan Gutiérrez •
José Manuel Hernández • Ernesto Hernández Busto •
Emilio Ichikawa • Roberto Jiménez • José Kozer • Glenda León •
Jorge Luis Llopiz • César López • Maritza Lugo Fernández •
Raudelio Machín • Eduardo Manet • Héctor Maseda •
Carmelo Mesa-Lago • Carlos Monsiváis • Byron Miguel •
Julio E. Miranda † • Carlos Alberto Montaner •
Juan Antonio Molina • Gerardo Mosquera • Benigno Nieto •
Carlos Olivares Baró • Joaquín Ordoqui • Heberto Padilla † •
Enrique Patterson • Patricia Pardiñas • Gina Pellón •
Marta María Pérez Bravo • Ileana Pérez Drago •
Gustavo Pérez Firmat • José Luis Piñero • Antonio José Ponte •
Ena Lucía Portela • José Prats Sariol • Tania Quintero •
Sandra Ramos • Alberto Recarte • Enrique del Risco •
Miguel Rivero • Raúl Rivero • Arsenio Rodríguez Quintana •
Guillermo Rodríguez Rivera • Efraín Rodríguez Santana •
Marta Beatriz Roque • Baruj Salinas • Miguel Ángel Sánchez •
Enrique Sainz • Enrico Mario Santí • Rafael Saumell •
Fidel Sendagorta • Ignacio Sotelo • Ilán Stávans •
Salvador E. Subirá • José Miguel Torres • Amir Valle •
Jorge Valls • Aurelio de la Vega • Carlos Victoria •
Fernando Villaverde • Alan West • Yoss (José Miguel Sánchez) •

20
primavera 2001

CINCO AÑOS DE ENCUENTRO / Jesús Díaz • 3

■ Homenaje a Antón Arrufat ■

5



NACIONALISMO Y UNIVERSALISMO

Aurelio de la Vega • 49

FIESTAS CUBANAS / Roberto González Echevarría • 57

LA CULTURA CUBANA HACIA EL NUEVO MILENIO

Antonio Benítez Rojo • 75

¿UN REVIVAL DEL BOLERO? / Tony Évora • 81

CRUDO: EL ROCK CUBANO DE LOS NOVENTA

Arsenio Rodríguez Quintana • 90

SALSA DE CUBA / Luis González Ruisánchez • 97

PERMISO QUE LLEGÓ FORMELL

Carlos Olivares Baró • 102

■ En proceso ■

LA «RAZA» Y LOS SILENCIOS DE LA CUBANIDAD

Alejandro de la Fuente • 107

■ Cuentos de Encuentro ■

EL PIANISTA ÁRABE / Jesús Díaz • 119

CABEZA DE EXILIADO / Benigno Nieto • 124

EL PANTEÓN DE LOS HÉROES / Amir Valle • 136



LA CAMISA DE FUERZA

Antonio Elorza / Marta Bizcarrondo • 139

■ Dossier ■

El presidio político en Cuba

DEPORTACIÓN A FERNANDO POO / Anónimo • 156

EL PRESIDIO RODEADO DE AGUA DE VALERIANO WEYLER

José M. Hernández • 168

1902-1959: MÁS NARRACIONES ENTRE HIERROS

Rafael E. Saumell • 176

SANTA CLARA, DICIEMBRE DE 1960. TRIBUNALES

EN LA NOCHE / Antonio García-Creus • 186

EL PRIMER DÍA / Byron Miguel • 190

- EL PLAN DE TRABAJO FORZADO EN ISLA DE PINOS
Roberto Jiménez • 198
- A SANGRE FRÍA / José Miguel Torres Calero • 203
- TRES CRISIS / Salvador E. Subirá • 206
- UN MÉDICO EN PRESIDIO / Lino B. Fernández • 219
- LOS TRABAJOS FORZADOS EN CUBA
Héctor Maseda • 224
- PUEBLOS CAUTIVOS / José Luis Piñeiro • 228
- CAMINO DE LA CÁRCEL / Martha Beatriz Roque • 232
- PRISIÓN DE MUJERES DE OCCIDENTE
Maritza Lugo Fernández • 236
- DOCUMENTO DE LOS TRES
Félix Antonio Bonne Carcassés / René Gómez Manzano
Martha Beatriz Roque Cabello • 239

■ **Miradas polémicas** ■
24I

■ **Poesía** ■

- TEATRO Y OTROS POEMAS / Rafael Alcides • 28I

■ **Textual** ■

- EL AMANECER DE REINALDO ARENAS
Eliseo Alberto • 289

- PARA QUE SE RESPETEN LOS DERECHOS HUMANOS
Jorge Castañeda • 292

■ **Visión de América** ■

- ESCRIBIR EL CARIBE QUE SOMOS / René Depestre • 297



- AVENTURAS Y DESVENTURAS DE
LA EVANGELIZACIÓN EN LA AMÉRICA LATINA
Mons. Carlos Manuel de Céspedes • 303

- LA RESISTENCIA IMAGINARIA / Raudelio Machín • 317

- EUGENIO FLORIT: UNA RAMA DE AIRE QUE SE MECE
Manuel García Verdecia • 32I

■ **Buena Letra** ■ 327

■ **Cartas a Encuentro** ■ 353

■ **La Isla en peso** ■ 357

DISEÑO GRÁFICO

Carlos Caso

MAQUETACIÓN
KSO comunicación

IMPRESIÓN
Navagraf, S.A., Madrid

Ejemplar: 1.000 ptas. / 6,01 euros
Ejemplar doble: 2.000 ptas. / 12,02 euros

Precio de suscripción (4 núm.):
España: 4.000 ptas. / 24,04 euros
Europa y África: 6.650 ptas. / 39,97 euros
América, Asia y Oceanía:
7.900 ptas. / \$ 55,00 / 47,48 euros

No se aceptan
domiciliaciones bancarias.

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA
publicación trimestral independiente
que no representa ni está vinculada a
ningún partido u organización política
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son
responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo
indicación contraria.

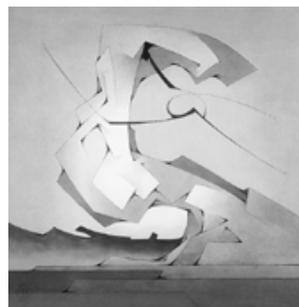
No se devolverán los artículos que no
hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996
ISSN: 1136-6389

Portada, contraportada e interior,
Joaquín Ferrer

Contraportada
Arbre nº 3.
Óleo sobre lienzo (2000)

Portada
Arbre de vie.
Óleo sobre lienzo (2000)



Cinco años de Encuentro

JESÚS DÍAZ

En el verano de 1996 apareció el número 1 de nuestra revista, hoy, cinco años después, aparece el 20. En la presentación de aquella remota primera entrega, escribimos: «La revista *Encuentro de la Cultura Cubana* tendrá como objetivo primordial el constituirse en un espacio abierto al examen de la realidad nacional. En nuestras páginas hallarán cabida tanto contribuciones de cubanos que viven en la Isla como de aquellos que residen en otros países, y también, desde luego, reflexiones de intelectuales extranjeros sobre nuestro país y su circunstancia. Pretendemos contribuir así a que nuestra cultura aparezca en su diversidad, en su vocación contemporánea e internacional, como una de las principales esperanzas de la nación».

Agradecemos a nuestros colaboradores y lectores, cubanos y no cubanos, de la Isla y del exilio, el habernos permitido cumplir ese objetivo. Agradecemos asimismo a nuestros promotores, patrocinadores, anunciantes y suscriptores el apoyo que ha hecho posible este empeño, y también el de nuestro diario digital *Encuentro en la Red* (www.cubaencuentro.com), que pronto ofrecerá a sus visitantes, digitalizada, la colección completa de la revista, muchos de cuyos números están totalmente agotados.

En nuestra primera presentación escribimos también: «*Encuentro de la Cultura Cubana* no representa ni está vinculada en modo alguno a ningún partido u organización política de Cuba o del exilio. La revista no publicará ataques personales ni llamados a la violencia y sólo aplicará el criterio de calidad en la selección de sus colaboraciones. A partir de esas premisas, *Encuentro de la Cultura Cubana* estará abierta a puntos de vista contradictorios e incluso opuestos, dará acogida y aun estimulará las polémicas, prefigurando así la sociedad plural que deseamos para nuestro país».

Sólo nos resta ratificarnos en esos objetivos radicalmente democráticos. En los inicios de un nuevo siglo la cultura sigue siendo una de las principales esperanzas de la nación, y Cuba está más necesitada de esperanza que nunca.



Pequeña profesión de fe

Antón Arrufat

CERCA DE ESTA HORA, ALREDEDOR DE LAS CUATRO DE LA tarde, durante nueve años exactos, desde 1971 a 1979, de lunes a viernes, con cuatro horas de trabajo los sábados, salía yo de la biblioteca de Marianao caminaba varias cuadras, subía una ruta 22 y cincuenta minutos después estaba en mi casa de Centro Habana. Cumplía con una sanción misteriosa: no tenía tiempo señalado e ignoraba la cuantía del delito. Había cometido al escribir *Los siete contra Tebas*, un delito que nunca se me dijo en qué consistía realmente ni qué tiempo debía pagar por cometerlo. ¿Quiénes debían decírmelo y quiénes debían perdonarme? Tampoco lo supe nunca. Es decir, nunca oficialmente, como supongo deben conocerse estas cosas, sino mediante rumores, comentarios y puertas que se mantenían cerradas. Para mí se convirtió en el delito de escribir, de escribir una obra teatral juzgada como atentatoria, según reza el prólogo que esta institución misma puso en aquellos años a la edición de la pieza, atentatoria contra principios de la Revolución. Creo que ha llegado el momento de contar públicamente el hecho. Si vivimos en una sociedad que rectifica sin declarar que se ha equivocado, no me parece sano continuar haciéndolo así. Sólo diciendo ciertas cosas ganaremos conciencia sobre ellas y un poco de lucidez. No debemos negarnos a aprender de la Historia porque nos veremos obligados a repetirla. En el almacén de la Biblioteca de Marianao, formando paquetes de revistas con un cartón y una sogá, sin poder recibir ni hacer llamadas telefónicas, con las visitas personales prohibidas, observado por la directora, esperé nueve años. Mi capacidad de resistencia ha sido siempre fabulosa. Creo que se fundamenta en un mecanismo de defensa inconsciente muy simple: cuando termino de hacer algo, lo olvido. O dicho con mayor precisión: me entrego de inmediato a otro hacer. En una mesa de madera rústica que había en el almacén, coloqué el manuscrito de *La caja está cerrada*, que tenía ochocientas

páginas en letra menuda, y comencé a pasarlo en limpio, aprovechado los momentos en que la directora dejaba de observarme. Felizmente, como el manuscrito era tan cuantioso, las páginas duraron hasta que la sanción terminó en 1987. Vino entonces la rehabilitación con su ritmo pausado, gradual, según ocurren estas cosas en nuestra sociedad. Y aquí estamos, finalmente, con varios libros publicados, como cualquier otro escritor.

Si menciono este hecho en público y por mi boca, es con el fin de exorcizarlo. El caso de *Los siete contra Tebas* está en conocimiento de todos y subyace en este acto como algo secreto. Permítaseme, al menos por una vez, que deje de ser secreto y que lo asumamos entre todos. No conozco otro modo de ponerle punto final. Después de compartido, entreguemos el asunto a los historiadores futuros. Si además lo hago no es por resentimiento, que mis amigos saben que no padezco, ni por vanagloriarme de mi capacidad de resistencia, la que es un don natural que tan sólo me es dado ejercitar, ni por proclamarme víctima del Estado: lo hago por algo que tiene relación con la ética del escritor: es un profesión de fe. En cualquier momento de la Historia y en cualquier sociedad, la relación del artista con el Estado o con el poder, no resulta fácil ni placentera. Mejora a veces y luego empeora. Lo que es imprescindible es esclarezca, y que cada cual mantenga el lugar que le corresponde. Aspiremos a una especie de equilibrio entre el Estado y el individuo. Ni un Estado tan fuerte que nos aplaste ni tan débil que no deje indefensos.

Lo que a nosotros corresponde es realizar nuestra obra, ser fieles a ella e insobornables. Aprendí de Lezama y de Piñera que su oficio, para un escritor verdadero, es el más elevado, y bien merece la resistencia y la espera. Vivos o muertos, realizada la obra, ocupará su lugar.

Con su hachuela de desgracias y júbilos, la vida me ha pulido el corazón. Cuando era joven pensaba que el momento de agradecer no llegaría. Iba por la vida como quien todo se lo merece y a quien todo ha sido dado, escupiendo a diestros y a siniestros. El cuerpo me cantaba. Era mía la luz, para mí la noche ocurría, míos eran el porvenir y la posteridad... ¿A quién agradecerle si era mío todo?

Al cabo llega el momento de la reverencia, de la inclinación.

Ahora, a los sesenta años furiosamente cumplidos, cuando comienzo a recoger y ordenar papeles, a releer cartas, ahora que las fotos me emocionan como un presagio, y están en ellas tantos amigos muertos, ahora, que pienso que todos tienen derecho a cantar aunque no lo hagan bien, ahora, que aprendí a pasar de largo con la escupida tras los dientes, y llego a comprender que las cosas pertenecen a otros, que estaban, cuando empecé, en manos de los otros: de ellos era la rosa que veía como nueva y que mis ojos la veían a través de los suyos, ahora que hay tantos muertos a mis espaldas, permitidme que los invoque. Si pueblan mi mente, pueblan también esta sala y están parados detrás de sus cristales.

Alzan las cabezas para saludarme.

Yo les soy fiel, y no les temo. Muchos ratos paso en su compañía. Escuchad. Empieza el desfile de los muertos amados.

Escuchad, sombras mías.

Agradezco a mi padre el haberme engendrado en una noche de amor. Mi padre me llevó ante el vacío de la escritura y me dijo: «¿es cierto que quieres? Escribe algo. Si vale, te dejaré en paz. No serás abogado».

Mi madre, con su cabellera de mora y su diente montado. «Hijo mío, persevera. Yo no entiendo lo que escribes, pero sé que debes hacerlo».

Los dos murieron antes de que el hijo escribiera un libro.

Agradezco a Virgilio Piñera, que me ofreció amistad —creadora, crítica, dolorosa, acerba—, como debe ser. Cuando él murió, no tuve con quien hablar. El mundo se me empobreció. Nadie sabía como él lo que era escribir. Con sus ojos enormes veía el horror. Desde la muerte alza todavía la mano para ayudarme a cruzar.

Agradezco a mis amantes muertos, hombres y mujeres, que me entregaron una porción de felicidad posible. Dondequiera que estén, sepan que no olvidó ese amor, vuelto contra la oscura pared, en la cama en que me hundo cada día y resucito.

A Calvert Casey, que me acompañó hasta su partida.

A José Rodríguez Feo, que me llevó a *Ciclón* cuando yo era solamente un muchacho, y tuvo fe y me pidió que escribiera.

A Olga Andreu, que me llamaba «imbécil» con todas sus letras y me quería tanto.

A Eloína, que me mandaba cada mediodía un plato de comida, sin pedirme nada a cambio. Sólo que le leyera lo que escribía. Murió, y la llevé al cementerio. No la he vuelto a ver. Tengo tantas páginas que leerle desde entonces...

Al hombre que yo fui, y que miro espantado en los retratos, como si hubiera muerto.

A Raúl Martínez, que hizo la portada de mis libros de juventud, y mueve la hoja seca de un árbol con su mano de pintor.

Escuchad, sombras mías.

Gracias, gracias... Es todo.

Con la publicación, en exclusiva, de este relevante texto, leído por el poeta Antón Arrufat en el reciente homenaje que la UNEAC le ofreciera por sus sesenta años, *La Revista del Vigía* se une a la celebración de tal aniversario y anuncia la próxima aparición de *Celare Navis y otros poemas*, en la colección Del San Juan.

(*La Revista del Vigía* Vol.6: n° 2;
Matanzas, 1995, pp 107-110.)

Los siete contra Tebas

Antón Arrufat

EL CORO

¡Qué silencio! ¡Qué horrible silencio!
Estábamos preparados para la guerra
y de pronto el silencio como un espacio
blanco y desierto. Presentimientos
brotan y saltan en él y se combaten.
¿Qué ocurrirá? ¡Alguien se acerca!

POLINICE

(Aparece en el fondo, solo, sin armas.)
¡Es Polinice!

EL CORO

(Pasándose el nombre de una en otra.)
¡Polinice! ¡Polinice! ¡Polinice!

POLINICE

Te ofrezco una tregua, Etéocles.
Vengo a hablar contigo.

ETÉOCLES

(Luego de un silencio.)
Entra. ¿Qué quieres?

POLINICE

¡Me extraña esa pregunta! He detenido
mi ejército a las puertas de la ciudad
¿y me preguntas lo que quiero?

ETÉOCLES

Para desdicha de Tebas hemos oído
el estruendo de tu ejército. Vemos,

yo y estas mujeres, relucir tus armas
bien forjadas y la leyenda arrogante
de tu escudo. Te has entregado
a otras gentes, Polinice,
y con ellos vienes a tu tierra natal.
Eres un extraño y por eso te pregunto
lo que quieres. No reconozco tu voz,
he olvidado el brillo de tus ojos.

POLINICE

El temblor de tu voz te desmiente.
Pero no importa. Sé que debes fingir
delante de estas mujeres. En eso eres
un buen gobernante. Usas la máscara
que los demás esperan y en el momento preciso.
Pero no importa. Me basta con que veas
el resplandor de mis armas.

ETÉOCLES

No sé si antes me tembló la voz, pero
ahora me tiembla de asco y de sagrado furor.
Eres el mismo de siempre. Por eso
te acompañan esos hombres y alzas
esos escudos. Te conocemos, Polinice.
Te conocemos tanto que hemos empezado a
olvidarte.
Di lo que quieres. Di lo que pretendes
con esta tregua mentirosa.

POLINICE

Tus alardes no me asombran, Etéocles.
Aparentas estar seguro. Eres el héroe
que al pueblo salva con un gesto firme.
No es la primera vez. Hubo una noche
en que estabas tan seguro como ahora.
Y sin embargo, he ahí un ejército
que me sigue, que me llama su jefe
y mis órdenes cumple. Nunca pensaste
que tu hermano regresaría a su ciudad
en medio, rodeado de una hueste poderosa,
despierta, Etéocles. Empieza tu fin.
Nadie, sólo un loco, se sentiría
seguro frente a un ejército como el mío.
Cuento con su fidelidad y con su fuerza.
Nada conseguirás en un pueblo descalzo

que empuña viejas lanzas y escudos podridos.
Entrégame la ciudad y te salvaré
de la humillación de una derrota.

ETÉOCLES

Ahora sé lo que quieres. Estas mujeres
y yo lo sabemos.

POLINICE

No las mezcles en esto. Ellas
no gobiernan la ciudad.

ETÉOCLES

Ellas también son la ciudad.
Cuento con ellas y las quiero de testigos.
Nada tengo que ocultar, Polinice.
Esta noche acaba al fin todas las distinciones.
Tu tregua nos enseña a conocernos
y a afirmar nuestra causa.
Es tu ejército quien nos une,
es tu crueldad la que nos salva.
Somos un pueblo descalzo, somos
un pueblo de locos, pero no rendiremos
la ciudad.
Tebas ya no es la misma:
nuestra locura
algo funda en el mundo.

POLINICE

¡No destruirás mi ejército con palabras!
Te ofrezco una salida. Abandona
el gobierno y parte en silencio.
Yo explicaré al pueblo tus razones.

ETÉOCLES

¡Basta Polinice! Nada puedes ofrecer
a Tebas que a Tebas interese. Hemos
escuchado la descripción de tu ejército.
Sabemos por qué vienen y la ambición
que los une. ¡No les entregaremos la ciudad!

POLINICE

Entonces, habrá sangre. ¡Tuya
es la culpa!

ETÉOCLES

¿Armé yo tu ejército?

POLINICE

No eres inocente, Etéocles.
Si ese ejército está ahí, es por tu culpa
Si se derrama sangre, es por tu culpa.

ETÉOCLES

Es pronta tu lengua, con facilidad argumentas.
¡Eres un buen retórico!

POLINICE

Tuvimos el mismo maestro. ¿No lo recuerdas?

ETÉOCLES

Recuerdo que vivíamos en la misma casa.
Recuerdo que comíamos juntos,
y juntos salíamos a cazar. Recuerdo
que un día, tu venablo más diestro,
me salvó de la muerte.
Nos abrazamos jadeantes,
mientras el jabalí agonizaba
en la yerba, chorreando sangre por el vientre.
Murió en un asqueroso pataleo.
Yo amé tu brazo mucho tiempo.
Lo observaba despacio, con cuidado y fervor.
Regresamos a casa, y a todos lo conté.
La luz era distinta aquel día,
la vida me importaba más.
¿Qué otra cosa recuerdo?
Recuerdo que has armado un ejército enemigo
para destruir esa casa, para arrasar
esta ciudad, alzando
el mismo brazo de aquel día.

POLINICE

¡Hábil Etéocles! Sabes
buscar razones dulzonas.
En aquel momento salvé a mi hermano,
ahora vengo contra mi enemigo.
Mi brazo es el mismo,
pero tú no eres la misma persona.
Quien olvida, se hace otro.
Sin embargo, no es fácil:

un día trae otro día,
 y nada es impune. No podrás
 ocultar tu culpa en la tierra.
 Yo he regresado para recordártela;
 y también recuerdo. Recuerdo
 el pacto que hicimos hace tres años,
 y recuerdo que tú lo has destruido.
 Pacté contigo gobernar un año
 cada uno, compartir el mando
 del ejército y la casa paterna.
 Juraste cumplirlo. Y has roto
 el juramento y tu promesa.
 Solo gobiernas, solo decides,
 solo habitas la casa de mi padre.
 ¿No lo recuerdas?

ETÉOCLES

¿Y es a éstos a quienes encomendaste
 recordármelo? ¿Es con el sonido
 de sus armas, con los aullidos
 de sus bocas extranjeras
 con lo que debo recordarlo?

POLINICE

¡Ellos me ayudarán a restaurar el derecho!

ETÉOCLES

¿Te ayudará Capaneo con su tea incendiaria?
 ¿Te ayudará Partenópeo derramando la sangre
 de tus hermanos con su lanza sedienta?
 ¿Te ayudará Hipomedonte robándole sus tierras?
 Te ayudan asesinos, Polinice. Reclamas
 tu derecho con las manos ensangrentadas
 de una turba de ambiciosos.

POLINICE

¿Crees que todo el que se te opone es un asesino?
 ¿Crees que todo el que se te opone es un ambicioso?
 ¡Tú saqueaste mi casa y profanaste un juramento!
 ¡Tú detentas un poder que no te pertenece del todo!
 ¿Qué dijiste en Tebas para ocultar tu traición?

ETÉOCLES

Rectifiqué los errores de tu gobierno,
 repartí el pan, me acerqué a los pobres.

Sí, es cierto, saqueé nuestra casa.
Nada podrás encontrar en ella. Repartí
nuestros bienes, repartí nuestra herencia,
hasta los últimos objetos, las ánforas,
las telas, las pieles, el trigo, las cucharas.
Está vacía nuestra casa, y no alcanzó
sin embargo para todos.
Sí es cierto, profané un juramento.
Pero no me importa. Acepto esa impureza,
pero no la injusticia.

POLINICE

No te perdonaré. No saqueaste mi casa
para ti, sino para los otros.
Mis cosas están en manos ajenas y desconocidas.
Desprecio tu orden y tu justicia.
Es un orden construido sobre el desorden.
Una justicia asentada sobre una injusticia.

ETÉOCLES

Así ha tenido que ser, Polinice.
Detesto todo afán de absoluto. Yo obro
en el mundo, entre los hombres.
Si es necesario, sabré mancharme las manos.
Para ser justos es necesario ser injustos un momento.

POLINICE

Para ti la justicia se llama Etéocles.
Etéocles la patria y el bien.
Me opongo a esa justicia, lucho
contra esa patria que me despoja y me olvida.
La noche en que te negaste, lleno de soberbia,
a compartir el poder conmigo, destruyendo
nuestro acuerdo, lo está contaminando todo.

ETÉOCLES

Esa noche ha quedado atrás.
No volverá. Si fui injusto contigo,
he sido justo con los demás.
No acepto tu pureza, Polinice.
Tu derecho está contaminado
por los hombres que te secundan.

POLINICE

¿Conoces tú el destierro, Etéocles?

ETÉOCLES

¡Conozco a los que se merecen el destierro!

POLINICE

¡Me odias!

ETÉOCLES

¡Tú odias a tu patria!

POLINICE

Contra mi voluntad hago la guerra.

¡Los dioses son testigos!

ETÉOCLES

¡Los tebanos son testigos de la furia de tu ejército!

POLINICE

¡Eres un impío!

ETÉOCLES

Pero no un enemigo de los hombres.

POLINICE

¿Eres el enemigo de tu hermano?

ETÉOCLES

¡Mi hermano es enemigo de Tebas!

POLINICE

¿Qué has dicho en Tebas de mi destierro?

¿Cómo explicaste esa orden injusta?

ETÉOCLES

Les recordé los males de tu gobierno.

Les recordé las promesas incumplidas, la desilusión de los últimos meses.

Eres incapaz de reinar con justicia.

Te obsesiona el poder, pero no sabes labrar la dicha
[y la grandeza de Tebas.

POLINICE

Sólo tú sabes, Etéocles. Sólo tú sabes.

Tú decides lo que está bien o mal.

Repartes la justicia, mides el valor de los hombres.

¡Sólo tú eres libre en Tebas!

ETÉOCLES

Pero el pueblo está en las murallas.
Pero el pueblo está dispuesto a tirar contra tu ejército.
Nadie te espera. Estás solo, Polinice.
No hay tebanos contigo.

POLINICE

¡Eres un hombre obstinado y soberbio!
Ves tu persona en todas partes. Eres la ciudad.
Tu cabeza es Tebas y Tebas es tu cabeza.
¡Venga, pues, el fuego, venga el acero!
Ninguno de los dos renunciará a lo suyo
ni lo compartirá con el otro.

ETÉOCLES

¡Sal de aquí! ¿Ves mi mano?

POLINICE

Veo que llevas mi espada.

ETÉOCLES

Ahora es la espada de Tebas
¡Sal de aquí!

POLINICE

No volveré al destierro, Etéocles.
O entro en la ciudad victorioso
o moriré luchando a sus puertas.

ETÉOCLES

¡Morirás!

POLINICE

¡Sírvanme los dioses de testigos
y la tierra que me crió!
Si algún mal te sobreviene, ciudad,
no me acuses, sino a éste.
Suya es la culpa.
Recordad los males del destierro:
vagar por lugares extraños, escribir
y esperar cartas, mientras rostros,
nombres, columnas se deshacen en la memoria.
Aquí está todo lo que soy, y lo que amo.
Contra mi voluntad hago la guerra.
Contra mi voluntad me desterraron.

Etéocles, me repugna cuanto tú representas:
el poder infalible y la mano de hierro.

ETÉOCLES

¡No se pondrá la justicia de tu parte!
Tu causa requiere la sangre y la lanza.
Por ti están cerrados los talleres;
albañiles, sastres, alfareros
al furor de la guerra se entregan
contra su voluntad. Vaga el ganado
por el campo, las cosechas se pierden podridas.
¿Es esto Polinice restaurar el derecho?
(Sale Polinice)
Pronto sabremos de qué sirve tu emblema.
En algo tengo confianza: la obra de todos
no será destruida por un hombre solo.
Yo iré a encontrarme con él, yo mismo.
Hermano contra hermano, enemigo
contra enemigo. Ya no podemos
comprendernos. ¡Decida la muerte
en la séptima puerta!

EL CORO

Oh tú, que tan querido me eres, la fatalidad
abre la séptima puerta buscándote. Pregunta
por ti, dice tu nombre, marcha a tu encuentro.

ETÉOCLES

¡Si esto pudiera detenerse! Pero ya no es posible.
Todo ha ido demasiado lejos. Ha ido donde
quise que fuera. No rehuiré que la fatalidad
me encuentre: mi mano busca la suya.

EL CORO

Te estrechas a ti mismo, Etéocles. Tu mano
en el aire tu otra mano encuentra.
¡Serás, como él, víctima de la soberbia!
La soberbia reina en un cuarto oscuro,
con un espejo donde se contempla para siempre.
Aparta ese espejo. Recuerda
que hay otros hombres en el mundo.

(Ediciones UNIÓN, La Habana, 1968)

La vidriera

TRABAJO COMO DECORADOR DE VIDRIERAS EN UNA TIENDA. Con este trabajo gano la comida y pago el cuarto. Alguna que otra vez, el patrón me regala uno de sus trajes usados, y otras, de los que quedan sin vender debido a los cambios de estación. Yo los acepto complacido de su generosidad y porque estoy obligado a ello. Debo decir también que siempre voy mal con la estación: en invierno un traje de verano, en verano uno de invierno. No logro estar nunca de acuerdo, marchar conjuntamente. Mi traje de verano, regalado por el patrón durante el invierno, no alcanza entero el verano del siguiente año, e igualmente me sucede con el traje de invierno. Tengo que usarlos demasiado, obligado por la circunstancia de poseer uno sólo.

Hace diez años que vivo sin compañía y acabo de cumplir los cuarenta. La noche que, revisando unos papeles después de terminar en la tienda, descubrí que cumplía cuarenta años me quedé estupefacto. ¡Cuarenta años y veinte decorando vidrieras! Estuve mucho rato contemplando mi cara en el espejo que utilizo para rasurarme todas las mañanas y que está colgado de un clavo en la pared. El tiempo ha pasado silencioso sobre mí, pero dejando sus claras huellas en mi carne, pensé. Llevo bien marcadas dos largas arrugas sobre los labios, otras bajo los ojos empañados y mi cabeza está levemente calva. Envejezco..., envejezco. Me desnudé, me alejé unos pasos para contemplarme de cuerpo entero. Mi espejo es bastante pequeño. Me quedé parado y observé ya por pura curiosidad. Yo era ese cuerpo con la carne un poco flácida, algo desprendida de los huesos y que parece tirar hacia abajo, y no obstante, no veía realmente a aquél a quien dirigía la mirada. Sentía gravitar sobre mí como una indeterminada injusticia. He sufrido esta injusticia y debo continuar sufriendola porque no tengo fuerzas para arrojarla de mí. Además, ¿cómo arrojar lejos una injusticia vaga y oscura, algo que solamente se padece?

Preparé la cama y me acosté como estaba, completamente desnudo. Estuve acariciando en la oscuridad muy suavemente mi cara, luego el pecho y las piernas hasta quedar dormido.

Todos los sábados, después que se cierra el establecimiento, arreglo la vidriera para así no importunar a los clientes. Uno de esos sábados me cogió hasta muy entrada la noche y me quedé a dormir gustosamente en la vidriera. Cuando por la mañana llegó el patrón me vio ya despierto y recostado a un maniquí. Lo saludé con la mano dándole los buenos días. El patrón puso una cara muy extraña y entró en el establecimiento. Yo no salí de la vidriera, continué recostado graciosamente al maniquí. Luego de un rato, llamó el patrón por la puerta que comunica la vidriera con el interior del establecimiento y pronunció algunas palabras. Yo oía sin entender, era como un rumor confuso y por apatía permanecí en silencio. Entonces el patrón salió a la calle enfurecido, me hizo señas y hasta llegó a amenazarme con el puño levantado. Le dije con las manos que no entendía. Volvió a entrar y a salir después de golpear en la puerta de nuevo. Seguía yo sin responder. Él golpeaba en la puerta fuertemente, salía y arañaba en los cristales y daba golpecitos con miedo de romperlo. Cuando hacía esto su cara se congestionaba. La gente comenzó a detenerse curiosa. El patrón gesticulaba y yo continuaba en la vidriera. Había cerrado la puerta por dentro con el pestillo decidido a no salir más. Al fin me encontraba seguro de la vida. No tenía que salir, no me pondría más trajes usados; dejaría de comer y hacer digestiones; realizar proyectos e ir al cine los domingos después de cenar. Comencé a recorrer la vidriera a pasos lentos, tenía un magnífico espacio, más de lo que podía desear, y sentirme libre dentro de mi cárcel de cristales. Y aquella libertad asegurada me seducía. Hice señas y muecas a los transeúntes, hasta llegué a despojarme de la camisa y exhibir como un gimnasta mis brazos endeblés y el pecho hundido con algunas arrugas pertinaces sobre el vientre.

Comenzó a pasar tiempo. El patrón había desaparecido quizá en busca de un agente de policía. La personas, que al principio se detenían para mirarme, se fueron cansando, se volvieron indiferentes, fui quedándome solo con mis gestos. No podía salir de la vidriera porque el patrón cerró por fuera con llave la puerta. Yo no tenía la llave para abrir y tomar el aire puro.

Traté de hacer saltar la puerta, pero resistió tenazmente. «Es posible que yo esté demasiado cansado y no pueda esforzarme. Posiblemente no sea tan resistente», me dije y comencé a sentir hambre mientras me envolvía el vaho que forma el aliento en los espacios cerrados. Estaba totalmente perdido, ¿cómo salir? Entonces empecé a gritar, nadie me oía ni podía oírme. Solamente ver mis gestos dentro de la bruma. Comprendo, son gestos ambiguos y por eso no me salvan. ¿Pero quién puede salvarme? El patrón ha desaparecido, la gente pasa indiferente, quizá algunos me miran todavía pero sin detenerse, sin escuchar mi gritos. ¿Tal vez piensan que no grito de desesperación y de hambre? Pero ahora mismo, mientras veo el abismo en que me precipito, ¿por qué no me detengo? ¿Por qué no rompo con algo los cristales y salgo? No puedo, sé que no puedo. Tengo la sensación de que voy, de que debo seguir como si fuera arrastrado. Soy dueño de todas mis facultades, siento y razono normalmente; pero todo esto detrás de la enorme certeza que no

∞ La vidriera ∞

podré salir de aquí mientras viva. Mi voluntad no puede nada contra estos cristales que me reflejan y simultáneamente hacen de mí un desconocido inapresable y recóndito. Comienza la asfixia. Es cierto, no escogí esta vidriera; sencillamente, me pertenece. ¿Cómo puedo entonces quejarme de los demás si no podrán salvarme? Posiblemente no son injustos, sino que están demasiado ocupados y desconcertados. Pero, ¿por qué alguien al pasar no levanta su mano y me saluda?

(*Ciclón* Vol. 3, nº 1, 1957, pp. 41-43)



Testimonio

Antón Arrufat

*Estás irreprochablemente vestido,
el sueño viene a voltearte
mientras te preguntas lo que será mañana,
y bajas,
bajas lentamente y sin remedio.
Eres la víctima.
Eres la víctima irrecuperable.
Al volverte atrás con un gesto de miedo,
entre la desesperación y el remordimiento,
los escalones desaparecen.
Cada paso es culpable de su fin.
¿Qué es, qué es?
Es el canto del sinsonte en el parque.
Nuestras razones,
el sol muriendo en los patios
como un personaje decapitado.
La mano que sostenía tu mejilla
o se posaba en algún párpado húmedo...
¿No es esto, no es esto todo?
Tú y yo para siempre fragmentados
entre las noches y las tardes,
en las calles oscuras
las bestias desprendidas de sus días...
Tú y yo ruinosos
entre sorbos de café,
besos entrecortados y fiebre,
y aquellas cosas insustituibles y perdidas
que no queremos olvidar.
¿No es esto, no es esto todo?
Noches que ocultan
la deteriorada huella de nuestras pasiones;
un poco de ceniza debajo de la almohada,
un hilo de ceniza escapando de tu boca y la mía,
testimonio que muere en la hora.*

Los idus de Arrufat

I

Ha ido envejeciendo lentamente, y sus contemporáneos estarán envidiándole el ser, ahora mismo, el autor más respetado de esa generación, la de los años 50, que tuvo entre sus osadías la de pretender negar a Orígenes, y todo lo que a ese grupo perteneciese. Ha escrito libros de poemas, relatos, piezas teatrales, dos novelas, numerosos ensayos dispersos, crónicas memorables. Fundó revistas, ganó concursos, exhumó a figuras literarias del siglo XIX, compuso antologías (una de ellas recopila guarachas cubanas), estudió el teatro bufo con la persistencia y parsimonia que le son caras, y que se dirían extrañas en un hijo de Santiago de Cuba, donde nació en un 1935 tan cercano y tan remoto. Es ya un escritor del siglo pasado. Los jóvenes de este país lo miramos desde esa perspectiva engañosa que, paradojas de la vida, compartimos con él, con su prosa educada, con la elegancia de sus ritmos, con su voz que convierte esos poemas suyos tan breves, en letanías punzantes y nemorosas. Soy uno de los jóvenes escritores de este país donde se le honra y donde se le quiso borrar no hace mucho. Hoy, afortunadamente, estoy entre los testigos de su rehabilitación, del ensayo de restitución, frase que tanto me gusta, frase que aprendí en Octavio Paz —del cual es centro y protagonista. No pude estar, no hubiera querido aparecer, entre los testigos de la sombría desaparición que padeció Antón Arrufat a partir de 1968 y que se prolongaría hasta principios de los 80. Pero me hubiera gustado conocer a ese hombre, al Antón Arrufat de esa época, condenado a los últimos recodos de la biblioteca de Marianao, donde no podía recibir llamadas ni visitas, donde escribió las interminables páginas de *La caja está cerrada*. Me hubiera gustado, insisto, haber sido su amigo desde entonces, y no serlo, simplemente, desde unos años hasta acá, en los cuales muchos de quienes le dieron la espalda han vuelto a saludarle, a dirigirle palabras que él escuchará con el educado recelo de quien ha visto y sabe demasiado. Qué conversaciones hubiéramos tenido en esas escaramuzas de una época gris y epidérmica. Qué tardes hubiéramos compartido en esta ciudad a la

que, como Lezama, ha terminado mitificando en páginas que, dentro de otros cien años, los habaneros de ese tiempo aún inasible leerán con el mismo gusto con el cual leemos hoy las páginas de tantos escritores muertos.

II

Acaba de editarse en Cuba, por vez primera desde aquel fatídico 1968, *Los siete contra Tebas*. Alrededor de esa obra nimbada por un aura de incompreensión y mezquindades múltiples, ha ido sucediéndose una claridad que el propio Antón ha querido propiciarnos. Dialogando sobre ella en entrevistas o mesas redondas, ansioso de un diálogo que le permita borrar la calidad fantasmal de un texto que ya nos exige lecturas reposadas y no vacías de la propia belleza literaria de sus parlamentos, ha sugerido la posibilidad que, definitivamente, esta edición representa. El sello Alarcos, de la nueva época de la revista *Tablas*, se ha encargado del suceso editorial. Me ha tocado en suerte ser el editor y prologuista del volumen. No sé ahora mismo cuál será la resonancia de todo esto, si se me colgará el gozoso sambenito, a partir de ahora, de especialista en la obra de Arrufat. Preferiría que no ocurriera así, que se leyera ese prólogo y mi fervor como editor desde el respeto que Antón se ha ganado al persistir, indoblegablemente, no sólo en la Literatura, sino en la propia manera de saberse en Cuba y cubano. «Lo cubano en mi teatro soy yo», afirmó alguna vez categóricamente. Esa frase pudo ser leída con malicia y desazón durante un tiempo. Hoy la leemos para reconocernos en el espejo de una libertad individual que cubre toda su escritura: páginas donde el Amor, la Muerte y el Tiempo, como en un grabado de Dürero, son alegorías recurrentes, figuraciones de un retablo imposible.

Cómo empezamos a leer a Antón los que todavía nos consideramos jóvenes. Acaso toda la culpa sea suya, en tanto su propia presencia en nuestras lecturas, nuestros recitales, nuestras presentaciones de libros, o sus exigencias para que acudiéramos a las páginas de autores casi desconocidos, fueron brindándole ese caprichoso *status*. Nadie lo ha bautizado como tal, ni él mismo se precia de serlo, pero al menos en La Habana su paso despierta admiración, cautela, ansiedades inconfesables. Ha de estar gozando todo esto, amante como es de la intriga y la literatura, de los efectos teatrales y del chisme nacional, mientras escribe cada vez mejores poemas y sus prosas breves mixturadas con desenfado y osadía fuentes narrativas y poéticas, en un juego deconstrutor de sí mismo que ha arrancado elogios a los fanáticos del *post boom* y esa enfermiza postmodernidad que en Cuba sigue mereciendo extáticos adeptos. «Usted se ha construido un mundo aparte», le dijo alguna vez el ya difunto Salvador Redonet. Pero ése es un mundo que no cerró sus puertas, y que más allá de la prosodia y de un estilo que ninguno de nosotros podría repetir, sigue asomado como el propio Antón Arrufat a la calle de sus mediodías. Estará leyendo, hasta su muerte, libros de jóvenes autores. Los recibirá y despedirá con frases mordaces e imprescindibles. Ha pagado el precio de su sinceridad en no pocas, acaso en muchas, ocasiones. Esa es también su lección, su legado de persistencia.

III

Hay un número telefónico que voy a tener en mi mente hasta que desaparezca. Y aún cuando desaparezca el dueño de ese número, de esos seis pobres dígitos que gusto de recordar, estarán acompañándome. En los días de calor, de habanero desasosiego, cuando me sea necesario recuperar un verso de Casal o una fecha crucial en el paso de Fanny Elssler por esta Isla, sé que me bastará con marcar esa cifra y saludar a la voz que me responde del otro lado con una frase que sólo para él repito, provocador y adulator de su lucidez. «¿Cómo está el escritor más vivo de Cuba?», digo, y oigo su voz dispuesta a hacerme saltar con una broma, un chiste, una cita, una confesión. Acaban de concederle el Premio Nacional de Literatura, tras años de espera en los que otros, de menor obra y de menor resonancia en esa zona de la literatura nacional a la que pertenece, gozaron de esos laureles. Él ha sabido esperar por ese galardón. Él ha sabido esperar siempre. Cerradas las puertas, tapiadas las ventanas, como en el célebre poema cavafiano, ha mantenido latente la seguridad de que algún día se derribarían esos muros tebanos y que una mano tocaría a su puerta con el pretexto de la restitución. Al resentimiento y rencor que consume a otros, ha respondido con una obra creciente y progresiva, con libros que amplifican lo que antes del silencio en que se le hundió ya su nombre era. Y su fe en la Literatura ha borrado las normas de la concesión (cultural, política, diplomática, la que se quiera), hasta mantener intacta la altura, breve o incisiva, de una obra que podremos seguir leyendo en un futuro que ya está aquí, ya es realidad entre nosotros. Su lección es esa fe y esa persistencia. Lo aprendió en su guía, Virgilio Piñera, de quien nos anuncia una cuidada edición de sus obras completas. Lo aprendió en Lezama, en Dulce María Loynaz; autores que frecuentó y sobre los cuales ha dejado valiosas páginas. Lo aprendió en la maldita circunstancia de una Isla rodeada de ciclones y cantos de un verano en el cual podemos seguir marcando ese número, leyendo esos libros, hablando con él en un teatro, un cine, una biblioteca, una librería, un patio colonial, una plaza húmeda, mientras el mar salta sobre el muro centenario. Qué gusto entonces leerlo, saberlo cercano. Qué gusto repetir, medio en broma, medio en serio, en éstos, sus idus: «¿Cómo está el escritor más vivo de Cuba?».

Otro premio para Antón Arrufat

UN PREMIO LITERARIO PUEDE ABRIR LAS PUERTAS DE UNA editorial, estimular los elogios de algún crítico y también, paradójicamente, dejar a un escritor en el más absoluto aislamiento. Sentí alegría al saber que Antón Arrufat fue distinguido con el Premio Alejo Carpentier en la IX Feria Internacional del Libro, celebrada en Cuba a mediados de febrero del 2000; pero también percibí la posibilidad de que su imagen desapareciese otra vez de la Isla de las letras. No es paranoia, es que Arrufat después de obtener un reconocimiento importante en 1968 no volvió a deleitar a los lectores por un espacio de más de tres lustros.

El galardón de La Habana, dotado de cinco mil dólares, fue entregado a su novela *La noche del aguafiestas*, pero Arrufat consideró que el trofeo era un reconocimiento a su obra completa, quizás mirando el largo camino recorrido desde la revista *Ciclón*, en 1955; su antología *Nuevos cuentistas cubanos*, en 1961; los poemarios *En claro*, *Repaso final* y *Escrito en las puertas* en 1962, 1964 y 1968, respectivamente; el libro de cuentos *Mi antagonista y otras observaciones*, en 1963; las piezas dramáticas recogidas en *Teatro*, en 1963, *Todos los domingos*, en 1965 y *Los siete contra Tebas*, Premio UNEAC de Teatro, en 1968.

La carrera literaria de Arrufat se congeló ese mismo año luego del artículo que apareció en *Verde Olivo*, revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, el 17 de noviembre de 1968 bajo el título de «Antón se va a la guerra» (seud. Leopoldo Ávila). En él se acusaba al autor de *Los siete contra Tebas* de criticar a la dirección del gobierno revolucionario. Desde entonces hasta mediados de los años ochenta el nombre del escritor no apareció más en la solapa de un libro.

La repudia a *Los siete contra Tebas* empezó cuando aún la obra no se había escrito. La fecha se remonta al verano de 1961. Miembros del Partido Socialista Popular encabezados por Edith García Buchaca citaron a reunión a la

Jorge Luis Llopiz

junta directiva del suplemento literario *Lunes de Revolución*, integrada por Carlos Franqui, Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández y Heberto Padilla. El encuentro no fue amistoso; más bien, los de la directiva fueron acusados de crear la división, pues supuestamente se mostraban como unos nostálgicos de la cultura burguesa. Esta acusación, junto a la censura del documental *PM* por no reflejar las circunstancias revolucionarias, dio pie para que Fidel Castro pronunciara las *Palabras a los intelectuales* en la Biblioteca Nacional. Según el mandatario, cada escritor podía hablar de su tema predilecto y expresarlo en la forma que deseara, pero el Gobierno también tendría el derecho de medir cada creación artística bajo el prisma revolucionario; es decir, que se opondría a las críticas dirigidas a la Revolución.

Algunos escritores creyeron en la libertad de creación y expresión que divulgaba el gobernante y concibieron obras críticas que fueron severamente fustigadas como *Fuera del juego* de Padilla, *Condenados de Condado* de Norberto Fuentes, *Los pasos en la hierba* de Eduardo Heras León, *Los siete contra Tebas...* Arrufat fue silenciado hasta que se le permitió publicar la novela *La caja está cerrada*, en 1984, luego el poemario *La huella en la arena*, en 1986, la pieza de teatro *La tierra permanente*, en 1987, las prosas narrativas *Las pequeñas cosas* y el libro de cuentos *¿Qué harás después de mí?*, en 1988, entre otros.

Recientemente, en el 2000, es reconocida su labor como narrador que comenzó con los cuentos «La vidriera» y «El fantoche» en la revista *Ciclón*, en 1957. Ambas narraciones, publicadas cuando el escritor tenía apenas 22 años, reflejaban ya una obsesión: la de la existencia de fuerzas externas al hombre en las que éste se ve envuelto y sin salida. El decorador en *La vidriera* cae en una ratonera de cristal muriendo a la vista de todos sin que nadie le tendiese una mano, y el bailarín en *El fantoche* se convierte en un pelele que danzará todas las noches al ritmo de manos desconocidas. Cada uno de estos personajes se ve atrapado en circunstancias angustiosas de las que no puede escapar.

Esa predilección por lo inevitable reaparecerá en 1961 en los cuentos «El viejo» y, especialmente, en «Mi antagonista». El primero publicado en su antología *Nuevos cuentistas cubanos* y el otro en *Mi antagonista y otras observaciones*. Antes de hablar de los dos cuentos más importantes de Arrufat, vale señalar que la colección *¿Qué harás después de mí?* tiene sólo una narración no publicada anteriormente, la que le da título al libro. Las restantes provienen de *Mi antagonista y otras observaciones*, salvo «El descubrimiento», extraído de la compilación *Narrativa cubana de la Revolución* de J. M. Caballero Bonald editada en 1968. Es curioso observar cómo tres de ellas sufrieron variaciones: *El viejo* aparece como *La importancia del correo*, *El viaje* como *La playa me espera* y *Mi antagonista* como *Mi antagonista y otras observaciones*. Este último, además, aceptó añadidos nada favorables y los dos primeros admitieron títulos que depreciaban y vulgarizaban su significación. Habrá que preguntarle a Arrufat, algún día, qué lo impulsó a hacer esos cambios literarios.

Mi antagonista y otras observaciones vio la luz en una época en que todavía quedaban en Cuba aires de renovación cultural. Las *Palabras a los intelectuales* habían sentado el precedente de la mano dura, pero faltaban los procedimientos que la pusieran en práctica. Claro está, éstos no se hicieron esperar, y aparecieron con la prohibición de *PM*, la clausura del suplemento literario *Lunes de Revolución*, las becas y las misiones en el extranjero a intelectuales «conflictivos», el cierre de la editorial El Puente, las críticas negativas a los premios otorgados por Casa de las Américas y la UNEAC y, finalmente, el caso Padilla.

Padilla fue el chivo expiatorio, la gota que colmó la paciencia del Gobierno. Si en 1961 había espacio aún para reuniones y discusiones, las cosas cambiaron muy seriamente en 1968, cuando Padilla alabó la novela *Tres tristes tigres* del disidente Cabrera Infante, en detrimento de la novela *Pasión de Urbino* del dirigente revolucionario Lisandro Otero. La cosa se puso más fea cuando le fue otorgado el Premio UNEAC de Poesía a su poemario *Fuera del juego*. Las desavenencias tuvieron ecos aún en el Primer Congreso de Educación y Cultura celebrado en 1971, donde la retórica del Gobierno fue mucho más clara: se habían acabado para siempre las medias tintas para los que criticaban a la Revolución y todo el peso del poder iba a caer (aunque ya estaba cayendo) sobre ellos. La directiva revolucionaria estaba harta tanto del caso Padilla como de otros casos que no tuvieron la misma publicidad, como los de Virgilio Piñera, Reinaldo Arenas, José Lezama Lima, Calvert Casey, Antón Arrufat, Ana María Simo y muchos más.

No obstante, la Revolución en sus inicios significó un cambio sustancial para los escritores. Nunca antes el intelectual gozó de tantas posibilidades para la edición de sus escritos como a partir de 1959. Por eso, no es de extrañar la cantidad de obras publicadas así como la diversidad de temas y estilos que se podían encontrar. Bajo este clima surge la primera antología de tipo generacional, *Nuevos cuentistas cubanos*, realizada por Antón Arrufat y Fausto Masó en 1961. Anteriormente se habían editado en Cuba cuatro antologías (la de Federico Ibarzábal en 1937, la de Enma Pérez en 1945, la de José A. Portuondo en 1946 y la de Salvador Bueno en 1953), pero ninguna de ellas se atrevió a dar a conocer a tantos autores (Calvert Casey, César López, Ana María Simo, Luis Agüero, Rogelio Llopiz...) que tenían libros de cuentos inéditos. La publicación hablaba del espíritu renovador de aquella época, diferente al sentimiento normativo que empezó a perfilarse en otras antologías como, por ejemplo, *Aquí once cubanos cuentan* de José Rodríguez Feo en 1967.

La selección de Arrufat y Masó comprendía cuentos escritos entre 1948 y 1958, en los que la crítica al pasado predominaba. Se lee en el prólogo: «Se trata de una generación (...) que vio la vida cubana en su gran corrupción y envilecimiento. Se trata de hombres descontentos, y sobre todo, desconfiados de cualquier solución dentro de los moldes tradicionales y mediatizados de la sociedad burguesa». Ellos encontraron la posibilidad de expresarse sin estar sujetos a un programa como el que ya se perfilaba en el prólogo a la compilación de Rodríguez Feo: «Hay muchos escritores revolucionarios que todavía no han tratado muchos de los temas de la Revolución que esperan por ellos».

Rodríguez Feo explicaba la escasez de esos asuntos a causa de la necesidad del escritor por «liquidar el pasado», y se lamentaba, a su vez, de lo excesivo de esa tendencia que sólo se interesaba por la vida burguesa de antes de 1959 y no reflejaba la problemática de los nuevos tiempos. Por eso, en su antología predominó la selección de cuentos con los llamados temas revolucionarios. Pero el afán de criticar al pasado no se contradecía con los esfuerzos iniciales de la Revolución, así que la antología de Arrufat dio a conocer cuentos importantes como *Carta de un juez*, de Oscar Hurtado; *Mi amigo*, de Ezequiel Vieta; *En el Potosí*, de Calvert Casey; *Créalo o no lo crea*, de Edmundo Desnoes, *El gato*, de Frank Rivera y *El viejo*, de Antón Arrufat.

El viejo es un cuento sorprendente. Un anciano, Florencio, decide acabar con su soledad mediante el correo. Su familia y amigos no le escriben, pero el anciano se las ingenia para que alguien se comunique con él: las compañías de anuncios comerciales. Así recibe todos los días propuestas y descuentos de compras. Florencio crea un espacio irreal: lo organiza, clasifica e intenta dominar. Se hace de una rutina y cuando ésta falla, aunque sea por una semana, el viejo muere. Aquí las circunstancias otra vez dominan al personaje, quien no puede escapar a la incomunicación de la familia ni a los setenta años que pesan sobre sus hombros.

La narración alcanza visos alucinantes pues, a pesar de que se preocupa por describir minuciosamente las tareas del viejo en relación con el recibo de cartas, las respuestas a las mismas, las visitas del cartero, etc., poco a poco, a través de los ojos del personaje, se despega del suelo y comienza a hacerse tan irreal como la enajenación del anciano. El punto culminante es cuando el viejo escucha voces desde su lecho de muerte; sin embargo, el narrador no se enajena totalmente y anuncia que el cartero ha reanudado sus entregas. Así el autor expresa que Florencio no pudo vencer el abandono y la soledad.

La enajenación también está presente en *Mi antagonista*, sin caer en la denuncia social. Arrufat deseaba escribir acerca del hombre y no acerca de un proyecto de hombre, como luego exigirá la política del Gobierno. Por eso Florencio en *El viejo* y Oliverio en *Mi antagonista* son personajes que trascienden la época en que fueron escritos.

Pudiera parecer, a primera vista, que sólo las circunstancias sociales dañan la existencia de Oliverio, pero hay algo más en su condición humana que lo lleva al fracaso. Lo social se ve reflejado en el desempleo y la penuria que acosan a la familia. El padre no consigue vender las minas de manganeso a los inversionistas y la madre sostiene la casa con la mala paga de maestra. El hijo logra sobreponerse al desempleo consiguiendo un puesto de contador en una compañía americana en Isla de Pinos. Es decir, en comparación con el padre, Oliverio ha dado un paso de avance en medio de una situación insegura que le molestaba: «Vivía así, esperando encontrar un trabajo y esperando perderlo. Era como vivir en el aire o en una cuerda floja». Oliverio, aunque se entregó al trabajo no encontró sosiego: deseaba conquistar la simpatía del jefe Mr. Murdock y escalar posición. Creyó obtenerla pero a la muerte del superior se percató de que el elegido era Gerardo, un joven recién llegado a la compañía.

La paz de Oliverio se perdió por completo; ni siquiera atendía a su esposa Elisa, ensimismado como estaba en la tarea de desplazar al sustituto. Lo adulaba brindándole su casa, sin sospechar que el enemigo cortejaba a su esposa. Cuando pensaba que Gerardo estaba en sus manos, éste escapó con Elisa. Quiso ponerle fin a la vida del intruso pero los nervios le fallaron. Las desgracias, por tanto, vienen de lo social pero también de la herencia familiar del personaje. Éste, de alguna manera, repite la frustración del padre. El viejo no consiguió sacarle partido a las minas de manganeso pues se inhibió delante de los accionistas a la hora de venderlas. Algo similar pasa con Oliverio. Cuando Gerardo asume la jefatura, le dice al padre: «Lo difícil era actuar, decidirse. Pero los acontecimientos lo ayudan a uno, casi lo arrastran. ¿No es cierto, papá?».

La ambición, la timidez hereditaria y la penuria llevan al personaje a la frustración. Estos tres factores (personal, familiar y social) conducen a Oliverio a contarle a sus padres el fracaso de su estancia en Isla de Pinos. El narrador, protagonista de los hechos, se siente distanciado de lo narrado y no por estar fuera de la historia, sino porque Oliverio, todo el tiempo, describe los sucesos con un viso de fatalidad. El cuento recuerda la posición del protagonista en la novela *El extranjero* de Albert Camus, el cual decide no defenderse en el juicio donde es condenado a muerte, pues considera que el hombre está sentenciado a morir desde su propio nacimiento; así que es inútil cualquier defensa. Oliverio, por su parte, parece estar consciente de esa determinación que para él pesa en la sentencia de la madre. Ella pronosticó que todo le iba a salir mal y el relato lo confirma paso a paso hasta el fracaso final.

El cuento más antologado de Arrufat es *El viejo* que, a mi modo de ver, forma parte de la trilogía narrativa más significativa de la vertiente realista de la época, la cual se empeñaba en mirar el alma humana desde la posición de la enajenación. Los otras dos narraciones son «El regreso», perteneciente a la colección homónima de Calvert Casey, publicada en 1962, y «El caballero Charles» del libro *El tiempo ha descendido*, de Humberto Arenal, aparecida en 1964. Todos estos cuentos también merecerían un premio y Arrufat parece reconocerlo al decir, mientras le entregaban el galardón Alejo Carpentier a la novela *La noche del aguafiestas*, que éste era un reconocimiento a su obra completa.

Espero que con el nuevo premio no se le agüe la fiesta a Arrufat pues no sé si el lector soportará una vez más el embate de quince años de soledad.

A la sombra de Virgilio, a bordo de un Cadillac rojo

Antón Arrufat recuerda a Virgilio Piñera

¿Quién puede esperar clemencia en esta hora?

(...)

Confusamente un pueblo escapa de su propia piel

VIRGILIO PIÑERA, *La isla en peso*

Diana Álvarez Amell

HACIA EL FINAL DE *VIRGILIO PIÑERA: ENTRE ÉL Y YO*, ANTÓN Arrufat rememora una de las escenas más perdurables de esta breve evocación del gran escritor cubano que fue su amigo íntimo.¹ Cierta noche de 1974 acuden a una tertulia literaria tres dramaturgos para escuchar la lectura de una nueva obra dramática. Junto con Olga Andreu, que también asistía a estas reuniones, cada uno de los distinguidos escritores aportaba algo para la cena literaria en casa de Abelardo Estorino. Éste ofrecía sus postres, José Triana el picadillo y llegaba puntual Piñera con los espaguetis que cocinaría como siempre, según observa Arrufat, con gesto ceremonioso.

Eran excepcionales los comensales quienes, a la luz de una lámpara de estilo *art nouveau*, se sentaron en la sala del Vedado para escuchar de Estorino la lectura de una compleja y lírica obra en la que se regresa a la Cuba colonial para reflexionar sobre la función del intelectual y el artista en la sociedad. En la cofradía formada por la amistad, las afinidades electivas y la persecución política, se encontraban reunidos quienes habían escrito algunas de las obras dramáticas más importantes del siglo veinte

¹ Antón Arrufat. *Virgilio: entre él y yo*. Ed. Unión, La Habana, 1994. Parte del mismo texto aparece en el prólogo de Arrufat en Piñera, Virgilio. *Poesía y crítica*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

cubano: Piñera, *Electra Garrigó*; Triana, *La noche de los asesinos* y el propio Arrufat, *Los siete contra Tebas*.

Esa noche Estorino leyó su obra con un largo título: *La dolorosa historia del amor secreto de don José Jacinto Milanés*. Piñera escuchó absorto la lectura del texto dramático sobre la vida del poeta decimonónico cubano que, según este testimonio de Arrufat, obsesionó al mismo Piñera hacia el atribulado final de su vida. Después de su muerte, apareció entre sus papeles su propia obra dramática inconclusa sobre la vida de Milanés y en el cuento *En la funérea playa fue*, así como en el poema *Decoditos en el tepuén*, Arrufat descifra la influencia de Milanés en Piñera.²

La narración de esta cena singular resalta los aciertos del breve recordatorio que hace Arrufat de Piñera. Quedan conservados gracias a la escritura de esta relación, algunos de los gestos, algunas de las reacciones y, más importante aún, algunas de las obsesiones que asediaron a Piñera en los últimos años de su vida. Las memorias de Arrufat rellenan un pequeño resquicio de ese hueco negro a donde la censura lanzó a Piñera, como al propio Arrufat y a Estorino. En esta medida, las memorias de Arrufat cumplen el cometido de revelar algunos episodios menores en la vida de Piñera, tal como en una excavación arqueológica se rescata un delicado jarrón, ejemplar de una civilización perdida.

Indefectible también, el breve relato de Arrufat muestra las limitaciones presentes en el acto de historiar por ahora en Cuba. La selectividad de su testimonio ha de deberse a razones más complejas que no responden sólo al imponderable —y a veces ponderable— motivo de por qué un ser humano recuerda algunas cosas y olvida otras. Es cierto que la reticencia puede responder, en parte, al difícil lazo que unía a ambos escritores, según confiesa el propio Arrufat, quien menciona a Montaigne y a José Lezama Lima para admitir las zonas, para él oscuras, en la amistad. Según la frase lezamiana que cita Arrufat, la amistad intelectual estaba «hecha con cuerdas de henequén, donde solía recostarse el demonio» (p. 10). Por otra parte, es comprensible que Arrufat explique la ambigüedad de sus sentimientos mediante esa metáfora lezamiana, porque así de soslayo evoca la tesitura de la cuerda floja que unió a Piñera con ese otro escritor cubano.

No obstante, las complicaciones de su vínculo personal no ofrecen una respuesta única que explique la actitud reticente en el texto. Arrufat, entre otras cosas, escamotea de cierta manera en esta relación las obras más notables de Piñera mencionando sólo de paso algunas. Subraya que leía poco de lo que escribía Piñera, aunque hacia el final del testimonio se contradice cuando cuenta que leía, a veces, su trabajo en progreso.³

² Virgilio Piñera. «En la funérea playa fue», en *Cuentos completos*, Alfaguara, Madrid, 1999, y «Decoditos en el tepuén», en *Poesía y crítica*.

³ Se han empezado a publicar las obras de Virgilio Piñera en la editorial Alfaguara. Además de *Cuentos completos* se publicó *Muecas para escritores*, Alfaguara, Madrid, 1999. En el prólogo a *La isla en peso*. Virgilio Piñera. *Obra poética*, Ed. Unión, La Habana, 1998, Arrufat afirma que Piñera es «uno de los grandes poetas latinoamericanos» (p. 12). De igual modo, resalta la importancia y la complejidad de la obra de Piñera en el prólogo a los *Cuentos completos*.

Semejante pudor podría resultar de un buen gusto ya casi olvidado en nuestra época que aprecia poco la intimidad. Si bien es cierto que en estas memorias se dan detalles valiosos, a veces deslumbrantes, sobre Piñera —como, por ejemplo, que regala a Lezama su traducción de *Las flores del mal* cuando reanudan la amistad— además de una conmovida evocación de algunas de sus características personales, predomina el tono circunspecto. Tal no es óbice para que Arrufat revele una profunda comprensión acerca de lo que escribió Piñera. En destellos de lucidez crítica, Arrufat salpica su relato con comentarios clarividentes sobre la literatura de Piñera. Además de mencionar la importancia del surrealismo en su obra, señala el rechazo de Piñera a la teleología, sin repetir el criterio más manido, e impreciso, del carácter «nihilista» de su obra.

La bifurcación del texto, entre la relación personal y las circunstancias históricas, oscurece la transparencia de sus recuerdos. En su relato, la época que ha silenciado y dividido a varias generaciones de artistas e intelectuales cubanos aparece como una débil filigrana tiznada por el gesto oblicuo de historiador de manera equívoca, a vuelo de pluma, con cortapisas a clara vista. Como Jano, la mítica figura de doble cara, cuando recuerda al grupo que la luz de la elegante lámpara alumbró esa noche, se detiene en breves explicaciones que parecen más bien destinadas a querer aplacar al poder político que, como deidad de voluntariosa crueldad persiguió a estos escritores y los redujo al silencio de un exilio civil, hasta que o bien muere el escritor como en el caso de Piñera o reaparece décadas después acatando en público, para el exterior, las fórmulas oficiales prescritas.

Arrufat, que recuerda cómo fueron proscritos estos escritores, recrea para los lectores un instante excepcional de esplendor literario que coincide con la etapa en que el Estado cubano les prohibió publicar o presentar sus obras, escondiéndolos, en el mejor de los casos, en oscuros puestos burocráticos para borrarlos de la memoria en la cultura nacional. «Muerte civil» fue la frase desesperada, citada por Arrufat, con que calificó Piñera la situación. En este texto, la persecución y el ostracismo oficial se reducen a una «coyuntura política» que, según se apresura a asegurar Arrufat con frase programática, ya está terminada, de modo que —prosigue con tono conciliatorio— esos «años aciagos (...) pertenecen ya al pasado y a la historia» (p. 46). Son frases parecidas a las que repetirá en el año 2000 para los periodistas extranjeros durante la Feria del Libro en La Habana a la sombra de los muros de La Cabaña, la antigua cárcel, cuyos muros sirvieron a los pelotones de fusilamientos coloniales y revolucionarios, rehabilitada ahora al igual que él.

Arrufat lleva a cabo un acto de prestidigitación más descuidado en el prólogo que escribe para la edición de 1999 de los *Cuentos completos* de Piñera, cuando coloca en un contexto histórico la represión política que sufrieron ellos como muchos otros homosexuales, aunque son éstos los únicos perseguidos que menciona él. Arrufat se remonta a la tradición judeocristiana para explicar la represión política que llegó a crear —dato que no menciona cuando escribe sobre la represión— campos de concentración a los que fueron enviados los homosexuales. Tampoco menciona en su breve incursión histórica la

persecución a la que han sido sometidas en Cuba tantas otras personas que no son homosexuales.

Recordar a Piñera tiene la urgencia de salvaguardar el legado cultural del país, lo cual habría de estar presente en la conciencia de Arrufat, su albacea literario. Los demonios a los que se enfrenta van por partida doble, porque además de llevar sobre sus hombros la carga de la excelencia literaria de Piñera, pesado fardo para otro escritor más joven que le siguió los pasos, debe de esquivar el peso plomizo de la historia insular.

El dilema presente en la interpretación que hace Arrufat de lo que tendría que ser una célebre cena en las letras cubanas es emblemático del pasaje entre Escila y Caribdis que se cierne todavía como amenaza —también como reto— en el futuro de la cultura cubana. Existe ahora la urgencia de transmitir para que permanezcan en la historia los atributos de una cultura que, no por dividida en un exilio externo e interno y asediada por la censura y el descalabro general del país, ha dejado de producir una excelente literatura. Pero el acto de historiar se obstaculiza debido a que, en el proceso —ya iniciado en otros países— de revisión del totalitarismo en el siglo xx, los participantes de la cultura cubana, quienes viven dentro y fuera del país, han de sentarse tarde a esa mesa de diálogo intelectual. Nos queda por desatar como comunidad cultural el nudo gordiano de la polémica que se ha suscitado en otros países europeos y que, por ejemplo, se desplegó incluso en Francia, un país de Europa Occidental, cuando se publicó el *Libro negro del comunismo* o se polemiza con los argumentos de *la grande parade*, según la frase de Jean-François Revel.⁴

La fragmentación y la censura en la cultura cubana producen una fisura que interrumpió el proceso, saludable e inevitable en toda cultura, de transformación mientras se continúa el legado cultural. Puesto que Cuba está sumida en el cultivo de lo que el historiador cubano Rafael Rojas ha llamado el «arte de la espera», el tiempo apremia y crea la necesidad de escribir para no perder en la tradición oral, entre otras cosas, la vida y los milagros del autor de *Electra Garrigó* y *La isla en peso*, para quien Severo Sarduy, desde París, pidió la canonización.⁵ Arrufat, el joven de provincia y aspirante a escritor a quien presentan, en los años cincuenta, al autor maduro en el Cadillac rojo de José Rodríguez Feo, es ya, él mismo, escritor conocido por derecho propio, con la responsabilidad de respetar y perpetuar el legado literario de Piñera.

⁴ Stéphane Courtois. *El libro negro del comunismo*, Planeta, Barcelona, 1998, y Jean-François Revel. *La grande parade, Essai sur la survie de l'utopie socialiste*, Plon, París, 2000.

⁵ Rafael Rojas. *El arte de la espera. Notas al margen de la política cubana*, Ed. Colibrí, Madrid, 1998. Severo Sarduy. «Pido la canonización de Virgilio Piñera», *Un testigo fugaz y disfrazado*, Edicions del Mall, Barcelona, 1985: «Insisto empero / para que tenga sitio en los altares / este mártir de arenas insulares. / Por textual, su milagro verdadero / dio presa fácil a los cabecillas / y a los sarcasmos que, de tanto en tanto, / interrumpen las furias amarillas, / las madres del exilio y del espanto. / Es por eso que a Roma, y de rodillas, / iré a exigir que lo proclamen santo». (p. 26)

El propio Arrufat recalca la situación insólita de Piñera cuando señala la «marginación» de esta literatura, rica y compleja.⁶ La extrañeza que refleja el comentario encierra un signo de interrogación e intentar responder a la pregunta implicaría incurrir en el oficio de historiar, prematuro saldo de cuentas presente en este testimonio de Arrufat, porque la respuesta no depende sólo de la incomodidad ante el reto literario impío que presentó Piñera para la cultura cubana. Ese desafío sí lo acusa, en parte, Arrufat cuando vincula a Piñera con la estirpe de Baudelaire y luego, en el prólogo a la edición de los *Cuentos completos*, destaca su marginalidad.

El relativo desconocimiento en el exterior de un escritor tan importante como Piñera —y habría que añadir los nombres de Estorino y del propio Arrufat— no se ha debido a los inevitables vaivenes de las apreciaciones literarias. Una inexorable política cultural, todavía en el poder, sometió al ostracismo a estos escritores que pretendieron ejercer la libertad propia del escritor que es la libertad de la imaginación. Para los dramaturgos reunidos en la sala de Estorino significó lanzarlos al mundo del terror, en un exilio del justo reino literario en donde el escritor puede ejercer el poder que es propio a los artistas en la sociedad, como señaló Pedro Salinas, escritor de otro exilio notable del siglo xx.⁷ Para Arrufat esa experiencia significó «la muerte en vida».⁸

¿Cuál es el sentido de narrar los episodios íntimos de un escritor: sus bromas escatológicas, sus gestos divertidos, sus frases ingeniosas? El relato de la vida de un escritor o un artista está ligado a un inevitable juicio que se emite para la posteridad. El propio Arrufat reconoce que se escribe para superar el olvido y afectar el recuerdo colectivo al inicio de un artículo dedicado a otro amigo de ambos, el poeta cubano Luis Marré, hacia quien profesa sentimientos menos complicados —«laberínticos» los llama él— de aquéllos que expresa hacia Piñera en este testimonio: «Como Luis Marré y yo vamos a morir...».⁹

Cuando en sus relatos de *Las vidas de los artistas* Giorgio Vasari intercalaba anécdotas personales sobre Miguel Ángel Buonarroti, buscaba dejar su impronta en el juicio que pudiera tener la posteridad de la obra de su amigo, el artista renacentista. Las historias personales —el lugar de donde salió el

⁶ Arrufat, 1999. (p. 31)

⁷ Pedro Salinas. «Los poderes del escritor y las ilusiones perdidas» en *La responsabilidad del escritor y otros ensayos*, Seix Barral, Barcelona, 1961.

⁸ «Nuestros libros dejaron de publicarse, los publicados fueron recogidos de las librerías y subrepticamente retirados de los estantes de la bibliotecas públicas. Las piezas teatrales que habíamos escrito desaparecieron de los escenarios. Nuestros nombres dejaron de pronunciarse en conferencias y clases universitarias, se borraron de las antologías y de las historias de la literatura cubanas compuestas en esa década funesta. No sólo estábamos muertos en vida: parecíamos no haber nacido ni haber escrito nunca. Las nuevas generaciones fueron educadas en el desprecio a cuanto habíamos hecho o en su ignorancia. Fuimos sacados de nuestros empleos y enviados a trabajar donde nadie nos conociera, en bibliotecas alejadas de la ciudad, imprentas de textos escolares y fundiciones de acero. Piñera se convirtió por decisión de un funcionario en un traductor de literatura africana de lengua francesa». Arrufat. (p. 42)

⁹ Antón Arrufat. «Los poetas amigos» en *Revolución y Cultura*, 4:1991, (pp.52-55)

bloque de mármol del cual Miguel Ángel talló el *David*, el proceso laborioso de pintar los frescos de la Capilla Sixtina, las desavenencias entre el pintor y el papa Julio Segundo— añaden información que, además del interés que pueda suscitar por sí misma, se incorpora a un gran relato en el que se articula la historia del arte renacentista. Las anécdotas personales de los artistas, además de satisfacer el prurito de averiguar sobre la intimidad de una persona conocida, tienen el propósito de historiar, a saber, de transmitir valores según los cuales se ordenan los hechos.¹⁰ Las biografías o las memorias, además de ser consecuencia comprensible de la valoración de la individualidad, son configuraciones en las que se ordenan relatos para afectar la valorización de la obra del artista cuya vida se narra.

A la adversidad de la historia que azotó a ambos escritores, de la cual Arrufat se presenta como frágil testigo, se suman los sentimientos encontrados que intervienen en la evocación que hace de Piñera. Compartieron una época especial para Arrufat, que convivió con Piñera en la casa que alquilaba éste en el pueblo de Guanabo, donde ambos podían escuchar el sonido de las máquinas de escribir en habitaciones cercanas. Cuando regresa Arrufat al pueblo, años después de la muerte de Piñera, comprueba que a duras penas reconoce la casa, porque se había derrumbado la galería que distinguía la fachada de la vivienda.

Es un golpe de majestuosa ironía el papel que le asigna Piñera cuando lo nombra su albacea literario. El escritor más joven que dependió de la opinión literaria del otro es poseedor de los textos póstumos; además, debido en gran parte a las circunstancias históricas cubanas, el renombre de Piñera se encuentra bajo su jurisdicción. El sometimiento al criterio del escritor que conoce Arrufat cuando aquél ya había escrito lo que en justicia cabría llamar textos fundamentales de la cultura cubana, se altera ahora que reside en sus manos la permanencia del renombre de Piñera, cuando todavía perduran penosas circunstancias políticas en el país. Arrufat confiesa que conoció a Piñera, autor célebre que casi le doblaba la edad, cuando ocupó el asiento trasero del automóvil de lujo de Rodríguez Feo apodado, cosas del destino, «La poderosa». Al escribir sobre Piñera, Arrufat no sólo tropieza con la trampa de la historia, debe además sortear los escollos en el discurso del poder en las relaciones personales como elemento ineludible que tiende hilos viscosos —la cuerda de henequén sobre la que se recostaba el demonio a veces— cuando analiza el vínculo que lo unió al otro escritor.

Arrufat nos deja atisbar el arma de doble filo que significó para él la opinión de Piñera, cuyo aprecio anheló y cuyo dictamen temió. Con honradez, aunque de manera abstracta, escribe al principio de su testimonio sobre la «dependencia espiritual» y los «peligrosos riesgos» de una amistad:

«Aunque por un instante que puede parecer eterno, el amigo dude de la excelencia de lo que hemos escrito, su duda es de tal naturaleza que pone en

¹⁰ Giorgio Vasari. «Life of Michelangelo Buonarroti» en *Lives of Artists*. T I. Trad. George Bull. Ed. Penguin, London, 1965.

entredicho el fundamento de la existencia misma de uno de los sujetos, y, a la vez, la amistad que había entre ambos. La comunicación de esa duda resulta dolorosamente intolerable. Y es capaz de generar, por su violencia oculta, un gran resentimiento en las almas frágiles» (p. 11).

¿Sintió acaso Arrufat la influencia de la «tropicalización», como se ha llamado, del mito griego en *Electra Garrigó* cuando redacta *Los siete contra Tebas*? ¿Cómo se afecta la visión literaria de un futuro dramaturgo cuando éste entabla de joven relaciones íntimas con quien es, entre otras virtudes literarias, el mejor dramaturgo cubano del siglo veinte? En este testimonio, Arrufat confiesa que buscó la aprobación literaria de Piñera. Con ambigüedad, casi como si susurrara entre celosías, escribe sobre la «violencia oculta» de las «almas frágiles» en una glosa sobre un ensayo de Montaigne, escritor en quien, Arrufat señala en otra parte, Piñera no pareció nunca haberse interesado.

En cartas personales entre ambos, escritas a finales de los años cincuenta, cuando los dos escritores entraban y salían de Cuba, Piñera rumbo a Buenos Aires y Arrufat a los Estados Unidos, Piñera escribe con entera soltura y afecto, llamándose a sí mismo varias veces el «anciano venerable». Cuando se queja de su alojamiento porteño, luego del lamento tan cubano por el frío que pasa, le pregunta: «No te parece demasiado y además paradójico que esa persona cuyo libro, entre otras cosas, como acabas de decirme, está de texto en la universidad de Columbia, al mismo tiempo lave platos y pase frío», (29 de julio, 1958). La intimidad de la amistad que expresa Piñera en estas cartas se mezcla con el reconocimiento que hace del valor de su propia labor literaria. La confesión de cuánto significó para Arrufat recibir la opinión favorable de Piñera cobra un dejo conmovedor cuando leemos en otra carta personal (27 de septiembre, 1959) cómo Piñera le cuenta, sin medir sus palabras, que le dijo a otra persona que tal obra de Arrufat no le gustaba.¹¹ A la celeridad con que Piñera pronuncia sus preferencias literarias en las cartas personales, se contrapone la admisión dolorosa que hace Arrufat décadas más tarde.

André Malraux señaló la importancia de la continuidad de la tradición artística en *Las voces del silencio*, reconociendo el poder, imprescindible en la creación estética, que un artista ejerce sobre otro artista. A la necesidad de transformar el legado para poder uno mismo crear la llamó Harold Bloom la «ansiedad de la influencia».¹² Cuando Arrufat analiza la influencia francesa en el poeta Julián del Casal, para contradecir la opinión que expresa Piñera en un ensayo sobre la poesía cubana del siglo XIX, afirma: «Enternecerse con Baudelaire implicaba para Casal, enternecerse consigo mismo. Con aquella

¹¹ Antón Arrufat. *Cartas personales*, Caja I. Sección II. *Special Collections*, Princeton University Library.

¹² André Malraux. *Les voix du silence*, NRF, Paris, 1951. Harold Bloom. *The Anxiety of Influence. A Theory of Poetry*, Oxford UP, London, 1997.

parte de sí que se asemejaba a Baudelaire, y que él ayudaba a descubrir o a inventar, lo que resulta idéntico» (p. 33).¹³ Reconocer la influencia de otro artista será admisión dolorosa para el propio artista, pero, con frecuencia, clara para los demás. El legado y la «invención» de una tradición junto con la «ansiedad» de la influencia, son tópicos en la crítica literaria actual. Es curioso, sin embargo, el contexto espiral que cobran estos conceptos en el texto de Arrufat pues éste los esgrime para subsanar lo que para él fueron errores de criterio de Piñera cuando escribe sobre Casal. Ausente la conclusión más evidente, que si Casal tuvo que digerir la estética de Baudelaire, a Piñera le tocó digerir a Casal y a los poetas románticos cubanos.

En las memorias de Arrufat encontramos la admisión de esa ansiedad en el espejo convexo en el que este escritor mira al otro. Según Arrufat, su conocimiento de Piñera era más personal que literario. No así el de Piñera, puesto que éste fue el lector más importante para Arrufat: «Si es cierto que se escribe para los demás, se escribe, en primer lugar para este amigo» (p. 10). Este lector no siempre le expresó la aprobación deseada y, años después, Arrufat deja entrever sus cicatrices en este testimonio.

Arrufat, a quien se le escapa el tiempo absorto en una lectura detenida de Piñera por primera vez, según nos dice, por motivo de una conmemoración a finales de los años ochenta, explica por qué apenas lo leía: «Quizá llevado por el encanto y el misterio de su persona, busqué y acompañé a Virgilio Piñera, y con escasa frecuencia leí lo que escribía» (p. 12). La explicación de aparente candor refleja lo que un escritor significó para el otro: un misterio que más de un cuarto de siglo después intenta descifrar Arrufat, quien parece aún buscar cómo librarse del sortilegio que Piñera ejerció sobre él. Según Arrufat, Piñera fue demasiado exigente en la valorización de ciertos poemas; no tuvo suficiente conocimiento de tal o cual edición, cuya información pudiera haberle permitido un juicio más equilibrado. Así, Arrufat busca «corregir» los errores de apreciación de Piñera. Cómo enjuició éste su legado, la poesía cubana del siglo XIX, pasa a ser para Arrufat el argumento que le ayuda a descubrir los pies de barro de quien en vida ejerció, al parecer, tal poder sobre el entonces joven escritor.

Una de las formas más percederas de la escritura es el ensayo de crítica. Salvo en contados casos —Baudelaire, por citar una notable excepción— logra conservar validez después de una generación, puesto que la función del ensayo crítico es rendir cuentas de lo que significa un texto o un objeto artístico para una generación en particular. Arrufat elige, no obstante, ese ejemplo menor de escritura para posesionarse de algún modo de una literatura cuya lectura, años más tarde, ejerce el poder de ensimismarlo, sustrayéndolo de la vida cotidiana. El mismo título parecería querer en su intimidad, «entre él y yo», excluir a los demás de esta evocación difícil. Si bien se inicia este testimonio con una reflexión obstaculizada por sentimientos melancólicos sobre los

¹³ Virgilio Piñera. «Poesía cubana del XIX» en *Poesía y crítica*.

encuentros y desencuentros entre la amistad y la vocación de escritor, concluye con la confesión, la más conmovedora y personal, del recuerdo de la felicidad «que la vida puede ofrecer al hombre» (p. 56).

En algún momento Oscar Wilde ideó la frase ingeniosa de que la biografía añadía nuevos terrores a la muerte. Si el recuerdo ajeno y póstumo es temible, el olvido de la escritura también guarda sus terrores para el escritor. El propio Arrufat nos revela la agónica conciencia que tuvo Piñera sobre su verdadera situación, su desamparo ante unas circunstancias que lo abrumaron: «La futuridad resultaba para él dudosa. Muy consciente de su valor, al mismo tiempo descreía del futuro lugar que su obra ocuparía en la historia de la literatura» (p. 19).

En *Bueno, digamos*, el poema de 1972 dedicado a Lezama Lima, Piñera expone con lucidez la situación de ambos poetas, grandes y antípodas en sus propuestas para la literatura cubana, aunados en una empresa que el devenir mostró, a pesar de las fogosas riñas por estéticas opuestas, ser común a ambos:

Ahora, callados por un rato,
oímos ciudades deshechas en polvo,
arder en pavesas insignes manuscritos,
y el lento, cotidiano gotear del odio.
Mas, es sólo una pausa en nuestro devenir.
Pronto nos pondremos a conversar.
No encima de las ruinas, sino del recuerdo,
porque, fíjate: son ingrátidos
y nosotros ahora empezamos.¹⁴

El poema de Piñera se funda en el reconocimiento que, no obstante las diferencias que en los primeros tiempos produjeron tanta fricción personal en el pequeño patio interior insular, ambos escritores, a su manera, abrieron caminos estéticos singulares hacia la modernidad cubana.

Para Arrufat, de algún modo, ha de haber sido una labor agridulce, como nos advierte en estas memorias, volver a mirar el esplendor, terrible y divino, de san Virgilio.

¹⁴ Virgilio Piñera. «Bueno, digamos» en *Poesía y crítica*.

Vigencia y utopía de *Los siete contra Tebas*

*Siento en mi cabeza
la poderosa visión de las auroras
que traen la caída
de los cegadores disfraces multicolores,
y un gigantesco amasijo que se viene abajo
dejando al hombre ante el hombre.*

ANTÓN ARRUFAT, *Antígona*

LA COMPLEJIDAD DE ETÉOCLES, DEL EXILIADO POLINICE y del pueblo representado, entre otros personajes, por el Coro de mujeres, revela con gran valentía y fidelidad los trágicos entretelones de la vida cubana posrevolucionaria prácticamente hasta hoy día, pues *Los siete contra Tebas* (*LSCT*) de Antón Arrufat no ha perdido, sino acaso ganado, transparencia y vigencia con los años y, especialmente, después de los sucesos ocurridos alrededor de 1990 en el otrora campo socialista europeo.

Esta vigencia de la pieza de Arrufat, que la hace todavía irrepresentable en Cuba, aparece nítidamente ante el lector. Aún no se ha cumplido el final: el verdadero triunfo de los te(cu)banos y su posibilidad de un futuro mejor están basados en la erradicación no tanto de un mal extranjero como de un mal endémico (su «herencia» histórico-política), y esto último depende de la «necesaria» muerte, aún no ocurrida, de su máximo gobernante y de aquellos arrogantes exiliados (polinices) que esperan restablecer en la Isla el viejo orden de injusticia social que, favoreciendo privilegios de clase y casta, olvidaba los intereses esenciales del pueblo, según afirma Etéocles sobre el antiguo gobierno de Polinice:

Les recordé los males de tu gobierno.
Les recordé las promesas incumplidas, la desilusión
de los últimos meses.

Jesús J. Barquet

Eres incapaz de reinar con justicia.
Te obsesiona el poder, pero no sabes
labrar la dicha y la grandeza de Tebas.

En consecuencia, la larga noche que recorre la pieza (noche marcada por la traición de Etéocles al pacto, noche del sitio y la defensa fratricidas de la ciudad), todavía se cierne sobre la Isla; el luminoso amanecer que, sobre los cadáveres de Etéocles y Polinice, Arrufat vislumbra al final de su pieza aún no se ha efectuado.

Los que, contextualizando de forma extremada e imprecisa esta pieza de Arrufat, señalaron una relación directa entre el asedio de Tebas y la invasión de Playa Girón/Bahía de Cochinos en 1961,¹ además de limitar la capacidad referencial de la pieza, descuidaron dos de sus propuestas temáticas fundamentales que no fueron resultado de aquel ataque: la «necesaria» muerte de los dos soberbios hermanos y la consecuente revisión de los mecanismos del poder unipersonal que se proclama a sí mismo fiel representante de los intereses del pueblo.

Estas propuestas del texto nos llevan a reconsiderar la estructura ausente de tradición y cambio que descubre Emilio Bejel en *LSCT* (pp. 130-131). Bejel agrupa acertadamente bajo tradición los elementos «orden viejo», «Polinice», «padre» y «pasado», pero bajo cambio iguala erróneamente «orden nuevo», «Etéocles», «pueblo» y «futuro», sin observar las nuevas preocupaciones de Arrufat (en resumen, el cambio necesario dentro del orden nuevo) que hacen su pieza subversiva en 1968.

LSCT comienza en un «presente» constituido por el «orden nuevo» instaurado por Etéocles y cuya oposición al «orden viejo» («pasado») resulta histórica y popularmente clausurada a favor del primero. El «futuro», además de anunciarse repetidamente en el adverbio «mañana» y los verbos («vendrá», «estrenarán», «reinará», «podremos», «tendremos», etc.) de las dos últimas páginas de la pieza (pp. 104-105), se esboza utópicamente allí como resultado de la hábil presentación que hace Arrufat de un nuevo elemento dialéctico dentro del Gobierno de Etéocles (Castro): inmovilismo *vs* cambio, oposición entonces mucho más importante que la «pasada» oposición entre Etéocles y Polinice —ésta es un efecto lateral de la, por otros motivos, acertada inserción física y verbal (humana) de Polinice (personaje solamente referido en Esquilo)—.

Por un lado encontramos a Etéocles (yo / sordo poder unipersonal / fijeza / soberbia / presente); por el otro, al pueblo y, fundamentalmente, al Coro de mujeres (nosotras / dinamismo / reflexión / utópico afán de futuro mejor). Etéocles y Coro coinciden en la defensa del orden nuevo, pero tienen

¹ Otra guerra civil de los años 60 fue la oficialmente denominada «Lucha contra bandidos» en las montañas del Escambray. Allí, como en Girón, se enfrentaron cara a cara hermano contra hermano. Hubo otros brotes de rebelión contra el poder absoluto asumido por Castro y el giro sociopolítico que tomaba su Gobierno, pero fueron de menor envergadura que la batalla de Playa Girón y la guerra civil del Escambray.

opiniones opuestas en cuanto a temas más cruciales en la Cuba de 1968, tales como el sacrificio inútil, el odio fratricida, el divisionismo entre los conciudadanos, la violencia política y militar.² Orgullosos de su orden nuevo (del cual ellos, y no sólo Etéocles, han sido también protagonistas activos), el pueblo sólo quiere vivir pacífica, armónica y fructíferamente en él; es decir, los hombres y mujeres del pueblo no cejan ante el extranjero invasor pero desean un cambio (un gobierno más reflexivo y de «justicia mayor») en la intolerante política seguida por su líder hacia su hermano.³ Es precisamente ese cambio dentro del orden nuevo ya instaurado lo que Etéocles no puede o no está dispuesto a hacer y, como apenas lo comenta con su comunidad, lo que lo separa cada vez más de la misma. Se centra allí, precisamente, la propuesta crítico-revolucionaria del texto de Arrufat, su revolución desde la revolución cubana. De ahí la tensión manifiesta en el texto entre el «presente» del Gobierno de Etéocles y un «futuro» utópico sólo alcanzado al final, tras la catarsis/purificación social que significan las muertes respectivas de Etéocles y Polinice.

Sabe Arrufat desde 1968 que, como le había aclarado ya tempranamente Esteban a su hermano Diego en *La casa vieja* (1964) de Abelardo Estorino, la revolución «es la vida, la vida que cambia»,⁴ y que para que el organismo social se mantenga en constante cambio necesita de la crítica, la cual no debe considerarse un arma de la contrarrevolución, sino de la propia revolución para su saludable desarrollo, según lo entiende también Tomás Gutiérrez Alea:

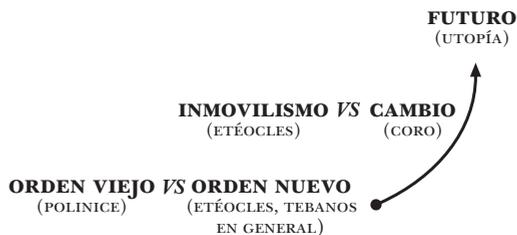
Para que la Revolución crezca, para que nuestro país se desarrolle en un sentido positivo, es necesaria la crítica; es necesario tener una conciencia crítica de lo que somos y de lo que estamos haciendo; y estarnos criticando constantemente. Por lo tanto, no es una crítica para destruir, sino para transformar en un sentido positivo. Claro, como la diferencia es muy sutil, a veces te puede lucir como que estás caminando por una cuerda floja y que es bien difícil (...). Si no tomamos conciencia de nuestros problemas, no podemos resolverlos. Para el desarrollo de la Revolución es fundamental la crítica de la revolución, y esto no puede confundirse con darle armas al enemigo. Nuestro silencio es hoy la mejor arma con que pueden contar los enemigos de la Revolución.

² Ver cómo el Coro, al reprocharle constantemente a Etéocles el enfrentamiento mortal con su hermano y darle sepultura a éste, no parece coincidir con Etéocles en su propuesta inicial de no «entregarse al recuerdo de su propia sangre». (p. 28)

³ Por traicionar el pacto de alternancia del poder con su hermano, monopolizar el poder y reparar públicamente sin el consentimiento de Polinice el patrimonio familiar, Etéocles ha contribuido también a la invasión extranjera.

⁴ Según Taylor, «by 1968, it had become increasingly evident that the word revolution itself meant no one thing, appropriated as it had been by parties old and new, as varied and unrevolutionary as Mexico's Institutionalized Revolutionary Party (PRI), Onganía's authoritarian Revolución Argentina of 1966 and China's Cultural Revolution of 1967, to name a few». (p. 88)

Si partiendo de la oposición señalada por Bejel (que más apropiada y literalmente sería entre orden viejo y orden nuevo), trazáramos un esquema gráfico de las dos oposiciones presentes en *LSCT* y el vector direccional de su sentido o mensaje, tendríamos lo siguiente:



Los juegos retóricos entre el «yo» y el «nosotros», presentes en el discurso de Etéocles y desenmascarados por Polinice, son signos inequívocos de un poder inamovible que pretende autoinvertirse de una representatividad colectiva no siempre verificable en la realidad.⁵ Esta presunta representatividad lleva a Etéocles a ejecutar decisiones privadas bajo el velo de lo que en algún momento fue una causa común, a saber, «nuestra causa», la causa de Tebas (p. 71), pero que en el «presente» de *LSCT* comienza ya a mostrar su falso lado retórico, cuando no demagógico.⁶ Advierte esto en la sociedad cubana Eliseo Alberto al afirmar que la mayoría de los ciudadanos estuvieron dispuestos a defender el proceso revolucionario:

a pesar de que poco a poco (...) una epidemia de vanidad comenzó a cegar a algunos dirigentes con la catarata de un poder sin límites, y varios de ellos llegaron a confundir sus destinos personales con los destinos de un pueblo que un día los siguió, sin preguntar razones, hasta en aventuras tan descabelladas como la defensa militar del delirante Mengistu Haile Mariam, en Etiopía.

Éste es el manifiesto contenido crítico-revolucionario de la pieza de Arrufat: parte de comprender las virtudes sociales del orden nuevo para abogar, en aras de un futuro mejor para todos, por el cierre de las heridas internas que la instauración de dicho orden provocó. Para ello condena la soberbia de poder y megalomanía de su máximo líder, el mismo que ayudó al pueblo a instaurar el orden nuevo pero que ahora, en su intolerancia y sordera ante las auténticas nuevas demandas de su pueblo, pone en peligro de destrucción a

⁵ Similar tensión entre el poderoso y el pueblo y, a nivel textual, entre un «yo» autoritario y unipersonal y un «nosotros» de impostada representatividad colectiva, puede encontrarse en la novela *Yo el Supremo* del narrador paraguayo Augusto Roa Bastos.

⁶ En su análisis del proceso político cubano de este siglo, Ebel señala que el Gobierno de Castro reemplazó el sistema maquiavélico de valores, característico de la seudorrepública, con «a centralized, monistic regime run by a small elite governing in the name of higher principles (the traditional Hispanic concept of derecho) —in this case Marxist principle— in order to create a new bien común».

la Ciudad, a sus pobladores, al propio orden nuevo. Etéocles no parece estar desempeñando ya el papel que, según Arif Dirlik, le corresponde a un verdadero revolucionario dentro de la revolución:

While the revolutionary as subject of history has a sense of his [or her] direction, the [revolution] provides no more than a tentative guideline, for ultimately the direction of the revolution must emerge in the course of the struggle that is the revolution (...). The revolutionary, too, must be listening all the time and must not merely impose his abstractions upon the revolutionary process.

El texto de Arrufat está así, junto a otros de aquellos años,⁷ entre los primeros que plantearon, no la entonces aparentemente vencida oposición capitalismo-socialismo, sino «*the most urgent questions about the nature and meaning of revolution within the frame of the revolutionary movement itself*» (Taylor, p. 83). Según Diana Taylor, durante los años 60, surgió en la Isla un tipo de teatro que comenzaba a examinar

the inherent contradictions within the concept, the nature and, ultimately, the discursive and iconographic framing of the revolution itself. How can revolution (theoretically a collective process) subsume the many to the one —one image, one slogan, one leader? How can an agenda based on higher social truth and justice be grounded on the fabrication and manipulation of images?

El texto de Arrufat subvierte sutilmente esa referencialidad unipersonal al sugerir, con su original adición de los Adalides, que el proceso de transformación social no fue labor de un solo hombre sino de todo el pueblo.⁸ Es, asimismo,

⁷ A saber, *La casa vieja* de Estorino y, según la reveladora lectura de Taylor, *La noche de los asesinos* (1965) y *Ceremonial de guerra* (1968-1973) de Triana.

⁸ Este replanteo crítico de la Revolución como una multiplicidad vital (es decir, una instancia plural en constante cambio) frente a la imagen de la Revolución como algo unívoco e inmutable, es explícito en el diálogo entre los hermanos Esteban y Diego de *La casa vieja* de Estorino. Esteban aboga por el cambio y la pluralidad; Diego por lo contrario y, como Etéocles, le otorga a sus ideas una presunta representatividad colectiva:

DIEGO: Estoy dispuesto a luchar por lo que yo creo que es decente, por lo que todo el mundo sabe que es decente.

ESTEBAN: ¿Y es decente lo que tú hiciste con ella?

DIEGO: Yo soy un hombre, es distinto. Y así piensa todo el mundo en este pueblo. ¡Qué, en este pueblo! en toda Cuba. La revolución no va a permitir eso.

ESTEBAN: ¡La revolución! ¿Tú crees que la revolución es un escudo?

DIEGO: Yo sé muy bien lo que es la revolución.

ESTEBAN: ¿Qué es? ¿Un ser omnipotente con una espada de fuego? La revolución eres tú, ella... la becada, nosotros, somos todos, es todo, la sequía, el bloqueo, es la vida, la vida que cambia. (En Muñoz, p. 42)

Según Muñoz, «Diego niega la dialéctica revolucionaria» cuando dice «Ya la revolución ha cambiado muchas cosas... ¿Hasta cuándo vamos a seguir cambiando?». Frente a esta negación, Esteban reaccionará con la frase que presenta la visión del mundo de *La casa vieja*: «Yo creo en lo que está vivo y cambia» (en Muñoz, p. 42). Todavía en 1999, Estorino sostiene esta idea en su pieza *El baile (o el collar)*.

gracias a esos defensores de las otras seis puertas de la Ciudad —y no tanto gracias a Etéocles, al parecer más preocupado en saldar su deuda personal con Polinice y cumplir su destino (su fija imagen mítica) que en evitarle una desgracia a la Ciudad—, que Tebas y su orden nuevo (bien acogido por el pueblo en general pero mejorable) se salvan. Pues no sólo Polinice expone la Ciudad a la rapaz avaricia de sus aliados extranjeros, sino que también Etéocles, por su traición inicial al pacto y luego su sordera y soberbia, pone en riesgo el orden nuevo al dejar que sea el azar (la azarosa muerte de uno u otro hermano) lo que decida el futuro de Tebas:⁹ «Yo iré a encontrarme con él, yo mismo. / (...) Ya no podemos comprendernos. ¡Decida / la muerte en la séptima puerta!» (p. 80). Y es precisamente ese pueblo tebano «descalzo» y empuñando «viejas lanzas y escudos podridos» (p. 70) quien, sin responder a intereses unipersonales y políticamente reductores sino colectivos y humanos, hace posible la continuidad del orden nuevo de justicia y bienestar social al final de la pieza.

Sin dudas, la subversión que encierra *LSCT* no está dirigida a uno que otro asunto secundario del proceso cubano que habría hecho posible, como ha ocurrido con otras piezas inicialmente censuradas, su representación escénica en la Cuba de Castro, sino que su prolongada censura, aun después de rehabilitado su autor, nos revela que la crítica principal de la pieza está dirigida, como bien percibieron sus primeros censores, al máximo dirigente del Gobierno cubano (figura intocable, como ha quedado ampliamente demostrado por la historia política del país). Aclaro, sin embargo, que la pieza no proponía en 1968 la muerte de Etéocles-Castro, sino la necesidad de un cambio en su política interna: proponía que, una vez logradas las metas de justicia social que habían identificado y prestigiado nacional e internacionalmente al orden nuevo (la repartición de la tierra, la educación pública, etc.), se pusiera ahora atención a las otras demandas de «justicia mayor» de su pueblo, a saber, auspiciar la reconciliación nacional y dar fin al violento odio fratricida y a la intolerancia, con vistas al beneficio de toda la nación. Pues, como todavía en 1997 reclama Eliseo Alberto a propósito del incierto futuro de la Isla, «urge ahora una convocatoria a una paz necesaria, (...) sin odios, para alcanzar la concordia nacional». De no auspiciar Etéocles dicha concordia y ser, por el contrario, un obstáculo para conseguirla, se hace entonces necesaria su desaparición física para la armonía futura de la ciudad-nación, según se presenta en la escena

⁹ Así lo señala el subversivo Coro cuando afirma: «¡Echa tu suerte, hierro, esta noche! / Fulgura, árbitro ciego de nuestro futuro. / O entra Etéocles o Polinice entra. / Escoge, hierro, pendemos de tu filo. Ignoras nuestro deseo y nuestra causa... / Eres energía, acero, puño, azar. / ¿A quién condenas, a quién absuelves?» (p. 87). El azar (en forma de juego de dados) se apodera de los hombres en pugna, señalan así los Espías al describir la repartición de las puertas de la Ciudad entre los enemigos (p. 30); más adelante el Coro reproducirá esa idea con su gesticulación escénica: «*El Coro hace los gestos del juego de dados*» (p. 50), indica una acotación del autor mientras se anuncia qué puerta tocará defender a cada Adalid.

final de *LSCT*. Pero como observa René Girard con respecto a la querrela entre hermanos en las diversas culturas, la versión que presenta Arrufat de dicha querrela quizás sólo sea «simbólica y ritual», abierta de forma indefinible «sobre un futuro indeterminado, sobre unos acontecimientos reales», es decir, «no sabemos si nos encontramos ante un auténtico conflicto o ante un simulacro sacrificial, destinado únicamente a alejar con sus efectos catárticos la crisis que significa de una manera un poco demasiado directa».

El Coro parece reconocer los efectos miméticos y el carácter indetenible de la violencia, la cual termina siempre siendo perniciosa. Por eso busca, por todos los medios, impedirla llamando al diálogo, a la cordura y a la reflexión. Sordo a los reclamos del Coro, el soberbio Etéocles se entrega, entonces, a un acto violento que costará su vida y la de su hermano, su doble, quien también ha considerado la violencia como solución a su conflicto personal al venir a Tebas con un ejército mercenario. Aunque aboguen por la reconciliación de los hermanos, las mujeres del Coro no pueden dejar de percibir o localizar en ellos la «mancha» que contamina a toda Tebas. De ahí que el lector/espectador comprenda que, sólo convertidos ambos hermanos en víctimas propiciatorias o sacrificiales, la ciudad se libraría del mal que la amenaza, y recuperará el orden y la paz. El sacrificio de ambos hermanos, además de expiación personal de sus respectivas culpas, cobra así poder creador: alcanza la dimensión de «sacrificio cósmico», entendido por Massuh «como un modo de justicia divina». En el caso de Etéocles, el sacrificio asume, además, «el carácter de una transfiguración, de una apoteosis triunfal»: la víctima sacrificial asciende a divinidad, su muerte es «bienhechora, de su sangre vertida nace la vida, se asegura la fecundidad», afirma Massuh (pp. 41-42), ideas éstas reforzadas simbólicamente en la pieza de Arrufat cuando Polionte, en medio de las respetuosas exequias que el pueblo le rinde al cadáver de Etéocles, afirma que gracias a su muerte «podremos mañana comer el cordero» (p. 105), (o *agnus dei*, emblema de sacrificio y a la vez alimento). El poder creador del sacrificio habido se manifiesta cuando una parte del Coro afirma: «Pronto vendrá la primavera, / la lluvia, moviendo de ternura / la tierra, / y estrenarán hojas nuevas / sobre la sangre, amigas. / El sacrificio consumado, / abre las puertas» (p. 194). Pero como señala Girard, «para que el orden pueda renacer, es preciso que el desorden llegue a su punto máximo» y es ese punto máximo lo que nos presenta *LSCT* de Arrufat.

A diferencia de *La noche de los asesinos* de José Triana (cuya posible intención utópica no conforma ninguna escena en el texto, por lo que los hijos quedan atrapados en un infinito círculo vicioso) y de *La casa vieja* (cuyo final no muestra que el cuestionamiento revolucionario de Esteban haya afectado «de manera alguna a sus parientes», según Elías Miguel Muñoz, la propuesta utópica de *LSCT* sí se encarna en el texto mismo al mostrarnos, en la auroral escena final, el triunfo del pueblo tebano sobre sus invasores, la futura vida del pueblo en paz y la desaparición física de aquellos dos políticos que,

amantes del poder personal, no dudaban en poner en peligro la supervivencia de su ciudad natal y de la vida misma.¹⁰

No parece totalmente desacertado Etéocles cuando asegura compartir con los tebanos el orgullo por la nueva sociedad que han instaurado:

ETEÓCLES:

Somos un pueblo descalzo, somos
un pueblo de locos, pero no rendiremos
la ciudad.

Tebas ya no es la misma:
nuestra locura
algo funda en el mundo. (p. 71)

Gutiérrez Alea confirma lo anterior cuando señala que, durante el proceso revolucionario cubano,

la mentalidad de nuestro pueblo ha sufrido un cambio radical. Ha dado un salto gigantesco que es, además, irreversible, pues nos compromete con un futuro al cual ya no estamos dispuestos a renunciar (...). Uno se dispone entonces a luchar por todo aquello que constituye nuestra verdad recién descubierta.

Aunque para muchos extranjeros sus respectivas versiones de la sociedad cubana de los años 60 constituyen la realización de una anhelada utopía social,¹¹ en *LSCT* la propuesta utópica no se localiza en el «presente» de los logros revolucionarios, sino que Arrufat parte de ese «presente» —con cabal

¹⁰ Sin embargo, según Taylor, para que un texto sea utópico no necesita conformar explícitamente en una escena —como señalamos en *LSCT*— su propuesta utópica. Poniendo como ejemplo los repetidos y frustrados intentos de los hijos en *La noche de los asesinos* por escapar del círculo vicioso en que se encuentran, Taylor señala que «*whether each individual role-playing ends positively or negatively is (...) of secondary importance*» ya que el contenido utópico de la obra se revela en el modelo que ofrece «*of imagining oneself otherwise*», en su reconocimiento de que «*each new venture (theatrical or revolutionary) into the realm of the possible, of the imaginable, reaffirms the existence of this other world, even if only as potential*» (p. 85), como ocurre en toda verdadera utopía. El propio Triana confirma esta idea de Taylor sobre la propuesta utópica implícita en su obra al decir, a fines de los años 70, cuando aún vivía en Cuba, lo siguiente: *La noche*, aunque concebida antes de 1959, «es una obra que yo no hubiera podido escribir si no hubiera vivido la Revolución (...). La escribo precisamente ya teniendo la conciencia nacional (...) que la Revolución le ha dado a nuestro pueblo y por la que nuestro pueblo ha podido seguir hacia delante (...). [Los personajes de *La noche*] son unos personajes fracasados que al mismo tiempo tienen ya la posibilidad del 'Ahora me toca a mí', que eso no se dice en ninguna otra obra mía(...), es decir: ahora tengo la posibilidad de realizar el rito, y cada día. ¿Y quién te dice a ti que algún día no se vaya a realizar y llegar a su culminación?».

¹¹ Al respecto afirma, en 1992, el escritor mexicano Jaime Labastida lo siguiente: «Fue, para todos nosotros, la Revolución de la utopía, la que hizo posible, de súbito, aquí y ahora, que ese lugar que no está en ninguna parte, ese lugar que no existe, se situara, se encarnara, tuviera lugar en una determinada geografía social y humana».

conocimiento de causa por no ser extranjero sino un cubano más dentro de la cotidianidad del proceso—¹² para lanzarse a «futuras» visiones y afirmaciones políticas más revolucionarias, atrevidas y afines con la realidad histórica del país. Parece comprender Arrufat que la utopía no es nunca la realidad, sino —como señala Rubén Dri— «el horizonte siempre soñado, siempre visto en lontananza, el punto hacia el que tienden todas las energías creadoras de un pueblo, y que de esa manera se transforma en el verdadero centro dinamizador de su accionar»: «nunca alcanzable o agotada en plenitud», la utopía está siempre «presente como fermento, como crítica inmanente».

Hoy día, la lectura contextual de *L SCT* nos revela entonces su propuesta de una hipotética o utópica Tebas (Cuba) de paz, confraternidad y trabajo, que resulta doblemente subversiva¹³ por presentarse ni dominada por los discursos demagógicos de gobernantes totalitarios (Etéocles) ni acosada por supuestos demócratas (Polinice) aspirantes a un poder de clase o casta y/o capaces de ominosas alianzas con el extranjero. Con un afán igualmente utopista cuya aplicación universal no excluye la velada referencia a la Isla, señala en 1998 Abilio Estévez lo siguiente:

...sería deseable imaginar un siglo venidero donde los reformadores políticos o religiosos se limitaran a desempeñar su papel, su modesto papel. Sin pretensiones, sin soberbia. Sin parafernalia, sin artificios. Donde un jefe de Iglesia o de Estado no se sienta en la obligación de salvar, de dirigir almas, de conducir al hombre al pretendido cielo que ellos suponen lo beneficiará. Sería preferible, por ejemplo, que un Jefe de Estado se limitara a su humilde y oscura condición de administrador, sin que el puesto que ocupa en la sociedad le haga tener la ilusión de que se halla en posesión de la verdad revelada, o con responsabilidad sobre el destino espiritual de sus contemporáneos. Sería preferible menos solemnidad, un poco de humor, de alegría. Sería preferible un siglo venidero donde el hombre, siendo cívico y responsable de sus actos, se sienta con la libertad de elegir el cielo que a sí mismo se tenga prometido.

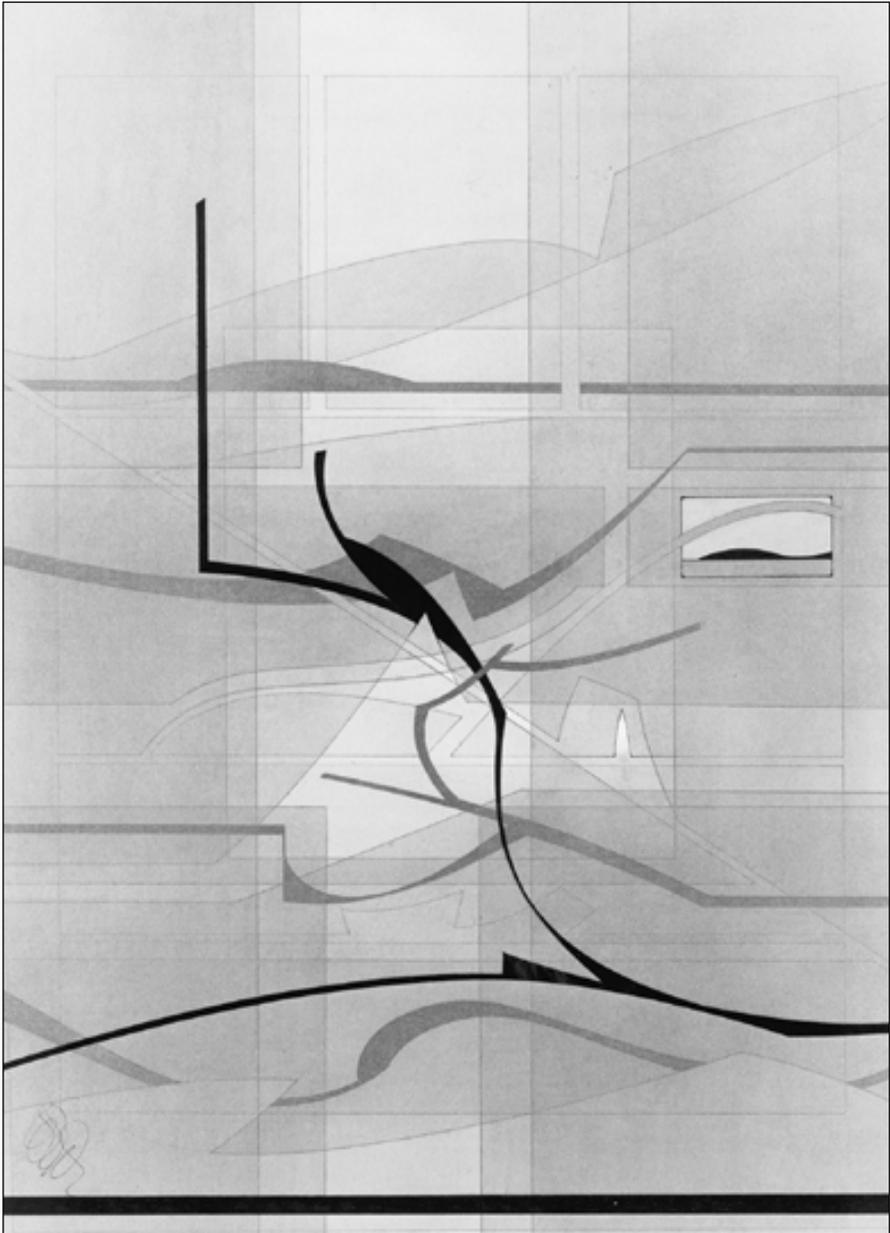
«*The great classical utopias derived their form from city-states and, though imaginary, were thought of as being, like the city-states, exactly locatable in space*», afirma

¹² En 1992, Gutiérrez Alea dirá al respecto lo siguiente: «Hace 30 años, cuando apenas habían transcurrido los primeros meses después del triunfo de la Revolución, cuando todo empezaba a afirmarse entre nosotros, cuando vivíamos la ilusión de estar de veras convirtiendo a este país en algo vivo, naciente, lleno de fuerza y belleza —la belleza de lo justo, de lo necesario—, cuando sentíamos que se cumplía el deseo, tuve la clara impresión de que habíamos llegado a lo que puede llamarse, utilizando un término propio de la dramaturgia, un clímax, un punto culminante, y que a partir de ahí la cotidianidad iba a empezar a manifestarse persistentemente, iban a generarse nuevos conflictos y poco a poco íbamos a tropezarnos con nuevas miserias —quizá las mismas, con otro rostro— y tuve una extraña sensación de temor. Hoy creo que hemos llegado a lo que tanto temía».

¹³ Es decir, subversiva con relación a las dos posiciones más extremas de la actual problemática política cubana.

Northrop Frye: la ciudad de Tebas de Arrufat equivale pues a la nación cubana, proyectada hacia un futuro mejor por la visión utópica del artista, quien parece intuir también que si la utopía «*opens up possibilities which would have remained lost if not seen by utopian anticipation*», «*many things anticipated in utopias have been shown to be real possibilities*». Paz, trabajo, prosperidad social, justicia social y económica, y confraternidad entre todos los cubanos constituyen, entonces, las reales posibilidades que anticipa Arrufat para Cuba, las cuales coinciden con las actuales esperanzas de la mayoría del pueblo de dentro y fuera de la Isla. Esperanza que se hizo realidad anticipadamente en *Los siete contra Tebas* de Antón Arrufat.





Nacionalismo y universalismo

La música clásica cubana en la década de los cincuenta

El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo.

JOSÉ MARTÍ

Aurelio de la Vega

EN 1934, EL PÚBLICO DE LA HABANA OYÓ EN VIVO, POR vez primera, la *Cuarta Sinfonía* de Brahms, cortesía de la recién formada Orquesta Filarmónica bajo la dirección de Amadeo Roldán, quien tres años antes había retornado de París y de sus estudios en la capital francesa, y arribaba a Cuba lleno de «nuevas y peligrosas» ideas musicales. En Europa, Roldán bebió mucha agua en los ríos Stravinsky y Bartók, tomó parte en las fiestas de Los Seis, ojeó el manuscrito del *Concierto para clavicémbalo* de Falla y se sentó a la mesa de Casella y Malipiero. Retornando a la patria de origen, se topa con la atmósfera simplista, tornasolada, inocua y cómoda de la música de salón a lo piano-bar, que inhalaban a pulmón lleno las elites sociales habaneras, y oye a la Orquesta Sinfónica de Gonzalo Roig tocando para un público que devoraba zarzuelas de Lecuona, se extasiaba con la *suite* de *Cecilia Valdés*, se bamboleaba con vales de Strauss y se excitaba con las marchas pomposas de Elgar —de vez en cuando oyendo en pose de transfiguración una *Traviata* o una *Lucia* de cuarto orden.

Roldán hace estallar petardos cada vez que sube al podio de la Filarmónica. Cuba se enfrenta de pronto con los ritmos sincopados de Stravinsky, oye atónita la *Suite de danzas* de Bartók, y sufre simbólicos ataques de corazón al

arrostrar la nueva música sinfónica italiana, tan sacrílega y tan odiosa en su obsesión de demoler el templo santificado de la trilogía Donizetti-Verdi-Puccini. Roldán es denunciado, criticado, insultado y crucificado, pero permanece firme. La semilla que ha plantado echa raíces. Muchos años antes, el heroico Guillermo Tomás, con su Banda Municipal a cuestas, había tratado de sembrar el arbusto alemán en la Cuba tropical y bailadora, tocando por vez primera en La Habana, en arreglos propios, música de Wagner, de Max Reger y, nada más y nada menos, que *Así hablaba Zaratustra* de Strauss —el poema sinfónico famoso que sólo tenía doce años de nacido cuando Tomás realiza su estreno cubano. En aquel tiempo anterior a la Primera Guerra Mundial los cubanos simplemente ignoran a Tomás, a quien consideran un lunático simpático. Treinta años después, Roldán gana la batalla: tiene seguidores, y después de su muerte y de la desaparición de su coetáneo García Caturla, José Ardévol —el catalán que se establece en Cuba y funda el Grupo de Renovación Musical— hereda el legado y, con la Orquesta de Cámara de La Habana, continúa el bombardeo, tocando más Bartók y más Stravinsky, develando a Milhaud y a los Halffter, y haciendo posible el debut local de Villa-Lobos, Chávez, Copland, Henry Cowell y otros muchos.

A partir de los años cuarenta, el patio está listo para una segunda batalla —la primera parcialmente ganada por el triunvirato Roldán-Caturla-Ardévol contra las huestes de los Lecuona Cuban Boys y Compañía. Esta segunda escaramuza, que alcanza casi de inmediato categoría de gran guerra, se va a librar entre los propulsores del nacionalismo, en sus varias formas y colores, y aquellos que pretenden insertar a Cuba en las corrientes universales de la música de arte contemporánea, más allá de exotismos y del tremolar de banderas.

De todas las artes, la música es, en su esencia, la más abstracta y la más difícil de comprender. Su naturaleza intemporal, unida al primitivismo del sentido del oído, la hace remota y hasta indescifrable para los muchos que sólo la conciben y gustan, en el mejor de los casos, como un vehículo utilitario para el diálogo con divinidades y la subsiguiente redención, como promotora de causas (del grito patriótico a la guerra real), como música incidental para obras teatrales o como subrayadora de imágenes y acción en películas y telenovelas; en el peor de los casos, la música se limita a ser mero entretenimiento para mover caderas, pegar cuerpos, batir palmas, cantar nostálgicamente melodías de cinco notas o fumar marihuana. Pero en sus formas artísticas, dejado a un lado lo utilitario para existir por sí misma como forma sonora arquitectónica, la música es la última creación intelectual-estética que aparece en una cultura dada. Recuérdense la Grecia antigua, donde filosofía, teatro, poesía, escultura, literatura y arquitectura florecieron mágicamente, alcanzando alturas paradigmáticas y planteando postulados aún hoy vigentes, mientras la música se reducía a simples monodias sin ningún prodigio estructural. Esto se repite en la Edad Media y en el Renacimiento, donde la música ha logrado ya cierta vida independiente como objeto de puro goce estético, pero sin alcanzar todavía las alturas estético-técnicas de las otras artes. Hay que esperar al Barroco para finalmente verla crecerse dramáticamente, hasta el punto en

que, en algunos casos, como en las culturas alemana e italiana, supera a otras formas de la creatividad humana.

Pero mientras las grandes usinas de la civilización occidental —Francia, Italia, Alemania, y en menor escala, Inglaterra— logran emocionantes conquistas intelectuales y producen creaciones artísticas de gigantescas proporciones durante los períodos Clásico, Romántico y Contemporáneo —tiempo en que la música se libera finalmente de todo vestigio de ancla utilitaria para convertirse en una entidad creativa, capaz de promulgar sus propios parámetros técnico-estético-espirituales—, las nuevas naciones (de Noruega a México, de Argentina a Checoslovaquia, pasando por Cuba) luchan por encontrar una identidad musical. Incapaces de emular, con carácter original *sui generis*, la creación de formas, de discursos armónicos, de lenguajes estructurales musicales, de paletas orquestales y tímbricas, o de cualquiera otra de las parafernalias espléndidas que informan la música de arte occidental, estos nuevos países se refugian en el folklore musical nacional, con sus cortas y repetitivas proyecciones melódicas, o en otras formas sonoras de carácterailable, que producen fácil e instantánea aprobación. En el caso de los países de las Américas, con inclusión de los Estados Unidos, los ricos patrones rítmicos importados del África a través de los esclavos negros —en muchos casos enriquecidos y transformados totalmente mediante metamorfosis fascinantes, del *ragtime* al mambo, de la rumba al jazz, del joropo al tango, del son a la samba— se convierten en refrescantes y bienvenidas formas de identidad nacional dentro del marco de la música popular.

Cuba es hija musical directa de España. España, al igual que Cuba, tiene un variado y multicolor folklore musical de vastísimas proporciones, el cual produce una abrumadora avalancha de entidades sonoras, ricas en ritmo y pobres en estructura, que opacan contundentemente las expresiones más abstractas, complejas y técnicamente avanzadas que caracterizan la música de arte. Los cubanos, como los españoles, son, en cierta forma y medida, sordos, posiblemente porque la riqueza de su música popular la hace tan exitosa y sugestiva que no parece haber ninguna necesidad, ni urgencia alguna, por establecer contacto con los secretos misteriosos de un cuarteto de Beethoven o con el simbolismo metafísico de *Tristán e Isolda* —ni tampoco con la encantación etérea de *El mar* de Debussy, la sensualidad demoníaca del *Prometeo* de Scriabin, o el tortuoso camino del *Erwartung* de Schoenberg. Contentísimos con su música para andar por casa, alegres, extrovertidos, vocingleros y a veces cordiales y simpáticos; encantados con crear figuracionesailables que mantienen los cuerpos en efectiva fricción, produciendo inauditos movimientos pélvicos de variada intensidad lúbrica; satisfechos con músicas de piano trasnochadas, canciones con guitarra, grupos charangueros, golpes de pandeleta y soplos de gaita, grupos escolares cantando la *Marcha real* o *La bayamesa*, tanto españoles como cubanos, más allá de una excelente herencia rítmica que se transformó en producto exportable y eficaz a nivel de música popular y/o comercial, nunca han sentido en realidad, en su gran mayoría, imperativo interés por progresar musicalmente mucho más allá de ese nivel entretenido

que va del salón de baile a la danza callejera, de niñas de conservatorio tocando danzas amables, a bares donde se evocan tambores golpeando con las manos superficies de mesa, mientras se fantasean posibles conquistas sexuales.

En España, con la aparición de Albéniz y Granados y luego con Falla y los que le rodearon, las cosas mejoraron un poco y, aunque estos compositores se sintieron muy cómodos con la fórmula nacionalista, se retomó una tradición de música clásica que se había perdido, casi por completo, desde fines del siglo XVIII. Habrá que esperar a la generación de la Segunda Gran Guerra (Luis de Pablo, Bernaola, Cristóbal Halffter, Marco y otros) para observar el mismo afán —nacionalismo *versus* universalismo— que va a tener lugar en Cuba, en plena mitad del siglo XX.

Por fin, Roldán y Ardévol proponen en los cuarenta, mucho después del intento de Tomás, que Cuba debe de promover una tradición creativa de música de arte, debe de progresar más allá del piano amable de Cervantes y Lecuona, debe de comenzar a oír interiormente sonidos sinfónicos, debe empezar a crear un edificio musical abstracto. Pero para ellos y para los jóvenes compositores del Grupo de Renovación, la única solución posible es el patrón nacionalista. La preparación técnica de una nueva clase de creadores musicales se intentó de buena fe, pero el proyecto estaba lleno de deficiencias formativas y se resentía por la falta total de infraestructura, y fue asimismo asediado de continuo por fuertes mafias político-musicales, ejemplificadas por la retahíla de conservatorios privados que hacían gran dinero graduando clase tras clase, año tras año, a perfectos analfabetos musicales, quienes a su vez escalaban posiciones magisteriales para continuar la morónica cadena de una enseñanza musical blandengue e inoperante. Este grupo de intereses horadaban el frente propuesto, de carácter serio y trascendente, con sus cursis fiestecitas de fin de curso, que hacían la delicia de madres ingenuas y abuelas candorosas. Para los nacionalistas cubanos de ese momento, el único modo de hacer una música clásica cubana era insertar en las estructuras musicales (curiosamente europeas en su totalidad) las fórmulas rítmicas derivadas de la simbiosis musical española-africana, que tan efectivamente habían desarrollado los compositores de canciones populares y los conjuntos de baile. Se tapaban persistentemente soles con dedos, pero era enternecedor el esfuerzo. No importaba que el resultado del ajeteo por crear obras sinfónicas y de música de cámara fuese primitivo y granuloso: el hecho era que existía un naciente y esperanzador vocabulario musical clásico.

A mediados de la década de los cuarenta, coexistiendo con la fundación del Grupo de Renovación, dos compositores, Julián Orbón y yo, Aurelio de la Vega, propusimos a través de nuestras composiciones otro tipo de música que también formase parte del incipiente movimiento de música clásica cubana, pero cuyo horizonte fijaba la vista en lo universal, más allá de las fronteras estéticas nacionalistas. Pronto, Orbón y yo divergimos y nos embarcamos en nuestra aventura creativa por rumbos diferentes: él se adentró en sus raíces españolas, con su carga de fuertes tradiciones musicales, abrazó el misticismo del canto gregoriano, exploró el exquisito mundo sonoro del tardío Renacimiento

español, y se sintió cómodo con el lenguaje armónico del eje Stravinsky-Bartók-Falla-Villa-Lobos. Más allá de sus prodigiosas obras orquestales, su excelente mano de obra musical (muy superior a la que exhibían los compositores del Grupo de Renovación) y su oído maravilloso, que creaba excelentes conglomerados sonoros, Orbón permaneció siempre anclado en el mundo armónico-formal de la música española de las tres primeras décadas del siglo xx.

Yo inventé y viví una historia diferente. Cuando todos tocaban tambores se me ocurrió ser alemán. Pensé que una buena dosis de inmersión en el mundo musical teutónico tenía dos aspectos: por un lado era un buen antídoto al dúo Lecuona-Sánchez Galarraga y a las melifluosidades del permanente bolero amable (que con sus variaciones y sus toques folklóricos permeaba el panorama musical que me rodeaba), permitiéndome, a modo de escape, descubrir las maravillas técnico-sonoras de la *Salomé* de Strauss, deambular por los laberintos de las *Variaciones sinfónicas* de Schoenberg o entrar en los portales exaltados del *Concierto de violín* de Berg; por otro lado, me proveía una plataforma sólida desde donde lanzar mi propia idea de una revolución musical local.

Si mis colegas cubanos empleaban maracas en sus obras, a mí se me antojaba pulsar las cuerdas del arpa del piano; si creaban habaneras sinfónicas, yo escribía quintetos de viento pan-tonales; si confeccionaban sonatas cubanas «a lo Scarlatti», yo me encaprichaba en inventar vastos frescos sonoros mahlerianos. En medio de la década de los 50 me sentía totalmente aislado: el público en general estimaba que yo era un atrevido enajenado sin redención posible, los colegas musicales me acusaban de ser anti-cubano, y unos cuantos intelectuales, que me toleraban condescendentemente por no creerme estúpido, me daban amables golpes en la espalda y me recomendaban solemnemente que estudiase más los escritos de los padres de la Patria, de Saco a Martí, de Luz y Caballero a Sanguily.

A pesar de todo, la Cuba de los años 50 era culturalmente prodigiosa. En ese mar efervescente nadaba yo solo pero a gusto pues, aunque intuía que clamaba en el desierto, había muchos oasis portentosos donde saciar la sed. Grandes escritores trabajaban intensamente; *Orígenes*, pese a su barroquismo y a su difuso proselitismo religioso y limitador, elevaba la cultura cubana a cimas espectaculares, de altura inédita; poetas como Lezama, Virgilio Piñera y Baquero inundaban los ríos literarios con luces deslumbrantes; los pintores estaban concibiendo un grupo de obras vívidas, explosivas y de brillo culminante dentro del panorama de la pintura de América Latina; arquitectos como Nicolás Quintana y Ricardo Porro cambiaban el perfil urbano de La Habana, situándola a la altura de una Europa aún pujante, y los compositores libraban sus batallas apasionadas creando obras que, de un modo u otro, daban la espalda, por vez primera en Cuba, a toda la música de salón y a toda la panoplia musical cabaretera tan en boga. En ese escenario exploté mis bombas.

Yo propuse, aún antes de que los pintores abstractos cubanos hiciesen su aparición, que Cuba debía alejarse de un nacionalismo musical a ultranza, rompiendo cadenas y fronteras, para inventar un sonido que fuese más allá de

la imagen turística de postal de correo con que el paternalismo cultural-colonialista europeo y norteamericano bautizaba a todo producto musical latinoamericano. Quería crear una música que fuese tan importante por ella misma, tan nueva y tan universal, que se sustentara por sus valores técnico-estéticos propios en la escena internacional —una música, en fin, que sin inmediatamente reconocibles chachachás y montunos fuese, sin embargo, intrínseca y esencialmente cubana simplemente porque su autor nació cubano; una música que destilase sus características nacionales transformándolas e insertándolas, a través de un complejo proceso de ósmosis, dentro del vocabulario universal, ecuménico y vanguardista, de la música clásica occidental de nuestro tiempo.

Para mí, el nacionalismo, en vez de enclavar la nación en el concierto general de Estados, aísla a un país dado a través de la excusa de descubrir fácilmente un perfil propio. Teóricamente, el nacionalismo se asienta en el loable principio del engrandecimiento nacional, pero a menudo se convierte en un censurable método de distorsión doctrinaria que se manipula desde un poder central más o menos omnímodo para el ejercicio impune de la corrupción política y económica. En lo social, el nacionalismo echa mirada a ras de suelo, contentándose con una perenne exaltación de valores simplistas que auspician lo mediocre y lo eminentemente anti-pensante. En el plano cultural frena las expresiones hondas, elaboradas y trascendentes, transformándolas en juegos colorísticos. Desde un punto de vista artístico, oculta a menudo deficiencias formativas y lagunas estructurales. En el caso específico de la música le confiere a ésta un mero papel de entretenimiento, donde el auditor no sólo rechaza todo esfuerzo intelectual sino que se convierte, sin darse cuenta, en un perenne manipulado con características caricaturescas, que se mueve rítmicamente al vaivén del más nuevo bombón sonoro. Los intentos de una música de arte por basar toda su estructura y su vocabulario en formas nacionalistas se convierten en puro espejismo, ya que las audiencias, alimentadas por el constante barraje de una música popular aupada al plano del tesoro nacional, dan al traste con la ilusión de una posible comunicatividad y vigencia.

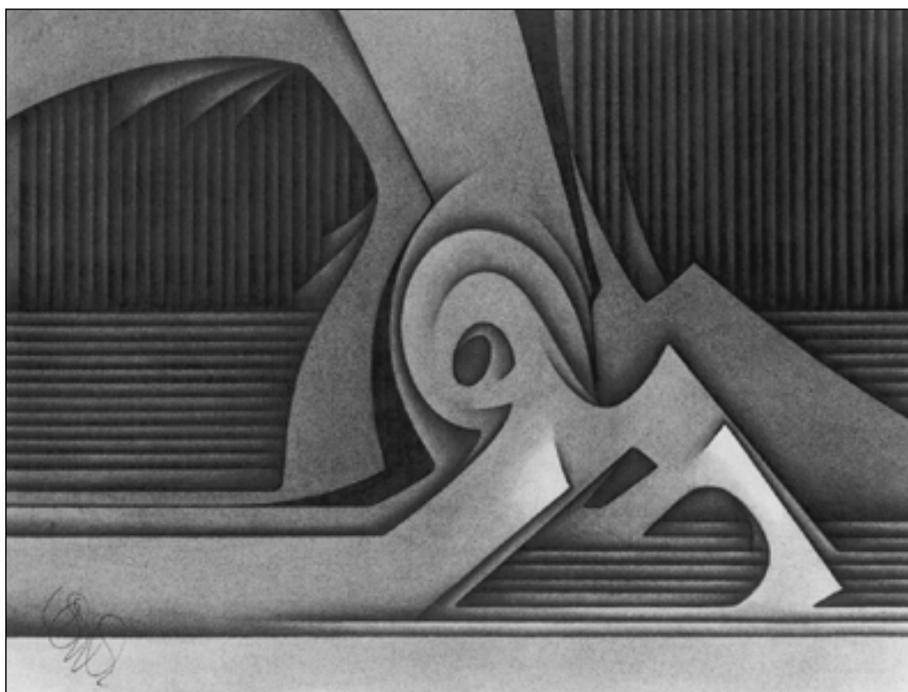
En época reciente, en lo musical, hay dos grandes versiones operantes: un nacionalismo comercial supercapitalista que crea una industria discográfica multibillonaria, con asiento en el cine y la televisión y que explota las formas más crasas y vulgares para sus ganancias orgiásticas, y un nacionalismo totalitario socialista, benévolo o feroz, que controla las masas mediante la manipulación política del popularismo musical. En un caso u otro, el nacionalismo musical, en su forma más primitiva y efectiva, mantiene la mente colectiva entretenida con un perenne divertimento que va de la marcha a la danza callejera, del paisaje vocal fácilmente reconocible a la oscilación de caderas y al bamboleo de brazos y cabezas. La corporación y sus tentáculos y el caudillo totalitario (dos caras de igual moneda, activas en tantos rincones del siglo pasado y del presente), han ofrecido sus soluciones redentoras y paternalistas con la ayuda de nacionalismos bien manipulados. Cuando la vertiente caudillista se embriaga de poder los resultados son eminentemente más siniestros y

se despoja, se controla, se aterroriza, se encarcela y se ejecuta a cualquier opositor que cuestione el procedimiento implantado. Por este camino, los nacionalistas feroces de los últimos ochenta años han tallado un torso crujiente, sanguinolento, robótico, orwelliano y destructor sin precedentes. Por ello, para una democracia corrupta o para un totalitarismo ilimitado el gran enemigo sigue siendo el Universalismo, el cual pone *fuera del juego*, a lo Heberto Padilla, al ciudadano que abre la ventana y se le ocurre pensar en un paisaje abstracto, sin límites, que lo libere de la rutina visual comercial o controlada; que insiste en creer que Chopin o Luciano Berio tienen más misterio sonoro que Ricky Martin y sus fulgores o que producen más riqueza anímica que los tambores alcoholizados de la comparsa de turno; que se obstina en leer a Chesterton o a Nivaria Tejera en vez de arrojarse con novelas rosas o mesmerizarse con reiteradas arengas políticas. En la Cuba de los 50 los preludios a un porvenir que cerrará fronteras no se intuían aún, pero queda como dato histórico la batalla que se libró entre los dos *ismos* que nos ocupan, como si el pórtico, pronto a abrirse, estuviese guardado por ángeles y demonios prestos a ganar o perder la próxima conflagración.

Yo salí de Cuba en 1957, cuando el clima político ya era asfixiante e intolerable. Me resigné a irme con mi universalismo a otra parte más universal. Antes de partir resonó mi último obús: mi *Cuarteto en Cinco Movimientos In Memoriam Alban Berg*, la primera obra dodecafónica escrita en Cuba, obtuvo un Premio de Publicación auspiciado por el Lyceum de La Habana de manos de un jurado presidido por Igor Markevitch. Un silencio total y glacial acogió la noticia. La obra no se estrenaría en La Habana —donde por cierto jamás se ha oído—, y fue tocada por vez primera en Washington durante el Primer Festival Inter-Americano de Música, espléndidamente ejecutada por el Cuarteto Claremont, quienes por años la tocaran por el mundo entero. A modo de nota ilustrativa debo de mencionar que años antes, en 1953, mis *Dos movimientos para Cuarteto de Cuerdas* fueron ensayados por seis meses por uno de los cuartetos profesionales que existían en La Habana por aquel entonces. Los cuatro instrumentistas, todos queridos amigos personales, trataron infructuosamente de ejecutar la obra, con el resultado de que, tras arduos labores, jamás pudieron pasar del compás cincuenta y dos de la mencionada obra. Esto ilustra y subraya el aislamiento profesional en que me hallaba, y el rechazo efectivo de mis quimeras universalistas, lo cual, unido a la falta de instrumentistas capaces de interpretar mis músicas, me hubiese casi de seguro forzado a una triste emigración, aún cuando no hubiese tenido lugar la pesadilla totalitaria que pretendió y pretende borrar la historia patria para rehacerla a su imagen y semejanza.

Resumiendo: la música de arte cubana —la llamada peyorativamente «música clásica cubana»— estaba viva en la Cuba de los 50; permanecía aislada y bastante ignorada, aún por la gran mayoría de los intelectuales cubanos, que la consideraban mayormente incomprensible, quienes jamás supieron darle el apoyo que merecía; presentaba una encantadora y a la vez dramática dualidad: nacionalismo y universalismo; y fue testigo y parte activa en lo que respecta a la

germinación de mis locamente revolucionarios postulados musicales técnico-estéticos. Medio siglo más tarde alguna de la música clásica cubana de la década de los 50 todavía goza de buena salud. Personalmente, compruebo con tristeza que mis obras más importantes han sido compuestas fuera de la tierra natal, debido a las barreras políticas y estéticas. Por fortuna han tenido una existencia triunfante, subrayada por miles de audiciones, multitud de ediciones y grabaciones discográficas comerciales, recibiendo honores, premios y reconocimiento público. Muchas han sido objeto de estudios musicológicos y tesis doctorales, han sido acogidas con aplauso y han recibido sinnúmero de interpretaciones por el mundo entero. A pesar de todo lo bueno y positivo que rodea mi creación musical siento pesadumbre por no haber vuelto nunca a la Isla, excepto por seis meses a principios de 1959, y siento igualmente la pena de ver que mi música es aplaudida y admirada por un mundo «ancho y ajeno», donde Cuba es sólo un nombre, mientras todavía mis compatriotas debaten si mi obra es cubana o no, si debe tocarse o no tocarse en Cuba, si es finalmente valiosa e históricamente importante o si permanece siendo desconcertante e inherentemente enigmática. Lo que cuenta, a la postre, es que está hecha, y que espero con confianza la justificación personal de la promesa que me hice a mí mismo hace ya muchos años: la de escribir una música que sea tan buena, tan estéticamente refrescante, tan válidamente revolucionaria, tan universal, que refleje siempre, maravillosa y positivamente, la magia de la cultura cubana.



Fiestas cubanas

Villaverde, Ortiz, Carpentier

*La mar violeta añora el nacimiento de los dioses,
ya que nacer aquí es una fiesta innombrable,
un redoble de cortejos y tritones reinando.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

Roberto González Echevarría

LAS FIESTAS REAFIRMAN Y CELEBRAN LA SOLIDARIDAD entre individuos o grupos que comparten una misma cultura. Esa es su función primordial más aparente. Pero, además, como ocurren en días señalados, sirven para ponerle marcas al tiempo; lo dividen e incorporan a otros órdenes culturales como el religioso o el patriótico, y así vinculan a la colectividad, o al individuo, con el cosmos. Éste, con ese gigantesco reloj que son los astros y sus periódicos movimientos, ofrenda un tiempo mensurado por los fenómenos celestes. Se celebran cumpleaños o días de santos, que solían coincidir en el occidente cristiano, y que responden al santoral establecido por la iglesia. Se observan las fiestas y estaciones del año litúrgico, sincronizado con las estaciones del año celestial, que denotan recurrentes muertes y resurrecciones, creando de esa manera la impresión de que el tiempo es cíclico y renovable. Se celebran las fiestas patrióticas, que constituyen los natalicios y muertes de héroes nacionales. En épocas de crisis profundas, estas normas de organización cronológica son sometidas a transformaciones radicales que aspiran a concordar en una todos los santorales y años litúrgicos. El ejemplo reciente más conocido es el de la Revolución Francesa, pero el paradigmático fue la institución del cristianismo en el imperio romano. Durante la evangelización del Nuevo Mundo, sobre todo en las áreas que devendrían México y Perú, donde existían poblaciones con calendarios propios y religiones avanzadas, la imposición del año

litúrgico cristiano fue uno de los muchos medios de someter a los naturales a la cultura europea.¹

Pero si bien la fiesta aspira a dar sentido macrocósmico al tiempo, en su interior, su duración, como la del juego, es un período aislado, especial, distinto del transcurrir común, sujeto a leyes propias, y en el que se practican actividades extraordinarias o normalmente prohibidas.² El intervalo de la fiesta, como el del teatro, es el de la representación; por eso los disfraces, las máscaras, y sobre todo, la repetición de gestos previstos, la presencia de un guión explícito o implícito que organiza las actividades.³ En Cuba decimos, con mucho más sentido de lo que sabemos, «que el relajo sea con orden». El supuesto desorden de la fiesta no es tal. La fiesta es coreografía, danza, ritual, teatro.

Pero, ¿cómo puede aspirar la fiesta a revelar y fomentar un sentido de solidaridad y mutuo reconocimiento si representar es, por su propia naturaleza, jugar a ser otro del que se es en el tiempo normal? ¿Cómo el pretender ser otro puede revelarnos y celebrar lo que de verdad somos y tenemos en común? El tiempo de la fiesta, ese lapso fuera del tiempo, aspira también a poner en jaque la cohesividad de la cultura, a desquiciar la relación de ésta en el esquema macrocósmico del tiempo estelar. La fiesta también se monta sobre la posibilidad del caos, la dispersión, la victoria de las fuerzas centrífugas en el interior de los grupos. Es aquí donde acceden las fiestas a la política y constituyen no sólo un elemento conservador de tradiciones, sino también disgregador de éstas. Se juega al desmoronamiento de la autoridad, a su escarnio y destrucción, para fundar una nueva que garantice otro orden futuro que ni siquiera se plantea. La fiesta puede ser la inmolación del joven rey, como documentó ampliamente Frazer en su clásico *The Golden Bough*. No logra la fiesta una simbiosis cultural apoteósica sino su simulacro.

Desde luego, al hablar de la fiesta estamos aludiendo a Bajtín y a sus teorías sobre el carnaval, expresadas en su gran libro sobre Ravelais. Bajtín destaca precisamente el carácter renovador del carnaval, porque éste «consagra la libertad de invención, para dar lugar a la mezcla de una variedad de elementos diversos y a la aproximación los unos con otros, para liberarse de la visión del mundo imperante, de las convenciones y las verdades recibidas, de los clichés, de todo lo aburrido y universalmente aceptado. Este espíritu carnavalesco da la oportunidad de tener una nueva perspectiva ante el mundo, de darse cuenta del carácter relativo de todo, y entrar en un orden totalmente distinto de cosas».⁴ Pero el

¹ Que yo sepa este proceso no ha sido debidamente estudiado.

² Ver de Johan Huizinga, *Homo Ludens: A Study of the Play Element in Culture*, Beacon Press, Boston, 1955. La primera edición, en alemán, se publicó en Suiza en 1944. Esta edición inglesa se basa en la propia traducción del autor.

³ Me guió aquí, y en todo lo relacionado con la fiesta y el tiempo, por dos estupendos ensayos de E.R. Leach: «*Chronus and Chronos*» y «*Time and False Noses*», en *Two Essays Concerning the Symbolic Representation of Time, Rethinking Anthropology*, Humanities Press, New York, 1961, pp. 126-136.

⁴ Traduzco de la traducción al inglés de Hélène Iswolsky *Rabelais and His World*, Indiana University Press, Bloomington, 1984, pp. 34.

carnaval de Bajtún supone una sociedad homogénea que celebra su armonía interna y se renueva en el contexto de sus propias tradiciones. Sus teorías se basan en estudios de la cultura popular europea en la Edad Media. El carnaval bajtiniano depende, en última instancia, de la posibilidad del diálogo, que es central en su pensamiento. Pero en sociedades no homogéneas como las americanas —¿las hay realmente homogéneas?— el diálogo, sobre todo el festivo, no es un tranquilo toma y daca; lo entorpecen ruidos, desfases, disloques y desquicios. Los interlocutores no hablan discursos sino lenguas diferentes. La fiesta pretende, de todos modos, superar la interrupción del diálogo porque se sabe actividad falsa, de cartón (a veces literalmente), inmune a los efectos concretos de la violencia. Lo que se intercambia son imágenes y productos falsos, sin valor real o duradero, con valor sólo en el tiempo de la representación. Por eso la mascarada y el travestismo. En la fiesta se juega a la violencia, que a veces deriva en golpes reales y sangre de verdad. Es el paso del ritual a la política, la libertad para dismantelar ideologías es también esencial de la fiesta, y constituye otro paso.

Por todas estas características —lo lúdico, el cuestionamiento de la autoridad, su carácter provisional y efímero, el ser un orden ficticio al que se juega— la literatura, que las comparte, se complace en incorporar la fiesta a su repertorio de tópicos, cuando no es ya parte de ella. La literatura cubana, desde su fundación como tal en las primeras décadas del siglo XIX, se ocupa de la fiesta, porque es entonces que comienza en la Isla el proceso sincrético que había ocurrido antes en otras áreas de lo que llegaría a ser América Latina. Lo significativo de la fiesta cubana es que pone de relieve —escenifica— la discordia entre culturas en vías de integración, por eso la relevancia de la fiesta en ese siglo fundador. La fiesta aparece desde los primeros costumbristas, miembros de ese movimiento artístico que no parece más que una especie de pintoresquismo, pero que fue, por el contrario, de enorme importancia tanto en las letras como en la pintura.⁵ Ésta, así como la litografía comercial, se ocupó pronto de los negros y de sus fiestas.⁶

⁵ El costumbrismo fue una etnografía en ciernes de desarrollo paralelo al de la antropología, aunque carente de una metodología explícita (que tampoco tenía, por cierto, la incipiente ciencia social). El costumbrismo destaca el colorido de la gente diferente dentro de una cultura: los rituales de campesinos, negros o indios, seres que viven fuera del devenir histórico occidental. Se trata de una etnografía interna, por decirlo así, que se practica en España y América Latina, áreas marginales con respecto al progreso decimonónico.

⁶ Me baso en las siguientes fuentes: *La pintura colonial en Cuba, Exposición en el Capitolio Nacional*, Corporación Nacional del Turismo, La Habana, 1950; *La pintura y la escultura en Cuba a través de la Escuela Nacional de Bellas Artes San Alejandro, el Palacio Presidencial y el Museo Nacional*, Editorial Lex, La Habana, 1953; Antonio Núñez Jiménez, *Cuba en las marquillas cigarreras del siglo XIX*, Ediciones Turísticas de Cuba, La Habana, 1985; Antonio Núñez Jiménez, *Las marquillas cigarreras cubanas*, Comisión Nacional Española del Quinto Centenario, Tabacalera, S.A. y Tabapress, Madrid, 1989; Narciso Menocal, *Cuban Cigar Labels: The Tobacco Industry in Cuba and Florida: Its Golden Age in Lithography and Architecture*, Cuban National Heritage, Miami, 1995; Adelaida de Juan, *Pintura y grabados coloniales cubanos*.

Carente de una tradición indígena que compitiese con la católica, la liturgia y el santoral cubanos se hacen problemáticos sólo con el auge de la industria azucarera y la importación masiva de esclavos africanos a partir de inicios del siglo XIX.⁷ Pero con el aumento de la trata se desquició el tiempo cubano, como todos los demás componentes de la cultura nacional. No hay ejemplo más impresionante de la pugna en el seno de la sociedad cubana que la práctica de alterar la tradicional demarcación del tiempo y las fiestas que lo jalaban por parte de los dueños de ingenios azucareros a principios del siglo XIX. Éstos alargaban la semana de siete a doce y hasta a quince días para extraer mayor provecho del trabajo de los esclavos. Como refiere Manuel Moreno Friginals en su ya clásico *El ingenio*, se coordinaba la nueva semana, además, evitando así tener en paro a un gran número de esclavos, lo cual no sólo era improductivo, sino también peligroso.⁸ Menos dramática pero más duradera fue la influencia que, de una manera u otra, las fiestas de los esclavos, muy en particular su música, baile, y otras actividades, tuvieron en la sociedad cubana en general, y cómo el calendario cubano se fue poblando de celebraciones y santos sincréticos. La religión y sus fiestas encauzaron los inicios del proceso de sincretismo, según expresa Moreno Friginals:

La religión católica, en sus rígidos moldes, no penetró en el ingenio. Pero sus santos se asomaron a los bateyes cuando reunida la dotación explotaba el contenido furor de los tambores. Agrupados en un solo y aniquilador trabajo hombres de las más diversas culturas, juntos por fatalidad histórica, pero con distintos idiomas, concepciones religiosas, expresiones musicales y todos con un mismo terror y una misma ansia de liberación, el batey fue como un templo demoníaco donde se iniciaba una nueva creencia. La religión con dioses blancos y dioses negros, con rezos católicos al compás de los tambores. La ciudad habría de darle, mucho más tarde, la forma definitiva a ese sincretismo. Pero allá estaban ellos, desahogando el dolor contenido, retornando así (*sic*) mismos y renaciendo. El ingenio, además de tumba, fue fragua.⁹

Es por todo esto que la fiesta es fundamental como expresión del proceso de sincretismo y figura prominente en autores canónicos como Cirilo Villaverde, Fernando Ortiz y Alejo Carpentier, que no sólo se valen de ella para estructurar

⁷ Afortunadamente una de las series de marquillas de tabaco reproducidas por Núñez Jiménez contiene todo el santoral de 1866. *Cuba en las marquillas cigarreras del siglo XIX*, pp. 50-60.

⁸ Cito del «Glosario» del libro de Moreno Friginals: «Domingo m. Día de parada en el ingenio para descanso de la dotación. Durante la primera mitad del XIX la costumbre era conceder un domingo cada doce o quince días, es decir, los días de parada natural del ingenio. Para evitar confusiones es conveniente tener en cuenta que el 'domingo', en este sentido de los ingenios esclavistas, se refiere al día de descanso que puede coincidir o no con el día de la semana del mismo nombre». *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, t. III, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 133

⁹ *Op. cit.*, t. I, pp. 126

sus obras, sino que teorizan sobre su función en el complejo proceso social cuyo fruto será lo que conocemos por cultura cubana. A partir de su aporte, que paso a analizar someramente en lo que sigue, podría hacerse un estudio de toda la narrativa cubana hasta el presente.

Cecilia Valdés (1882) es una obra tan importante que casi pudiera decirse que, con respecto a la fiesta, todo ya está en Villaverde, y que tanto Ortiz como Carpentier sólo refinan o amplían lo planteado en su gran novela. *Cecilia Valdés* transcurre en un período cuidadosamente demarcado que abarca poco más de un año: de fines de septiembre de 1830 a principios de noviembre de 1831. Esos catorce meses están jalonados por una sucesión de fiestas que culminan con la boda de Leonardo Gamboa e Isabel Ilincheta, en que el joven es asesinado por Pimienta, su rival. La descripción de las fiestas, y de su preparación, ocupa buena parte de la obra, y cada fiesta es coyuntural en el desarrollo de su complejo y bien trabado argumento.

La novela prácticamente comienza con una fiesta. La «cuna» que se celebra el 24 de septiembre, día de Nuestra Señora de las Mercedes, donde se mezclan clases y razas y aparecen por primera vez los jóvenes protagonistas: «El baile, conocidamente era uno de los que, sin que sepamos su origen, llamaban ‘cuna’ en La Habana. Sólo sabemos que se daba en tiempo de ferias, que en ellos tenían entrada franca los individuos de ambos sexos de la clase de color, sin que se le negase tampoco a los jóvenes blancos que solían honrarlos con su presencia» (pp. 17-18).¹⁰ El baile se celebra durante «las ferias con que hasta el año 1832, acostumbraban a solemnizar en Cuba las fiestas titulares religiosas, consagradas a los santos patronos de las iglesias y conventos» (p. 15). Esta cuna específica celebra asimismo el día del santo y cumpleaños de la dueña de la casa, la mulata Mercedes Ayala, sita en el barrio de San Isidro; es decir, un barrio de gente de color. En la fiesta despunta el conflicto amoroso y racial entre Pimienta, mulato, y Leonardo, blanco y rico, por Cecilia, mulata que puede pasar por blanca, y que, sin saberlo, es medio hermana de Leonardo. La fiesta la ameniza la orquesta de Pimienta, que además de músico es sastre, y en ella predomina una violencia contenida, o traducida en baile:

«Bailábase con furor; decimos con furor, porque no encontramos término que pinte más vivo aquel movimiento incesante de pies, arrastrándonlos

¹⁰ Las páginas indicadas en el texto son de *Cecilia Valdés. Novela de costumbres cubanas*, estudio crítico por Raimundo Lazo (México: Editorial Porrúa, 1995). Esteban Pichardo define «cuna» así: «Reunión de *Gente de color criolla*, o gentualla para bailar y muchas veces jugar: casi reducida, pocos músicos, arpa y guitarra, etc». *Diccionario provincial casi-razonado de voces y frases cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976. La primera edición es de 1836. Esteban Rodríguez Herrera añade, en su edición crítica de *Cecilia Valdés*: «Entre los gitanos ‘cuna’ es rincón o esquina. Parece que este nombre es de baja extracción en Cuba, probablemente de origen gitano, significando lo que ya hemos dicho, con referencia a la gente baja, de la orilla, del rincón o callejera (...) todos los barrios tenían sus patronos, todos los patronos tenían sus fiestas, todas las fiestas tenían sus ‘cunas’ y sus mesitas, y sus convites y sus bailes». *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel. Novela de costumbres cubanas*. Publicada en New York, en 1882. Edición crítica y notas por Esteban Rodríguez Herrera, Editorial Lex, La Habana, 1953, pp. 66, nota 20.

muellemente junto con el cuerpo al compás de la música; aquel revolverse y estrujarse en medio de la apiñada multitud de bailadores y mirones, y aquel subir y bajar la danza sin tregua ni respiro» (p. 23). El baile arremolina y mezcla a los diversos grupos, pero no borra las diferencias, aunque el atractivo sexual logra obviar las demarcaciones y fronteras físicas que los separan en el espacio de la casa:

Pero en medio de la aparente confusión que entonces reinaba en aquella casa, podía observar cualquiera que, al menos entre los hombres de color y los blancos, se hallaba tácitamente establecida una línea divisoria, que tácitamente y al parecer sin esfuerzo, respetaban de una y otra parte. Verdad es, que unos y otros se entregaban al goce del momento con tal ahínco, que nos es mucho de extrañar olvidaran por entonces sus mutuos celos y odio mutuo. Además de eso, los blancos no abandonaron el comedor y aposento principal, a cuyas piezas acudían las mulatas que con ellos tenían amistad, o cualquier otro género de relación, o deseaban tenerla, lo cual no era nuevo ni extraño, atendida su marcada predilección. (p. 25)

La tregua de la fiesta apenas suspende la discordia racial, y no esconde el drama individual de Pimienta, Leonardo y Cecilia. Pimienta dirige a la orquesta en una pieza, compuesta por él en honor de Cecilia, que ésta y Leonardo aprovechan para bailar juntos. Ella «se entregaba toda al delirio del baile, mientras él, atado a la orquesta, cual de una roca, la veía gozar y contribuía a sus goces sin participar de ellos lo más mínimo». (p. 27)

La «cuna» es el vértice de la primera parte de *Cecilia Valdés*. La segunda parte la enmarcan la fiesta de san Rafael Arcángel, que cae el 24 de octubre, en cuyo honor los blancos celebran un fastuoso baile el 27 del mismo mes, y el baile de la «gente de color», celebrado el 23 de diciembre, en vísperas de Nochebuena. Hay como una aceleración del año litúrgico provocada por la inminente partida de las familias pudientes a sus casas campestres, en cafetales o ingenios azucareros. El baile se celebrará «en los altos del palacio situado en la calle de San Ignacio esquina a la de Teniente Rey, alquilado para sus funciones por la Sociedad Filarmónica, en 1828. Desde los días del carnaval, a fines de febrero, en que coincidieran los festejos públicos por el casamiento de la princesa de Nápoles, doña María Cristina con Fernando VII de España, la Sociedad antes dicha no había vuelto a abrir sus salones. Ahora lo hacían como para despedir el año 1830, pues es sabido que la gente principal de La Habana, única con derecho a concurrir a sus funciones, se marchaba al campo desde principios de diciembre y no volvía a la ciudad sino hasta mucho después de Reyes» (p. 77). Aunque no es un cambio tan violento como la ampliación de la semana a doce o quince días, el calendario se altera para acomodar las fiestas de la nueva sociedad cubana, convirtiendo la celebración de San Rafael en Año Nuevo, y saltándose el Adviento, la Nochebuena, y la Navidad. Además, por el hecho fortuito del alquiler del salón durante carnavales, el baile es como una repetición de éstos. Será un carnaval de

otoño, un trastorno aún mayor del año litúrgico, de profundas significaciones porque consiste en convertir en festejo renovador rituales que normalmente marcan la inminencia del invierno y de la muerte. Así, por ejemplo, la fiesta de los Fieles Difuntos el primero de noviembre.

El baile de San Rafael, una de las más conocidas escenas de *Cecilia Valdés*, es precedida por una serie de preparativos altamente reveladores.¹¹ La fiesta tiene su contrapartida en otros bailes celebrados esa misma noche por los que no pueden asistir a ella, el de la «feria del Ángel, el de Farruco y el de Brito, sin olvidar la ‘cuna’ de la gente de color, en la calle del Empedrado, entre Compostela y Aguacate» (p. 85). En el de la Filarmónica se da cita todo el gran mundo habanero, inclusive los literatos de la época. Y no está ausente la política porque muchos de éstos, así como otros, inclusive Leonardo Gamboa, son ardientes opositores del régimen español. Pero el salón está presidido por «el retrato del rey Fernando VII» (p. 83). La hostilidad se concreta al nivel de los protagonistas entre Leonardo, cubano de nacimiento y por convicción, y su padre don Cándido, español defensor del poder colonial. En el plano amoroso se manifiesta en la perturbadora presencia de Isabel Ilincheta, la prometida de Leonardo, matrimonio que perpetuará el *status* de ambas familias, y por consiguiente el de la sociedad cubana. La boda de ambos sería la fiesta definitiva y definitoria, que marcaría la homogeneidad política y social de los blancos. Sabemos, sin embargo, que el corazón de Leonardo le pertenece a Cecilia, pero siendo ésta su media hermana, su unión con ella, que pondría fin a la discordia racial y la promesa de una sociedad más armónica, no es posible sin hacer violencia al substrato más profundo de lo humano. La fiesta es un simulacro de orden que apenas contiene la violencia que se agazapa debajo de la representación.¹² Pero ésta aflora al final del baile, cuando Leonardo sale y encuentra otro, improvisado, por los caleseros que aguardan a sus amos en los carruajes:

Lo primero que hirió sus oídos, fue el repiqueteo de las espuelas de plata de los caleseros en las sonoras piedras del portal, bailando el zapateo al son del tiple

¹¹ El más significativo es la confección de la casaca de Leonardo por parte del sastre Uribe y su asistente Pimienta. En una brillante escena, Pimienta le sirve de maniquí a Uribe para entallar la prenda, porque tiene «el mismo cuerpo que el caballerito Leonardo» (p. 73). Así como Adela es el «vivo retrato» de Cecilia, Leonardo y Pimienta, rivales de razas en conflicto, comparten un mismo cuerpo. Es el cuerpo que Pimienta agrede y mata al final de la novela, con lo cual también se mata a sí mismo. Esto está relacionado al tema del incesto. Los personajes están enfrascados en una lucha que es también consigo mismos.

¹² En el plano erótico el detalle más interesante es el «bigote» de Isabel. Ésta, por su vida campesina y ejercicio de la equitación, es varonil de formas. Pero, además: «Para que nada faltase al aire varonil y resuelto de su persona, debe añadirse, que sombrea su boca expresiva un bozo oscuro y sedoso, al cual sólo faltaba una tonsura frecuente para convertirse en bigote negro y poblado. Tras ese bozo asomaban a veces unos dientes blancos, chicos y parejos, y he aquí lo que constituía la magia de la sonrisa de Isabel» (p. 88). ¿Sonrisa vertical? Esto se vincula al incesto, al deseo de lo mismo, no del otro.

cubano. Tocaba uno, bailaban dos, haciendo uno de ellos de mujer, y de los demás, quienes batían las palmas de las manos, quienes golpeaban la dura losa con los puños de plata de los látigos, sin perder el compás, ni cometer la más mínima disonancia. Algunos de ellos cantaban las décima de los campesinos, anunciando por eso, por el baile y por el tiple que todos ellos eran criollos. (p. 101)

Es decir, los caleseros bailan al son de la música que les corresponde, sin las falsedades del baile de los amos. Leonardo conmina a Aponte, el calesero de su familia, que es quien toca el tiple, y lo azota cruelmente al llegar a su casa por no haber seguido las instrucciones que le había dado antes, y que éste no había podido cumplir al recibir otras de don Cándido.

El baile de la «gente de color», en víspera de Nochebuena (es decir, el 23 de diciembre) es como una repetición paródica del de la fiesta de San Rafael, y culmina con violencia real, la riña entre Dionisio y Pimienta. Primero hay que notar que la fiesta toma lugar cuando los amos se han ido al campo, dejando a los criados y esclavos en una especie de libertad provisional, y con la ciudad franca. Es como un contracarnaval. El evento pretende ser de aún más formalidad que el de los amos, y en la exageración, en el exceso, estriba la parodia.¹³ Al igual que la fiesta de los blancos, ésta cuenta con personajes notables, como el músico Brindis, y el poeta mulato José de la Concepción Valdés, *Plácido*. Se destacan, pues, las rígidas diferencias entre las personas de color, y en ello refleja las restricciones de la sociedad blanca. El baile es una «reunión heterogénea» por el simple hecho de que la frase «de color» designa una amplia gama de pigmentos. Los disfraces y trajes, que pretenden igualar a todos, no pueden, ocultar las jerarquías marcadas por el color de la piel. Es precisamente el color de la de Cecilia —blanca— el que desata la bronca entre Dionisio y Pimienta. Dionisio, cocinero de la familia Gamboa, se ha fugado durante el Adviento, cuando sus amos se van a Vuelta Abajo. Es un cimarrón urbano. Cecilia lo desaira en la fiesta al negarse a bailar con él, y éste cree que es porque «la niña me ve prieto» (p. 166), y «me desprecia porque se figura que como tiene el pellejo blanco, es blanca» (p.166). Claro, la piel de Cecilia es un disfraz, porque ella, continúa Dionisio «no lo es. Si a otros puede engañar, a mí no» (p. 166). Dionisio no sólo es negro y cocinero, sino también esclavo. Después del baile, en la pelea a cuchillos en la oscuridad de la noche, Pimienta le da una puñalada a Dionisio y lo deja por muerto. El incidente arroja a Pimienta al clandestinaje, al mundo de hampo-

¹³ «Con la frase ‘baile de etiqueta o de corte’, se quiso dar a entender uno muy ceremonioso, de alto tono, y tal que ya no celebraban los blancos, ni por las piezas bailables, ni por el traje singular de los hombres y de las mujeres. Porque el de éstas debía consistir y consistió en falda de raso blanco, banda azul atravesada por el pecho y pluma de marabú en la cabeza; el de los hombres, en frac de paño negro, chaleco de piqué y corbata de hilo blanco, calzón corto de Nankín, media de seda color carne y zapato bajo con hebilla de plata, todo según la moda de Carlos III, cuya estatua, hecha por Cánovas, se hallaba al extremo del Prado, donde hoy se ostenta la fuente de la India o de La Habana». (p. 163)

nes y negros curros de donde emerge para ultimar a su rival y doble, Leonardo Gamboa.¹⁴

Pasemos ahora a Vuelta Abajo, donde las familias pudientes se reúnen durante el Adviento y principios de año para festejar la Nochebuena, el Año Nuevo, y el Día de Reyes, y regresar a La Habana después del Domingo del niño Perdido.¹⁵ Estos episodios en un Pinar del Río paradisíaco amorosamente evocado por Villaverde, son un falso edén, en que se destaca la contradicción violenta sobre la que se erige la sociedad cubana; el disfrute de una naturaleza pródiga y bella, y la despiadada explotación de la esclavitud.¹⁶ La fiesta de Nochebuena, y el día de Navidad al día siguiente, se proyectan contra la historia de los cimarrones y los brutales castigos de que son víctimas los esclavos. Parte de la fiesta es la visita al interior del ingenio para observar el funcionamiento el mismo día de Navidad, porque no se ha suspendido el trabajo. Allí se recibe la noticia del suicidio del cimarrón Pedro el Carabalí. El 26 de diciembre.

Isabel y el grupo de jóvenes que se divierten haciendo un paseo a caballo dan con el cuerpo de Pablo, otro cimarrón que se ahorcó. Las fiestas de las familias contrastan con este mundo de suicidios y castigos, que por los nombres apostólicos de los cimarrones muertos, tienen un aire bíblico, como de ritual, de sacrificio.

Luego del regreso a La Habana de los Gamboa, el año corre vertiginosamente hacia las fechas en que principió la novela. La boda tendrá lugar el 10 de noviembre en la iglesia del Ángel, pero «La primera de las tres velaciones regulares se corrió el último domingo del mes de octubre, pasadas las ferias de San Rafael» (p. 299); es decir, la fecha en que el año anterior se celebró el gran baile de la Filarmónica. El asesinato de Leonardo ocurre justo cuando se apresta a subir, con su novia, la escalinata de la iglesia. Cecilia va a parar al Hospital de Paula, confinada por su implicación en el asesinato, donde conoce a su verdadera madre, que muere luego de un breve período de lucidez. La novela concluye con una fiesta de matrimonio frustrado por la muerte, provocada por los celos y el resentimiento racial, y marca el estado de violencia y desunión que existe en la bullente sociedad cubana; la lucha en el interior de la sociedad no sólo entre blancos y gente de color sino entre blancos peninsulares

¹⁴ Es también en esta noche del 23 a 24 de diciembre, que Josefa, abuela materna de Cecilia, empeora y empieza una agonía que ha de terminar con su muerte el mismo Domingo del Niño Perdido, a mediados de enero, cuando los Gamboa regresan a La Habana. La muerte de su protectora deja a Cecilia desamparada y sin esperanzas de lograr sus designios para con Leonardo.

¹⁵ «La marcha será del 20 al 22 [de diciembre] para volver después del Domingo del Niño Perdido» (p. 157).

¹⁶ O en los conocidos versos de José María de Heredia que Villaverde usa de epígrafe del capítulo 3 de la tercera parte:

¡Dulce Cuba! en tu seno se miran
en el grado más alto y profundo,
las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral.

y criollos, entre negros y mulatos. La minuciosidad con la que Villaverde analiza estas luchas y su relación con la trama amorosa de la novela es su mejor logro.

Fernando Ortiz publicó en 1920 su ensayo *La fiesta afrocubana del Día de Reyes*, en un momento decisivo de su carrera, cuando sus estudios empiezan a concentrarse en manifestaciones artísticas y lingüísticas de los negros en la Isla.¹⁷ En sus primeros libros —*Los negros brujos* (1960) y *Los negros esclavos* (1916)— Ortiz, consecuente con su formación legal, se había concentrado en el aspecto criminal de la población negra, en el «hampa» y en la procedencia africana específica de cada grupo. Pero en los años veinte, influido y animado por los jóvenes que crearían el movimiento afrocubano, que eran en cierta forma sus discípulos, Ortiz se desplazó de la criminología a la antropología propiamente dicha. Es decir, Ortiz vio la importancia de analizar los resultados de la adaptación de las culturas africanas a la cubana, no el origen de éstas sino su destino como componentes de la nación, apenas independiente a partir de 1902.

Ortiz se percató de que, para estudiar los inicios de ese proceso, que más tarde él denominaría «transculturación», tenía que remontarse al siglo XIX, y que una de sus fuentes principales tenía que ser la literatura, que no sólo había registrado, sino analizado el desarrollo de la sociedad impulsada por la industria azucarera y el régimen esclavista. En la bibliografía de los primeros trabajos de Ortiz figuran novelas, ensayos, artículos de costumbres, poemas, además de artículos extraídos de la prensa de la época, un frágil archivo del que cita con insistencia tal vez para garantizar su preservación.¹⁸ Estas fuentes las comparte Ortiz con Villaverde, que escribió en Nueva York la versión definitiva de *Cecilia Valdés*, y de seguro se valió de informes de la prensa cubana que le llegaban de la Isla, además de su prodigiosa memoria. *Cecilia Valdés* no es sólo fuente de Ortiz, sino que tiene en común con la obra de éste el acervo de información sobre la sociedad cubana del siglo XIX, que para el antropólogo era ya historia pasada, prácticas no vigentes sino en sus legados y vestigios, que él aspira a rescatar.

Por eso, en la edición de 1960 del ensayo, Ortiz se refiere a la fiesta del «Día de Reyes» como la «antigua fiesta del 'Día de Reyes'». Para los años en

¹⁷ En todo lo relativo a la obra de Ortiz me guío por la estupenda *Bio-Bibliografía de don Fernando Ortiz* (La Habana: Instituto del Libro, 1970), compilada por Araceli García-Carranza. Según ésta el ensayo en cuestión se publicó por vez primera, bajo el título *La fiesta afro-cubana del Día de Reyes*, en la *Revista Bimestre Cubana* 15, n.º 1 (enero-julio, 1920), que conserva en otras publicaciones de la época. El título cambió a *La antigua fiesta afrocubana del Día de Reyes* cuando se publicó por separado en la edición de 1960 por la que cito aquí, Ministerio de Relaciones Exteriores, La Habana, 1960, donde se le añaden algunos párrafos iniciales y se actualiza la bibliografía.

¹⁸ Ortiz, por supuesto, no fue narrador, pero, como teórico e historiador de la fiesta, frecuentemente buscó información en la literatura, y su trabajo fue, a su vez, fuente para ésta. La circularidad o capilaridad entre literatura y antropología es corolario de lo que propongo aquí, que es lo sugerido antes sobre la función simultáneamente aglutinadora y disgregadora de la fiesta. En esto la antropología y la literatura son aliadas.

que escribía, ya esa celebración, propia de la época de la esclavitud, abolida en Cuba en 1886 no existe, o se ha desplazado en el calendario cubano hacia la época propiamente de carnaval, es decir, después de la cuaresma, a fines de febrero. En la fiesta original, los negros, agrupados en «cabildos» que representaban las diferentes «naciones» de donde procedían en África, salían a las calles disfrazados de diversas maneras, tocando tambores y otros instrumentos. Así desfilaban por las vías públicas hacia la mansión del capitán general para pedir su aguinaldo o bono pascual. El origen de la fiesta parece haber sido que en esa fecha —6 de enero— los negros del Rey, es decir, los que pertenecían a la corona, no a particulares, recibían su aguinaldo, al igual que los soldados de Su Majestad. En el interior de la Isla la parada se dirigía hacia la residencia de la autoridad local.

Lo más extraordinario de la fiesta era que en ese día los negros eran libres, elegían reyes de sus naciones respectivas, y se entregaban a la música, al baile y a la pantomima. Así lo plasmaron Frédéric Mialhe en su conocido grabado, Víctor Patricio Landaluze en su famoso óleo, y una marquilla cigarrera de autor desconocido.¹⁹ Los disfraces, como los de los diablitos, procedían de tradiciones africanas y europeas y, en otros casos, eran parodias de los atuendos de la sociedad blanca. La vanguardia pronto vio en el Diablito una especie de arlequín, como los que la pintura de la época había puesto de moda y lo incorporó a sus obras. Carpentier, por ejemplo, tiene uno en su libreto *El milagro de Anaquillé*, que es de los años veinte.

La mayor importancia del ensayo de Ortiz es que revela que en la fiesta se combinan elementos africanos y europeos, cuyo origen común son prácticas universales. Por el lado africano se trata de una saturnalia, o carnaval, con todas las características propias de éste, sobre todo la inversión de papeles, los esclavos son libres, los amos son los que dan, el escarnio y burla de las prohibiciones. Por el lado europeo es un ritual de principios del invierno, la doceava noche (*the twelfth night*), Epifanía, visita de los Reyes Magos al Niño Jesús, fin del período que comenzó en el Adviento, que es el principio del año eclesiástico. (Ortiz, empapado de literatura, vincula el festejo con las mojigangas, inclusive alguna de Calderón, y con episodios del *Quijote* como el del «carro de la muerte»). En el caso específico de Cuba y de su definitiva industria azucarera, la fiesta celebraba también la zafra o tiempo de cosecha y molienda, que transcurre de diciembre a abril, por lo cual se vincula a rituales europeos para celebrar la temporada de recolección. Desde el punto de vista de los amos era, sin duda, una manera de aliviar sus conciencias adaptando a sus propósitos un ritual cristiano para demostrar el provecho que devengan los negros al ser evangelizados. Pero también era una manera de renovar el vigor y capacidad productiva de la maquinaria humana de su industria con un día de descanso y esparcimiento. No obstante, al participar en el juego de inversiones y jugar a ser otros, los sacarócratas, también dotados de imaginación, se

¹⁹ *La isla de Cuba pintoresca.*

arriesgaban a dismantelar momentáneamente el aparato sobre el cual descansaba su autoridad y poder.

Desde el punto de vista de los negros no era un ritual que reafirma una solidaridad general, sino particular, en el seno de cada cabildo específico. Lo único general era libertad ficticia y provisional, la fingida emancipación y, por supuesto, costumbres como la inversión de papeles o el ruido para ahuyentar a los demonios, que la antropología moderna reconoce como universales. El subtexto del ensayo de Ortiz es precisamente poner de manifiesto ese substrato de común humanidad que demuestra que la cubanidad incipiente, sincrética, que incluye a los negros, forma parte de los procesos culturales conocidos y por lo tanto posibles y deseables. Desde una perspectiva política, le demuestra a la sociedad cubana blanca —renuente a aceptar lo negro como valioso— que las tradiciones africanas pertenecen a corrientes que no son ajenas a las europeas, y que ya se han manifestado, sin duda por esa misma razón, en la naciente cultura nacional. Tanto es así que el calendario cubano, la medida del año, incluye ya en el siglo XIX una fiesta sincrética: empieza a haber un tiempo cubano. En el siglo XX éste se poblará de fiestas como el Día de la Caridad y el de San Lázaro, amén de aquellas impuestas por la política.

El ensayo de Ortiz estudia el momento culminante del período «caléndrico» en que transcurren incidentes definitorios en *Cecilia Valdés* que, como vimos, es la temporada del 23 de diciembre de 1830 a mediados de enero de 1831. La novela ya había destacado la importancia de las fiestas contenidas en esas fechas en el proceso de sincretismo cultural que estaba sufriendo la sociedad cubana. De éstos, el más sugestivo es la libertad ficticia que se concede a los negros, que es lo que hace posibles todas las demás prácticas, prohibidas durante el tiempo común. Esa libertad es la de la representación, la de ser otro mediante el disfraz, el baile, la pantomima. Ser otro, pero por tiempo limitado y en juego, como en la literatura. Pero ese jugar a ser otro lo hace posible, por lo menos en la imaginación, que no es poco.

Casi veinte años más tarde, en 1939, Ortiz pronunciaría una importante conferencia que habría de convertirse en uno de sus ensayos más destacados: *Los factores humanos de la cubanidad*, cuyo título original fue *La cubanidad y los negros*.²⁰ Es en esa conferencia que Ortiz presenta su metáfora culinaria del «ajiacó» para describir la sociedad cubana, festiva porque toda comida lo es. «¿Qué es el ajiacó?», se pregunta Ortiz, y responde: «Es el guiso más típico y más complejo, hecho de varias especies de legumbres, que aquí decimos 'vianas', y de trozos de carnes diversas; todo lo cual se cocina con agua en hervor hasta producirse un caldo muy grueso y succulento y se sazona con el cubanísimo 'aji' que le da el nombre» (p. 11). Ya para esas fechas, pasados los fervores

²⁰ La primera versión es «La cubanidad y los negros», *Estudios Afrocubanos*, 3, n.º 1-4, 1939, pp. 3-15; la segunda, «Los factores humanos de la cubanidad», *Revista Bimestre Cubana*, 45, n.º. 2, 1940, pp. 161-86. Cito por un sobretiro de esta versión, con páginas numeradas de la 5 a la 30.

de la vanguardia, Ortiz ha tomado conciencia de que la cubanidad es algo dinámico, en proceso, que toda cultura es «creadora» (p. 10). Lo importante, pues, no es la «antigua» fiesta, sino la fiesta permanente que se plasma en la cocción y consumo del ajiaco:

Lo característico de Cuba es que, siendo ajiaco, su pueblo no es un guiso hecho, sino una constante cocedura. Desde que amanece su historia hasta las horas que van corriendo, siempre en la olla de Cuba es un renovado entrar de raíces, frutos y carnes exógenas, un incesante borbor de heterogéneas sustancias. De ahí que su composición cambie y la cubanidad tenga sabor y consistencia distintos según sea catada en lo profundo o en la panza de la olla o en su boca, donde las viandas aún están crudas y burbujea el caldo claro. (p. 13)

El fuego que hace hervir ese caldo es la violencia de las fiestas y rituales antes analizados, la que promueve cambios en el calendario. Ese dinamismo también se ha apoderado del propio Ortiz, que abandonando los moldes tradicionales de la retórica científica, se lanza sin ambages a la literatura, a la poesía. El texto es ajiaco, fiesta, comunión. El ensayo de Ortiz es contemporáneo de su más ambiciosa obra literaria, el célebre *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), en que la forma que adopta su texto es musical, su origen declarado el *Libro del buen amor*. El entusiasmo de las vanguardias, de los artistas más jóvenes que él, le han llevado a darse cuenta que su propia producción literaria forma parte del fenómeno que estudia, que el antiguo abogado es, en este caso, juez y parte y sus textos tienen que participar de la fiesta.

Uno de esos jóvenes fue Alejo Carpentier, quien siempre declaró haber aprendido mucho de Ortiz, pero subrayando siempre la diferencia generacional.²¹ Aún así la huella de Ortiz en Carpentier es profunda, sobre todo en sus obras más ambiciosas como *El siglo de las luces*, y el proceso mediante el cual se incorpora la fiesta a sus textos es muy parecido al del maestro, aunque en un plano netamente literario.

En su primer período, durante el apogeo del afrocubanismo, Carpentier incluye en sus obras varias fiestas cubanas, sobre todo una: el juramento ñáñigo de *¡Ecué-Yamba-O!*, su primera novela, que es de 1933.²² Y en sus libretos para óperas bufas y escenarios para ballets de los años veinte, también aparecen celebraciones similares. Pero la fiesta, en toda su dimensión temporal,

²¹ Dice Carpentier en *La música de Cuba*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946: «Fernando Ortiz, a pesar de la diferencia de edades, se mezclaba fraternalmente con la muchachada. Se leyeron sus libros. Se exaltaron los valores folklóricos. Súbitamente, el negro se hizo eje de todas las miradas. Por lo mismo que con ello se disgustaba a los intelectuales de viejo cuño, se iba con unción a los ‘juramentos ñáñigos’» (p. 236). Unos años más tarde Carpentier dedicó una de sus columnas de *El Nacional* de Caracas a Ortiz: «Ese gran don Fernando», 3 de octubre de 1951, p. 12.

²² Me guío y reciclo aquí las páginas de mi libro *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home*, Cornell University Press, Ithaca, 1977. Hay una versión en español: *Alejo Carpentier: el peregrino en su patria*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1933.

cronológica y organizadora de tramas no empieza a figurar en su obra hasta los relatos de *Guerra del tiempo*, que fueron apareciendo durante los años cuarenta, aunque la colección no se publicó hasta 1950. En el primero de éstos, el centro del relato lo ocupa un sarao en la mansión del marqués de Capellánías. El relato lo articulan las fiestas de la Cuba decimonónica, en un ambiente que es muy de *Cecilia Valdés*. Otro tanto ocurre en *El camino de Santiago*, y así sucesivamente hasta que llegamos a *El reino de este mundo* (1949), *Los pasos perdidos* (1953) y *El acoso* (1956). En *El reino de este mundo* hay una minuciosa estructuración cronológica que vincula rituales, fiestas y levantamientos de esclavos que van a culminar con la Revolución Haitiana. En *Los pasos perdidos*, cuya acción ocupa la última mitad de 1950, año que marca, a su vez, la mitad del siglo xx, la acción se enmarca entre la fiesta de San Francisco Caracciolo y la celebración del Año Nuevo. Y en *El acoso* la persecución y muerte del innostrado protagonista coincide con la Semana Santa. Carpentier convierte el año litúrgico y el santoral en medidas para organizar el tiempo de sus relatos. Esta práctica culmina en una escena de *El siglo de las luces*, de 1962, que he analizado varias veces antes, y en *El recurso del método*, donde es objeto de una suerte de autoparodia, muy en consonancia con la naturaleza de la fiesta como motivo organizador.

La escena de *El siglo de las luces* es aquélla que se desarrolla en el cafetal de Jorge la Nochebuena de 1799, muy similar en todos sentidos a las de *Cecilia Valdés* durante la misma temporada del año. Aunque en la novela de Villaverde transcurre el paso del año 1830 a 1831, se trata evidentemente de una reescritura por parte de Carpentier de la novela fundacional cubana. La fecha es significativa en *El siglo de las luces* porque, característicamente, la transición de 1799 a 1800 marca el centro cronológico de la acción de la obra. Es una escena bisagra, la típica transición de un tiempo a otro que se marca con celebraciones y fiestas, típicamente de inversión.

Hace ya algunos años me percaté de que hay un salto cronológico casi imperceptible en la escena que desplaza la acción hacia delante toda una semana. La Nochebuena comienza: «La tarde del 24 de diciembre, mientras algunos se afanaban en acabar de arreglar un Nacimiento...» (p. 270); pero termina diciendo: «Ahora habría que esperar la medianoche, en medio de bandejas de ponche. Doce campanadas caerían de la torre, y cada cual tendría que atragantarse con las doce uvas del ritual» (p. 272). Huelga decir de las doce campanadas y las doce uvas son las de la celebración del Año Nuevo, no de la Nochebuena. La acción se ha saltado la Navidad, el 25 de diciembre, es decir, la ruptura más profunda en la historia de Occidente: el nacimiento del Cristo. Pero había un brinco más largo, hacia un ritual cuyos oficiantes son los esclavos del cafetal de Jorge, que no había advertido cuando escribí por primera vez sobre la escena. Aparecen repetidamente los negros que cantan y bailan disfrazados, anunciándolo: «Había dejado de llover. Las malezas se llenaron de luces y disfraces. Llegaron pastores, molineros de caras enharinadas, negros que no eran negros, ancianas de doce años, gente barbudas y gente con coronas de cartón que sacudían marugas, cencerros,

panderos y sonajas» (p. 272). Se trata, por supuesto, de la Fiesta del Día de Reyes sobre la que escribió Ortiz; del 31 de diciembre hemos dado una voltereta y caído en el 6 de enero, la Epifanía, Día de los Reyes Magos, la Doceava Noche. Las coronas de cartón, las caras pintadas de blanco y las blancas de negro, indican que es el ritual de inversión, en que los papeles de blancos y negros se trastuecan.²³

No supe ver en mis comentarios previos dos cosas. La primera es que el salto de la Nochebuena a la Fiesta del Día de Reyes, al omitir la Navidad, celebración fundacional de Occidente, y desplazar el ritual hacia la Doceava Noche, sugiere que en América hay un descentramiento de la tradición europea recibida señalado por alteraciones de los rituales y fiestas que parcelan el tiempo. Se sugiere, además, que el descentramiento es de trascendental importancia, a pesar o tal vez por el hecho de manifestarse en algo en apariencia tan trivial como la fiesta. No son las proclamas, y los proyectos políticos, no son los tratados y convenciones, son las fiestas donde se juega a ser otro, y en ese juego se plantea la posibilidad de llegar a serlo. La segunda cosa que no advertí, o que no destacué suficientemente, es que el texto mismo de Carpentier, que simula ser perfectamente realista y describir el paso de una cronología convencional, esconde violentas transformaciones temporales mediante el disfraz y la simulación; se contagia del espíritu de la Doceava Noche y de la Fiesta del Día de Reyes. Tal vez no me percaté de ello porque este elemento no iba a aflorar sino hasta las próximas obras de Carpentier, que demorarían doce años en publicarse, aunque se anunciaba ya en un relato intermedio de 1972, *El derecho de asilo*. Me refiero a las dos novelas de 1974, *El recurso del método* y *Concierto barroco*.

En sus nuevas novelas Carpentier salta por sobre sus discípulos del *Boom* para producir una literatura que, por contraste con la de éstos, es ya postmoderna. Por eso el lapso en su producción en esos años, cuando los entonces jóvenes novelistas parecían habérsele adelantado. La diferencia está en la ligereza de sus nuevos textos y, sobre todo, en convertir en fiesta la antigua y solemne búsqueda de la identidad latinoamericana. Elemento esencial de esa búsqueda son aspectos del ritual de inversión de la Fiesta del Día de Reyes, y sobre todo el escarnio, burla, el desfondamiento de la autoridad, sobre todo la suya propia como autor. El autor de la última ficción carpenteriana se burla de sí mismo, socava su autoridad proclamando la ausencia de la originalidad de sus textos en que ésta supuestamente se basaba.

²³ Ver mi «Socrates Among the Weeds: Blacks and History in Carpentier's *El siglo de las luces*», *The Massachusetts Review*, 24, n° 3, 1984, pp. 545-561. Versión revisada en *Voices from Under: Black Narrative in Latin American and de Caribbean*, ed. William Luis, Greenwood Press, Westport, Ct., 1984, pp. 33-53. «Sócrates yerbero: Los negros y la historia en *El siglo de las luces*», *Filología*, Universidad de Buenos Aires, año 22, n° 2, 1987, pp. 75-99. El ensayo figura en *Celestina's Brood. Continuities of the Baroque in Spanish and Latin Literatures*, Duke University Press, Durham, 1993, versión española en *La prole de Celestina: continuidades del barroco en las literaturas española e hispanoamericana*, Editorial Colibrí, Madrid, 1999.

Ahora la intertextualidad y la parodia rigen el discurso, la autoridad se vuelve un fantoche, y las maromas y volteretas de la cronología, en vez de ocultarse, se exhiben. Es, en breve, la libertad, como la de los esclavos en la «antigua fiesta» del Día de Reyes. Me limitaré a *El recurso del método*, aunque pienso que lo dicho se aplica igualmente a *Concierto barroco* y *El arpa y la sombra*.

La novedad que introduce Carpentier en el tópico de la fiesta en relación a sus dos precursores, Villaverde y Ortiz, es instalarla en el seno de su propio texto. *El recurso del método*, desde su título, revela su esencia paródica: el «recurso» no el «dis-curso». Los textos de Descartes utilizados como epígrafes de los varios capítulos no son lemas de lo contenido en éstos, sino objetos de burla, de inversiones. La parodia funciona como el disfraz en las fiestas, es alusivo, estrafalario, burlón. Así encontramos jirones de otros textos que se juntan en una amalgama, en un ajiaco textual, como en este pasaje, donde un título mutilado de Proust se junta con otro de Ciro Alegría: «se había desviado hacia sucesos anchos y ajenos. Sosiego y reposo hallaba, el Primer Magistrado, a la sombra de los cañones en flor» (p. 146, mis cursivas).

La parodia mina la autoridad del autor porque exhibe su carácter derivado, su naturaleza parasitaria, su secundariedad. Pero en *El recurso del método* se socava aún más su presencia porque el Dictador, el Primer Magistrado, es figura del propio Carpentier, no sólo por ser el que dicta, cuya voz es fuente de poder y autoridad, sino porque comparte características y rasgos fundamentales suyos. Como Carpentier, el Primer Magistrado es erudito, afrancesado, melómano, devoto de la arquitectura y vive como suspendido entre París y su país. El Primer Magistrado es Carpentier en el disfraz estrafalario de la fiesta literaria que es *El recurso del método*. El estilo mismo de esta novela parece, a veces, ser parodia del propio Carpentier en sus obras anteriores: denso, cargado de alusiones, un poco solemne, que aquí es ligero, humorístico, desfachatado y erizado de alusiones deformadas como las citas anteriormente.

La misma disposición cronológica de la novela parece ser burla de las de obras anteriores como *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, *El acoso* y *El siglo de las luces*. Carpentier dijo en una entrevista, refiriéndose a *El recurso del método*: «La acción de mi novela empieza muy exactamente en el año 1913, pero su acción se prolonga concretamente con una sincronización de hechos y de épocas hasta el año 1927, con alusión a varios acontecimientos históricos. Pero, después, hay un período que va conduciendo a mi personaje central hacia los años treinta y cuarenta; con un pequeño epílogo de dos páginas que se titula 1972²⁴ La cronología puede verificarse cotejando la novela con sucesos históricos mencionados en la misma, pero lo nuevo es que el salto de dos semanas en *El siglo de las luces* ahora se alarga a décadas, y la última pirueta es un juego gráfico o tipográfico de inversión al convertir 1927 en 1972». Es casi una errata.

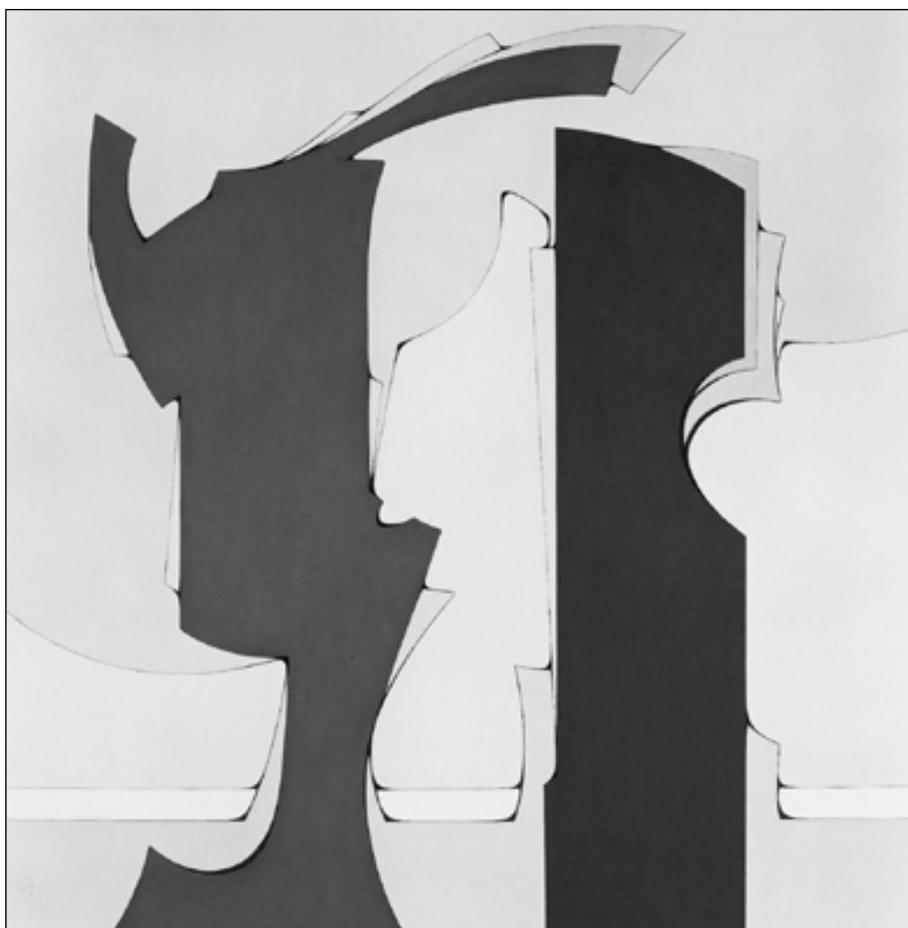
²⁴ Miguel F. Roa, «Alejo Carpentier: el recurso a Descartes», en *Cuba Internacional*, n° 59, julio de 1974, p. 48.

Pero la sincronización de fechas y acontecimientos no es rigurosa como en novelas anteriores. Ahora hay saltos hacia delante basados en múltiplos de siete. *El recurso del método* tiene siete capítulos y veintiún subcapítulos, más el epílogo. Hay sucesos recurrentes que ocurren siempre en subcapítulos múltiplos de siete: el abortivo golpe de Hoffmann, que ocurre en el capítulo 1, se repite en el de Ataúlfo Galván en el subcapítulo siete; el motín que provoca la bancarrota del régimen ocurre en el capítulo 14; y la muerte del Primer Magistrado en el 21, que es, además, un domingo. El ritmo de la trama no es paralelo al de la cronología. Hasta el subcapítulo 13, las fechas y acontecimientos sí siguen una secuencia cronohistórica, que conduce desde el otoño de 1913 hasta alrededor del 1918, un lapso de seis años que constituye la mitad del período de tiempo discernible en *El recurso del método* (1913-1927). En el subcapítulo 13 aparece la ya familiar escena carnavalesca que marca transiciones en la ficción carpenteriana, excepto que aquí no corresponde con el tiempo de carnaval según el año litúrgico. Se trata, en vez, de un conocido incidente de la historia de Cuba: la conmoción ocasionada por una bomba durante una escenificación de *Aída* en La Habana, durante la cual Enrico Caruso salió corriendo por el Parque Central, donde fue arrestado «por llevar disfraz fuera de carnavales» (p. 202). El subcapítulo no cierra, sin embargo, con el carnaval, sino que la turbamulta se convierte en motín cuando los opositores del régimen aprovechan la súbita mascarada para atacar a la policía. Un carnaval anacrónico, que comienza como ópera, se transforma en revuelta política.

Hay otro desfase cronológico que remite a escenas antes vistas en *Cecilia Valdés*, el ensayo de Ortiz sobre el Día de Reyes y *El siglo de las luces*, en el subcapítulo 14, que es la primera división en el capítulo 5, o el principio del tercer recurso, si dividimos en dos los 13 anteriores. La Navidad se transforma en Epifanía o la Epifanía se adelanta hasta Navidad. El pretexto es que, en el país del Primer Magistrado, la tradición católica ha sido suplantada por la protestante a causa de la influencia norteamericana. Los juguetes que los niños recibían de los Reyes Magos el 6 de enero los reciben ahora de Santa Claus el 25 de diciembre. El salto hacia adelante continúa, pues la Epifanía pronto se convierte en Semana Santa, y la primera mitad del año litúrgico termina con las huelgas que comienzan a socavar el poder del Primer Magistrado, con la aparición de su némesis: el Estudiante. El carnaval operático fue en el otoño; el que se transformó en revolución en primavera. Todos los rituales y fiestas concebidos por el Primer Magistrado coinciden, como el inicio de la novela, con el otoño y aluden al Día de los Fieles Difuntos. El tiempo de la novela convierte el Día de los Fieles Difuntos en Resurrección. Esa victoria temporal sobre la muerte es la esencia misma de la fiesta, inclusive, o sobre todo, de la literaria. El banquete en el cementerio de *Concierto barroco* marca esa fusión.

Las fiestas cubanas parten de la literatura y regresan a la literatura porque la fiesta es siempre ya literatura y la literatura es siempre ya fiesta: tiempo detenido, alteración del tiempo estelar, disfraces, jugar a ser otro. Libertad,

que, aunque ficticia, precaria y provisional, es resistente y desafía a la historia, porque recurre y perdura. Ése es el sentido que tiene la fiesta en las obras estudiadas y en su progresión de un autor a otro. Ortiz y Carpentier recogen lo que ya estaba presente en Villaverde, pero lo destilan para revelar su esencia, y ésta es, no cubana sino humana. Así como Ortiz descubre que la «antigua fiesta cubana del Día de Reyes», era una combinación de elementos de variadas procedencias culturales, su representación en la literatura, y el substrato que la anima, burlar a la muerte, es universal.



La cultura cubana hacia el nuevo milenio

Antonio Benítez Rojo

ME GUSTARÍA EMPEZAR RECORDANDO LAS CIRCUNSTANCIAS que rodearon la escritura del último cuento de Mikhail Lermontov, traducido al español como *La princesita Mary*, sin duda una de las mejores piezas narrativas del romanticismo ruso. El cuento fue escrito en un balneario de aguas termales del Cáucaso, lugar donde Lermontov, como se sabe un militar, había sido destacado como castigo por haber retado a duelo al hijo del embajador de Francia. En dicho balneario, visitado por la nobleza de provincias, Lermontov se enamoró de una joven princesa, título que abundaba en la vieja Rusia y que no estaba ligado a la casa imperial. La muchacha también empezó a ser cortejada por otro oficial, un duelista de fama de apellido Martynov que se vanagloriaba de su pésima reputación. Martynov, como Lermontov, había sido destacado allí a manera de castigo. Naturalmente, la conjunción de la coqueta princesita y los dos oficiales en aquel apartado sitio, tuvo el desenlace conflictivo que era de esperar. Martynov retó a Lermontov a duelo a muerte con dos pistolas. Curiosamente, Lermontov había previsto aquella situación, y justo acababa de escribir *La princesita Mary*, narrado en primera persona. El asunto del cuento era estrictamente autobiográfico y se centraba en el triángulo Martynov, Lermontov y la princesita. En el cuento, como habría de ocurrir en la realidad, el personaje portavoz de Martynov retaba a duelo al protagonista y éste escogía como arma las pistolas. El duelo ficticio y el duelo real, con esa extraña simetría que sigue a veces la fatalidad, ocurrieron casi paralelamente; en el duelo ficticio, el protagonista de *La princesita Mary* mató a su infame contendiente de un tiro en la cabeza; en el real, Martynov mató a Lermontov de un balazo en el corazón... Hoy, no nos extraña este desenlace, ya que Martynov había probado ser, en su intensa carrera de duelista, un tirador infalible.

¿Qué podemos sacar en conclusión de esta curiosa anécdota? En lo que a mí toca, diré dos cosas. La primera

es que, si bien es factible demostrar que el futuro está anclado en el presente, sólo podemos darnos cuenta de ello una vez que miramos hacia el pasado. Quiero decir con esto que, por ejemplo, en el año 2050, se encontrarán razones de sobra para demostrar que las formas y contenidos de la cultura cubana hacia el año 2000 eran ya previsibles para los que, como nosotros en el día de hoy, intentamos predecir cuáles serán tales formas y contenidos. Sólo que nosotros —dirán nuestros jueces del futuro—, por estar comprometidos como Lermontov con nuestros deseos y emociones, no pudimos leer los signos reveladores. Así, pienso que mucho de lo que hoy discutiremos aquí, no ocurrirá, o si ocurriera, sólo será en términos de generalidades estadísticas, ciertamente no de la manera específica con que hoy nos dirigimos hacia este asunto.

La segunda cosa que me sugiere la anécdota de Lermontov es que el exorcismo del futuro es un ejercicio interesante pero condenado al fracaso; es decir, Lermontov se pintó como vencedor en su cuento para que el futuro le fuera favorable pero, como vimos, ocurrió todo lo contrario. Así, parecería que si quisiéramos exorcizar el futuro, la mejor manera de hacerlo sería demonizándolo, es decir, cargarlo de toda suerte de catástrofes y calamidades precisamente para que éstas no ocurran.

Apoyándome en esta conclusión —que en última instancia es tan aventurada como cualquier otra—, he imaginado para Cuba el futuro más terrible que está hoy a mi alcance. Así, en mi bola de cristal, imagino que la situación política, económica y social de Cuba no cambiará sustancialmente hasta la muerte de Fidel Castro. Continuando con el pronóstico más negativo que puedo imaginar, intentaré ver en mi bola el peor escenario para Cuba que podría rodear la muerte de Castro, y éste sería, al menos en mi visión, que Fidel Castro, huyéndole a los miserables ejemplos de Ceaucescu y de Hoeneker, buscara para sí, deliberadamente, una muerte épica, es decir, de combate..., ¿contra quién? Contra tropas norteamericanas, por supuesto. Para esto bastaría producir un incidente militar que cualquier administración norteamericana no pudiera pasar por alto, digamos, un conflicto relacionado con la base naval de Guantánamo. Ahora bien, ¿cuál es el peor escenario para este conflicto? Primero, que la administración norteamericana de turno rechace la idea de actuar unilateralmente y busque el apoyo de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos, lo cual tomará bastante tiempo. Segundo, que ante la inminencia de una acción internacional colectiva, tipo Guerra del Golfo, las fuerzas armadas cubanas se dividan, ocasionando con ello una situación de guerra civil, la cual podría durar muy bien un par de feroces semanas. Pasadas éstas, desembarcadas ya las tropas internacionales, la situación podría complicarse enormemente —como ocurrió en Somalia—, al despuntar varias facciones locales en pugna por el poder. Liquidado este segundo conflicto interno después de varios meses, podría producirse una situación semejante a la de Bosnia o la de Haití, donde el país permanecería ocupado militarmente hasta que se organizaran elecciones democráticas con participación de figuras locales y del exilio.

Pero, pensándolo bien, éste no es el peor escenario que puedo imaginar para Cuba y los cubanos; el peor escenario es que Fidel Castro, además del

conflicto de Guantánamo, desate una serie de misiones terroristas en territorio de Estados Unidos, usando gente infiltrada y, simultáneamente, lance misiones aéreas suicidas, tipo *kamikaze*, contra ciertos objetivos. ¿Cuáles serían dichos objetivos? No hay que romperse la cabeza; serían la ciudad de Miami, así como plantas de energía nuclear capaces de liberar gases radioactivos, reproduciéndose así el caso de Chernobil, aunque en gran escala. De esta manera no sólo morirán cubanos en el interior de la Isla, sino también fuera de ella, y de paso, varias decenas de miles de norteamericanos. En el peor escenario que puedo imaginar moriremos todos los que estamos aquí. También, en Cuba, morirá Fidel Castro. No obstante, por muchísimos años su espíritu desencarnado intentará gobernar la Isla a través de ciertos mediums y entusiastas de la ouija que, pacientemente, letra a letra, copiarán sus discursos del más allá, reproduciéndolos en la prensa comunista *underground*.

Bien, exorcizado el futuro a través de esta demonización —y recuerden que si nada de esto ocurre es precisamente por lo que acabo de decir— ¿cuáles serían las características que tendría la cultura cubana después de esta terrible catástrofe? Antes de entrar a dar detalles, me gustaría hacer mías las palabras de Fernand Braudel con relación al sistema de la cultura, y éstas son, que de los cuatro sistemas en que podemos estudiar los cambios de los pueblos del mundo —es decir, el político, el social, el económico y el cultural—, el que más se resiste a las transformaciones es el sistema cultural. Esto se comprende enseguida si pensamos que la ley fundamental de la cultura es la conservación de los componentes que entran en su sistema. Si no fuera así, nuestras respectivas identidades estarían no ya en estado flujo —que sin duda ya lo están—, sino en estado de franca turbulencia. Si nos sentimos cubanos es, precisamente, porque el ajjaco es un plato que existe entre nosotros desde el siglo xvi. Así, podemos pensar que por mucho que cambien los escenarios políticos, sociales y económicos de Cuba, tanto el ajjaco como el culto a la Virgen de la Caridad, como la conga, el bolero, la rumba y la coexistencia de la religión católica con las creencias afrocubanas, continuarán presentes en nuestro mapa cultural.

Dicho esto, podemos concluir que la terrible catástrofe con que he querido salvar los destinos de Cuba y de muchos compatriotas no alcanzarían a cambiar radicalmente nuestro sistema cultural. Eso sí, podrían matizarlo, orientarlo en una dirección o en otra, incluso hacerlo más complejo, de manera semejante a como la abolición de la esclavitud, la independencia y la modernidad, en un plazo de treinta años, influyeron para siempre en nuestro sistema cultural, dándole a éste mayor amplitud y densidad. Así, pienso que en el siglo xxi muchos de nuestros iconos culturales continuarán en pie, aunque claro, serán leídos de manera diferente, posiblemente de manera postmoderna y global, lo cual recién ha comenzado a hacerse. Por ejemplo, yo hago la ropavieja con *cornbeef*, cocoa holandesa, vino francés, chiles mexicanos enlatados y, además del consabido orégano y hojita de laurel, le pongo a la salsa un poquito de *cat-sup* y de mostaza alemana, lo cual deja en la boca el saborcito a *fast food* al cual ya estamos acostumbrados. Pero bien, el caso es que, a pesar de todo, la ropavieja sigue y seguirá siendo ropavieja y sigue y seguirá sabiendo bien.

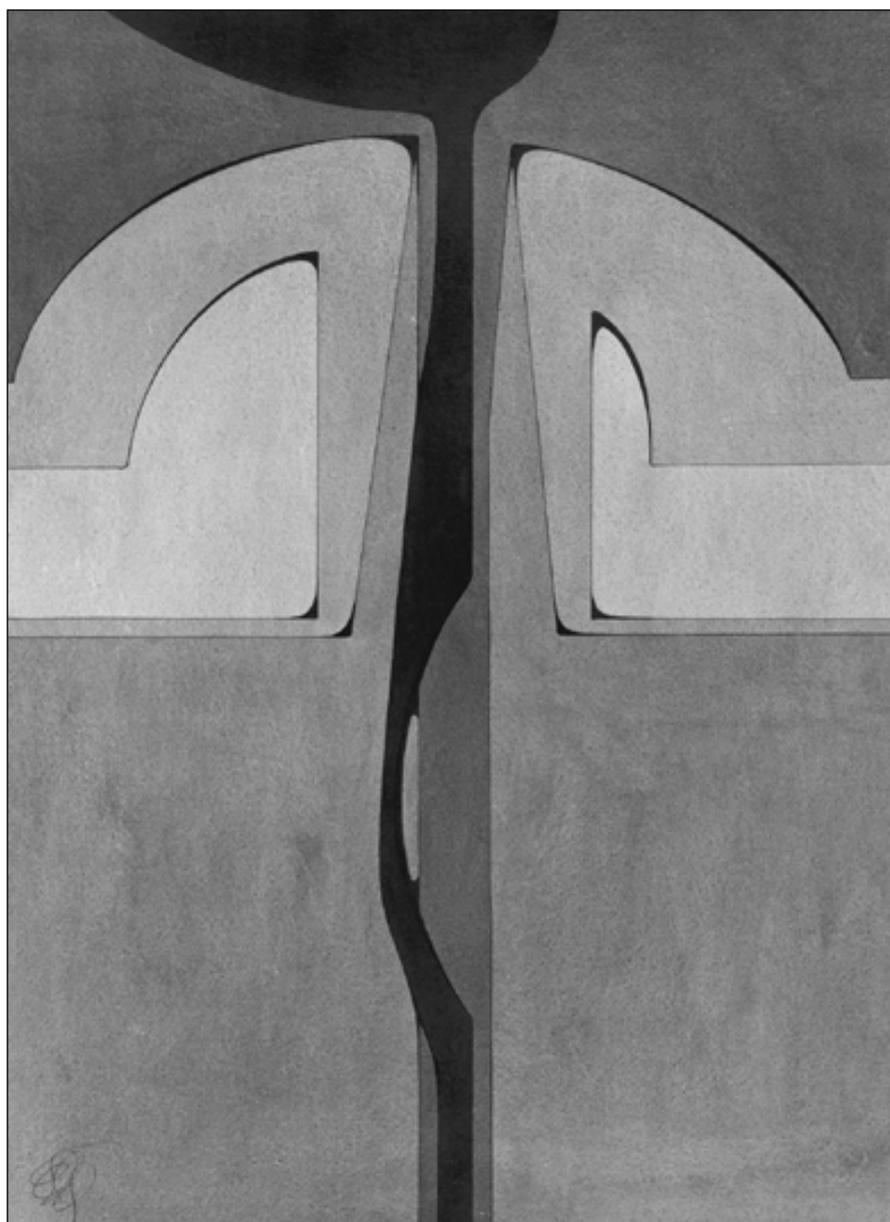
Algo semejante pienso que ocurrirá con nuestra literatura, con nuestra música, con nuestro arte. De una parte, el pensamiento postmoderno y el proceso de globalización impulsarán las expresiones artísticas hacia fuera; de la otra, el principio de conservación, inherente a todo cambio cultural, las sujetarán a la tradición. En este estira y encoge es muy probable que se produzca lo que se llamaría entonces el «nuevo arte cubano», la «nueva literatura cubana». ¿De qué manera contribuirían estas formas y contenidos al sistema actual? Bueno, aquí, en mi bola de cristal veo dos etapas. En la primera, la cual ocurrirá en medio de los desórdenes típicos de los procesos de reconstrucción nacional, veo varias tendencias. Una de ellas será francamente utilitaria, pues el choque súbito con el capitalismo consumista y la necesidad de ganar dinero empujará a muchos artistas hacia un arte turístico con fuerte énfasis en lo afrocubano, en lo sexual, en el surrealismo barato y en lo pintoresco (en el sentido de arte ingenuo o *naïf*). De más está decir, que las artes visuales serán las más proclives a seguir esta dirección, y las galerías de arte y tiendas de artesanía se llenarán de objetos que representarán estas tendencias. La música y el baile populares también se moverán hacia este espacio, pues los nuevos coreógrafos de Tropicana, reconvertido de nuevo en casino y en visita obligada de los *tours* internacionales, idearán producciones donde la sensualidad cubana, tanto femenina como masculina, estará puesta de relieve por todo lo alto. Como es lógico, lo trivial tendrá su mejor momento en estos años de reconstrucción, esperanzas económicas y auge turístico, y será difícil para los cineastas cubanos no seguir la escuela de Almodóvar.

La segunda tendencia propia de esta etapa será muy diferente a la que acabo de describir. La seguirán, en lo fundamental, los escritores, la gente de la radio y la televisión y los teatristas; esto es, artistas que, por precisar del idioma para hacerse entender, no experimentarán la tentación de comercializarse turísticamente. Los tiempos, sin embargo, no les serán del todo adversos: Malaparte, Camus y Sartre proveerán modelos clásicos que, seguidos con inteligencia, harán posibles devastadoras novelas, cuentos, piezas teatrales y buen periodismo amargo al estilo de *Kaput* y *La piel*. Por otra parte, los cineastas de más talento artístico siempre tendrán a mano los modelos del neorrealismo y el existencialismo que, bien traducidos a la situación cubana del momento, podrían parar en algún premio del Festival de Cannes o alguna nominación para el Oscar. Pero el medio ideal que encontrará esta tendencia, en el fondo didáctica y moralizante, será la telenovela dirigida a las masas desesperadas que luchan por tener un Chevy o un Taurus. En medio de los melodramas, proliferarán los mensajes constructivos, como «aquí somos pobres pero decentes», «lo que hay que hacer es no morirse», «al que madruga Dios le ayuda» y «aquí no hay negros ni blancos, sólo cubanos». No obstante, en el Alhambra, en el Molino Rojo y en el Shangai, velozmente reconstruidos, el personaje del Negro le dirá al del Americano, «aquí estamos, asere, jodidos pero *happy*».

La última tendencia artística que vislumbro en los reflejos de mi bola es la menos importante en términos de seguidores, aunque ciertamente no es la menos interesante en términos artísticos. Se trata de una dirección vanguardista

cuyas motivaciones, bien mirado, se acercan mucho a las que experimentó Europa después de las calamidades de la Primera Guerra Mundial. Artistas de todas las expresiones, aunque repito, no en crecido número, se sentirán inclinados a reinventar el arte a través de la experimentación formal. Aquí jugarán un rol de gran importancia los escritores, pintores y músicos del exilio que, por estar ya más o menos bien conectados, sólo viajarán a Cuba los fines de semana, aprovechando el *shuttle* de American Air Lines que hará el viaje Miami-Habana cada media hora por \$99.99. Nuestros artistas del exilio, así como el voluminoso grupo que hacemos los académicos, harán causa común con los talentos innovadores de la Isla, promocionando su arte e invitándolos a participar en conferencias, festivales y exposiciones. Con esto nadie se enriquecerá, pero el arte, las letras y la música ganarán prestigio. Claro, a esa altura, el espacio mayor para este tipo de arte lo proveerían las grandes carreteras del *cyberspace*, las cuales, de paso, también servirán de ruta a los *shows* de Tropicana y del Chori, nuevo cabaret de subido color local, cuya popularidad en el mundo irá *in crescendo*.

Bien, llegamos a la segunda etapa. La Habana ha sido reconstruida, Santiago de Cuba tiene agua permanente, ya nadie anda en bicicleta y la democracia, la bachata, la bolita y el capitalismo están ya implantados. ¿Qué veo aquí? Veo la emergencia de un nuevo nacionalismo y un nuevo encuentro con la modernidad. Veo una situación semejante a la de los años 20, donde la popularización del son inició un período de cambios culturales que se extendió hasta la década de 1950. Como ya no se trata de amalgamar componentes europeos y africanos, lo cual ya se ha conseguido, se tratará de incorporar a lo cubano un nuevo grupo de elementos. ¿De dónde procederán estos elementos? La respuesta se cae de la mata: procederán de la China, y se revivirá la tradición de la cornética china, el chino de la charada, las maripositas chinas, la pomadita china, las pildoritas chinas, la calabaza china, la mulata china, el cementerio chino y los mambises chinos, el médico chino, el chino Wong, Wilfredo Lam y Chan Li Pó. *El ma-jong* sustituirá temporalmente al dominó y una nueva forma de la música popular recorrerá el mundo: el son chi-fa, al cual le cabrá la gloria de desplazar al rock; esta nueva forma musical tendrá otro nombre en Nueva York: salsa china. Fernando Ortiz y Lydia Cabrera, si bien siempre respetados, pasarán un tanto de moda y todo el mundo leerá con asombro los numerosos tomos sobre los chinos en Cuba que dejó inéditos nuestro querido amigo Juan Pérez de la Riva. Este nuevo nacionalismo que, como todo nacionalismo, tendrá su base económica en las fuertes inversiones de los bancos de Honkong y de Taiwan, propulsará el arte cubano hacia zonas inexploradas. Una nueva colonia china se asentará en La Habana, ya no en la calle Zanja, que junto con el Pacífico y el Shangai se llenará de turistas, sino en los terrenos de la Coronela y del Country Club. De más está decir que la frase de «búscate un chino para que te ponga un cuarto» se volverá a poner de moda. En resumen, la cultura cubana, al combinar de mil maneras los componentes europeos, africanos y asiáticos que coexisten en su sistema, reflorece como nunca en el nuevo milenio. Amigos míos, por qué no decirlo: seremos la envidia del mundo.



¿Un revival del bolero?

Las Autoridades Musicales advierten que los boleros afectan seriamente a los sentimientos.

Tony Évora

MAMÁ YO QUIERO SABER... ¿DE DÓNDE SON LOS BOLEROS?

El bolero, tal y como lo conocemos, nació en Cuba. No heredó muchos rasgos de su homónimo español que, según Natalio Galán, «desde sus orígenes tuvo un cariz teatral», y que la gente común utilizaba en Mallorca para comentar, igual que en el cante flamenco, toda clase de sucesos. Para complicar más las cosas, una de las formas de las sevillanas se llama boleras, en femenino. Forma urbana de música popular, o vulgar, si admitimos las discriminaciones de algunos musicólogos, en nuestro bolero se fusionaron expresiones dispares pero siempre lentas, de compases binarios y tiempos moderados, vigentes a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, que habían ido absorbiendo influencias del *lied* alemán, así como giros itálicos y galos.

Cantándole a la amada su lamento, devoción o frustraciones, en interminables serenatas y fiestas íntimas, fueron brotando las bases populares de un nuevo género: la canción trovadoresca. A menudo se reunían en el café del barrio o en un parque aquellos hombres que amaban la música, pero que tenían que ganarse la vida como albañiles, sastres o tabaqueros. A partir de 1870 ya puede identificarse en Santiago de Cuba a un grupo heterogéneo que se dio a la tarea de buscar una sonoridad diferente: Nicolás Camacho, Nené Manfugás, Eulalio Limonta, los hermanos Boudet, Pancho Castillo Moreno y Pepe Sánchez, entre otros.

Todavía con mucho de canción popular napolitana, el bolero primitivo —de obvia fuente eurocubana— se pobló de motivos idílicos, de gentiles muchachas, de sentimientos

patrios, de mares en calma y verdes penachos de palmas bajo cielos azules que, solapadamente, inferían en el opresor colonial. En medio de una dicotomía en que a veces prevalece la canción de salón, dominada por apoyaturas, grupetos, giros melódicos muy retorcidos y letras a menudo incomprensibles, que pugnan por alejarse de la influencia africana circundante, va estableciéndose un tipo de canción de estirpe popular, interpretada por gente común cuyas voces sólo alcanzaban una octava o poco más. Lo curioso es que, precisamente en este grupo se evidenciaron importantes cambios dentro del texto y la forma de decirlo, así como en las cadencias que surgían de las cuerdas.

La esencia criolla afloraba en pequeños detalles, anacrusas, terminaciones delicadas, así como en una cierta languidez y sensualidad tropical en la textura melódica. A menudo, la canción no solía tener un ritmo fijo, era libre en su forma y métrica, pero después se le aplica la fórmula del cinquillo, de origen africano, que a partir de entonces sería una constante en la música cubana, mientras se da rienda suelta a la imaginación romántica y sentimental en la fisonomía del género.

Alrededor de 1883, quedó perfilada una síntesis de la canción con sello cubano que Pepe Sánchez, un sastre que vivió entre 1856-1918, concibió como dos partes de 16 compases cada una, separadas por un pasaje de las cuerdas que llamaban pasacalle, sobre una letra escrita en cuartetas o décimas. Con *Tristezas*, este mulato espigado y activista de cuanto evento musical se organizara en Santiago de Cuba, inauguró un género vocal y bailable que revolucionaría la música popular latinoamericana. Dos años más tarde presentó *Cristinita*, de estructura más elaborada, donde las claves contribuyeron a lograr la fusión de factores hispanos y afrocubanos evidentes tanto en la melodía como en la línea de la guitarra acompañante, que impone el cinquillo en un compás binario de 2x4.

Varios amigos y discípulos de Pepe Sánchez lograron desarrollar sus logros: Sindo Garay (*Las amargas verdades*, *Retorna*, *Te equivocaste*, *La tarde*, *Ojos de sirena*) produjo composiciones donde desarrolló su habilidad en el uso de los cromatismos, utilizando melismas para, dentro del intervalo de segundos, lograr el alargamiento de los tiempos fuertes que tienen notas esenciales, a la vez que aceleraba los tiempos débiles. Otros destacados trovadores de la misma época incluyen a Rosendo Ruiz Suárez, Alberto Villalón, Salvador Adams y Emiliano Blez, quien cooperó en la transcripción al pentagrama de las obras del pionero, que de otro modo se hubieran perdido para la posteridad. «Pero todavía el bolero es música de oír, no de bailar», asegura el dedicado investigador Cristóbal Díaz Ayala.

Hay que tener en cuenta que paralelo al incipiente bolero, y en general algo después, surgieron variaciones musicales de la canción romántica y que no obstante sus marcadas diferencias se pueden evocar mencionando piezas creadas en Cuba como *La paloma* (Yradier), *Tú* (Sánchez de Fuentes), *Amapola* (Lacalle), *Marta* (Simons) y *Quiéreme mucho* (Roig). Algunas concebidas en México: *Estrellita* y *Lejos de ti* (Ponce), *Ojos tapatíos* (Elizondo y Méndez Velásquez), *La golondrina* (Serradell), *Presentimiento* (Mata y Pacheco), *Arrullo* (Mario Talavera),

Cuatro vidas (Carreras) y *Divina mujer* (Del Moral). En Venezuela *Esta noche serena* y *Fúlgida luna* (recogidas por Sojo) y *Serenata* y *Anhelos* (Pérez Díaz). Aquí habría que incluir igualmente la habanera *L'amour est un oiseau rebelle*, también del vasco Yradier, que Bizet le robó e insertó en su ópera *Carmen*.

Ese fenómeno urbano que se denomina la trova tradicional había surgido no sólo en Santiago de Cuba sino en otras regiones del país. De Caibarién llegó a La Habana un mulato tímido, de extracción muy humilde, que en 1902 estrenó el bolero *Doble inconsciencia*, un número que alcanzó fama dentro y fuera de Cuba, conociéndose como *Falsaria* en México y otros países, aunque atribuida a otro autor; se llamó Manuel Corona y después crearía *Mercedes*, *Longina*, *Santa Cecilia*, *Carmela* y muchos otros boleros. En Camagüey surgió Patricio Ballagas, quien en su corta vida logró crear una nueva forma expresiva: el contracanto en canciones superponiendo dos letras y melodías distintas para la voz prima y la segunda. De Sancti Spíritus salieron el invidente Miguel Companioni y Rafael Gómez *Teofilito*. Eusebio Delfín procedía de Palmira y más tarde vivió en Cienfuegos, mientras que en la capital, Jorge Anckermann continuaba concibiendo obras fundamentales y ya Ernestina Lecuona comenzaba a crear composiciones de finísimo erotismo.

Mención aparte merece *Quiéreme mucho*, una canción de Gonzalo Roig, estrenada en 1911; grabada por primera vez por el tenor italiano Tito Schipa para el sello RCA Victor, en 1926, desde entonces gozó de una extraordinaria difusión universal. La primera estrofa se debió a Ramón Gollury y la segunda a Agustín Rodríguez.

Por todas partes van surgiendo excitados músicos y cantadores populares, la mayoría sin verdadera calificación, los cuales no sólo formularon sus propias piezas al estilo de los ya citados, sino que también concibieron diversas versiones de las canciones publicadas por la librería La Principal, o los cancioneros titulados *La Lira Criolla*, que a menudo contenían guarachas, canciones, décimas y cantares de la primera guerra de liberación (1868-78), y que aparecieron luego publicados por La Moderna Poesía, a partir de 1887. Siguiendo una costumbre de la época, frecuentemente no aparecía el nombre del autor o se ocultaba su identidad con iniciales o seudónimos.

Visto desde la perspectiva del 2000, es fascinante analizar el juego de seducción entre lírica y música que alimentó al incipiente bolero: temas, léxico, sintaxis, símbolos, metáforas, rebuscamientos verbales y armónicos se vuelcan en un exceso de los sentidos aludido por la puertorriqueña Iris M. Zavala en su pequeño libro *El bolero. Historia de un amor*, refiriéndose a la profunda afinidad entre el bolero y el modernismo en literatura, que abre sorprendentes posibilidades de comparación.

LECUONA O LA ELEGANCIA MUSICAL

Junto a María Greever, el cubano Ernesto Lecuona es la figura que más ennoblecó al bolero en sus comienzos. De formación académica, con obvias influencias románticas y simbolistas, y de filiación hispánica, desde muy temprano, el maestro quedó adscrito al teatro musical. El universo estético del

autor de *Siboney* se nutrió en forma progresiva de los aportes africanos a la cultura cubana, creando para voz: *Negra macuta*, *Canto negro*, *Triste es ser esclavo* (de la zarzuela *El cafetal*) y entre sus piezas para piano: *Danza negra*, *Danza de los ñañigos*, *Danza lucumí*, *Conga de medianoche* y *La negra bailaba*. Sentado al piano, ante la imposibilidad ontológica de dominar la realidad, Lecuona resolvió sus composiciones con gran audacia, con un estilo inigualable, limitado por las notas musicales, esas llaves exquisitas que le permitieron entrar e instalarse en el doble imaginativo o fantástico de toda realidad.

Entre sus mejores boleros se encuentran *Siempre en mi corazón*, *Aquella tarde*, *Recordar*, *Se fue*, *Tengo un nuevo amor*, *Juventud*, *Noche azul*, *Te he visto pasar*, *Devuélveme el corazón* y otros que divulgaron intérpretes que él mismo solía elegir: Rita Montaner, Esther Borja, Tomasita Núñez, Zoraida Marrero, Emilio Medrano, Rafael Prades, Barbarito Diez, María de los Ángeles Santana y Fernando Albuérne, entre otros distinguidos intérpretes. Lecuona estableció paradigmas (irrupción del deseo, dolencia melancólica, ardor pasional, devoción nostálgica) que, además de procurarles marcos al desarrollo del género en Cuba, orientaron a toda una generación de compositores calificados: Orlando de la Rosa, Humberto Suárez, Juan Bruno Tarraza, Mario Fernández Porta, Felo Bergaza, Bobby Collazo, Fernando Mulens y Julio Gutiérrez, entre los más notables.

Después de más de medio siglo, la obra de Lecuona permanece envuelta en una atmósfera de leyenda, atmósfera tan fascinante como ese *pathos* de solera andaluza y rito afro que, trasvasado a espacios caribeños no ha vuelto a prodigarse, al menos dentro de la música popular, en obras tan exquisitas como las suyas.

Para sorpresa del ambiente musical, en 1929 el pianista matancero Nilo Menéndez estrenó en Nueva York *Aquellos ojos verdes*, iniciando así la línea moderna en el género romántico. La primera grabación la hizo en 1930 el propio Nilo con Lecuona en sus respectivos pianos, acompañando la voz de Adolfo Utrera, el autor de la letra. En esta etapa, conocida como la trova intermedia, es cuando comienzan a producirse innovaciones armónicas y melódicas que ampliaron las posibilidades musicales del bolero dentro de un proceso de modernización alejado del tradicional cinquillo. Podría asegurarse que a partir de *Aquellos ojos verdes* se hizo usual que en los nuevos boleros apreciaran elementos del impresionismo debussiano. Y en 1938 Marcelino Guerra *Rapindey*, un chévere del son, que había cantado segunda voz en varias agrupaciones incluyendo el Septeto Nacional, presenta *Convergencia*, bolero de texto y factura insólitamente bellos, con versos del trovador bohemio Bienvenido Julián Gutiérrez.

LA FÁBRICA DE BOLEROS LARA Y CÍA.

Si María Greever y Ernesto Lecuona ennoblecieron los orígenes del bolero, éste sólo pudo adquirir la fisonomía que luego le conocimos, tanto en sus intensidades afectivas como en su esquema formal, gracias al esfuerzo continuo de Agustín Lara. Pianista que apenas sabía leer música, fue consistente en establecer la fórmula de 32 compases divididos en dos partes, los primeros 16 en

tono menor y los otros 16 en tono mayor. Aunque ya Pepe Sánchez lo había estructurado así en 1885, su extraordinaria armonización estableció pronto un estilo novedoso. *Mujer*, un bolero estrenado en 1930, es un ejemplo perfecto del estilo de Lara, lleno de imágenes sorprendidas y asociaciones inesperadas.

Aun cuando llegó a componer toda clase de melodías, el periplo vital de este mexicano fue confundiendo de manera progresiva con el del bolero mismo, al cual le aportó, como bienes permanentes, muchos rasgos personales: adhesión a la experiencia inmediata (no obstante lo escabrosa que fuera), rebuscamiento expresivo, ausencia de prejuicios y vocación trovadoresca, vinculada ésta última a su legendaria condición de «calavera», al culto por la mujer. Lara fue siempre un amante rendido, fiel a los requerimientos de su emoción afectiva, cuyas peripecias difundió, por primera vez dentro del bolero, sin el menor disimulo ni exageración.

Sin embargo, por ser una especie de modernista epigonal en su repertorio imaginativo, en su empeño de exquisitez lexical, la cuantiosa obra de Agustín Lara ha sido objeto de agresiones indiscriminadas y juicios peyorativos acerca de su cursilería. Pero ésta, aunque a veces manifiesta, no fue nunca peor ni más frecuente que la de cualquier otro poeta copioso.

La historia del bolero se podría dividir en dos mitades a partir de su trabajo. Durante tres décadas, la impronta de Agustín Lara fue tan poderosa en el devenir del bolero mexicano que todos los intérpretes del mismo, de Alfonso Ortiz Tirado a María Victoria, dependieron en parte de su producción. Como en el caso de Lecuona, hubo muchos que brillaron como reflejos del «Flaco de oro», por las canciones que les obsequió, les permitió estrenar, o por haber estimulado su lanzamiento en la radio, el *music hall*, el cine o el disco.

Entre sus coetáneos fueron numerosos los compositores que, aun cuando no fueron tan profusos como él, brillaron siempre con luz propia. Pienso, sobre todo, en Gonzalo Curiel (*Vereda tropical*, *Mañanita fría*), de un lirismo más hondo y concentrado. Pienso también en Federico Baena (*Que te vaya bien*, *¡Ay cariño!*), caracterizado por su versatilidad dramática; en los cuatro hermanos Domínguez, adictos a nostalgias y sublimaciones, siempre sorprendidos por la intensidad de su inspiración; en Miguel Ángel Valladares, Gabriel Ruiz, Miguel Prado, Sabre Marroquín, Ruiz Armangol, Álvaro Carrillo, Roberto Cantoral y Luis Demetrio.

Igual fenómeno de concentración en la planicie azteca se produjo en el caso de los tríos de guitarristas y maraqueros. Aun cuando también fueron notables varios cubanos: los de Miguel Matamoros, Servando Díaz, La Rosa, El Oriental, el de los hermanos Rigual, este último muy popular a partir de la segunda mitad de los años 50, así como los puertorriqueños: Trío Vegabajeño, el de Johnny Rodríguez y el Trío San Juan de Johnny Albino, los tríos principales fueron mexicanos, según lo corroboraría una nómina muy larga, de la cual debo entresacar a Los Panchos, Los Tres Diamantes, Los Tres Ases, Los Jaibos, Los Delfines, Los Embajadores y Los Tres Caballeros de Roberto Cantoral (el autor de *El reloj* y *La barca*), formado en 1952. Sin embargo, Cuba le llevó la delantera a México en cuanto a cuartetos vocales: las Hermanas Márquez, las Hermanas Lago, el conjunto vocal Siboney, el de Facundo Rivero, de

donde se formarían Los Rivero, el Antillano de Bobby Collazo y el de Orlando de la Rosa (autor de *Nuestras vidas*, *No vale la pena* y *Anoche hablé con la vieja luna*), el de Carlos Faxas, los Armónicos de Felipe Dulzaides y, por supuesto, el enteramente femenino de Aida Diestro; tres de sus componentes originales alcanzarían fama como solistas: Elena Burke, Omara Portuondo y Moraima Secada. Y tras un largo silencio de cuartetos cubanos, en los años 90 apareció en la Isla Gema Cuatro, voces *a capella* que corresponden a cuatro hermosas mujeres.

Uno puede amarlos u odiarlos por sus empalagosas interpretaciones, pero es un caso irreversible que Los Panchos ha sido el trío más popular de toda América Latina debido a la calidad individual de sus integrantes, ya considerados como guitarristas, compositores, arreglistas o primeras voces. En 1944 hicieron su primera presentación en el teatro Hispano de Nueva York y durante los primeros años tuvieron como tema musical *Me voy pal pueblo* del cubano Rapindey. El hecho de que cambiara a menudo su primera voz contribuyó a incrementar ciertos desniveles cualitativos que su muy larga trayectoria suele poner en evidencia. Con un repertorio aparentemente desigual —por demasiado amplio—, aunque siempre con su marca incisiva y hasta pegajosa, este trío tuvo su edad de oro mientras lo animaron en épocas sucesivas los puertorriqueños Hernando Avilés y Johnny Albino. Si ha conseguido sobrevivir y ser el más aplaudido e imitado, ha sido gracias a la precisión de sus arreglos y al núcleo original que conformaron dos excelentes autores: Alfredo Gil (*Un siglo de ausencia*, *Sin un amor*), adicionalmente célebre por los delicados preludios de su guitarra requinto y Chucho Navarro (*Rayito de luna*, *Una copa más*, *No, no y no*, *Perdida*).

Más sofisticado y cosmopolita en su repertorio, y decididos a conseguir un estilo diferente al de Los Panchos, Los Tres Diamantes corresponden ya a una etapa de cierto declive, de amaneramiento y artificio, porque insistió demasiado en los halagos melódicos, prodigando caprichos y tarareos, adaptando algunos medios electrónicos y abriendo puertas a las ya apremiantes influencias italiana, francesa y norteamericana. Los Tres Ases, por el contrario, integraron un grupo más ecléctico, al cual perteneció Marco Antonio Muñoz (el mejor intérprete de *Que seas feliz*, de Chelo Velázquez), que supo mantener y fortalecer, aun incorporando nuevas propuestas tonales, la atmósfera de los orígenes.

Habiendo establecido que Cuba creó, le dio cuerpo y difundió el bolero, que Puerto Rico, además de buenos compositores, le propuso un nuevo estilo orquestal, podría asegurar también que México le confirió madurez expresiva, sus mejores intérpretes, sus autores más universales, sus mejores tríos. Además, la industria del cine le proporcionó un medio ideal para llegar a las masas: sólo en la década del 40, México produjo casi un millar de películas.

EL BOLERO EN ESPAÑA

A partir de 1940, el bolero es difundido mayormente por Antonio Machín, quien había grabado bastante sandunga con su célebre cuarteto sonero y se había quedado en Madrid durante una gira europea al iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Nada más acabada la guerra civil, aparte de romanzas de

zarzuelas, las canciones que más se escuchaban en España eran las coplas, junto a aquellas derivadas de las revistas musicales, cuidadosamente vigiladas por la férrea censura. La vinculación del género del bolero con la música popular española, sobre todo la derivada de la zambra, el cuplé, de las bulerías, gracias a los orígenes comunes y a la afinidad cultural, pudo estrecharse hasta hacer florecer el entonces llamado bolero moruno, que tuvo en Carmelo Larrea (*Dos cruces, Puente de piedra, Las tres cosas y Camino verde*), un maestro indiscutible.

Machín, un mulato desconocido en España que ganaba 5 duros al día, se encontró con un vacío cultural que no llenarían ni los toros ni las películas de Cantinflas. Pagaba entonces 8 pesetas diarias en una pensión de la calle de Espoz y Mina, cuando una noche el actor Fernando Sancho *El carrioco*, se ofreció a ayudarlo y presentarlo en la sala de fiestas Casablanca. A partir de ese momento, contando con el respaldo de una de las orquestas más contundentes de la primera época franquista, Los Miuras de Sobré, Machín conocería lo más selecto de los *night clubs* españoles hasta que, finalmente, en 1942, decidió lanzarse como vocalista. España tuvo durante muchos años a un intérprete que, de una dilatada carrera internacional con movimientos de cadera, pasó a una extraña forma de anonimato como trámite para convertirse en mito nacional. Que de cantar: «Yo quiero un vacilón, con una nena sabrosa, que después del vacilón, ella se ponga melosa...», pasó a «Madrecita del alma querida, en mi pecho yo llevo una flor...». Un verdadero enigma. Antonio Machín creó toda una escuela con su innegable talento; el resto es historia. Murió en 1977 y está enterrado en Sevilla.

DEL BOLERO-SON AL BOLERO-MAMBO

Notable guitarrista, Miguel Matamoros fue de los primeros orientales en establecer ese punteo vibrante de las cuerdas criollas con un estilo que arrancaba un sonido fuerte y limpio sin púas, ni siquiera empleando las uñas. El autor de melodías que constituyen piezas antológicas del cancionero romántico cubano, como *Olvido, Reclamo místico y Dulce embeleso*, plasmó en el también bolero-son *Juramento*, un modelo difícil de seguir. Sin perder emotividad, la mayoría de los versos de Matamoros tienen una estructura poética rígida, predominando la rima y moldes reiterativos e inalterables, repitiendo el último verso de cada estrofa. En 1957 había entregado la que posiblemente fuera la última de sus canciones al tenor mexicano Pedro Vargas, quien la incluyó en un disco LP publicado en su homenaje, y que se realizó sobre arreglos musicales de Adolfo Guzmán y Rafael Somavilla. Su título: *Triste muy triste*.

Estimo que fue del bolero-son de donde Osvaldo Farrés, autodidacta, lo mismo que el puertorriqueño Pedro Flores, extrajo alientos verbales, más que rítmicos, para abrirle rumbos distintos a su trabajo como en *No me vayas a engañar; Para que sufras, Quizás, quizás, quizás*. Farrés fue también uno de los primeros en diluir al bolero en una de sus formas decadentes: el bolero mambo, aquel que cambia a una marcada cadencia en su segunda parte, mientras el hombre introduce una rodilla entre los muslos de la chica y que,

hasta su regreso definitivo a Cuba en 1953, Benny Moré inaugurara grabando en México con las orquestas de Dámaso Pérez Prado, el saxo oriental Mariano Mercerón y el mexicano Rafael de Paz.

Verdadero *showman*, mucho más ejercitado en otras modalidades como el son montuno, el «Bárbaro del ritmo» tuvo una rotunda y poderosa voz, de resonancias metálicas, apta no obstante para cualquier inflexión sentimental que, a pesar de evidentes negligencias, le confirió desenvoltura y eficacia a sus interpretaciones de boleros. Escúchese *Cómo fue*, de Ernesto Duarte o los dúos que hizo con Pedro Vargas en *Obsesión* y *Perdón*.

LA PROMESA DEL PLACER

Para quienes fuimos adolescentes durante los años de su apogeo, los boleros fueron fuentes de goces lúdicos, estéticos y a menudo eróticos; en la edad del crecimiento se convirtieron, asimismo, gracias a sus textos, en breviario afectivo y ético. Porque siempre he creído que en un buen bolero reposa la promesa del placer, estoy convencido de que a menudo se recuerda mejor una melodía que la aventura que lo acompañó. Sujeto a una coreografía primaria, no estimulaba la liberación de los cuerpos, pero sí el acercamiento, la confianza, el diálogo en voz baja, permitiendo roces y proximidades que la antigua separación social de los sexos y la mojigatería adoptada de la clase media nos solía vedar. Nos ofreció además, a mí y a algunos de los narradores que mencioné anteriormente, modos de comportarse, paradigmas verbales y una retórica aplicable a las sucesivas etapas del enamoramiento.

Invitar a bailar a la chica apropiada en el preciso instante en que el tocadiscos o la orquesta arrancaba con tal o cual bolero podía bastar para que el más apocado revelara sin palabras sus intenciones y la más casquivana supiera a qué atenerse. Pero supongo que a la juventud del nuevo milenio le resultará muy difícil comprender hasta qué extremo los tímidos boleros fueron, a veces, las únicas fórmulas disponibles para comunicar sentimientos profundos.

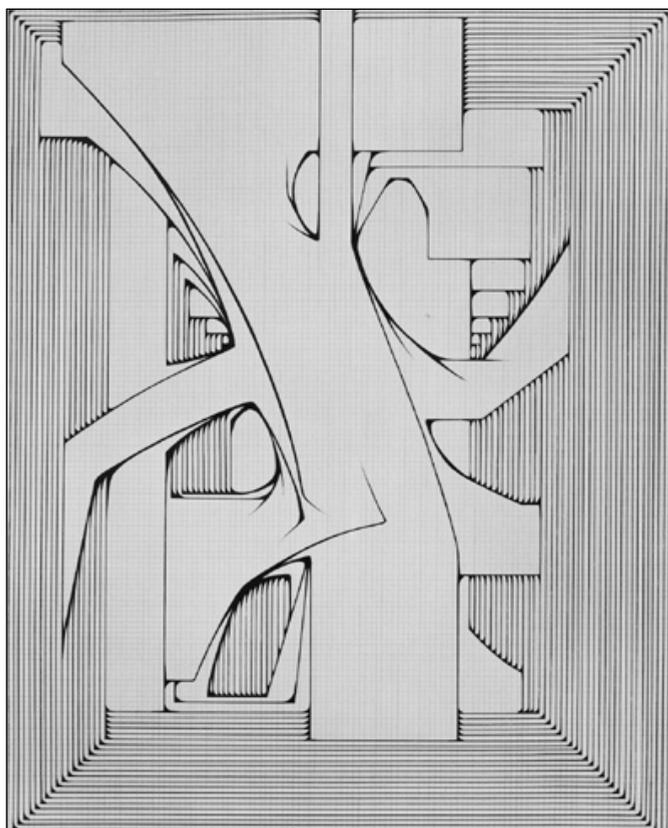
PARA TERMINAR

No creo que la boga reciente del bolero histórico sea tan sólo un fenómeno *camp*, que se extinguirá tal y como ha venido, o sea el resultado de una estrategia mercantilista de astutos sellos discográficos para beneficiarse de lo ya establecido culturalmente. Este *revival* tal vez se deba a una oportunidad para aprovecharse de piezas que a menudo carecen de derechos musicales claramente identificables o, sencillamente, que han tratado de volver al pasado movidos por la nostalgia o porque otras modalidades actuales no satisfacen del todo. O quizá hayan sido adoptados debido al aburrimiento de temas demasiado manipulados por autores que ya no encuentran sobre qué cantar.

Es necesario reconocer que, entre las vicisitudes sufridas por el bolero tradicional ha habido cambios inevitables y otros que no eran deseados. Lo que realmente me preocupa es que finalmente se entronizó una poderosa y evidente injerencia extranjera que, aunque abrió nuevas posibilidades, cerró otras. Otras que han ido desapareciendo y que eran genuinamente caribeñas,

derivadas de las fuentes originales, y que habían dotado al bolero de su carga explosiva; que fueron blanquinegras o mestizas desde la contradanza hasta la rumba, desde la habanera hasta el chachachá. Azúcar, tabaco y maíz. Ron y tequila. Agregado y síntesis; productos de un largo y complejísimo proceso de sincretismo que aún está dorándose en el horno.

Aunque a menudo se le ha disfrazado de bolero tradicional, con el establecimiento del verdadero filin desaparecerían la fórmula del cinquillo, el bongó, las claves y las maracas, casi nada. La canción romántica adoptaría así diversos ritmos, enriqueciéndose armónicamente pero perdiendo lo que tenía de afrocubana. Irónicamente, a pesar de haber tomado influencias de cantantes negras como Ella Fitzgerald y Sarah Vaughan, los primeros filinistas adoptaron mayormente elementos pasados por el tamiz de músicos e intérpretes blancos estadounidenses. Más tarde, con la implantación de la balada en el mundo de habla hispana, continuó el proceso de adopción de la canción norteamericana y francesa. En Cuba, musical y rítmicamente hablando, el blanqueamiento total de la canción romántica se completaría con el surgimiento de la sutil Nueva Trova.



Crudo: el rock cubano de los noventa¹

EL ROCK CUBANO EN LA DÉCADA DE LOS NOVENTA comenzó a tener un espacio público abandonando la marginación y censura a que estuvo sometido por años por ser, para algunos, sinónimo de penetración ideológica, junto con el uso de pantalones de mezclilla y la preferencia por la música en inglés.

Quizás una de las anécdotas que más representa esta censura me la contó el poeta Félix Contreras, en su casa del Vedado. Había estado presente el día que expulsaron a Silvio Rodríguez de la Televisión Cubana por declararse admirador de Los Beatles, específicamente de John Lennon. «Quien lo expulsó —me susurró—, estaba vestido de verde».

Para nadie es un secreto que ser rockero con pelos largos y canciones en inglés, allá por los sesenta-setenta y hasta inicios de los ochenta era cometer delito, era el último camino a elegir que un músico joven tomaba, para muchos no tenía futuro, aunque algunos se arriesgaron e hicieron sus bandas con formato *rock-pop* y *rock and roll*, como: Los Vampiros, Almas Vertiginosas, Flores Plásticas, Los Kent, Sesiones Ocultas, luego los Dada, Sonido X, Los Magnéticos y una lista larga e interminable de grupos locales que varían según la memoria personal de algunos críticos de estos años. No queda —salvo raras excepciones— memoria discográfica de este fenómeno. Estos grupos no alcanzaron nunca una difusión estable por los medios. En su mayoría eran copias de modelos ingleses y norteamericanos, otros alcanzaban sonoridad *rock'n roll* pero carecían de textos afines con el discurso armónico. También en los setenta surgió el Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC con sonoridad rock pero su corta existencia y su

¹ Al rockero cubano Mario Daly, muerto en México, al Conde (Almas Vertiginosas), Juan Carlos (Los Barba), Tanya Rodríguez (Monte Espuma), Mike Porcell (Síntesis Ira Generación)... y otros rockeros que aunque cambiaron de profesión o género musical dentro y fuera de Cuba ayudaron a que hoy se reconozca esta música entre nosotros.

marcada influencia de la nueva canción además de la no interacción con los otros grupos hizo que no se consolidara.

El mayor paso en esta búsqueda está en el grupo Síntesis² que, en 1987, sacó su disco *Ancestros I*. Por primera vez salió a la luz una sonoridad *rock heavy* con percusión afrocubana (batás), cantada con letras yorubas. Aunque este trabajo fue un avance extraordinario, quedó a medias, porque en esa época no se escribieron textos en español que le dieran cuerpo definitivo a esa nueva realidad sonora. Aun así no hay dudas de que marcaron la primera huella en el camino para alcanzar el sonido que hoy tiene el rock cubano.

Los años posteriores consolidan un rock en español con letras, asuntos, ritmos, instrumentos y tumbaos cubanos, intercalados con tendencias foráneas como el rock alternativo, el *rock pop*, el *etno rock* y el *rap*.

Los años noventa fueron decisivos. El rock se fusiona con la música popular, dejando de ser un tabú. Incluso, ya puede afirmarse que existe un «rock nacional» con características y lenguaje netamente cubanos. Su impacto ha sido trascendental en la más joven generación de músicos brindándoles una opción dentro del espectro de nuestros ritmos populares tradicionales.

LAS CAUSAS DE LA FIJEZA DEL ROCK NACIONAL EN LOS AÑOS NOVENTA

Durante los homenajes por la muerte de John Lennon (1990-1992), organizados por Carlos Alfonso, director del grupo Síntesis, con el apoyo de otras instituciones culturales, se hicieron conciertos que unificaron todas las tendencias del rock en la Isla en un solo escenario. El suceso ayudó a tomar conciencia de este movimiento.

Las visitas del rockero argentino Fito Páez y sus conciertos multitudinarios en La Habana (incluso en la Plaza de la Revolución), desde finales de los ochenta, y la decidida tendencia de que los novísimos cantautores pensaran en este género para encauzar la totalidad de su obra: Santiago Feliú, Carlos Varela, Gerardo Alfonso, Iván Latour (Grupo Habana), Habana Oculta y Athanai —como los ejemplos más sólidos—, han hecho que el rock nacional pasara de una minoría marginal, reunida regularmente en el Patio de María o en el Anfiteatro de Alamar, a grandes grupos sociales.

Como nunca antes las salas de teatro del país han brindado sus espacios para conciertos de rock en solitario o con invitados afines. El grupo Síntesis, Carlos Varela, Gerardo Alfonso y Mezcla han sido los que mayor poder de convocatoria han tenido e incluso han brindado sus espacios a nuevos autores e intérpretes. Las salas de teatro Carlos Marx, Mella, Nacional; los parques Almendares, John Lennon, Víctor Hugo... han sido testigos gradualmente del crecimiento continuo de adeptos.

Con la aceptación del rock en nuestro paisaje musical, en los noventa llegó el vídeo clip que generó la necesidad de difundir muchos de estos grupos y

² Tuvieron una primera etapa, más inclinada al rock sinfónico con Mike Porcell que comenzó diez años antes.

artistas por televisión. Se crearon espacios televisivos donde por primera vez los «pelúos», tenían sitio para identificarse, surgen así *Cáscara de mandarina*, *En confianza*, *Hecho en casa* y *A capella*, entre otros.

En el cine la película *Madagascar*, de Fernando Pérez y el cortometraje de Alejandro Gil, *Tema heavy*, ambos premiados en varios festivales nacionales e internacionales de cine, coinciden en que los protagonistas (en el primer caso femenino, en el segundo masculino), son jóvenes de los noventa con evidente actitud rockera, por la forma de vestirse, por los lugares, los amigos y por la música que escuchan, marcada por el hippismo de estos años.

La radio, por su parte, se adelantó a la televisión y desde finales de los años ochenta comenzó a difundir rock cubano en español e inglés de forma estable y continua. La vanguardia la llevó la emisora Radio Ciudad de La Habana con sus espacios: *El Programa de Ramón*, *La Quinta Rueda*, *Melomanía*, *Buenas Noches Ciudad*, *Disco Ciudad*, entre otros. En especial *Disco Ciudad*, con locución y dirección de Juanito Camacho e Iván Vergara en la producción musical, abrieron un nuevo estilo de difusión de este género no sólo para los nacionales, que encontraron *su espacio allí*, sino para el rock contemporáneo internacional. Este programa, tuvo la sutileza de estrenar los discos cuando todavía eran cintas demostrativas (*demo-tape*), además de brindar todo tipo de información sobre conciertos, presentaciones y festivales promocionando a los exponentes de este género de toda la Isla. También otras emisoras como Radio Taíno han contribuido a la difusión del género con programas como: *De mañana*, *El sonido de Cuba*.

Por primera vez, empresas discográficas extranjeras dentro y fuera del país, o en colaboración con empresas discográficas cubanas deciden incluir en sus catálogos discos de rock hechos por músicos radicados en la Isla. Carlos Varela logró, en 1994, grabar su disco *Como los peces*, para la multinacional BMG Ariola, España, con un sonido de rock sureño en la totalidad de sus piezas. Aunque no alcanzó grandes ventas, la prensa española siguió de cerca el proceso, lo cual sirvió para llamar la atención sobre una sonoridad nueva que comenzaba a generar la Isla fuera de sus ritmos tradicionales.

En 1996, el sello venezolano ArtColor distribuye el compendio *Rock pop Joven en Cuba*, incluyendo a Paisaje con Río, Equis Alfonso, José Luis Medina, entre otros. Más tarde, esta firma ficha a Habana el grupo de rock alternativo de mayor aceptación en ese momento, liderado por Iván Latour, voz del grupo y compositor de los temas, cuyo disco *Abriendo puertas* fue ampliamente difundido por la radio y la tv.

Otras compañías discográficas extranjeras también se han interesado por el desarrollo de este movimiento en Cuba. El sello discográfico madrileño Nub negra grabó la antología *Habana Oculta*, en 1994, donde aparecían varios exponentes: José Luis Medina, Boris Larramendi, Superávit, Pepe del Valle, Kelvis Ochoa...

Dos años más tarde, sin Superávit ni Carlos Santos, e incluyendo a Vanito Caballero y Alejandro Gutiérrez, Habana Oculta, vuelve a los estudios y graban el mejor de los compendios de *rock-pop* o *rockason* cubano realizados en los noventa, Habana abierta, (BMG Ariola, España, 1997), demostrando cómo el

rock visto por esa generación musical se fusiona ya con el bolero, la rumba y otros ritmos nacionales sin necesidad de copiar los modelos clásicos del género, sino mezclados con ritmos de nuestra tradición musical.

Ese disco recogió el espíritu de las descargas en la Peña de 13 y 8 —que existió a fines de los ochenta e inicios de los noventa en la barriada del Vedado—. A pesar de que la grabación no es en vivo, se siente una fiesta en cada canción, todos participan en los temas, ya sea con voces o con palmadas. Escucharlo siempre me recuerda el apotegma que ha hecho trascender a Alejandro Dumas: «Uno para todos y todos para uno».

Los arreglos en su mayoría de Pável Urquiza y Gema Corredera, están diseñados para que, a pesar de su carga de rock, se matizaran sin estridencias con todas las variantes de la música cubana que genera cada canción, como ocurre con *Santiago*, de Vanito.

Contrario a Habana Oculta, en Habana Abierta todos grabaron con instrumentos y formato acompañante, y esto ayudó en el balance final. Sin duda alguna la sonoridad general del disco y sus diferentes matices como el rap *Échate esto*, de Barbería; la nueva canción *Amor por cable*, de Vanito; el *rock'n roll Fijaciones de verano*, de Pepe del Valle; la conga-rock *Marchen bien*, de Boris Larramendi; el blues *Café Paola*, de Alejandro Gutiérrez lo convierten desde su salida al mercado, en la nueva música cubana y, de seguro, en la base o fuente de nuestra música en el nuevo milenio. La trascendencia de sus canciones se hace evidente al incluir el grupo Mezcla la canción *Rocasón*, de Alejandro Gutiérrez, en su último disco, y al grabar Ana Belén *Tú me amas*, de Andy Villalón.³

En el 97, el sello *Lunanegra*, de México, imprime otra antología de rock cubano *Variaciones sobre la cuerda*, que incluyó a Perfume de Mujer, Sebastián del Toro, y Naranja Mecánica, entre otros.

El lanzamiento en La Habana y Madrid del CD *Séptimo Cielo*, del rockero Athanai, en septiembre-diciembre 1997, por un sello independiente de Madrid que copatrocina Miguel Bosé, *Advice-No More Disc*, llegó para despejar las dudas que quedaban respecto al movimiento del rock cubano. Athanai cuenta lo que tiene La Habana por dentro para bien de su memoria. Sin ser un cronista trae en sus canciones la fragilidad de una ciudad frente al mar que espera y vive entre erotismo, exilio, sexo, religiones, intolerancia, errores y virtudes. Todo este discurso lo fusiona con rock alternativo, *rap*, pop obteniendo un tumbao cubano distinto que se convirtió en su sello, pues sus *rap*, con fuertes elementos de rock, recuerdan rumbas o guaguancós, y sus baladas pop llevan boleros muy dentro, que hicieron bailar a todo el público del Teatro Nacional que respaldó su concierto. Athanai continúa en Madrid donde ha sido productor, autor y acompañante de Rosario Flores en su último disco *Jugar a la locura*.

³ Habana Abierta tuvo una segunda entrega, *24 Horas* dos años más tarde con la misma compañía. Fue comentada en esta revista en el n° 19, Invierno 1999/2000, pp. 218-220.

La necesidad del arte, el odio a la marginalidad impuesta, la música, el deseo de hacerse escuchar hicieron posibles la existencia innata del nacimiento de Garaje H.

Con un lenguaje fuerte de *rap*, *grunge* y sentida percusión cubana, y cargado de los trastornos orgánicos que generan la calle, la violencia de la representación cotidiana, las colas, los camellos, los viajes en bicicleta por toda La Habana, Garaje H editó en el País Vasco dos discos *Sin azúcar* y *Al duro y sin guante* (Esan Ozenki Records, 1997 y 1999), por los que han ido de gira a varios festivales de rock en España en varias ocasiones...

Sus canciones no son gritos de lo incomunicable, sino de una alta tensión que seca la garganta, pidiendo con su misma violencia la total concentración en su proyecto. A veces no es un lenguaje, sino un farfulleo emocional que ya no puede pasar por la transición de las palabras y se transforma en un acontecimiento...

Soy de la calle, bastante marginal
 si acaso no te gusta me tienes que tomar
 sin azúcar. Sé que te molesto
 másticame bien crudo y no me eches condimento
 Crudo, no me eches condimento.
 Crudo, porque sé que te molesto.
 Crudo, porque soy insoportable.

Para Garaje H vivir es interactuar con su ambiente, afanarse en él, pensar como él, esperar de él y temer de él. Si ese contorno hacia el cual vive se desdibuja por completo, si carece de puntos cardinales en que orientarse, si llega el hombre en su última sinceridad a no saber lo que es posible y lo que es imposible, no puede vivir auténticamente. Más que auténticos diría que Garaje H es autóctono, genera un sonido donde el que escucha no puede descenderse porque está fundido con su existencia individual, con sus contornos.

En 1997 empresas discográficas cubanas, por primera vez editan y distribuyen antologías y discos en solitario de jóvenes rockeros. La EGREM lanzó, en 1997, *Saliendo a flote*, que incluye a Yadira, Cetros, Extraño Corazón. Por su parte ARTEX, bajo su sello Bismusic, editó, *Vendiéndolo todo*, de Vanito-Alejandro y Lucha Almada. En marzo de 1998 lanzó dos CDs en solitario, uno de Superávit: *Verde limón* y otro del grupo de rock-pop Luz Verde. Proyectos que se han visto afectados porque ninguno de los dos grupos ha hecho presentaciones que impulsen una comercialización más rápida de los discos.

A finales de 1998 la EGREM lanzó el disco, en formato de *cassette*, *Otras mujeres*, de Luis de la Cruz, con sonoridad rock; el más completo que haya publicado la EGREM en cuanto a criterio conceptual y sonoridad en los últimos años. Las canciones de este disco se convierten en un catálogo de mujeres cubanas, un retrato hablado —mejor dicho— cantado, de mujeres que gozan sobre sí mismas, de mujeres que no temen su lesbianidad, de mujeres que sólo existen para la contemplación, de chicas que bailan solas en los conciertos y de

mujeres que pueden poner a criar *goldfishs* en un bidet a los hombres... según escribió Luis de la Cruz en una de las canciones. *Otras mujeres* es de los noventa, como planteó él mismo en conferencia de prensa, y yo añadiría que la música también. Luis se descarna sobre la realidad actual y aspira a lograr no sólo una reflexión en torno a ellas, sino crear un movimiento.

Asumiendo su generación, Luis sabe que compite con un movimiento consolidado de rock nacional, *rap* y salsa e intenta insertarse entre éstos tomando de aquí y de allá mostrando canciones como *Bailaban*, donde las tumbas cubanas suenan con influencia de merengue dominicano.

El respaldo a estos grupos mencionados, nacional e internacionalmente, demostró que existía un gran movimiento de *rock and roll* en la Isla que podía comercializarse, dentro y fuera de ella. También ha servido para crear un equilibrio armónico con el desarrollo sin precedentes de la salsa cubana o timba brava en esta década, probando que no sólo de salsa vive el cubano.

NO SON TODOS LOS QUE ESTÁN

Hay otros grupos de rock que, aunque no tienen un disco íntegro con sus temas, ya han grabado discos compilatorios o sólo *demos*, pero que cultivan el género de manera notable y podrían mencionarse. Zeus, de quien David Byrne utilizó la canción *El Diablo en la Isla* en el compilatorio de música cubana que comercializó en Estados Unidos. CosaNostra, que tiene la peculiaridad de cantar todos sus textos en inglés y cuenta con el mejor cantante del género en Cuba, David Blanco; Yadira, una de las intérpretes más notables del rock radicadas en la Isla; Gens y Extraño Corazón.

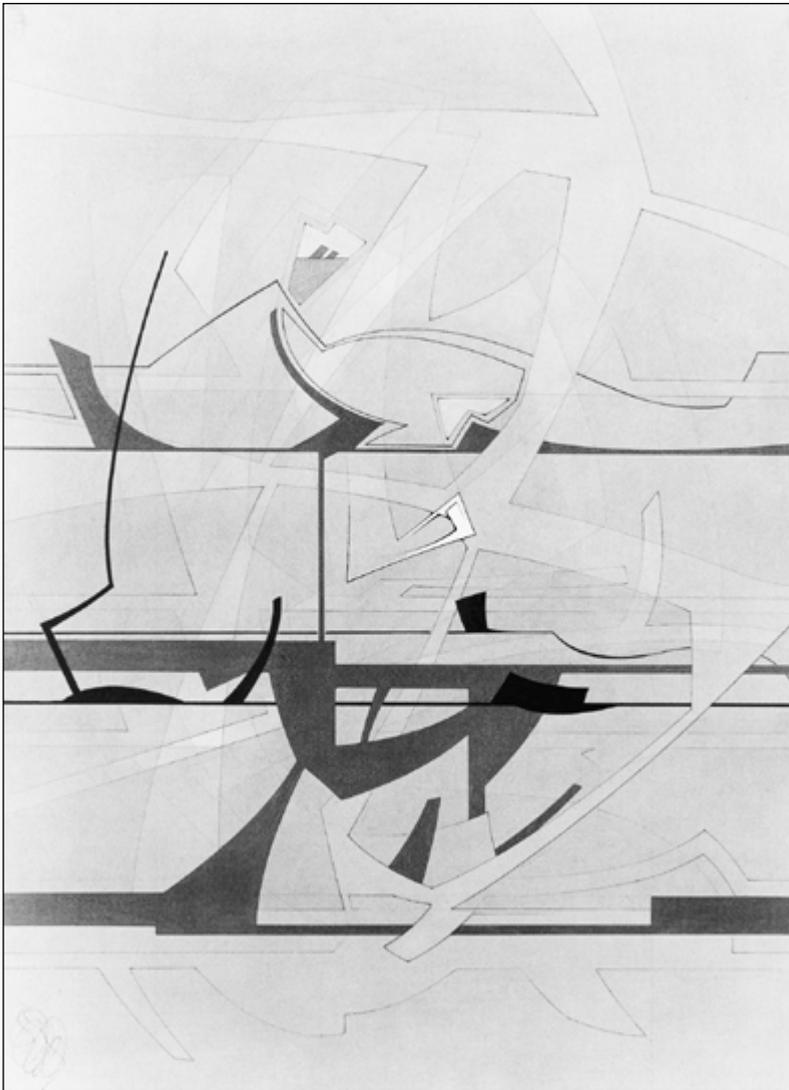
Sería material para otro texto indagar y mostrar los elementos del rock que existen en los grupos líderes de música popularailable nacidos en los noventa como NG la Banda, Pablo FG, El Médico de la salsa, Klímax o Azúcar negra. Y completaría esta nómina una mirada al rock que hacen los más jóvenes cubanos de Miami, porque hay noticias de grupos como Rock and Son, que se presenta en el bar Nostalgia con aceptación de público y colaboraciones de Francisco Céspedes.

EPÍLOGO

Recuerdo en los años setenta que mi primer encuentro con el rock nacional lo protagonizó un grupo que hizo época en los barrios, Almas Vertiginosas. Fue una noche en un convento privado convertido en escuela por la Revolución, la Antonio Guiteras de 23 y Paseo, en el Vedado. El Conde, cantante del grupo, hacía un clásico: *Hotel California*, de Eagles. Fue impactante lo bien que lo hacía en inglés y más impresionante escuchar el solo de guitarra de ese tema, casi mejor que el original. Este recuerdo creció en mí cuando supe, años más tarde, que las guitarras con que tocaban las hacían con cables y micrófonos de teléfonos públicos, sus bafles eran victrolas abandonadas de los años cincuenta, recicladas de forma clandestina sin saber que con esas bocinas, que hicieron famosos a boleristas y soneros estaban sembrando la semilla de otro ritmo que crecería años más tarde.

Los adolescentes de este siglo en la Isla ya no tendrán que escuchar grupos cubanos cantando versiones de canciones que no fueron hechas para su realidad. Sus influencias sociales, políticas o marginales, toda la riqueza musical de su entorno estará en este género que llegó a fusionarse con los nuestros y cerrar el siglo buscando orígenes nuevos.

Alejo Carpentier lo sabía tanto como yo cuando escribió en los años cincuenta: «Pero el *rock and roll* se ríe de las censuras y conquista adeptos en todas partes, en tanto que los espíritus austeros denuncian su frenesí como síntoma de desequilibrio en las nuevas generaciones...».



Salsa de Cuba

A que me mantengo, va,
a que me mantengo

LOS AGENTES DE INMIGRACIÓN REVISARON SU PASAPORTE, todo estaba en orden. Era una mañana fría del New York de 1937 y Francisco Grillo entraba en las calles latinas del barrio más rítmico de la gran ciudad. Ya hacían furor allí Miguelito Valdés y Desy Arnaz, y su cuñado Mario Bauzá comenzaba a escalar en los clubes nocturnos de un jazz trasnochado en las sombrías cunas del *be-bop*.

El destino jugaba las cartas y lanzaría sus ases de oro una noche de 1940, cuando Frank Grillo, *Machito*, debutara en el cabaret newyorkino La Conga con su Machito and his afrocubans.

Éste es el principio de la historia.

Sin embargo, en La Habana se bailaba desde los años 20 con el Sexteto de Ignacio Piñero y *Échale salsa* ponía resbalosos platos de congrí y zapatos giratorios en los salones festivos de la ciudad. Era un ambiente de ritmos y maravillas que fue desplazando la elegante danza decimonónica bajo el influjo sensual de lo legítimamente cubano.

Este largo cuento tiene por un extremo la reunión de Machito y Bauzá en New York y las grabaciones junto a Charlie Parker y Dizzy Gillespie; por el otro, la llegada a la Gran Manzana de Chano Pozo y finalmente la consolidación de todo ese ajiaco newyorkino que dio origen al *cubop* y a la semilla de lo que ahora brilla como *latin jazz*.

Así la salsa empezó en el argot sonero de Piñero y siguió con este génesis latino en el Bronx.

Tal inicio no permite estancamientos. Si el son cubano de los 50 es modelo repetido ahora, con fórmulas armónicas y elementos nuevos, al estilo mecanizado del disco de los 70, para crear la avalancha salsera de hoy, a los cubanos que la hacen con la herencia sonera legítima de aquellos inicios, no se les puede aceptar un regreso a lo mismo. Nelson Rodríguez, gerente de la compañía Ralph Mercado

contó en La Habana que tras escuchar la música de los salseros cubanos, comentaban en sus oficinas de Broadway: «esta gente está en algo, ¿tú no los oyes?, esta gente está más adelante que todo el mundo».

ÉCHALE SALSITA...

Tras varios años suspendidos, los carnavales volvieron a encender las noches de febrero en La Habana. Fueron carnavales distintos, de frío estilo turístico con apariencia de mala producción de cabaret. Pero en esquinas céntricas a lo largo del Malecón, escenarios improvisados pusieron calor al frío invierno con las actuaciones callejeras de las más notables agrupaciones salseras de la actualidad nacional. Allí bailó hasta el cojo.

La salsa criolla demostró su arraigo popular cuando puso al rojo vivo las cinturas. Y es que los arreglos musicales de NG La Banda; Van Van; La Charanga Habanera; Adalberto Álvarez y su son; Isaac Delgado; Manolín, *El médico de la salsa*, entre tantos, palpitan con una forma inusual que trascendió los esquemas soneros de los 50 de transparente compás danzante, que es hábito comercial entre los salseros del mundo de hoy.

Ante el acomodamiento musical y bailador de los cubanos acostumbrados a los arreglos de Benny Moré que se hereda en la genética criolla como el amor por los chicharrones, sólo puede «subir la parada» el febril delirio de una salsa trascendida en su esencia misma por la improvisación y el virtuosismo de un país donde, al decir de la gente, escasea tanto la carne de res como los malos músicos.

Cuando a finales de los 60 Chucho Valdés formó su grupo Irakere, el llamado *latin-jazz* entró como relámpago transformador en la música popular de Cuba. Ya Juan Formell y sus Van Van daban los toques iniciales de una renovación en el son al coincidir con Charles Palmieri en lo que sería el posterior despegue de la salsa. Chucho reunía en su grupo a músicos como Paquito D’Rivera, Roberto Varona, Arturo Sandoval, Enrique Pla, Carlos Averoff, Carlos del Puerto, Carlos Emilio, entre otros, capaces de tocar unailable muy popular en el Salón Rosado de La Tropical o un jazz renovador que erizaba a todos en un festival célebre de Europa. Tal vez a Chucho e Irakere se les puede atribuir la mayor influencia entre los salseros de Cuba.

En la actualidad, cualquier banda de salsa es capaz de desmembrarse en pequeños formatos y hacer un jazz en el que confluyan los orígenes del son. NG La Banda está dirigida por José Luis Cortés, *El Tosco*, flautista graduado en el conservatorio Franz Liszt de Budapest, quien es un ejecutante de difíciles malabarismos y su banda actúa en plazas de jazz con la misma fuerza que en escenarios salseros. Topsecret, un quinteto ocasional surgido en el seno de NG y liderado por José Manuel Crego, resulta un inusual grupo de jazz. Así sucede con La Charanga Habanera, dirigida por David Calzado que debutó en el célebre *Sportling Club*, de Montecarlo.

La forma cubana impuso su fiereza natural y en las bandas de salsa criolla se destaca el uso de un colchón genuino en el que brilla el bajo cantador e indetenible con una sobredosis de improvisación rítmica, los coros de metales

de puro estilo jazzístico y el piano, percutido y fuerte en improvisaciones, que nace del quehacer histórico de Lili Martínez y Frank Emilio, y luego en la genialidad de Chucho Valdés o recientemente, de Gonzalito Rubalcaba.

Músicos como Peruchín, pianista de NG; Changuito, ex pailero de Van Van, y Angá, ex tumbador de Irakere, hacen una labor como solistas y participan en grabaciones junto a figuras universales de la salsa y del jazz.

LO QUE DICE EL CANTOR...

Dicen que la salsa de Cuba sigue lastrada por un estigma que censuran los más refinados tímpanos: los textos y coros de sus canciones se inclinan peligrosamente y a veces caen en un lenguaje que bordea los límites de lo soez y que es acentuado por los movimientos de los músicos en el escenario.

Cuando, en 1910, el Ejército Permanente trajo el son montuno del oriente cubano hacia La Habana expandiéndolo por toda la Isla, el nuevo modo de hacer la música se ganó las más severas críticas y fue prohibido en salones elegantes y bailes de la sociedad capitalina. La forma de bailar, los textos y los montunos de aquel son inicial insinuaban lecturas sensuales en frases con vulgares antecedentes pueblerinos. La moral de aquellos tiempos encontraba peligroso un estribillo que repetía: «hace un mes que no bailo el muñeco». Y en verdad lo era.

Pero el son se ganó su lugar y, ya en la década del 20, se convirtió en el gran género popular hasta el punto de definirse como síntesis de la música cubana, al decir del musicólogo Argeliers León, a pesar de la ambigüedad de un montuno famoso como «quimbombó que resbala pa'la yuca seca».

El son avanzó con el siglo. El danzón apacible tuvo que asimilar lo sonero para, ya danzonete, poder competir en el gusto popular. Sin embargo, aún aceptado en las nobles clases sociales, el son mantuvo su estirpe popular, su argot callejero y su inclinación textual hacia lo atrevido, aunque sus orígenes montunos preservaban una ingenua picaresca campesina.

Pero al urbanizarse, el son recibió la influencia marginal de la gran ciudad y surgieron figuras notables como Arsenio Rodríguez con sones que cantaban: «esa cosa que me hiciste mami, me gustó», o su famoso son *El relojito de Pastora* que decía: «En la puerta de tu casa» (coro: «tu reloj»), «sentí que se me paraba» (coro: «tu reloj»), etc.

Matizes de un argot crudo en los barrios populares de la ciudad empezaron a incorporarse a las letras de sones de entonces y se mantuvieron como recurrencia abundante en todos los repertorios. Basta recordar la expresión ¡Hierro! de Benny Moré o aquel *hit* de la Orquesta Riverside, en 1953, que cantaba: «Yo vivo en los altos, / tú vives en los bajos, / ya tu campana no tiene badajo. / Lo mío no es cuento, / lo tuyo es relajo, / ya tu campana no tiene badajo».

PA'QUE ME ESCUCHE MI GENTE...

Nacida en La Habana actual, dentro de los límites de una realidad que fue multiplicando la marginación y de una crisis económica que acentúa las dife-

rencias y estratifica cada vez más la sociedad, la salsa cubana de hoy no puede evadir la influencia de su entorno y el uso de un argot callejero que es reflejo de lo cotidiano.

Respuesta social tal vez, en la misma medida (y censurado también entonces) que lo fue el *rock and roll* de Presley, el rock de los 60, el *rap* y hasta la nueva trova cubana que, en sus inicios, sin que naciera tal nomenclatura, adjudicó a sus textos y su imagen un tono contestatario mucho antes de que fuera mediatizada por la política estatal.

Ahora que la salsa tiene éxito en Cuba, aplaudida incluso por las castas gobernantes, gracias a su rentabilidad en escenarios internacionales, se han olvidado de las críticas severas a piezas antológicas ya, como *Bacalao con pan* de Irakere y *La compota de palo* de Van Van, con más de veinte años de escritas. Acusados de vulgares entonces, estos grupos y sus repertorios son ahora guías de lo que se hace y tibios ejemplos de lo que se dice, como mismo sucedió en 1910 con el son. Es una dialéctica indiscutible.

Lo puramente marginal no puede alterarse con refinamientos críticos ajenos al contexto nacional y a la función social del arte. Lo sensual raya lo vulgar y acude a frases leídas en subtextos de claras alusiones que son repetidos como dicharachos en el habla popular cubana de hoy o incluso reafirman una filosofía de barrio, de ambiguo valor moral.

La promiscuidad en todos los sentidos, la crisis de la familia y la convivencia que altera la libido en becas, escuelas al campo, movilizaciones agrícolas y militares, así como el crecimiento de barrios marginales y el lenguaje obsceno de una propaganda política de uso en Cuba («Yanquis, hijos de perra»; «Venceremos, coño»; «TV Martí, no se te ve ni c...», «Yanquis cabrones, a Fidel le roncan los c...») fueron violando ciertas fronteras entre lo popular y lo vulgar.

La salsa cubana, nacida en el seno de esos barrios de La Habana y zonas densamente pobladas por las capas más populares receptoras de la tragedia cotidiana, coreada y bailada en sus fiestas durante más de dos décadas en que estuvo silenciada, en gran medida por los medios de difusión, apartada de la política cultural oficial y enfrentada con el lenguaje poético-militante de la Nueva Trova y los movimientos cancionísticos de apoyo oficial, el indigenismo suramericano de grupos como Inti Illimani o la historia de los Parra en Chile, ha brotado ahora con el aliento legítimo de su raíz y nadie siente rubor al corear infinitamente un montuno salsero que repite: «Bruja, tú eres una bruja, una bruja sin sentimientos, tú eres una bruja», como mismo coreaba antes «Dónde está la Ma' Teodora o «Generoso qué bueno baila usted» porque el coro de un montuno repetitivo y eterno es elemento inseparable del son original.

TÚ QUE DECÍAS QUE YO, QUE NO PODÍA QUE NO...

Cuando Silvio Rodríguez se desvanece en la lejanía de sus viejos tiempos y acaso queda la matemática indescifrable de una música epidérmica y acomodada en el verdor que ya no refleja esperanza sino la dulce moneda del enemigo, y los nuevos trovadores de ambiguo tono rebelde, «novatropines» de La Habana, graban en Madrid y es tan metafórico el texto que se torna elitista, y

por ello inocuo, le toca a esa salsa criolla de puro arraigo popular, entendida hondamente por la magnitud de su argot cotidiano, reflejar la sociedad desvirtuada que acontece diariamente en Cuba.

El vulgar remeneo de las cinturas, los coros confusos y de reminiscencia sensual, la inseparable marginalidad de esa música, es fiel reflejo de la decadencia general del país.

Así pasa con salsas de explosiva preferencia popular como *Superturística*, de La Charanga Habanera, que cuenta la prostitución actual en Cuba. De esta misma orquesta es *El temba*, una salsa que dice «Búscate un temba que te mantenga, pa' que tu goces, pa' que tu tengas / pa' que te lleve pa' la tienda / que te mantenga, te suministre lo que no tengas, pa' que te lleve de cenas / pa' que te ponga una vivienda / pa' que tengas lo que tenías que tener: un papi-riqui, con guaniquiqui...» (léase que «temba» es un hombre de edad avanzada, común entre los turistas españoles e italianos que van a La Habana; «papi-riqui» es un hombre bien parecido, y «guaniquiqui» es dinero, vocablo de uso actual gracias a estas salsas pero que viene de guano, que era usado como dinero por los indios de la Cuba precolombina).

Yuya, la charanguera es otra salsa que ironiza sobre la típica vigilante del Comité de Defensa de la Revolución, institución cubana de control en cada calle. En *Yuya...* dice: «Cuidate de Yuya la charanguera que te da las buenas noches y después te vela / Yuya la de la Patrulla, la que no hace bulla, Yuya la charanguera que te echa pa' la candela...».

Así baila Cuba, fragor de sudores danzantes, caderas incontrolables en un frenesí sensual y el coro multitudinario con Manolín, *El médico de la salsa* que enaltece el deporte nacional en la Isla, contraer amores con una extranjera, cuando canta con puro afán salsero: «Operadora por favor, con Roma, una llamada pero a pagar allá, a pagar allá».

FINAL...

Salsa, fórmula resbalosa que sublimiza el fricasé de puerco, el contoneo inspirador de una cintura de mujer, el carácter sensual del criollo que piropea donjuanesco en la esquina y la música popularailable de Cuba. Híbrido superior, escala mayor en el desarrollo del son cubano donde, apoyados en aquellos éxitos de Benny Moré, Roberto Faz, Miguelito Cuní y Celia Cruz, enlazan la herencia de Miguel Matamoros con Chano Pozo y va más allá.

Esta noche, en La Habana, una legión de muchachas saldrá a venderle su hermosura nacional a los turistas extranjeros que las poseen a cambio de una promesa de matrimonio en Madrid, un kilogramo de carne de res o un Levi's Strauss, mientras con el embrujo atronador de las tumbadoras, el fraseo viril de los metales y el aliento de un piano incontrolable, un salsero de larga vestimenta, negro y sudoroso, repetirá hasta el agotamiento de los bailadores, aquel montuno incitador y filosófico, lección cotidiana de Cuba, que dice y dice y dice así: «búscate un papi-riqui, con guanaquiqui, pa' que te mantenga, pa' que te mantenga».

Permiso que llegó Formell

Van Van is here, Premio Grammy 1999,
mejor agrupación salsaera¹

HABLAR DE JUAN FORMELL (LA HABANA, 1942) Y LOS Van Van es referirse a 30 años de música: el legado de esta agrupación ha dejado huellas en varias generaciones de bailarines y en el modo de hacer músicaailable en Cuba. Van Van arrebató el liderazgo a la Orquesta Aragón y se impuso allá en la década del 70, más que todo, por la frescura de su *swing*: sépase que los bailarines de la Isla utilizan ese término para señalar a los grupos musicales que tocan con sabrosura, cadencia y ritmo juguetón... Si algo tienen Los Van Van de Formell, es *swing*, mucho *swing*.

El fraseo orquestal de Formell irrumpió en el panorama de la músicaailable en el año 1967: sus composiciones y arreglos en la charanga del inolvidable Elio Revé (*La flaca, Mariú, Yuya Martínez, El Martes...*) se convirtieron en un suceso popular por esos años. Revé sonaba distinto y los bailarines, rápidamente, reconocieron el talento del contrabajista y guitarrista responsable de tan súbita popularidad. En 1970, año de la famosa zafra de los 10 millones y de la consigna oficial: «Los 10 millones van», Juan Formell

¹ *Van Van is here*

(Caliente Records, 1999)

■ Productor ejecutivo: Eugenia González ■ Productor: Charlie Dos Santos ■ Co-productor: Juan Formell ■ Arreglos: Juan Formell y César Pedroso

Músicos de Van Van

Juan Formell: Director, bajo, vocalista y coros ■ César Pupi Pedroso: Piano ■ Samuel Formell: Drums, timbales y campana ■ Pedro Calvo: Vocalista y coros ■ Mario Mayito Rivera: Vocalista y coros ■ Roberto Hernández: Vocalista y coros ■ Hugo Morejón: Trombón, órgano y sintetizador ■ Gerardo Miró: Violín ■ Julio Noroña: Güiro ■ Jorge Leliebre: Flauta, maracas y coros ■ Boris Luna: Teclados ■ Álvaro Collado: Trombón ■ Edmundo Peña: Trombón y percusión menor ■ Manuel Navarreira: Tumbadora ■ Pedro César Fajardo: Violín

Carlos Olivares Baró

funda a los Van Van y desde esa fecha, hasta nuestros días, algunos de los momentos más importantes de nuestra músicaailable tienen que ver con Formell y su banda.

En los años 40, 50, 60 y 70 predominó en el gusto de los asistentes a los salones de baile de Guantánamo, Santiago y La Habana la forma orquestal conocida como charanga francesa (América, Jorrín, Neno González, Fajardo, Aragón...). A Formell le interesó el formato de la charanga pero con un atrevimiento, que muchos músicos no aceptaron, modificó su estructura y a la flauta, violines, piano, bajo, güiro y tumbadora, agregó variaciones en la paila criolla con aditamentos de la batería del *jazz-band* logrando una sección percusiva que —junto a la fuerza detonante de un piano (ahora rítmico más que melódico), unos violines agresivos y lúdicos y un bajo eléctrico (siempre anticipado) con matices de la música pop internacional— daba un giro novedoso y sorpresivo a la charanga francesa tradicional: piezas como *Chirrín-Chirrán*, *Dale dos*, *El baile del buey cansao*, *Qué palo es ése* o *Anda, ven y muévete*, han confirmado al sonido Van Van, fenómeno único en el panorama actual de la músicaailable cubana, y al songo (fusión de elementos del changüí guantanamero, del chachachá, del son, del jazz, del rock y del gogó), compásailable creado por Formell, como uno de los ritmos más elocuentes e influyentes en las nuevas modalidades de la música cubana contemporánea.

Si la timba es la música nacional del nuevo siglo, como bien apunta el musicólogo mexicano Ernesto Márquez; es imposible referirse a esa nueva música, al «fenómeno musical cubano más importante de fines de siglo» (Leonardo Acosta, *dixit*), sin la presencia de Van Van. No olvidar que, quizás, uno de los más talentosos exponentes de la timba, el flautista José Luis Cortés, director y fundador de NG La Banda, fue integrante de la agrupación de Formell en sus años iniciales. Basta escuchar agrupaciones como la de Issac Delgado, Manolito y su trabuco, El médico de la salsa, Charanga Habanera, Paulito FG, Bamboleo y Dandén, pioneros de la timba, para darse cuenta de la contribución de Van Van a ese azote rítmico que alborota a los bailadores y llama la atención de los salseros latinos, quienes confiesan «eso es otra cosa..., otra cadencia..., un invento que sólo la agresividad rítmica de los músicos cubanos puede darle ese matiz tan sabroso» (Óscar de León). La reina de la guaracha, nuestra Celia Cruz, incluyó en su disco *Irrepetible* (RMM-1994, Productor Willy Chirino) un tema ciento por ciento timbero: *La guagua*, del popular compositor Cándido Fabré.

Han pasado los años y los Van Van siguen «pegao»; su director ha realizado cambios al formato original de su banda y ha incorporado trombones, sintetizador, órgano y teclados hasta lograr que el aire armónico y las inflexiones rítmicas del grupo causen sorpresa en cada nuevo disco. Con *¡Ay Dios, ampárame!* (Caribe Productions, 1995) Formell confirmó el prestigio de Van Van; sin embargo la pieza *Soy todo* de ese disco, anunciaba nuevas preocupaciones rítmicas y, sobre todo, una intervención muy lúdica y propositiva en el lenguaje secreto abakuá. Después vino *Te pone la cabeza mala* (Caribe Productions, 1997) donde se estimaba una cadencia rítmica que descansaba en la síncopa

de alternancias entre el bajo anticipado (Formell) y el drums-timbales (Samuel Formell) bajo un balance de tonos (muy a lo Van Van) de trombones y violines apoyados siempre en la temperatura vocal de sus solistas (Pedro Calvo, Rivera, Hernández) quienes, con sobria espontaneidad sonera-timbera, daban un sello muy peculiar a cada composición.

Juan Formell y los Van Van celebraron sus 30 años con una producción histórica en la músicaailable cubana: *Van Van is here* (Caliente Records, 1999); si en sus dos grabaciones anteriores fraseaban ritmos y cadencias que ningún bailaror podía soslayar, en éste los acentos y la trama de la solfa son de tanta intensidad, que es imposible permanecer pasivos frente al cúmulo de matices que van desde un son con aires africanos (*Permiso, que llegó Van Van*) pasando por la timba con modulaciones de songo (*Temba, tumba y timba*), hasta un guaguancó que fusiona y recrea elementos variados desde la gracia lírica de la voz de Mario Rivera (*Consuélate como yo*) sin olvidar el detonante tema abakuá *Appapas del Calabar*, donde Samuel Formell hace de las suyas en las percusiones con una imaginación heredada de Patato y Changuito, con desinencias y conclusiones en los diapasones tímbricos que lo distinguen como un percusionista de primera línea.

Disco maestro por muchas razones, pero fundamentalmente por el trabajo del percusionista Samuel Formell (hijo de Juan) y la ocurrente sandunga sonera de sus vocalistas: escúchese con atención el inicio de *Permiso que llegó VanVan* y gozarán del ataque del percusionista y de la sabrosura vocal de Roberto Hernández; pásese después a *Temba, tumba y timba* y apréciese el balance elegante, cadencioso y pregonero de violines, trombones y teclados en armonía con la voz timbera de Mayito Rivera. Una pieza como *Éso dámelo a mí*, paradigmática del timbre Van Van (composición de Juan Formell) sobresale, sin embargo, por las irreverentes y novedosas proposiciones percutivas de Samuel, tesis que se confirma en *La bomba soy yo*: escúchese la entrada de la flauta en el preciso instante de las conclusiones del bamboleo de los violines, el provocativo fraseo adelantado de Mayito Rivera con el remate acompasado de la percusión y se sabrá que estamos escuchando a un pulsador nato, de pura cepa: los ecos de Chano Pozo rondan por ahí. En *El negro está cocinando* otra vez las sacudidas del joven Formell hacen gala en deleitable contrapunteo con la voz sonera de Pedro Calvo, quien da a esta conga-songo del pianista Pedroso, temperatura de calibre inusitado.

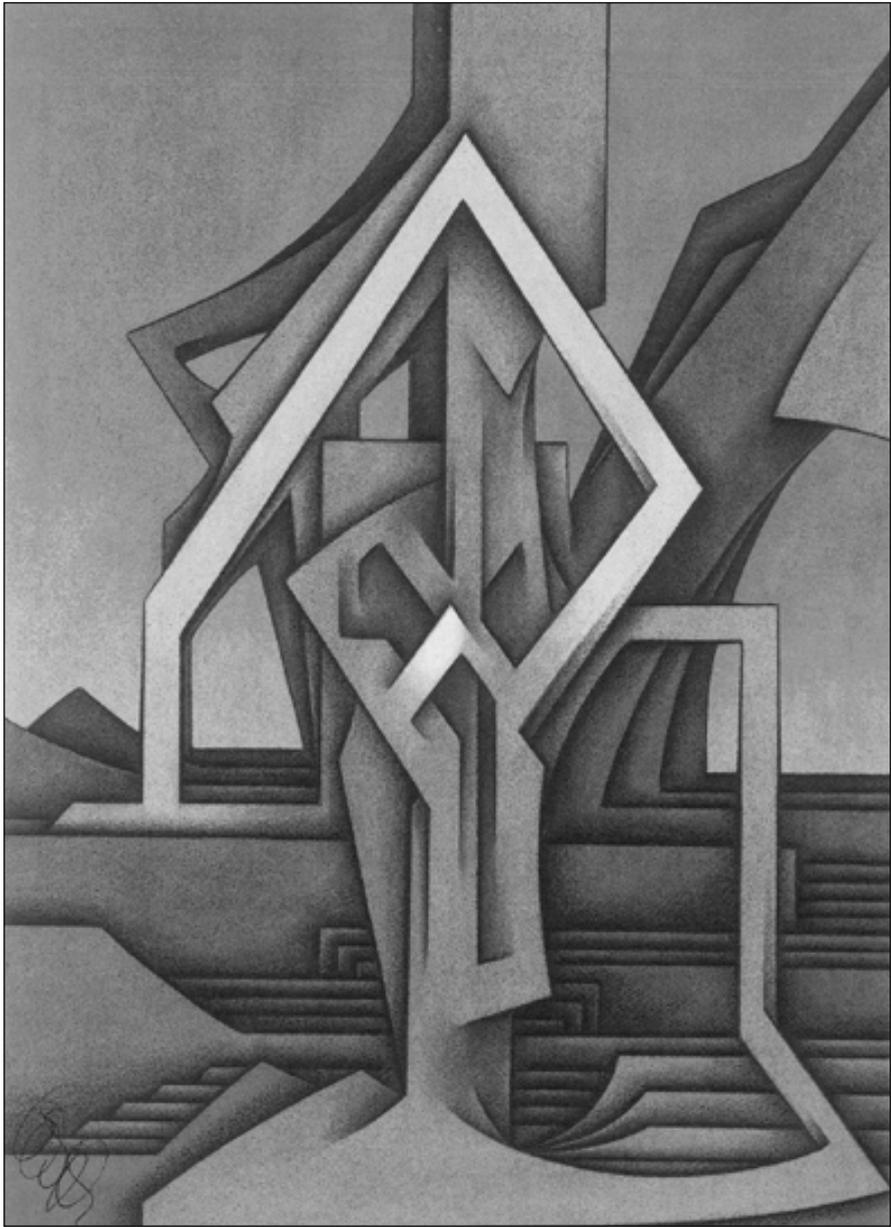
A las clásicas composiciones de Juan Formell se agregan en *VanVan is here*, piezas bajo la firma del pianista Cesár Pedroso quien con su trabajo de arreglista, consigue que un número como *Temba, tumba y timba* se convierta en la presentación por excelencia del disco. Vale mencionar la composición de Samuel Formell, *Somos cubanos*, presentada como preludeo de guaguancó con armonía de songo que después remata en una guaracha-salsa gracias al pregón de Mayito Rivera y a los clamores de la flauta de Jorge Leliebre, para conseguir rumores timberos desde los hilos de la rumba guasona.

La música cubana tiene una gran deuda con Juan Formell y los Van Van: su aparición en los años 70, transformó el panorama de la músicaailable en un

país de fuerte tradición sonera donde el baile es una empeñosa actividad creadora. Todos hemos balanceado nuestros cuerpos al compás de los Van Van. ¿Quién que sea cubano puede no estar marcado por la sandunga contagiosa de la música de Juan Formell? Dicen que en los años venturosos, cuando los historiadores de todo el mundo, entre el asombro y la curiosidad, viajen a la Isla y pregunten por un tal Fidel Castro la respuesta de los sobrevivientes será: «dictador sin sentido de ritmo que gobernó el país durante el reinado de Van Van».

Con *VanVan is here* Juan Formell ganó el Premio Grammy 1999 en la categoría de mejor agrupación de salsa. Reconocimiento a 30 años de trabajo y confirmación de la riqueza y fuerza de la músicaailable que se hace dentro de Cuba. Este premio sucede meses después de la polémica presentación de Van Van en Miami: los amantes de nuestra música por encima de las ideologías políticas, siempre extremas, estamos alegres; se confirma lo que sabíamos hace ya muchos años: «Van Van son negro lucumí... y hay que tener cuidado...». Juan Formell y los Van Van no tienen que pedir permiso: siempre estarán aquí y allá, presidiendo el baile eterno de todos los cubanos.





La «raza» y los silencios de la cubanidad¹

El problema negro sólo existe cuando de él se habla y eso es jugar con el fuego sin necesidad.

M. MARTÍNEZ, *Diario de la Marina*, Mayo 29, 1929

Alejandro de la Fuente

SEAMOS FRANCOS. SI IDENTIFICAR A LA GENTE DE ACUERDO con su «raza», si hablar de negros, blancos y mulatos es, como dijo José Martí en *Mi raza* (1893), un pecado contra la humanidad, los cubanos merecemos ser excomulgados en masa. ¿Pero es realmente pecaminoso hablar de un tema tan central en el proceso de formación y representación de la cubanidad? ¿O debemos, por el contrario, reservar la *excommunicatio* para aquellos que se han empeñado en institucionalizar el silencio alrededor de este y otros temas?

Cualquiera, que esté familiarizado con el ideario nacionalista cubano y con el discurso martiano de igualdad racial en particular, sabe que el mismo se presta a interpretaciones diferentes, contradictorias incluso. La noción martiana de un ser nacional que subsume las identidades de raza hasta hacerlas socialmente irrelevantes, ha sido utilizada con fines políticos diversos, todos los cuales han encontrado, en Martí, la legitimidad que brinda un discurso fundacional hegemónico. Estas ambivalencias permitieron que el credo martiano fuera reclamado por grupos tan disímiles como los moderados de Tomás Estrada Palma, los afiliados al Partido Independiente de Color, los abecedarios, auténticos, ortodoxos, los comunistas o los

¹ Este trabajo sintetiza algunas de las ideas contenidas en mi libro *Una nación para todos: raza, desigualdad y política en Cuba* (1900-2000), próximo a publicarse por la Editorial Colibrí. Los lectores interesados en el aparato erudito en que se basa la investigación deben remitirse al libro.

miembros del Movimiento 26 de Julio. Si en algo han convergido los cubanos durante el último siglo, es que la Cuba verdadera es aquella que soñó Martí. Las divergencias comienzan cuando se trata de establecer el significado de ese sueño y sus implicaciones políticas concretas.

En general —pero téngase en cuenta que cualquier planteamiento general hace poca justicia a las complejidades infinitas de los actores sociales y su historia—, es posible detectar dos interpretaciones dominantes de ese discurso nacional, al menos en lo que toca al lugar y al papel de la «raza» en la formación de lo cubano. Una interpretación, sostenida fundamentalmente por los grupos de poder (que en Cuba han sido mayoritariamente, pero no exclusivamente blancos), ha presentado a la nación «con todos y para todos» de Martí como algo logrado, un proceso concluido o a punto de concluir. Esta interpretación tiene dos implicaciones importantes. Aún en el supuesto de que la formación de una nación racialmente integrada y fraterna no fuera un objetivo logrado a cabalidad, la movilización social y la acción política no serían necesarias. Dicho proceso, dirían los sostenedores de esta posición, terminaría gradualmente, pues desde fines del siglo XIX las guerras de independencia crearon los cimientos indestructibles de una cubanidad integrada y cordial. De hecho, cualquier intento movilizador podría ser contraproducente y conducir a la desintegración de la «unidad nacional» por la que dieron su vida los mambises. La otra implicación que se deriva de esta interpretación es más clara aún. Si blancos, negros y mulatos se unieron en la mítica manigua redentora para crear una Cuba integrada y fraterna, ¿por qué hablar de grupos raciales? ¿De qué sirve hablar de blancos, negros y mulatos en un país en el que hay sólo cubanos? Aquellos que se empeñan en discutir estos temas inventan un problema donde no lo hay y pueden perseguir sólo un propósito: dividir a la familia cubana. El silencio, según esta visión, es el único acto verdaderamente patriótico.

Aunque este discurso del silencio adoptó formas diferentes durante la república, sus sostenedores coincidían en que el llamado «problema racial», cuya existencia reconocían, estaba fundamentado en la herencia colonial, en la falta de una educación adecuada, o en mecanismos culturales y psicológicos que el tiempo mismo se encargaría de resolver gradualmente. Común a estas posiciones era su llamado a la pasividad social y, si acaso, al mejoramiento individual, especialmente de los negros.

El intelectual y político Jorge Mañach, cuyo talento no disputo pero cuyo anti-negrismo es olvidado con demasiada frecuencia, escribió sobre el tema en numerosas ocasiones. Mañach reconocía que el cubano negro padecía de «subordinación social», pero caracterizaba el problema como algo «complejamente cultural» y «estético: es decir, de gustos. De gustos de colores». La solución a este problema, argumentaba Mañach, era la «equiparación cultural» de los negros, que debían «ajustarse» a la óptica, numérica y culturalmente dominante, de los blancos. El resto, argumentaba desde las páginas de *Excelsior-El País*, en 1929, lo haría el tiempo. «En esto, como en todo, el progreso es una paulatina eliminación de prejuicios. Hubo una época en que se pensaba

(...) que el negro era una 'cosa'. Se venció ese prejuicio y se admitió que era un hombre 'inferior'. Ya apenas hay quien abrigue de un modo absoluto esa noción. Pero subsiste un último linaje de prejuicios: el linaje estético, con sus derivaciones sociales. A su tiempo, también esos fenecerán. Fuera violento querer suprimirlos ahora de cuajo. Ni es obra de hombres y de artículos, sino de tiempo».

La vaguedad conceptual y terminológica de este discurso no era casual. Los intelectuales y políticos que suscribían esta interpretación estaban equipados de un vocabulario que era deliberadamente oscuro e impreciso, de términos cuyo significado escapaba a la comprensión de las clases populares y que tendían a eximir a los cubanos blancos de responsabilidad por la persistencia del racismo. Por ejemplo, los discriminadores y racistas eran calificados como seres «preocupados», personas a las que aún «preocupaba» la pigmentación de la piel. El término, además de confuso, tenía la ventaja de enfocar un problema social como el racismo desde el lejano e inaccesible mundo de la psiquis individual, un mundo que sólo podía ser transformado lentamente.

Reflejo del mismo fenómeno fue la utilización de ciertos calificativos raciales que se pusieron en boga precisamente por su ambigüedad y porque permitían evadir el uso del término *negro*, que era considerado poco delicado, incluso insultante, por algunos de estos intelectuales. Tal es el caso del vocablo «mestizo», que se popularizó en la Isla durante la primera república. «Yo empleo el término 'mestizo' por delicadeza de blanca que no quiere lastimar ni con el pensamiento a los 'mulatos' que la honran con su amistad», explicaba la activista feminista blanca Mariblanca Sabas Alomá en 1939. En los años cincuenta comenzó también a utilizarse el término «sepia», que el periodista negro Felipe Elósegui contribuyó a popularizar en su columna «1000 noticias en sepia», publicada por *El Tiempo*. Y como prueba final de que la «raza» había perdido todo sentido en la cubanidad fraterna y cordial de la república, en 1950 la información referente al color de la piel fue abolida en los datos del registro civil. El silencio, cubano y patriótico, estaba en vías de ser institucionalizado.

Algunos políticos desarrollaron también una verborrea electoral que les permitía hablar del asunto sin ofrecer soluciones concretas. Sin alcanzar jamás la excelencia verbal de su mentor Ramón Grau San Martín, Carlos Prío Socarrás llegó a ser un exponente destacado del género. En la campaña electoral que lo llevó a la presidencia en 1948 proponía, refiriéndose a la persistencia de los prejuicios raciales en la Isla: «Hay que seguir haciendo amplia y profunda justicia social en Cuba para evitar que la división cale la conciencia de la nación». Cuatro años antes, el también candidato presidencial Carlos Saladrigas protestaba por el uso del tema racial para fines políticos, hecho que calificaba de «insensato» y señalaba: «el negro cubano se encuentra ligado al blanco por el sentimiento de la patria y no podemos hablar de negros y blancos cubanos, sin escindir profundamente la nacionalidad». Un grupo de estudiantes universitarios afiliados al ultra-conservador partido nacionalista ABC se refería al problema en términos similares en 1942: «Propagar una lucha de clases por la raza es enterrar un puñal en el corazón de la unidad nacional... Traidores

son los que levantan barreras de odio entre hermanos... pero lo que es más grave: barreras raciales, que ya entre nosotros están muertas para siempre. Porque fundidos en un solo ideal todos los cubanos, de la manigua trajeron la libertad».

Pero otros cubanos tenían una percepción diferente acerca de la libertad supuestamente forjada en la manigua, de la que tanto hablaban los políticos nacionales y los intelectuales más cultos y conocidos del país. La interpretación descrita anteriormente nunca gozó de aceptación universal. De hecho, fue cuestionada de forma sistemática desde los inicios mismos de la república por distintos sectores populares, particularmente por un nutrido grupo de intelectuales y profesionales negros y mulatos.

Estos grupos hicieron una lectura del pasado que difería significativamente de la propagada por los grupos de poder. Lo que aquéllos enfocaban como un logro de las guerras de independencia —o en todo caso como un problema residual en vías de solución automática— los voceros populares presentaron como un proyecto, un ideal, un objetivo a alcanzar a través de la acción social y la movilización política. Mientras los grupos de poder se referían al llamado problema racial —una denominación que en sí misma tendía a evadir la responsabilidad de los racistas— como algo «delicado» y difícil, sobre el que era mejor echar un manto de patriótico silencio, los intérpretes populares defendieron la necesidad del hablar sobre el tema, de discutirlo públicamente y de colocarlo en el centro mismo de la atención nacional. Si Cuba era la república con todos, igualitaria y fraterna, de que hablaban las elites culturales y políticas, entonces los cubanos negros y mulatos tenían que estar representados en todas las áreas de la vida nacional. Precisamente porque Cuba era supuestamente una nación con todos y para todos, nacida de la lucha común de sus mambises negros, mulatos y blancos, era anti-patriótico y anti-cubano discriminar a los cubanos de ascendencia africana. Sin disputar los elementos centrales del discurso nacionalista, los sectores populares ofrecieron una interpretación que cuestionaba, punto por punto, la visión elaborada por los intelectuales del poder.

Este nacionalismo popular fue inicialmente articulado por activistas, intelectuales y profesionales negros y mulatos, es decir, por las víctimas del racismo republicano. En 1909 Juan de Dios Cepeda, uno de los líderes del Partido Independiente de Color, por ejemplo, se refería al discurso dominante que decía representar los derechos de los «hermanos negros, Cuba con todos y para todos» como una «cantilena» que nada tenía que ver con la situación social de los afrocubanos. En vez de invocar a Martí para destacar las bondades y logros de la república, estos activistas usaron el credo martiano para denunciar las incompatibilidades existentes entre sus ideas y las realidades sociales de una república en la que el color de la piel afectaba las oportunidades económicas y sociales de los individuos. «Hablamos y laboramos prácticamente», explicaba la activista negra Inocencia Silveira en 1929, «a fin de que resulte una realidad y no un mito el ideal del Apóstol de nuestras libertades, José Martí, que soñaba y quería una República cordial ‘con todos y para todos’». Como «anhelo frustrado» describían en 1943 las sociedades afrocubanas el

ideal una república fraternal. En los años cincuenta, los voceros del Club Atenas insistían sobre el tema: «El pensamiento de Martí y que acentuó Don Juan [Gualberto Gómez] no está influyendo en la mentalidad cubana, ellos soñaron en una Cuba cordial, con todos y para todos...». En opinión de éstos y otros muchos activistas negros y mulatos, la nación igualitaria y fraterna de Martí permanecía por hacer.

Al oponerse al discurso dominante, estos activistas lanzaron también una campaña efectiva contra aquéllos que pretendían silenciar el tema tras el parapeto del patriotismo y la unidad nacional. En su notable «Manifiesto al pueblo de Cuba y a la raza de color» (1907), Ricardo Batrell Oviedo y Alejandro Nenínger lo decían claramente: «¡desdichados de nosotros si seguimos en este silencio sepulcral!». El problema, explicaba el abogado y organizador negro Juan René Betancourt décadas más tarde, no desaparecería por sí mismo, sólo porque dejara de ser debatido en público. Quizás el mejor testimonio del esfuerzo sistemático desplegado por los afrocubanos para darle visibilidad y vigencia a la cuestión racial durante toda la república, es su producción periodística, que es realmente impresionante. Además de los numerosos periódicos y revistas editados por intelectuales negros, el tema fue cubierto por algunos de los diarios principales del país, que dedicaron columnas regulares al mismo. Por mencionar sólo algunos ejemplos, en 1915-1916 *La Prensa* publicó las «Palpitaciones de la raza de color» de Ramón Vasconcelos, que utilizaba entonces el pseudónimo de Tristán; el *Diario de la Marina* publicó las «Armonías» (1928-1936) del arquitecto y periodista Gustavo E. Urrutia y su influyente página dominical «Ideales de una raza» (1928-1930). El diario *Unión Nacionalista*, del partido del mismo nombre, tenía hacia fines de los años veinte una sección regular titulada «La situación del elemento de color», a cargo de Abelardo Pacheco. Además, las actividades de las sociedades afrocubanas eran cubiertas en las secciones de «sociedad». Raúl Suárez Mendoza escribía una de estas secciones para *Ahora* en los años treinta. De naturaleza similar eran los «Motivos Sociales» que el periodista negro Pedro Portuondo Calá publicaba en *El País* en los treinta y los cuarenta. En los cincuenta, *El Tiempo* publicó varias columnas regulares dedicadas al tema racial, incluyendo las «1000 noticias en sepia» de Elósegui, «Aire libre» de Manuel Cuéllar Vizcaíno y «Sepialandia» de Sixto Gastón Agüero.

De hecho, el silencio era una imposibilidad política en la Cuba republicana y no sólo debido a la voluntad creadora de los afrocubanos. Por una parte la competencia electoral, fundamentada en el sufragio masculino universal establecido por la Constitución de 1901, hizo que el tema racial fuera objeto constante de debate político. Por otra parte, la vigencia del pensamiento martiano—vigencia casi nunca discutida— hizo que las luchas políticas se centraran en determinar quién era el candidato verdadero de una Cuba con todos y para todos. Aún en aquellos casos en que el proceso eleccionario fue groseramente manipulado, era imposible reclamar la victoria sin tener al menos el apoyo nominal de un sector de la población negra y mulata. Por más que prefirieran silenciar el tema, los políticos cubanos tenían que aceptar esta realidad.

Dada la fluidez de la estructura socio-racial cubana, estas interpretaciones no pueden ser asociadas mecánicamente con tal o cual grupo racial. Aunque la visión popular tendía a ser defendida por los intelectuales negros y mulatos, esta asociación distaba mucho de ser perfecta. Para decirlo claramente, la «raza» era sólo una de las variables incidentes en la posición social y las oportunidades de ascenso del individuo. Las ambivalencias del imaginario nacionalista cubano permitían no sólo la movilidad social, sino que se reflejaron en un sistema de relaciones raciales repleto de inconsistencias y contradicciones. Esto permitió que, al mismo tiempo que condenaba el racismo y la segregación como algo vergonzoso y antinacional, un cubano fuera capaz de elaborar ideas dignas del conde de Gobineau y de su *Essai sur l'inégalité des races humaines*. Todo ello sin contradicción alguna.

El hecho es que numerosos políticos y profesionales negros y mulatos, a pesar de estar vinculados por su origen, lazos familiares y su «raza» con los grupos populares, incorporaron también elementos del discurso dominante en su visión de la cubanidad. Algunos de estos intelectuales disputaban, por ejemplo, que la república fuera realmente igualitaria y cordial pero centraban la solución del problema racial en el mejoramiento cultural y educacional de los afrocubanos, mejoramiento que frecuentemente equiparaban con la «desafricanización» de los mismos. Por ello, algunos de estos intelectuales se referían a los humildes trabajadores manuales negros y a sus formas culturales en términos claramente despectivos. Vasconcelos los llamaba «la negra» a la que definía como «masa estúpida». El poeta afrocubano José Manuel Poveda se refería a ellos como «masas ciegas».

Tampoco fue la interpretación popular obra exclusiva de los afrocubanos. A esta visión contribuyeron numerosos mambises blancos que defendieron la necesidad de convertir la mítica república de Martí en una realidad tangible y concreta para todos los cubanos. Además, especialmente después de los años veinte, el movimiento obrero radical —particularmente el sector liderado por los comunistas— se convirtió en vocero y defensor de esta visión, contestataria y rebelde, de la cubanidad. «Son los teóricos al servicio de la burguesía», afirmaba un documento de la Confederación Nacional Obrera de Cuba en 1934, «quienes se encargan de decir que en Cuba todos somos hermanos y que si negros y blancos fundieron su sangre en la manigua redentora no puede hablarse de razas, mentira con la que se adormece a los negros...».

Las discrepancias entre lo que he denominado visiones dominante y popular de la cubanidad eran especialmente evidentes en lo que se refiere a las causas del racismo y los medios para combatirlo. Sin abandonar totalmente la noción de que éste era un mal heredado fundamentalmente del pasado colonial, los voceros populares desenmascararon la hipocresía con que las elites intelectuales se referían al tema. Nicolás Guillén lo decía sin ambages en 1929: «El blanco: he ahí el problema» y se burlaba de lo que él llamaba blancos «de himno y banderita» que, aterrorizados ante una discusión franca sobre el problema, corrían a refugiarse detrás de la enseña e himnos nacionales.

Nada de problemas «complejamente culturales» o «estéticos», como afirmaba Mañach. «Cuba es, quiéranlo o no los ilusos y los teorizantes de la cubanía, una democracia racista donde el prejuicio racial está presente y se refleja en todas las manifestaciones de la vida social y, naturalmente, en sus instituciones políticas y jurídicas». Así describía el racismo el escritor negro Ángel Pinto, uno de los críticos más severos de Mañach. Desde luego que, así entendido, el problema no podía ser resuelto por medios delicados, ni dependía del «mejoramiento cultural» de los negros. Implicaba necesariamente la acción social y política para lograr, mediante la intervención estatal, el castigo de los discriminadores y, quizás, el establecimiento de políticas destinadas específicamente a mejorar la situación económica y social de la población afro cubana.

Esta polémica se mantuvo viva durante todo el período republicano, pero alcanzó rango de debate político nacional en 1940, cuando los cubanos se aprestaron a crear la constitución de la «nueva» Cuba, surgida de las luchas sociales de los años treinta. No podía ser de otra manera, pues la constitución precisamente sistematizaba los significados y valores de la cubanidad. José Armando Plá, escritor y periodista negro de Camagüey, lo había dicho desde 1934: la revolución verdadera tendría lugar en la convención constituyente.

De ahí que los artículos relacionados con el principio de igualdad ciudadana fueran «agriamente» discutidos, como expresaba el embajador norteamericano en La Habana, en la Constituyente. Aunque ningún delegado se opuso al principio en sí, los representantes de varios partidos conservadores intentaron definir la igualdad con la misma vaguedad y abstracción con que lo hacía la desacreditada Constitución de 1901, que establecía que todos los cubanos eran iguales ante la ley. Buscando silenciar el tema tras el manto del patriotismo, estos voceros cuestionaron la necesidad de regular la discriminación racial de forma específica en el texto constitucional. Como dijo Francisco Ichaso, líder de ABC, en un discurso previo a la convención, «desde el momento en que blancos y negros se dispusieron a luchar juntos por un mismo ideal, por una misma patria que habría de liberarlos a todos, toda diferencia de cualquier orden entre el blanco y el negro quedaba abolida para siempre». Un delegado del Partido Liberal fue más claro aún, si cabe: «esa discriminación racial... yo entiendo que no existe en Cuba».

Pero varios constituyentes, muy especialmente los comunistas, se opusieron a esta visión edulcorada de la cubanidad, demandando un pronunciamiento concreto contra la discriminación, estableciendo sanciones penales contra los racistas e incluso proponiendo un sistema de cuotas que garantizara el acceso de negros y mulatos a aquellos sectores económicos en los que su participación estaba, de hecho, vedada. «Aquí», expresó Salvador García Agüero en los debates, «hasta Dios, a quien algunos invocan a menudo, es discriminador».

Fue precisamente la propuesta de las cuotas la que generó mayor resistencia entre los delegados conservadores, quienes la interpretaron como un asalto contra la unidad de la «raza moral» cubana y como un presagio de graves

conflictos y cataclismos raciales. El inevitable Mañach, que asistía a la convención por ABC, se opuso aduciendo que un sistema «rígido de proporcionalidad» no podía resolver «un problema de carácter moral y de carácter psicológico tan delicado» como el racismo, que debía ser tratado por medios indirectos. «Es tan vivo y profundo el interés que mi Partido tiene en borrar esta diferencia que ha estado envenenando el alma cubana», concluyó Mañach en una síntesis brillante del discurso del silencio, «que no queremos que la diferencia exista ni siquiera en un precepto de la constitución».

Que la propuesta comunista generara oposición no es sorprendente. Un sistema de cuotas implicaba no sólo la aceptación de que la sociedad cubana era racista, sino que ese racismo tenía consecuencias sociales concretas que podían ser corregidas únicamente a través de la acción estatal. En otras palabras, los cubanos blancos, a pesar de sus protestas de armonía y fraternidad, eran parte del problema y no le darían solución. Sólo bajo coacción legal llegaría la república a ser, como quería Martí, con todos y para todos.

Lo que los comunistas y algunos de sus aliados en la convención pretendían era nada menos que institucionalizar el debate político sobre el racismo y convertirlo en centro de la acción estatal. En alguna medida lo lograron. Aunque sus propuestas no fueron aprobadas, la convención se vió forzada a incluir un precepto en el que se responsabilizaba al ministerio del trabajo con la distribución igualitaria de las fuentes de empleo. La Constitución, además, estableció en una de sus disposiciones transitorias que el congreso tendría que aprobar una ley complementaria contra la discriminación racial. En ambos casos el Estado, a través de sus órganos ejecutivo y legislativo, quedaba a cargo de hacer realidad el sueño martiano de una nación igualitaria. La noción de que la justicia social era responsabilidad del Estado no fue un invento de la revolución de 1959. Era parte de la herencia republicana.

La incapacidad manifiesta del Estado republicano de lograr estos objetivos sociales contribuyó significativamente a legitimar la revolución y sus líderes. Entre las insuficiencias republicanas, que no eran pocas, figuraba desde luego el tema racial. Ni la legislación complementaria fue aprobada, ni el Ministerio de Trabajo veló porque el color de la piel dejara de ser un factor en la distribución de los empleos. Los comunistas empeñaron su vasto capital político en la campaña a favor de la ley de sanciones contra la discriminación durante la década del cuarenta, pero fracasaron. Una y otra vez sus propuestas de ley fueron engavetadas por un Congreso notorio por su falta de actividad. Dadas las condiciones de la Guerra Fría, además, el liderazgo comunista se convirtió probablemente en un obstáculo para la aprobación de la ley. Los otros partidos no querían asociarse a un grupo que era presentado como enemigo de la libertad y la democracia.

Ésta era la situación cuando la revolución llegó al poder. Numerosos autores se han preguntado por qué Fidel Castro habló públicamente sobre el tema del racismo, que no figuraba de forma destacada en los documentos programáticos del Movimiento 26 de Julio, en marzo de 1959. Uno tendría que invertir la pregunta. ¿Cómo podía un líder revolucionario evadir un tema tan

central en la formación de la nación, precisamente en un momento en el que se revisaba el pasado y se redefinían los significados de la cubanidad? En primer lugar, el entonces Primer Ministro se había referido al tema con anterioridad. No es cierto que lo hiciera por primera vez en marzo. En segundo lugar, era literalmente imposible ignorar el tema, pues varios actores sociales y políticos interpretaron el triunfo revolucionario como una oportunidad —quizás *la* oportunidad— para acabar con el racismo de una vez y por todas. Desde la Federación Nacional de Sociedades Cubanas, que agrupaba a la mayoría de los clubes afrocubanos, Betancourt exigió que el Gobierno definiera su posición respecto al tema negro. Los comunistas, que volvían a la vida pública tras largos años en la clandestinidad, replantearon la necesidad de aprobar una ley condenatoria de la discriminación. En la vida diaria, los soldados y oficiales del Ejército Rebelde enfrentaron situaciones —en bailes, parques, escuelas, playas y hoteles— en las que la raza de los participantes salía a relucir.

El discurso de Fidel Castro del 22 de marzo de 1959 fue crucial porque, al condenar el racismo, el líder de la revolución puso su enorme prestigio personal al servicio de los que luchaban contra la discriminación en Cuba. Más aún, el Primer Ministro llamó a un debate nacional sobre este asunto e invitó a periodistas, escritores e intelectuales a analizar las causas del racismo y sus remedios. Aunque otros políticos nacionales habían hablado del tema con anterioridad, pocos lo habían hecho con la valentía y claridad con que lo hizo Fidel Castro. Y ninguno, antes, había hecho un llamado para exponer y debatir en público una de las llagas más incómodas de la cubanidad.

A este llamado respondieron numerosos intelectuales y activistas de diversa filiación política. A partir de abril, un sinnúmero de conferencias, mesas redondas, simposios y artículos de prensa, analizaron la persistencia del racismo en la sociedad cubana y adelantaron propuestas para su erradicación total. A lo largo de la Isla se realizaron actos culturales, recreativos y políticos «de integración», con la participación de blancos y negros. Se trataba, en verdad, de una campaña nacional sin precedentes, realizada con apoyo estatal. En el proceso, temas y prácticas culturales «negros», que habían sido tradicionalmente silenciados o despreciados como formas culturales primitivas, fueron sacados a la luz y reevaluados. A principios de 1960 el gran musicólogo Odilio Urfé estaba en vías de organizar, por primera vez en Cuba, un congreso nacional abakuá. Los abogados del silencio, cualquiera hubiera dicho en el otoño de 1959, habían sido derrotados para siempre.

Lo que hizo de esta campaña algo realmente único es que la misma fue patrocinada por un grupo que detentaba el poder político. Se trataba, pues, de un acto profundamente revolucionario, especialmente si se tiene en cuenta el origen social de muchos de los dirigentes máximos de ese grupo. Sin embargo, el análisis realizado por Fidel Castro y las políticas implementadas por el Gobierno para eliminar el llamado problema racial, contenían elementos de la visión conservadora del período republicano. En el discurso de marzo 22, Fidel Castro había atacado el racismo no sólo en los centros de trabajo, sino también en los de recreación —espacios hasta entonces intocables,

que muchos cubanos blancos de diversos estratos sociales consideraban «privados». En una comparecencia televisiva tres días después y en respuesta a reacciones populares adversas, el Primer Ministro restableció parcialmente la línea divisoria que separaba las esferas «pública» y «privada» y aseguró que los espacios privados serían respetados. En esta esfera los cambios serían necesariamente lentos y graduales, a través de la educación patriótica que recibirían las nuevas generaciones de cubanos. La prensa más conservadora del país tomó nota: «Aclaró el Dr. Castro que la discriminación racial es un asunto que requiere un proceso de educación», expresaba un titular de *Diario de la Marina*; «Los cambios sociales toman tiempo», decía *The Times of Havana*.

El proceso mismo de integración de los lugares públicos tuvo un carácter mucho más gradual que lo generalmente pensado. Es cierto que las playas fueron declaradas públicas y abiertas a todos en abril de 1959. También lo es que el decreto que ordenaba esta apertura aclaraba, que el mismo se refería a la arena y mar únicamente, que las instalaciones recreativas seguían siendo privadas y que los bañistas debían comportarse de forma «decente» y «civilizada», calificativos que todos sabían se referían básicamente a los negros, supuestamente escasos de ambos atributos. Dicho de otra forma, los negros debían entender cuál era su lugar y no precipitar los cambios sociales, que serían cuidadosamente implementados desde arriba. En su comparecencia de marzo 25, el mismo Fidel Castro había pedido a los afrocubanos que fueran pacientes y respetuosos, un pedido que negros y mulatos habían escuchado con anterioridad en numerosas ocasiones. Desde la creación misma de la república, de los negros se había requerido —en nombre de la patria, desde luego— paciencia, tiempo para que los blancos se pudieran «educar». Esto es básicamente lo que Mañach había pedido treinta años antes.

Mientras, la revolución implementaría sus programas sociales, que acabarían con las llamadas bases institucionales del racismo. Esto, la revolución lo hizo. Y lo hizo de forma ejemplar. La socialización de los servicios públicos, la creación de nuevas fuentes de empleo, las campañas educacionales y otras políticas de distribución resultaron, como predecían las autoridades revolucionarias, en la disminución de las desigualdades raciales y contribuyeron a la creación de nuevas identidades sociales no racializadas («compañero», «trabajador», «revolucionario», «pueblo»). Como he dicho en otras ocasiones, en los ochenta la sociedad cubana había logrado reducir drásticamente la desigualdad racial en una serie de indicadores económicos y sociales fundamentales.

Sin embargo, los cambios que se esperaba ocurrieran a nivel de la conciencia social nunca se produjeron. Y es que el racismo no es sólo un problema de distribución desigual de recursos, sino un sistema de ideas, valores y percepciones sociales que es necesario desarraigar a través de la acción social sistemática. A pesar de su vocación igualitaria y popular, las autoridades revolucionarias desestimularon esa acción social, que podía haber escapado fácilmente de su control. Se pudieran ofrecer muchas explicaciones de por qué esto ocurrió, incluyendo la mentalidad de sitio generada por la agresividad norteamericana durante los años iniciales del proceso revolucionario. El hecho concreto es

que a partir de 1962, aproximadamente, el tema racial básicamente desapareció del debate público insular. Las autoridades, cuando hablaban de discriminación, lo hacían en tiempo pasado. Cuba, decía la II Declaración de La Habana emitida en febrero de 1962, había «suprimido la discriminación por motivo de raza o sexo». Emulando a los grupos de poder de la república, la nueva elite revolucionaria reclamó haber construido la nación con todos y para todos.

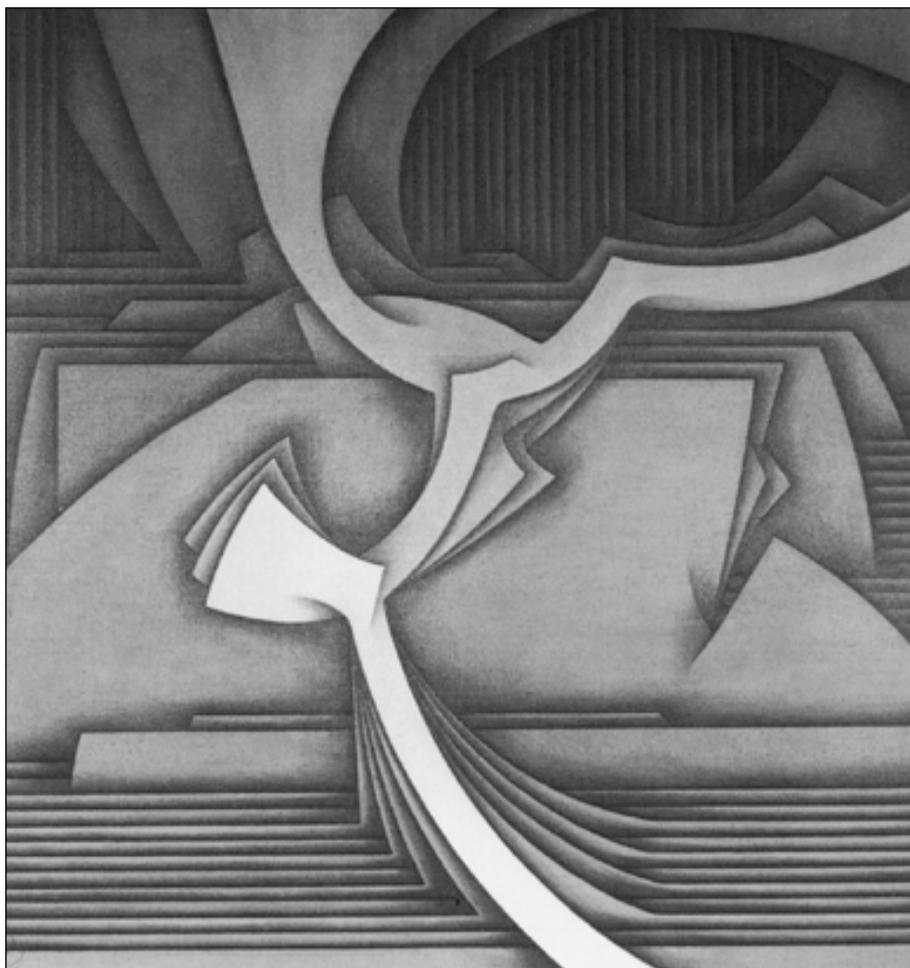
Un problema resuelto no es problema. A los ojos de las autoridades, aquéllos que insistían en debatir el tema del racismo buscaban dividir a los cubanos y provocar el colapso de la revolución. En consecuencia, las autoridades impusieron el silencio oficial sobre el asunto, convirtiéndolo en tabú. Desde luego, las percepciones sociales asociadas al color de la piel, eso que comúnmente denominamos «raza», continuaron afectando las relaciones interpersonales, familiares y laborales en formas diversas, aunque hubieran perdido visibilidad política. En los espacios privados remanentes, además, florecieron viejos y nuevos prejuicios sin ser controlados de forma efectiva por mecanismo social alguno. La eliminación de estos prejuicios o el emplazamiento frontal de aquéllos que los reproducían, no estaban entre las prioridades de ninguna de las organizaciones de masas que trabajaban directamente en las comunidades o los centros de trabajo. Estos prejuicios y estereotipos eran transmitidos a través de una multitud de chistes, aforismos, comentarios y expresiones que seguían denigrando al negro como un ser básicamente inferior. En el tratamiento de ciertos temas —como la santería, particularmente hacia fines de los sesenta— incluso la prensa oficial contribuyó a la diseminación de estas ideas.

Pero hay más. Es quizás una paradoja cruel que el Gobierno que más hizo por eliminar la discriminación racial en Cuba contribuyera al mismo tiempo, como ningún, otro a la difusión de la visión más conservadora de la cubanidad. Y es que ningún gobierno antes de 1959 tuvo la capacidad real de silenciar el tema y las voces de aquellos que luchaban por la realización del sueño de Martí. Sólo el Gobierno revolucionario, en control total de la prensa, la radio y la televisión, fue capaz de institucionalizar el silencio, al menos en lo que toca al dominio público.

A esta institucionalización contribuyeron otros factores, además del control estatal sobre la prensa y otros medios. Los grupos que tradicionalmente habían elaborado una visión contestataria de la cubanidad perdieron sus bases institucionales o fueron incorporados por la nueva elite. Entre los primeros se hallaban los profesionales e intelectuales afrocubanos, quienes habían utilizado los clubes y sociedades negros como su plataforma política y social. La mayoría de esos clubes desapareció o fueron clausurados por el Gobierno durante los primeros años de la revolución. Entre los segundos estaban los comunistas, que eventualmente entraron a formar parte de la coalición gobernante, aunque en una posición subordinada. Los comunistas defendieron la necesidad de aprobar una ley contra la discriminación al menos hasta 1960, pero ni estaban en condiciones de imponer sus puntos de

vista a la dirección revolucionaria que les había permitido el acceso al poder, ni probablemente lo consideraban necesario una vez que Fidel Castro declaró el carácter socialista de la revolución. Disciplinadamente, los militantes del partido se unieron al coro del silencio.

Convertido en política oficial, el silencio se adueñó del espacio público cubano durante décadas. Es sólo recientemente, ante la creciente evidencia de que los mal llamados «rezagos del pasado» ni están tan rezagados ni son tan del pasado, que los intelectuales y académicos cubanos han vuelto a debatir el tema. Y es que, como dije al principio, tenemos que ser francos y empezar por reconocer que el racismo no es una herencia colonial inerte, sino un ente vivo y floreciente entre nosotros. Sí, entre nosotros los cubanos. A mí que me excomulguen, que no es con el silencio que vamos a eliminar ese mal social.



El pianista árabe

Jesús Díaz

a Fernando Carballo

TRAS DOCE AÑOS DE DESCUBRIMIENTOS Y TRABAJOS MI AMIGO EL PERUANO SE había convertido en el mejor crítico de la vanguardia musical en París. Me había prometido una sorpresa para mi última noche en la ciudad y yo, excitadísimo, lo esperé en el Carrefour de L'Odeon, subí a su Peugeot, nos disparamos hacia el Sena, derivamos hasta aparcar muy cerca de Notre Dame e imaginé que íbamos a escuchar allí un concierto clásico en versión contemporánea, como ya lo habíamos hecho la noche mágica en que Paquito D'Rivera estremeció al mundo con su arreglo jazzado de *Così fan tutte* para saxo. Pero no. El Peruano me guió por una calleja lateral y llegó hasta una escalinata que conducía a una gruta. Hacía apenas dos semanas, dijo mientras descendíamos, había descubierto por casualidad que allí tocaba un genio desconocido llamado Hassan Ibn Hassan, un pianista postmoderno que manejaba todos los secretos de la música árabe, del jazz, del *bossa nova*, del *hip hop* y del *reggae*. Entramos a la gruta semivacia, nos sentamos cerca del pianista, pedimos vino y el Peruano me dijo que pensaba lanzar en grande al pianista árabe; probablemente, especuló, el tipo se había formado en Beirut, Casablanca o Rabat, ya que en París alguien como él no podía pasar inadvertido. Poco después, Hassan Ibn Hassan salió a escena y el Peruano empezó a aplaudir con vehemencia. Ninguno de los diez o doce asistentes a la cueva secundó. Tampoco yo lo hice, fascinado por la vívida impresión de que alguna vez había visto a Hassan Ibn Hassan, que pese a los aplausos del Peruano no miró siquiera hacia nuestra mesa; se sentó al piano con un gesto entre altanero y resentido y empezó un recital de su tierra remota. La reiteración obsesiva de aquella tristísima melopea terminó por deprimirme. Hassan Ibn Hassan llevaba mucho rato transmitiendo dolor cuando atacó *A night in Tusimnia*; lo hizo sin transición, desde el fondo mismo del ritmo árabe, como si el mundo de la música fuera sólo uno y él fuera el rey. Entonces volvía a experimentar la sensación de haberlo visto antes, cerré los ojos durante unos segundos, volví a mirarlo y la ilusión perdió la fuerza y se fue difuminando lentamente. No, no había visto nunca al pianista árabe, pero su imagen me recordaba muchísimo a un viejo conocido, un joven pianista cubano llamado Patrocinio Mendoza.

Yo no había vuelto a ver a Patrocinio Mendoza desde que salí de Cuba diez años atrás, y aunque su parecido con Hassan Ibn Hassan era en verdad extraordinario también lo eran las diferencias entre ambos. Lo del parecido era curiosísimo porque Patrocinio era mulato y Hassan árabe; sin embargo, los dos tenían la piel color papel de estraza, el pelo encaracolado, las orejas pequeñas, de soplillo, y los ojos negros, profundos y brillantes. Pero Patrocinio Mendoza era más joven, más alto, más fuerte y además tocaba de un modo totalmente distinto al de Hassan. Había algo felino en el modo en que Patrocinio se relacionaba con el piano, algo comparable a la elegancia de una pantera. Me puse nostálgico al recordar que, para mí, Patrocinio Mendoza estaba llamado a llegar a la cumbre, a convertirse en el heredero de Peruchín y de Chucho Valdés y me dije que no había vuelto a oír hablar de él probablemente porque había ahogado en alcohol su inmenso talento, como tantos músicos. Pensé que lo había confundido con Hassan porque necesitaba escucharlo de nuevo y volví a mirar al pianista árabe, que ahora tocaba *Caravan* en el modo quebrado, postmoderno, terriblemente triste que constituía su estilo. El Peruano tenía razón, el tipo era un genio, y además se parecía a Patrocinio Mendoza como una gota de agua sucia a una limpia. Eran prácticamente iguales, pero lo que en Patrocinio había sido vitalidad en Hassan era escepticismo; lo que en el cubano había sido alegría en el árabe era desgarró; lo que en el primero había sido armonía en el otro era ruptura. Patrocinio Mendoza había sido una fuerza de la naturaleza; en cambio, Hassan era un hombre vencido, quebrado como su estilo; lo era incluso físicamente, pues la caja de su cuerpo delataba el desequilibrio básico de los seres contrahechos. Pero *Caravan* podía ser también una pieza melancólica y dolorosísima, como hecha a medida del sufrimiento que brotaba de la personalidad del pianista árabe, cuya versión rota era sin duda la mejor que yo había escuchado nunca.

Choqué copas con el Peruano, levanté el pulgar para agradecerle aquel regalo, y en eso Hassan atacó *El manisero* y me concentré en escucharlo, a ver cómo iba a entristecer aquel pregón que yo conocía de memoria. Lo hizo desde el principio, quebrando y ralentizando el ritmo, y entonces cantó dulcemente, «Maníiiii». Me ganó la nostalgia, y estuve envuelto en ella hasta que caí en la cuenta de que el pianista árabe había pronunciado con toda claridad aquella palabra. Un timbre de alarma sonó en mi cabeza. Recordé que decenas y decenas de extranjeros habían grabado *El manisero*, pero que casi ninguno lo había cantado. Y los pocos que se han atrevido lo han hecho de un modo cuando menos curioso; Louis Armstrong, por ejemplo, que tiene una versión espléndida, dice «Marie» en lugar de «Maní», con lo que convierte al cacahuete del original en una mujer, y luego sustituye el «Caserita no te acuestes a dormir / sin comerte un cucurucho de maní» por un *scat*, jitanjáfora o suma rítmica de sonidos guturales. El pianista árabe no acudió al *scat*, pero cantó varias veces «Maní» con toda claridad y encima se metió en un montuno de padre y muy señor mío, desdiciéndose de pronto de su tristeza postmoderna y atreviéndose a citar *La chambelona* y *El alacrán* con el mismo entusiasmo rumbero con que lo hubiera hecho Patrocinio Mendoza.

«Ese tipo es cubano», dije. Por toda respuesta, el Peruano selló los labios con el índice. Hassan se dio todavía el lujo de citar *Palabras*, un bolero quebrado como una separación que no forma parte del repertorio internacional, regresó a *El manisero*, lo terminó en un estilo roto y desgarrado y abandonó el escenario sin despedirse. Yo me incorporé para seguirlo. El Peruano me contuvo, ¿a quién se le ocurriría que el pianista árabe pudiera ser cubano? «A mí», dije, «¿Qué te apuestas?». «La cena», respondió siguiéndome al camerino, un cuchitril donde el pianista estaba de espaldas, poniéndose el abrigo. «¡Patrocinio!», exclamé. Se estremeció como si le hubiera pegado un corrientazo; pero terminó de ponerse el abrigo lentamente, se dio la vuelta y preguntó en un francés perfecto quién era yo, por qué lo molestaba, qué quería. El Peruano le pidió excusas en mi nombre, lo sentíamos mucho, dijo, había sido una confusión. Yo asentí en silencio. Mirando de frente al pianista árabe era obvio que me había confundido. Se parecía un montón a Patrocinio Mendoza, cierto, pero podía ser su hermano mayor o incluso su padre. El Peruano lo felicitó por la actuación, volvió a pedirle excusas y regresó a la gruta. Yo extendí la mano hacia Hassan en señal de desagravio; él se acercó cojeando levemente y me abrazó de pronto, «Espérame afuera, asere», dijo. «Aquí me perjudicas».

Obedecí entre la incredulidad, el entusiasmo y la intriga. Volví a la gruta y agarré al Peruano por el brazo, «Gané», dije, «vamos». No entendió y se negó de plano a aceptar mi triunfo. Pero a mí me importaba un carajo quién pagaría la cena, sólo quería encontrarme con el fantasma de Patrocinio Mendoza. No tuvimos que esperar mucho. Apenas unos minutos después de nuestra salida Patrocinio empezó a subir la escalera de la gruta con una mueca de dolor marcándole el rostro. Cuando me le acerqué para presentarle al Peruano me rogó en voz baja, de conspirador, que lo llamara Hassan y le hablara en francés. Obedecí, pero en cuanto nos alejamos unos cien metros el propio Patrocinio empezó a hablar en un cubano cerrado, que frecuentemente lo obligaba a traducirle alguna palabra o expresión al Peruano. Caminaba despacio, como un anciano, si bien la mueca de dolor había desaparecido de su rostro, y se detenía a cada rato para mirarme a la cara y tocarme. Parecía costarle tanto creer en mi presencia como a mí en la suya. Le gustaba verme, dijo, pero también le daba tremendo gorrión, o sea mucha tristeza, tradujo para el Peruano, porque él estaba muerto y había tenido que decirle adiós a todo aquello.

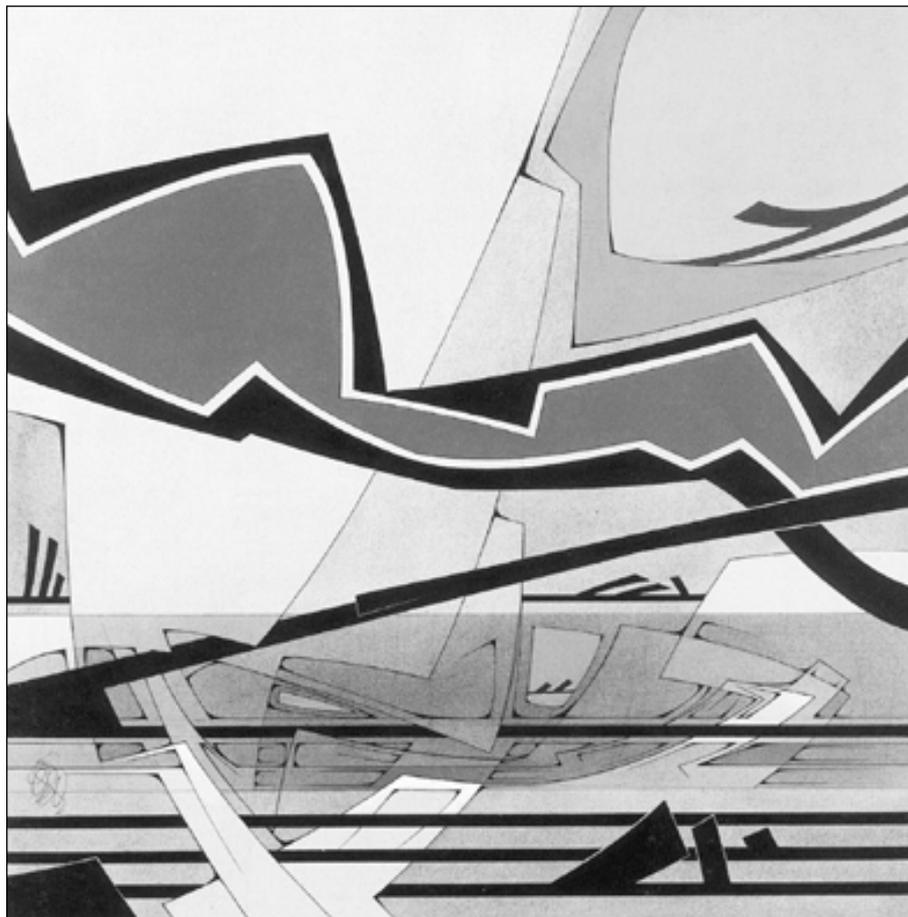
Caminaba sin rumbo, o al menos eso creía yo en aquel momento; cambiaba frecuentemente de acera, doblaba en cada esquina y miraba hacia atrás y hacia los lados como si temiera que lo estuvieran siguiendo, pese a que era evidente que aquellas callejas estaban desiertas. Pero en cuanto nos alejamos de la gruta y desembocamos en la avenida que flanquea la *rive gauche* se tranquilizó y empezó a hablarnos como si necesitara desembuchar de una buena vez la historia que lo atormentaba. Su muerte, dijo, había ocurrido exactamente hacía ocho años, tres meses, doce días y quince horas, en un lugar como aquel, miren, dijo, al tiempo que señalaba una parada de ómnibus vacía. Había venido desde el Caimán, o sea desde Cuba, tradujo, a tocar una semanita en una *boîte* de mala muerte para buscarse unos francos y ver si

podía grabar un disquito en París. Pero de disco nada, dijo, *rien de rien*, tocó su semana, y estaba de madrugada en una parada como aquella, medio dormido pa'l carajo, cuando de pronto un Mercedes entró como un ciclón y se llevó la parada de cuajo y a él de paso. ¡Fue del coño de su madre!, exclamó, consiguió dominarse mirando las luces que se reflejaban en el Sena, como diamantes, y prosiguió su historia. Sí, que te pase un maquinón por arriba y sentirse muerto era del coño'e su madre, murmuró en voz baja y escéptica, como si abrigara la convicción de que jamás seríamos capaces de entenderlo, porque uno no podía hablar ni sentía nada, dijo, salvo el horror de haberse ido pa'siempre y pa'l carajo, de no poder tocar más nunca, de haberse hecho vecino del otro barrio en un abrir y cerrar de ojos.

Hizo una pausa, e imitó en voz muy baja el sonido de una sirena que empezó a crecer hasta hacerse insoportable y detenerse allí, frente a nosotros. Había sido de pinga, dijo, porque la ambulancia metía una luz anaranjada así, como del otro mundo, que iba y venía, iba y venía, iba y venía mientras el ambulanciero informaba por radio que había un Mercedes hecho mierda y un árabe muerto. ¡Y el árabe muerto era él, cojones, él mismítico! ¡Patrocinio Mendoza, el hijo de Mercedita!, exclamó como si temiera que no fuéramos a creerlo. Después, dijo, nada, *nothing, rien de rien* durante dos semanas. Hasta que un día abrió los ojos y se descubrió entizado en esparadrapo de pies a cabeza, igualito que una momia egipcia. A su lado un tipo, un bacán pelirrojo como el diablo, de cuello y corbata, que le soltó una parrafada en francés. Él no entendió un carajo y el múcaro, o sea el blanco, tradujo, empezó a hablar en español, se presentó como abogado y le dijo que podían pleitear y sacarle un montón de francos al *man* del Mercedes, que cuando el accidente estaba curda y tenía más dinero que el *Banque de France*. El abogado no sabía ni quién coño era él, al principio creía que era un *sans papier*, un desgraciao, pero cuando se enteró de que era pianista y de que tenía visa se puso más contento que una rumba de solar. Nada, que ganaron el juicio, dijo, y el *man* del Mercedes tuvo que pagarle tres años de hospital y siete operaciones que lo dejaron, mira, mostró sus botas ortopédicas y una prótesis en la rodilla izquierda, hecho mierda, dijo, cosido y recosido como el único pantalón de su abuelo.

En eso, las luces de posición de un cupé BMW rojo que estaba aparcado unos diez metros delante de nosotros se encendieron y yo pegué un salto. Tranquilo, Chucho, dijo Patrocinio mostrándome el mando a distancia, ese buque era suyo de su propiedad, ironizó, la muerte lo había hecho rico, el *man* del Mercedes tuvo que pagarle también una montaña de francos y desde entonces no tenía el más mínimo problema, salvo estar muerto, claro. «Pero, ¿por qué?», me atreví a preguntarle. A la luz de un farol me enseñó sus manos, sus grandes y privilegiadas manos de pianista. «¿Qué tienen?», preguntó el Peruano. Nada, dijo Patrocinio, no tenían absolutamente nada porque según el cirujano las había protegido inconscientemente del desastre más que a ninguna otra parte de su cuerpo, como una madre hubiera hecho con su hijo, vaya, dijo acunando sus propias manazas en son de burla. Pero al abogado

pelirrojo eso no le había gustado ni un poquito, añadió, y entre él y el médico se las arreglaron para meter las manos en el asunto. Decían que como manos de pianista valían un montón. ¿Resultado?, se rebanó el cuello con el índice antes de responderse, una indemnización bestial cuya quinta cláusula afirmaba que como consecuencia del accidente el pianista Patrocinio Mendoza había quedado incapacitado de manera absoluta e irreversible para ejercer su oficio. Y desde entonces andaba por ahí, murmuró, con tres pasaportes y tres nombres falsos, tocando gratis en tugurios de París, Londres o Amsterdam, huyendo de la luz como los vampiros, así que nos quería rogar algo, dijo, no le dijéramos nunca a nadie que lo habíamos oído tocar, por favor, subió al BMW, partió como un bólido y en un abrir y cerrar de ojos desapareció en la sombra.



Cabeza de exiliado

Benigno Nieto

CUATRO AÑOS ANTES, MATÍAS VIAJÓ A MIAMI DECIDIDO A CONOCER AL DUEÑO DE esa cabeza. El hombre tenía la quijada recia, las mejillas caídas como por zarzapazos; una boca amarga y sensual con el cigarrillo; mientras se acercaba, los ojos del hombre lo examinaron. Matías lo identificó por la foto y le sonrió. Entonces el hombre se le acercó con la mano extendida y una sonrisa de bienvenida. Era él, Darío Bordao, pero no encajaba en lo imaginado. La nariz grandota, los ojos inteligentes y la singular cabeza, estaban pegados por un cuello largo a un cuerpo pequeño y magro. Matías no ocultó su sorpresa.

—Por la foto imaginé que eras más alto.

Darío Bordao lo observó con un brillo divertido.

—Eres la segunda persona que lo dice. Lo siento.

Tenía una voz bien timbrada, grata el oído; una voz cálida, a ratos impaciente, irritable. Al final, después de cenar y compartir por una hora, la sorpresa fue para Darío Bordao. Cuando acompañó a Matías hasta el auto nuevo estacionado frente al periódico, hizo un gesto de aprobación.

—Bonito carro. ¿Dónde lo alquilaste?

—No es alquilado, lo compré para mis estancias en Miami.

—¡Coño, entonces tú eres rico! —se escandalizó Darío.

Con su reacción, mostró dos cosas: velocidad de deducción y el desprecio del intelectual por el mercachifle. Matías aceptó con una sonrisa irónica.

—Perdóname ésa. Nadie es perfecto.

La amistad se inició de esa forma: con humor, sorpresas y simpatía mutua. Ya por aquellos años, a principios de los noventa, Darío Bordao había publicado tres libros, con los que conquistó premios y un pequeño círculo de lectores y admiradores. Atrás había quedado el duro aprendizaje del exilio: los oficios de peón, de obrero en frigoríficos, de empleado de oficinas de mala muerte, ganando el salario por horas del capitalismo, aquellos primeros años frenéticos, rodando en la embriaguez del primer auto, la tarjeta de crédito, los barrios de inmigrantes con sus crímenes, sexo y droga, en fin, la iniciación de un marielito en Miami. Cuando Matías lo conoció, ya se había mudado a una zona más tranquila en Kendall Lakes, tenía un trabajo bien remunerado en un periódico en inglés que editaba un suplemento en castellano, cuyo director apreciaba su laboriosidad, erudición y decencia.

—Darío, ¿por qué no escribes algo para la *Página*?

—Gracias. Quizá más adelante —se excusaba.

El prestigio vulgar del diario no tentaba su vanidad. Él se reservaba para cotos de mayor trascendencia: «su obra»; ella lo vindicaría de quienes lo habían injuriado y perseguido en su patria. Por ahora, se conformaba con la buena crítica, el aplauso de los amigos, el creciente interés de los amantes de las letras y de los exiliados de visita en Miami que lo llamaban para demostrarle su consideración. En fin, el minoritario «éxito de estima» que tanto valoran los franceses.

Su editor, un librero de Miami que luchaba y sudaba por promover la literatura cubana, apenado con Darío, se lamentaba: «Aquí uno publica, y no pasa nada». Se refería a la apatía del exilio por la buena literatura. Obsesionados por el dólar y la política, la mayoría de los cubanos renovaban su indiferencia, cuando no su desprecio, por poetas y novelistas. En fin, las exiguas ediciones de Miami no se vendían ni a la mitad y si cruzaban la frontera lo hacían en la maleta de algún viajero.

Así fue como Matías, un viajero procedente de Caracas, se transformó en un devoto lector de Darío Bordao. Ya antes de conocer a Darío, había comprado y regalado sus libros. En un ejercicio de admiración, afirmaba que Darío era el mejor cuentista cubano. El ditirambo motivó que un antólogo afrancesado, también de visita en Miami, se molestara con Matías, por lo que debió considerar una agresión a su sabiduría académica. El hecho ocurrió en la Librería Universal. El antólogo se enfrentó a Matías con un mohín despectivo, lo descalificó usando su jerga de profesor y opuso el nombre de un cuentista cubano, ya difunto, al de Darío Bordao.

Matías le replicó con una carcajada brutal.

—¡Por favor, eso es lirismo antillano! Bordao desnuda la mirada humana; por su densidad a veces me recuerda a Raymond Carver; y en lo patético a Calvert Casey. Darío Bordao es lo mejor en cien años.

Matías disfrutó la perplejidad y la irritación del antólogo de voz atiplada; él gozaba utilizando la obra de Darío Bordao para vengarse del rebaño de escritores al que, sin saberlo, pertenecía.



Hoy, cuatro años después, sentado en el restaurán donde solían reunirse, Matías le otorgaba a Darío el dudoso privilegio de confesarle las claves de la novela que emborronaba con minuciosa torpeza.

—En esta novela yo hago como Bergman: para poder juzgar, juzgo al personaje que me encarna con ensañamiento, lo obligo a confesar sus crímenes y aun sus sueños más obscenos.

Darío aceptó, con un gesto, que así debía ser.

—No tiene nada de raro, Matías. Las confesiones más terribles y lacerantes definen a todo novelista auténtico, a éstos para quienes la literatura no es un oficio, sino la búsqueda de «su verdad» —Darío pintó con los dedos las comillas en el aire.

—No siempre ha sido así. Hemingway solía pintarse como el duro héroe de sus relatos y Hemingway ha sido uno de los grandes.

—No creas, él se tiró basura encima. Pero ya Hemingway ha dejado de interesarme —Darío desechó a papá Hemingway con una mueca.

Matías no se dio por vencido y volvió a la carga.

—Kundera dice que algunos escriben para corregir las páginas erróneas de su vida. Ahí tienes *La página extraviada*, una novela que me deslumbró; para mi gusto una de las mejores de esta década, pero en ella sucede todo lo contrario a lo que pasó en la verdadera historia. En esa novela se enmienda el pasado: en la vida real esos personajes fueron unos serviles colaboradores del régimen, con talento, sí pero sin el heroísmo intelectual que el autor les atribuye.

Darío aceptó con un gesto de tristeza.

—Todos reescribimos nuestra vida, Matías. Para mí es una satisfacción que esa gente de mi generación, nos dé la razón. ¡Tú no sabes lo que significa para mí oírles confesar, al fin, su arrepentimiento o su vergüenza!

—¡Tú no conoces a esos cabrones! Lo calculan todo en función de su poder y de su imagen personal. Van acomodando su posición con la brújula de los tiempos. Cuando el barco se hunde, lo abandonan huyendo como ratas, pero nadando siempre hacia la playa «correcta», es decir, a la más oportuna y beneficiosa.

—Te entiendo, pero lo que importa es la obra, Matías. *La página extraviada* sobrevivirá. La obra, si es genuina, trascenderá la posición política de su autor. Acuérdate de Cellini y de Ezra Pound.

—No creas. Sobre Cellini pesa el desprecio. Y el final de Ezra no pudo ser más patético. Cuando poco antes de su muerte, Allen Ginsberg viajó a Italia a rendirle tributo al poeta, el viejo se negó al homenaje: «Yo no he sido más que un cretino», dijo.

Sucedía en sus conversaciones que Darío asumiera la serenidad y Matías, la violencia verbal. Estaban en aquel restaurán, el más cercano al periódico, situado en la azotea de un edificio con vista a la Bahía de Biscayne. Cuando Matías lo llamó por teléfono y le explicó que quería conocerlo, Darío aceptó. Que un oscuro poeta exiliado en Venezuela, quince años mayor, se entusiasmará por su obra, debió halagar su vanidad. Darío lo citó frente al periódico, un inmenso edificio de columnas y escaleras monumentales que se erguía en solitario, y cuya arquitectura era un paradigma del mal gusto. Desde entonces, cada vez que se citaban, Matías se estacionaba entre decenas de autos al otro lado de la calle y lo esperaba frente al periódico en la acera desierta, con todo el cielo y los raudos pájaros del atardecer ante sus ojos.

Matías admiraba el talento literario de Darío y le habría gustado liberarlo, al menos durante unos meses, de la necesidad de ganarse la vida, quizás con «una bolsa de trabajo» (esa anticuada expresión que utilizara, en una ocasión, para no herir la dignidad de un amigo). Sin embargo, ya antes Matías había ayudado a otros con resultados desastrosos. La amistad se envilecía paulatinamente hasta el punto que la espontaneidad, el afecto y la alegría de compartir juntos quedaba relegada al vínculo grotesco entre el Poder y la Necesidad.

Matías se juró a sí mismo cancelar sus arranques de altruismo persuadido de que toda dependencia económica parece condenada a una relación degradante, como la del chulo y la puta.

En el restaurán, Matías pedía whisky, pero Darío insistía en el vaso de agua. Unos años atrás, Darío había renunciado a las drogas y al alcohol, no aceptaba siquiera una cerveza, y a Matías le irritaba su terca abstinencia. Una tarde, después de ordenar su whisky a la camarera, se volteó con malignidad.

—¿Te pido un «agua bendita» en las rocas?

Darío sonrió indulgente. Pertenecía a Alcohólicos Anónimos, adonde iba una noche por semana, antes en busca de ayuda, y desde hacía unos años para darla, y sabía que los bebedores contemplan al abstemio con rencor. «Nada irrita tanto como la virtud», le habría contestado a Matías, pero prefirió sonreír.

Por lo general, Matías esperaba sólo unos minutos frente al periódico. Pero un domingo, Darío se demoró más de media hora. Cuando al fin apareció en la acera, se disculpó por haberse hecho esperar. Matías aceptó sus disculpas con una sonrisa socarrona y se encogió de hombros.

—Cuando yo tenga un admirador, también lo haré esperar.

—¡No jodas más con eso, mi hermano! —se rió Darío

—Acuérdate que tengo derechos sobre ti, que la admiración es una fórmula velada del despotismo —lo amenazó él con el dedo.

Con esas burlas risueñas, Matías pretendía anular cualquier asomo de adulación. En contraste, a espaldas de Darío se transformaba en el promotor de su imagen. En Madrid y en Caracas lo repetía en cada reunión: «él vive como un monje de la literatura, dedicado en cuerpo y alma a escribir y a cuidar de su madre, Darío desprecia la fama y la vanidad mundana», y con un relumbrón de malicia, añadía: «Ha renunciado al amor, sea con hombre o mujer.

Al volver a Miami, en el invierno de 1998, Matías se encontró a Darío en una crisis depresiva. Su voz le sonó exasperada, y tuvo la impresión de que accedió de mala gana a la cita de costumbre. «Estoy muy mal Matías», la voz le advirtió por teléfono.

Anocheía cuando Matías llegó frente al periódico y estacionó su auto. Luego esperó haciendo ejercicios a lo largo de la ancha acera, movió los brazos, y trotó pateando una pelota invisible. De lejos parecía un extravagante. No le importaba: había descubierto que los juegos imaginarios de su niñez lo relajaban. Al rato, Darío salió del periódico cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos. Otras veces, cuando de lejos divisaba a Matías haciendo el payaso, una risa infantil de regocijo iluminaba su rostro. Esta noche no, esta noche se le acercó con una mueca de malhumor.

—¡Me siento muy mal, Matías! —gritó a modo de saludo—. ¡No me soporto a mí mismo! Así que disculpa mi mal humor.

—¿Pero qué te pasa? ¡Manifiéstate, para que te conozca, como decía Gracián! —bromeó Matías, contento de ver a su amigo.

—Mira, que hoy no estoy para «gracias». ¡Estoy muy jodido, Matías! ¡Con ansias de cometer una barbaridad! —gritó, amenazador.

Y agitó unos dedos crispados en el aire, luego hundió ambas manos en los bolsillos del pantalón y caminó disparado, cabizbajo, rumiando su desesperación. Matías tuvo que apurar el paso. Darío se paró de repente para prender un nuevo cigarrillo, la llama rojiza iluminó fugazmente sus facciones crispadas, después arrancó otra vez, ahora fumando. Quizá Darío habría preferido estar solo con sus cigarrillos, a soportar compañía alguna esa noche, pensó Matías, pero no se dio por vencido.

—¿Coño, qué te pasa? ¡Desembucha!

Darío le gritó que había estado a punto de buscar una botella, agarrar una borrachera y de «¡mandarlo todo al carajo!».

—¿Tan jodido estás?

—No tienes ni idea, Matías.

Entraron en el lujoso edificio, atravesaron el *hall* con sus reflejos de bronce y de mármol y subieron en uno de los ostentosos ascensores. En la azotea, se sentaron en la terraza techada de aquel restaurán-cafetería americano, bullicioso a la hora del *lunch* los días de trabajo y medio vacío en las noches y los fines de semana. Un buen sitio para cenar y conversar con tranquilidad.

Matías había conocido a Darío en momentos en que éste vivía en un estado de serenidad y hoy lo veía transformado en uno de los personajes desgarrados que habitaban sus relatos. Supuso que sería por la madre, una anciana con la razón perturbada. Cuando el éxodo de Mariel, Darío se la trajo en la lancha atestada de cuerpos, a punto de zozobrar en el Estrecho de la Florida, en una travesía alucinante desde el horror hacia la esperanza. Desde entonces, jamás se había separado de ella, y ahora se negaba, a pesar de los consejos, a recluirla en una de las instituciones donde estaría, si no rodeada de amor, al menos atendida con decoro. Matías le había recomendado que así lo hiciera, usando de ejemplo algunas experiencias favorables. De sólo oír esta proposición, Darío se irritó, negado a lo que consideraba una cobardía.

—¡No Matías, no! ¡Yo no puedo hacer eso a mi madre! ¡Así que, por favor, no me hables más de esas malditas instituciones! ¡Las conozco demasiado bien!

Matías no insistió. Creía que Darío era injusto consigo mismo: esa madre pesaba como una losa sobre su vida y frustraba cualquier relación sentimental de pareja, incluso hubo una mujer cerca. Aunque Matías dudaba. ¿No sería la madre la excusa para perpetuar un celibato protector de su *ego*? Toda renuncia que excediera lo tolerable era, para un descreído como Matías, sospecha. Por otra parte, ¿quién podía censurar su abnegación de hijo? Pero esa noche Darío le preocupaba.

—¿Se ha agravado tu madre?

Darío contrajo el rostro, agitó negativamente la mano en el aire, y después vociferó exasperado.

—¡No es sólo eso, ella está igual!

—¿Entonces, qué es?

—¡Es mi maldita vida, ella también!

—¿Se ha empeorado?

—¡No! ¡Es todo! ¡Todo, Matías! ¡Mi vida hecha pedazos!

En aquel momento la camarera vino por la orden y los interrumpió. Cuando se marchó, Matías continuó con sus preguntas.

—¿Qué te ocurre, entonces? ¿Tu viaje a Cuba?

Darío desvió la mirada, buscando un asidero invisible en la noche, luego regresó a la cara de Matías, y respondió exasperado.

—¡Todo, Matías! Mi familia de allá, mi situación, mi padre, mi hermana. Él, sobre todo. ¿No entiendes? Yo tengo necesidad de volver a Cuba. ¡Tengo que aclarar lo que pasó con mi padre, saber la maldita verdad!

El tumor había reventado. Ahora Matías esperó, dispuesto a escuchar, a sabiendas que Darío le confesaría sin necesidad de más preguntas.

—Yo tengo que volver a Cuba. Quizás no fue lo que parecía. Hubo una carta que mi padre escribió y que se perdió —Darío chupó con avidez otra bocanada de humo, tratando de poner en orden su mente vertiginosa—: Mi tía consideró que ya era tarde, que él estaba casado con otra mujer y nada se podía enmendar. ¿Entiendes? Para mí todo esto es muy importante. Mi vida envuelta siempre en el misterio, como una mala novela. Quizá, la maldita cosa pudo ser diferente.

Darío no exageraba su novelesco entorno familiar. Cuando se enteró que en Miami vivía un hermano desconocido, un ingeniero exiliado hijo legítimo de su padre, lo llamó por teléfono: «para conocernos», le dijo, y compartir «el misterio, o la desgracia, de tener padre». Pero el hermano, un exiliado herido por la ruptura con el padre comunista, se negó a verlo. Brutalmente le replicó a Darío que, aunque sabía de su existencia, «por ahora, no tenía interés en conocerlo». Darío tomó el rechazo de su hermano como una bofetada más a su condición de hijo ilegítimo. Pero esto aconteció cuatro años antes, y esta noche otras razones agitaban su alma.

—¡Te juro, Matías, que todo esto me tiene muy mal! ¡No puedo siquiera leer! —dijo, y, como para explicar mejor estado de ánimo, le gritó— ¡Llevo seis meses que no puedo escribir una maldita frase! ¿Entiendes?

Lo entendía. ¡Seis meses sin escribir, aquello sí era fatal! ¿Cómo era posible que la aparición de ese padre le provocara semejante «crisis»? Darío no fue nunca el joven mimado, sino un artista endurecido por el abandono, la cárcel, las sanciones políticas.

Matías lo miró conmovido, sin saber qué decir. De súbito, a su mente vino el consejo de otro escritor: —Acuérdate de lo que dijo André Gide: «Nada es más peligroso para tu libertad, y para tu arte, que tu familia...».

Darío lo interrumpió con ferocidad.

—¡A mí me importa un carajo la literatura! —gritó—. ¡Tú no me conoces bien! ¡En última instancia yo me cago en mis libros! ¿Para mí, las personas son mil veces más importantes que la maldita literatura!

Su ferocidad lo tomó por sorpresa. Temió que Darío se levantara de la mesa y se largara. Debía estar muy jodido para renegar de lo que más amaba: su literatura. Y no es que Darío viviera para escribir: si aún estaba vivo era gracias

a la comunión visceral con su obra. Más que ningún otro escritor que hubiese conocido antes, «su obra» era para Darío Bordao el sustento y la razón de su existencia.



Matías también «sabía» de esos viajes al pasado. Si para un cubano común, volver a la tierra entrañable de donde huyó, como «gusano», o como «escoria» (la injuria variaba según la década), se transformaba en una vivencia estremecedora, en el caso de Darío debió serlo aún más. Para colmo, aquel viaje a Cuba propició un acercamiento al hombre que lo engendró y le sirvió para conocer a su media hermana, esa mujer en la que Darío reconoció, perplejo, su propio rostro. Y ahora aquel padre se interesaba, o había accedido, a un encuentro con ese hijo abandonado. Una reunión que sería el reconocimiento de su paternidad. Aquel viaje se había transformado, de hecho, en una cita con un fantasma: «él», el ausente innominado de uno de sus relatos más hermosos. ¿Cuántas veces habría imaginado «el rostro del hombre» que lo engendró? ¿O cuántas añoró su sonrisa, sus manos, o su voz? ¿Cuántas odió, soñó o maldijo a ese padre?

Matías sabía de esos viajes de dolor. Tenía una sobrina que luego de sólo cinco años de ausencia (salió en el 93), fue a ver a su familia y volvió llorando. Matías sabía cómo el regreso a la patria y a la familia estremecía el corazón, a menos que uno sea un extranjero y contemple las ruinas de su Habana querida como un escenario exótico, y únicamente perciba el erotismo y la gracia, el hechizo de esos cuerpos bruñidos, la desgarrada alegría, tan engañosa como la risa de los mendigos. Matías profesaba el desprecio contra esos adoradores de la estética de la indigencia, que hacen preguntas y toman fotos de las playas y el sol, sin entender nada. Nada.

Y en aquel escenario conmovedor de por sí, en ese viaje en la máquina del tiempo, Darío se había acercado a su padre. No quiso indagar cómo se originó el acercamiento, pero Matías suponía que lo inició quizá la hermana o una tía (porque Darío ya no era «un escoria» ni una vergüenza, sino un escritor famoso). O quizá una carta, como tantas otras cartas sorpresivas, luego de décadas de olvido. Matías conocía de cartas parecidas que se abrían en Miami y se leían entre el estupor y el dolor. Por eso se decidió a hablar, no porque Darío no supiera, sino para refrescarle la memoria.

—Escúchame, Darío..., por favor.

Darío volteó a un lado la mirada, como si la cara y la voz de Matías le resultaran insoportables. Pero Matías continuó con amargura.

—Yo también he vivido esa trampa. La madre, el hermano, los amigos de la juventud, la familia que se reconcilia y se reunifica. La obsesión de llevarles la felicidad como un regalo de cumpleaños.

Darío escuchaba sin mirarlo y él siguió machacando en la herida:

—Yo he visto a gente enloquecida después de su primer viaje. Les entra una fiebre, un orgasmo lírico que los libera del dolor y el odio. Tengo amigos

que han perdido sus ahorros, que han hipotecado sus casas, en su desesperación por ayudar a su parentela en Cuba. Sé de matrimonios que se han divorciado. Tengo un amigo que se arruinó. Es algo visceral. Una obsesión por ayudarlos que, incluso, ha propiciado un chantaje de la familia de allá explotando esos sentimientos. Además, sentimos el orgullo y la vanidad del éxito, de haber tenido la razón cuando nos fuimos del exilio.

Darío lo escuchó impaciente. ¿Qué sabía de su vida aquel viejo idiota? ¿Cómo podría jamás entender? Pero la voz de Matías siguió con su amargo sermón.

—Así es, Darío. Después de años, la familia descubre a su pariente de Miami, doblemente querido por el amor y los dólares. O el de Miami redescubre a «su gente» y la vieja herida se abre, y el cabrón dolor nos enloquece.

Darío fijó sus ojos como dos ascuas en los de Matías, como si éstas últimas palabras lo hubiesen tocado. Matías prosiguió:

—Durante años, para vivir, intentamos olvidar, de un trancazo, esa fuente de dolor: la familia, la nostalgia, los amigos. ¡Ah, cuánto los amamos y cuánto nos aman! ¡Pero la cabrona ironía es que, en muchos casos, esa gente nos negó o nos traicionó o se callaron cuando nos injuriaban y escupían! ¡Escoria! ¡Apátrida! ¡Maricón!... ¿O es que acaso ya no lo recuerdas, coño?

Ahora Darío lo escuchaba atento.

—Cuando escupieron a tu madre, cuando te vejaron en «los actos de repudio», cuando te echaron los perros en el Mariel, ¿alguna de esa gente te defendió? ¡No, qué va! Esos cobardes voltearon los ojos y se taparon los oídos. ¡Coño! ¿Lo recuerdas, o no, Darío? Entonces, ¡«ellos» no querían saber nada de ti! Peor aún, Darío: ¡ellos te habrían negado como hijo, como hermano, y como amigo!

Darío fijó en él su mirada llameante. No contestó. Pero ahora lo escuchaba; porque los escupitajos y las injurias se silencian y perdonan, pero jamás se olvidan.

La camarera se acercó con los platos de la cena. Hubo una pausa sombría. La camarera se alejó con su lindo culito y él volvió a Darío que ya devoraba su cena con rapidez. En su voracidad, la comida se le derramó por las comisuras; agarró una servilleta y se limpió los labios siempre con sus intensos ojos pendientes de Matías, que retomó su discurso ahora con cansada tristeza.

—A muchos nos ha pasado. De allá nos escriben cartas. ¡Aquí no ha pasado nada, mi hermano! Nadie tuvo la culpa. Pero eso tú sabes que no fue así. Hubo, hay aún, una montaña de cadáveres y de víctimas. Y ellos no movieron un dedo. ¡Ellos, él —enfaticó, para que Darío entendiera que se refería al padre— jamás se acordó, no se preocupó, no le importó tu vida para nada! Yo no me asombraría que la noticia de tu muerte, la tomara entonces con alivio. Como en *La metamorfosis*, cuando la familia no lo confiesa, pero al final todos respiran aliviados por la muerte de ese insecto.

Darío lucía ahora deprimido, su furia transformada en derrota. Y Matías, aprovechó para rematar con un énfasis brutal.

—¡Tú no sabes nada, Darío! ¡¡Nada!!

Esperó la reacción de Darío, miró la expresión terrible en esa cara marcada por surcos profundos, hechos por los zarpazos de la vida, una cara inmensamente triste con una poderosa mente al acecho y Matías creyó que ya había sido suficiente y, para terminar, suavizó el tono.

—Está bien que te sacrifiques por tu madre, porque ella nunca te negó ni te abandonó. Está bien que perdones a tu padre, porque el perdón es paz para tu espíritu y que lo ayudes, si puedes... —él recalcó esa condición—, a él, y también a tu hermana, si puedes... Pero no existe una sola razón para que arruines tu vida por ellos.

Darío desvió su atormentada mirada; había terminado de atragantarse (al igual que sus personajes, comía con la desesperación de quien alguna vez ha pasado hambre). Lucía devastado, con un brillo atroz en sus ojos, y él temió un exabrupto. Entonces, Darío le clavó su mirada y, como si ya no pudiese soportar más, le preguntó:

—Matías, ¿tú te suicidarías?

Lo tomó de sorpresa. Con esa pregunta Darío confesaba la solución que lo obsesionaba: ¡El suicidio! A pesar de la sorpresa, Matías no lo pensó dos veces: él había frecuentado esa obsesión y sabía la respuesta.

—¿Por qué no? Tengo antecedentes —admitió con una sonrisa melancólica— Mi abuelo y mi tío se quitaron la vida.

Darío miró a Matías y asintió, aceptando esa lógica: la de una familia de suicidas. De pronto consultó nervioso su reloj, la urgencia de la hora lo devolvió a la realidad; el tiempo se le había agotado y debía regresar a cumplir con su trabajo (los gringos, tan estrictos siempre en los horarios). Darío le hizo señas a la camarera que se demoraba en traer la cuenta. Pero Matías creyó que sería oportuno emparejar la confesión de Darío, poniendo sobre la mesa sus propias obsesiones.

—Te voy a confesar un secreto: De un tiempo a esta parte me falla la memoria, olvido nombres, incluso autores que me son muy familiares. El olvido, como una lepra, me invade lentamente —hizo una pausa, y siguió con lentitud—. Son como huecos negros en mi mente... Yo imagino que el final será así de fácil: ese hueco negro se extenderá e invadirá todo mi ser.

Había una indiferencia neutra, un frío pesimismo en la confesión de Matías, que a Darío le impresionó. Esa confesión lo remitía a recuerdos trágicos: sus tres amigos más íntimos se habían suicidado: uno, en Cuba; otro, en New York y el último en Miami. Los dos últimos dejándolo de albacea y de corrector de sus manuscritos; un mandamiento que ejecutó con fidelidad y honestidad ejemplares. En ocasiones, sentía la tentación de imitar a éstos, sus hermanos inolvidables (con este propósito, en secreto se interesó en las prácticas del Dr. Kovorkian y de otros defensores de la eutanasia). Por supuesto, Darío no apreciaba a Matías ni remotamente como a los otros, sus hermanos de Cuba y del Mariel, pero la premonición de otro suicida, lo estremeció. Así que, con un gesto tropical, anuló toda la sombría conversación.

—¡No hables mierda, Matías! ¡Que eso nos pasa a todos! Yo soy más joven que tú y a mí me pasa a cada rato —mintió.

Unos minutos después, cuando se despedían frente al periódico, Darío se mostró más relajado, incluso le agradeció la cena y la amistad con una sonrisa.

—Aunque no lo creas, Matías, después de hablar contigo, me siento mucho mejor. Gracias, mi hermano.

Lo sabía. Podía comunicarse con Darío (no siempre, no por mucho tiempo). Le estrechó la mano.

—Un escritor no debe decir «mucho mejor» —bromeó él.

—No jodas, Matías —se echó a reír Darío—, que tú, de gramática, sabes menos que yo. Además, la gramática no es mi pasión, ni la tuya.

Lo aceptó como una cortesía. Darío era un supremo detallista, cada párrafo lo tallaba como un meticuloso orfebre (la primera versión la escribía a mano en un cuaderno). En cambio, Matías se consideraba a sí mismo un indagador redundante, más chapucero aún que Javier Marías.



Para su sorpresa, en su siguiente viaje a Miami, encontró un cambio radical en Darío. Había regresado de La Habana exultando felicidad y energía. Habló con entusiasmo de la relación que había establecido con su padre, un abogado que peleó en la Sierra Maestra, un anciano terco pero encantador que lo obligó a dormir en su cama, a pesar de que Darío se negara. «Por favor, hijo mío, yo nunca te he dado nada, y no tengo nada más que ofrecerte que esta cama», le rogó el anciano. Su hermana le explicó que el viejo sabía que el comunismo había sido un fracaso, peor aún: una ignominia; pero su padre se negaba a reconocerlo, porque «de admitirlo, tendría que suicidarse».

—Por supuesto, bromeamos pero no discutimos de política.

Matías sonrió para sí, incapaz de ofender a un Darío feliz. Pero él descreía de esa impostura: de quienes no están dispuestos a reconocer el daño que han hecho, porque «tenían que suicidarse». En su opinión, el chantaje del suicidio servía para tapan una mentira con otra y no tener que pedir perdón.

Darío Bordao había regresado de Cuba con otra satisfacción: a pesar de la censura los jóvenes conocían sus relatos hasta el punto que repetían párrafos de memoria. Pero, sin duda, la mayor felicidad de Darío consistía en haberse reconciliado con su padre: había excusas, malos entendidos, una misteriosa carta (¿un destino fallido o un acto más imaginario que real?). Aún faltaba lo más gratificante: el nacimiento de un afecto y la complicidad fraternal con «el viejo», como llamaba ahora a su padre.

—Nos lanzamos pullas divertidas. Cuando acepté dormir en su cama, me mostró su librero y me dijo: «si no tienes sueño, quizás esas lecturas te ayuden». Di un vistazo: vi poca literatura y mucho marxismo. Y le dije: «Viejo, si leo eso —Darío reía feliz recordando—, me darían pesadillas».

Él se alegró por Darío. Luego de una larga orfandad de cuarenta y ocho años, la sombra del padre había dejado de ser un espectro para transformarse en carne: un ser humano inteligente y cálido. Cuando los dos se abrazaron, se produjo la catarsis. ¿Cuál fue el más conmocionado? ¿El anciano o el hijo?

¡Qué bien por su amigo Darío! Nunca supuso que tener un padre, le importara tanto.

Y bruscamente, Matías tuvo una revelación. ¡Qué idiota había sido! No fue el dinero o la miseria, lo que había angustiado a Darío, sino el libro negro de su vida. Un hijo ya maduro que, de repente, debe presentarse delante de un padre mítico, un hombre que era el reverso de su imagen: un abogado comunista, un ex guerrillero, capitán de las FAR, un machazo arrogante. ¿Qué sabría de Darío? Seguramente a Darío lo atormentó su entrevista con aquel padrote. «¿Cómo me juzgará? ¿Se avergonzará de mí? ¿Me mirará con desprecio?» ¡Cuánto habría deseado llevarle, en vez del libro negro de su vida, los diplomas con las medallas y los honores, ser el hijo pródigo que inflamara el orgullo del padre: ¡Éste es mi hijo, él lleva mi sangre y mi honra!

¡Sí, toda esa mierda moral: sangre, honor y honra!

Pareciera que algún día a todos nos toca rendir cuentas de nuestra conducta ante un Tribunal Supremo, (Dios, el Arte, la Historia) que nos condenará o nos absolverá. Para Darío ese juez pudo ser su padre. ¿Y quién sabe si el padre, también, había temido que su hijo lo juzgara? ¿Quién sabe si tuvo remordimientos? Tal vez de lejos supo que Darío lo habían expulsado de la Universidad, que aquel hijo fue un *hippie*, un promiscuo sexual, encarcelado y estigmatizado como «escoria humana». Si el viejo tenía una pizca de decencia, pensaría que un padre pudo hacer la diferencia, al menos para los cánones de «su» moral. Aquel abrazo debió ser una doble catarsis. El padre y el hijo, tendiendo un puente, ansiosos los dos por perdonar y ser perdonados.

Darío había regresado feliz y vital de Cuba, había engordado diez libras, incluso se cortó los cabellos como un erizo al estilo militar, un nuevo *look* que le daba un aire más juvenil y viril. Un estilo que posiblemente sería del gusto de su padre.



Tres meses después, la felicidad de Darío se había desvanecido. A Matías le costó comunicarse con él. Intercambiaron mensajes a través de grabadoras. Darío tenía a la madre ingresada en un hospital y no se reunieron hasta un mes más tarde. Como de costumbre, Matías fue a esperarlo frente al edificio del periódico junto a la bahía de Biscayne. Cuando Darío bajó, le notó flaco y ojeroso. También se había desvanecido la alegría de Cuba. En su lugar, mostraba una serenidad, una determinación estoica que se reflejaba en su mirada y en el timbre cálido y voluntarioso de su voz.

—¡Cómo no voy a estar más flaco, si llevo dos meses con mi madre en el hospital, yendo y viniendo sin descanso!

—Supongo que habrás tenido dificultades en tu trabajo.

—No, ellos han sido comprensivos con el horario.

Su madre estaba muy enferma, pero ella le había pedido que la sacara del hospital y la llevara para la casa. Darío la había complacido. Tenía que pagarle a una mujer doscientos dólares semanales para que la cuidara. Después hablaron

de literatura y de sus proyectos. Darío le explicó que la esperanza de dar viajes frecuentes a Cuba, no sería posible, por ahora. También quería cancelar la angustia de publicar en España y el proyecto de una compañía sentimental. Asumiría sin amargura su destino: cuidar de su madre y proseguir su vida de antes. Después de meses sin escribir, Darío se veía a sí mismo escribiendo de nuevo.

—He comprendido que éste es mi destino. En cuanto a mi familia en La Habana, no podré viajar a verlos, ni ayudarlos como quisiera.

Matías ni por un segundo pensó en contrariar un destino asumido con tal resignación. Sintió una vaga pena por Darío, y sonrió.

—Entonces, vuelves a asumir el mito de ese monje de la literatura apartado del mundanal ruido —le dijo con afable ironía—. Me parece bien. Porque temía que, después de promocionar tanto ese mito, me hicieras quedar mal, y el monje se convirtiera en un vulgar tarambana.

El rostro de Darío se iluminó con melancólica sabiduría. Se despidieron, como de costumbre, por tiempo indefinido. En su viaje de regreso a Miami Gardens, Matías contemplaba las farolas, los veloces trazos rojos, anaranjados y amarillos de autos y camiones rodando por las autopistas, en ese derroche obscuro de la posmodernidad. Lo embargaba un complejo estado de cansancio y tristeza. Meditaba sobre la decisión de Darío ¿Resignación? ¡Muy difícil! El abrazo con su padre le había permitido exorcizar, cuarenta años después, el fantasma de su orfandad. A cada hombre le llega el día en que debe abandonar un pedazo de su vida y seguir adelante. Darío había arrojado los sentimentalismos a un lado, y ahora se apretaba el cilicio para luchar por lo único que realmente le importaba: Triunfar en la excelencia de su arte.

Para hacerlo no dudaría en establecer esa regla de oro que, según el personaje de *La página extraviada*, debía gobernar toda relación humana: el talento manda. El artista sólo debe rendirle cuentas a la posteridad. Seguramente ya no perdería su tiempo en mediocridades. El éxito literario, el cortejo de catedráticos, los congresillos de intelectuales, lo esperaban. Matías se lo figuró ocupando su sitio en el *jet set* de las letras, con su cabeza de decano de los desastres y su voz apasionada de predicador, leyendo en el estrado un enjundioso ensayo. Se sonrió malignamente ante este retrato imaginario, y tal vez injusto. Se lo contaría a Darío, seguro de su reacción.

—¡Qué hijo de puta eres, Matías!

Contempló la rauda noche de Miami, una ciudad tan calumniada. ¿A cuántos inmigrantes y fugitivos como Darío no había acogido, abrigado y alimentado? Venían de todas partes en busca de una vida mejor. Tenía poco más de un siglo y ya palpitaba como una moderna Alejandría. Recordó cómo le repudiaban quienes debían estarle más agradecidos: los exiliados cubanos. «Es un potrero asfaltado», dijo uno; «Playa albina»; la bautizó un viejo poeta, y un cubano de paso: «No viviré jamás en una ciudad donde, para visitar un amigo, haya que manejar 50 kilómetros». Exactamente la distancia que él había manejado para ver a Darío, quizá por última vez, esa tarde.

El panteón de los héroes

Amir Valle

SON LAS CINCO DE LA MAÑANA Y LA CIUDAD LO VE PARTIR ENTRE LAS SOMBRAS que se diluyen con los primeros vestigios de la luz. Arrastra una carretilla de madera con ruedas hechas de cajas de bolas metálicas extraídas de algún motor desechado y se pierde en las calles de la Habana Vieja. Hace calor. Tras sus gafas negras, que se quita cada dos o tres cuerdas para secarse el sudor de la frente con un pañuelo manchado y roto, uno de los ojos se distingue claramente marcado por esas arrugas en el lóbulo que denuncian la vejez. El otro ojo parece de vidrio o con la estática frialdad de lo muerto, de lo vacío. Es negro el viejo, fornido, y sus músculos se tensan, aún duros, mientras la carretilla avanza hasta desembocar justo frente a la Terminal de Trenes.

El tren Santiago-Habana acaba de llegar cuando el viejo parquea en la acera, a escasos metros de la puerta de salida de pasajeros. Entonces su voz ronca, como naciendo de un disco rayado y sucio, anuncia: «¡Vaya, carretilla a Centro Habana, Habana Vieja, Cuatro Caminos! ¡Vaya, todo por diez pesos!», en una cantinela que se va apagando a medida que los pasajeros recién llegados a la capital deciden irse en las guaguas que pasan, en las máquinas de alquiler o en los bicitaxis particulares, casi nunca recurriendo a los viejos carretilleros a pesar de sus gritos y pregones. Esperan allí todo el día y se van tristes, como manchas apagadas, cuando ha llegado el último tren, soñando con mejor suerte la próxima mañana.

Todavía las sombras se posaban sobre el viejo esqueleto despintado de la Terminal de Trenes cuando fuimos a buscarlo. De todas las carretillas, la suya parecía la más fuerte. Eso pensamos. Construir una barbacoa en mi casa de Centro Habana me había llevado junto a mi padre justo frente a un vetusto edificio cerca del muelle La Coubre, donde décadas atrás habían explotado al barco francés que traía armas para la triunfante Revolución Cubana. De allí sacaríamos las tablas de madera dura que formarían el piso y las vigas que sostendrían la barbacoa, donde yo podría instalar mi cuarto para no seguir durmiendo con mi esposa en la sala. Bulté, un marinero amigo de mi padre, las había sacado años atrás de algún barco hacia la azotea de su apartamento en aquel edificio. Sería su regalo para hacer habitable la casa recién comprada. Y a caballo regalado... ya se sabe, sobre todo en una ciudad donde un tronco de dos metros andaba por los ochenta pesos, si aparecía.

El viejo nos miró detrás de sus gafas negras y sonrió: «Nada antier, nada ayer, tampoco hoy parece ser un buen día», adivinamos en las arrugas de su

cara, y lo vimos seguirnos, siempre callado, el paso lento, como de animal cansado, la carretilla trepidando a sus espaldas, trastabillando y trabándose en los baches de la Avenida del Puerto.

Una soga de atraque y los nudos de marinero de Bulté fueron colocando palos y tablas encima de la carretilla del negro viejo, que observaba sentado las maniobras desde la acera de enfrente. Cuando el último tronco se posó, al parecer suavemente sobre el resto de la carga, la carretilla traqueó y se abrió de patas como un mulo muerto.

Sólo recuerdo la carrera del negro desde su sitio en la acera hasta los restos aplastados de su carretilla; su único ojo humedecido por algo que estalló en un llanto ahogado, bajo, como un sonsonete. Lo recuerdo arrodillado, los mocos saliendo de su nariz llorosa, su voz ronca trabada en la letanía de un sollozo: «aymimadrepорqué aymimadrepорqué». Luego su cabeza que se levanta, su mirada clavada en la cara de mi padre, una mueca desolada detrás de sus negras arrugas, ahora más profundas: «todopordiezpesoscoño, todopordiezpesoscoño...».

Desmontamos toda la madera, y mi padre, carpintero ebanista de oficio, fue devolviendo miembro a miembro la forma a la carretilla. Fortaleció sus patas con un triangular de hierro. Endureció el lomo con una madera lisa, recia. Clavó, atornilló, cepilló. El mediodía vio nacer a la nueva bestia de carga que el negro viejo acarició, sonriendo a veces, gimoteando otras, soplando los mocos las más, respirando aliviado cuando la mole de troncos y tablas volvió a su sitio y las ruedas comenzaron a moverse ligeras, rodando contentas en su grasa nueva, ahora tiradas por mi padre o por mí, mientras atravesábamos toda la Habana Vieja para salir por Zanja directo hasta nuestra casa en Centro Habana. Lo veíamos caminar detrás de nosotros, siempre en su paso lentísimo, alcanzándonos a carreritas cuando nos alejábamos mucho, mirando temeroso cómo su carretilla, oronda, fuerte devoraba metro a metro la distancia.

Eso recuerdo. Y después mi padre preguntando: «¿cuánto le debo, hermano?», y la mirada del viejo hacia la carretilla todavía oronda, fuerte, ya despojada de la carga. Luego su sonrisa, aliviada pero triste, tímida: «son diez pesos, mayor». Y mi padre que sube las escaleras y baja en unos minutos. «Aquí tiene, hermano», dice, y le extiende unas gafas negras marca Ferrari, nuevas, que el viejo toma y observa asombrado, indeciso, temblorosos sus grandes dedos: «Gracias, mayor», masculla, se quita las que ha llevado hasta el momento, con las patas amarradas por torniquetes de alambre de cobre, y se coloca las nuevas. Después sonrío.

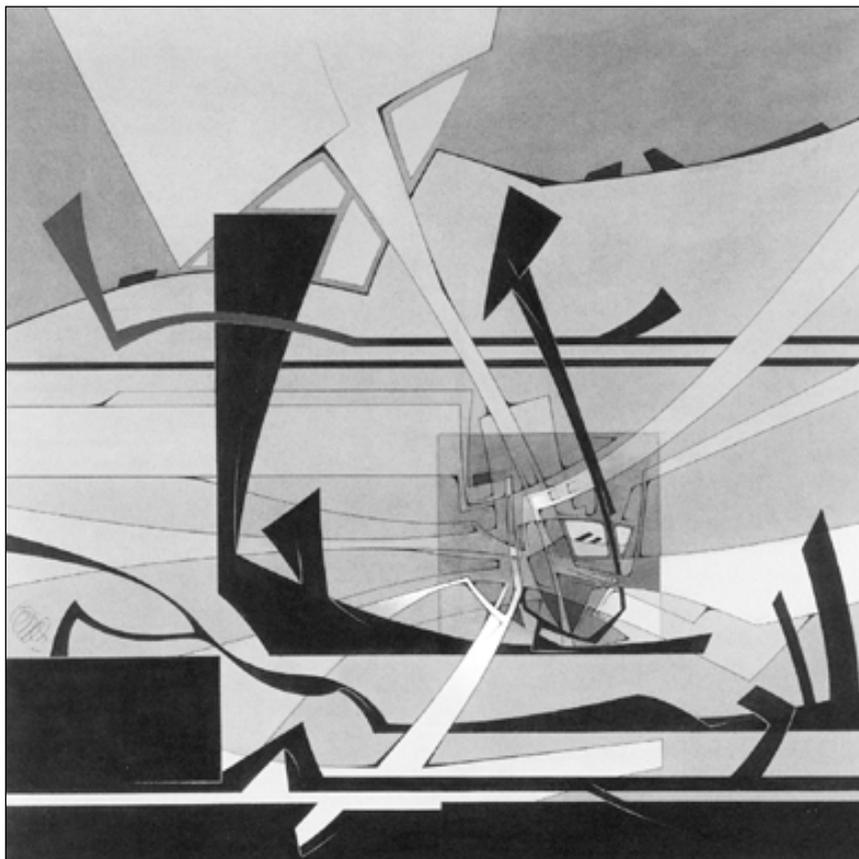
Cuando mi padre intentó darle cien pesos por el trabajo, no los quiso. Son «diez pesos, señor», repetía, y tuvimos que insistir mucho y echarle el dinero en el bolsillo de su viejísima guayabera de color indefinido entre el blanco y el carmelita. Se fue agradeciendo bajito y tocándose el bolsillo como con un tic nervioso, siempre la carretilla, ahora ligera, trepidando a sus espaldas, siempre su paso lento, cansado.

Iba a perderse en la esquina de Oquendo hacia Carlos III cuando volví a sentir la voz de mi padre: «Hermano», dijo, «¿puedo hacerle una pregunta?».

Lo vi asentir, sonriendo. «¿Usted es el Güije Rodríguez, verdad?». Y vi al negro viejo hinchar el pecho, alzar la cabeza, el orgullo brotando aún detrás de sus gafas nuevas: «Sí, soy el Güije Rodríguez», contestó.

Hace muchos años conoció la fama, el dinero, viajó por el mundo. Fue amigo de Kid Chocolate, otro gran campeón. Ahora vive al lado del Hotel Isla de Cuba, en la calle Reina de La Habana, en un cuarto oscuro con las paredes llenas de amarillentos recuerdos de su carrera deportiva. Es de Cienfuegos. Hace unos años lo llevaron a la Perla del Sur y le dieron el Escudo de la Ciudad. Lo declararon «Cienfueguero ilustre». Diplomas. Flores. Papeles. Fotos. Más nada.

El Güije Rodríguez, una de las glorias del deporte cubano, por las madrugadas sigue halando su carretilla hacia la Terminal de Trenes. Su mala facha y su cuerpo de rufián, casi gritado por ese ojo abofado que intenta esconder detrás de sus gafas, ahuyenta a la mayoría de los posibles clientes. Las más de las veces, cuando ha llegado el último tren y cae la noche, regresa cansado, sudado y hambriento, la carretilla trepidando a sus espaldas, vacía, como los bolsillos.



La camisa de fuerza

Relaciones de poder y corrupción entre España y Cuba en el siglo XIX

Antonio Elorza
Marta Bizcarrondo

1. INTERESES CRUZADOS

A lo largo del siglo XIX, la relación colonial entre España y Cuba se encuentra marcada por dos factores: el atraso económico de la Metrópoli y la economía esclavista de la Isla. El primero impedirá el desarrollo de una explotación colonial moderna en la cual, dado el nivel de riqueza alcanzado por la colonia, hubieran tenido lugar: a) el trasvase del excedente detraído de la Isla para la consolidación del sistema capitalista en la Península, y b) la actuación de la Metrópoli tendente a encauzar la formación de las elites y el progreso económico insulares mediante el funcionamiento de una administración racional. Por algo en la segunda mitad del 1800 reformistas y autonomistas de la Isla soñaron con reproducir el ejemplo del Canadá.

En *Hacer las Américas*, A. Bahamonde y J. Cayuela han mostrado cómo el arcaísmo de la economía española determina que gran parte de los capitales acumulados por los propios peninsulares vaya a parar hasta 1868 a otros centros económicos más dinámicos, Inglaterra en primer lugar. Tampoco la producción peninsular tenía nada específico que ofrecer a la Cuba. Y según advierte M. Moreno Fragonals en su obra clásica *El Ingenio*, a diferencia de otras potencias con colonias productoras de azúcar, España incluso ha de dejar para la Isla la fase del refino. Tampoco tiene nada que aportar la Metrópoli en el campo de la renovación tecnológica, que acaba incluyendo a la Isla en el espacio norteamericano, lo mismo que ocurrirá con la exportación de azúcar. En definitiva, sólo por la presencia del segundo factor, una numerosa población esclava, se explica la opción de la sacarocracia en las primeras décadas del siglo XIX, prefiriendo soportar la dominación española a cambio de la seguridad que proporcionaban sus recursos militares frente a una eventual insurrección

de esclavos al modo de Haití. Más tarde, esa misma población esclava señalará una línea de fractura infranqueable a los proyectos de construcción nacional de la elite blanca, afectados en las décadas centrales del siglo XIX por la divisoria entre los libres y los no libres, luego entre los cubanos blancos y los cubanos de color.

La prolongada supervivencia de un «sistema subdesarrollado de explotación colonial» resulta así explicada, a pesar de la radical contraposición de intereses que va incrementándose a lo largo del siglo, y cuyo sentido M. Moreno Fragnals resumió en su *Cuba/España, España/Cuba*: «Sin aptitudes para establecer una explotación colonial al modo capitalista, España optó por la alternativa de desenvolver una política de fuerza, que era esencialmente anti-capitalista (...) y además ensanchaba la brecha espiritual y cultural que ya había comenzado a abrirse entre la Metrópoli y la colonia. En el fondo, la lucha entre la oligarquía criolla y la burguesía española era el enfrentamiento entre dos intereses económicos irreconciliables, donde el dominio de un sector implicaba la liquidación del poderío del otro».

Tal será el punto de llegada de un recorrido que, no obstante, a pesar de la persistencia del absolutismo en España, registra unos orígenes esperanzadores. Es cierto que Fernando VII, ante el temor de perder Las Antillas igual que antes perdiera el continente, confiere en 1825 a los gobernadores militares de Cuba y de Puerto Rico, las mismas facultades que al comandante de una plaza sitiada. Pero las consecuencias negativas para las elites criollas de esta medida —en la práctica un estado de sitio permanente—, sólo fueron apreciables a largo plazo. De momento cabe observar la cohabitación de ambas esferas de poder. El gobernador se encontraba con facultades prácticamente omnímodas para reprimir el más mínimo conato de insurrección, en tanto que los potentados criollos mantenían su esfera de poder administrativo y experimentaban la agradable sensación de enriquecerse cada vez más conforme crecían las exportaciones de azúcar. El patriotismo quedaba reservado para aquéllos que, como el Padre Varela, eran testigos desinteresados —y dotados de una alta conciencia moral— de un proceso que bajo el manto de la riqueza perpetuaba la servidumbre política de la Isla. Arango y Parreño, de un lado; Varela de otro. El mismo referente y dos visiones opuestas de la realidad cubana. Intereses económicos hacia una vertiente; patriotismo en la opuesta. Política burguesa frente a moralidad patriótica, conforme muestra Rafael Rojas en *La isla sin fin*. Tanto Varela como Arango eligen el mismo seudónimo: el/un «habanero».

El equilibrio se rompe precisamente cuando en la Península se define la transición al liberalismo burgués. Los intereses cruzados pasan a dominar la escena. A juicio de los prohombres del liberalismo peninsular, había razón para no extender las instituciones representativas a las Antillas, ya que podían servir de trampolín para la independencia, y sobre todo, unos diputados cubanos en Madrid se encontrarían en condiciones de intentar poner un freno a la abusiva transferencia de recursos desde la Isla a la Metrópoli. El expolio parcial de las riquezas de Cuba, una colonia cada vez más opulenta,

pasaba por encima de las profesiones de fe liberales. Entre 1834 y 1837, la fase de Gobierno del general Tacón, con su contrapunto, el exilio inacabable del diputado electo José Antonio Saco, trazan las líneas del futuro: dominio militar despótico de España, cierre frente a todo intento de participación política por parte de las elites insulares. Un círculo de hierro del cual, tal y como explicó inicialmente Saco, sólo podrían salir los cubanos por las armas. Pero, ¿hacia adónde?

En las décadas sucesivas, el esplendoroso desarrollo de un capitalismo de exportación con base esclavista sirvió de cortina para ocultar las crecientes tensiones en la sociedad cubana. Los hacendados criollos se enriquecían, ciertamente, pero a su lado cobraba forma una nueva burguesía esclavista de peninsulares recién llegados, desprovistos de toda atadura moral desde el momento en que practicaban una actividad ilegal como la trata. Julián Zulueta fue la figura de vanguardia de este grupo, en el que comenzaron a actuar en la sombra personajes como Manuel Calvo y Aguirre, su líder en el último tercio de siglo. El *Diario de la Marina* le designará entonces como «el gran ciudadano español», lo que con humor será comentado por José María Gálvez en el sentido de que por altura «pasaría el límite de la atmósfera terrestre» si se pusieran uno sobre otro «los negros importados por Calvo de la costa de África» y al negrero sobre ese pedestal. Poco a poco, a partir de Tacón —quien busca ya el apoyo armado de los peninsulares—, y de forma definitiva desde que en la década de 1850 el capitán general Concha desempeña el Gobierno de la Isla, los esclavistas españoles establecen un enlace preferente con el poder militar del cual reciben amparo para sus actividades y contratos en condiciones privilegiadas (así emergen personajes oscuros como en los años 60 el naviero Antonio López y López, futuro propietario de la Trasatlántica). «Mediante el dominio de la Capitanía General de Cuba —escriben Bahamonde y Cayuela— el grupo propeninsular de la elite antillana podía asegurar sus intereses económicos utilizando en su beneficio los poderes fácticos del capitán general». Generales como O'Donnell, que había desempeñado la capitanía, sirvieron de enlace con la clase política de Madrid.

La consecuencia de ese ascenso fue la hegemonía alcanzada en las décadas centrales del siglo por la burguesía esclavista peninsular. La reacción fue lógica. Desde la década de 1840, el malestar de los criollos había ido en aumento, especialmente en el Camagüey, donde, como subraya Moreno Fraguinals predominaba la ganadería, y no la economía de plantación, con un grado mucho menor de miedo a la masa esclava y mayor independencia frente al poder español. Es también la década en que los Estados Unidos culminan su expansión hacia el Este a costa de México, fomentando en la Isla la alternativa anexionista: cambiar una dependencia insufrible por otra progresiva. Tal fue el programa de Gaspar de Betancourt, *el Lugareño*. Es así como se suceden las conspiraciones y los intentos de invasión desde Norteamérica.

Frente a esa situación, desde que toma posesión en su segundo mandato (1854), el general Concha asume el cometido de reorganizar el dominio colonial y lo hace buscando el apoyo seguro de los grandes esclavistas peninsulares.

Se consolida así un sistema de poder bipolar en la Isla, basado en el enlace capitán general-esclavistas españoles, con el visto bueno del Gobierno de la Península, a la sazón por medio de la Unión Liberal de O'Donnell; un sistema dirigido a favorecer a los prohombres del españolismo, al mismo tiempo que promueve la racionalización administrativa en la Hacienda y el Ejército. Una pieza clave de la política del general Concha consistió, según explica José Cayuela en su libro *Bahía de Ultramar*, en «la concesión de las contrata de abastecimiento de la Administración isleña al grupo propeninsular de la elite antillana. Este último factor constituiría el elemento decisivo de la relación entre la capitanía general y este grupo, condicionando el desarrollo colonial y la propia presencia española en Cuba; a partir de entonces, la soberanía de España en la Gran Antilla dependió fundamentalmente de los monopolios del grupo propeninsular».

A esa españolización del poder en el vértice, acompañó una presencia creciente de elementos peninsulares en la Administración de la Isla, hasta el punto de adquirir una situación de práctico monopolio de la gestión. Sus intereses personales coincidían además con los de la elite esclavista, dispuesta a pagarles generosamente sus servicios. Al llegar la insurrección de Yara, los 183 empleos principales de la Isla se encontraban en manos de peninsulares y sólo 41, casi siempre subalternos, eran desempeñados por cubanos. Semejante estado de cosas, caracterizado por el privilegio y la corrupción, y vigente hasta el fin de la colonia, constituyó una de las causas más visibles de irritación para la población criolla.

La otra cara del poder peninsular, a las órdenes y en connivencia con el Capitán General, era la supresión de todo tipo de libertades para los habitantes de la Isla. Sin derecho de reunión, de asociación y con censura previa, la germinación de la conciencia cubana hubo de corresponder a las instituciones educativas, como el Colegio de El Salvador de José de la Luz y Caballero y, en su estela, a las reuniones de intelectuales colocadas bajo el signo del nicomedismo, esto es, del cultivo del amor a la patria en la oscuridad. En este ambiente se difunde la consigna de «laborar», de trabajar calladamente para formar la conciencia patriótica, que al llegar la insurrección de Yara desemboca naturalmente en la figura del «laborante», el luchador clandestino por la libertad de Cuba.

«Por su conducta, España se ha alienado el afecto y las simpatías de los 400.000 criollos que constituyen la verdadera fuerza y la importancia de la colonia», sentencia en 1859 el portavoz de la burguesía insular, conde de Pozos Dulces. De ese balance se deducía la exigencia de separarse de una Metrópoli opresora, bien por la independencia, bien por la anexión a los Estados Unidos. No obstante, en torno a 1860, esa orientación hacia la ruptura va a moderarse por dos circunstancias. La primera, que el mando del general Serrano entre 1859 y 1862 como capitán general se orienta hacia una alianza con las elites criollas, sobre todo con los grandes hacendados. La de Serrano era una elección de sentido común. ¿Por qué no evitar riesgos partiendo de la comunidad de intereses de clase entre propietarios de uno u otro

origen? ¿no existía el denominador común del esclavismo? Y en segundo lugar, la esperanza anexionista se desvanecía, con la entrada de los Estados Unidos en la crisis que desemboca en la guerra de Secesión. Había que aprovechar la ocasión, y los Gobiernos de Serrano y Dulce lo proponen con las palabras y con los hechos a Madrid, creando además el marco de tolerancia en que surge el Partido Reformista. Los propietarios criollos, apoyados en profesionales, fundamentalmente abogados, reivindican la participación política desde sus reuniones y periódicos, ejerciendo el para ellos ilegal derecho de petición. Por un momento, en 1865, despunta la posibilidad de una conciliación al ser convocada en Madrid por el ministro de Ultramar, Cánovas del Castillo, la Junta de Información a la que acuden los principales reformistas. Pero tras las reuniones, el desencanto fue absoluto. No existía en la Península la menor intención de modificar el sistema de poder ya consolidado a expensas de Cuba. Únicamente quedaba el recurso a la insurrección por la independencia.

No fueron los notables quienes la iniciaron, e incluso en los primeros momentos de la guerra, según explica José Morales Lemus a Nicolás Azcárate en carta de 15 de mayo de 1869, pensaron, al ocupar la capitania el general Dulce, que aun era posible «la autonomía dentro de la nacionalidad española». Una vez disipada esta ilusión, sumada a «la farsa» precedente de la Junta de Información, «los nacidos o arraigados en Cuba no debían tolerar por más tiempo que los aventureros que van allí aguijoneados por el deseo de hacer fortuna de cualquier modo, continuaran como hasta aquí dominando al país, cegando las fuentes de su riqueza, desmoralizando y destruyendo su porvenir, así en lo material como en lo social y político». La guerra era, pues, necesaria. Otra cosa era su resultado. No obstante, de algo estaba con razón seguro Morales Lemus. La insurrección «se podrá dominar por la fuerza», pero la Isla por España «jamás podrá gobernarse bien».

2. LA INTERVENCIÓN EN MADRID

La llegada de la revolución democrática de septiembre del 68 en España, coincidió prácticamente en el tiempo con el Grito de Yara y el inicio de la primera guerra de independencia cubana. El sistema de dominación colonial-esclavista pasaba a encontrarse bajo una doble amenaza. Ante todo, el levantamiento patriótico suponía, en términos ajedrecísticos, un jaque al rey contra la soberanía española y de paso contra la institución de la esclavitud. Pero una vez abortados los intentos de compromiso en la etapa de Gobierno del general Dulce, la solución se trasladaba en el primer caso a los campos de batalla. Más complicado resultaba, en principio, impedir las dos grandes reformas que el ideario liberal-democrático parecía reclamar de inmediato: la abolición de la esclavitud y el establecimiento del libre comercio, el «cabotaje», ya que para aplazar el riesgo de reformas políticas siempre había apelar al estado de guerra. Es el recurso que utilizan en nombre de los esclavistas Cánovas y Romero Robledo en la sesión de Cortes del 21 de febrero de 1869, para aplazar hasta el fin de la guerra el debate sobre la propuesta «Constitución» de Puerto

Rico, pero con extensión de tal aplazamiento a todas las reformas en Las Antillas. Sin necesidad de nombrarla, la esclavitud resultaba así protegida de toda amenaza abolicionista.

La respuesta del sector esclavista a la Gloriosa había consistido en la instalación en Madrid de un grupo de presión dirigido personalmente por el artífice de la red de poder integrista, el vizcaíno Manuel Calvo y Aguirre. Había llegado la hora de intervenir en el sistema político de la Metrópoli, interfiriendo desde el grupo de presión esclavista en el proceso de adopción de decisiones de la democracia parlamentaria. El tema ha sido objeto de un excelente estudio por parte de la historiadora cubana Carmen Barcia: *Elites y grupos de presión. Cuba 1868-1898*, en el cual puede seguirse ese proceso de organización de los intereses esclavistas en la Corte en torno a la acción personal de Calvo, provisto de cuantiosos fondos que le permiten fundar un diario y sin duda ganarse a políticos. De momento la fórmula organizativa no rebasa el plano de la sociabilidad apolítica, con la fundación de Centros Hispano-Ultramarinos, correlato de la influencia ejercida por el Casino Español en La Habana. La corrupción económica entra muy pronto en juego y el primer signo es que Antonio Cánovas del Castillo, sensible a la necesidad de reformas en 1865, se convierte ahora en ardoroso portavoz del integrismo. Barcia documenta muy bien el bloqueo organizado por Calvo, a partir de febrero de 1870, del proyecto de ley de abolición de la esclavitud impulsado por el entonces demócrata Manuel Becerra. «Si Becerra insiste mucho, caerá», pronostica el mismo Calvo, anunciando confiado que «con la entrada de un hombre juicioso en Ultramar, podremos estar completamente tranquilos hasta la conclusión definitiva de esta guerra». El «hombre juicioso» llegó en la persona de Segismundo Moret, partidario tanto en 1870 como en 1897 de acabar la guerra mediante la concesión de la autonomía a Cuba, pero dócil al dictado de Calvo, quien telegrafía en este sentido:

«Tranquilos nuestros asuntos, Moret ilustrado, prudente, nada cabotaje ni otros proyectos». La Ley de vientres libres sería un sucedáneo del abolicionismo perfectamente aceptable para los esclavistas. Por nuestra parte, podemos citar la carta de Moret, escrita en el verano de 1870, que cierra el círculo con la adefinición del propio ministro de Ultramar: «yo que he obrado siempre en completa armonía y completo acuerdo con D. Manuel Calvo, que tiene la representación de los mayores y más inteligentes intereses de la Isla».

No hay nada que añadir. La democracia liberal quedaba perfectamente infiltrada y, en consecuencia, desnaturalizada por la corrupción económica introducida desde el integrismo cubano para salvaguardar sus intereses. El vínculo esclavismo-clase política hacía cobrado forma, lo cual no impidió que Calvo siguiera interviniendo en Madrid para favorecer las situaciones políticas conservadoras, de menor riesgo para los intereses del grupo, desde la monarquía de Amadeo I a la Restauración, tal y como apuntó M. Espadas Burgos en su *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*. Fueron servicios ampliamente recompensados por Cánovas mediante la concesión de privilegios económicos, cuya vigencia se mantiene hasta la caída del dominio español sobre la Isla.

Ni siquiera la República federal, en su breve duración, cambió sustancialmente las cosas. A pesar de las profesiones de fe retóricas de los diputados, la abolición no pasó de Puerto Rico a Cuba y el intento de implantar, por lo menos, el artículo 1 de la Constitución de 1869 se restringió también a la Antilla menor. El único diputado cubano en las Constituyentes de 1873, José Ramón de Betancourt, insurrecto de primera hora y luego autonomista, elegido por Puerto Rico, quien al proclamarse el nuevo régimen, había instado a sus compatriotas que confiaran en la España democrática dejando las armas, hubo de expresar su desaliento ante las promesas incumplidas de los sucesivos presidentes republicanos, no sin antes sostener una justa oratoria con un joven diputado conservador que es ya entonces el vocero de los intereses integristas: Francisco Romero Robledo. El político andaluz expresó ya su tajante oposición a conceder cualquier reforma a quienes consideraba unos traidores a la patria. «Cuando un pueblo sufre bajo el yugo de la tiranía y se le cierran todos los caminos legales para alcanzar pacíficamente la libertad —replicó Betancourt—, tiene el derecho indiscutible de moverse en el único terreno que se le deja: el de la fuerza...». Se perfilaba el cuadro de conflictos de la Restauración.

3. UN CIRCUITO CERRADO

Las modificaciones introducidas por la política de Martínez Campos como consecuencia del convenio del Zanjón no hicieron posible la configuración de un escenario de oligarquía competitiva entre las elites de la Isla, ni siquiera de implantación de las libertades restringidas que reconoce la Constitución de 1876 para la Península. Permitieron, sin embargo, que la vida política insular saliera de las catacumbas de los círculos de notables, los partidos recibirían reconocimiento legal y se entreviera la perspectiva —pronto frustrada— de una competencia política abierta entre criollos y peninsulares. La constitución en agosto de 1878 del Partido Liberal autonomista, con su rápida expansión, fue la señal de alarma para los intereses monopolistas. No bastaba ya con los contramanifiestos del período anterior a 1868, o de 1870, ni con el funcionamiento del *lobby* en Madrid para incidir sobre la política de la Metròpoli. Resultaba necesario proceder a la organización política en la Isla del sector español. Una politización imprescindible para preservar la situación de monopolio, y dirigida en consecuencia, paradójicamente, a impedir la constitución de un sistema político en la Colonia.

Es así como pocas semanas después del PL se funda la Unión Constitucional, compuesta casi exclusivamente de peninsulares, si bien de momento se aprecia en ella un cierto pluralismo que va a quedar borrado a partir de 1881. Juan Gualberto Gómez opinaba que el tema de la esclavitud había resultado decisivo para propiciar el control de la UC por los elementos integristas. En cualquier caso, el resultado no ofreció dudas. A partir de este momento, la UC se integra como pieza clave en la renovada red que enlaza férreamente a los intereses económicos del núcleo integrista, la llamada «camarilla de los trece», con el sistema político español de la Restauración. De hecho, basta

con seguir sus declaraciones políticas para ver que en el caso de la UC estamos ante un partido de vocación monopolista, provisto de una contraideología, orientada ante todo a bloquear las reformas estructurales con el apoyo de las autoridades españolas.

El alto coste económico de la guerra de los Diez Años vino a reforzar todavía más el poder de los hombres de Calvo y Aguirre, asociado al naviero Antonio López, futuro marqués de Comillas, figuras emblemáticas ambos de la preeminencia integrista. El enorme ascenso de la deuda cubana, de 7 a 128 millones de pesos entre 1867 y 1876, hizo necesario un empréstito, que a cargo del Banco-Hispano Colonial en manos del citado grupo capitalista, en condiciones leoninas y con la garantía de la renta de aduanas, partida principal de la economía insular. Más aún, el Banco delegaba, a su vez, la gestión del negocio... en la Casa de los Sres. Calvo y Compañía de La Habana. Así, desde el 2 de julio de 1880 asume tal delegación «para todos los efectos del nuevo contrato de negociación de billetes hipotecarios», siéndole asignada en consecuencia la percepción de «la recaudación de esa aduana» reteniendo las consignaciones oportunas (telegrama del Ministro de Ultramar al Gobernador General, 23-VI-1880). El gobernador general Salamanca hizo balance de situación en 1889: «las rentas más pingües son para el Banco Colonial y no para el Estado».

Ante tal concentración de poder en una camarilla, si el Gobierno de Madrid, por medio del Gobernador General, no imponía un control estricto del proceso, y esto no ocurrió, se abrió por añadidura la puerta a un cauce de corrupción de grandes dimensiones destinado a afectar a la administración de la Isla. Lo que tiene lugar inevitablemente a lo largo de la década de 1880. Incluso un diputado de la UC, Vergez, tendrá que reconocerlo en enero de 1890: «el desbarajuste administrativo de Cuba salta a la vista». Y en tono de lamento, el ministro de Ultramar, el liberal Manuel Becerra, habrá de reconocer en el curso del mismo debate: «es hoy muy frecuente hablar mal de los empleados de Cuba y hablar de los poderosos protectores que los sostienen».

El entramado cobraba ahora la forma de un cuadrilátero, con dos vértices en la Isla (el Gobernador General y el núcleo integrista de la UC), titulares del poder efectivo, y dos en Madrid (el ministro de Ultramar, en el seno del gobierno de turno y la representación parlamentaria de la UC), jugando ésta última el papel de correa de transmisión de las demandas procedentes de la UC de la Isla, hacia el Gobierno, y en particular hacia el ministro de Ultramar, a fin de que éste con sus decisiones políticas en Madrid y las instrucciones dirigidas al Gobernador General garantizase que aquellas demandas fuesen puntualmente atendidas. El nombre que expresa públicamente desde muy pronto esa vinculación es el de Francisco de los Santos Guzmán, apoderado de Calvo y presente según las necesidades en las Cortes o en La Habana. Para mayor eficacia, la UC contaba con peones tanto en el Partido Liberal de Sagasta como en el conservador de Cánovas, sirviendo de principal vocero en Madrid un viejo enemigo de la libertad cubana, Romero Robledo (propietario de tres grandes ingenios en la Isla y accionista de la Transatlántica).

Las notas manuscritas y la correspondencia de don Antonio Maura, conservadas en su archivo, reflejan de forma inmejorable el funcionamiento de ese circuito cerrado de cara a la manipulación de las elecciones en la Isla, dejando, además, ver con claridad que si en la Península era el Gobierno quien hacía las elecciones, suplantando a los electores, en Cuba ese papel era asumido por la UC, con el gobernador general en funciones instrumentales. En situación de normalidad, la UC era el auténtico centro de decisión. Tal y como relata el episodio Maura, ministro de Ultramar, al gobernador general Rodríguez Arias, había recibido a principios de julio de 1893 la visita de una comisión designada por los diputados de la UC, con Romero Robledo al frente, para que como ministro telegrafiasse a Rodríguez Arias «ordenando que para el nombramiento de los alcaldes procediese de acuerdo con el marqués de Apezteguía», jefe de la UC. La carta es del 8 de julio, dando cuenta también de que la UC pedía que Rodríguez Arias fuera separado del mando; siete días después el general fallecía, confirmando la alta mortalidad de los gobernadores con juicio independiente. Por su parte, aun cuando era favorable a la hegemonía de los conservadores, Maura no aceptaba tales procedimientos y buscó la vía de las reformas. La guerra declarada contra él por la UC tenía un único desenlace posible, su salida del ministerio. Quedaba así demostrado dónde residía efectivamente el poder.

En el interior de la Isla, una tupida red de intereses enlazaba al foco principal, integrado en la UC, con el Gobernador General y la Administración de él dependiente. Las demandas políticas, procedentes del partido monopolista, son atendidas por el espadón gobernante, en tanto que su administración ampara el funcionamiento de los privilegios económicos del grupo, con su dosis de fraude correspondiente, a cambio de lo cual los funcionarios venales disfrutaban por su parte de una corrupción rampante. En clave de humor, un diario habanero comentaba en 1882 la consolidación de esa maraña de poder mafioso, cuando se comprobó que la sustitución de los conservadores por Sagasta en el Gobierno de Madrid no modificaba en nada las cosas:

La Isla de Cuba es del Colonial, de López y de Calvo. Hay aquí una exclamación que se ha hecho popular: ¡Quién fuera López! Se dice también ¡Quién fuera Calvo! Calvo es el Banco Colonial. Y al propio tiempo es López. Si algo hay igual a López es el Colonial. Y Calvo representa al Colonial y a López. Algunos malintencionados decían antes: ¡Quién fuera López siendo Cánovas ministro! Pero esos mismos malintencionados dicen ya: ¡Quién fuera López siendo Sagasta ministro! Para López todos son Cánovas. 33.500 pesos diarios recibe Calvo en la Aduana por cuenta del Colonial. Cuba no es López. López es una provincia española. Es más que Cuba. El Gobierno es más López que cubano.

No era esta gestión privilegiada lo único que obtenían los prohombres del que Polavieja llamaba Partido Español. El honesto gobernador Salamanca relata al Ministro las impresiones de un viaje en que visita los grandes ingenios de los hacendados integristas Casa Moré y Apezteguía. Los hermanos

Apezteguía, uno de los cuales presidirá pronto la UC, se reparten según confesión propia una ganancia anual de un millón de pesos y pagan contribución de dos mil. Aquello era Jauja.

El correlato lógico de semejante monopolio de poder fue una Administración corrupta, en cuya denuncia inoperante los autonomistas desempeñaron un papel destacado. Al carecer de estabilidad en sus empleos, los peninsulares destinados a Cuba, denuncia el moderado Ricardo Dolz, «viviendo entre la incertidumbre de hoy y las privaciones de mañana, se encuentran solicitados por todas las formas del cohecho y todos los halagos de rápida cosecha y son-sacadores provechos». Por añadidura, aquéllos que salen cargados de botín regresan a veces «para análogos o más ventajosos y lucrativos destinos». Los escándalos se suceden en la década de 1880 y las denuncias arrecian, incluso en el Congreso de Madrid, en una década salpicada de casos que culminan con la huida a Nueva York del secretario de la Junta de la Deuda, Luis Oteiza, tras realizar los cupones de un talonario de títulos. Los gobernadores podían percatarse sin problemas de cuanto ocurría, pero casi nunca llegan a intervenir. El general Salamanca, que llega a la Isla con fama de moralizador, muere en circunstancias extrañas. Y unos meses más tarde, el también general Polavieja arranca con fuerza señalando la corrupción de la Justicia, a agentes califica de «bandidos de toga y birrete», pero al serle preguntados los nombres de tales bandidos por el ministro de Ultramar, responde que se trataba sólo de una apreciación de carácter general.

En el plano político, el gobernador general se encargaba de garantizar el predominio absoluto de la UC: a) proporcionando a los agentes inferiores las oportunas instrucciones y cubriendo las irregularidades que pudieran cometer; b) actuando selectivamente contra la propaganda y los intentos de control de los autonomistas en las elecciones, y c) jugando a fondo con la discrecionalidad que le asignaban los decretos vigentes en materia electoral. Así podía dar la vuelta a eventuales elecciones desfavorables para la UC, designando alcaldes, presidentes de Diputaciones o comisiones permanentes de signo contrario al indicado por las urnas, si los vencedores habían sido autonomistas.

Ni los gobernadores generales de signo liberal dejaron de ejercer esas facultades discrecionales en favor del Partido Español. En 1881, el general Blanco lamenta en su informe decenal al ministro de Ultramar que los conservadores no hubiesen logrado el copo en La Habana, y compensa la designación del autonomista Saladrigas para la presidencia de la Diputación, al haber vencido los autonomistas, con una Comisión permanente integrada sólo por conservadores. Incluso en el momento de apertura de Maura, el general Calleja, tan denostado por los integristas, procede del mismo modo a pesar de la victoria autonomista en Santa Clara. Era un juego inevitablemente trucado, donde los integristas siempre vencían y los autonomistas se encontraban siempre en situación minoritaria, por una serie de filtros que comenzaban en una ley electoral discriminatoria y se cerraban con la intervención directa del gobernador general. Si el sistema político de la Restauración constituía una deformación de la monarquía parlamentaria británica, tal y como

ha probado Miguel Artola, el régimen colonial cubano era a su vez una deformación del español, en la medida que existía el bipartidismo, pero sin admitir el turno, con un eterno vencedor. Todo sucedía como si la Isla fuese una posesión particular de la UC en razón de su patriotismo español y de la permanente sospecha de independentismo que recaía sobre los autonomistas. Aunque por debajo de las palabras, lo que contaban eran los intereses.

En la Península se encontraban los cables que sostenían el funcionamiento del tinglado insular. Los diputados de la UC mantenían una relación permanente con el partido de la Isla, y se comunicaban fluidamente con el ministro de Ultramar por encima de las diferencias de color de cada ministerio. No es que fueran ministeriales de todo ministerio, sino que se las arreglaban de modo que todo ministerio respondiese positivamente a sus demandas. Además con frecuencia hombres de la UC ocupaban puestos de responsabilidad en Ultramar y en alguna ocasión, el propio ministro pertenecía al Partido en función de una flexible doble militancia: casos de Víctor Balaguer en el Gobierno Sagasta y de Francisco Romero Robledo en el gabinete Cánovas. Nada tiene de extraño que éste último ensayara con sus reformas de 31 de diciembre de 1891 convertir el entramado cuadrangular en un triángulo, disminuyendo el peso del gobernador general, al potenciar las provincias frente a la unidad administrativa de la Isla y colocar a tres gobernadores de región en comunicación directa con el ministro de Ultramar, de la UC naturalmente, convertido en centro de las decisiones. La autonomía relativa del gobernador general desaparecía y la UC lo hubiera tenido todo en sus manos. Aun sin alcanzar ese extremo, lo cierto es que la UC logró ejercer, a lo largo de su existencia, una presión lo suficientemente eficaz sobre los gobiernos de la Restauración, tanto conservadores como liberales, como para bloquear una tras otra toda reforma que considerara lesiva para sus intereses económicos y políticos, por encima de las promesas que antes hubiera podido hacer el gobierno de turno. Como es lógico, tales resultados no se alcanzaban por medio de la capacidad de convencimiento, sino gracias a la corrupción.

El episodio de las subvenciones abusivas del Estado, logradas en 1887 por la Trasatlántica, del hijo de López, cómo no, por el transporte de correspondencia entre Cuba y la Península, constituye el mejor ejemplo de hasta qué punto existía una alta permeabilidad en la clase política de la Restauración para que los intereses privados se impusieran a los públicos de forma fraudulenta y escandalosa. De la entidad del desfalco da idea que en 1882 fuera ofrecido por cierto marqués del Campo un contrato alternativo a la Trasatlántica en que el monto sería de 102.000 duros al año en lugar de los 720.000 duros que el Estado abonaba a la Trasatlántica. Cuando en 1887 el Gobierno Sagasta plantea ante el Congreso la aprobación de un nuevo contrato, pero de similares características, aunque los conservadores le apoyan significativamente, la oposición será notable, probando el posibilista Celleruelo que el contrato, y por 20 años, era una auténtica estafa para el interés público. Ello era acorde con la tradición de una empresa que había logrado sus beneficios, más que con el transporte en condiciones a veces inhumanas de los pasajeros, con los

contratos fraudulentos que arrancara del Estado. Incluso probó Celleruelo que la subvención ofrecida por el Gobierno era mayor que las peticiones de la misma empresa. Ni siquiera trataron de desmentir sus principales cargos desde los escaños del Gobierno. Y el anterior ministro de Ultramar, Germán Gamazo, que había ratificado el convenio, no dudó en afirmar en su discurso que sólo el Ser Supremo juzgaría su decisión. «No acostumbro a tomar por jueces de mis móviles a los hombres», exclamó. Entre tanto, según la historiadora Elena Hernández Sandoica, su benevolencia hacia López le había valido un hermoso palacio, todavía visible hoy en la calle Génova de Madrid. Las presiones debieron ser ejercidas en todas las direcciones, porque incluso en el interior del grupo parlamentario autonomista, cuya primera intención era llevar al Congreso «la protesta que formula el país cubano», el representante del partido en Madrid, Rafael María de Labra, hombre de la Restauración al fin y al cabo, apagó la irritación; ya diría él unas palabras, y las dijo de modo que suscitó la felicitación del propio Gamazo. En el Congreso, al contemplar el cariz peligroso del debate, Sagasta, presidente del Consejo, situó el tema en sus justos términos de acuerdo con la lógica del sistema: «Esta cuestión no sólo la hago de Gabinete, sino mía propia, y no consideraré como amigo mío al que no vote el proyecto» (discurso de 5-IV-1887). Con los negocios no se jugaba en el liberalismo español. Por veinte años, Antonio López había de percibir una subvención de ocho millones y medio de pesetas con cargo a los presupuestos generales del Estado.

El doble circuito, que desde Madrid aseguraba el monopolio de los intereses políticos y económicos al núcleo integrista de la UC, tenía así como soporte una red de corrupción tan adversa para los intereses de Cuba como para los de la Metrópoli. El pequeño libro de Carmen Barcia aporta en este sentido datos irrefutables. Pero tal era la regla de juego en la España de la Restauración. Quedaba así constituido un circuito cerrado sobre el cual no cabía introducir modificaciones parciales. Si cesaba la manipulación electoral en la Isla, tomaba allí el poder el Partido Autonomista, y desde la reducción del presupuesto a la limpieza de peninsulares corruptos en la Administración todo empezaría a desmoronarse. Otro tanto podía ocurrir si el ministro de Ultramar o el gobernador general intentaban establecer el imperio de la moralidad: UC les declararían una guerra a muerte, y de paso dejarían de percibir el precio de su participación. Y si la UC defendía los intereses económicos de la Isla, los privilegiados y las sanguijuelas de la Península responderían con toda violencia, y el propio Gobernador General tomaría la iniciativa de la réplica, apoyado por el grupo financiero de Calvo, al contemplar con asombro y temor que ante sus ojos tenía lugar una convergencia de fuerzas económicas insulares, preludio a su entender del fin del dominio español sobre la Isla.

La trama era irreformable, porque su mantenimiento sin fisuras constituía una exigencia técnica para que no corriera riesgos el agregado de intereses económicos, políticos y de corrupción propios del núcleo integrista. Tenía en cambio dos defectos. El primero, ser perfectamente legible para los cubanos, inutilizando la vía del compromiso ofrecida por el autonomismo, y haciendo

inevitable y necesaria, como explicó José Martí, la guerra por la independencia. El segundo, su creciente desfase respecto de la evolución económica de la Isla, cada vez más alejada de los tiempos dorados en que todo era incrementar la producción de azúcar y las ganancias sobre la base del trabajo esclavo. Ahora el sistema productivo experimentaba profundas transformaciones técnicas, la esclavitud dejaba de ser necesaria, entraban en juego los intereses de otros sectores como el tabaquero, y *last but not least*, el precio del azúcar estaba sometido a fuertes oscilaciones, con permanente riesgo de crisis, y dependencia creciente por su cuota de mercado de la que ya era de modo indiscutible la metrópoli económica de la Isla, los Estados Unidos. Ante la presión angustiosa de los vaivenes de la demanda, no bastaba con medidas defensivas del sistema de poder de hacendados y financieros. Resultaba indispensable arrancar del Gobierno de Madrid una política económica que aliviara el impacto de la crisis y atendiese a la relación privilegiada de la Isla con los Estados Unidos, abriendo la economía insular por medio de tratados de comercio. El estudio sobre comercio y poder finiseculares del historiador cubano Oscar Zanetti proporciona un análisis diáfano de ese proceso de cambio. Por eso las tensiones afloran cada vez que despunta una crisis económica: en 1884 por la caída del precio del azúcar, dando lugar al intento de reunir una Junta Magna de todas las fuerzas económicas, y en 1890 ante el giro proteccionista de la política norteamericana, poniéndose entonces en marcha el Movimiento Económico, que mantiene su actividad hasta 1892, con una convergencia de intereses que los autonomistas tratan de articular.

El gobernador Del Castillo cortó de cuajo el primer intento en 1884 y otro gobernador, Polavieja, logró ahogar la expansión del Movimiento Económico en 1891. Las aguas volvieron al cauce de la sumisión, pero la contradicción de intereses quedó espectacularmente de manifiesto. Posiblemente, sólo el temor al carácter revolucionario de una insurrección por la independencia contuvo la orientación de las elites insulares hacia la ruptura. Las clases productoras de la Isla tenían cada vez más preocupaciones inmediatas, que concernían a todos, a hacendados grandes y medios, a navieros no monopolistas, a fabricantes de tabaco y a los sectores profesionales vinculados a los grupos anteriores. Por algo el general Polavieja veía con *los económicos* dibujarse la imagen de una isla de Cuba que se alzaba frente a España en defensa de los propios intereses.

Paralelamente, la erosión alcanzaba al interior de la UC y el mismo gobernador Polavieja tuvo ocasión de palparlo al intentar controlar la crisis surgida tras la muerte de Casa Moré por la presidencia de la UC, a la que consideraba clave de bóveda del dominio español. Por eso mismo, a su juicio, «el Gobernador General debía ser el jefe del partido español, si bien manteniendo las reservas de su posición oficial». Los acontecimientos de 1890-92 quebrantaron ese vínculo lo suficiente como para que al emprender la UC integrista en 1893 su cruzada contra las reformas Maura, los «económicos» del partido, acaudillados por Arturo Amblard, titular del más importante bufete de abogados de la Isla, se escindieran creando el Partido Reformista, como mauristas

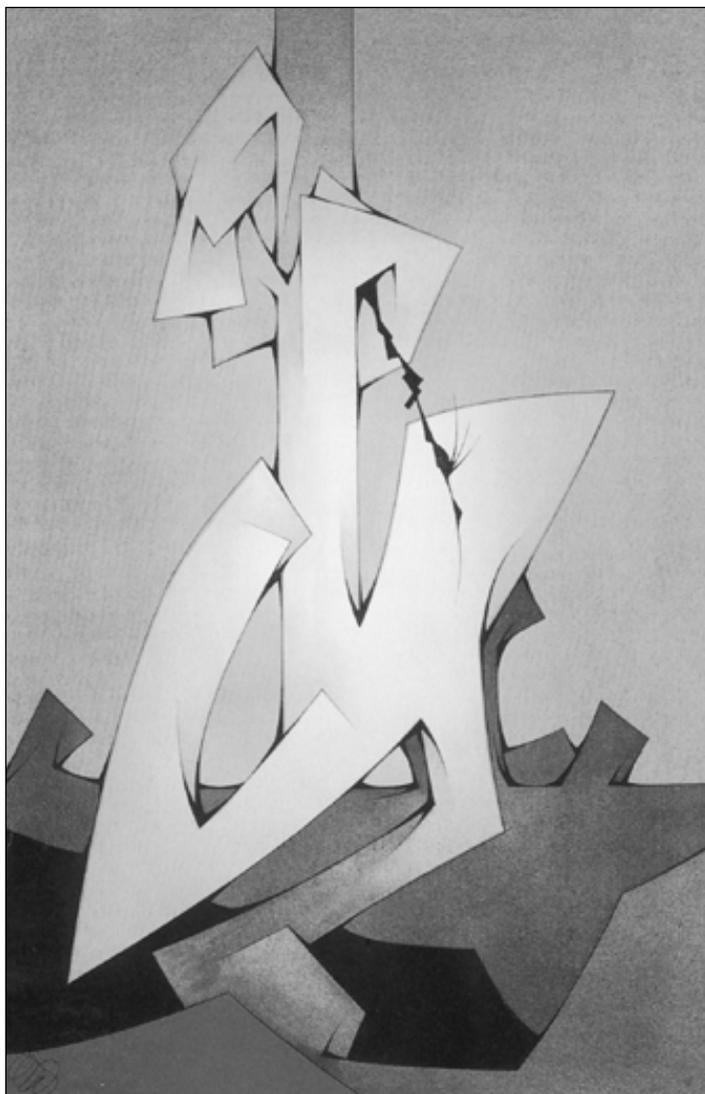
contra la opinión de Maura de mantener unida la UC. Los sectores más dinámicos del capitalismo español en Cuba iniciaban así la deriva que les lleva primero a la alianza con el autonomismo, y siempre a rechazar la idea tradicional de Cuba española en nombre de una moral de adecuación, compatible tanto con una independencia conservadora como con la anexión.

La quiebra del modelo de dominación resultó evidente y la insurrección constituyó la única respuesta posible a lo que no fue, como se viene diciendo, ceguera o incompreensión, sino defensa a ultranza de unos intereses económicos basados en el expolio de la colonia. El problema para los integristas de La Habana y de Madrid no consistía en preservar la soberanía de España sobre la Isla, sino en mantener abiertos, hasta el último momento, los canales que por las vías del monopolio y la corrupción hacían posible su enriquecimiento. De ahí que se opongan ferozmente a la autonomía, y no sólo con las ideas, sino impulsando las asonadas de 25 de diciembre de 1897, ensayo general, y del 12 de enero de 1898, en conexión con Madrid (¿Romero Robledo? ¿grupos militares coaligados con integristas?) según informa Moret, ministro de Ultramar, al gobernador general Blanco. Signos de desesperación e impotencia, las últimas asonadas responden fielmente a la lógica del integrismo. Los gritos de muera la Autonomía y viva Weyler reflejaban la destrucción que para su agonizante sistema de intereses representaban el pluralismo político en la Colonia y la pérdida de su principal instrumento, el gobernador general como clave de bóveda de su propio poder. ¿Qué les importaban los intereses reales de la nación, si desde siempre éstos habían sido los suyos? Todo era válido con tal de arruinar el nuevo régimen, y en buena medida lo lograron provocando el envío a La Habana del Maine, primer paso de la intervención norteamericana. Por algo el patriotero diario de Romero Robledo, *El Nacional*, conjuga el ataque a muerte contra la autonomía y la propaganda ocasional de la anexión. El «honor de España» se movía, como siempre, al dictado de los intereses materiales del grupo integrista.

En apariencia, Cuba venció, logrando la separación de España, y los integristas pasaron a la sombra de la historia. A alguno, Santos Ecay, le encontramos todavía en 1922 fundando el primer periódico fascista español, *La Traza* y por la vía militar el concepto colonial del «honor de España» alcanza a la figura del general Franco, tan angustiado en su memoria personal por la pérdida de Cuba. Las formas de corrupción introducidas en la clase política española por el *lobby* integrista estaban destinadas a tener una larga vida hasta el fin de la Restauración: veremos incluso a Antonio Maura intervenir en la cuestión del abastecimiento de agua a Madrid con el mismo desprecio de los intereses públicos que mostrara su suegro Gamazo con ocasión del contrato privilegiado de la Trasatlántica.

Finalmente, el derrumbamiento del tinglado de poder integrista tuvo posiblemente aun mayores costes para el futuro de la Isla. La corrupción administrativa de la nueva República enlazó con la tradición corrupta de la Colonia. A las «zafas en agua salada» del naviero López sucedió la administración pública como zafa, de que habla Jorge Ibarra. Y sobre todo la camisa de fuerza

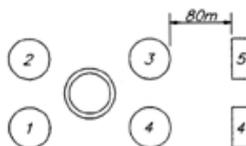
que inmovilizara políticamente a la Isla hasta 1895 determinó el fracaso político de unas elites criollas que montadas sobre las últimas olas de la prosperidad del siglo XIX intentaron forjar una vida política y hacer país. Las destrucciones de la guerra y la forma de tutela implantada por los Estados Unidos hicieron el resto, dando lugar, a pesar del renovado crecimiento económico, a un panorama de fragmentación política, inseguridad permanente, violencia, y, a fin de cuentas, sentimiento de frustración respecto de aquellos objetivos de afirmación nacional que bajo una u otra forma habían surgido en el prolongado pulso con el sistema de dominio español.



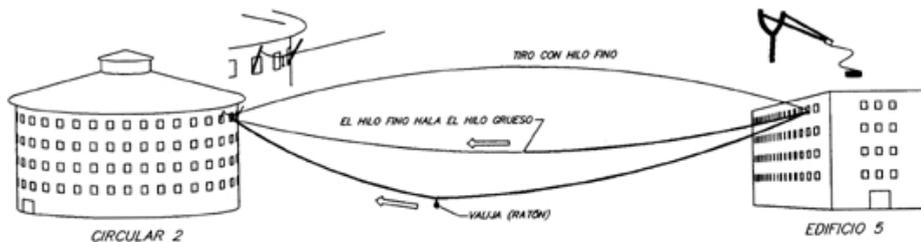
Para comprender el Presidio Político Cubano hay que verlo como una continuación de la lucha contra el régimen de Castro. El gobierno nos había privado de la libertad física y ahora pretendía aniquilar nuestra capacidad de pensar libremente. Teníamos que defendernos.

Es esclarecedor destacar que para los cánones de rebeldía de nuestro presidio, el pobre Ivan Denisovich de Solzhenitsyn, víctima modelo de la represión staliniana, era prácticamente un colaboracionista.

Nuestra resistencia, como toda empresa exigía organización y uno de los primeros requisitos era establecer buenas comunicaciones. Esto era relativamente sencillo pues se contaba con claves bastante seguras y el resto consistía en una paleta de cartón blanco que según la posición eran puntos o rayas. Donde comenzaban las dificultades era en el transporte de mensajes escritos, "publicaciones" o pequeños objetos como piezas de radio etc. El mayor desafío constituía lograr estos objetivos entre el edificio N°5 y la circular N°3 ya que las distancias entre las circulares N°1 y N°4 así como entre la N°2 y la N°3 estaban fuera de nuestro alcance por limitaciones "tecnológicas".



Los medios eran muy simples: El hilo de medias destejidas; una onda fabricada con pedazos de goma de alguna recámara vieja encontrada en el campo, bien atada a una buena horquettilla preferiblemente de palo de guayaba y pedazo de plomo. El clásico tira flecha con que se jugaba de niños.



Todo el proceso se realizaba de noche, con la valija y el hilo negro para mayor seguridad. Las autoridades del penal tenían idea de cómo se hacía todo esto, pero era muy difícil impedirlo. Hubo ocasiones en que los guardias descubrieron el ratón, durante los muy raros tiros diurnos, y era todo un espectáculo verlos correr detrás del ratón tirándole piedras para atraparlos, mientras los presos los desafiaban desde las ventanas con chiflidos y algún jocoso comentario.

DOSSIER

El presidio político en Cuba

La gráfica de este dossier está conformada por fragmentos de mensajes y cartas escritos por los prisioneros durante su estancia en las cárceles.

Deportación a Fernando Poo

Anónimo

(Fragmento)

Desembarcamos a pié de la fortaleza, subimos por el camino abierto; nos manda hacer alto la avanzadilla; varios voluntarios sueltos se agrupan a nuestro alrededor; no solo somos atrozmente insultados, con frases que no habian herido nunca nuestros oidos, sino que, empuñando con furia los puñales que la mayor parte ostentan, piden á gritos que se nos fusile. Llegamos á lo alto de la fortaleza; en la calle llamada de los Voluntarios, fórmasenos de dos en dos entre las filas abiertas de los voluntarios del batallon de Lijeros que montaban aquel día guardia; mas de dos horas permanecemos de pié bajo un sol que nos sofocaba, casi hidrófobos por la sed que experimentamos; dos horas de mortal angustia en que la amenaza se une á la burla, en las que los mas groseros insultos silban á nuestros oidos mil veces mas desagradablemente que lo hicieran las balas con que se nos amenaza. Las hojas de los puñales vibran en el aire blandidas por cobardes brazos de ansian descargarlos sobre un pequeño número de hombres indefensos, aprisionados, que contestan á sus insultos y feroces ademanes, a sus ofensas y provocativos dictados, con despreciativo silencio, con tranquila mirada y con faz serena, cuando no con significativa sonrisa o desdeñoso mohin. De uno en uno se nos introduce en un cuarto; en él somos minuciosa y ridículamente rejistrados: minuciosamente porque no solo nos obligan á desnudarnos completamente, hasta quitarnos las medias, sino que introducen los dedos por nuestra cabellera, descosen el forro de los sombreros, aplastan las corbatas, ven bien las pretinas de los pantalones, observan si entre la suela de los zapatos hay algún espacio capaz de servir de escondrijo; ridículamente porque ¿qué arma podemos llevar? ¿qué tamaño pudiera tener para esconderse pudiera entre el pelo? y fuérase cual fuera su importancia ó dimensiones, ¿qué uso hacer de ella, ó contra quien emplearla en oscuro calabozo encerrados, con gruesos barrotes de hierro hechas las puertas, entrando ellos siempre dentro de los encierros armados, en peloton, custodiando la prision gran número con el arma preparada y bayoneta armada? Concluido el registro, fuimos encerrados en el calabozo nº 58 de la misma calle; empieza desde este día 14 de Febrero un nuevo género de tormentos, nuestra vida será un existir milagroso; nunca podemos asegurar que al minuto siguiente aún serémos, continúa capilla que dura treinta y cinco dias; pasa-

rémos por todas las angustias y sobresaltos del reo llegado á tan último trance. Mas tan singular posicion merece capítulo aparte, y será objeto del siguiente.

III

No estaba vacío el calabozo n^o 58: en él se hallaban ya diez y seis desgraciados cubanos; á los pocos días de nuestro ingreso entraron cuatro mas, lo que hace un total, con los quince procedentes de Cárdenas, de treinta y cinco individuos, que tuvieron que alojarse en una especie de nicho mortuorio (que tal parecía por su figura y techo abovedado) de solo diez y seis varas de longitud por seis de anchura, lo que dá una capacidad de ciento doce varas cuadradas, de cuyo espacio hay que deducir el ocupado por veinte y cinco catres, un zambullo, una media tina y una tinaja. Es el piso de piedra, de mampostería con lijero revestimiento de cal las paredes y techo; á lo largo de este y aquellas filtra incesantemente el agua, lo que hace que el pavimento esté siempre mojado; en esta perenne humedad vivrémos treinta y cinco dias, durmiendo sobre el suelo, sin nada que nos guarezca de la humedad, tres noches, mientras les es posible ó se permite a nuestras familias el envío de catres; sin mas agua que la que cabe en una pequeña tinaja, que unos dias llenan dos veces, que otras no se logra lo hagan mas que una; apenas alcanza para apagar la sed; imposible emplear la mas corta cantidad en el aseo de nuestra persona. Muchos sacrificios tendremos que hacer de nuestros hábitos, de las costumbres que la educación recibida hace que constituyan una segunda naturaleza; con estremadísima repugnancia que vencer solo puede la mas imperiosa necesidad, forzoso será que freguemos los platos que han servido para nuestra comida en la pequeñísima y no siempre renovada cantidad de agua que contiene la media tina sobre la que se sustenta la tinaja. Pero esto no es nada; tendremos que servirnos todos del mismo recipiente para nuestras necesidades corporales, las que verificamos, pues no hay otro remedio, en el mismo local en el que comemos y dormimos, al pié del mismo servicio; muchas veces al dia habremos de barrer el calabozo, y afortunados cuando, á costa de muchas súplicas, alcanzamos un poco de cal para regar las piedras y oponer un dique á la humedad cuyos morbosos efectos empezamos á experimentar. No podremos muchos dias soportar la hediondez que el zambullo despidе; no nos quejamos porque quizá entonces no lo saquen á la hora de costumbre, pues la experiencia nos enseña ya que las quejas como las súplicas producen, en general, resultado contrario.

Comemos los tres primeros dias de la cantina de la fortaleza; el arte culinario desconoce el nombre y composición de los platos que á buen precio nos sirvieran; una onza diaria le producía al cantinero nuestro solo calabozo, y no es posible decir si es carne lo que negro é informe, elástico y difícilmente masticable, nada en un mar de salsa espesa, con frecuencia llena de moscas y que contiene tres ó cuatro pedazos de patata no siempre sana, de gusto indefinible ya por su calidad, ya porque así se lo trasmite la salsa en que se bañan. No es posible beber vino; la ciencia de los venenos podrá describir alguno de efectos tóxicos mas rápidos, de seguro que no podrá presentarlo de sabor mas

nauseabundo. El plato único y siempre sucio en que es servida la comida, previamente rejistrada con la punta de la bayoneta las mas veces, con el dedo muchas, cuando no con la cuchara sucia de todos los voluntarios que tal reconocimiento les place hacer, no podemos comerla sino con cuchara; prohibido todo instrumento cortante ó punzante, ni tenedores ni cuchillos, por mas que estos no tengan punta, no será permitido, y esto será causa de que nos quedemos sin comer, hasta que ya acostumbrados con nuestra nueva posicion aprenderemos a partir con los dedos, con estos y los dientes embadurnándonos la cara y manos de manteca, los llamados *beafsteaks* de la Cabaña, los pedazos de caucho nombrados carne guisada con papas. Algunos dias después, reciben la mayor parte cantinas de sus casas, lo que no comerán juntos con los otros; el alimento al menos será sano, abundante y bien condimentado, pronto se conocerá el cambio en la mejora que se apercibe en nuestro estado general de salud, pasando por encima de los platos, por falta de espacio, los que tienen que atravesar de un lado á otro del calabozo; sin cubiertos, sin vasos en que beber y sin tranquilidad alguna, porque cuando no son los insultos de los voluntarios que pasan por la calle, se paran en la puerta y ventanas de la prision y dirijen los mas denigrantes epítetos é injuriosos dicitérios, será una órden terminante del cabo de cuarto para que saquen inmediatamente las cantinas, porque si no abrirá mas la prisi3n y no se entregaran a los criados. Hay que dejar de comer, practicarás nuevo rejistro en las cantinas; con brutales modos y groseras palabras nos impedirán hablemos al criado, ya para enviar nuestros recuerdos á nuestras queridísimas familias, ó en demanda de algún cambio de alimento. Sobreviene la noche, fúnebre candileja que despiende densas nubes de espeso humo, efecto de la combustión de gruesísima torcida empapada en negra y espesa grasa, producirá mefíticos gases que desvanecerán la cabeza y causarán vahídos a los que cerca de ella duermen. Pasan por la calle numerosos grupos de voluntarios que entonan provocativas e injuriosas canciones dirijidas contra todos los presos; á determinados prisioneros otras. Por el alboroto que producen creería cualquiera que en furiosa bacanal, era uno testigo de escesos ocasionados por prolongada orgía; y bacanal propiamente puede llamarse, porque siempre estas escenas tienen lugar despues que han almorzado ó comido, y sus semblantes vinosos, sus aguardientosas voces, vacilantes pasos y descompuestos manoteos, esplican bien claro que la embriaguez entre por mucho en el amor en que por España creen arder, amor pátrio que desconocen; que no es él lo que ciertamente los anima, que sagrado fuera entonces y nosotros lo respetáramos, por mas que á el fuéramos opuestos; sino los intereses que ven van á perder, el monopolio que no podrán ejercer mas, el fraude y el robo que ya no les será posible. Toques de corneta, llamadas y redoble de tambores que no cesan nunca, que rara vez vemos son obedecidos, hieren incesantemente nuestros oídos y hacen imposible el descanso y el reposo. La diana tocada con singular persistencia á la puerta de los calabozos nos hará despertar bien temprano. Son las ocho de la mañana, los ecos armoniosos de una música guerrera anunciarán que vá á mudarse la guardia; cuando se halle mas cerca oirémos que por paso doble

tocan el Himno de Riego ó el de Espartero; dos marchas que en España anuncian siempre épocas de libertad, que por ello en largas épocas su ejecución ha estado prohibida, y que por horrible sarcasmo los españoles voluntarios de Cuba, las hacen oír siempre que penetran en el recinto donde moran aprisionados centenares de individuos víctimas de su despotismo; donde yacen sumergidos en tenebrosos y húmedos nichos multitud de seres que sin que siquiera se les haya dicho el por qué de su prisión, esperan la muerte con que diariamente se les amenaza.

Es la hora del relevo, hora de mil angustias y ansiedades; ya han aprendido los presos el turno para el servicio que siguen los batallones de voluntarios; ya saben que los de nueva formación son los que peor los tratan; los que mas sucios y groseros les harán sufrir mil tormentos, los que embriagándose despues de almorzar y comer entonarán insultantes y obscenos cantares, los que darán el grito cien veces repetido de «¡á las armas! ¡acabemos con esos cab...!» los que no haciendo caso de los pases concedidos á nuestras familias para podernos ver, desobedecerán las órdenes del Capitan General, contra el que proferirán mil denuestos y groseros dictados; los que dirán que si el General Dulce manda en la Habana, ellos mandan en la Cabaña: los que no cumplimentarán una orden de libertad para uno de los presos, y antes por el contrario, haciendo alarde de la desobediencia esclamarán: «De aquí no sale ni un chicharo, ni uno solo de estos cab...»

Distribúyense las guardias; ábrase la puerta del calabozo, se nos manda poner en doble fila, porque en una sola no cabemos, pásase lista sin que ni un solo dia logremos se lean nuestros nombres y apellidos tan como ellos son; insúltase el oficial lector si sobre ello se hace alguna reflexion, advirtiendo que no va allí a dar lecciones de lectura; se nos cuenta una, dos, tres y mas veces muchos dias, sin que ni en uno solo logren contar treinta y cinco individuos en la primera tentativa; ejecútase esta operacion por un sargento las mas de las veces, como se hiciera con animales, ni una sola palabra decente para indicar la colocacion ó cambio de puesto que se desea; usando el lenguaje mas áspero y tocando con el extremo del dedo en el pecho se dirá uno, dos, tres, etc.; responderán cuando el gefe pregunte si está bien el número ó cuántos son: «ya los he contado, son treinta y cinco individuos». Nuevo centinela que principiará ejerciendo sus funciones no permitiendo asomarse a la ventana ó aproximarse á los barrotes de la puerta; nuevo cabo de cuarto que hará presente no abrirá el calabozo sino cuando le acomode, por mas que haya pasado la hora racional de almorzar ó comer, por mas que hayan transcurrido mas de tres horas que las cantinas se hallan al frente de la prision: nuevo cuerpo de guardia, los voluntarios que lo componen, harán gala de escrupulosidad en el registro de ellas, y hasta el pequeño fuego que para que se mantengan calientes llevarán abajo, lo removerán soplando la ceniza; en el que hasta la sopa de fideos, como si en ella fuera posible ocultar algún papel ó arma, será removida, y para esta operación emplearán la bayoneta cuando no el dedo; en que el pan será partido, inutilizados los tabacos que nos mandan, rajándolos de arriba abajo, y deshechas las cajetillas de cigarros, que a granel

nos entregarán. Vendrá la noche: cada cinco minutos cien voces estentóreas darán un alerta de prolongada duración; el centinela que custodia el calabozo tendrá mucho cuidado en introducir la cara entre dos barrotes de la puerta y con un grito salvaje, indescriptible por lo descompasado, repetirá la alerta, causando en los compañeros de armas homéricas carcajadas que el Dante solo en sus infernales escenas podría pintar. Y sin embargo, esto es lo normal, ni un solo episodio vá descrito que no sea lo diario, hay días extraordinarios, días de escenas nuevas, en que se ejecutan dramas desconocidos: días en los que se disparan los fusiles, en que hay carreras, voces, amenazas de nuevo género, en que es milagroso no perezcamos; en que es hasta una imprudencia por nuestra parte hablar en voz baja; en que el Coronel del batallón de Lijeros viene a la puerta del calabozo a suplicar no lo hagamos, porque sus voluntarios se hallan muy excitados, quieren ejecutar un degüello general, y no responde de ellos.

Mas esos días, muchos en número, merecen la descripción particular que hacemos en el siguiente capítulo.

IV

A los pocos días de estar presos en la Cabaña, entra una mañana en nuestro calabozo el segundo Cabo General Espinar, seguido de muchos oficiales y voluntarios, nos manifiesta que estamos en plena libertad de recibir á nuestras familias y amigos, que tambien podemos escribir, que lo único que se nos prohíbe es, que tanto lo que hablemos, como lo que escribamos, se roce con la politica en general ó aluda á los acontecimientos que tienen lugar en el país; nos pregunta tambien si tenemos que darle alguna queja contra los voluntarios; si de ellos éramos maltratados de palabra ú obra. Mucho agradecemos la comunicación en que se nos ponía, por mas que nunca fuera una verdad, porque a ello se opusieron siempre los voluntarios, contestándonos con mil bufonadas y chocarrerías cuando les manifestábamos que así nos lo había expresado y á ello autorizado el General Espinar. Por demas ridícula fué la pregunta hecha por S.E. acerca de las quejas que pudiéramos tener contra los que nos custodiaban, hecha en alta voz y á su presencia; nosotros constamos negativamente, porque así lo exigía nuestra dignidad, nunca nos hubiéramos perdonado el que conocieran que sus instintos y amenazas producian el efecto á que ellos aspiraban, antes por el contrario, nunca oyeron de nuestros labios la menor recriminacion; hubiéramos, sin esta razón, dicho también que no, porque nuestra respuesta afirmativa haría mayor su encono, nos proporcionaría mayores disgustos.

Todavía no conociamos bien á los voluntarios de la Habana, lo que fué causa de que por algunos días alimentáramos la esperanza de que la visita del General Espinar produjera algun resultado beneficioso con respecto á nuestra situacion. Bien pronto habiamos de desengañarnos: en vez de llegar a nuestro encierro alguna autoridad ó juez que nos tomara declaración, en lugar de ver alguna determinación que indicara que en nosotros se pensaba, que nuestra suerte iba á ser legalmente juzgada, cada dia aumentan mas las amenazas de

los voluntarios, tomando un nuevo aspecto: nos dicen que «el pagaré vá á cumplirse», «que entonces efectuarán el cobro» aludiendo con la primera frase á que está próximo el 21 de Febrero, dia en que termina el plazo de amnistía, que para nosotros fuera inútil, que no impidió nuestra prision; con la segunda, que ese dia era el señalado para la Saint Barthelemy de que tanto se nos ha hablado desde que á la Habana llegamos. Nadie ignora los sucesos del día 21 en la Capital; todo el mundo sabe que el 6º batallon de Voluntarios esperó al de Ligeros en el Cuartel de la Fuerza, que reunidos intentaron asaltar las fortalezas y ejecutar el degüello general de presos ofrecido. Siniestro, bárbaro proyecto que pudo hacer fracasar el General Espinar presentándose á bordo del vapor en que habian de atravesar la bahía, logrando calmarlos despues de oír y refutar las mas absurdas proposiciones, entre las que descuellas por su gigantesca barbarie «la de que se negase pasaporte a todo el que intentase salir de la Isla, y la de que se prohibieran las remesas ó giro de dinero fuera del pais», fundándose en que los establecimientos no vendian nada, que estaban todos arruinados: ¡famosas frases que son el verdadero reflejo de su patriotismo, que elocuentemente esplican es el dinero su único móvil, por lo que exclusivamente se animan y pelean! Mucho sufrimos ese dia: salvados del peligro que tan de cerca nos amenazara, padecemos lo que no es decible, al saber que en la Habana habia circulado la voz que se habia ejecutado, de que era ya un hecho consumado, el degüello general de los presos: por un refinamiento de cruel barbarie, al dia siguiente no permitieron la entrada á nuestros familiares ó amigos, impidiendo tambien á los criados se aproximasen al calabozo con las cantinas: no tuvieron bastante con esto, sino que desde ese dia empezaron a circular por los calabozos ideas de envenenamiento que nos hicieron temer trataran de poner en planta, sirviéndose para ello del agua o del café que tomábamos al cantinero de la fortaleza. ¡Dias bien amargos fueron estos para nosotros; bien pronto otros habian de borrar la impresion por ellos producida, aumentando nuestras angustias, creándonos nuevos dolores!

El dia 28 de Febrero, como á la una de la tarde, se hallaba D. Benigno Gener hablando con un hijo suyo preso en el calabozo de la derecha inmediato al nuestro, y en una de las ventanas de este D. José Miguel Fernandez Morera con su hermano José Manuel. Oimos de repente turbulentas voces, gritos de ¡á las armas, á las armas! Vimos que multitud de voluntarios corrian á los armeros y volvian con los fusiles preparados, cargando los otros; que un gran número, creyendo perder tiempo, si por ellos iban, blandian en sus manos bayonetas o puñales; que en desordenado tumulto se dirijen hacia los dos calabozos, el nuestro y el inmediato, y que arrancando violentamente y maltratando a culatazos y empujones, poniéndoles al pecho la punta de las bayonetas y puñales, arrojan violentamente á los Sres. Gener y Fernandez Morera de las ventanas en que departian con su hijo el uno, con su hermano el otro. Atónitos contemplábamos nosotros esta incomprensible escena; de repente el centinela colocado frente á nuestro encierro, prepara el arma, apunta, hace fuego, la bala dá en la parte alta de una de las ventanas de nuestra prisión; preparáse nuevamente á cargar el fusil; acuden los demas voluntarios;

prodúcese un motin; mil y mil voces piden nuestra muerte; llegamos nosotros á creer que realmente se ha presentado el momento de perecer, ignorando la razón ó por qué de esta alarma, de este mayor encono; la causa que haya podido producir un conflicto que exija como resultado nuestro sacrificio. En tan críticos momentos formamos con los catres una especie de antemural delante de las ventanas y puertas; con las barras de otros que precipitadamente se desarmaron y rompen, con las botellas vacías que tenemos en un rincon, con la poca cal que nos queda de la que echábamos en el suelo para impedir hasta donde nos era dable la humedad, nos preparamos a una defensa, que si bien ha de ser inútil para nuestra salvacion, servirá al menos para que nuestra muerte no sea tan ridícula, tan gratuitamente comprada, tan fácil y cómodamente conseguida. Cuando el alboroto llegaba á su summum, cuando sanguinolenta su mirada debian ver de color de sangre todos los objetos aquellos tigres sedientos de la nuestra; cuando ya el ruido de las llaves de los calabozos nos indicaban claramente que nuestro último momento habia llegado, acudieron los oficiales y coronos del Batallón, á duras penas logran calmarlos, retíranse, en fin, amenazándonos con la accion, jurando nuestro esterinio; preséntase mas tarde el Brigadier Gobernador de la Cabaña, y ciertamente que no sabemos qué admirar mas, si su cobardía al intentar calmar al centinela, diciéndole «que confíe, que se hará justicia, que los enemigos de España tienen la culpa porque tratan de indisponer á los voluntarios; que nosotros somos una *canalla* que nos valemos de todos los medios y apelamos á todos los recursos en la rabia de nuestra impotencia y en la agonía de la revolución»; si la del centinela negando que ha disparado el arma y esplicando el tiro, diciendo «que se le ha escapado al descansar aquella»; ó si la del sargento de la guardia manifestando al centinela que ha hecho bien, que debía haber matado á alguno, con lo que hubieran muerto todos, y regalándole tres naranjas en premio de su accion salvaje.

Higinio Fernandez se llama el centinela, dependiente de una tienda de género «La Palmira», complácenos legar á nuestras familias, á todo el pueblo cubano, la deuda de gratitud que con él hemos contraido, ya que recalcitrante y trémulo de ira, con el labio inferior péndulo y balbuciente, llena de espuma la boca, ha de decirnos empuñando el fusil con rabia en la mano izquierda y agitando violentamente la derecha: «No tienen vergüenza los Ligeros, si esta noche no arden Uds. como cochinos cabr...»

Afortunadamente para nosotros, consecuentes siempre, no la tuvieron; á la mañana siguiente a la hora del relevo, formó la guardia frente a nuestro calabozo, allí permaneció mas de una hora: Higinio Fernandez estaba enfrente, y si es cierto que en los últimos momentos de la vida, queda impresa en las pupilas de los asesinados la imagen del asesino, seguro puede estar el caribe Fernandez que por largos años de existencia que les reste a los presos en los calabozos 57 y 58 de la Cabaña, será su ingrata fisonomía la impresión que sus pupilas guarden.

Pocos dias despues cae enfermo Miguel Cantero, hermano de Justo German (de Trinidad), con un fuerte ataque cerebral que lo pone á las puertas de la muerte; la falta de aire que se experimenta en el calabozo a causa de la

reunion de tantas personas en tan estrecho local, unido á que aun no se hallara completamente restablecido de un fuerte ataque de gota que lo tuviera en cama por mas de cuatro meses, y á la accion que sobre el ejercieron las influencias morales á que todos nos hallábamos sometidos, produjeron en él una especie de congestión cerebral que nos hizo temer durante tres dias por su vida, que creimos se extinguiera de un momento a otro. En la Cabaña se carece de toda clase de recursos para remediar un accidente de esta especie, pues si bien es cierto que hay un facultativo, el Sr. Valencia, y según este Sr. un botiquin, lo que contenga es para nosotros incomprensible, así tenemos derecho á espresarnos, porque enfermo anteriormente Federico Poey, y necesitando para su curacion el aplicarse cataplasmas de harina de linaza, manifestó Valencia no tener esa sustancia en el botiquin. Tres dias sufriendo atroces dolores pasó Poey hasta que logró que de la Habana le enviaran linaza, y posteriormente agua de vegeto, que tampoco pudo dárselo en la fortaleza, porque en el botiquin parece no habia sal de Saturno con que componerla. No nos atrevemos á achacar sino á carencia de recursos esta falta de auxilios, porque no queremos pensar fuera la mas cruel de las inhumanidades el verdadero móvil de tanto abandono. Cuatro médicos habia en el calabozo, los que con sus cuidados inteligentes, con los recursos medicinales que lograron de la Habana, y con el auxilio de un distinguido facultativo que á ver venía á su hermano, médico tambien, y que con nosotros se hallaba preso, se logró recobrase su salud Cantero, que en los tantos momentos de lucidez que tuviera durante tres dias no nos dirigió la palabra mas que para manifestar su gratitud y suplicarnos no permitiéramos su traslado al hospital, pues queria morir en medio de nosotros y por nosotros atendido.

En los primeros dias del mes de Marzo, furtivamente introduce un amigo en nuestro calabozo el periódico del dia, y con admiracion leemos que por la Intendencia se convoca á los dueños ó consignatarios de buques que reunan las condiciones fijadas, para que nos presenten sus proposiciones, a fin de conducir los presos políticos del Morro y la Cabaña á Fernando Póo; señálase en la citación el dia 7 del mismo mes como plazo para la presentación de pliegos. No es dable al que esto escribe llevar al ánimo del lector, por medio de la descripcion que hacer pudiera, una idea ni aproximada del efecto que la lectura produjo en nuestros ánimos. Sorprendidos como nosotros todas las personas que lograban podernos ver, también como nosotros creyeron que la medida no podia ser general; hablábase de causas ya formadas, y como a ninguno de nosotros se nos tomara la mas mínima declaración, nos creiamos exentos de tan atroz medida, sin embargo de que la frase *todos los presos políticos* que contiene el anuncio oficial de la Intendencia, no deja lugar á dudas é invalida todo el comentario en contra. Pasa el dia 7, nada sabemos sobre si hay ó no buques; tres ó cuatro dias despues preséntase á la puerta de nuestro calabozo un oficial, y nos manifiesta que nos preparemos (sin fijarnos tiempo) para embarcarnos con destino á Fernando Póo; creimos que el embarque seria aquella misma noche; recojimos las dos ó tres mudas de ropa que en la prision teniamos, y sin mas equipaje y careciendo absolutamente de dinero,

nos preparábamos para salir, pasando la noche en la mas cruel ansiedad, despidiéndonos mentalmente de los seres queridos que dejábamos en Cuba, y á los que quizá no volveríamos á ver mas; llorando por la situación en que quedaba nuestro pais, sujeto a las mas espantosa anarquía, sin mas gobierno que la voluntad de los voluntarios, en su mayor parte escolta de todas las provincias de España.

Algunas personas logran vernos al siguiente dia; por ellas sabemos que el buque que nos ha de conducir aun no está listo, será el transporte de guerra *San Francisco de Borja*, que está en el arsenal recorriendo su máquina, proveyéndose de carbon, surtiéndose de víveres, trabajando en él carpinteros para hacer diversos compartimentos. Dícese tambien que no todos van á Fernando Póo, que aquí solo irán los encausados, que los que no tienen causa quedarán en Canarias unos, en Cádiz otros; estas noticias generales, las particulares que de su familia ó amigos recibia cada uno, fueron una tortura perenne para nuestros cerebros, un dédalo de dudas, un mar de esperanzas ó un abismo de decepciones, que moralmente nos quebrantaron, que nos hicieron sufrir muchísimo. Transcurren algunos dias y leemos el aviso dado por el Capitan general que las familias pueden proveer á los presos de todo lo que necesiten para su deportacion; ya no puede caber ninguna duda despues de este anuncio, y sin embargo mil noticias contradictorias sobre el dia de salida, el número de deportados, el lugar de la deportación, no nos permiten un momento de tranquilidad; sujétase á mil interpretaciones la menor palabra, la mas inocente seña ó la acción mas insignificante; apenas se duerme, el menor ruido nos despierta, temiendo vengan á buscarnos; y como sucede siempre cuando el ánimo se encuentra sobrecitado, ocurren una porcion de hechos que vienen á dar fuerza á este estado febril. Una noche, y á hora desusada, se abrirá el calabozo, entrará un sarjento de ejército y pasará lista, con objeto de revisarla, según dice, haciendo guiños con los ojos, á media voz, como en secreto y con aire misterioso; otra noche correrá la oficialidad de voluntarios apresuradamente de un lado á otro; oirémos abrir y cerrar calabozos, oirémos preguntar á lo lejos «¿ya salieron todos de ese? ahora los de mas arriba», y apresuradamente reuniremos nuestra ropa e inútilmente recogeremos las camas. Todas estas impresiones chocarán abiertamente con lo que nuestras familias nos dicen: unos dias será que aun no es una cosa definitiva nuestra salida; otros que aunque se efectúe va despacio; que el buque en una semana no está en disposición de salir. En este estado de incertidumbre preséntase en el calabozo, el dia 17 de Marzo, por la mañana, el Gobernador de la Cabaña, Brigadier Salcedo, y nos previene «tiene el sentimiento de manifestarnos de órden del Excmo. Sr. Capitan General que nos preparemos para salir de la Habana, *pronto, muy pronto*; no nos dice para donde, lo preguntamos y espresa que lo ignora; se le demanda si la salida será en el mismo dia ó noche, y contesta que aunque cree que no, no lo puede tampoco asegurar. Esta continuada duda hace llecemos una vida de agitacion que en parte transmitimos á nuestras familias, á las que exigimos nos remitan con urgencia ropa y dinero; no todos lo consiguen, porque avecindados en jurisdicciones lejanas, no hubo

tiempo para ello, lo que ha hecho que muchas personas pudientes tuvieran que embarcarse sin mas ropa que la puesta, sin otro dinero que las cortas cantidades que para los gastos precisos nos dejaran en el bolsillo al ser rejistrados cuando ingresamos en la Cabaña. Desde el dia siguiente pudieron los presos que lo desearon salir á la habitacion del Gobernador á estender poderes o hacer sus disposiciones testamentarias, y desde este dia tambien con lentitud se empezó á hacer la devolucion de las cantidades que quedaron en depósito á nuestro ingreso, así como tambien las carteras y otros efectos que nos habian secuestrado. En el *Borja* hemos oido mil quejas sobre no devolucion de determinados objetos de valor y de algunas cantidades; mas ó menos abonado fuera la causa de esta falta, á achacarlo á otro móvil que no fuera honroso. El sábado 20 de Marzo, á las diez de la mañana, el Gobernador civil, Sr. Lopez Roberts, acompañando del Gobernador de la Cabaña y otros gefes, entra en todos los calabozos, donde toman nota de los bultos de equipaje que en cada uno hay, dándonosos á entender serán conducidos á bordo por cuenta del Gobierno. En este dia trasladaron á la Cabaña, atados codo con codo, los presos del Morro, á los que obligan á cargar sus maletas, muchas de las que abandonaron en el camino imposibilitados de llevarlas. Esta circunstancia y el conocimiento de dificultades que se presentaban para la traslacion á bordo de los equipajes, nos hizo experimentar mil angustias, que afortunadamente habiamos de ver desaparecer, porque la circunstancia de ser domingo el siguiente dia, permitia al presidio de la fortaleza hacer este servicio, por la gratificacion de medio peso por bulto.

La tarde de este dia y toda la noche los voluntarios, parodiando la música de la popular cancion cubana el «negro bueno», entonaron cantares alusivos á nuestro embarque y deportacion; canciones cuya letra recordamos y no reproducimos aquí por no permitir la decencia se escriban las abundantes obscenidades que las componian. En la noche de este dia, se presenta el Gobernador, se halla preso Francisco Cairo, y le dá la enhorabuena, manifestándole está autorizado para decirle que él no sale. Amanece el 21, como a las ocho de la mañana el Gobernador vá de calabozo en calabozo advirtiendo que el embarque es á las diez; poco tiempo despues entran varios sargentos y cabos de presidio á practicar, á la vista de varios oficiales, el mas minucioso rejistro en nuestros equipajes, quitándonos las tijeras, cortaplumas, pinzas, estuches de cirujía, botiquines homeopáticos, tenedores y mecheros. el presidio se hace cargo de los baules y maletas: á última hora el Gobernador dice á Cairo que tiene el sentimiento de comunicarle que á pesar de lo que le manifestó la noche anterior, vá á embarcarse, pues la imprudencia de varias señoras y señoritas de la Habana, entre las que nombra a las de Morales, hace necesaria esta medida: poco tiempo antes Cairo no habia querido recibir, por lo que dijera la noche anterior, el dinero y equipaje que le llevara un pariente suyo, á quien á mas habia entregado alguna cantidad en billetes que tenia en la prision. Ya empiezan á salir los presos; nosotros sin almorzar, pues no han consentido la entrada de las cantinas, esperamos en febril disposicion vengan á buscarnos; sentimos abrir los calabozos próximos; poco tiempo despues llegan

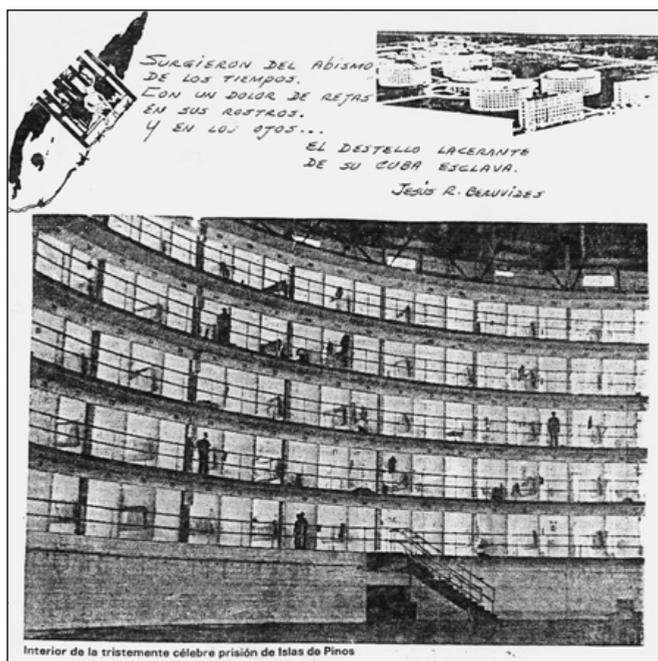
al nuestro, se nos hace salir, formar de cuatro en cuatro en medio de la calle, empiezan á atarnos brazo con brazo, colocándonos entre doble fila de voluntarios, las filas á nosotros inmediatas las forman los que nos han de custodiar á bordo durante nuestro viaje; en el extremo interior de la calle, toda ella literalmente cuajada de voluntarios arma al brazo, vemos numerosos grupos de presos; estamos á larga distancia, lo que nos impide reconocerlos: suenan de vez en cuando voces de mando; cuando no, sepulcral silencio reina interrumpido solo por el ruido de los pasos de los grupos de presos y escoltas que los custodian; de vez en cuando, aunque en voz baja, óyense las frases mas denigrantes á nosotros dirigidas; se nos ordena marchar, se nos coloca á retaguardia del último grupo de presos; mas tarde colocarán mas á nuestra espalda; vemos ya á muchos amigos nuestros, á porcion de personas conocidas; serenos, dignos todos, leemos en sus semblantes los sufrimientos pasados: parece no irémos todos de una vez; ya está completa la primera division; vamos á partir, dispónese para ello la fuerza que nos ha de escoltar; ya empezamos á marchar.

V

De cuatro en fondo y atados empezamos á descender entre dos filas de voluntarios las largas rampas que forman el camino cubierto, á todo lo largo del que, y continuando por Casa-blanca hasta el punto en que se hallaba el vapor Francisco de Borja, formaban calle voluntarios armados de todos los batallones. Las murallas de la fortaleza se hallaban de ellos llenas, y aun con natural temor recordamos que en el ángulo elevado que formaba á nuestra izquierda la union de dos cortinas de muralla, donde hay una garita, ángulo elevado que debe tener un nombre, que ignoramos, numeroso grupo al aproximarnos, prepararon sus armas y nos apuntaron; con natural temor hemos dicho, porque teniamos y aun hoy abrigamos el íntimo convencimiento de que si cuando descendimos de la Cabaña hubiera sonado un tiro casual ó intencionalmente disparado, se hubiera hecho en nosotros espantosa carnicería; se hubieran realizado los deseos, cumplido los votos de un oficial del Batallon de Ligeros, que al comenzar la marcha, dirigiéndose á la fuerza que nos conducia, dijo en alta voz: «ea muchachos, á ver si cumplís con vuestro deber y no llega abajo con vida ninguno de esos pícaros». Segun descendiamos se desarrollaba á nuestra vista en bello panorama la bahía y parte del muelle de la Habana, cubierta la primera de sin número de botes llenos de gente, así como todos los buques fondeados en la parte de Casa-blanca; numeroso pueblo que tambien percibiamos al otro lado de la bahía, en el muelle, en los balcones, azoteas ó tejados de las casas.

Llegamos al pequeño muelle que hay al pié del camino cubierto, desde allí distinguimos miles de voluntarios no formados y colocados detras de los centinelas, que á uno y otro lado del camino que habiamos de recorrer y como á cuatro pasos de distancia entre sí, parece tenian por objeto no solo vijilarnos, sino impedir á la inmensa muchedumbre de que estaban cuajados los terraplenes, muelles, careneros y eminencias contiguas, nos atropellase; del muelle echamos

por la derecha, teniendo que pasar muchas veces, atados como estábamos, por encima de un solo tablon, sin fijar, vacilante, hasta que llegamos á una pequenísimá playa á cuya orilla se hallaba el vapor. Allí vimos que de pié sobre la parte superior de la escala se hallaban dos oficiales de marina, hácia la parte media de ella un empleado de á bordo con una lista en la mano, junto á él y en la parte inferior de la escala, un marinero que ayudaba á subir al nombrado, despues de haberle cortado la ligadura que le unia á su compañero. De repente innumerables voces de vivas y mueras llenan el espacio, vemos correr hácia nosotros una turba frenética y amenazadora, entre los que hay no pocos voluntarios, brillan al sol las armas que empuñan, los numerosísimos botes que rodeaban á cierta distancia el vapor, distancia mantenida por lanchas que llevan un cañon á proa y están montadas por marinería armada, tienden á acercarse, oimos á un oficial de marina que desde á bordo del buque y con fuerte y enérgica voz manda á los botes y lanchas armadas que no dejen acercarse ninguna embarcacion á dos cables del buque; el tumulto crece, apenas puede contener la turba la fuerza de voluntarios que nos custodia; continúan entrando presos en el vapor segun son nombrados por la lista, todos rogamos á Dios se nos llame pronto porque nuestra seguridad es incierta; suenan de repente y á lo lejos dos ó tres tiros, vemos correr la gente en todas direcciones, oimos decir que en el muelle de la Habana se están batiendo, y en este momento se nos llama, se nos corta la cuerda de cáñamo que estrangulaba nuestros brazos y penetramos en el vapor.



El presidio rodeado de agua de Valeriano Weyler

José M. Hernández

Como nación con fisonomía propia, Cuba es hija de la violencia. Nació del despotismo, la represión, la rebelión y la lucha a sangre y fuego. Al revés de sus hermanas repúblicas hispanoamericanas, de quienes se ha dicho que estaban bastante bien gobernadas al declararse independientes,¹ Cuba se vió sometida durante muchas décadas a los «orden y mando» de capitanes generales investidos de «facultades omnímodas» por la metrópoli. Tuvo, pues, que crecer y formarse en la dura escuela de las conspiraciones, los alzamientos, los desembarcos armados y tres contiendas emancipadoras, dos de las cuales fueron guerras de devastación y exterminio en que sus hijos, sin ayuda de nadie, tuvieron que enfrentarse con los ejércitos más formidables que hasta entonces habían atravesado el Atlántico. Como colofón de este sangriento devenir, finalmente, tuvo que padecer los rigores de la política militar de Valeriano Weyler, que no vaciló en convertir dos terceras partes de la Isla en un gigantesco campo de concentración con tal de liquidar prontamente la insurrección del 95 según los deseos de la Restauración.²

José Martí, en su elegía a José María Heredia, dijo que en Cuba en tiempos del poeta era «un presidio rodeado de agua».³ En aquel momento —Nueva York, 30 de noviembre de 1889— el Apóstol no podía siquiera imaginarse lo que el destino tenía deparado a su patria. Él, que era tan sensible a los excesos del poder que ya por esa época había llegado a llamar a España «madre filicida»⁴ ¿qué calificativos no habría usado si hubiera vivido lo suficiente para conocer los horrores de la Reconcentración?

Al cabo de un siglo de aquella hecatombe todavía los investigadores están desenterrando documentos sobre ella. Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica, por ejemplo, han sacado a relucir, no hace mucho, una «circular reservada», dictada por Weyler el 8 de enero de 1897, en que el general descubre

¹ E. G. Bourne, cit. en Hubert Herring. *A History of Latin America*, New York, 1968, p. 238.

² Melchor Fernández Almagro. *Historia política de la España contemporánea*, T. II, Madrid, 1959, p. 282.

³ José Martí. *Obras completas*, II, 2da. parte, Caracas, 1964, pp. 770-771.

⁴ *Ibidem*, p. 409.

lo que verdaderamente pretendía con el bando de la Reconcentración del 5 de enero.⁵ En general, sin embargo, la información que poseemos sobre lo que ocurrió en Cuba en esa época es bastante copiosa, a pesar de lo cual todavía no existe un consenso sobre la figura del desastrado militar. Los cubanos, desde luego, lo tratan inmisericordiosamente, sin excepción.⁶ Pero entre españoles y norteamericanos hay grandes diferencias de opinión: entre la imagen de Weyler que nos presentan Elorza y Hernández Sandoica⁷ y John L. Offner,⁸ por una parte, y la que nos presentan Luis Navarro García,⁹ Julián Companys Monclús¹⁰ y Stanley G. Payne,¹¹ por la otra, hay una distancia considerable. Que yo sepa, además, hasta ahora nadie se ha preocupado de analizar las repercusiones de la Reconcentración en el desarrollo ulterior de Cuba. Cuando un huracán azota una región no basta con inventariar al día siguiente los destrozos causados. Hay también que identificar las estructuras que han quedado debilitadas y son susceptibles de originar derrumbamientos en el futuro.

Que Weyler dejó huellas indelebles de su paso por Cuba lo sabe todo el que vivió en la Isla durante las primeras generaciones republicanas. Se percibía fácilmente en la cultura popular, en la que su nombre se asociaba con el *summum* de la tiranía y la opresión. Y se notaba, también sin dificultad, en la letra impresa. Cuando alguien deseaba desacreditar una persona o institución una de las cosas que hacía era tratar de enlazarla de alguna manera con la actuación del odiado general. Esto fue lo que hizo el historiador Emilio Roig de Leuchsenring, cuando presa de un furibundo anticlericalismo, insinuó que había una conexión entre su «sanguinaria política» y los escritos del presbítero Juan Bautista Casas, cura integrista de temperamento fogoso y genio vivo, que fue gobernador eclesiástico de la diócesis de La Habana desde el 20 de julio de 1893 hasta el 16 de noviembre de 1894.¹²

Pero el impacto de Weyler y su política en la sociedad cubana fue mucho más profundo que lo que denotan estos ejemplos, meros rasguños de la epidermis colectiva. Para apreciarlo, para poderlo medir de alguna manera, es

⁵ Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica. *La Guerra de Cuba (1895-1898), Historia política de una derrota colonial*, Madrid, 1998, p. 261.

⁶ El estudio más reciente sobre la cuestión, obra de un cubano, es el de Francisco Pérez Guzmán, *Herida profunda*, La Habana, 1998, *passim*. Es bastante menos virulento que sus antecesores.

⁷ *Loc. cit.*, pp. 234-284.

⁸ John L. Offner. *An Unwanted War, The Diplomacy of the United States and Spain Over Cuba, 1895-1898*, The University of North Carolina Press, 1992.

⁹ Luis Navarro García. *Las guerras de España en Cuba*, Madrid, 1998, pp. 154-180.

¹⁰ Julián Companys Monclús. *España en 1998: entre la diplomacia y la guerra*, Madrid, 1991, pp. 44-48, 194-205.

¹¹ Stanley G. Payne. *A history of Spain and Portugal*, The University of Wisconsin Press, pp. 511-512.

¹² Emilio Roig de Leuchsenring. *La Iglesia Católica y la independencia de Cuba*, La Habana, 1958, pp. 33-34. Francisco Pérez Guzmán ha subrayado en su obra ya citada que el libro de Casas a que éste historiador se refiere, *La guerra separatista de Cuba*, fue publicado después de que Weyler dictó su primer bando de reconcentración.

preciso tener una idea del daño que causó a los cubanos y eso sólo puede lograrse partiendo de su magnitud. Para ello lo primero es echar a un lado los adjetivos sobrecargados que usaba la prensa norteamericana de la época, la famosa prensa amarilla, para la que Weyler era «El carnicero», «el monstruo del siglo», «el general más cruel y sanguinario del mundo». También hay que descartar otras exageraciones: no es necesario creer que bajo su mando las huérfanas cubanas se subastaban en la plaza pública al mejor postor ni que jugar béisbol acarrearaba la pena de muerte, ni que los soldados españoles inoculaban el virus de la viruela a los prisioneros cubanos para después soltarlos y así contagiaban al mayor número de insurrectos posible.¹³

Weyler tomó posesión de la Capitanía General de Cuba el 10 de febrero de 1896. Llegó precedido de su reputación de militar duro e inflexible, bien ganada por su comportamiento en la campaña de Santo Domingo, su participación en las brutales tácticas del gobernador conde de Valmaseda en la primera contienda cubana y su conducta frente a los rebeldes filipinos. Poco antes de su arribo cientos de habaneros emigraron a los Estados Unidos; estaban comprometidos con la insurrección y sabían a lo que el nuevo mandatario venía: a aplastar al enemigo en dos años, a cualquier precio. Su lema, «a la guerra con la guerra», era verdaderamente ominoso.

En realidad, la estrategia de Weyler había sido dictada por su antecesor en el mando, Arsenio Martínez Campos, como resultado de las recomendaciones que había hecho en una conocida carta a Cánovas. Lo que había que hacer en Cuba para someter a los insurrectos era lo mismo que había hecho Valmaseda: aislar el campo de las ciudades, privar a las columnas rebeldes de toda suerte de apoyo mediante la reconcentración de las familias rurales en las poblaciones y estar dispuesto a llevar a cabo cuantos fusilamientos y otros actos análogos fueran necesarios. Martínez Campos se consideraba como el representante de una nación civilizada, y por eso, y porque tenía «creencias superiores a todo» no podía aplicar semejantes medidas. Carezco, dijo a Cánovas un tanto farisaicamente, de las condiciones necesarias para ello. «Sólo Weyler las tiene en España», concluyó, «por su inteligencia, valor y conocimiento de la guerra».¹⁴ Quizá quiso decir que el general, que había sido su alumno en la escuela de Estado Mayor, era el único militar español que era totalmente insensible a las razones humanitarias.

Aparte de las medidas de reorganización que adoptó y del empeño que puso en acorrallar a los insurrectos en la región más occidental de la Isla, el nuevo comandante en jefe aplicó de inmediato la implacable política de guerra aconsejada por su predecesor. Para que no llegaran a las fábricas de la Florida, fuentes de ingreso para el movimiento independentista, prohibió la exportación de tabaco en rama. Con el mismo fin, para evitar que los hacendados pagaran contribuciones al ejército libertador, prohibió la zafra azucarera.

¹³ Véase Companys Monclús, *op. cit.*, p. 193.

¹⁴ Cit. en Fernández Almagro, *op. cit.*, T. II, pp. 246-247.

También incrementó la labor de contraespionaje y represión de las redes de conspiradores en La Habana, lo que resultó en la detención de numerosos sospechosos, los cuales fueron juzgados sumariamente o deportados a Ceuta, Fernando Poo u otros presidios africanos.

Estas medidas fueron objeto de agrias censuras, a veces de los mismos elementos españoles o pro-españoles, como ocurrió en el caso de la prohibición de la zafra. Pero ninguna de ellas atrajo sobre Weyler críticas tan severas y en muchos casos tan abultadas y feroces como la reconcentración forzosa de los campesinos, o «pacíficos», como se les llamaba entonces, en las poblaciones. Las protestas llovieron de todas partes: de los órganos propagandísticos de los cubanos, de la prensa norteamericana, de los políticos y funcionarios estadounidenses y algunos españoles.

La primera medida de este tipo fue decretada poco después de la toma de posesión de Weyler, el 16 de febrero de 1896, pero fue de alcance limitado: comprendía solamente a los campesinos de Sancti Spíritus, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba y los afectados podían ser autorizados para trabajar fuera de la línea de fortificación de los poblados. Por eso no causó demasiados estragos. Cuando la muerte y la ruina empezaron a extenderse sobre las áreas rurales de Cuba y el nombre de Weyler empezó a hacerse odioso que cuando el general, motivado por las dificultades que se le estaban presentando en la provincia de Pinar del Río, donde operaba Antonio Maceo, dictó el bando de reconcentración para dicha provincia, el 21 de octubre de 1896. Poco después, el 5 de enero de 1897, hizo extensiva la medida a las provincias de La Habana y Matanzas, y fue en esta coyuntura en la que firmó la «circular reservada» del 8 de enero mencionada por Elorza y Hernández Sandoica. Se comprende que su autor no la incluyera en los cinco tomos de *Mi mando en Cuba*.¹⁵ En su virtud los jefes militares quedaban facultados para destruir a discreción viviendas, recursos y sembrados, así como apoderarse de los animales que pudieran ser usados por los insurrectos para su transporte o manutención.¹⁶

Esta vez la Reconcentración, que llegó a incluir la provincia de Las Villas,¹⁷ fue llevada a término con todo rigor, sin excepción alguna.¹⁸ Pocos meses después el agente norteamericano William J. Calhoun, viajando en tren desde

¹⁵ Valeriano Weyler y Nicolau. *Mi mando en Cuba (10 de febrero 1896 a 31 octubre 1897)*, Madrid, 1910.1911.

¹⁶ Elorza y Hernández Sandoica, *op. cit.*, p. 261.

¹⁷ La reconcentración fue extendida oficialmente a Las Villas el 30 de enero de 1897. Y un bando de 27 de mayo del mismo año dispuso también su aplicación en Camagüey y Oriente. Pero estas provincias se liberaron del flagelo porque Weyler se vio obligado a suspender los preparativos que estaba haciendo a causa del asesinato de Cánovas.

¹⁸ A este propósito, *Ecos de Cuba*, un boletín que se publicaba decenalmente en La Habana para mantener al corriente del curso de la guerra al público de la Península, insertó en su número 10 de noviembre de 1896 el siguiente párrafo: «La reconcentración de los campesinos a las poblaciones de Vuelta Abajo se ha llevada a efecto sin contratiempo alguno». El arribo de un cargamento de plátanos a la plaza del mercado no hubiera sido reportado con mayor indiferencia.

La Habana hacia el este no vió en los campos «ni una casa, ni un hombre, mujer o niño; ni un caballo, mula o vaca, ni siquiera un perro... el país estaba envuelto en la quietud de la muerte y el silencio de la desolación».¹⁹ Pero lo peor fue el hacinamiento de unas 400,000 almas en poblados donde las medidas desganadamente adoptadas para alojarlas y alimentarlas resultaron totalmente insuficientes debido a la escasez de recursos, la mala administración y la corrupción de las autoridades civiles y militares. El senador norteamericano por Vermont, Redfield Proctor, que visitó Cuba poco después de la explosión del Maine, halló que los reconcentrados, cuando no tenían que dormir al raso, se amontonaban en chozas improvisadas de unos diez por quince pies, carentes de todo servicio, sin muebles, semidesnudos, en condiciones sanitarias deplorables, teniendo que alimentarse con las sobras del rancho de la tropa. Vivían además bajo estricta vigilancia en áreas que eran «virtuales prisiones», rodeadas de fortines, trincheras y cercas de alambre de púas. Dentro de ellas «vagabundeaban niños, con los brazos y pechos terriblemente enflaquecidos, los ojos abultados y el abdomen hinchado hasta tres veces el tamaño normal».²⁰

Hay testimonios de españoles que confirman este trágico cuadro. Un periodista de izquierdas que visitó el campo de concentración del Mariel lo comparó con el *Infierno* de Dante.²¹ Y un agente español escribió a fines de mayo de 1897: «Ese gran plan de reconcentración en los poblados es la barbaridad más grande que se concibe... es una vergüenza llamarse español».²² Otros testigos, entre los que se cuentan diplomáticos europeos, son menos enfáticos, pero su versión de lo que estaba ocurriendo en Cuba no es menos sombría. ¡Hasta el mismo Weyler se vió precisado a informar a Cánovas, en julio de 1897, que la tropa había empezado ya a encontrar muertos de hambre!²³

No se sabe exactamente cuántos perecieron por este motivo o a causa de las epidemias que se cebaron en los reconcentrados. A principios de 1898 la cifra comúnmente aceptada por los cubanos, norteamericanos y españoles era la de 400,000 muertes. Pero con el tiempo los cálculos se han ido refinando y la cifra ha sido rebajada a 200,000. Y hay autores que la han recortado todavía más, reduciéndola a la mitad: 100,000 muertes para los años 1895-1898.²⁴

Cualquiera que sea el total que se acepte, sin embargo, la conclusión es la misma: la Reconcentración constituyó un verdadero desastre humano. No hay gobernante alguno en la historia de Cuba —cubano, norteamericano, español— que haya causado la muerte de más cubanos que Weyler.

¹⁹ Cit. en Offner, *op. cit.*, pp. 46-47.

²⁰ U.S. Congress. *Congressional Record*, 55th Cpng., 2d. Sess., pp. 2916-2919.

²¹ Manuel Ciges Aparicio. *El libro de la vida trágica. Del cautiverio*, Alicante, 1985.

²² Cit. en Elorza y Hernández Sandoica, *ob. cit.*, p. 267.

²³ *Ibidem*.

²⁴ Véase Offner, *op. cit.*, p. 241; Companys Monclús, *op. cit.*, p. 48.

Si estas cien o doscientas mil vidas se hubieran perdido en acciones bélicas la historia habría tratado al general de otro modo. Pero he aquí que todos esos cubanos perecieron de resultas de una contienda que se caracterizó por un porcentaje de bajas militares extraordinariamente inferior a las muertes de civiles. Esto es lo que conforma e imprime carácter de lesa comunidad al crimen del implacable mallorquín, que la mayoría de sus víctimas procedieron de los sectores más vulnerables de la población civil: ancianos, mujeres y niños. (Los hombres hábiles se libraron incorporándose a las fuerzas combatientes), Antonio Maceo, su rival más encarnizado, previendo ya en febrero de 1896 que ése habría de ser el sesgo que tomaría su política militar, le reprochó amargamente en una carta que le dirigió el 27 de ese mes que «los vecinos pacíficos —nada digamos de heridos y prisioneros de guerra— [fueran] sacrificados a la rabia que dio nombre y celebridad al duque de Alba». Maceo creía que «la guerra sólo debe alcanzar a los combatientes» y por eso conminó a su enemigo a que evitara «que [fuese] derramada una sola gota de sangre fuera del campo de batalla» y para que fuera «clemente con los infelices pacíficos».²⁵

Lo más interesante de esta carta de Maceo no es, quizá, la censura de los métodos españoles, sino el hecho que fue suscrita por el jefe de una fuerza en la que la oficialidad creía que, «como medida militar, el bando de Weyler no sería impugnado por nadie que conozca las guerras de Cuba».²⁶ (Lo mismo dijo una comisión estadounidense en 1902).²⁷ Después de todo, los insurrectos cubanos también siguieron una política de devastación y contribuyeron indirectamente a la precaria situación de los reconcentrados impidiendo la entrada de alimentos en las poblaciones y destruyendo las zonas de cultivo que Weyler dispuso que se organizaran en torno a ellas. ¿Qué fue, pues, lo que motivó las acres censuras de que hicieron objeto al tristemente célebre bando? La ferocidad, el modo brutal en que se aplicó, las atrocidades que daban la impresión de que lo que en realidad se perseguía era el exterminio de la población rural de Cuba: mediante su extinción lenta y metódica dentro del perímetro de las plazas guarnecidas o mediante la matanza en los despoblados, donde los campesinos que eran sorprendidos eran considerados rebeldes y juzgados como tales. Es por esta razón que la Reconcentración constituye un acto de genocidio al que es inútil buscarle una justificación en la tácticas de los rebeldes o en los actos de genocidio cometidos por otras naciones. No la tiene.²⁸

En realidad, el único camino que queda a los que insisten en presentar a Weyler como una gran figura militar es imitar la increíble franqueza del profesor de la Universidad de Sevilla, Luis Navarro García. «No es del caso —escribió en un artículo hablando de la Reconcentración— ponderar los

²⁵ Texto íntegro en José Miró Argenter. *Cuba: Crónicas de la guerra*, La Habana, 1909, T. II, pp. 374-375.

²⁶ Al menos así pensaba el Jefe del Estado Mayor de Maceo, general José Miró Argenter. *Ibidem*, T. III, pp. 631-632.

²⁷ Sebastián Balfour. *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, 1997, p. 28.

²⁸ Miró Argenter, op. cit., pp. 632-636.

sufrimientos y mortandad que esto produjera a la población civil».²⁹ Pero no, no es lícito pasar por alto a los muertos —al menos entre quienes presumen de ser civilizados— como tampoco nos es permitido ignorar otras nefastas consecuencias de los bandos del «valiente general», tales como el aumento de la prostitución, la delincuencia y la corrupción de menores en las áreas urbanas cubanas, lacras sociales que obligaron al Consejo de Secretarios del Gobierno autonomista a adoptar medidas para combatirlos. También tuvieron que dictar disposiciones presionando a los reconcentrados a retornar a las labores agrícolas, pues otra de las consecuencias negativas de la estrategia de Weyler fue un movimiento migratorio interno que saturó a muchos pueblos y ciudades a expensas de la población de otras.³⁰

Ciertamente las huellas traumáticas de la Reconcentración en la familia y en la sociedad cubana en general son perceptibles hasta bien entrada la etapa republicana. Y quizá calen más hondo de lo que hasta ahora se ha supuesto. Porque el mandato genocida de Weyler no puede ser estudiado como un hecho aislado, sino debe ser analizado en el contexto de la serie de actos despóticos que caracterizó la política metropolitana con respecto a Cuba a partir del ministerio de Francisco Martínez de la Rosa y que, comenzando con el destierro de José Antonio Saco por el capitán general Miguel Tacón en 1834, siguió con la salvajada del «año de cuero» (1844); continuó con la represión del movimiento anexionista (1845-1855); pareció ablandarse con la tomadura de pelo de la Junta de Información (1866-1867); y alcanzó su nivel máximo con los excesos de los Voluntarios, la «creciente» de Valmaseda, el fusilamiento de los estudiantes de Medicina, la orgía de sangre del Virginius y los demás incidentes de la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Los veintinueve meses del mandato de Weyler en Cuba no fueron, pues, más que el último y más recio eslabón de una larga cadena forjada por la obtusa política colonial de un imperio venido a menos y en trance de inevitable disolución.

Este desdichado período es lo que Calixto García tenía en mente cuando, en vísperas de la intervención norteamericana, se lamentaba de los largos años que Cuba había estado bajo la dictadura militar.³¹ A pesar de su natural

²⁹ Luis Navarro García. «1898, la incierta victoria de Cuba», en *Anuario de Estudios americanos*, 55:1 enero-junio 1998, pp. 165-186. Juan M. Riesgo Pérez-Dueño, en un artículo a un tiempo acrítico e hipercrítico y plagado de errores titulado «La guerra de Cuba, un capítulo insuficientemente conocido de nuestra historia en América» (*An. Mus. Am.*, 6, 1998, pp. 37-48) dice que el profesor Navarro es una de las dos únicas personas que ha estudiado coetáneamente, y a conciencia, la voluminosa obra de Weyler *Mi mando en Cuba*. Ciertamente, la admiración que el profesor siente por el general lo ha llevado muy lejos.

³⁰ Véase Francisco Pérez Guzmán. «Los efectos de la reconcentración, 1896-98, en la sociedad cubana: un estudio de caso, Güira de Melena», 58:212, *Revista de Indias*, enero-abril 1998, pp. 277-293; Gabriel Cardona, «El General Weyler en Cuba, polémica sin solución», *Encuentro-Debate América Latina ayer y hoy* (6th, Barcelona, 1997) *Lo que duele es el olvido: recuperando la memoria de América Latina*, Barcelona, 1998, pp. 339-346.

³¹ García a Tomás Estrada Palma, 22 de marzo de 1898. *Boletín del Archivo Nacional*, La Habana, 1936, pp. 102-103.

autoritario, el jefe de los insurrectos de Oriente, que era uno de los generales mambises más inteligentes, temía que la violencia de la colonia condujera a la de la república y le sublevaba la idea de que su patria pudiera caer bajo las garras de un tirano como el dominicano Ulises Hereaux.³² El tiempo se encargó de demostrar que sus preocupaciones no carecían de fundamento. Apenas aflojó la camisa de fuerza del protectorado norteamericano en la década de 1920 empezaron a aparecer las dictaduras: en 1928-1933 la de Gerardo Machado; en 1934-1940 la primera de Fulgencio Batista; en 1952-1958 la segunda de Batista y en 1959 la vetusta e interminable satrapía que todavía la oprime.

¿Es posible dar por sentado que en realidad existe alguna conexión entre el despotismo de los espadones coloniales, cuyo máximo representante Weyler, y el de los generales y comandantes de la era post-independentista, de los que Castro es el ejemplo más notorio? Ni yo ni nadie puede probarlo fehacientemente, porque el empalme entre ambos fenómenos yace oculto en el subsuelo de la historia, esa zona borrosa en que actúan factores raciales, psicológicos y culturales que no son susceptibles de ser medidos, pesados o documentados y sólo pueden ser intuitivos. Es posible argüir, no obstante, que el totalitarismo castrista sería menos comprensible en una ex colonia que, guiada por una política colonial más generosa e inteligente que la española, se hubiera desplazado pacíficamente hacia la independencia y nunca hubiera caído bajo el yugo de procónsules como Tacón, O'Donnell, Concha, Valmaseda y Weyler. Ciertamente, entre el régimen de éste último y el de Castro hay un definible parecido de familia: en la dependencia de la represión y el terror policíaco para cimentar su poder; en la transformación de la Isla en un «presidio rodeado de agua»; y en el uso de las mismas tácticas militares. Cuando Castro quiso liquidar las guerrillas que surgieron en la Sierra del Escambray al inicio de su dictadura, ¿acaso no procedió a transplantar al extremo occidental del país los campesinos de la zona para privar de apoyo a los alzados en armas contra su régimen? Lo que se hereda no se hurta, como reza el dicho popular...

³² García a Domingo Méndez Capote, 1 de mayo de 1898, texto de Enrique Collazo, *Los americanos en Cuba*, La Habana, 1905-1906, T. I, pp. 168-174.

1902-1959: más narraciones entre hierros

Rafael E. Saumell

Desde el siglo XIX hasta el presente, poetas, narradores y ensayistas cubanos se han ocupado de abordar la experiencia carcelaria en sus obras. Juan Francisco Manzano (1797?-1854) fue esclavo doméstico. José Martí (1853-1895) conoció la prisión a temprana edad. En la república, Carlos Montenegro (1900-1981) cumplió una larga sentencia por homicidio; Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) estuvo encarcelado por sus actividades contra el régimen del general Gerardo Machado (1925-1933); incluso Fidel Castro (1926) pasó varios meses de cómodo encierro por dirigir un asalto al cuartel militar «Guillermo Moncada», de Santiago de Cuba (1953).

Sin embargo, la revolución de 1959 ha generado larguísimas sentencias, miles de prisioneros políticos y una importante narrativa carcelaria, integrada por numerosos exponentes y títulos. Armando Valladares, Jorge Valls, fray Miguel Ángel Loredó y Nicolás Pérez Diez-Argüelles, Ana Rodríguez y Glen Garvin, Carlos Alberto Montaner e Hilda Perera son apenas algunos de los nombres de escritores que han dado a conocer las terribles realidades de las cárceles cubanas de estos últimos cuatro decenios.

A primera vista se observa que los autores estuvieron involucrados en la puesta en práctica de los discursos de resistencia más importantes para la afirmación de la identidad cubana en las dos pasadas centurias: el abolicionismo, la independencia, las revoluciones contra los generales Machado (1933), Fulgencio Batista (1952-59) y la resistencia contra el Estado de partido único (1959-presente).

El esclavo o el presidiario, con el apoyo de un círculo de simpatizantes, narra su vida bajo servidumbre forzada o arresto. Los textos que ellos producen forman parte de un programa de acción más amplio, pues también se refieren a los grandes temas de las épocas en que son forjados. Antonio Benítez Rojo ubica en 1832 el momento inicial de esa conexión entre obra y discursos político-económicos, cuando José Antonio Saco (1797-1879) da a conocer sus opiniones sobre un ensayo dedicado a estudiar la esclavitud en Brasil. Lo describe como el instante en que aparece en Cuba «de manera clara y consciente, la profesión de escritor». Y señala: «No conozco ningún texto anterior a éste, en el caso de Cuba, en el cual un autor intente erigirse en conciencia crítica de la sociedad del momento a título de ejercer la ‘noble misión

de escritores'... Es esta madurez intelectual lo que hace al grupo habanero fundar su estrategia reformista no en la acción política, sino en lo que no encuentro mejor modo de llamar que la Conspiración del Texto».¹

Montenegro, Torriente Brau y quienes les siguen a través de diferentes períodos históricos, adaptan a su tiempo y entorno el saber retórico acumulado por la tradición, en este caso la creada por Saco, Manzano y Martí, respectivamente. En los años veinte del siglo anterior se fragua otra «conspiración del texto», esta vez para cuestionar la sociedad empañada por el apéndice constitucional conocido como la Enmienda Platt. En su obra *En blanco y negro* (1967), Ambrosio Fornet señala que es una etapa en la cual la palabra alcanza un prestigio peligroso porque ésta encarna «la voluntad de un auditorio capaz de traducirla en actos [y] porque traducía realidades concretas».²

La vida en prisión no es sólo un gran tópico literario, sino también una ocasión para criticar y desafiar al poder. Se practica la escritura, no para hacer obras exclusivamente literarias, sino además para marcar momentos de enfrentamiento contra el *status quo*. Por eso los editores de la *Revista de Avance* dan a conocer los cuentos de Montenegro, entonces un recluso-autor que venía extinguiendo una condena por homicidio en el Castillo del Príncipe: *El renuevo y otros cuentos* (1929). Una vez liberado, publica la novela *Hombres sin mujer* (1938), donde muestra el horror cotidiano que enfrentan los sentenciados.³

MONTENEGRO: PRESO Y ESCRITOR

De cierta manera el caso de Montenegro es similar al de Manzano. Los dos son convictos en sus respectivas sociedades. Ambos «compran» la libertad gracias a sus talentos. Son promovidos por influyentes «lectores solidarios». Hay, asimismo, razones políticas. Abundan las víctimas de la corrupción dentro del aparato judicial. *Avance* necesita los escritos del presidiario para exponer los abusos legales. Desde la cárcel, Montenegro se mantiene al día de los proyectos de las vanguardias del país, en principio debido a José Z. Tallet quien trabajaba como empleado en el departamento de pagaduría del penal. *El hijo del mar* es posiblemente el primer relato editado por la revista el 15 de octubre de 1928.

Enrique Pujals, estudioso de la obra de este autor, dice que fue tal el éxito de Montenegro que llegó a ser publicado en las revistas cubanas más populares del momento: *Chic*, *Social*, *Carteles*, *Bohemia* y el suplemento literario del *Diario de la Marina*. Para Pujals el relato *El rayo de sol* es el antecedente más claro de *Hombres sin mujer*, puesto que las dos narraciones giran alrededor del personaje Pascasio Speek, un presidiario sujeto a «idénticas confusiones

¹ Antonio Benítez Rojo. «Azúcar/Poder/Literatura». *Cuadernos Hispanoamericanos* 451-52 (Enero-Febrero, 1988), pp. 195-215.

² Ambrosio Fornet. *En blanco y negro*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1967.

³ Carlos Montenegro. *El renuevo y otros cuentos* en *Revista de Avance*, La Habana, 1929.

—, *Dos barcos*.: Ediciones Sábado, Orellano y Cía., La Habana, 1934.

—, *Hombres sin mujer*, Editorial Oasis, México, 1981.

emocionales y sentimentales, aunque determinadas en hechos distintos». Es el negro rebelde y a la vez domesticado por la sociedad, todavía no curada de los prejuicios originados en la plantación, y que obliga al descendiente de esclavo a reprimir «sus hambres —de libertad, de reconocimiento, de sexo— y que a la vez se esfuerza por legitimarlas mediante la protesta».⁴

No obstante, hay en *Dos barcos* (1934), y específicamente en *El domado*, ataques más directos a la dictadura del general Machado. El narrador se sirve de la historia del recluso Alberto Huerta, un ex militar español condenado por desertión y por ser adversario del régimen colonialista. En *El iluso* Montenegro insiste en los mecanismos de ablandamiento que se utilizan en la república para convertir a los prisioneros en miserables.

Sin embargo, el espacio de opresión diseñado por Montenegro no se ciñe a los muros del presidio. Abarca por igual a las fábricas, las carreteras, las minas, los barcos, los cañaverales. Es una literatura de agitación política y se presenta como testimonio tomado de primera mano. El autor es la fuente de los relatos, el testigo que puede escribir sus propias vicisitudes.

Hombres sin mujer (1938) corona los esfuerzos previos. Según Pujals inicialmente fue concebida como un cuento que Montenegro redactaría para el criminalista español Jiménez de Asúa, quien a su vez lo daría a conocer en un congreso de juristas a celebrarse en Viena. Se suele repetir que los temas de esta obra son la prisión y el homosexualismo y que, en este sentido, es precursora de los textos de José María Arguedas (*El sexto*, 1961), José Donoso (*El lugar sin límites*, 1966) y Manuel Puig (*El beso de la mujer araña*, 1976).

Lo anterior es cierto pero vale la pena aclarar que, al menos en cuanto al homosexualismo, debe recordarse la novela de Alfonso Hernández Catá (1885-1940), titulada *El ángel de Sodoma* (1928). Al igual que José María, el personaje inventado por Hernández Catá, el Pascasio Speak de Montenegro trata de controlar sus inclinaciones homoeróticas para encauzarlas dentro de las normas establecidas por la heterosexualidad.⁵

En la sección «Al lector» Montenegro aclara que su narración es confiable porque él es un testigo ocular: «Lo que me propongo, y que es la denuncia del régimen penitenciario a que me vi sometido —no por excepción, desde luego— durante doce años». Al entrar en la materia de la homosexualidad argumenta en tono defensivo: «El que acuse estas páginas de inmorales, que no olvide que todo lo que dicen corresponde a un mal existente, y que por lo tanto es éste, y no su exposición lo que debe enjuiciarse».

Desde entonces y durante los veinte capítulos restantes de que consta la novela, no se abandonará el tema de lo sexual ni el de la lucha por el poder que ocasiona el deseo de poseer a otro hombre. La atracción que siente Pascasio por el joven blanco Andrés Pinel es el hilo conductor de la trama. El sexo está en cada capítulo «...en todas partes: en los rincones, detrás de las

⁴ Enrique Pujals. *La obra narrativa de Carlos Montenegro*, Ediciones Universal, Miami, 1980.

⁵ Alfonso Hernández Catá. *El ángel de Sodoma*, Mundo Latino, Madrid, 1928.

columnas, en dondequiera que cae un poco de sombra o de sol; está sobre todo, en las sábanas de los petates, en el reglamento que prohíbe el uso de jabones y talcos perfumados... ¡En el clima!».

Pero Pascasio es negro. Tiene que enfrentarse a los «mandantes» blancos de la prisión. Ellos consideran a Andrés como cuerpo de su exclusividad. Brai es uno de esos contramayorales en el penal. Excepcionalmente manifiesta simpatía por Pascasio, pero la define en términos de explotación y segregación: «¡Negro y presidiario! ¡Está completo! ¡Preso dos veces, por lo que hizo y por el color del pellejo!».

Asimismo, el narrador de *Hombres sin mujer* ve la prisión como una maquinaria: «estas prisiones no son más que máquinas para fabricar degenerados». También los instrumentos y las piezas del taller donde mandan a trabajar a Pascasio y a Andrés tienen una semantización erótica. El machete es falo; la tierra, el clima y los instrumentos de cocina sirven para construir neologismos de la región glútea y de la cópula: «Que aquella tierra [Oriente] es demasiado caliente y el mucho fuego desfonda las cacerolas»; «templar en frío» equivale a violación. Incluso el sinfín actúa como sujeto castrante y es el que emplea Pascasio para suicidarse. La novela termina con una invocación hecha por un preso mulato que exclama el deseo incumplido de apoderarse del joven Andrés: «¡Yo quiero comer gallina blanca!». Esta operación narrativa permite que el texto tienda hacia la permanente apertura de su propio motivo, el de la lucha por la incorporación de lo negro y lo blanco como proyección de una utopía nacional, frenada por las estructuras de la sociedad.

TORRIENTE BRAU: PRESIDIO Y MODELO NARRATIVO

Los escritos sobre la prisión de Torriente Brau se distinguen de los de Montenegro en cuanto a que éste último adopta formas literarias ya establecidas, el cuento y la novela. A diferencia del segundo, el primero fue prisionero político, aunque en común ambos comparten el interés por denunciar los problemas de la república.

Torriente Brau llevó a cabo varias investigaciones de archivo y entrevistó a numerosos testimoniantes para confeccionar sus escritos, en los cuales expone y analiza la gravedad de las privaciones, los abusos y las tragedias humanas que tuvieron lugar en los reclusorios del Castillo del Príncipe y de Isla de Pinos. Al respecto, escribió varios textos importantes: *105 días preso* (1931); *La isla de los 500 asesinatos* (1934), reunidos luego en el volumen *Pluma en ristre* (1949), preparado por Carlos Prío Socarrás, Raúl Roa y Guillermo Martínez Márquez. Veinte años más tarde se publicó la compilación titulada *Presidio Modelo*.⁶

⁶ Pablo de la Torrente Brau. «105 días preso». «La isla de los 500 asesinatos». En *Pluma en ristre*. Selección de Raúl Roa. Prólogo de Carlos Prío Socarrás. Semblanza de Guillermo Martínez Márquez, Dirección de Cultura, La Habana, 1949.
—, *Presidio Modelo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.

Su condición de preso político le permite vivir fuera del ámbito carcelario donde priman los delincuentes comunes. Esta distinción es importante porque influye definitiva y raigalmente en la composición de sus relatos. Éstos se nutren no sólo de la selección de recuerdos propios, sino también de la incorporación de los sucesos contados por varios detenidos. Le sirven de fuente testimonial para presentar las experiencias que el narrador no puede ver. Asimismo, las narraciones se basan, en parte, en la revisión de documentos oficiales de la penitenciaría, a los cuales tuvo acceso una vez caído el régimen de Machado.

La isla de los 500 asesinatos es el borrador principal que sirve de molde a *Presidio Modelo*. Lo que hace Torriente Brau en 1934 es utilizar una técnica que más tarde se llamaría nuevo periodismo. Sus características básicas son la observación, la investigación, la reconstrucción del escenario, el uso del diálogo y la aplicación del modelo narrativo asociado con la ficción. Mediante este proceder, los lectores tienen en sus manos una prueba de lo que Alexandra Riccio llama «género limítrofe», esto es, «un discurso narrativo perfectamente logrado y un hábil montaje hacen que el texto funcione al mismo tiempo como ensayo, como obra literaria y como instrumento didáctico».⁷

El narrador-compilador emplea diversos procedimientos: autobiográfico, listado de nombres de reclusos, fotografías, incorporación de relatos ajenos, citas de ensayos, comentarios sobre el modo de construcción del libro (meta-escritura), uso narrativo de la poesía (décimas) e incorporación de estilos no literarios, o sea, historia, cine, geografía. De la misma forma, alterna los puntos de vista intercambiando los pronombres (yo, él, nosotros).

Presidio Modelo es un libro hecho con enorme simpatía por los presos («comprensión amorosa por aquellos forzados»), y para cumplir con su deber de testigo: «Hoy, yo, testigo apasionado, formulo otra vez la denuncia, en nombre de los hombres muertos y en nombre de los vivos». Al igual que Martí sabe que nada de lo que ha sufrido es nuevo en Cuba: «allí [a Isla de Pinos] fue enviado José Martí, adolescente todavía». Torriente Brau entiende que la sociedad dictatorial es una prisión grande. En la celda pequeña del reclusorio se intensifica la injusticia a nivel más personal: «El capitán Castells impuso en la penitenciaría de Isla de Pinos el terror que sobre la república de Cuba desató el general Machado; ahora de nuevo Cuba bajo el terror, la muerte vuelve sobre el presidio... No hay diferencias».

El tipo de testigo que es Torriente Brau permite que entren al libro las voces de sus compañeros: «Ellos, los que tuvieron que guardar tanto silencio, hoy pueden opinar...». También funge de crítico y habla de unas décimas que «no siempre han sido buenas desde el punto de vista literario» y hasta da créditos a los poetas. Dice haber visto «dibujos y pinturas monstruosas». Habla de narradores como «Carlos Montenegro, excepcional rapsoda épico

⁷ Alexandra Riccio. «Lo testimonial y la novela-testimonio», *Revista Iberoamericana*, 56 (Julio-Diciembre, 1990), pp. 1055-1068.

del presidio»; destaca a biógrafos de Castells. A todos ellos necesita porque ellos aseguran que el texto tenga garantía de veracidad. En el capítulo 17 estudia los escritos de Castells. Cita un «voluminoso libro [que] contenía toda la literatura creada por él alrededor del presidio modelo». Esta sección se complementa con una colección de trabajos redactados por el preso Antonio Reyna Leyva, que incluyen notas lexicográficas.

A Torriente Brau le preocupa la insuficiencia de la palabra escrita. En *La isla de los 500 asesinatos* se lee esto: «La imaginación —cinematógrafo interior— acude en generosa ayuda de la palabra y a veces la salva». Relatar es demasiado poco para que el lector pueda hacerse una clara idea del referente reconstruido. Por eso añade: «quiero que el lector venga ahora conmigo al cine; que me lea con los ojos cerrados... con la imaginación dispuesta a esta tiniebla roja, propia para el salón de proyecciones... ¡La función va a comenzar!».

Presidio Modelo es un relato sin término porque Isla de Pinos seguirá siendo una penitenciaría mucho después de la revolución de 1933: «se quedó, desde entonces, como un lugar de destierro político para todos los gobiernos que sucedieron al de Machado, y que nunca ha dejado de guardar entre sus paredes de cemento y acero, a luchadores revolucionarios».

Lo dicho por Torriente Brau en el párrafo anterior se cumplió a cabalidad durante dos posteriores dictaduras, la del general Fulgencio Batista (1952-1959) y la del comandante Fidel Castro (1959-presente).

EL OTRO TESTIMONIO: LOS PRISIONEROS DE CASTRO

Dentro de este último contexto se destacan muchas obras publicadas, de las cuales cito únicamente las siguientes —prosa narrativa— por razones de espacio: Carlos Alberto Montaner (*Perromundo*, 1972); Hilda Perera (*Plantado*, 1981) y los testimonios de ex prisioneros políticos: Amando Valladares (*Contra toda esperanza*, 1985); Jorge Valls (*Veinte años y cuarenta días*, 1988); fray Miguel Ángel Loredó, junto a Nicolás Pérez Diez-Argüelles (*Después del silencio*, 1988), Ana Rodríguez y Glenn Garvin (*Diary of a Survivor. Nineteen Years in a Cuban Women's Prison*, 1995).⁸

La norma común del Estado en la construcción de expedientes contra sus opositores consiste en presentarlos como enemigos de los cambios revolucionarios y autores de sabotajes. Se les trata poco menos que de asesinos y se les quiere vincular siempre con los servicios de espionaje de los Estados Unidos de América. Por supuesto, dichos testimonios desafían una y otra vez esas imputaciones. De hecho, el mecanismo de desprestigio utilizado contra ellos es el mismo al cual apelan las dictaduras de derecha en Latinoamérica y los regímenes soviéticos desde Lenin hasta el fin de la Unión Soviética. Valladares recuerda muy bien la reacción de un militar en la cárcel de Isla de Pinos cuando los reclusos exigen no ser tratados como criminales: «Ustedes no son

⁸ Hay poemarios, ensayos, relatos, revistas, etc. Imposible nombrarlos todos en un artículo.

presos políticos, sino contrarrevolucionarios. En los países socialistas no hay presos políticos».⁹

Si se comparan las declaraciones de un Mauricio Rosencof, ex prisionero en Uruguay, con las de Jorge Valls hallaremos, sin embargo, muchos puntos en común. El primero dice: «Estábamos aislados del mundo exterior e incommunicados entre nosotros; en todos esos años no nos vimos las caras. Sólo en la visita mensual de treinta minutos, a la que llegábamos con la cabeza embolsada y esposados, podíamos ver los rostros de nuestros hijos detrás de una doble reja de guardias armados y con perros».¹⁰

Valls informa: «Los siete años siguientes, entre 1970 y 1977, fueron los más alienantes de todos porque nos aislaron de nuestra gente. Los presos a los que se separa del mundo, crean una cultura para ellos mismos, desarrollan un punto de vista propio... fue como abandonarnos al poder del espejo: nos convertimos en nuestro propio punto de referencia sin saber si 'yo soy yo o soy el otro'. Pasamos esos siete años en un lugar solitario, donde se nos aisló del resto del mundo excepto de nosotros mismos y de los guardianes».¹¹

Fray Loredo aporta otros datos: «Hay otros a los que se les ha golpeado hasta partirseles huesos, a otros se les ha tenido hasta siete meses sin ropa (ni siquiera calzoncillos o chancletas), durmiendo en el suelo, sin toallas ni frazadas».¹²

Como se observa, un régimen militar de derecha y otro de izquierda se valen de mecanismos idénticos para tratar a sus opositores encarcelados. Por eso Valladares observa en una ocasión que «no hay crímenes históricamente justificados. La sangre, la barbarie, el horror, son iguales a diestra y a siniestra».¹³

No causa asombro entonces que en un estudio comparativo sobre los sistemas penitenciarios de Chile durante la era de Pinochet y la de Cuba actual, demuestra que las tasas de encarcelamiento entre dichas naciones son casi iguales a dos años del golpe militar de 1973 y a quince después que Castro se hiciera del poder.¹⁴

Ante esas y otras evidencias la crítica literaria de Latinoamérica, que niega la existencia de estos relatos sobre las cárceles cubanas, debería cambiar de actitud. Los textos sobre cualquier prisión, a la izquierda o a la derecha, destacan la violencia y la cercanía de la muerte. Como enfatiza Ioan Davies, una palabra escrita en una celda es más seria que una pistola, puede incluso matar.¹⁵ Pero,

⁹ Armando Valladares. *Contra toda esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona, 1985.

¹⁰ Mauricio Rosencof. «Literatura carcelaria», *Casa de las Américas*, 23(61), Marzo-Abril, 1987, pp. 12-24.

¹¹ Jorge Valls. *Veinte años y cuarenta días*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1988.

¹² Miguel Ángel Loredo. *Después del silencio*, Ediciones Universal, Miami, Fla., 1988.

¹³ Citado por Carlos Alberto Montaner. *Fidel Castro y la revolución cubana*, Editorial Playor, Madrid, 1983.

¹⁴ Frank Greeve y Miguel Pérez. «Seventeen years later: still thousands of political prisoners in Cuba», *Of Human Rights*, January, 1977, pp. 7-10.

¹⁵ *Writers in prison*. Great Britain: Basil Blackwell Ltd., 1990.

lamentablemente, en los centros universitarios de los Estados Unidos las obras cubanas que destacan la experiencia carcelaria apenas son mencionadas en los seminarios sobre literatura testimonial.

Esta triste y constante evidencia, que llega hasta hoy, llevó en su momento al periodista francés y ex prisionero en Cuba, Pierre Golendorf, a hacer esta declaración con respecto a Valladares: «Si fuera chileno, argentino, uruguayo, iraní, ugandés, negro de Sudáfrica o de Rhodesia, o hasta ruso, checo, jmer o etíope, nadie frunciría el ceño al leer esta serie de poemas que relata con rigor una masacre, las torturas de las que el autor ha sido testigo». ¹⁶ Nadie reclama venganza a causa de los sufrimientos, sino justicia, reconocimiento de lo acontecido realmente, en una palabra, solidaridad más allá de las respectivas banderas, o sea, respeto a los derechos humanos de toda persona. De fray Loredó son estas ideas: «Mis palabras quiero que sean entendidas sin la carga emotiva de un revanchismo, un odio, un contragolpe. Quiero simplemente contribuir a un esclarecimiento de la situación en Cuba, a veces propuesta como válida».

Los instrumentos represivos son los mismos en cualquier sitio. Roberto González Echeverría se refiere a este asunto argumentando que aunque aspiren a diferentes objetivos políticos, los líderes autoritarios de Latinoamérica comparten semejantes características: son varones, son militares y detentan un amplio poder. ¹⁷

Michel Foucault define al fascismo y al stalinismo como formas patológicas o «enfermedades de poder». En sus respectivas versiones latinoamericanas y caribeñas, el Estado es una institución de mando supremo que no tolera retos y se asigna una misión pastoral: preservar a la sociedad de enemigos internos y externos (marxismo o burguesía internacional); mantener la «independencia», la «pureza» de las leyendas patrióticas y los valores del occidente cristiano o de la ideología del partido único. ¹⁸ Esos poderes pastorales cuentan con numerosos medios de control, siendo el principal los servicios policiales. Hannah Arendt ha escrito que «la sociedad secreta de los regímenes totalitarios es la policía secreta». ¹⁹

Por ello, uno de los fines de esta literatura carcelaria consiste en develar los secretos del poder; denunciar y repudiar públicamente a la policía secreta; demostrar la existencia de campos de trabajo; alertar a la opinión pública que el plan de reeducación al cual someten a los reclusos es en realidad un universo diseñado para manipular la subjetividad de éstos.

Los prisioneros que se oponen a la rehabilitación padecen indeciblemente. No visten el uniforme asignado por las autoridades, no trabajan para el

¹⁶ Armando Valladares. *Prisionero de Castro*, anotado y presentado por Pierre Golendorf. Epílogo de Leonid Plioutch, Barcelona, Editorial Planeta, S.A., 1982.

¹⁷ Roberto González Echeverría. *The voice of the masters*, Texas University Press, Austin, TX, 1985.

¹⁸ Miguel Foucault. «¿Por qué estudiar el poder?», *Plural*, 17(214) (Julio, 1989), pp. 29-34.

¹⁹ Hannah Arendt. *The origins of totalitarianism*, Harcourt, Brace & World, Inc., New York, 1966.

Estado abusador, no asisten a sesiones de adoctrinamiento. Por eso se les llama «plantados». Valls explica la significación del término: «[éste] había sido tomado del habla de los campesinos cubanos; significa los que se mantienen en sus trece. Todos éramos presos que no nos habíamos metido en el plan de reeducación, bien porque las autoridades nos consideraban sujetos sin esperanza, bien porque nos negamos. No teníamos los humildes lujos que acompañaban al plan».

El rechazo a dichos planes es la cualidad esencial de la trama en *Perromundo* (1972) de Montaner. El personaje Ernesto Carrillo se niega a ser reformado por los instructores quienes le enseñarán la «Doctrina, la únicamente científica, la única con un método válido de análisis».²⁰ Obviamente, el precio que pagan los «plantados» es severísimo. De ahí que algunos presos simulen aceptar la rehabilitación debido a las presiones ejercidas por los militares y por razones de naturaleza familiar. Rodríguez y Garvin aluden a este hecho en *Diary of a Survivor* (1995), en el caso de las mujeres: «By now, a number of women had deserted our ranks for re-education, and we knew that their decision was usually prompted by difficult family circumstances rather than political revisionism».²¹

En pocas palabras, la rehabilitación requiere de una suerte de conversión al pensamiento oficial. Loredó la rechaza tajantemente y en una carta a otro sacerdote indica: «Nunca pienses que voy a acogerte a ninguna rehabilitación política que yo ni necesito ni puedo aceptar».

El punto de vista oficial en materia de conversión se evidencia en el libro de Thelvia Marín *Condenados: del presidio a la vida* (1976).²² La autora mezcla las conductas antisociales con las de oposición política y las prácticas religiosas, pues para ella constituyen patrones de inadaptación al llamado proceso revolucionario. Uno de los casos analizados aquí es la autobiografía de alguien que en principio se hizo adversario del Gobierno. Ya en prisión asume sus «errores» y acepta ingresar a los planes de reeducación y trabajos ofrecidos por la penitenciaría. En consecuencia se vuelve partidario de la revolución y para demostrar que se arrepiente escribe una obra de teatro titulada *La libertad a tres pasos*: «Fidel, te estoy escuchando y no puedo por menos que pensar en aquéllos que se encuentran en la isla [de Pinos], todavía en las circulares, con una telaraña en los ojos, esperando por los libertadores que irán a sacarlos del infierno. Si pudieran darse cuenta de la realidad ya estarían como nosotros, con un pie en la calle, coño».

A pesar de esta bochornosa concesión, predomina el ejemplo de los «plantados». Ellos logran construir textos de resistencia, estableciendo por esa vía un espacio de dialogismo, de anti-discurso frente y a pesar del poder. Rechazar el plan de rehabilitación implica para ellos no convertirse ni en cuerpos ni

²⁰ Carlos Alberto Montaner. *Perromundo*, Plaza & Janés, Madrid, 1984.

²¹ Ana Rodríguez y Glen Garvin. *Diary of a Survivor, Nineteen Years in a Cuban Women's Prison*. St. Martin Press, New York, 1995.

²² Thelvia Marín. *Condenados: del presidio a la vida*, Siglo XXI Editores, S.A., México, 1976.

en mentes dóciles. No quieren hacer el papel de «convertos» adoptando a regañadientes el logos que precisamente los ha llevado a la prisión. La ventaja de regresar, en menos tiempo, a un espacio social a cambio de la neutralización resulta moralmente inaceptable, sobre todo porque en el territorio de la sociedad civil está completamente prohibida la circulación de discursos alternos.

Con esta narrativa carcelaria se reproduce en la Cuba posterior a 1959 la «conspiración del texto» a la que aludí al comienzo del ensayo. El rigor del partido único exigido se quiebra ante la firmeza de estos autores. Las opciones para el prisionero son mínimas y extremas: ceder o no ante las torturas, internalizar o no el discurso del victimario, simpatizar o no con él.

La narrativa que hemos glosado demuestra el fracaso del discurso monológico y anti-democrático que predomina en la Isla a través del partido único. Estos archipiélagos textuales cuentan penitencias pero también resistencias desde diversas líneas políticas. Son una plataforma pluralista porque la oposición al Estado no es de partido único.



Preso político desconocido. Roberto Estopiñan, 1953.

Santa Clara, diciembre de 1960. Tribunales en la noche

Antonio García-Crews

Las sombras de la noche caían sobre Santa Clara. La puerta de mi celda fue abierta y fui sacado al pasillo que comunicaba las seis celdas. Uno de los guardias entró y revisó detalladamente su interior como buscando algo. Me entraron de nuevo. Un ritual comenzaba. Me encontraba en una de las seis celdas de la pequeña cárcel de la Seguridad del Estado en Santa Clara. Transcurrían los primeros días de diciembre de 1960. Un débil bombillo se mantenía encendido siempre. Estaba en la misma Santa Clara que, menos de dos años antes, había sido el centro de la victoria contra la dictadura. Pero ya no era la misma ciudad.

Mi celda era la misma de donde, dos meses antes, había salido hacia el paredón de fusilamientos del campamento de La Campana el teniente del Ejército Rebelde, Sinesio Walsh. La contigua, ocupada por Porfirio Ramírez, presidente de la Federación Estudiantil de la Universidad de Santa Clara, también fusilado en esa ocasión. Yo me encontraba allí desde el 24 de noviembre. Había sido capturado por el Jefe de la Seguridad del Estado de la provincia de Las Villas cuando intentaba unirme a las guerrillas del Escambray, asediadas en medio de una gigantesca ofensiva del Gobierno.

La puerta de mi celda de dos por dos metros se abrió de nuevo. Entraron a un desconocido. Sólo teníamos una cama. Le pedí que se sentara y conversáramos. Su nombre: Eloy Moreno. Acababa de ser juzgado por el tribunal militar de Santa Clara y condenado a muerte, él y cuatro compañeros capturados el día anterior después de haber fracasado en un intento de desviar un avión para huir de Cuba. El piloto había muerto en el tiroteo. El juicio duró pocos minutos. No hubo testigos de la defensa... ni posibilidad de preparar una defensa. Todo fue sólo una apariencia de procedimiento legal.

De nuevo se abrió la puerta y entró un hombre con el que yo ya había compartido la celda contigua en días anteriores. Su apellido: Sarabia. Era uno de los dos acusados por la muerte del comandante Piti Fajardo, en el Escambray. Después de capturado fue llevado a Topes de Collantes, donde fue torturado usando el método de sumergirlo con un peso en una piscina. Él había sido juzgado el día anterior. No pudo hablar con su abogado defensor antes del juicio. Tampoco pudo presentar testigos. En su relato personal, me explicó que él y su compañero habían participado en el asalto a un cuartel en Trinidad y estaban

siendo perseguidos por el ejército en la carretera hacia Topes de Collantes. Intentaron esconderse en el monte, pero fueron cercados y capturados. Estando ya presos bajo la custodia del teniente Calvo, apareció muerto el comandante Fajardo. Sanabria pidió al teniente Calvo como testigo en su juicio, pero nunca apareció. De acuerdo con Sanabria, el comandante Fajardo murió a consecuencia de los disparos de las propias milicias del Gobierno, desplegadas en cerco alrededor de ellos.

Ya éramos tres en una celda con una cama. Nos acomodamos como pudimos. Un soldado apareció frente a la reja y leyó el documento que traía: la apelación sometida por los acusados en el juicio por la muerte del comandante Fajardo había sido denegada. Se mantenía la orden de muerte por fusilamiento tomada por la Corte inferior. Sería al día siguiente.

De nuevo el soldado apareció frente a la celda. De nuevo una apelación denegada. A Eloy Moreno, ex piloto del ejército, le fue ratificada la sentencia de muerte esa misma tarde. La ejecución también tendría lugar al día siguiente.

Los tres estuvimos en oración toda la noche. A algunas familias de los siete condenados a muerte les fue permitido despedirse durante breves minutos. Esa tarde fueron llevados a La Campana y fusilados. Uno de los guardias que nos vigilaban participó en el pelotón de fusilamiento. Al regresar de la ejecución comentaba entre risas cómo a uno de los fusilados le había saltado la dentadura postiza.

La nueva religión sacrificial necesitaba víctimas para poder mantener el orden social. Tal como en las sociedades primitivas, era necesario ofrecer sacrificios humanos para aplacar la furia de los dioses.

Menos de dos meses después, el 5 de febrero de 1961, era yo el que estaba siendo juzgado bajo la jurisdicción del tribunal militar de Las Villas. Todos los miembros del tribunal eran militantes activos. Le llamaban Tribunal Revolucionario. La gran diferencia con los tribunales civiles era que los tribunales militares podían condenar a muerte. Matar con apariencia de legalidad. Racionalizar la legalidad del fusilamiento. Todavía no estaban lejos los días de Batista, la época en que los muertos aparecían tirados en lugares oscuros e inhóspitos. Los métodos habían cambiado, se volvieron más sofisticados. Las consecuencias eran las mismas. Su historia de la pena de muerte con apariencia de legalidad era corta: habían comenzado después del 1ro de enero de 1959. Había que crear nuevos chivos expiatorios. No para hacer justicia, sino para lograr la paz sacrificial, la paz de los sepulcros.

Los primeros tribunales militares juzgaban a miembros de la dictadura batistiana. Su arbitrariedad fue notoria. Provocaron duras críticas de la comunidad internacional por la falta de procedimiento. Ahora el nuevo «demonio» era el contrarrevolucionario, que por definición tenía que ser «agente de la CIA». Ya no eran los batistianos los que estaban siendo fusilados, ahora le tocaba a los ex revolucionarios. La dinámica de sacrificios humanos continuaba. También le llegó su turno a Ochoa, el general victorioso de la guerra en Angola. El ciclo no se ha cerrado aún.

Yo estaba ante el Tribunal de la guillotina de Las Villas con otros 30 miembros de la misma causa: antiguos combatientes contra Batista, miembros del Ejército Rebelde, comerciantes, profesionales, estudiantes, católicos y masones, y campesinos que ayudaban a los nuevos alzados del Escambray a combatir una ofensiva de 100,000 milicianos armados. Nada raro que mataran al comandante Fajardo por equivocación.

Cuando entramos en la sala del Tribunal, me golpeó los ojos una bandera nazi puesta sobre la mesa, delante de los jueces. Yo sólo la había visto en películas. Después supe que la procedencia de esa bandera era un coleccionista que estuvo preso unas horas y después fue puesto en libertad. No se encontraba allí. Comenzaron los testigos del fiscal militar. Primero el infiltrado: antiguo alumno del colegio de los Maristas, introducido al grupo por un sacerdote. El segundo testigo: el jefe de la Seguridad del Estado de Las Villas. Sus últimas palabras: «Cualquier cosa que la Revolución haga con ellos es poco para el daño que han hecho». Éstas palabras resumían sus intenciones e intimidaban a los jueces. No se había hecho la presentación de las evidencias. No hubo declaraciones juradas preliminares. Las preguntas de nuestro «abogado defensor» fueron pocas y débiles. Testigos de la defensa, ninguno. El miedo era mucho. El abogado defensor fue mencionando uno por uno todos los acusados. Cuando me tocó a mí, pensé: ahora alguien me va a defender de las acusaciones falsas, de la bandera nazi, de las armas que yo no había transportado, del alzamiento que no había llegado a suceder. Se oyeron sus palabras en el silencio de la Sala: «Ahora... Antonio García... un buen muchacho». Ésa fue toda la defensa con que conté. El fiscal entonces dijo: «Él es confeso. Por favor, lean su declaración»: «Me dirigía al Escambray a unirme a los alzados. Tengo mi conciencia tranquila, con Dios y con la Patria». El fiscal ladró: «Creo que ante las evidencias tan fuertes voy a tener que reconsiderar mi petición original». Leyó la larga lista de sus peticiones. Para mí, 30 años. Para los demás: 30, 20 y 15 años. Todo había terminado.

Pocos días después, el grupo fue trasladado a su destino, la prisión de Isla de Pinos. Corría el mes de febrero. Frente a la cárcel de Santa Clara se habían reunido varios cientos de personas entre familiares y amigos para despedirnos. Cantamos el *Himno Nacional*. Había comenzado el largo camino de sufrimientos a través de las cárceles cubanas.

Hoy en día, a la entrada de Santa Clara, se encuentra la estatua de un hombre armado, erguida sobre sus restos largamente buscados y finalmente encontrados en Bolivia. Fue la figura decisiva en Santa Clara, en la victoria final contra la tiranía de Batista; y después fue figura decisiva en los fusilamientos que comenzaron después del 1º de enero de 1959. Sus restos fueron traídos en larga procesión desde La Habana. El héroe sagrado de una religión sacrificial.

Poco tiempo después, otro hombre, totalmente desarmado, totalmente distinto, habló al pueblo de Santa Clara: «No tengan miedo», les dijo. Les habló con palabras nuevas. Palabras no escuchadas por mucho tiempo en las

plazas públicas de Cuba. Les habló de derechos humanos, de justicia social, de libertad y amor, de la importancia de los valores familiares. No acusó a nadie. Era el mensajero de la paz, de la no violencia, de la Cruz.

Hoy vivimos una nueva encrucijada en la historia. Quizás la más importante en la historia de Cuba y la humanidad. Tenemos, como pueblo, que escoger nuestro camino. ¿Será, como hasta ahora, el de la violencia como sistema? ¿O construiremos una Cuba donde, por fin, «la ley primera de la República sea el respeto a la dignidad plena del hombre». Es necesario decir nuestra verdad, aunque duela. Respetar la opinión del otro, que piensa distinto. Perdonar la ofensa recibida y pedir perdón por la ofensa cometida. Es la hora de romper los mitos que ocultan la verdad histórica, asumir nuestras responsabilidades y nuestro bochorno... y caminar juntos todos los cubanos de buena voluntad.

Ya estamos al frente de todo. -
 todo fue impuesto. Mejan así - Fui llevado como
 un ladrón, mejan así, así me fueron más a Cristo.
 Lo malo es que el golgota duro unos horas y lo
 mio unos meses... No importa, O me den: los
 días, Mejanis para llegar al Final, y entonces, Que
 esperanza y No conocimiento de Dios y de los hombres. -
 Trabajamos mucho (16h). - Me duele
 mucho la espalda, yo padecía eso, y a mi mamá
 la Vista. - No se me los todos conocimiento recibí.
 aquí, los Japs se abochornan de verme a qui. -
 Unio and Munto. - Lo por papirus que hay
 están escandalizados. - Dios Dios. -

El primer día

Byron Miguel

Entré en la vieja fortaleza militar de La Cabaña un atardecer lluvioso del mes de mayo de 1961.

Ningún preso hablaba mientras recorriamos el laberíntico trazado de callejuelas para llegar al patio de la prisión. Sólo se oían nuestros pasos. Era como si todos, guardias y presos nos hubiéramos puesto de acuerdo para hacer de nuestra entrada un acontecimiento verdaderamente triste.

En el G-2 me había encontrado con Siro, un compañero de la conspiración, y en las dos semanas que allí pasamos habíamos hecho amistad con Julio, un moreno que más tarde supimos que también había conspirado en nuestra organización. Ahora los tres caminábamos juntos para encontrarnos con algo que desconocíamos.

La fortaleza había comenzado a edificarse en 1763, inmediatamente después de firmado el Tratado de París por el que España recuperaba a La Habana después de casi un año de dominación inglesa, y terminó de construirse once años más tarde.

La Cabaña tenía una larga tradición como presidio político, sobre todo a partir de los años treinta. Se habían escrito varios libros y numerosos artículos relatando estancias de varias semanas, que en su época habían horrorizado a los lectores. Ahora todos esos escritos nos parecían insustanciales y panfletarios y comparados con la realidad que vivíamos podían servir de lectura para niños.

De pronto, al doblar una esquina, nos encontramos con una reja enorme: era la entrada del rastrillo. Una voz de falsete, muy frecuente entre nuestros campesinos, nos gritó varias palabrotas y nos dijo que ahora sí que íbamos a saber lo que era bueno. El que así hablaba era un muchachito de un remoto mestizaje indio que aún se puede encontrar en nuestra provincia oriental; muchos como él habían bajado con Fidel Castro de la Sierra Maestra. Gritaba imitando a algún jefe, pues no se veía nada espontáneo en sus insultos, era como un discurso desarticulado y mal aprendido cuyo objetivo era amedrentar a los recién llegados.

Para no desentonar, los guardias, que nos habían custodiado hasta ese momento silenciosamente, comenzaron a dar empujones y a insultarnos; no duró esto mucho tiempo, pues la presencia de un mulato alto y grueso los calmó. Este personaje nos iba a acompañar durante algún tiempo; se llamaba Emilio y, a pesar de su aspecto eunucoide, ocupaba en aquel momento el cargo de jefe de Orden Interior.

Con aire resignado Emilio nos contó, comprobó nuestros nombres y nos pasó a la oficina, donde unos presos del régimen anterior, que hacía tiempo estaban detenidos, realizaban algunas tareas burocráticas.

Desde hacía un buen rato uno de los guardias no le quitaba los ojos de encima a Julio, éste se sentía ya molesto y comenzó a sostenerle la mirada. El guardia se acercó y le gritó: «¿Qué tú miras negro?, ¿qué es lo que te pasa?», se le encimó e hizo ademán de darle un planazo con la bayoneta, pero un sargento que se hallaba cerca lo detuvo y nosotros, con discreción, convencimos a Julio para que mirara hacia otra parte.

Después de esperar como una hora comenzaron a llenar formularios y a medida que los terminaban nos pasaban para un cuarto cerrado, con montañas de ropa increíblemente sucia y con un olor horrible, de ésos que no se olvidan. Allí entregábamos nuestra ropa y nos daban unos andrajos que habían sido los uniformes del ejército anterior. Las camisas tenían dibujada una P enorme en la espalda con una pintura que no secaba nunca, pues siempre estaba manchando la piel. Disfrazados de este modo parecíamos mendigos acabados de recoger por alguna institución caritativa. Formábamos un grupo realmente grotesco.

Al terminar, puestos en fila, Emilio nos contó de nuevo, nos miró fijamente, como para empezar un discurso, pero no se sintió con ánimo para ello y ordenó al clase llave que nos pasara al patio.

La entrada al patio, ya de noche, era algo que impresionaba. Era un lugar desagradable desde que se veía por primera vez, después uno se daba cuenta que era triangular con uno de sus ángulos exageradamente agudo, aunque daba más bien la impresión de un pasillo que se fugaba precipitadamente y al que se abrían las galerías en bóveda de cañón, construcción muy frecuente en tiempos de la colonia para albergar cuarteles de caballería.

El guardia que había amenazado a Julio en el rastrillo se la tenía guardada y aprovechando el escalón de la entrada de la galería lo empujó; éste no pudo mantenerse en pie y fue a dar al piso partiéndose el labio. Siro y yo nos abalanzamos hacia nuestro amigo procurando que no se incorporara ni hablara, pues podía ganarse un castigo en capilla y lo iba a pasar muy mal. Otros presos que se hallaban cerca nos rodearon y nos hicieron caminar hacia el fondo para alejarnos lo más posible de los guardias y además porque en la última litera residía el jefe de galería, personaje activo y hablador a quien apodaban el Chino por sus evidentes rasgos asiáticos.

El problema con Julio me hizo observar por primera vez algo que vería repetirse a través de los años: los presos negros eran frecuentemente más insultados y peor tratados que los blancos. Se les echaba en cara que eran unos desagradecidos porque, según el régimen, la revolución los había hecho personas. Esta actitud probablemente escondía recónditos prejuicios que encontraban así una oportuna justificación para manifestarse, pues no eran precisamente los guardias negros los que se ensañaban con ellos, aunque éstos algunas veces también lo hicieron.

Nos fuimos acercando al final de la galería entre un bosque de literas y tenderas improvisadas. Entre las torres de tres o cuatro pisos había un pasillo de

cuarenta centímetros rigurosamente medido que servía de único acceso a las dos torres que la flanqueaban. Ésta era la unidad funcional de la galera y recibía el nombre de *wilaya* por asociación con los sitios poco accesibles y elevados en que operaban los rebeldes argelinos de tanta actualidad por aquellos días.

Se podían observar infinidad de personajes cuya conducta hubiese sido material de primera para un sicólogo. Era impresionante ver a un hombre como Rodríguez-Sierra sentado en su litera horas enteras con la mirada perdida. Se trataba de un antiguo profesor universitario. Podía uno imaginárselo en su cátedra de Economía dictando una de aquellas clases magistrales a las que eran tan aficionados los viejos catedráticos de la Universidad de La Habana. Ahora era un espectáculo deprimente; el choque con el presidio había precipitado lo que los años hubieran preparado poco a poco y sus facultades mentales se habían deteriorado sustancialmente. No era el único que se hallaba en estas condiciones, había muchos como él.

La extracción social de los presos detenidos en La Cabaña podría ser sorprendente para los que no vivieron el proceso de la lucha anticastrista; muchos habrán pensado que allí se había concentrado lo más reaccionario de la burguesía criolla, pero la realidad era totalmente diferente. Como regla general muchos de los miembros de las clases más adineradas marcharon temprano al exilio y no formaban ningún grupo importante dentro de la prisión. Tampoco estaban bien representados los campesinos; éstos predominaban en las cárceles provinciales, sobre todo en la provincia de Santa Clara, donde se desarrollaba la lucha guerrillera de la Sierra del Escambray. Años más tarde, sin embargo, cuando el presidio político se concentró en Isla de Pinos, se pudo ver allí una muestra increíblemente representativa del pueblo cubano.

En cuanto a las ideologías y antecedentes políticos; había de todo: ex militares de Batista, miembros del Ejército Rebelde, revolucionarios, conservadores, anarquistas, etc.

Vivíamos en condiciones infrahumanas, pero la palabra de orden era sobrevivir; todavía no podíamos imaginar que estaríamos muchos años en una lucha constante para salvarnos del deterioro físico y moral al que el régimen pretendía condenarnos. Todavía no nos habíamos enfrentado a los castigos, a las requisas, al trabajo forzado, a los fusilamientos y a tantas ingratas experiencias que nos aguardaban.

La requisa

Cuando desperté tuve la idea de que nos iban a ametrallar, siempre pensaba lo mismo durante los primeros momentos de una requisa.

Era como encontrarse de pronto en medio de un inmenso caos o de un naufragio. Decenas de guardias dentro de las galeras, gritando e insultando para infundirnos pánico; tirando al piso todo lo que se encontraban por

delante, dando empujones y golpes para que saliéramos rápido al patio y no tuviéramos tiempo de reaccionar. Teníamos que salir en ropa interior y a veces completamente desnudos.

No pude encontrar los zapatos y salí descalzo, corría el riesgo de no verlos más, pues nunca se sabía lo que iban a llevarse. Dando tropezones con las colchonetas, ropas y tarecos tirados en el medio del pasillo y empujado por una ola de presos que se movía detrás de mí, llegué hasta la reja. Pude darme cuenta entonces que caminando delante de mí estaba Simón con el enano Kico cargado en los hombros. Kico, con sus piernas deformes, no podía caminar con rapidez y había que evitar que los guardias se ensañaran con él.

Ya en el patio la situación no cambiaba gran cosa pues teníamos que pasar al espacio cercado destinado a las visitas, que era muy estrecho y apenas cabíamos. Era ahí donde realmente muchos se despertaban y caían en la cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Las requisas se realizaban casi siempre pasada la medianoche, alrededor de las tres de la madrugada, cuando se suponía que todos estábamos durmiendo y desprevenidos. Había requisas rutinarias o como ésta, que parecía ser preventiva, es decir dirigida a aterrorizarnos y evitar cualquier manifestación colectiva ante un acontecimiento o fecha que ellos estimaban provocador. Sólo faltaban un par de días para el 20 de mayo, fecha en que tradicionalmente celebrábamos nuestro día de la independencia, así que probablemente querían evitar alguna manifestación política por parte nuestra como cantar el *Himno Nacional* o insultar al Máximo Líder.

Desde el otro lado de la cerca comenzamos a observar los destrozos y el desorden que deliberadamente provocaban los guardias. Era cuestión de hacer sentir su poder y hacernos conscientes de nuestra impotencia.

Después de un par de horas, viendo cómo aumentaba el número de objetos sacados de las galeras, se producía un efecto curioso; ya nos importaba un carajo todo aquello, pues en fin de cuentas se podía vivir sin baldes, sin libros y hasta sin ropa, como habíamos tenido oportunidad de comprobar en varias ocasiones.

Recostado a la malla, con una calma envidiable, el viejo Victorino fumaba un cabo de tabaco, guardado quizá para ocasiones como ésta. No era fácil encontrarlo de buen humor, pero a veces se tornaba un conversador sumamente ameno y agradable. En realidad no le faltaban temas para una charla interesante pues era uno de esos luchadores políticos de siempre, que había estado en La Cabaña en tiempos de Machado y de Batista. Como conocía al padre de Joaquín aprovechamos la simpatía que sentía por éste para hablar con él. Raúl ni corto ni perezoso inició la conversación.

—Don Victorino, lo han hecho madrugar mucho hoy.

—Sí, pero esto es parte del argumento de la obra, necesariamente hay que pasar por esto.

—Óigame, pero esta obra es diferente.

—Claro, ahora la represión es total, además en otras épocas éramos veinte o treinta presos por galera, ahora somos diez veces más.

—Ahora la resistencia ha sido masiva.

—Sí, ésta ha sido en grande. Organizar y controlar esto va a ser muy difícil. Yo considero a los dirigentes de todas esas organizaciones lo que van a pasar, porque quiero que sepan que esto va para largo. Éste es un régimen que se dice marxista, pero al fin y al cabo es fascista y ha unido los dos métodos de represión más efectivos que se conocen.

Llevábamos más de tres horas de requisa cuando observamos un movimiento alentador entre los guardias; ya estaban casi todos en el patio trasladando lo que habían sacado de las galeras para el rastrillo. Emilio caminaba de un lado para otro impartiendo órdenes y frente a algunas galeras ya se estaban dando instrucciones a los guardias nuevos de cómo hacernos el registro personal.

La entrada a la galera después de una requisa, es un cuadro de éstos que quedan grabados para siempre en la memoria. Nada estaba en orden; las literas fuera de su sitio hacían difícil ubicar el lugar donde se dormía. Colchonetes, toallas, ropa, todo por el suelo; un zapato por aquí, allá un jarro. Todo deliberadamente mezclado y desordenado para que fuera una hazaña encontrar lo de cada cual en aquel naufragio.

Algunos, una vez que encontraban su cama, se tiraban sobre el bastidor y esperaban con aire resignado a que otros más activos despejaran el camino, pero así corrían el riesgo de perder algo en medio de confusiones conscientes o inconscientes.

En cuanto entré, lo primero que hice fue buscar los zapatos; no eran ya fáciles de conseguir para la familia y no podía perderlos. Cuando encontré el primero respiré tranquilo, iba a ser muy difícil que alguien se «confundiera» con el otro.

Mario estaba que echaba chispas, le habían llevado su frazada y, lo peor de todo, su libro de inglés por el que tantos presos de la galera estudiaban. A Raúl lo habían dejado sin papel y sin bolígrafo, pero ahí le quedaban el *Manual de Economía* de Nikitin, una historia de la URSS y del PCUS, así como otros panfletos, que aun los menos prejuiciados eran incapaces de leer debido a esa incurable densidad de la literatura marxista-leninista. Raúl disciplinadamente se leía todo aquello porque: «había que conocer al adversario».

En medio de aquella debacle llegó el agua con azúcar, pero el Chino, sabiamente, pospuso su repartición hasta tanto no se ordenara un poco la galera y se midieran los pasillos. Un par de horas más tarde todo quedó más o menos en su sitio y pudimos desayunar.

Como Mario no cesaba de quejarse por la pérdida de la frazada y el libro, Raúl no pudo más y le dijo: «Mario no jodas más, a ti no te partieron una costilla como a ese muchacho de la ocho, no te cortaron una pierna como a Tony, no has perdido un huevo como Zamora y no te han fusilado, Mario; estas vivo, ¡vivo!» Mario mirándolo fijamente le contestó con sorna: «Entonces tengo que agradecerles que estoy vivo». «A ellos no, Mario, al de arriba», le replicó Raúl.

El soldado desconocido

7.30 PM.

Llegaron al anochecer, cuando ya casi todos estábamos recostados en las literas, hablando o soñando despiertos.

El ruido de la reja al abrirse atrajo nuestras miradas hacia el frente de la galera. Habían entrado nuevos presos, tres en total, de un grupo más numeroso que se fue repartiendo entre las otras galeras.

Uno de los recién llegados quedó asignado a nuestro pasillo, así que le esperaba un duro suelo para dormir. Mario le dio un pedazo de lona que tenía y Julio unos cartones, pero no había nada sobrante que pudiera hacer de almohada; pensé en darle mi toalla que, enrollada, le serviría, pero el recuerdo de la que Pacheco me había llevado en la última «cordillera» y el hecho de que la única que tenía había podido lavarla ese mismo día, hicieron que no se la prestara; como sentí algo de remordimiento le pregunté si había comido, pensando en un poco de agua con azúcar que tenía ahorrada para más tarde, pero me dijo que le habían dado algo de comer en el rastrillo.

Era un muchacho que no aparentaba tener más de veinte años, se mostraba muy agradecido por nuestras míseras atenciones y hasta parecía contento de hallarse en La Cabaña. Se quitó una camisa sucísima que le habían dado al entrar y se tiró sobre la lona. Se veía ansioso, pero trataba de disimularlo sonriendo; quise preguntarle cómo se llamaba y darle oportunidad para que hablara, pero me pareció mejor dejarlo para el día siguiente, después de todo habría tiempo de sobra.

Después de la ubicación de los nuevos reclusos la galera volvió poco a poco a su diaria rutina: los juegos de damas y ajedrez, con piezas y tableros ingeniosamente improvisados, leer, hacer cuentos y alguna que otra discusión política que a esa hora eran mucho menos apasionadas y, por supuesto, esperar a que el jefe de galera ordenara silencio y terminara otro día.

8.30 PM.

«Atención, atención al patio, este personal que se va a nombrar que se presente correctamente vestido a la reja de la galera sin pertenencias». Era la voz monótona de Emilio que, por el altavoz, comenzó inmediatamente a leer una lista de unos doce nombres en la que, según los recién llegados, estaban incluidos todos ellos.

No sé si ya estaba dormido cuando Emilio comenzó a hablar, el hecho es que me incorporé tan rápido, que me di un golpe en la frente con el bastidor de Joaquín. Todos sabíamos lo que podía significar a esa hora una llamada sin pertenencias. Se trataba con toda seguridad de un juicio en el que habría penas de muerte. El muchacho notó nuestra preocupación y preguntó algo nervioso si era frecuente que hubiera juicios por la noche; Joaquín, reaccionando con rapidez, le explicó con fingido mal humor que: «Esos hijos de puta lo único que piensan es en joder y como ninguna mujer les hace caso se entretienen por las noches celebrando juicios». Todos sonreímos y se añadieron

algunos chistes sobre los juicios mientras los tres llamados se vestían. Para que se sintiera mejor le dije a nuestro nuevo compañero que se pusiera mi camisa encima del andrajo que le habían dado, él no quería ponérsela, pero yo insistí porque afuera había frío, y terminó por aceptar.

9.00 PM.

El patio se llenó de guardias, Emilio se presentó ante la reja con una lista mecanografiada y nombró a los tres reclusos del grupo que había en nuestra galera, pero no pude darme cuenta cuál era el nombre del muchacho. Los tres se dirigieron hacia la reja entre frases de ánimo y palmadas al hombro, pero no nos hacíamos ilusiones, quizá ninguno de ellos regresaría a la galera. Abrieron la reja y los sacaron al patio; repitieron la misma operación en dos o tres galeras hasta que todos los miembros de la causa estuvieron reunidos y fuertemente custodiados. Del patio pasaron al rastrillo y ya no pudimos verlos más.

Poco a poco, sin embargo, la imagen del paredón se impuso sobre las especulaciones políticas que el caso implicaba y los comentarios fueron disminuyendo dando paso a un silencio que parecía oírse. Fernando propuso rezar un rosario; en estas ocasiones solía tener más acompañantes y con voz tranquila dirigió la oración.

Observé a Cheíto, que vivía en la *wilaya* frente a la nuestra, sólo tenía quince años de edad y por primera vez iba a oír las descargas de un fusilamiento. Estaba callado, ¡con lo hablador que era! Me daba pena verlo, casi un niño, enfrentando algo tan serio.

El jefe de la galera ordenó silencio para dormir, pero para muchos iba a ser muy difícil conciliar el sueño; no querían despertarse con las descargas.

12.15 AM.

El ruido que hacía la cerradura del rastrillo al abrirse y unas voces apagadas hicieron saber, a los que aún estábamos despiertos, que los presos juzgados habían regresado. Los condenados a muerte pasarían del rastrillo a las capillas, los demás entrarían de nuevo al patio.

Joaquín, siempre atento, bajó rápidamente de su litera y descalzo fue hasta la reja para ver lo que ocurría. Dejaron a dos presos en la galera catorce y pasaron frente a la nuestra varios presos que pertenecían a las galeras de abajo; uno de ellos le dio una camisa a Julio, que también había ido hasta la reja, y habló con él un instante. Ninguno de los nuestros había regresado.

Joaquín volvió por el pasillo dando explicaciones: cinco penas de muerte, los demás probablemente absueltos. Esto era muy raro, pues menos del uno por ciento de los juzgados salían absueltos. Los juicios eran pura pantomima, todo estaba decidido de antemano; en este caso probablemente habían tratado de enmascarar a los delatores con una redada más amplia de gente que no estaba conspirando.

Julio, ya de regreso, me entregó la camisa; el muchacho le había encargado a uno de sus compañeros que me la devolviera, había recordado mi nombre, pero nosotros desconocíamos el suyo.

Íbamos a tener una noche muy dura. De pronto me vino a la mente el foso y el poste en que amarraban a los condenados a muerte, la única vez que lo vi parecía pintado de negro; el «palo», como lacónicamente se le llamaba, era todo un símbolo del horror y el terror del régimen.

12.45 AM.

El ruido del camión nos indicó que ya los condenados a muerte iban a ser llevados al foso. El vehículo llegaba hasta el rastrillo para recoger a los presos ya esposados; el trayecto era de sólo unos doscientos metros, pero por razones de seguridad se hacía en el camión.

Ahora venía la desagradable espera, pensando e imaginando lo que ocurría en esos últimos momentos.

1.20 AM.

Se oye la primera descarga no muy cerrada, pero parece eficaz, pues no se escucha el tiro de gracia. Alguien comienza a rezar de nuevo. Con intervalos de unos diez minutos se van sucediendo las descargas, la tercera y la última van seguidas de un ruido seco que el eco del foso repite un instante; han necesitado el tiro de gracia.

Me quedo mirando la camisa que, colgada de nuevo, me parece más inerte que nunca.

Tengo que dormirme, no quiero pensar, trato de imaginarme una pared blanca, todo blanco... ¿Por qué tiene que morir un muchacho así?, podría estar estudiando, despreocupado, feliz. ¿Qué habrá pensado al ver el palo? No le presté mi toalla, pero le di mi camisa. ¿Se habrá acobardado? ¿Qué estarán haciendo otros jóvenes como él ahora?, déjame ni pensar en eso que me encabrono y no voy a poder dormir. Deben haber cientos como él por el mundo, en universidades burguesas, estudiando los «logros» de la revolución cubana y meditando sobre el camino correcto hacia el comunismo. ¿Habrá sido el primero? ¡Ojalá!, de lo contrario tendría que ver al fusilado anterior ya muerto; no pueden retirar el cadáver tan rápido. Intelectuales de moda deben estar trasnochando alegremente en París o New York discutiendo si Lenin tal cosa, si Marx tal otra o el recoño de su madre. ¿Qué sentiría al recibir la descarga? Muchos tratarán de justificar estas muertes como necesarias para que la revolución avance; claro, como no es a ellos a quienes les parten los cojones. Deben estar pensando que somos unos subdesarrollados productos del oscurantismo y de los intereses económicos de la burguesía. Tienen fe en este estalinismo reciclado, Castro no es nada nuevo ni un carajo. Ninguno gritó ¡Viva Cuba libre! ni ¡Viva Cristo Rey!, parece que ya el esparadrapo que le ponen en la boca se ha hecho oficial, como el que le ponen en el pecho para que el pelotón tenga mejor diana. ¿Ya lo sabrá la familia? A lo mejor han estado pidiendo paredón en el CDR. No debe haber dejado hijos, es muy joven. ¡Qué hijos de puta son estos comunistas! Ahora ya nadie habla, no se oye ni un murmullo, creo que me voy a dormir. ¿Será verdad que morir por la patria es vivir? ¿Cuál sería su nombre?

El plan de trabajo forzado en Isla de Pinos

Roberto Jiménez

Yo sé que lo que voy a tratar de decir puede parecer ficción a los lectores honestos no informados o desinformados.

Los presos políticos cubanos, víctimas del régimen totalitario que impera en Cuba, estamos lamentablemente acostumbrados a no tener mucha audiencia ni lectores cuando hablamos de lo que padecemos o seguimos padeciendo. Pero no nos cansaremos nunca de decir nuestra verdad.

Esto es historia, nos duela a quienes nos duele, le pese a quienes les pese. Se trata de una innegable realidad que gravita sobre todos los cubanos y sobre todos los seres humanos de buena voluntad.

LOS HECHOS:

El plan de trabajo forzado impuesto a los presos políticos del Reclusorio Nacional de Isla de Pinos que no habían aceptado el llamado «Plan de Rehabilitación», se desarrolló en los últimos años de ese penal (1964-1967). Puede afirmarse que el cierre del mismo se debió precisamente a la situación de creciente violencia creada por su implantación y la generalizada y firme resistencia de los prisioneros, situación que gradualmente se había ido conociendo en el exterior y que se estaba escapando al control del régimen. Además, el principal objetivo del trabajo forzado, que era obligar a los presos a pasar al «Plan de Rehabilitación», fracasó por completo, ya que durante ese período disminuyó dramáticamente el número de los que dieron ese paso.

Oficialmente nombrado con el eufemismo de «Plan Especial Camilo Cienfuegos», aquella medida del Gobierno castrista fue una genuina expresión del esquema totalitario de coacción y control que se imponía a toda la población de Cuba. En el caso del Presidio Político de Isla de Pinos, su implantación y mantenimiento durante años conformaron una etapa de represión máxima, durante la cual se sometió a los reclusos a un régimen de violencia extrema, masiva y sistemática, en que los golpes, los castigos personales y colectivos, las heridas, las mutilaciones, los desquiciamientos mentales y las muertes se convirtieron en rutina diaria; todo esto en medio de interminables jornadas de agotadores trabajos, en las peores condiciones de equipamiento y alimentación. Se impuso a la población penal una dinámica de tensión abrumadora

que regía toda su vida cotidiana, dislocando el sistema de actividades que habían desarrollado los presos por su propia iniciativa para su superación espiritual, cultural y política. Sin embargo, esas actividades formativas pudieron recrearse en medio de aquel infierno, lo que contribuyó grandemente a mantener la integridad moral y el espíritu de resistencia.

ANTECEDENTE:

Pudiéramos decir que todo comenzó cuando un día, a fines de 1963, sin previo aviso ni explicación, varios grupos de prisioneros —campesinos en su mayor parte, sobrevivientes de los primeros años de las guerrillas del Escambray y sus colaboradores— fueron sacados de las circulares para ser trasladados con destino desconocido. Por un tiempo no se tuvo noticias de su suerte. Poco a poco se fueron recibiendo informaciones fragmentadas por los diversos canales, a veces inauditos, con los que suelen contar los prisioneros. Así supimos que los habían llevado a campamentos fuertemente custodiados en la propia Isla de Pinos, para que trabajaran en el campo. Esto sería conocido por todo el presidio como «el Plan Morejón», por el nombre del entonces jefe de la guarnición del penal, que estuvo al frente de aquel plan piloto de lo que ya estaban preparando para el penal completo. Las informaciones fueron haciéndose más completas hasta que, pasados ocho meses, los presos del «Plan Morejón» fueron traídos de regreso a las circulares.

En aquel experimento, inicialmente, la represión no fue intensa y se les proporcionó a los reclusos una serie de condiciones más favorables que las existentes en el penal, tratándose de manipular, además, su condición de campesinos, acostumbrados a rendir al máximo en las labores agrícolas, para obtener de ellos cierto grado de cooperación. Pero ellos respondieron rechazando las relativas «mejoras» que, según entendieron, viniendo de carceleros hasta entonces siempre hostiles, sólo podían estar encubriendo la intención de sobornarlos y distanciarlos de sus compañeros que habían quedado en las circulares. Tampoco aceptaron trabajar voluntariamente, y fue preciso que la guarnición se quitara la careta y los hiciera trabajar a la fuerza.

Cuando se extendió por el penal la noticia de todo lo sucedido y se supo que existían planes de implantar a toda la población penal un régimen de trabajo forzado, se manifestó un rechazo generalizado a esa intención del Gobierno comunista, debatiéndose diversas posiciones, más y menos radicales, en cuanto a la forma de actuar cuando llegara el momento. Considérese que en toda la historia anterior de la República nunca los presos políticos habían sido obligados a trabajar para los respectivos gobiernos a los que se habían opuesto y no existía la disposición de hacerlo para el comunismo, aunque se sabía, por innumerables experiencias, que la falta total de consideraciones humanas del régimen aseguraba una represión sin límites.

Se trató de prever, en lo posible, las circunstancias en las que habría que resistir para determinar las tácticas y estrategias más adecuadas y viables, pero esto se hacía difícil por la diversidad de criterios y la poca información disponible. Los hechos irían configurando la magnitud del reto.

EL COMIENZO:

En junio de 1964 da inicio el plan de trabajo forzado para todo el penal. De los cambios de impresiones y debates entre los presos de todas las circulares se había ido perfilando una estrategia general que pudiera ser seguida por todos y que con el paso del tiempo y los acontecimientos se fue perfeccionando. Surgió el concepto de: resistencia pacífica, que se definió de manera que pusiera fuera de toda duda el carácter obligatorio del trabajo. Por primera vez en nuestra historia se planteaba y ponía en práctica tal concepto de lucha que, inspirado en los conocidos antecedentes de Mahatma Ghandi y Martin Luther King, era fruto de un serio análisis de la realidad, tanto la impuesta por el régimen totalitario y sus claros objetivos de doblegar a toda costa el espíritu de lucha del presidio político, como la que se creó en la cárcel por las diferentes posiciones asumidas por los prisioneros, que iban desde las más radicales y prácticamente suicidas, hasta las más moderadas.

Debe tenerse en cuenta que por entonces los presos estaban solos frente a toda la fuerza del Estado marxista, que ya había implantado un régimen de terror en Cuba, eliminando a sangre y fuego a casi toda la oposición y que actuaba con absoluta impunidad ante un mundo que, sólo con contadas excepciones, se mantenía indiferente ante los acontecimientos que tenían lugar en nuestra patria. Ante este cuadro complejo y difícil, los presos políticos de Isla de Pinos redefinieron y llevaron a cabo con responsabilidad e ineludible sentido de realidad, la estrategia de una resistencia pacífica.

Desde el comienzo y durante toda esta etapa trágica del presidio político cubano, se destacó la intervención del Bloque de Organizaciones Revolucionarias (BOR), creado al efecto, que agrupaba a las principales organizaciones creadas en la clandestinidad para combatir al régimen desde posiciones nacidas en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, pero nacionalistas y democráticas. El BOR, cuyos militantes constituían una parte mayoritaria y disciplinada de la población penal desempeñó un papel protagónico en el análisis y las definiciones que resultaron en la estrategia adoptada y también en la coordinación con los miembros no organizados y de otras tendencias políticas del presidio para la puesta en práctica y el mantenimiento de la misma.

Los primeros grupos de presos sacados a trabajar, estaban en el Edificio 6. Se resistieron, primero, a salir del mismo, haciendo necesario que los militares entraran a obligarlos y, desde ese momento, cada paso y cada movimiento en el trabajo tuvo que ser forzado por la represión. Era sólo el principio, todavía se estaba experimentando de ambas partes.

Entre la población penal aún coexistían distintos criterios y aquellos primeros actos de violencia de la guarnición hicieron que un grupo de reclusos se negase a trabajar, estando dispuestos a enfrentar cualquier consecuencia. Estos presos fueron conducidos al pabellón de celdas de castigo, separado de las circulares y edificios donde se hacinaba a los prisioneros, que presenciaron, gritando violentamente desde las ventanas enrejadas, cómo los conducían a golpes y bayonetazos hacia aquella edificación y, después, cuando uno y otro día los sacaban para tratar de que realizaran pequeñas labores, como

arrancar hierbas de los alrededores con las manos pero, ante sus reiteradas y firmes negativas, volvían a llover los golpes y bayonetazos, en medio de los gritos de protesta de los presos desde todas las ventanas del penal.

El objetivo de hacer trabajar ante todo el presidio a aquellos pocos hombres, fracasó rotundamente; sólo lograron que se enardecieran más los ánimos y se fortaleciera la decisión mayoritaria de resistir. Debemos mencionar en este momento el nombre de Alfredo Izaguirre Rivas —joven director de un periódico nacional, cuya pena de muerte había sido conmutada momentos antes de ser ejecutado—, que jamás hizo un solo movimiento para obedecer aquellas órdenes de trabajar bajo los golpes a que fue sometido durante las interminables sesiones de castigo, y que mantuvo esa actitud junto al también periodista Emilio A. Rivero, durante todo el tiempo que duró el plan de trabajos forzados de Isla de Pinos, por lo que permanecieron confinados en los pabellones de castigo hasta el final, junto a otros reclusos allí encerrados. Éstos últimos eran presos que, también desde el inicio o en diferentes momentos a lo largo de la época del trabajo forzado, fueron adoptando la misma actitud de absoluta negativa al trabajo, siendo objeto de salvajes golpizas para terminar también aislados en las celdas de castigo.

PABELLONES DE CASTIGO:

Los pabellones de castigo de Isla de Pinos, aún antes del plan de trabajos forzados, ya eran conocidos entre los reclusos por la brutalidad con que se trataba a los que tenían la desdicha de ser enviados a ellos, pero a partir del «Plan Camilo» el despiadado trato se llevó hasta límites increíbles. En los pabellones de castigo murieron varios reclusos. Recordamos entre ellos a Francisco Novales, *Paco Pico*, al que una bala disparada por el cabo Arcia Rojas le atravesó el corazón. Cuatro meses antes, este mismo guardia había asesinado en pleno campo a Julio Tang. También en el pabellón fue dejado morir Roberto López Chávez en medio de una huelga de hambre.

A veces el castigo era más sofisticado, como cuando encerraban quince reclusos en una celda de tres metros por dos y no podían tirarse en el suelo a dormir porque no cabían acostados todos a la vez y tenían que turnarse para dormir; mientras un grupo dormía el otro se mantenía de pie, así noche tras noche, semana tras semana. Situaciones similares se presentaron en otras cárceles como la de Morón, Boniato, etc. Pero el récord de esto lo tienen las «gavetas». Estas celdas, aunque variaban en sus dimensiones, mantenían un patrón típico como instrumento de tortura. Las situadas en la granja Tres Macíos, cerca de Bayamo, medían cuarenta y cinco centímetros de ancho por ciento ochenta de largo por ciento sesenta de altura, y ahí obligaban a entrar hasta tres presos.

EL TRABAJO:

La misma intensidad de represión se aplicó a los bloques de trabajo que se constituyeron en todo el penal, en el que se hacinaban seis mil reclusos. Cada bloque agrupaba hasta doscientos hombres, divididos en cuatro o cinco

brigadas, cada una comandada por un cabo armado de pistola soviética, bayoneta de Springfield o machete español de la marca Gallito o Carpintero y, por supuesto, de toda la impunidad de un régimen totalitario que nunca tuvo que rendir cuentas al mundo.

Salíamos a trabajar antes de que despuntara el alba, a veces después de la incursión violenta de los guardias en las circulares y edificios para apurarnos, apenas terminando de consumir un poco de agua con azúcar caliente y un minúsculo pedazo de pan. En una de esas incursiones murió bayoneteado el primer mártir del trabajo forzado: Ernesto Díaz Madruga, en agosto de 1964. A manos de Porfirio García, el jefe de Orden Interior.

Los reclusos eran conducidos al sitio de trabajo en camiones llenos hasta el tope que en varias ocasiones se volcaron con el consiguiente saldo de víctimas. En esas circunstancias murió Jerónimo Sandía. Durante el recorrido eran escoltados por otro camión ocupado por los guardias que los custodiaban. Esos militares, armados con fusiles y una o dos ametralladoras calibre cincuenta, apoyadas en tierra, se convertían en el «cordón» que rodeaba a los presos una vez que llegaban al lugar de trabajo. Este cordón nunca tuvo reparos para disparar a matar cada vez que los presos protestaron indignados por los abusos de que eran objeto.

Una vez en el lugar de trabajo ya fueran las canteras o los campos, se distribuían las brigadas, siempre dentro del perímetro controlado por el cordón, y empezaba la pesadilla. Esta situación se extendió por varios años en que la violencia dominaba todo. Se podría hablar también de las requisas, los castigos en «la mojonera», que era el lugar adonde iban a parar las aguas de albañal de la localidad; el capítulo de un libro que ni Dante fue capaz de imaginar. Podríamos seguir relatando muchas otras barbaridades que podrían parecer exageradas a quienes no han tenido que vivirlas y pálidas a quienes las sufrimos en carne propia. Podríamos hablar de todos los que murieron en el presidio o después por las lesiones sufridas; de los mutilados, de los que enloquecieron o de los que jamás podrán recuperarse de todo aquello. Pero hasta aquí es suficiente para una mirada.

Todos los militares que participaron en la aplicación del plan de trabajo forzado de Isla de Pinos, fueron ascendidos y, como era de esperar, un buen número de ellos terminaron como delincuentes comunes por delitos que cometieron posteriormente; esto no es de extrañar, pues el que es capaz de cometer las atrocidades que se cometieron en Isla de Pinos, es capaz de cualquier cosa.

Quienes hayan tenido la oportunidad de escuchar el audio de las comunicaciones de los pilotos castristas con su base mientras masacraban a las avionetas de Hermanos al Rescate habrán oído las voces de los esbirros que nosotros escuchamos tantas veces en la Seguridad del Estado, en Isla de Pinos y en otras prisiones. Son las mismas voces que hoy siguen escuchando en Cuba los presos políticos.

¡Los esbirros son siempre los mismos!

A sangre fría

José Miguel Torres Calero

El sábado 3 de septiembre de 1966, fue asesinado con crueldad enfermiza y alevosía, Julio Tang Texier, de 29 años vecino del barrio obrero de Luyanó en la ciudad de La Habana. De origen humilde y talabartero de profesión, poseía un voluminoso historial revolucionario. Había militado en el Movimiento 26 de Julio bajo las órdenes de Bernardo Corrales que, posteriormente, fue fusilado en La Cabaña por el Gobierno de Castro. En el Ejército Rebelde Julio alcanzó el grado de teniente pero, convencido de que la revolución por la que había luchado tomaba un rumbo totalitario-comunista, se unió de nuevo al capitán Corrales y a un grupo de ex compañeros descontentos, que fundaron el Movimiento Demócrata Martiano. El Chino Tang, como se le conocía, era un mestizo de chino y mulata, de eterna sonrisa, sencillo y amable. Militante de la Juventud Obrera Católica (JOC), se desempeñaba como activista dentro de la prisión.

El aciago día, el bloque estaba trabajando contiguo a un caserío llamado Moscú por la cantidad de soldados que vivían en él, cerca de Nueva Gerona, y frente a una obra en construcción con trabajadores civiles.

Alrededor de las doce del día, el militar jefe del bloque, conocido como La Pinta, amonestó al recluso Rufino Valdés Montano, porque llevaba mucho rato amolando la guataca. De regreso a la línea de trabajo, le dijo a Julio que tirara la guataca con más fuerza. El personal estaba trabajando parejo y el Chino continuó tirando el instrumento al mismo ritmo. La Pinta se puso histérico y comenzó a gritar: «¡Tira la guataca con más fuerza!, ¡tira la guataca con más fuerza!», mientras el Chino, con paciencia oriental hacía caso omiso de sus palabras. Entonces La Pinta le pidió el azadón y lo conminó a arrancar la hierba con las manos. Tang lo miró con firmeza y le contestó que no lo haría. Inmediatamente, el cabo Licho Arcia Rojas, que ya se encontraba en la escena, la emprendió a bayonetazos (de Springfield) contra el indefenso preso, que a duras penas los esquivaba con ambos brazos. En ese momento intervino el jefe del bloque y lo golpeó con el azadón en la región sacrolumbar; el Chino cayó al suelo y el cabo Arcia se apresuró a ponerle la rodilla en la espalda y una llave de estrangulación en el cuello, acto seguido le clavó la bayoneta en el muslo, haciendo girar repetidamente la hoja, cuando la extrajo, Julio emitió un gemido y salió por la herida un chorro de sangre.

El bloque completo esgrimió sus guatacas y avanzó hacia donde se encontraba tendido Tang. Simultáneamente el cordón comenzó a disparar sus armas por sobre nuestras cabezas; junto a los disparos de los rifles se oían las ráfagas de tres ametralladoras calibre 50 de trípode. Sin pensarlo dos veces cargamos al Chino y lo colocamos en la cama de un camión militar. Cuando depositamos el cuerpo, la sangre brotó de nuevo con fuerza.

Llegó muerto al dispensario del reclusorio que quedaba a unos tres kilómetros de distancia.

Lo mataron delante de mí... y no pude hacer nada.

Pendiente de un hilo

Durante la etapa del trabajo forzado, nuestras vidas siempre estuvieron pendientes de un hilo, dado el poco respeto que se tenía por la vida humana. El 9 de diciembre de 1966 se produjo un tiroteo de enormes proporciones en el que mataron a Eddy Álvarez Molina y Danny Crespo, hiriendo también de bala a René González Guerra.

Estábamos regando abono en la finca El Abra, cerca de Nueva Gerona. La primera pareja que llenó el jolongo, tomó un surco que estaba bastante cerca del cordón y uno de los custodios le disparó. Ahí mismo empezó un fuego cruzado, que atrapó al propio sargento y a los cabos del bloque que empezaron a gritar tratando de detener aquel tiroteo. Los cabos estaban aterrorizados, pero entre los presos se produjo una reacción sorpresiva e inconcebible para personas ajenas a la dinámica humana que se vivía en los bloques de trabajo forzado: los presos no nos tiramos al suelo; los tiros cruzando y los presos de pie. Los cabos nos gritaban desde el suelo diciendo que estábamos locos y hubo respuestas muy originales, en especial un grito muy claro de José Candelario que recuerdo perfectamente: «No nos tiramos al suelo porque nos ronan los cojones y hay que matarnos parados».

La balacera se mantuvo bien cerrada sus tres o cuatro minutos. Al terminar los disparos, los presos empezaron a coger palos, piedras, lo que hubiera, y los cabos se dividieron tratando por una parte de controlar a los guardias del cordón y por otra a nosotros, hasta que vimos a los heridos desangrándose y la cordura se impuso.

Inmediatamente, Alberto Walsh, Lionel Rodríguez y José Candelario hablaron con el jefe del bloque y le dijeron muy enérgicamente, pero controlando el tono y el sentido de las palabras, que los compañeros heridos no se podían quedar allí y que nosotros íbamos a sacarlos de todas maneras. Los cabos respondieron que no había camiones disponibles y nuestra respuesta fue que los íbamos a cargar y salir a la carretera para detener algún vehículo, que le garantizábamos que nadie se iba a fugar, y que si no nos creían, ya podían empezar a disparar porque íbamos a cruzar el cordón. Así lo hicimos y

logramos finalmente detener un camión y colocar los heridos en el mismo; por supuesto, nadie se fugó.

Minutos más tarde, llegaron alrededor de cien guardias y varios oficiales armados para combatir, incluyendo dos tanquetas.

En el camino hacia el presidio murió Eddy y el 25 de diciembre falleció Danny.



Tres crisis

Salvador E. Subirá

La llegada de Castro al poder en Cuba fue un acontecimiento continental. La fórmula de la guerrilla, derrotando a un ejército regular tenía magia, y sedujo a la opinión pública de países que sentían algunas dudas sobre lo apropiado de sus sistemas políticos.

En el interior de Cuba hubo una efervescencia de los valores cívicos y una disposición solidaria para enmendar los errores y hacer una república renovada. Con el ejército histórico desbandado y con partidos políticos demeritados por su incapacidad para derrocar la dictadura de Batista, el nuevo régimen tuvo campo libre para desarrollar sus planes.

Una extraña dilación para restablecer las instituciones políticas que reclamaba el país, una manipulada demonización de los EE.UU. más allá de lo justificable, la represión creciente de toda expresión crítica del Gobierno, evidencias claras de que muchos comunistas históricos accedían a posiciones de poder y, sobre todo, comprobar que Castro mentía diciendo una cosa pero obrando otra, dieron lugar a una oposición que desde su inicio el Gobierno reprimió de forma desleal y brutal, hasta dejar institucionalizado el llamado «terror revolucionario». Así se inició el Presidio Político.

El fracaso de la invasión de Playa Girón dio oportunidad al régimen para declarar abiertamente su condición «socialista» y para justificar que el pueblo quedara así prisionero en un Estado totalitario. Para fines de 1961 el presidio político ya era numeroso y llenaba a plena capacidad los enormes edificios del Presidio Modelo de Isla de Pinos, sin contar los que estaban en proceso de juicio revolucionario o con causas menores en cárceles provinciales. Su composición era heterogénea. Militares del ejército republicano, políticos del desaparecido Congreso o puestos públicos, obreros sindicalistas o de convicción democrática solamente, campesinos y pequeños terratenientes, periodistas, estudiantes de secundaria, universitarios, profesionales y hombres de empresa. Un conjunto representativo del carácter popular de la oposición al régimen castrista.

Nosotros llegamos al presidio el 27 de septiembre de 1961. Las numeraciones de recluso habían empezado en los 24 mil y a nosotros nos tocó del 28900 en adelante. Con los días vendrían fotografías donde cada cual aparecería con su número en fotos de frente y de perfil, con cabellera normal y también con la cabeza afeitada.

En aquel tiempo el presidio de Isla de Pinos era más tranquilo que las galeras de la Fortaleza de La Cabaña. Al menos ahora no escucharíamos las sesiones de fusilamientos nocturnos ni los tiros de gracia repetidos sobre inermes compañeros que nos habían acompañado en la lucha o durante varias semanas en las propias galeras. Tampoco escucharíamos los gritos y abucheos soeces con que los increpaban y vejaban antes del fusilamiento, muchos revolucionarios fanáticos que asistían a la ejecución como visitantes y por propio y morboso deseo. Repito, al menos la Isla en aquel tiempo, parecía un sitio más tranquilo, con la excepción de unas sesiones irregulares y estridentes de martillos neumáticos sobre los dos muros circulares de concreto que se extendían alrededor de todo el edificio y servían de base estructural a los cinco pisos superiores de celdas.

La versión de los presos que nos habían precedido, que se basaba en que ya cuando Girón los militares habían introducido dinamita en los edificios, nos ponía en la pista siniestra de que estos trabajos preparaban las condiciones para dinamitar las cuatro Circulares y exterminarnos masivamente en cualquier momento que el régimen lo decidiera. Y lo peor era que, de acuerdo con lo que ya habíamos vivido en La Cabaña, esta versión era la lógica esperar.

Al espacio entre los dos muros circulares de concreto le llamábamos «túnel», aunque para la claridad diurna ambos muros concéntricos tenían pequeñas aberturas cuadradas y fuertemente enrejadas.¹ Pero para iniciar estos trabajos se tapiaron primero las aberturas del anillo interior que daban a la planta baja central accesible a los prisioneros. En algunas oportunidades las barrenas traspasaron el muro y a través de esos orificios podía verse una serie de cavidades e intervalos de cuatro pies, a una altura entre dos y tres pies sobre el piso. Cada cavidad tenía alrededor de un pie de profundidad y ocho pulgadas de diámetro.

Cuando terminó este trabajo en la estructura de las cuatro Circulares se excavó una zanja desde la número 1 a la 2 y también de la 3 a la 4. Después otras zanjas que saliendo desde la 2 y la 3 llegaban a unirse en una sola dirigida hacia el oeste hasta subir unos cuantos metros por la ladera de la Sierra de Casas. Allí terminó la excavación y en su final se construyó una caseta rústica y pequeña. El siguiente paso fue la colocación de tuberías plásticas debidamente conectadas y alambradas en todas las zanjas hasta la caseta en la ladera de la loma. Luego las zanjas se rellenaron de nuevo y pronto creció la yerba sobre un ligero camellón que acusaba el recorrido de la instalación. Todo quedaba listo, pues, para la colocación del explosivo y su eventual uso.

En el exterior de Cuba, y en poco tiempo, las clases políticas supieron que el acontecimiento cubano no sólo era antidemocrático sino también comunista y subversivo para toda la América Latina. Estaba claramente expresado en la frase revolucionaria de que la Cordillera de los Andes sería la Sierra Maestra de América Latina. La situación fue debatida en todos los organismos

¹ La Circular 2 no tenía aberturas hacia el patio central.

regionales y alegó su conclusión a raíz de Girón, con la propia declaración del régimen cubano sobre su condición de «socialista» y aliado de la URSS.

La prensa de izquierda, los grupos izquierdistas y los comunistas del mundo salieron a defender la postura del régimen y a influir emocionalmente en la opinión pública de toda América y el mundo para que se aceptara la presencia comunista en Cuba como un progreso político y una esperanza para la región. Tomó algún tiempo decidir a los gobiernos, pero finalmente llegó el momento de definir una acción política continental contra la presencia comunista en la Isla y su expansión por América Latina. Ése era punto principal en la agenda para la reunión de Punta del Este (Uruguay) a comienzos de 1962, a donde el Gobierno cubano envió, para su defensa, a Ernesto Guevara y al presidente Osvaldo Dorticós.

En vísperas de la reunión en Uruguay, poco después de la 8:00 p.m., en la oscuridad de la noche, se vio entrar una comitiva de camiones al área del Presidio que se fueron separando y dirigiendo a las entradas de las cuatro Circulares. Una vez allí pudimos ver que traían tropa y carga en numerosos embalajes de madera rústica. La tropa procedió enseguida a la descarga e introducción de las cajas en el túnel. En la Circular 2 contamos 50 cajas. No había duda de que había llegado la hora. Y así las esperanzas de que en Punta del Este hubiera acuerdos que favorecieran nuestra causa cedieron su paso al enfrentamiento de la misma muerte. Primero fue un gran murmullo nervioso y luego un silencio terrible. Ésa fue una noche de reflexiones profundas y también de oración en grupo como preparación para lo que parecía inevitable.

A la mañana siguiente tuvimos la innecesaria confirmación de lo que ya sabíamos. Las cajas vacías amontonadas en el exterior lo expresaban bien claro en sus rótulos: «TNT», «Gross Weight: 48 kgs.», «Net Weight: 40 kgs», y lo más inesperado, «Made In Canada». Y por los orificios accidentales en el anillo de concreto interior, se veía ahora instalado en cada cavidad un cilindro de color amarillo claro con un hueco en el centro. También se veían cables eléctricos y otro cordón más grueso que hacía el mismo recorrido de cilindro en cilindro.

Pero todavía no se juzgó suficiente y trajeron 15 cajas más para detonar también la torre central de vigilancia a la que se llegaba subterráneamente por un verdadero túnel. Así esta explosión central aseguraría el resultado de aniquilarnos a todos en un abrir y cerrar de ojos.

Si sumamos, veremos que 50 cajas más 15 cajas multiplicadas por 40 kgs. da un resultado de 2,600 kgs. para la Circular 2. En las otras Circulares había una instalación semejante.

La reunión de Punta del Este fue sumamente hostil al régimen cubano, pero de ella no se derivó ninguna acción inmediata ni a largo plazo. Sin embargo, nosotros seguiríamos viviendo arriba de un polvorín listo para explotar. Entre los presos había un nacional chino que había laborado en la Alemania nazi, luego al servicio de Trujillo en Santo Domingo, y que llegó a Cuba en los últimos días de diciembre de 1958 para ofrecerle armas a Batista.

Fue hecho prisionero por el nuevo régimen y condenado. Este prisionero era una verdadera autoridad en armamentos y explosivos y nos decía muy gratificadamente que «ése sería el primer satélite cubano en órbita alrededor de la Tierra» y que abajo sólo quedaría un cráter. Pero, precisamente por ello, no podíamos esperar pasivamente. Nuestro deber era tratar de encontrar un medio para salvarnos.

Nada une tanto como el estar en una situación extrema que amenaza a todos por igual. En aquellos días se experimentó la solidaridad. Militares de Batista y revolucionarios que lo combatieron, ahora estaban del mismo lado en aquella desigual batalla. En las cuatro Circulares se aguzaba el ingenio para considerar posibilidades y decidir la mejor opción. Pero además, se sabía que los edificios dependían no sólo de sus trabajos de desactivación, sino también de los que se hicieran en los edificios contiguos.

En la Circular 4 había bastante más de mil prisioneros y entre ellos había militares profesionales y técnicos en explosivos que se organizaron discretamente en comisiones de autodefensa para actuar. Su primer objetivo fue desactivar los detonadores, pero manteniendo la apariencia de que estaban intactos para que no quedasen delatadas sus contramedidas. En menos de cinco días ellos lograron entrar al túnel y desactivar el sistema de detonación; lo hicieron de tal forma que en una simple inspección no descubrieran el sabotaje del sistema. Además pudieron obtener muestras de TNT. El acceso al túnel se hizo a través de uno de los espacios cerrados que recorrían toda la altura del edificio para las instalaciones hidráulicas y sanitarias. A esos espacios les llamábamos «chavos» y todas las instalaciones estaban inoperantes. A través de uno de ellos, un prisionero muy delgado y ágil, pudo ver e informar sobre todos los detalles de la instalación. Este conocimiento permitió estudiar y decidir el rumbo a seguir.

Se decidió cortar el cordón de primacord y se vació un tramo de cada uno de los extremos, del TNT en polvo que contenía. Con ello se rompía la continuidad del explosivo y, mediante un tubito de vacuna antiúfica, para darle forma, se volvieron a unir los extremos y se cosieron uno al otro. Para desactivar el sistema eléctrico compuesto por dos cables, se calculó cuál sería la forma más lógica de chequear el sistema periódicamente también. Al fin se optó por pelar los cables en cierto lugar discreto y se les unió para un pequeño corto circuito que desviaría la corriente de retorno. Pero estos fallos de los dos sistemas instalados no nos iban a proteger por mucho tiempo. Un simple cañonazo o una granada podrían consumir el desastre. Por ello, los técnicos confeccionaron granadas caseras con alguna parte de los explosivos sustraídos. Asimismo se hicieron mechas rudimentarias con fósforos y todo se escondió de forma que no fueran descubiertos en las posibles requisas que les hicieran.

También algunos habían destilado vino de frutas descompuestas y redestilándolo varias veces se llegó a un alcohol de suficiente concentración para sustituir el kerosene normal de nuestros reverberos. Estos reverberos podían, y se comprobó, funcionar como lanzallamas rudimentarios con un alcance de 3 a 4 metros. Todas estas cosas eran sumamente riesgosas, pero se lograron por la necesidad y el deseo de supervivencia.

En la Circular 2 estaba la causa completa del Escambray. Eran cerca de 500 entre alzados, campesinos de las montañas y miembros de los grupos de apoyo en los pueblos de la provincia de Las Villas. Ellos habían sido trasladados a la isla sin celebrarles juicio y un grupo como de quince, tenían petición fiscal de pena de muerte. El resto de presos que ocupaban la Circular 2 habían llegado mayormente desde La Cabaña después de ser juzgados y condenados. Eran mayoritariamente gente de la capital. La llegada de los explosivos creó un *shock* general, pero muy pronto aquellos hombres de lucha reaccionaron y aparecieron diversos planes más o menos viables y efectivos. Pero pronto se destacó como plan principal la excavación de un túnel real que nos diera acceso al llamado túnel de los explosivos en el momento crítico. Ello planteaba diversos y serios problemas:

1. ¿Dónde estaría la entrada al túnel real que no pudiera ser detectada en una requisita?
2. ¿Dónde se escondería la enorme cantidad de tierra de la excavación?
3. ¿Cómo se suministraría aire fresco y oxígeno a los excavadores que debían avanzar subterráneamente más de ocho metros?

Pero con unos cuantos días el plan quedó perfilado.

Pronto se decidió que la entrada del túnel real sería por un registro de drenaje situado debajo y cerca del arranque de una escalera que subía del patio central al primer nivel de celdas. Ello era posible, porque con la instalación de los explosivos, habían eliminado la posta interior de la torre central. Pero la escalera, además, protegería de la vista de los militares que hacían posta en el rastrillo de entrada de la Circular. Todo parecía bien, pero había que comenzar perforando una placa de concreto en el fondo del registro.

El túnel real empezó de modo poco usual. Esa noche, después que comimos el rancho, un grupo de prisioneros comenzó a repicar con tambores improvisados un ritmo pegajoso y fuerte, mientras otros coreaban los estribillos conocidos de esos ritmos. El grupo se fue desplazando por los pisos, mientras sumaba voces y hacía crecer el volumen del canto hasta hacerlo general por toda la circular. El que más sentíamos aquella noche era «tú ves, yo no lloro, tú ves». Aquello era catarsis de las tensiones vividas en los últimos días. Pero oculto en el fondo del ruido general, había excavadores con cinceles y mandarrias rudimentarias que trabajaban afanosamente hasta que dejaron abierta la entrada del túnel real nuestro. La plancha de grueso metal del registro le daba respetabilidad a su entrada. No todo el personal de la Circular había estado consciente, ni conocía los detalles, pero ciertamente había sido parte de iniciarlo.

A la tierra arcillosa de la excavación se le encontró un escondite ideal en los chavos de la plomería inoperante. La tierra era subida en cubos como si se tratase de baldes de agua izados con sogas hasta el sexto nivel sin celdas, y ya allí eran vaciados por la parte superior de los chavos mediante huecos abiertos en la placa. Una vez que se llenaban los cinco pisos de un chavo, se perforaba la placa superior para el siguiente.

Los «topos» trabajaban incansablemente durante el día, mientras algunos vigilaban para no ser sorprendidos por una requisita. En los primeros metros

del túnel se avanzaba con seguridad y sin riesgos, porque el techo del túnel nuestro era precisamente la placa de concreto que abarcaba toda la planta baja central.

Pronto hubo necesidad de resolver la tercera dificultad del aire fresco. Se resolvió con un fuelle, mediante conductos artesanales. No cabía duda que el plan de la Circular 2 era lento pero prometía ser efectivo.

Sobre la marcha se pensó que sería más conveniente que la desactivación se realizara ya sin esperar el momento crítico. La excavación podría salir 3 metros afuera del área del edificio, hasta encontrar los conductos de los sistemas de detonación desde abajo. Así se les podría cortar y hacer lo que mejor conviniera. Se sabía que esto requeriría entibamiento del tramo exterior para evitar el desplome de la superficie. Pero la guarnición vino en nuestra ayuda.

Un barrote cortado en una reja del primer piso que estaba en las inmediaciones de la acometida de detonación, le hizo temer a la guarnición que alguien pudiera sabotear el sistema desde la superficie. Y por ello, una mañana, trajeron una concretera pequeña, piedra, arena, cemento y con ellos vertieron una placa rústica y sin encofrado sobre el área de sus temores. Con ello nos aliviaban el trabajo de entibamiento y el riesgo de que la lluvia o un tiempo largo transcurrido, asentase la tierra y quedase expuesto nuestro trabajo. Cabe añadir, como un desarrollo posterior de esta experiencia, que en años siguientes, ya en Cuba, se excavarían otros túneles en La Cabaña y en las cárceles de Sandino y Morón.

En la Circular 1 se decidió entrar directamente al túnel desde la planta baja. Esto era posible en esa Circular, porque el anillo interior que soportaba las plantas superiores, tenía unas pequeñas aberturas enrejadas hacia el túnel. Ciertamente estaban además cerradas con ladrillos, pero eso no era obstáculo de consideración.

Una mesa rústica, cubierta por una frazada cayendo por sus lados hasta el piso, un tablero de ajedrez con piezas artesanales y dos pensativos jugadores, completaban la pantalla para ocultar la escena en la pequeña abertura.

Allí se cortaron los barrotes cuadrados de más de 1 pulgada de lado y se pasó a escarbar el mortero endurecido de las juntas de los ladrillos, lo que permitió poderlos sacar con cuidado hasta dejar libre la abertura y tener el acceso necesario. Esto ocurría por el mediodía y debía ser terminado antes de la comida, porque después la posta exigía dejar la planta baja desierta. El trabajo de desactivación fue el lógico y semejante al realizado en la Circular 4. Se cortó la continuidad del cordón de primacord y se vaciaron sus extremos hasta dejar un metro sin explosivo. Entonces se refijaron los extremos con un anclaje de alfileres que podía resistir el halón de cualquier verificación. El detonador eléctrico también fue desactivado con un puente similar al de las otras Circulares. Terminados ambos trabajos se volvió a colocar los ladrillos con mortero hecho de polvillo escarbado de las juntas. Se le humedeció de nuevo y se le mejoró con algo que le diera cuerpo y plasticidad. Cuando todos los ladrillos estuvieron colocados, se volvieron a poner los barrotes con retazos de cuchillas de afeitar como calzos para suplir la reducción de los cortes

de modo que se restableciese el sonido metálico normal de las requisas de barrotes. Entonces ya se pudo terminar aquel partido de ajedrez donde no era nada importante resultar ganador.

En la Circular 3 se planearon dos grupos de acción. Uno de ellos tendría a su cargo la toma de la torre central para desactivar los explosivos allí instalados. A tal fin se elaboró una soga fuerte con fibras textiles fuertes recuperadas de sacos y un garfio metálico múltiple. Ambos requerían fortaleza y capacidad para sostener el peso de un hombre y su maniobra de trepamiento y descenso. El grupo designado para ello hacía prácticas diarias con vistas a estar listos cuando llegase la ocasión, y tenía control del escondite de la soga y el garfio múltiple para no perderlos en una requisas.

Además, existía un segundo grupo que tenía preparado su acceso al túnel por uno o varios chavos ya probados este grupo se ocuparía de cortar el detonante de primacord y también el eléctrico.

Por supuesto, en todas las Circulares se había dispuesto un servicio de vigilancia continua, día y noche, para detectar cuando el momento hubiera llegado.

A esta altura cabe preguntarse si todos estos riesgosos trabajos hubieran sido eficientes para impedir la explosión de los polvorines sobre los cuales teníamos que vivir. No hay respuesta segura sobre ello. Pero lo que sí fue cierto es que hicimos lo que estaba al alcance de nuestra inteligencia y medios para defender nuestro derecho a la vida.

Después de este período, lleno de emociones y creatividad, se llegó necesariamente al momento en que nada más podíamos hacer, aunque teníamos una vida que continuar. Poco a poco se restableció la rutina de los días y de las actividades y la preocupación por los explosivos descendió al fondo de la conciencia como una terrible realidad que a ratos sobresaltaba pero que luego era sustituida por las urgencias de cada día. En esta época se trabajó sobre los militares que estaban en contacto con nosotros. Algunos de ellos poseídos por la fiebre revolucionaria, y en testimonio de su radicalidad, nos gritaban: «los vamos a volar a todos». Por nuestra parte les decíamos, tanto a los radicales como a los otros: «no estén tan seguros de que llegado el momento crítico en que decidan volarnos, les vayan a avisar a ustedes para que se retiren. Nosotros volaremos juntos».

La realidad era que los propios guardias también vivían con la preocupación de hacer postas diurnas y nocturnas en edificios listos para una explosión. Esto se ponía de manifiesto claramente cuando, a la vista de las postas, algún prisionero dejaba caer libremente desde los pisos altos, algún pedazo de papel o tela en llamas. Sobre todo en los primeros tiempos, hubo guardias que se alejaban corriendo de su posición en los edificios.

Los trabajos de desactivar los explosivos trajeron también un desarrollo artesanal. Alguna de las tuberías plásticas de la instalación del explosivo o pedazos sobrantes de la misma, así como de las instalaciones normales y en desuso de los edificios, recibieron el carácter de «tubos de dinamita» y pasaron a ser materia prima para la elaboración de anillos de identificación, que en el caso de ocurrir la descomunal explosión, servirían para identificar nuestros

cadáveres. En ellos aparecía el número de recluso de cada cual en aluminio incrustado al calor. Por su parte otros optaron por tatuarse el número en la piel, que llevaban hasta el día de hoy.

Claro, que a la distancia de los años transcurridos, y para muchos desde aquel mismo momento, se ve la futilidad de aquella preocupación, porque si aquellos edificios hubieran sido detonados nuestro entierro hubiera sido colectivo y con *bulldozers*.

Algo curioso, y por supuesto que planeado, fue que se nos dio autorización para enviar telegramas a nuestras familias, con la intención de que la noticia se supiera extraoficialmente.

De la reunión de Punta del Este no se derivó ninguna acción política efectiva que amenazara derrocar al régimen, sólo se acordó la expulsión de Cuba del organismo regional. Pero sí quedó una situación tensa en la que algún incidente podría desencadenar impredecibles consecuencias. De esta incertidumbre colgaba nuestro destino. Sin embargo la URSS y otros regímenes del Este comunista, continuaban su apoyo político y militar irrestricto al régimen cubano que, en definitiva, era su cabeza de playa en el continente americano. De más está decir, que por nuestra parte todos estábamos conscientes de que éramos piezas de poco valor y fácilmente sacrificables en el tablero mayor de la guerra fría.

La tensión política internacional que el régimen sentía sobre sí, también se traspasaba a toda la sociedad y al Presidio que significaba su oposición militante. Las otras cárceles de provincia también sufrieron las consecuencias de esta tensión.

Por un tiempo largo, se suspendieron las cordilleras de presos trasladados para Isla de Pinos. De febrero a mayo nuestra situación empeoró en todo sentido. Pero también la colectividad del Presidio despertó al hecho de que no podíamos esperar ningún apoyo internacional, y que la tirada sería larga. Y si eso habría de ser así, no se podía pensar en la cárcel como un simple tiempo de espera, había que capitalizar ese tiempo con la adquisición de conocimientos, el desarrollo de capacidades y la organización de nuestro entorno social y político.

Los traslados entre Circulares eran un método periódico que aplicaba el Ministerio del Interior para desarticular el medio en que el recluso se desarrollaba. El sentido de desarraigo resultante, debilitaba la actuación del recluso. Pero después de algunos años, el método ya daba pocos resultados, porque los prisioneros conocían a un gran número de reclusos y los traslados no aportaban ningún ambiente extraño para nadie.

Pocos días después de instalados los explosivos hubo traslados entre Circulares. De ellos resultó que la Circular 1 pasó a albergar a la mayor parte de los antiguos militares con grados, y a muchos conspiradores civiles de cierto nivel intelectual. Esta descripción no es absolutamente exacta pero, a grandes rasgos, sí es válida. Sin embargo, los traslados no detuvieron ninguno de los planes de emergencia para desactivar los explosivos en las cuatro Circulares.

El Presidio tuvo que crecerse en ese tiempo. El aparato de radio clandestino, que poseían y operaban los auténticos, nos mantenía informados y nos

traía las noticias de un mundo que se retiraba de la cuestión cubana, mientras concedía la permanencia del régimen comunista. Era duro asimilar esta soledad desde la difícil situación de una cárcel comunista. Habíamos creído que los luchadores por la democracia siempre habían podido contar con la simpatía y el apoyo de todos los hombres de buena voluntad del mundo, pero ahora sabíamos, por experiencia propia, que no era cierto. Sin embargo, el que la esperanza se nos hubiera alejado y convertido en una estrella lejana y pequeña, no excusaba los deberes que habíamos asumido ante nuestro pueblo, ante los pueblos hermanos de América Latina y ante el mundo.

Se organizaron clases de todo tipo, sobre temas culturales y políticos, se organizó el aprendizaje de idiomas, se impartieron conferencias de todo género, apareció prensa escrita manualmente, se celebraron cultos y servicios religiosos, servicio social de ayuda a compañeros cuyas familias no podían aliviar sus carencias. Se organizaron campeonatos de béisbol en el absurdo terreno circular de la planta baja. Hubo un campeonato de ajedrez cuyo ganador exigió que el diploma artesanal que se le diera, hiciera constar el mayor mérito de ganar un campeonato bajo la tensión nerviosa de edificios listos para explotar.

Aunque a uno le parece que se acostumbra al riesgo, el miedo sólo está dormido y hace su trabajo. Igual pasa con la esperanza que se eclipsa. El régimen hizo su parte maltratando con la alimentación y el escaso suministro de agua. Para mayo se declaró una huelga casi general del Presidio, que ni el pueblo cubano ni el mundo conocieron, por el control hermético que ejercía el régimen.

Dicha huelga de hambre fue sorpresivamente resuelta por concesiones de la dirección del penal. Dadas las experiencias anteriores y posteriores con el uso de la fuerza, dedujimos que debió haber motivos circunstanciales que nunca conocimos. El hecho es que tuvimos un verano más tranquilo, hasta el 8 de septiembre.

Ese día se produjo una requisita general. Las Circulares salieron al corral de requisas separadamente y por orden. En la Circular 2, se detectaron algunos barrotes cortados. Como era de costumbre, se llevaron a los residentes de dichas celdas para el pabellón de castigo, pero golpeándolos durante el camino. Un grupo de alrededor de veinte prisioneros presentó resistencia al regresar a su Circular hasta que los dos castigados fueran reintegrados a la 2. Pero la guarnición procedió de modo inmediato a atacar violentamente al grupo que protestaba. El grupo se defendió, pero la guarnición armada terminó por controlar la situación. Seguidamente, este grupo también fue mandado a caminar hacia el pabellón de castigo bajo una golpiza brutal. Los hechos ocurrían a mediodía y todas las Circulares que los contemplaban, estallaron en gritos de solidaridad por su compañeros abusados. Se tiraron envases de cristal, palos, piedras, etc., con fuertes gritos para que terminaran los golpes, pero la guarnición procedió entonces a respondernos con un tiroteo graneado. La Circular 1 y las otras, fueron entonces rodeadas a cierta distancia por militares que comenzaron a disparar hacia el interior por las ventanas enrejadas. El

fuego fue cerrado y duró cerca de un minuto continuo. También nos dispararon algunas bombas lacrimógenas. Se oía un silbido general de balas y chispas cuando éstas rebotaban en los metales de las barandas y la estructura de acero del techo. El instinto nos hizo encontrar rincones protegidos, y la suerte nos acompañó con sólo dos heridos leves. Pero estaba claro que no sólo había sido para intimidar sino también nos demostraron que estaban dispuestos a matarnos a mansalva.

Como se comprenderá, después de la experiencia con la huelga del mes de mayo, nos declaramos inmediatamente en huelga de hambre.

Al amanecer del día siguiente, vimos en la distancia polvorienta que se acercaba una caravana de tanquetas y camiones con guarnición al área del Presidio. Esta guarnición se veía diferente a la del penal. Venían en franco uniforme de campaña. Las tanquetas se detuvieron a cierta distancia de la Circulares 1 y 2 pero apuntando hacia las mismas con sus cañones. También se emplazaron nidos con ametralladoras calibre 50. Algunos helicópteros sobrevolaban al área del penal.

Dentro de las Circulares 1 y 2 no teníamos más que algunos pomos de cristal, que hasta resulta ridículo mencionarlos frente a una movilización con todas las de la ley y ya desplegada. El silencio contenido se rompió cuando un grupo de oficiales se personó en las dos Circulares, y comunicaron su decisión de hacer una requisita «pacífica». Ordenaron que todo el personal fuese trabajando ordenadamente a la planta baja, sin ninguna pertenencia y en calzoncillos. Al llegar a la planta baja vimos que no saldríamos al exterior, por lo que quedaríamos completamente desnudos durante todo el tiempo que durara la requisita. La tropa subió a los pisos en plan de agitación y presionaba para que los presos bajaran rápido. Ya en la planta baja y desnudos, nos arrinconaron en un área alejada de la entrada a la Circular. La tropa era desmesurada y con sus armas demostraba estar lista para el zafarrancho. Cuando todos estuvimos abajo, la guarnición avanzó con bayoneta calada en sus fusiles como presión para reducirnos a un mínimo espacio. Y allí quedamos apretados, y tratando de evitar el contacto con los cuerpos vecinos.

Entonces empezó la requisita, que consistía, más o menos, en vaciar todas las celdas. Comida, ropa, libros, medicinas, platos, cucharas, cepillos de dientes, correspondencia guardada, fotos similares, banquitos para sentarse, sábanas, frazadas, zapatos, etc., hasta las camas abatibles del penal fueron lanzadas abajo. Por suerte cuando bajaron al cuarto piso, dieron la orden de no seguir botando las camas. En aquel tiempo el suministro de agua era muy malo, y teníamos que pedir depósitos metálicos a nuestras familias para almacenarla cuando venía.

Ese día, nuestros latones de aluminio eran lanzados al vacío y producían una explosión de agua al reventarse contra la planta baja. Los escombros en la planta baja crecían como una cordillera de desastre, mientras pasaban las horas.

Entretanto, habíamos logrado sentarnos en el piso rústico y siempre sucio de la planta baja. Teníamos guardias al frente y también a nuestras espaldas en el primer nivel de celdas, que nos vigilaban; no teníamos permitido hablar ni mirar para atrás. El castigo de ello era ser sacados del grupo y obligados a

acostarnos boca abajo sobre el agua o la suciedad que hubiera. No nos tiraban despojos encima, pero sí se sentía una llovizna de no sé que aguas. La parte donde estábamos confinados coincidía con un eje de letrinas que en algún momento recibieron una presión inusual de agua que fluyó, arrastró excrementos y cayó desbordada sobre nosotros.

Cuando terminó el vaciado de las celdas, procedieron a sacar todos los escombros de la Circular a fin de que no pudiéramos recuperar nuestras pertenencias.

Esta situación duró desde la 6:30 a.m. hasta las 8:30 p.m. Catorce horas de incertidumbre, desnudez, incomodidad y vejaciones de todo tipo que serán inolvidables para quien las padecemos. ¿De dónde salieron esos cubanos que sólo dos años atrás habían combatido por la libertad y la dignidad del pueblo de Cuba? Sin embargo, ese día también tuvimos victorias: no encontraron el radio y el sabotaje de los explosivos se mantenía intacto.

A las 8:30 p.m. se fue retirando la tropa y se nos permitió, por fin, subir a los pisos. Estábamos extenuados, aturdidos. Sabíamos que sólo subíamos para contemplar el desastre de nuestras celdas. Lo confirmamos al verla, pero también con alegría vimos alguna ropa interior, un short, quizás un pantalón en el suelo y con ello pudimos cubrir nuestra desnudez. El agua siguió cayendo en cascada por los pisos. Al poco tiempo entró la carretilla con la comida; no teníamos ni plato ni cuchara. Para muchos esa noche la comida no era tan importante.

Esa noche supimos que sólo dos Circulares habían sido requisadas. Dada la cantidad de guarnición involucrada, era sensato que fuera así. Pero al día siguiente, temprano también, comenzó el mismo proceso, esta vez para las Circulares 3 y 4. Ya ellos sabían lo que les esperaba, más no por ello debe haber sido menos traumático.

Por nuestra parte, carecíamos de todo y aún seguiríamos careciendo de muchas cosas por un largo tiempo. La guarnición permitió a algunos, recoger de entre los escombros algunas cosas de primera necesidad. Así volvimos a tener un plato de aluminio, una cuchara y un jarro con qué comer, beber y continuar nuestro arduo camino.

Con el tiempo supimos que hubo mucha represión también en otros establecimientos penitenciarios. Especialmente en la fortaleza de La Cabaña y en el Castillo del Morro alrededor del 30 de agosto. En esos días el régimen reprimió una extensa conspiración dentro de las Fuerzas Armadas. Se estima que hubo más de 300 militares fusilados a lo largo de la Isla sobre lo cual el régimen mantuvo y sigue manteniendo un absoluto silencio. Posiblemente, la coincidencia aproximada en tiempo, despertara sospechas de que nuestra protesta podía estar conectada a una acción de la conspirativa militar.

Una novedad, que apareció como consecuencia de «La Pacífica», fue la orden de desalojar todas las celdas del primer nivel, que debían quedar vacías y el personal que la ocupaba debía ser reubicado en los demás pisos. Con esto trataban de proteger su instalación de explosivos de cualquier sabotaje. Pero ya estos trabajos estaban realizados.

Septiembre y los primeros días de octubre, fueron tiempos de intentar rehacer nuestras prácticas y rutinas. No pasaron mucho días antes de que estuviéramos nuevamente al borde de la explosión. En esta ocasión con mucha mayor gravedad e inminencia. El mes de octubre tenía preparada una sorpresa para nosotros y para el mundo entero.

Los acontecimientos fueron conocidos por todos y están en la historia para perdurar. Las dos grandes potencias de entonces, instalaron la «guerra fría» por su supremacía política. Habían tenido confrontaciones en diversas latitudes y continentes, pero la mayor de todas se dio en América, a noventa millas del territorio de EE.UU., con la llamada «Crisis de los Misiles». Nunca estuvo el mundo más cerca de una conflagración nuclear.

Castro había sido una bendición para la antigua URSS. Era su base en América. La URSS fue una bendición para Castro, porque lo respaldaba y lo hacía menos vulnerable.

El mismo día que empezaron los incidentes de «La Pacífica» en el Presidio Modelo de Isla de Pinos, el 8 de septiembre, también comenzaron a desembarcar los cohetes militares soviéticos en Cuba. Un mes después, el presidente John F. Kennedy conoció su instalación y comenzó oficialmente la crisis.

En el presidio, nos enteramos al mismo tiempo que la comunidad internacional a través del radio clandestino que se guardaba como un tesoro. No era nada difícil comprender la gravedad del momento para el mundo; pero con toda seguridad el mundo no comprendía la mayor gravedad que constituía para nosotros. Más que nuclear, el peligro nuestro era de explosivos convencionales, pero muy inmediatos. Creíamos que ya nos habíamos acostumbrado a la vecindad del TNT, pero ahora comprobábamos que su regreso al primer plano de la conciencia, era insostenible. Aunque justo es decir, que también sentíamos un alborozo de vísperas de algo muy esperado y por lo que nos habíamos sacrificado mucho.

El derribo del avión norteamericano U-2 fue otra vuelta a la rosca de la crisis. La tensión era constante y creciente. Y eso que entonces no conocíamos del mensaje que Castro envió a Jruchov, y que fue desclasificado años después, proponiéndole que la URSS sorprendiera con el primer golpe nuclear. En él manifestaba su conocimiento y conformidad de la segura aniquilación de Cuba y del pueblo cubano, pero que él lo aceptaba en beneficio del ideal del socialismo.

Todas las Circulares fueron rodeadas con preparativos militares, ametralladoras calibre 50 y cincuenta bazukas, dirigidas contra nosotros. También instalaron por todo el polígono del presidio estacas aguzadas que apuntaban hacia arriba, con el fin de impedir una posible acción de rescate con planeadores y paracaidistas.

Durante algunos días de esa crisis vivimos varias noches de absoluta oscuridad, porque las autoridades del penal apagaban todas las luces del presidio, incluyendo los dos bombillos de 500 bujías colocados sobre la torre de vigilancia central, que era toda la luz de que disponíamos normalmente los 1,500 hombres de cada Circular.

También nos obligaban, con amenazas de dispararnos con sus fusiles, a apagar las velas o chismosas que nos ingeniábamos para tener un poco más de luz.

Varios presos habían corrido algunas tejas de fibrocemento del techo, con el fin saludable de tomar el sol, pues estábamos muy pálidos y sólo salíamos cuando nos hacían una requisa. En estos días de crisis, les exigieron con amenazas, que cerraran estas aberturas en el techo para que no pudiéramos poner luces de situación a cielo abierto, como de verdad se intentó.

Desde las Circulares, veíamos en la oscuridad todo lo que abarcaba nuestra vista. Aunque a ratos, percibíamos como abanicos de claridades muy tenues sin que se lograra ver qué fuente de luz los originaba.

La radio estaba funcionando. A cualquier hora de la noche o la madrugada, a tientas por los pisos, llegaban compañeros con la última información, que nos daban en voz baja. Así supimos del ultimátum del presidente Kennedy. Teníamos que mantenernos muy alerta y conocer cuanto antes lo que podría suceder, para hacer lo que estuviera a nuestro pobre alcance. Comprendíamos que estábamos precisamente en la cima del peligro.

La respuesta de Nikita Jruchov fue la lógica de un estadista y permitió al mundo respirar. También nosotros respiramos. Es necesario y justo decir que los prisioneros políticos cubanos estuvieron a la altura de su situación. Con estoicismo y dignidad afrontaron el peligro supremo sin que les flaqueara la voluntad. Y los que estábamos allí, sabemos que no queríamos morir, pero la prioridad de la gran mayoría era la solución del problema cubano aunque nos costara el sacrificio de no verlo.

La inmediata desactivación de los explosivos, tras el compromiso ruso de retirar los cohetes, fue un índice inequívoco de que Castro conoció la existencia de acuerdos que estabilizaran la permanencia de su régimen en Cuba. Para nosotros esto significaba otro golpe de esperanza.

Un médico en presidio

Fragmento de una entrevista con el doctor Lino B. Fernández

Yo caigo prisionero cuando intentaba alzarme contra el Gobierno de Castro, en la madrugada del 17 de febrero de 1961. Estoy dos meses en la prisión de Seguridad del Estado, en Santa Clara, hasta que me trasladan al cuartel de Topes de Collantes, donde encontré unos 170 prisioneros amontonados en el piso. No había colchonetas ni baños ni servicios sanitarios, no había nada. Cundió una epidemia de paperas; veías a los hombres doblados por la horquitis. La vida no valía mucho en aquel momento, a la gente la sacaban de madrugada al paredón. Entonces nos declaramos en huelga de hambre porque empezaron a traer heridos del Escambray, algunos con heridas en la cabeza, y los tiraban a morir donde estábamos nosotros. Éramos unos cuatro médicos, no teníamos con qué curar a la gente. Como respuesta nos meten en una fragata y nos zumban para Isla Pinos. Recuerdo que fue el 2 de julio.

En Isla de Pinos me meten en una celda de castigo, en un calabozo pequeñísimo donde no había absolutamente nada. Allí pasé 100 días aislado, totalmente desnudo. De ahí me mandaron para una de las circulares del Presidio Modelo. En cada circular había cinco pisos, 93 celdas en cada uno, 3 prisioneros en cada celda. Teniendo en cuenta la cantidad de circulares habría unos 6.000 prisioneros políticos allí en aquel momento.

El trabajo forzado en Isla de Pinos fue muy duro: romper marabú, arrancar raíces, trabajar en las canteras de mármol. Se trabajaban 12 horas o más al día. Los que se negaban a ir eran tremendamente golpeados; recuerdo el caso de Alfredo Izaguirre, director del periódico *El País*, que fue brutalmente maltratado y luego sufrió las secuelas en el exilio. En Isla de Pinos sabíamos que nos estaban poniendo a trabajar como esclavos. Entonces, como una forma de protesta, la gente empezó a trabajar a ritmo lento y hubo mucha represión en el campo, particularmente en algunos bloques como el de los estudiantes, que fue muy golpeado, lastimado con una saña realmente asombrosa. Recuerdo días que llegaban gentes con la espalda hecha llagas por las marcas de las bayonetas. A veces llegaban incluso muertos. El primer día que empezó el trabajo forzado, por ejemplo, hubo un muchacho que hizo cierta resistencia y lo mataron. Lo atravesaron con una bayoneta por el estómago. Se llamaba Ernesto Díaz Madruga. Al día siguiente todo el mundo salió con sombrero al campo en señal de respeto al que había muerto. La gente cada vez trabajaba menos, mientras más represión y más golpes, menos trabajaba. La violencia

contra los prisioneros en el campo de trabajo era diaria, pero los asesinatos se producían al final del trabajo. Algunos castigados eran llevados a los calabozos, allí eran golpeados y lastimados y algunos fueron tiroteados y murieron, nunca más los volvimos a ver. Recuerdo, por ejemplo, un jovencito de 19 años, que había sido miembro de la Marina de Guerra revolucionaria y era paciente mío. Tenía sus cosas, no dormía y cosas así y yo lo ayudaba. Fue llevado al calabozo por cualquiera de las cosas usuales del trabajo forzado y allí lo designaron.

En el presidio de Isla de Pinos se atropellaba mucho al preso. La guarnición se colaba dentro con mucha frecuencia a hacer requisa y a romperlo todo, a botarlo todo y por supuesto a golpear. Eso era frecuentísimo. Yo viví varias situaciones de esas, de entrar 300 miembros de la guarnición simultáneamente rompiéndolo todo y de obligar a todos los prisioneros de la circular a bajar a un espacio custodiado con ametralladoras y decirle a todo el mundo que se tirara al piso. Pero el piso de una circular era un lugar espantoso, un fanguero, lleno de hongos, donde cae toda la basura y nunca jamás da el sol. Alguna gente dijo: «Yo no me tiro al piso». Entonces los guardias empezaron a disparar con ametralladora calibre 30 y todo el mundo tuvo que tirarse al piso, y allí, en esa inmundicia, estuvimos durante horas y horas, de madrugada y a cada rato sonaba una ráfaga. Mientras tanto, los guardias registraban la circular, lo botaban todo, lo rompían todo.

Eso era muy frecuente, de modo que los prisioneros fueron aprendiendo que algo tenían que hacer. Hubo un día que la guarnición entró en la circular 2 con uno de los jefes más agresivos al frente. Nos obligaron a bajar a algunos. Pero la guarnición siguió entrando de forma violenta. La gente se volvió como loca arriba; algunos se tiraron al patio, hubo fracturas de piernas inclusive, por que si te cogían en los pisos imagínate, estabas expuesto a todo, y la gente prefería tirarse desde donde estaba antes que soportar los bayonetazos y golpes de los guardias. La cosa se puso caliente, fea. Los prisioneros les partieron para arriba a los guardias. Entonces la guarnición empezó a calar bayonetas. Hubo algunos prisioneros, entre ellos yo, que nos decidimos a parar aquello y a no permitir un abuso más. Les gritamos que si querían entrar a los pisos, magnífico, pero que la guarnición no se podía colar de aquella manera, abusando y golpeando. Fue un momento de muchísima tensión, pero aquello cesó. Se recogió a los que tenían fracturas, a los heridos, y se los llevaron para el hospital.

La cantidad de enfermos en Isla de Pinos era increíble; la prisión era muy sana en el verano y una nevera en el invierno, porque por cada una de las 93 ventanas de cada uno de los pisos de cada una de las circulares lo que entraba era un vendaval de aire. No se permitían las cortinas. Entonces vivir allí, en aquellas celditas, muerto de hambre y sin buenas frazadas era terrible, y más si tenías que salir al campo al día siguiente. Si te caías desmayado en el trabajo, seguro que cogías bayoneta. Yo nunca he visto seres humanos bajo tanta presión. Cuando regresaban del trabajo empezaba mi odisea. Antenderlos, ver a los enfermos, hacer las listas de los que yo pensaba que no estaban en condiciones de salir a trabajar. Yo entregaba esas listas a la guarnición. A veces, a las cuatro o cinco de la madrugada me pasaban una bayoneta por el

pecho, «¿Y esa lista? Te voy a sacar al campo. Te voy a meter la bayoneta por el culo». Yo les decía «Resuelvan ustedes los problemas que crearon». Había muchos enfermos en la cárcel: de hambre, de parásitos, de golpeaduras, de terror. Entonces lo mismo tenías que dar psicoterapia o que poner inyecciones de antibióticos. Habíamos dejado ciertas celdas como botiquín. Éramos varios médicos presos y nos turnábamos el trabajo de asistencia. Una de las cosas más duras eran las autolesiones, gente que se autolesionaba para no salir a trabajar; gente que se cortaba, gente que se quemaba la piel, por ejemplo que se inyectaba petróleo en las rodillas y que se provocaba una artritis tremenda, de tipo química. Y es que la gente estaba muy alterada por el miedo a recibir golpes de bayoneta o a que los matara el guardia o a que los mandaran a los calabozos. Había también muchos prisioneros que padecían de depresiones o de otros problemas serios de salud mental.

Como convivíamos con ellos teníamos la doble condición de ser prisioneros y de convivir con los pacientes. Uno sabía la relación directa que había entre las comidas y las diarreas que la gente tenía, por ejemplo, o cuando había epidemias infecciosas. Teníamos que estar siempre en ese sitio límite entre el prisionero —del cual nos sentíamos parte y con los que estábamos tan involucrados emocionalmente—, y los carceleros a los que tenías que plantearles las necesidades. A veces nos acusaban, los muy cínicos, de que no queríamos dar el servicio que la gente necesitaba. Yo les decía que éramos presos, que los problemas eran reales y que eran ellos quienes los habían creado y tenían que resolverlos, que era responsabilidad de quienes nos tenían presos, mantener la salud de los prisioneros. Nosotros estábamos ahí, disponibles para todo el mundo, trabajando constantemente con la gente, pero no éramos, ni queríamos ser, empleados de los carceleros ni vivir en el hospital, ni tener condiciones distintas a las de los demás. Éramos presos. Médicos presos.

Los prisioneros, también, llegaban a Isla de Pinos con una carga previa tremenda me contaban muchísimas cosas. Muchos venían de El Escambray, por ejemplo, de las guerrillas de El Escambray donde hubo muchos fusilamientos masivos de alzados, sin ningún tipo de juicio. Hubo también interrogatorios terribles en Las Pocetas de Topes de Collantes. Eran unas pocetas situadas en la punta de la montaña, famosas por el frío tremendo que había en ellas, donde fueron sumergidos muchos prisioneros totalmente desnudos durante los interrogatorios. Uno de ellos, muy joven, llamado Silvio Martínez, miembro de la Juventud Auténtica, me contó en Isla de Pinos que había sido interrogado personalmente por Fidel Castro, quien le propuso que hablara y que después se lo llevaría a trabajar directamente con él. Silvio no habló, lo metieron en la poceta y luego lo mandaron a la Isla de Pinos, enfermo.

El Presidio Modelo de Isla de Pinos lo cerraron en el 67 porque aquello era una olla de presión o quizá para quitarle visibilidad al problema, porque el hecho es que el presidio político no terminó ni mucho menos. Yo salí de Isla de Pinos en el 66, cuando me mandaron para La Cabaña, frente a la bahía de La Habana; había estado 5 años preso y me quedaban todavía otros 13. La diferencia ente el Presidio Modelo y La Cabaña es la que existe entre

un palacio y una jaula de ratones. El Presidio Modelo había sido construido durante la república y hacía honor a su nombre, lo malo allí eran las torturas, las requisas y el trabajo forzado. La Cabaña era una fortaleza colonial con las galeras llenas de ratas, infectas, sin ventanas, con una rejilla al fondo. Allí, por lo menos, no había trabajo forzado, pero en cambio, todos los días, cuando hacían el recuento, tenías que salir de la galera corriendo. Si ibas despacio te pegaban con la bayoneta. Ya hay un momento inevitable en el que quien es golpeado se rebela, siempre pasa. Y entonces era peor.

Una vez protestamos 16 y nos pegaron con la bayonetas en la espalda, en la cabeza, en los brazos. En lugar de curarnos nos enviaron a las capillas, unas celdas pequeñísimas, de 6 pies de largo por 8 de ancho, 16 personas. Un calor horrible; el vapor se condensaba porque el techo era muy bajito. Sólo 2 se podían tender a la vez. El resto tenía que estar en cucullas. Nos turnábamos para tendernos cada 2 horas. Así estuvimos 11 días. Al cabo de 6 días aquello se hizo horrible, el infierno, en esa tensión, en ese calor, el «muévete de aquí», «ponte para allí». Yo soy psiquiatra. En esas condiciones, empiezan las broncas, es inevitable. Recuerdo haber tenido que intervenir muchas veces; sé cuándo una persona está en pánico, cuando empiezas a ver ciertas expresiones. Tuve que intervenir varias veces para evitar estallidos de violencia y a los 6 días decidimos entrar en huelga de hambre y sed porque allí no íbamos a resistir, nos íbamos a matar unos a otros. Nadie resiste más de 6 días sin agua. Al cuarto día de huelga vinieron a hablar con nosotros, los voceros, César Páez, Alfredo Izaguirre y yo. Les dijimos: «Les queda un día para empezar a contar los muertos». Al día siguiente nos sacaron. Era el día 11 de nuestra estancia en la capilla.

Poco después me trasladaron al Castillo de El Príncipe, otra fortaleza de tiempos de la colonia, otro lugar horrible. Me metieron, junto a otros políticos, en un chinchorro de presos comunes llamado La Leonera. Un chinchorro es un lugar cerrado, sin agua ni servicios sanitarios ni nada, donde estás aislado del resto de los prisioneros.

Nos metieron allí con los presos comunes más violentos; había también jóvenes Testigos de Jehová presos por haberse negado a hacer el Servicio Militar Obligatorio, que habían sido violados por esos presos comunes. Nosotros impusimos nuestra autoridad: «ustedes de este lado y nosotros de este otro; no pueden tocar más a los Testigos de Jehová». Impusimos respeto, orden, y no tuvimos problemas con los comunes. Pero las autoridades quisieron imponernos el uniforme de presos comunes y nos declaramos en huelga de hambre. Estuvimos 17 días. Luchábamos por nuestra dignidad y contra un plan siniestro: hacer ver que el presidio político había desaparecido. Claro, clausuraron el Presidio Modelo, nos meten en cárceles de la colonia, nos visten de comunes, nos mezclan con comunes y dicen que no hay presos políticos en Cuba. ¡Si todavía hoy, tantos y tantos años después, sigue habiéndolos! Bueno, en total estuvimos en huelga de hambre, desnudos, durante 11 días. Al final murió uno de nosotros. Era un hombre muy fuerte, pero comió mucho inmediatamente después de la huelga y no pudo aguantar. Yo había dicho «*Stop*. No coman inmediatamente. Tomen agua con azúcar, sólo líquidos». Pero él

ya no estaba con nosotros, comió y murió. Ser médico donde no hay hospital, donde no hay medicinas, donde no tienes nada que hacer, nada que dar salvo consejos, es realmente muy duro y muy difícil. Después de El Príncipe me vuelven a mandar para La Cabaña, donde estoy otros 2 años, del 68 al 70. Había allí, entonces, dos galeras de homosexuales, que estaban presos por el mero hecho de serlo, con más de doscientos presos cada una. Era horrible. En la galera nuestra, de políticos, éramos 186 y estábamos como sardinas en lata; así que imagínate ellos. Nada más que por el «delito» de ser homosexuales, nada más que por eso. No los dejaban salir al patio jamás, no les daban chance a nada.

Después de La Cabaña me mandaron a la prisión de Guanajay, que también había sido construida durante la república y que por eso era más humana, tenía servicios, duchas, etc... y de ahí fui para la prisión de Melena, en régimen semiabierto. Había empezado lo que le llamaban el Plan Progresivo de Trabajo, que no era trabajo forzoso como el de Isla de Pinos, sino un plan de rehabilitación de tipo diferente. Yo lo acepté en 1972 y fui para Melena, una fábrica de prefabricado con barracas adjuntas. Necesitaban fuerza de trabajo y la obtenían así. Una diferencia importante era que allí, por lo menos, pagaban el trabajo. Estuve años trabajando en distintos lugares de la construcción como peón, paleando arena, tierra, sin ningún contacto con la Medicina. Estuve así hasta diciembre del 77. Después, cuando al fin obtuve la libertad tras 18 años de cárcel, empecé a trabajar en el Hospital Psiquiátrico de Mazorra como médico clínico. En septiembre del 78 empezaron los vuelos hacia Estados Unidos. Yo vine en el tercer vuelo. Ya llevo 21 años en el exilio.

Creo que la gente de la Isla debe saber que gran cantidad de cubanos sufrieron prisión durante estos años. Ahora bien, los ex prisioneros políticos saben que la lucha por la libertad fue un camino libremente escogido. Existe ahora una cosa en Cuba que se llama «prisioneros de conciencia», para mí son lo mismo que nosotros, «prisioneros de conciencia». Los presos de la primera hora no éramos privilegiados. De una forma o de otra la gente se rebela contra lo que no es justo y siempre hay quien toma el camino más difícil; nosotros tomamos el camino más difícil aunque quizá no el más eficaz.

En Cuba los cambios tienen que venir y la gente tiene que pensar en la reconciliación nacional. Los prisioneros políticos fueron los que más sufrieron en un período de tiempo, pero creo que el pueblo en general ha tenido también mucho sufrimiento. Debe haber un encuentro nacional, darnos un espacio los unos a los otros. Y no es que piense que no deba hacerse justicia; es que me parece más importante que se recupere la memoria. Cuando caí preso tuve la conciencia bien clara de que ni mis compañeros ni yo éramos un quiste en el pueblo cubano. Si salí de mi país era porque mis hijos habían salido antes, estando yo en presidio. Pero nunca hubiera querido salir de Cuba. Salí con dolor. Creo que a muchos cubanos les pasó lo mismo. No había un espacio para ellos en Cuba, por eso tanta gente ha ido a la diáspora. El pueblo cubano debe entenderlo así.

Los trabajos forzados en Cuba

Héctor Maseda

Camagüey, provincia centro-oriental de Cuba, fue convertida entre los años 1963 y 1967 en el centro de operaciones de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP). Destino cruel para decenas de miles de jóvenes cubanos entre 15 y 30 años de edad, víctimas del miedo y la intolerancia del régimen castrista. El crimen cometido por los adolescentes: ser religiosos o desafectos ideológicos. Particular agresividad gubernamental padecieron los Testigos de Jehová y los estudiantes calificados de rebeldes porque les agradaba la música rock interpretada por grupos extranjeros. Fue una fórmula violenta de reeducación política, sin resultado alguno.

Corría el año 1963. Se cumplían dos años del fallido desembarco en playas cubanas de una fuerza militar opuesta al castrismo. Las autoridades cubanas establecieron de inmediato y por ley, el Servicio Militar Obligatorio (SMO) con el objetivo de preparar en el uso del armamento a la juventud cubana. Pero... ¿qué hacer con los miles de muchachos desafectos? No podían ser incorporados al SMO, donde se les enseñaría el manejo de las armas que después podrían usar contra el Gobierno. Tampoco podían excluirlos del cumplimiento del servicio militar, ya que hubiera sido un mal ejemplo a seguir por el resto de los adolescentes. Existían, además, grupos armados opuestos a Castro que operaban en el Escambray y la Cordillera de los Órganos. Era necesario encontrar una solución mediante la cual 30 o 40 mil jóvenes «no confiables políticamente», que debían pasar por el SMO, estuvieran bajo control absoluto y pagaran con creces los gastos en que incurriera el Estado con ellos. Encarcelarlos no era una solución política y mucho menos inteligente.

Al mismo tiempo, era interés del Gobierno hacer una limpieza social profunda, razón por la cual incorporarían en esta depuración a los proxenetas y homosexuales y a los antisociales con antecedentes penales. Así, la purga sería general.

Y nacieron las UMAP, verdaderos campos de concentración y de trabajo forzado en la agricultura, muchas de ellas en la provincia de Camagüey. Miles de muchachos pasaron por sus filas engañados, ya que pensaban que cumplían con un deber patriótico. Nada más lejos de la verdad: el Estado necesitaba una fuerza laboral gratuita en aquella provincia.

Raimundo Jorge Martínez fue citado en marzo de 1964 durante el segundo llamado del Servicio Militar Obligatorio. Tenía 18 años. Le gustaba la música rock. Razón suficiente para que el Comité de Defensa de la Revolución de su cuadra lo denunciara por desviación ideológica. Ese día formó

parte de una caravana de ómnibus. En cada uno iban casi 200 nuevos enlistados y sus guardias, con fusiles y bayonetas. El contingente era de 1,400 hombres. No pararon en ningún pueblo. «Las necesidades fisiológicas las realizábamos en el interior de los ómnibus», recuerda Raimundo. «No recibimos agua o alimentos durante el viaje. Llegamos a la ciudad de Camagüey. Nos recibieron otros militares. Me incorporaron a la Unidad 2506, campamento ‘Las Carolinas’, a quince kilómetros del central Amancio. Otros contingentes fueron trasladados en trenes, bajo condiciones similares a las nuestras. Nos dijeron que formaríamos parte de unidades especiales. Nuestras armas consistirían en instrumentos de trabajo. ‘La disciplina será fuerte, para temprarlos como el acero’, nos dijeron».

Alfredo A. Delgado Ontivero estudiaba en la secundaria básica Rafael María Mendive, de 10 de Octubre. «Pertencí a un grupo de agitación denominado José A. Echeverría. Pintábamos carteles y repartíamos proclamas contra el Gobierno. Todos fuimos descubiertos y detenidos. Pocos días después de que me pusieran en libertad me citó el Comité Militar. El oficial que me recibió me dijo que iba para la UMAP porque yo era un desafecto político que se hacía necesario reprogramar. Era el tercer llamado, marzo de 1965. Tenía 19 años.

«Llegamos a Camagüey, campamento ‘La Gloria’. Unidad 2237. Me entregaron un par de botas, un pantalón verde olivo, una camisa azul de mezclilla con un membrete azul y rojo que decía UMAP. Y una gorra. Me preguntaron mis datos personales y me dieron un número de control. A continuación nos enseñaron el lugar donde viviríamos. No había nada. Sólo una cerca de alambre de púas de 4 a 5 metros de altura, que rodeaba un área de unos dos kilómetros cuadrados. La cerca perimetral la electrificaban de noche al concluir el trabajo, para que no nos fuéramos. Recibimos unas lonas para dormir donde pudiéramos y quince días de plazo para construir las barracas de madera y techo de fibrocemento. Los custodios tenían una oficina y sus albergues literas, baños y comedor».

En realidad, las condiciones de vida no podían ser peores: poca y mala alimentación. No había dónde vivir, jornadas de trabajo excesivas y agotadoras, sin días de descanso. Castigos en los calabozos por la menor protesta, considerada como una indisciplina. Los carceleros, en su mayoría, tenían problemas de carácter en sus unidades y estaban allí sancionados.

José Olimpio Diviñón Díaz fue soldado de Batista antes de 1959. En 1960 colaboró con la guerrilla antigubernamental del cabo Lara en la Cordillera de los Órganos, provincia de Pinar del Río. Lo detuvieron y cumplió tres años de prisión en Isla de Pinos. Era considerado en su barrio como un contrarrevolucionario. Al crearse las UMAP en 1963 lo citaron y pasó directamente a la Unidad 1015 de esa institución. Fue llevado a Camagüey y destinado al campamento Los Mameyes. Tenía 32 años. «Nos despertaban a las cinco de la mañana. Hacían el pase de lista, tomábamos un poco de café aguado y nos entregaban dos onzas de pan. Luego, a caminar hacia los campos, a limpiar o cortar caña y chapear marabú. Cada compañía de cien hombres era custodiada por cuatro

guardias y un oficial. La jornada laboral comenzaba a las seis de la mañana y concluía a las siete u ocho de la noche. Almorzábamos y muchas veces comíamos en el campo, con veinte minutos descanso. Se trabajaba 13 o 14 horas diarias. No teníamos derecho a visitas ni a pase. En otros campamentos dejaban que los familiares visitaran a los internados cada cuatro o cinco meses. No se nos permitía hablar entre nosotros, los confinados, durante la jornada laboral, ni dirigirnos a los guardias. Al regresar al campamento nos bañábamos con agua helada, si la había. Las instalaciones no tenían electricidad en las barracas donde nos hacinábamos, por regla general. No existía recreación. A las 10 y 30 de la noche nos acostábamos y electrificaban la cerca».

Los Testigos de Jehová internados se negaban a formar, saludar la bandera y trabajar en el campo, motivo por el cual eran los más reprimidos. Cada campamento tenía calabozos, huecos alambrados o celdas de castigo para imponer la disciplina a los prisioneros.

Divión señala que, en La Gloria había «huecos cubiertos con alambres de púas, donde introducían a los desobedientes. También existía una fosa a la salida de las letrinas, llena de excrementos. Era frecuente que dos guardias tomaran por los pies al que se negaba a laborar y le sumergían la cabeza en aquella pestilencia casi hasta la asfixia. En otros campamentos había calabozos de hormigón, tan pequeños, que una persona en su interior solamente podía estar de pie o en cuclillas. Dormir era imposible mientras durara el castigo, que podía prolongarse varios días, sin alimento y con sólo un poco de agua. A quienes sometían a este castigo, con mayor frecuencia, era a los prisioneros religiosos, que soportaban con estoicismo el martirio».

«En la zona de Las Carolinas» —señala Raimundo—, «a los que se negaban a trabajar los paraban bajo el sol diez o doce horas, sin comer ni tomar agua. A los creyentes los mantenían en esa posición durante semanas. En una ocasión, un oficial de apellido Matu o Mata le rastrilló la pistola en la cabeza a un Testigo de Jehová y le dijo: ‘Veremos si tu Dios te salva de ésta’. Luego, en medio de risas enfermizas se retiró tranquilamente».

Las UMAP no tenían puesto médico. Algunos campamentos contaban con un sanitario si entre los confinados se encontraba algún estudiante de Medicina. Los accidentados tenían que ir a pie, con un custodio, hasta el batey del central azucarero más próximo o ser atendidos en un pueblo cercano.

Raimundo fuerza la memoria y al respecto dice: «Hubo discusiones serias entre custodios y reclusos. Recuerdo a uno que le decían Eleguá. Se negó a trabajar un día por sentirse enfermo. El teniente le amenazó y golpeó. El muchacho sacó un machete que tenía escondido y lo descargó contra brazos y piernas del militar. A Eleguá lo llevaron preso a Camagüey. Le celebraron juicio sumario, fue condenado a muerte y fusilado. El carcelero quedó discapacitado de por vida. Entre reclusos también existieron discusiones que provocaron heridos, pero nunca víctimas fatales».

Las palizas eran públicas y frecuentes en las UMAP, para que sirvieran de ejemplo. Alfredo relata que «un recluso asmático, de apellido Pantaleón, se negó a cortar caña quemada porque le afectaba la respiración. Los guardias lo

golpearon salvajemente hasta que se desmayó. Luego lo encerraron en el calabozo durante una semana. El hecho ocurrió en noviembre del 65. Otro estudiante, triguero, del municipio 10 de Octubre, muy joven, se negó también a cortar caña quemada. Los custodios lo golpearon. El chico sufrió un ataque de nervios e intentó fugarse. Se lanzó hacia las cercas. Murió electrocutado antes de que la guarnición pudiera cortar la energía. Desconozco la explicación que le dieron a los padres del muchacho las autoridades».

Todo lo que comienza tiene que concluir. A Raimundo le dieron la baja en septiembre de 1966. Alfredo la obtuvo en febrero de 1967.

es cuestión de minutos. Quiero que de esta
manera sepan Uds que mi último pensamiento
en la tierra, mientras tuve un minuto de
vida fue por Uds y mis queridos hermanos.
Padres, hermanos solo tengo una
terrible preocupación pero confío que cuando
mi última voluntad esa preocupación deje
de serlo y se convierta en una gran alegría
ella es la vida espiritual, la vida religiosa
de Uds. Saben que siempre mi preocupación
fue la Religión Católica y tratar de hacer la
voluntad de Dios, en estos momentos estoy seguro
de lo que estoy cumpliendo y quiero que
esta muerte mía, de la cual, debe salir algún
bien, sirva para que Uds, papá y mamá, me
hagan la promesa de ir a Misa todos los domingos
y de confesarse ^{conmigo} los dos y después hacerlos regu-
larmente. Fue mis hermanos, Manolito e Isidro,
hagan Ejercicios Espirituales Anualmente, que se
confiesen y comuniquen mensualmente y vayan a
misa todos los domingos. Tratar de ser buen
esposo con los dos hijos que tienen Lourdes y

Pueblos cautivos

Entrevista con el doctor José Luis Piñero

Soy exiliado, miembro de una familia que fue víctima, en los 70, de la política de desplazamiento poblacional y reconcentración en Pueblos Cautivos llevada a cabo por el Gobierno de Fidel Castro. Antes de esa época hubo reconcentraciones también, pero a nosotros nos tocó la desgracia en los 70. Mi familia era de una zona de campo llamada Biajaca, que pertenece al municipio de Mataguá, en el Escambray, en los límites de Cumanayagua. Un buen día, alrededor de 3.000 hombres de todo el Escambray, entre ellos mi padre, fueron citados en diferentes puntos, Fomento, Manicaragua, etc... para unas reuniones de la Asociación de Agricultores Pequeños (ANAP). Mi padre me ha contado que al llegar a esos puntos, fuerzas militares los inmovilizaron, los montaron en camiones y los condujeron detenidos a Santa Clara. Allí un Capitán del ejército les dijo que ellos eran los esbirros del Escambray y que por eso jamás podrían volver a sus tierras.

Mi madre se quedó sola con 3 hijos. Yo era el más chiquito, tenía 2 años, mis hermanos mayores tenían 6 y 7 años respectivamente. La casa más cercana quedaba a kilómetros de distancia. Nos quedamos solos. La gente del Gobierno sólo venían a «acopiar», como decían ellos, a exigir que les entregáramos puercos, gallinas. En cuanto mi madre veía el *jeep* y el camión de «acopios» por el camino, soltaba a los puercos, les echaba los perros para que los empujaran hacia los sembrados, y les decía a los militares que no tenía nada, que cómo eran capaces de venir a robarle comida si se habían llevado a mi padre y nadie se preocupaba de nosotros. Entretanto íbamos tirando, mal, pero íbamos tirando. No dejaban trabajar a ningún hombre que no se hubiese jubilado, entonces mi madre le pagaba a un viejecito para que la ayudara en lo que podía y ella misma trabajaba hasta reventarse también. Allí no había médico, no había hospital, no había nada. Estuvimos tiempo sin saber de mi padre ni de los otros hombres de la zona. Los citaron a aquellas reuniones y fue como si hubieran desaparecido.

Al cabo de un tiempo se apareció un militar y dijo que estaban presos en Pinar del Río. No les habían hecho juicio, nunca se lo hicieron. Los consideraban desafectos a la revolución y punto. A mi padre porque se había negado a hacer el Servicio Militar Obligatorio y por haber apoyado a los alzados en los años 60. Hubo, incluso, casos de hombres que habían cumplido condenas de 6 o 7 años de cárcel y se los volvieron a llevar. Luego mi padre me contó que en el mitin que les dieron antes de salir hubo gente que se desmayó,

ancianos de 70 u 80 años, gente que ni siquiera había apoyado a los alzados, pequeños campesinos que tenían tierras que al Gobierno le interesaba robarles. Había incluso algunos españoles y descendientes de españoles que fueron desposeídos, apresados y reconcentrados también. Después del discurso del capitán, en Santa Clara, los metieron en trenes custodiados por militares y los condujeron a la provincia de Pinar del Río, a cientos y cientos de kilómetros de sus casas. En los trenes tenían que pedir permiso a la custodia hasta para ir al baño, no podían pararse ni hablar entre ellos, no podían bajar en los apeaderos. Estaban presos. Desposeídos de todo. Eran 3.000 hombres.

Al llegar a Pinar del Río lo enviaron a trabajos forzados en la construcción de unos pueblos en diferentes zonas de la provincia. Eran cuatro pueblos: Sandino, Briones Montoto, Fajardo y López Peña. Los pusieron a vivir en barracas que por la noche cerraban por fuera, con un candado. Los despertaban a las cinco de la mañana sonando una especie de campana artesanal, un balón de oxígeno que blindaban para que sonara más alto. Así, ellos mismos fueron construyendo los Pueblos Cautivos, que tenían una sola entrada y una sola salida, custodiadas ambas por militares. Pueblos cárceles. Construían unas especies de barracas prefabricadas que se conocen como «edificios modelo Sandino». Algunos ancianos murieron allí. Hubo intentos de fuga, palizas contra los que se rebelaban o intentaban escaparse.

Al fin, el 15 de septiembre de 1973, mi familia fue recogida en camiones, trasladada a Santa Clara y deportada a Pinar del Río en trenes custodiados, presos, como nuestros padres. Reconcentraron a todo el que tenía algo de tierra. No nos permitieron llevarnos nada, ni un mueble, ni una caldero, nada. Porque supuestamente íbamos a tener todo en los Pueblos Cautivos. Fue mentira. Estuvimos meses durmiendo en el suelo, sin una colchoneta. Lo más horrible que ocurrió allí, sin embargo, es que pusieron a familias de guardias a vivir en los mismos pueblos, para controlarnos. Familias de presos y familias de guardias, escalera por medio. Las mujeres de los militares eran de la Federación de Mujeres Cubanas, los hijos eran pioneros, la familia completa del Comité de Defensa de la Revolución.

Nosotros, en cambio, éramos presos, familias presas. Ellos tenían el poder, podían abusar, los niños carceleros nos decían gusanos, esbirros, nos escupían. Había una escuela primaria y una secundaria e incluso el director, de apellido Godoy, nos llamaba esbirros. Era un pueblo grande, casi 3.000 familias de presos, familias campesinas que tenían, a veces, hasta 9 hijos cada una. Y, además, los carceleros. Nadie se podía mudar allí. Todo pertenecía al Ministerio del Interior. Era un pueblo de presos. Los villareños, los presos, éramos muy unidos: si había un enfermo entre nosotros, junto a él estaban todos los presos, todos los villareños apoyándolo. En un época a los carceleros les dio por poner un cartel a la puerta de cada apartamento, que decía: «Mi casa alegre y bonita». Mi mamá lo arrancó, se enfrentó a la carcelera y le dijo: «Mi casa ni es alegre ni bonita; esto es una prisión y ustedes lo saben». Lo volvieron a poner y nosotros a arrancarlo, y así era, como una guerra entre nosotros y esas personas.

Estuvieron trayendo familias del Escambray y reconcentrándolas en los Pueblos Cautivos hasta los 80. Recuerdo, por ejemplo, el caso de los Ibáñez. El padre, el señor Chano Ibáñez fue fusilado. A la mujer y a los 7 hijos los reconcentraron en nuestro Pueblo Cautivo. Nosotros, los niños, fuimos adoc-trinados pero nunca conquistados por ellos. Cada día marchábamos, formába-mos, gritaban consignas y nos leían partes del periódico *Granma*. Todos los viernes, religiosamente, había un «Acto Revolucionario». Las aulas estaban organizadas como unidades militares, con un jefe de aula y jefes de filas; en un aula de 40 alumnos había 10 jefes. El método era que la gente supiera que siempre había alguien que los estaba velando, siempre, desde los niveles infe-riores a los superiores, siempre hay alguien que tiene un cargo para velarte. El cubano tiene miedo y yo, en parte, lo justifico; tiene miedo porque desde que nace sabe que alguien lo está velando, que está tomando referencias de su conducta día a día, minuto a minuto.

Nunca nos conquistaron. Ya en los 80 fundamos el Exclub Cautivo, un grupo que tenía que ver específicamente con ese proceso de reconcentración de poblaciones del Escambray, porque éramos hijos de presos, pero todavía estábamos en los Pueblos Cautivos, entonces, para chocar, nos pusimos así, Exclub Cautivo. Yo era buen estudiante, me gustaba estudiar. Cuando estaba en noveno grado me quisieron entregar en carné de la Juventud Comunista y yo lo rechacé, dije que no lo quería.

Entonces Georgelina Torres me puso en el expediente una nota que dice: «Actitud política no decidida» y me lo hizo firmar como si fuera una mancha, ¿no? La vida era un infierno en los Pueblos Cautivos y, claro, hubo tensiones fuertes. Varias veces, cuando el equipo de béisbol de Las Villas le ganó al de Pinar del Río la Serie Nacional, nos tiramos los villareños para la calle con pancartas y todo, tocando latas y se crearon enfrentamientos y tensiones por-que ellos temían perder el control.

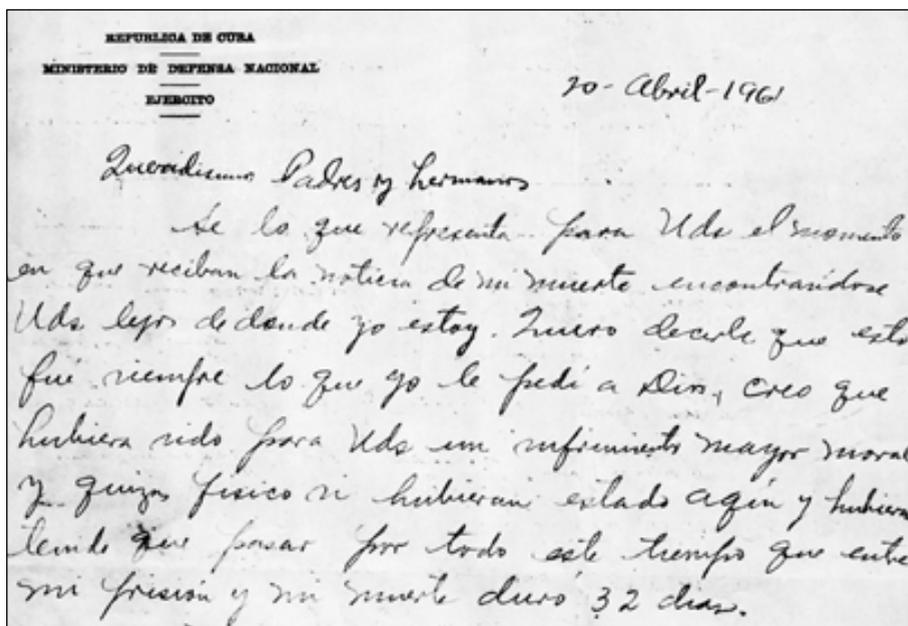
Ya en los años 80, cuando los choques de la embajada del Perú y el éxodo de Mariel, hubo exiliados en Florida que vinieron a buscar a sus familiares presos en los Pueblos Cautivos. Entonces el Gobierno, los carceleros, organi-zaron un «acto de repudio», un *pogrom* contra nosotros, empezaron a gritar-nos gusanos y a tirar huevos y piedras contra nuestras casas. Hasta que los pre-sos nos enfurecimos y nos tiramos para la calle también, con machetes y todo. Entonces los carceleros mandaron a parar aquello porque se dieron cuenta de que la bomba de tiempo iba a estallar.

Yo y los de mi edad tuvimos suerte. Mis primos, por ejemplo, que eran un poco mayores, no pudieron pasar de la secundaria porque no podían salir del pueblo a estudiar el preuniversitario. Pero cuando a mí me llegó la edad ya había mucha presión internacional con el tema de los derechos humanos, un relator visitó Cuba, inclusive, y entonces el Gobierno aflojó un poco y pude ir al preuniversitario, que estaba en fuera, en un pueblo libre.

Las relaciones humanas fueron cambiando con el tiempo, sobre todo entre nosotros, los más jóvenes. Me acuerdo que en el preuniversitario tuve un amigo, un muchacho muy buena gente, Jesús Chembo Mongojol, que

todavía está en Cuba. El director llamó al padre de Chembo y le dijo que su hijo se juntaba conmigo y que eso no podía ser porque yo era villareño, contrarrevolucionario. El padre llamó a contar a su hijo, mi amigo, y éste le dijo que yo era muy buena persona, que estudiábamos juntos y que respondía por mí. El padre le dijo, «Si eso es así, sigue llevándote bien con él y no hemos hablado nada». Y así hasta hoy, como si fuéramos familia. Ni siquiera me dijeron nada. Ese incidente me lo contaron ellos después, cuando yo era un hombre. Sí, las cosas cambiaron con el tiempo entre los jóvenes, hubo inclusive bastantes matrimonios entre hijos de presos e hijos de carceleros, y muchos de ellos reconocieron que quienes estaban equivocados eran sus padres no los nuestros.

Me gradué de preuniversitario con 96'4 de promedio, que era muy alto, y entonces, a fines de los 80, catorce años después de haber llegado al Pueblo Cautivo, pude empezar estudios de Medicina. Entre tantos y tantos hijos de presos, sólo 8 conseguimos llegar a la Universidad. Ya en La Habana participé en un estudio, clandestino, por supuesto, y llegamos a la conclusión de que hubo un total de 21 Pueblos Cautivos en Cuba, en diferentes épocas y lugares. El estudio se quedó en la Isla y no lo tengo a mano, pero recuerdo algunos datos de memoria. Hubo 21 Pueblos Cautivos, casi todas las familias provenían de El Escambray, aunque también hubo familias de Matanzas, de la región de Aguada de Pasajeros. La mayor parte de los Pueblos Cautivos estaban en Pinar del Río, aunque también hubo algunos en Camagüey. Fue una experiencia muy dura, que debe conocerse y estudiarse; un pasado terrible que nunca se me quitará de la cabeza.



Camino de la cárcel

Martha Beatriz Roque

LA PREPARACIÓN

Quizás sea porque una intuye las cosas, pero hacía varios días que sabía que la prisión estaba cerca. Aunque un oficial que estuvo en casa a detener a un visitante y disidente de la provincia de Villa Clara, con su habitual prepotencia me lo dijo. Poniéndome la mano encima del hombro, en una postura de frescura total, Michel —así decía llamarse— anunció: «Tienes los días en la calle contados», e incluso planteó que iba a matarme.

No sería correcto que me refiriera a una sola parte de la historia, porque también una llega a cansarse de tantas humillaciones. Le contesté: «Por favor, quítame la mano de encima, que a mí me tocan los hombros que me gustan». Y por si hubiera parecido poco, con la mayor sangre fría posible añadí: «En el informe, ponle a tu jefe que me asustaste mucho, que si me pregunta le digo que sí».

Eran días de mucha tensión: en los alrededores de mi casa, habían aparecido anuncios donde se decía que yo arreglaba cualquier tipo de efecto electrodoméstico, las 24 horas del día. Las pancartas estaban hechas en computadora y varios amigos me ayudaron a arrancarlas de los lugares donde estaban puestas.

La provocación no se hizo esperar, un hombre tocó a mi puerta solicitando una liga de grabadora. Sin abrirlo, le contesté que eso era un error, que yo no arreglaba nada. Pero el supuesto cliente se enfureció y dio patadas a la puerta hasta cansarse, diciéndome todo tipo de insultos; después cayó en el error de comentar que, con tantas canas en el cabeza, no me daba pena hacer papeles para burlarme de las personas. ¿Qué don particular le permitía a aquel hombre, que no me había visto nunca y que lo estaba separando de mí una puerta cerrada, saber que yo tenía canas?

El sábado, un poco después de la una de la madrugada, a la hora en que se termina la segunda película por televisión, mis vecinos, que salían de mi casa, encontraron en la puerta de la suya algo que les llamó la atención. Una muñeca de tela, con el nombre mío puesto delante, la boca cosida por un alfiler y las manos esposadas a la espalda. Una forma «oscura» de predecir el futuro. Pensé: «los muchachos de la Seguridad tienen tiempo para todo».

El día 15 de julio ya era más evidente. Delante de mi propia casa, la persona que en la cuadra tenía la misión «monitorearme», anotaba. Supongo que sería una información sobre la hora en que entraba y salía y la cantidad de

personas. Ya avanzada la noche tocó a mi puerta «la doctora de la familia»; traía una excusa tonta, pero un objetivo único: saber si estaba sola; me lo preguntó tres veces. Como estaba tan nerviosa, para mí fue evidente que le dieron la tarea de averiguar. ¡Pobre mujer! Así pagó la posibilidad de viajar fuera del país.

Faltaban diez minutos para las 5 de la mañana cuando golpearon la puerta. Pregunté por la ventana ¿quién es? Sabiendo perfectamente la respuesta. Un oficial de la policía política me mostró su carné con tres letras: DSE.

EL REGISTRO

La orden de registro estaba a nombre del capitán Manuel Pérez, que resultó ser, entre todos, el único profesional. Además avalaba el nombre de tres oficiales, pero llegó un momento en que dentro de mi pequeño apartamento había ocho de ellos.

El colmo del ridículo fue el uso de una cámara de vídeo para filmar el refrigerador por dentro. Todo parece indicar que sus «informantes» infiltrados en la disidencia los desinformaron diciéndoles que encontrarían algo así como «el arca de Noé».

Las vecinas que se presentaron para ser «testigos» del registro por el CDR (Comité de Defensa de la Revolución) fueron Elsa, una enfermera retirada y Nidia, médica veterinaria. A pesar de la vinculación de ellas con la medicina, se deshumanizaron completamente, pues en un momento en que me sentí mal, tuve que chequearme la presión arterial yo misma. Ni siquiera hicieron el intento por brindarse para hacerlo. Como si yo fuera un ser apestado.

Anécdotas de las más de cinco horas que estuvieron en mi casa, hay muchas, pero quiero sólo referirme a éstas:

Un oficial, de los tres que estaban en la lista, tomó uno de los documentos que habíamos redactado, lo comenzó a leer en silencio, pero haciendo comentarios sobre el mismo. En un momento infeliz me preguntó: ¿es ésta la basura que ustedes escriben? Ni corta ni perezosa aproveché para decirle: «Cuando tú seas instructor me podrás interrogar, ahora sólo eres tripulante de un patrullero y no tienes esas posibilidades».

Todo lo que incautaban lo contaban, incluyendo los lápices y libros. Uno de ellos estaba sentado en el piso, con una caja de bolígrafos y anotando en un papel. El otro tomó en sus manos una revista *Encuentro* y le dije: libro Encuentro; yo lo rectificué y le dije: «eso no es un libro, sino una revista». Él me replicó diciendo: «yo soy el que escribo y pongo lo que quiero». Mi respuesta no se hizo esperar: «Yo soy la que firmo y no lo voy a hacer si dice libro».

Eran entradas las once de la mañana, al parecer ya la prensa internacional acreditada en Cuba tenía la noticia de que habían detenido a mis otros tres hermanos de causa. Todos estaban muy apurados por terminar, pero aún el acta de ocupación estaba a medias. Entró en la casa, uno de esos oficiales «pepillo» e insolente se recostó en mi escaparate de espaldas, con el pie derecho puesto sobre él, y me dijo: «¿por qué no llamas a uno de esos contrarrevolucionarios amigos tuyos para que se queden aquí en la casa terminando el registro?». Sin hacer el menor caso a su pregunta le contesté: «quita el pie

sucio de mi escaparate, que es una de las pocas propiedades particulares que me dejan tener». A partir de ese momento el capitán Manuel Pérez prohibió que entrara alguien más a la casa.

Pero sufrí también otra humillación, la mujer que trajeron para que me acompañara dentro de mi cuarto mientras me cambiaba de ropa para irme, me obligó a desvestirme y asearme delante de ella; son cosas muy íntimas, difíciles de hacer en presencia de otra persona, lo que resultó para mí degradante.

Ya en la sede de la policía política, la antigua Villa Maristas, mientras me recogían las pertenencias personales, pasaron por detrás de mí las señoras que participaron en el registro. La veterinaria iba diciendo: «¡Qué va, a mí no me cogen más para esto!».

LA CELDA

Un médico joven, pero muy militar, me tomó la presión. Al parecer la tenía alta. Me dijo que necesitaba un meprobamato. Yo me negué. Entonces trajeron todos los documentos que faltaban por relacionar y comenzaron a hacerlo delante de mí en una pequeña oficina con un aire acondicionado muy fuerte.

Al terminar me llevaron a la carpeta donde entregué el reloj, el anillo, las llaves de la casa y el monedero. Tendrían que pasar casi tres años para que los volviera a ver.

Inmediatamente se hizo cargo de mí una mulata de pelo largo —con un marcado acento oriental— que me llevó a retratar, tomar las huellas dactilares y a desnudarme para hacer posteriormente cuclillas. ¡Todo un rito!

Terminado esto, poner las manos detrás, siempre allí dentro tuve que caminar así, y fuimos por un largo pasillo oscuro, que tenía al final una cámara de televisión enfocándonos. Dijo un número y se abrió la reja que nos dejaría pasar por una angosta escalera donde apenas veía los escalones. Llegamos a otra reja, nuevamente el número. Me ordenó ponerme de frente a una pared y agachar la cabeza, mientras ella conversaba con otro oficial.

Seguimos a través de un pasillo y después otro a la izquierda y de nuevo otra escalera, ésta muy iluminada. Cada vez que cambiábamos el rumbo, o sea doblábamos o subíamos debía pegarme a la pared sin mirar a ningún lugar. Finalmente llegamos a la entrada principal de las celdas de las mujeres, aquí la primera reja abría a la voz del número 13, dicha por un intercomunicador que hay en cada puerta. Después pasamos a un pequeño *hall* entre dos rejas, que cuando se abrió me permitió ver una puerta con el número 73, esa sería mi casa por espacio de 4 meses.

Pero, ¡cuál fue mi sorpresa al encontrarme adentro tres mujeres semidesnudas! Una señora de unos 60 años gorda tirada en una esquina del piso, quien después resultó ser la dominicana Pipa, una joven trigueña de unos 25 años, la balsera Ideana y una mujer con cara de haber sufrido mucho y como de unos 32 años, la cubanoamericana Ileana.

De todo este proceso ése fue mi momento más difícil. Reaccioné inmediatamente cuando un oficial abría la pequeña ventana de la celda, de unos 15 centímetros por ambos lados, para entregarme el uniforme y un pequeño

cartoncito con el número 237 053, a partir de ese momento debía responder a este número, ya no me llamaría más por mi nombre.

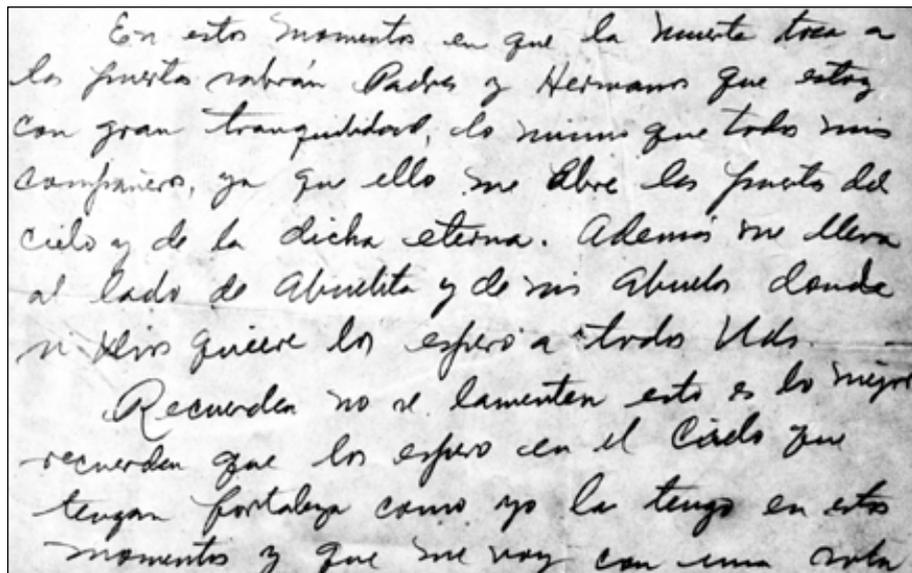
No tuve que preguntar, Pipa me dijo: «Aquí hace mucho calor y no dejan tener nada aquí dentro, ni ajustadores siquiera, sólo los *bloomers* y el uniforme, pero como es de esa mezclilla tan caliente, nos quedamos así.

Efectivamente, aquella celda de unos 3,5x4 metros, con tres literas adentro no tenía ni siquiera una ventana, me acababa de percatar que estaba en una tapiada. En lo alto, casi llegando al techo, había una especie de ranuras pero, por fuera, tenían como un bota aguas, que no permitía entrar ni la luz del sol.

En el baño había un tanque con agua. Las detenidas, que era el nombre que nos daban, me informaron que a veces pasaban 3 o 4 días sin entrar el agua, por lo que había que ahorrarla. Y para beber, entregaban un pomo de aproximadamente un litro a la hora del almuerzo y otro a la comida. En la pared, donde estaba la puerta, había 4 bombillos de luz fría de 1 metro de largo cada uno y tenían detrás un papel plateado para resaltarla más. No se apagaban las 24 horas del día.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que entrara en el nudismo. Resulta exagerado, pero si en el medio de las 3 literas se tiraba un huevo, se podía freír.

Antes de que transcurrieran 2 horas, mis nuevas compañeras en la vida me contaron sus historias, yo permanecí con Pipa hasta que me trasladaron para el Manto Negro (Prisión de mujeres de Occidente).



Prisión de Mujeres de Occidente

Maritza Lugo Fernández

Yo acuso, desde este lugar tan horrible, ante todas las organizaciones internacionales, defensoras de los derechos humanos; ante las organizaciones defensoras de la democracia, la justicia y la paz; ante las organizaciones religiosas que promueven la libertad, ante los hombres y ante el mundo entero.

Yo acuso al Gobierno dictatorial implantado en Cuba y a su brazo represivo, la Seguridad del Estado, por las injusticias y abusos que cometen contra el pueblo cubano, la población penal y, muy en especial, contra los presos políticos y de conciencia. Yo acuso a los cobardes y miserables que, haciendo uso de la fuerza, comenten todo tipo de violaciones contra los derechos humanos, sin que nada los detenga cuando se trata de defender una falsa revolución construida y mantenida sobre una base de mentiras y de infamias.

Yo acuso desde mi cuerpo de mujer indefensa, enferma de salud, con mis hijas, pobrecitas, sin su madre y armadas mis débiles manos con el rosario de mi fe creyente. Acuso que todos los días tienen a algún país o a alguna persona a quien acusar públicamente sólo por darle al pueblo la falsa imagen de que a ellos no hay que acusarlos, por lo que nosotros, los reprimidos, exigimos que los criminales sean sancionados por las tantas víctimas que han padecido y padecen en esta patria nuestra.

Basta ya de que sigan deteniendo a personas inocentes siempre que se les antoje por el único delito de no estar de acuerdo con el sistema castrista. Basta ya de que sean llevadas a calabozos bajo condiciones inhumanas donde son torturadas física y psíquicamente, sobre todo, no sólo ellas sino también sus familiares, después que las mantienen en los calabozos por el tiempo que les convenga, las envían a la prisión a convivir con presos de alta peligrosidad corriendo todo tipo de riesgos. En prisión las mantienen por varios meses, si no son condenadas por sus propios tribunales, aunque de esta forma siempre cumplimos injusta condena por el tiempo que permanecemos presos sin ser enjuiciados, mientras que a otras personas las enjuician y condenan siempre sin justicia y a su conveniencia.

Basta ya de negar el Gobierno dictatorial de que él no tortura y de negar el acceso internacional a las prisiones con el abierto pretexto de no permitir intromisiones internas a su soberanía o de permitir, no sólo de acuerdo a su horrenda conveniencia y a trucos que eviten o entorpezcan ser inspeccionados bajo reglas internacionales.

Yo acuso de que los presos políticos somos tratados totalmente diferente a los demás reclusos, con mayor rigor represivo, aunque la conducta de algunos presos comunes sea indeseable. A los presos políticos contrarrevolucionarios, como ellos nos llaman, nos mantienen estrechamente vigilados por guardias y presos comunes que preparan para esto. Somos más requisados y son más exigentes con sus mal llamados reglamentos. Las galeras están prácticamente inhabitables por las filtraciones de aguas podridas que caen de los pisos superiores. Los lavaderos se hayan tupidos y las presas tienen que lavar en el suelo. No dan instrumentos ni detergentes para limpiar, teniendo las presas que solucionar sus problemas con sus propios medios, en ocasiones con alguna pieza de vestir. No por eso dejan de exigir y, a diario, pasan inspección para comprobar la limpieza. Si no están de acuerdo imponen un reporte lo cual conlleva la posibilidad de que el preso reciba un castigo por ello. La atención médica es pésima y casi nunca hay medicamentos, mientras el Gobierno comunista se da el lujo de enviar médicos y medicamentos a otros países. No por que sean buenos los gobernantes cubanos y sí por pura propaganda, aprovechando las desgracias que puedan perjudicar a otros pueblos para venderles su propaganda con el discurso de desinterés y solidaridad.

Basta ya de presentar exteriores de prisiones cuidadas y elegantes como fachada, cuando los seres humanos presos son degradados a extrema penuria.

Yo acuso que la alimentación en las prisiones es pésima. Casi todos los días dan arroz con picadillo de soya o macarrones, siempre mal elaborados y en pequeñas cantidades. El Gobierno dictatorial se justifica con lo que llama bloqueo, pero lo que hace es inhumano. Se negó a enviar transporte para recoger los mangos que se le ofrecían en la finca Baraguá, en el municipio San Miguel del Padrón, donados gratuitamente en cantidad generosa para los presos que se encuentran reclusos en la prisión llamada Combinado del Este. Lo que hicieron fue montar un diabólico operativo para robarle la finca a mi familia por la fuerza, sin ni siquiera contar con la propia ley de ellos ya que ni ésta los legitima para esto, sólo porque les molesta que sea la sede de nuestro Partido 30 de Noviembre que es opositor público y que no reconoce oficialmente al mal llamado gobierno revolucionario.

Los familiares se ven extenuados trayendo jabas con alimentos para mal suplir las carencias que afectan al preso y a veces regresan con ellas porque les cambian las visitas sin notificarles, porque no se toman el trabajo de controlar estos cambios a pesar de las abundantes computadoras que poseen para chequear la población civil. Por eso no quieren inspecciones internacionales para que no se conozcan estos asuntos internos.

¿Cómo salen estos inocentes presos políticos de prisión? Yo acuso que en su mayoría salen enfermos físicamente. Y así la historia se repite porque somos muchos a los que nos han llevado a prisión en muchas ocasiones. Por eso el Gobierno de Castro nos reprime con la Ley 88, para prohibir y penalizar que estén reunidas dos personas o más resistiendo con sus opiniones al Gobierno de Castro, revolucionario.

Yo acuso al régimen castrista por las familias cubanas separadas en muchos países del mundo que, por causas políticas y por la política económica fracasada del Gobierno, desesperadas huyen de Cuba. El Gobierno mal llamado revolucionario lo justifica con el pretexto del «bloqueo y la política injerencista norteamericana», pero el pueblo cubano quiere marcharse de su patria agobiada por la infamia y la tiranía, haciéndolo incluso en trenes de aterrizaje de aeronaves con destino a otros países como Gran Bretaña y España. O haciéndose 11 mil personas en una embajada como la del Perú. Recordemos la historia porque está vigente con dolor y sangre, aunque el régimen la niegue con diseñado aparato de propaganda.

Yo acuso al mal llamado Gobierno revolucionario por la ignorancia política y democrática que sufre este pueblo, donde la cultura y educación de masas que tanto propagan, con ellas engañan a incautos en el mundo. Se ve el precio de hacer del cubano un simulador para subsistir, de un hipócrita en su proyección pública o para fabricar el estado de opinión dirigido por el Estado, al puro estilo nazi que se copió de la Rusia bolchevique.

A los destinatarios de estas líneas que se reunirán próximamente en Ginebra, Suiza, en la Comisión de Derechos Humanos sobre el tema de Cuba, se les exhorta a considerar el caso del pueblo cubano maltratado por el gobierno aunque sé que a ninguna delegación, incluso en una comisión formada por miembros que defienden a Castro, se les va permitir que me vengan a ver para oír y constatar crudamente esta verdad. Creo que si hay justicia en el mundo, este Gobierno debe ser sancionado por ésta y por las muchísimas violaciones que constantemente comete burlándose del mundo entero.

Documento de los tres

Félix Antonio Bonne Carcassés
René Gómez Manzano
Martha Beatriz Roque Cabello

Compatriotas:

Emitimos este documento para solidarizarnos con quienes en Cuba más sufren el lamentable estado de cosas existentes: los presos, que están lejos de sus seres queridos, padecen las escaseces y privaciones propias de sus respectivas cárceles, permanecen casi siempre en condiciones de hacinamiento y promiscuidad, reciben una atención médica deficiente y sufren malos tratos como los que han sido repetidamente denunciados por los activistas de derechos humanos.

Nuestro llamado se refiere —en primerísimo lugar— a nuestro hermano Vladimiro Roca Antúnez y a los restantes presos políticos cubanos, muchos de ellos sancionados simplemente por tener y expresar ideas que no son del agrado del régimen.

Pero no queremos limitarnos a esos compañeros de luchas por el cambio, sino que deseamos llamar también la atención de la opinión pública sobre las veintenas de miles de presos comunes. Como se sabe, el régimen penitenciario existente en Cuba no respeta la separación entre políticos y comunes que impera en los demás países de nuestro entorno cultural. Esto nos ha hecho convivir durante años con esos compatriotas, por lo que conocemos muy de cerca el inmenso dolor que sufren ellos y sus seres queridos.

Se trata de cubanos que han experimentado de manera muy especial toda la severidad de que es capaz el sistema imperante: Muchos se han visto virtualmente obligados a delinquir para liberar su sustento; simplemente para sobrevivir en medio de las durísimas condiciones económicas generadas por el ineficiente sistema. La generalidad de ellos ha sido, y es, víctima de las severísimas sanciones plasmadas en el Código Penal promulgado por los comunistas, sanciones que, a menudo, exceden en varias veces a las que regían en la Cuba prerrevolucionaria. Una buena parte está privada de libertad por hechos que sólo son delito en nuestro país, como es el caso del llamado sacrificio ilegal de ganado mayor, que se castiga con gran severidad aunque el animal sea propiedad del matador. Otros están presos por situaciones que, según reconocen las propias autoridades, no son constitutivas de delito; así sucede con los tristemente célebres expedientes de peligrosidad, que en los

últimos tiempos se han dirigido especialmente contra aquellas de nuestras compatriotas a las que la penuria existente ha llevado a prostituirse. Todos sufren los métodos empleados por las actuales autoridades penitenciarias, que han llevado a algunos a realizar, en señal de protesta, automutilaciones espantosas, como la de vaciarse los ojos o amputarse ambas manos.

Conocemos también (por haberlo palpado personalmente en las visitas carcelarias) del dolor inmenso de las madres, cónyuges, hermanas e hijos de esos hombre y mujeres, que a menudo se desesperan porque creen no poder encontrar un voz comprensiva que se haga eco de sus sufrimientos, que denuncie los abusos que se cometen; abusos que en ocasiones llegan hasta la privación de la vida, pues —entre otras cosas— no hay que olvidar que esos conciudadanos nuestros son hoy las víctimas predilectas del fatídico paredón de fusilamiento.

A las veintenas de miles de presos comunes que hay en Cuba y a sus cientos de miles de familiares, les decimos: Ustedes no están solos en su penar. Estamos conscientes de la severidad extrema de las sanciones impuestas, del rigor con que se les trata. Por ello tienen la comprensión y el apoyo de los firmantes de este llamamiento, comenzando por sus redactores, los miembros del Grupo de Trabajo de la Disidencia Interna que estamos en libertad.

En este nuevo milenio hemos decidido alzar nuestra voz por todos los presos cubanos: por los que sufren a causa de sus ideas políticas y también por los presos comunes que sufren un castigo más severo que el que en justicia merecen por sus delitos. Por ello demandamos: ¡Libertad para Vladimiro Roca y los restantes presos políticos cubanos! ¡Que haya también al menos un poco de piedad para los presos comunes!

La Habana, febrero de 2001.

La cultura: ¿clave de los problemas en las relaciones cubano-norteamericanas?¹

Jorge Domínguez

«NO SÉ EXACTAMENTE DÓNDE ESTÁ EL PROBLEMA».² Con estas palabras, pronunciadas durante una conferencia de prensa el 28 de octubre de 1959, el presidente Dwight Eisenhower expresaba el desconcierto que sentía la mayor parte de los norteamericanos ante el dramático giro que experimentaban las relaciones cubano-norteamericanas por esas fechas. El régimen de Fulgencio Batista había llegado a su fin la víspera de año nuevo y un nuevo Gobierno, encabezado por Fidel Castro, dictaba profundos cambios políticos, económicos y sociales mientras culpaba a Estados Unidos no sólo de llevar a cabo actividades concretas en contra del gobierno revolucionario, sino también de haber practicado históricamente una política de intromisión en los asuntos cubanos. Ser cubano en 1959, parecía decir Castro, exigía oponerse al papel que Estados Unidos desempeñaba con respecto a Cuba. Más tarde, expresaría con fuerza esta idea en su informe al segundo congreso del Partido Comunista, celebrado en diciembre de 1980: durante muchos años «Estados Unidos ha sido el enemigo jurado de nuestra nación».³

¹ A propósito del libro de Louis A. Pérez, Jr. *On Becoming Cuban: Identity, Nationality and Culture*, Chapel Hill&London: University of North Carolina Press, 1999.

² Cita de *American Foreign Policy: Current Documents*, 1959, Departamento de Estado, Washington, 1963, pt. 3, p. 382.

³ *Granma Weekly Review*, 28 de diciembre, 1980, p. 13.

El nuevo libro de Louis Pérez cuenta la historia de los que han sido llamados con frecuencia «lazos de intimidad» entre Cuba y Estados Unidos desde mediados del siglo XIX hasta la victoria revolucionaria de 1959-1961. Este texto, admirablemente escrito, recorre toda la historia social y cultural de los vínculos entre ambas naciones: el béisbol y el boxeo, el ferrocarril y los automóviles, el ron y los burdeles, la tecnología y el empresariado, el baile y la televisión, el inglés, el español y el *spanglish*, todo converge en una narración persuasiva, esclarecedora y, a ratos, humorística, en la que el autor hace gala de un extraordinario dominio del tema y una especial sensibilidad, tanto en el contexto como en el tiempo, hacia las dos partes: Estados Unidos y Cuba. Asimismo nos deslumbra con la gran variedad de fuentes consultadas: desde los archivos hasta los *jingles* publicitarios, desde el cine hasta la narrativa, desde la economía hasta las biografías.

El principal objetivo de la obra es narrar la historia que Cuba compartió con Estados Unidos. Así, el libro rebosa de nombres de personas que vivieron y soñaron en ambos países y de muestras de la cultura popular exportada por los Estados Unidos. Pero Pérez teje su fascinante historia con el fin de desarrollar cuatro argumentos esenciales que esclarecen los sentimientos expresados por Eisenhower y Fidel Castro en las palabras citadas al principio de este ensayo.

El primer argumento del autor se centra en el final del siglo XIX. Los cubanos optaron por la *americanización* para diferenciarse de la cultura y el poder colonial españoles. El béisbol se convirtió en una alternativa a las corridas de toros. La influencia norteamericana pasó a ser, entonces, «un factor en la formación de la identidad cubana» (p.11). A finales del XIX y principios del XX «gran cantidad de cubanos participaron de buen grado en aquellas estructuras que sirvieron para ejercer y padecer el poder hegemónico de los Estados Unidos» (p. 9). El telégrafo, el ferry, las inversiones cubanas y los miles de cubanos que viajaban a Estados Unidos para cursar estudios, prepararon a Cuba para el cambio. Los jefes militares del Ejército Libertador que habían estudiado en Estados Unidos, e incluso obtenido la ciudadanía norteamericana en algunos casos, fueron una de las conexiones entre la experiencia de relacionarse con Estados Unidos y la decisión de luchar por la independencia de Cuba del dominio español en la década de 1890.

El segundo argumento es que Cuba abrazó el proceso de *americanización* como su camino hacia la modernidad. El *boom* experimentado por las inversiones norteamericanas y por la economía cubana durante el primer cuarto del siglo XX fue resultado de la convergencia de determinadas tendencias políticas, económicas y culturales. La difusión de modelos profesionales norteamericanos, «las mejores prácticas», en contabilidad, administración y comercio transformaron las habilidades de la elite cubana, mucho más allá del legado de la experiencia colonial española. Se rediseñó la apariencia arquitectónica de La Habana. La estrategia consciente de *americanización*, tanto individual como colectiva, «como medio para preservar la nacionalidad (cubana)» procuró la adquisición no sólo de conocimientos y habilidades más modernos, sino también de una comprensión más cabal de la relevancia de

los derechos ciudadanos (p. 162). El proceso de *americanización* constituyó el camino hacia la «ilustración» (p. 162). Así señala Pérez, «Cuba renació moderna a principios del siglo xx». (p. 147)

El tercer argumento de Pérez es que los cubanos tardaron en darse cuenta de que la percepción que de ellos tenían los norteamericanos distaba mucho de ser la que hubieran preferido. El sentimiento antinorteamericano en Cuba nació de la asimetría de las percepciones mutuas entre los Estados Unidos y Cuba —precisamente lo que Castro recalcó y que Eisenhower no entendió décadas más tarde. El comienzo de los vuelos aéreos entre Cuba y Estados Unidos, en 1921, sirvió de complemento a los viajes por ferry desde el sur de la Florida. En 1941 ya habían viajado a Cuba un total de dos millones de ciudadanos norteamericanos. La Isla representaba el paraíso de la bebida en tanto imperara la prohibición en su país. Cuba era el paraíso del juego, las drogas y el sexo fácil. Allí el norteamericano aprendió a bailar la rumba y el son. El efecto sobre las relaciones interpersonales y las culturales no fue saludable. Ya en los años veinte, «un pueblo para el cual la proposición de civilizado y moderno era crucial para la formación de su identidad nacional, se vio sumido en el papel del Otro norteamericano, exótico y primitivo» (p. 128). Muchos cubanos se alarmaron porque: «se habían unido a los norteamericanos en una relación de colaboración, a menudo por convicción, aunque también por conveniencia» (p. 234). Este tema reaparecería, según Pérez, en los cincuenta. «La Cuba del casino y el burdel... era precisamente la imagen que los cubanos habían rechazado anteriormente con firmeza: la imagen de atrasados y subdesarrollados, primitivos y primarios, exóticos y tropicales». (p. 470)

Su cuarto argumento es que el proceso de *americanización* impidió que los cubanos se preparasen para vivir en Cuba. «Estaban preparados para vivir en un mundo que no existía, al menos, no en Cuba» (p. 254). La publicidad «difundía valores vulgares a un gran público sugiriendo que consumir era una forma de pertenecer» (p. 308), pero los cubanos carecían de los medios para consumir según el modelo norteamericano. La profundidad y amplitud de la penetración norteamericana a través del cine, la televisión, la música y el turismo hacía que los cubanos desearan un nivel de vida que no podían mantener. Pérez arguye con lucidez que, incluso si la Revolución no hubiera tenido lugar, ya en 1960 se habían sentado las bases estructurales para que se produjera una emigración masiva hacia Estados Unidos como resultado de la confluencia de tres elementos: la demografía (el crecimiento poblacional), la economía (la carencia de poder adquisitivo) y el gusto (mientras más *americano*, mejor). (p. 468)

La Revolución, por consiguiente, tuvo que poner en marcha un proyecto cultural que se enfrentara a los dilemas impuestos por un siglo de intimidad compartida entre Cuba y los Estados Unidos. «La noción de una patria, libre y soberana, fue reinventada partiendo de funciones instrumentales en las cuales el proyecto igualitario serviría como condición necesaria para la civilización» (p. 482). Ser civilizado significaba ser cubano; y ser cubanos implicaba ser iguales, aunque no necesariamente prósperos.

Los cuatro argumentos son sutiles en su elaboración y demostración, persuasivos en su desarrollo y están respaldados por la amplia gama de pruebas que se ofrece. Sin embargo, mientras vuelvo la última página, no puedo deshacerme del mismo sentimiento de perplejidad que sintió Eisenhower en 1959, si bien he llegado a comprender mejor la idea de Castro cuando afirma que el peso impuesto por Estados Unidos al proceso de civilización de la Isla «no ha dejado nunca de agredir o poner a prueba nuestro espíritu nacional cubano». ⁴ Si durante tanto tiempo ser cubano ha significado ser suficientemente norteamericano, ¿cómo pueden los dos últimos argumentos de Pérez explicar la revolución de 1959-1963? ¿Cómo fueron politizadas estas experiencias culturales?

En las décadas de los veinte y los treinta Cuba se vio plagada de nacionalismo. Una parte de ese nacionalismo era antiespañol, pero otra era antijamaicano, antihaitiano, antisemita y antiasiático. Por eso, a principios de los treinta, fueron deportados jamaicanos y haitianos, a pesar de que muchos vivían en Cuba desde hacía largos años; por eso, a principios de los cuarenta, todo japonés adulto sufrió prisión durante tres años y muchos refugiados judíos europeos fueron devueltos a sus países. Sin embargo, el mayor peso del nacionalismo cubano de los veinte y los treinta fue dirigido contra Estados Unidos, por lo que resulta muy sorprendente que el sentimiento antinorteamericano disminuyera tanto después de 1940.

Dicho sentimiento, de hecho, no constituyó un puntal políticamente productivo en Cuba de 1940 a 1959, a diferencia de los treinta cuando sí había desempeñado un papel muy significativo. De 1944 a 1950 los sucesivos gobiernos Auténticos ignoraron el llamado nacionalismo, mientras el principal partido de la oposición, el Ortodoxo, apenas lo mencionaba en sus programas, dirigidos fundamentalmente contra la corrupción gubernamental. Los ortodoxos (en 1952 Fidel Castro fue candidato al Congreso por este partido) solamente sostenían dos reivindicaciones nacionalistas: por un lado, pretendían «la revisión sosegada y positiva de las deficiencias que aún existían» en el Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos, exigencia nada trascendental; y por otro, demandaban el control estatal de los servicios públicos. ⁵ El Partido Comunista, por su parte, no aspiraba a mucho más: había olvidado sus demandas a favor del control estatal de todas las inversiones extranjeras, y en la primavera de 1945, Blas Roca, su Secretario General, propuso un plan que abogaba por la inversión generalizada y directa del sector privado norteamericano en Cuba, mientras sugería que el control estatal debía limitarse a los servicios públicos. Más tarde, en diciembre de 1958, el programa del Partido Comunista continuaba defendiendo el control estatal de los servicios públicos, si bien explícitamente tranquilizaba al público con

⁴ *Ibid.*

⁵ *Doctrina del Partido Ortodoxo*, Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa, La Habana, 1951, pp. 13, 45.

la seguridad de que no proponía la nacionalización de ninguna otra empresa extranjera.⁶

Fidel Castro siempre ha sido un político muy habilidoso. No es casual que evitara los temas antinorteamericanos antes del triunfo revolucionario. En *La historia me absolverá*, la exposición más detallada de sus ideas políticas, hizo hincapié en la ilegitimidad, la represión y la corrupción del Gobierno de Batista. Esbozaba, además, cinco leyes fundamentales, ninguna de las cuales se refería al papel desempeñado por Estados Unidos en Cuba, y mencionaba el control estatal sobre los servicios públicos sólo como un elemento más en una extensa relación de medidas de segundo orden.⁷ En posteriores manifiestos omitió toda referencia a temas nacionalistas, evitando incluso pronunciarse a favor de la expropiación de los servicios públicos. Y si bien exigía del Gobierno norteamericano el cese de toda ayuda militar a Batista y la no intervención en la victoria de las fuerzas revolucionarias, lo cierto es que dichas demandas no iban envueltas en un manto nacionalista.

Los datos más relevantes sobre la opinión pública de la época provienen de dos estudios patrocinados por empresas privadas en 1950 y 1956. Los encuestados debían expresar sus opiniones sobre dos empresas cubanas y dos compañías norteamericanas. En ambos estudios la mayoría se mostró favorable hacia las cuatro empresas, siendo la compañía eléctrica de propiedad norteamericana la que suscitara el mayor porcentaje de quejas: el 22% en 1950. Como razones aducían el alto costo y los malos servicios. El hecho de que la compañía estuviera en manos extranjeras se señalaba, en ambas ocasiones, como la cuarta razón, lo que supuso sólo el 6%, en 1950 y el 7%, en 1956. De ahí se deduce que sólo el 1,3% de los encuestados en 1950, y probablemente menos en 1956, dieron alguna respuesta de carácter nacionalista.⁸ Aún en la primavera de 1960 el sentimiento nacionalista se mantenía en niveles muy bajos. Cuando la compañía Lloyd Free y asociados solicitó a un millón de cubanos que describieran los aspectos más positivos de la vida urbana en la Isla, sólo el 6% mencionó la independencia, la lucha por la soberanía y la propagación de ideales nacionalistas o patrióticos. Al preguntárseles acerca de sus aspiraciones respecto a Cuba, sólo el 9% mencionó ya fuera alguno de los temas anteriores u otros relacionados, tales como la autosuficiencia económica,

⁶ Blas Roca, «Algunos problemas de las relaciones cubano-americanas en la postguerra», *Fundamentos* 5, no. 44, Abril, 1945, pp. 263, 269-73; ídem, «Dos cartas», pp. 357-358.

⁷ Ver el texto del discurso en *Revolutionary Struggle, 1947-1958: The Selected Works of Fidel Castro*, Rolando Bonachea y Nelson P. Valdés, eds. Cambridge, MA, 1972, pp. 164-221.

⁸ La encuesta de 1950 recogió al azar a un total de 2.099 personas de dieciocho años en adelante, procedentes de ciudades con más de 5.000 habitantes. La de 1956 reunió a 2.149 encuestados del mismo grupo de edad, pero seleccionados por cuotas en cuanto a sexo y edad, procedentes de treinta ciudades en las seis provincias. En los cincuenta, en Cuba, predominaban los territorios urbanos. Vea «Relaciones públicas de un monopolio estadounidense en América Latina», de Horst Handke y Elli Mohrmann, en *Monopolios norteamericanos en Cuba: contribución al estudio de la penetración imperialista*, La Habana, 1973, pp. 223-26, 248.

una política exterior independiente o la no injerencia extranjera, a pesar de que ya en aquellos momentos las relaciones cubano-norteamericanas sufrían un deterioro considerable.⁹

Los intentos más importantes de politizar el nacionalismo en Cuba durante los cincuenta provenían de activistas intelectuales urbanos pertenecientes al Movimiento 26 de Julio, fundado por Castro. Éste, sin embargo, no dejó muy claro su papel en la formulación de algunos textos como el manifiesto de noviembre de 1956, en el que se expresaban sentimientos nacionalistas. El documento subrayaba que el proceso de desnacionalización del país había comenzado, sobre todo, con el golpe de estado de Batista en 1952, y que se debía fundamentalmente a las acciones de ese Gobierno. Señalaba, además, lo inapropiado que resultaba el uso de la palabra «imperialismo» en América y añadía que el Movimiento buscaba establecer unas relaciones de «amistad constructiva» como «aliado fiel» de Estados Unidos.¹⁰ Otros temas nacionalistas, aunque con el mismo grado de moderación, aparecían en el programa económico del Movimiento, elaborado por Regino Boti y Felipe Pazos. Aquí también atribuían el inicio del proceso de desnacionalización al golpe de Estado y al Gobierno de Batista. En ningún caso el Movimiento demandaba apropiaciones generalizadas, si bien ambos documentos exigían la regulación más estricta de todas las inversiones y planteaban la posibilidad de revocar aquellas concesiones obtenidas y otorgadas por medios fraudulentos.¹¹

Pero ¿quiénes eran estos nacionalistas prerrevolucionarios de los cincuenta? Felipe Pazos, antiguo Presidente del Banco Central de Cuba, había estudiado en la Universidad de Columbia. Regino Boti había obtenido un *master* en Harvard. En 1959, Pazos volvió a ocupar la presidencia del Banco Central y Boti se convirtió en ministro de Economía. Se les sumó, como ministro de Comunicaciones, Enrique Oltuski, graduado de ingeniería en la Universidad de Miami; Manuel Ray, como ministro de Obras Públicas, después de pasar por la Universidad de Utah y Rufo López Fresquet, graduado de la Universidad de Columbia, como ministro de Finanzas. Tal y como señala Pérez, «las diferencias entre norteamericanos y cubanos en el 59 partían, irónicamente, de políticas y programas elaborados por los hombres y mujeres que más se identificaban con las prácticas norteamericana». (p. 488)

Todo ello ofrece un indicio a la hora de responder las interrogantes planteadas al comenzar el presente ensayo. El antagonismo cubano-norteamericano no surgió como un estallido súbito en el ámbito cultural cubano en respuesta a la penetración norteamericana. Comenzó como una disputa entre ambos gobiernos en una etapa en la que el Gobierno de la Isla se encontraba

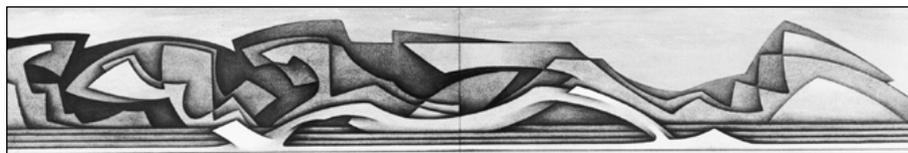
⁹ Lloyd A. Free, *Attitudes of the Cuban People toward the Castro Regime*, Princeton, 1960, pp. 1, 10, 24-25.

¹⁰ Texto en *Cuba in Revolution*, Rolando Bonachea y Nelson P. Valdés, eds. Garden City, 1972, pp. 117-31, 138-39.

¹¹ Regino Boti y Felipe Pazos, «Algunos aspectos del desarrollo económico de Cuba», *Revista Bimestre Cubana* 75, julio-diciembre, 1958, pp. 257-58, 265-68.

todavía integrado por personas culturalmente cercanas a Estados Unidos. Era lógico, pues, que Eisenhower manifestara su desconcierto ante la imposibilidad de trabajar conjuntamente con la dirigencia cubana. La disputa entre ambos Estados llegaría a provocar, a su vez, ira y resentimiento entre los cubanos aunque, quizá sorprendentemente, no supondría literalmente un rechazo a la cultura norteamericana. Tal vez Fidel Castro llegara a la conclusión de que Estados Unidos, como civilización, era el enemigo histórico de la nación cubana, pero no sucedió así para la mayor parte de los cubanos. El cine estadounidense continúa gozando de la misma popularidad en Cuba. El idioma ruso nunca pudo sustituir al inglés en las preferencias de los estudiantes cubanos, ni los turistas norteamericanos, que actualmente suman los diez mil al año, perciben ninguna animosidad durante sus viajes a la Isla.

El espléndido libro de Pérez nos plantea, pues, una hipótesis, una propuesta tranquilizadora y una advertencia. La hipótesis nos indica que el «poder blando» de los Estados Unidos —el poder de su cultura—, en ocasiones, resulta contraproducente para sus intereses generales, por cuanto el país receptor puede llegar a resentir dicha influencia en su proceso hacia una sociedad más civilizada. La propuesta tranquilizadora es que, en el caso de Cuba, semejante resentimiento posee, aparentemente, un carácter limitado y reversible. La advertencia, sin embargo, es que se han cometido y todavía pueden cometerse muchos errores en las relaciones interpersonales, políticas, económicas, culturales y sociales entre ambas naciones. En cierto momento los cubanos contemplaron, y podrían hacerlo de nuevo, la *americanización* como su camino rápido hacia la modernidad y la civilización; pero en el pasado también reaccionaron con ira y horror cuando descubrieron que los norteamericanos los consideraban primitivos y exóticos. Para peligro suyo, y de los Estados Unidos, los cubanos pueden volver a adquirir el gusto por el nivel y la forma de vida norteamericanos, aunque conserven el poder adquisitivo de un país pobre. En cuanto a los Estados Unidos, ya una vez obtuvieron grandes éxitos, y pueden volver a obtenerlos, en sus relaciones con Cuba.



Una proeza poco esclarecedora

LA HISTORIOGRAFÍA, EN LA MEDIDA EN QUE SU OBJETO de estudio es remoto, se vuelve comprensiblemente esquemática e inexacta. Pero asombra ver hasta qué punto un minucioso trabajo de investigación histórica puede desfigurarse un período tan reciente como el que abarca *On Becoming Cuban*. Su autor, Louis A. Pérez, Jr., goza de sólido y bien merecido prestigio con textos ya clásicos sobre la historia de Cuba, y ha compuesto un monumental retablo de las costumbres, gustos y aspiraciones de la sociedad cubana en el período republicano con el propósito de reducir a un denominador común la rica, variadísima y heterogénea vida cotidiana del país. Para superar el anacrónico colonialismo español y llegar a ser cubano —nos dice el autor, de ahí el título del libro— había que adoptar los principios de modernidad, progreso e iniciativa individual del modelo de vida norteamericano y, después de la independencia, su versión actualizada, la cultura consumista, porque «parecía proporcionar la posibilidad de libertad e igualdad al alcance de todo el mundo...» (p. 312; la traducción es mía). Este razonable planteamiento queda empañado, sin embargo, por una excesiva parcialidad. Es cierto que Pérez da en el clavo en un importante aspecto de la idiosincracia cubana de entonces. El *american way of life* había cautivado a la Cuba republicana, pero no a los extremos que él supone. Ni la vestimenta ni los hábitos alimenticios estaban especialmente norteamericanizados, ni lo estaba la vida nocturna («*Nightlife was in english*» p. 374), ni las emisiones radiales eran frecuentes en inglés («Una considerable programación en la década de los 50 se efectuaba en inglés» p. 333), ni los colegios privados más prestigiosos seguían el currículo norteamericano, ni el aprendizaje del inglés se veía, según la disparatada afirmación de un educador cubano, «...no sólo como una cuestión de oportunidad personal, sino como un acto de patriotismo» (p. 164).

V í c t o r B a t i s t a

Pérez contempla, fundamentalmente, los hábitos de determinada clase media urbana. La relación exhaustiva, y a ratos obsesiva, sobre los cambios «en la forma de adaptarse a diferentes modos culturales y nuevas convenciones sociales...» (p. 279) de procedencia norteamericana contrasta con la escasez de datos en cualquier otro sentido. Es notable su indiferencia para lo autóctono o lo específicamente cubano. No tiene en cuenta a la nutrida galería de personajes y símbolos —de Hatuey al sombrero de yarey, de Guarina a la Macorina— que han poblado el imaginario colectivo durante la república. La Cuba profunda no aparece en estas páginas; pienso, por ejemplo, en la arraigada presencia de las religiones sincréticas afrocubanas. Según el autor la norteamericanización de Cuba no sólo proporcionó «una manera eficaz de excluir a España, sino que también actuó para excluir a África...» (p. 89). Pero los dos componentes ancestrales básicos de la población de la Isla no hubieran podido ser ni remotamente excluidos durante la república. En la sociedad cubana de entonces perduraban valores fuertemente tradicionales, uno de cuyos síntomas más evidentes era el empeño de la burguesía, para nada inspirado en costumbres norteamericanas, en que sus hijas llegaran vírgenes al matrimonio. Y en su revelador libro sobre el feminismo cubano de la primera mitad del siglo xx (*From the House to the Streets*) K. Lynn Stoner comenta: «Aunque divididas sobre algunos temas, casi todas las feministas cubanas insistían en reverenciar la maternidad y el deseo de servir de complemento a los hombres. Equivocadamente o no, muchas cubanas creían que, conservando su feminidad y corvirtiéndola en el centro de su quehacer, se diferenciaban de las feministas norteamericanas».

Pero es, sobre todo, en los detalles donde se advierte el desconocimiento o la arbitrariedad en el tratamiento de la vida republicana. No se puede afirmar que el teatro Alhambra «...previamente el escenario principal para zarzuelas españolas, reabrió en 1899 bajo el nombre de American Café...» (p. 126), ignorando que el Alhambra no desapareció en la república sino que fue la sede de un popularísimo teatro vernáculo; o que la comercialización y norteamericanización de la Navidad impuso a Santa Claus sin mencionar que no erradicó otras tradiciones como los Reyes Magos, los Nacimientos, los turrones o el lechón. La circulación mensual de 60,000 lectores de *Selecciones del Readers Digest* (p. 359) no aclara nada si no se contrasta con la circulación semanal de 250,000 de la revista *Bohemia*; la música popular —el son, fundamentalmente— no necesitó del turismo norteamericano para introducirse en la sociedad y su éxito internacional le vino de Europa (el premio al Septeto Nacional en la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929, por ejemplo) tanto como de Estados Unidos. Había una minoría intelectual que miraba a Europa más que a Estados Unidos; la meta de los aspirantes a cineastas no era Hollywood, sino Roma, la de los pintores no era Nueva York, sino París, etc. Y aunque el autor le dedica a la interacción entre cubanos y norteamericanos páginas interesantes en el marco de actividades como el *base-ball* donde los aportes fueron mutuos, es imperdonable que mencione a Desi Arnaz y a Xavier Cugat con respecto a la influencia cubana sobre la

música popular norteamericana (su influencia fue, como él mismo apunta, en cuanto fenómenos mediáticos), y no a Chano Pozo o Mario Bauzá, por ejemplo.

Hay que inferir que para Pérez la república no tenía identidad propia porque carecía, según él, de independencia política y económica. Una nación no podía constituirse bajo las condiciones prevalecientes en la Cuba de entonces, debido a las «inherentes limitaciones de las estructuras capitalistas dependientes de una economía de exportación...» (p. 251). Parte fundamentalmente de la creencia en la cultura como epifenómeno o reflejo de una infraestructura económica y política; los cubanos, por tanto, no podrían forjarse una imagen adecuada de sí mismos mientras no fueran los dueños absolutos de su destino (aunque reconoce que «...no eran receptores pasivos de nuevos valores...» [p.161], es poco lo que aporta en su apoyo). No niega que hubiera en la república un arraigado nacionalismo, uno de cuyos polos era «la resistencia a los Estados Unidos, porque constituía una amenaza para una nacionalidad separada...» (p. 95). Pero todo el énfasis del libro recae en el otro polo de lo que él llama la «tensión central del nacionalismo cubano», es decir, «la emulación de los modos norteamericanos, especialmente aquéllos que pudieran mejorar materialmente la vida de los ciudadanos» (p. 95). Según él, los cubanos aspiraban a alcanzar un nivel de vida comparable al norteamericano, caso insólito entre los pueblos latinoamericanos. Y nivel de vida norteamericano, para su concepción funcional de la cultura, implica estilo de vida norteamericano. Para él, norteamericanización significa desarrollo y alto índice de consumo. Pero consumismo no equivale a cultura, ni tiene nacionalidad; no fue hasta después de la segunda guerra mundial que se impuso de lleno en Estados Unidos, y en ese sentido la «norteamericanización» de Cuba fue sólo un avance de lo que sucedería después en las clases medias de todas partes. Pérez no se conforma con destacar el impresionante desarrollo tecnológico¹ y el fervor consumista de los cubanos, y concluir que el radicalismo de la revolución se debió a un exceso de expectativa más que a un exceso de pobreza, sino que también se empeña absurdamente en demostrar que ningún ámbito de la vida cotidiana insular escapaba a la impronta del vecino del Norte. Y la debilidad de este planteamiento se extiende a la premisa fundamental del libro.

Porque si las costumbres y la cultura de la Cuba republicana no eran ni mucho menos totalmente dependientes de Estados Unidos, tampoco lo eran la economía y la política. Según Pérez, la economía de la Isla estaba abocada a

¹ «Hacia 1921 Cuba tenía el mayor número de teléfonos *per cápita* en América Latina... Hacia 1933 un total de 62 estaciones de radio estaban transmitiendo, situando a Cuba cuarta en el mundo después de Estados Unidos con 625; Canadá, 77 y la Unión Soviética, 68... Hacia fines de los cincuenta Cuba era la novena del mundo en cantidad de aparatos de televisión y cuarta —después de Estados Unidos, Inglaterra y Canadá— en el número de canales de televisión... etc». (pp. 328-334)

un callejón sin salida en el cual ya había entrado en la década de los cincuenta con el estancamiento de la industria azucarera. Asimismo destaca que, en 1927, «el control estadounidense de la producción azucarera era el factor más sobresaliente de la economía cubana» (p. 221). Ese sólo dato da pie a que el autor adopte como metáfora de la Isla entera a lo largo de toda la república al central azucarero de propiedad norteamericana, y concluya:

La compañía azucarera era emblemática de casi todo lo que estaba mal en las relaciones de Cuba con Estados Unidos: la impotencia, la medida en la cual el ingenio constituía un mundo en sí mismo dentro del cual los cubanos no tenían más derechos que los concedidos por la compañía y para lo cual no existía remedio ni reparación. «Cuba para el hacendado americano», dice el protagonista campesino en la novela de Raimundo Cabrera *Sombras eternas* (1919), «es lo que era para el viejo peninsular: una colonia, una tierra para la explotación, y el cubano un siervo». (p. 237)

En primer lugar, el autor debió haber tenido en cuenta —y no, por supuesto, por boca del guajiro de *Sombras eternas*— que la modernización y el auge de la industria azucarera fue, desde el siglo XVIII, una iniciativa criolla, no española ni norteamericana, obra de una elite u oligarquía que se preciaba de diferenciarse cultural y económicamente, aunque no políticamente, de la metrópoli. Pero, sobre todo, el autor debió mencionar que el control criollo de la industria azucarera, perdido en las guerras de independencia, volvió mayormente, a partir de la cuarta década del siglo XX, a manos cubanas.

A partir de la política rooseveltiana del buen vecino y la abolición de la Enmienda Platt el Gobierno de Estados Unidos interfería menos en Cuba, la inversión privada extranjera disminuía con relación a la década del 20, y empezaba a aumentar en renglones no azucareros. Cuba se estaba «cubanizando»; su economía crecía y se diversificaba, aunque insuficientemente. Cancelada la etapa ultranacionalista y antiimperialista de los años treinta, los gobiernos democráticos de Batista, Grau y Prío se permitían regular la economía con una política distributiva que iba en detrimento de la inversión y la producción, pero que aseguraba la paz social. La verdadera tensión central interna del nacionalismo cubano entonces era entre *laissez-faire* e igualitarismo —o sea, producción y distribución—. Pero Pérez no le concede a la república autonomía alguna. Su análisis se basa en la antaño debatida y ya rebasada teoría de la dependencia. No registra ni refleja los avances importantísimos en el análisis del desarrollo latinoamericano y, por tanto, presenta una Cuba republicana unidimensional cuando la realidad era mucho más compleja. Pudiera argumentarse, por ejemplo, que la Isla se acercaba a un despegue de lo que Fernando Henrique Cardoso acuñó como «desarrollo dependiente» en el cono sur. Si bien en Cuba se daba con matices propios y distintos. El sostenido crecimiento de la industria no azucarera en los 50, el aumento notable de las importaciones de bienes de capital para esta industria y el incremento de las inversiones cubanas y de Estados Unidos en sectores no azucareros apuntaban

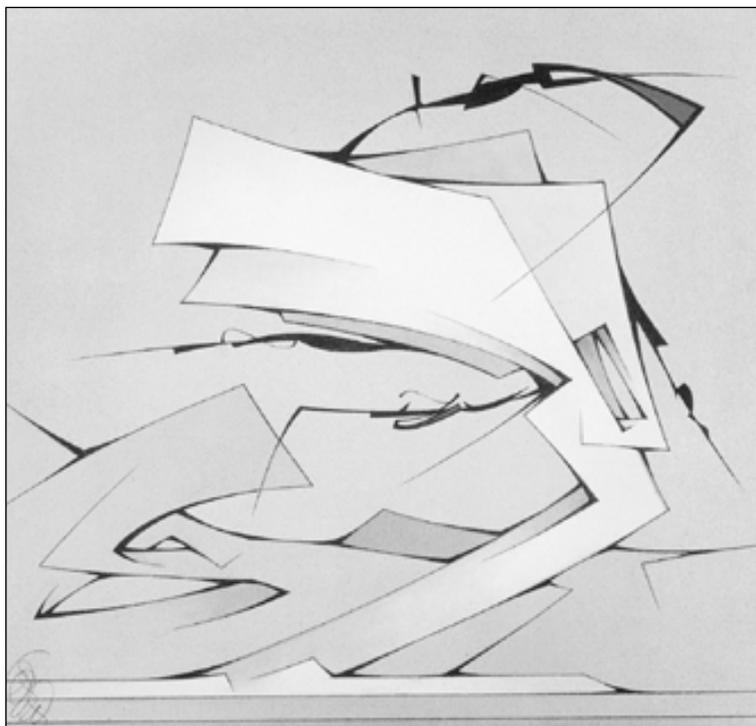
hacia esa transformación. Aunque también es cierto que no habían desplazado a la estancada industria azucarera como motor de desarrollo; el nivel de vida no había mejorado con respecto a décadas anteriores y, Pérez lo recalca, ello producía un creciente descontento.

Es sólo a partir de la década de los cincuenta que surge en la república, según Pérez, un fuerte sentimiento de auto-afirmación nacional como consecuencia de la crisis política y, sobre todo, económica. Le atribuye a la frustración de las expectativas económicas, más que a la corrupción o a la tiranía política, la causa del «desafiante nacionalismo» que desembocó en la revolución. Además, para Pérez en los 50 la cultura también es motor de cambio, se convierte, debido a la represión batistiana, en un sustituto de la política, y ofrece una perspectiva imaginativa que permite concebir cambios radicales en el rumbo de la nación. Sería difícil reconocer, sin embargo, en el pesimismo de las elites intelectuales de entonces una anticipación del espíritu revolucionario; sería difícil asociar los «cotos de mayor realeza» frecuentados por Lezama Lima, para quien el país estaba «frustrado en lo esencial político», con las luchas políticas de los 50. Es perfectamente aplicable a la trayectoria de las minorías intelectuales durante la república la opinión de Aldous Huxley — «La lógica interna y la historia reciente del arte tienen más influencia sobre el artista que los eventos sociales, políticos o religiosos de la época en que vive»—. La generación de *Orígenes* reaccionó contra el estrecho nacionalismo cultural de la generación de *Avance* —que se agotó en compromiso político— ensimismándose en la búsqueda de tradiciones y raíces ontológicas, la de *Ciclón*, a su vez, contra el trascendentalismo y la idealización genealógica origenista por medio de un nihilismo y una orfandad existencial que no presagiaban en modo alguno lo que sucedería en el país inmediatamente después. Y en cuanto al surgimiento de auto-afirmación nacional en la cultura popular ¿quién puede asegurar que no se debió a la liberalidad que prevaleció durante los anteriores gobiernos democráticos más que a la represión de la dictadura batistiana?² La forja de una conciencia común que aspire a una nacionalidad plena, enriqueciéndose con la incorporación de elementos en principio marginales o dispares, no responde a esquemas políticos determinados. La cultura cubana, en fin, ha sido mucho más autónoma y su relación con lo social, económico o político más compleja que lo que el autor sugiere.

Pérez está atrapado en el círculo vicioso de su concepción del nacionalismo cubano como una tensión entre «emulación» y «resistencia», cuyo centro de gravedad está, por tanto, en Estados Unidos. No considera que la revolución estaba abocada, por su propia dinámica, a separarse de la órbita norteamericana. Distingue entre una primera etapa revolucionaria ideada por moderados que aspiraban a un trato de igualdad con Estados Unidos y una segunda etapa

² Es inexacto, por ejemplo, que sólo hacia 1960, con el cambio revolucionario, el traje y la corbata fueron sustituidos por la guayabera (p. 484), sino desde mucho antes eran intercambiables (ya cuando Prío, se visitaba oficialmente Palacio con guayabera y lacito).

socialista. Piensa que esa primera etapa fue ampliamente respaldada (...«hay evidencia abundante para sugerir que las medidas tomadas los primeros doce meses fueron apoyadas por casi todos los cubanos, aún aquéllos afectados adversamente por las reformas». p. 492), y que es el modelo a seguir para una imprescindible reconciliación. Pero le atribuye a la intransigencia del Gobierno norteamericano la responsabilidad total del giro tomado por la revolución, y esta interpretación, a la luz de los acontecimientos posteriores, es insatisfactoria. De poco sirve subrayar la responsabilidad norteamericana en el *impasse* nacional si se ignora, bajo pretexto de la desigual correlación de fuerzas, la responsabilidad que corresponde a los cubanos. Me sería imposible abarcar las intenciones del autor en este vastísimo pero incompleto panorama de la Cuba republicana. Una intención sería la de advertirle a Estados Unidos, de cara a un hipotético futuro, en el que se repitiera el pasado, que no vuelva a cometer el mismo error. Pero para mí no está claro si el error consistió en alentar a los cubanos a creerse acreedores, sin base para ello, a un nivel de vida similar al norteamericano o si fue, por el contrario, no haberles facilitado ese nivel de vida junto al estilo de vida norteamericano. En cualquiera de los dos casos, sin embargo, el destino de los cubanos dependería de Estados Unidos. Es una lástima que la formidable empresa de Louis A. Pérez de reconstruir todas las aristas de la vida republicana resulte, a fuerza de sesgada, poco esclarecedora.



Carta a *Encuentro de la cultura cubana*

Guillermo Rodríguez Rivera

Ciudad de la Habana, 9 de abril de 2001.

Queridos amigos:

No sé si Aurelio Alonso, experto en historia de las religiones y en la filosofía del tema, enseñó alguna de esas disciplinas a mi amigo Emilio Ichikawa en uno de esos poco convincentes magisterios de los que él (Emilio, no Aurelio) se declara fruto.

Si fue así, creo que no resultó inútil esa misión profesoral, aunque ahora el antiguo estudiante no la aprecie.

Yes que hay, en la breve carta que Ichikawa dirige a la revista y que *Encuentro* hace pública en su número 19, muchas alusiones religiosas, metáforas teológicas y hasta reverencias a las representaciones numerológicas consagradas por el teocéntrico medioevo: «trueque de almas», «lista impía», «meditaciones expiatorias», e incluso el sentido emblemático que Emilio encuentra en que la carta de Lisandro Otero que cita, esté fechada un 26 de julio.

Asumiendo la protección de una publicación que, además de tener quien le escriba, tiene también quien la defienda, mi amigo Emilio une tres opiniones que le objetan a *Encuentro* el hecho de que se ha producido un cambio en ella.

Lisandro Otero —ex director de la revista *Cuba*, ex vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, ex diplomático cubano en varios sitios y actualmente escritor y periodista residente en México— se queja de una valoración sobre él, escrita por Enrico Mario Santí que encuentra «ultrajante». De ello, Otero infiere que *Encuentro* manifiesta «una tendencia de sumarse a la empresa del ultraje» y lamenta que «comience a abandonar el perfil mantenido hasta ahora».

Aurelio Alonso —coeditor junto a Jesús Díaz de la revista *Pensamiento crítico*— polemiza con él a partir de la ponencia presentada por el director de *Encuentro* en el evento de LASA 2000, efectuado en Miami, y presenta —en una entrevista de la que esta revista reproduce un fragmento en su número 18— lo que Ichikawa llama «una lista impía» de lo que Alonso considera «una nueva ola de pensamiento contrarrevolucionario». Al valorar *Encuentro*, Alonso opina que «es una nueva amalgama que hace que dicha revista sea algo distinto de lo que supuestamente se propuso en un principio».

Si el filósofo Ichikawa generalizara adecuadamente —como le correspondería— advertiría las diferencias entre los planteos de Otero y Alonso. La

única discrepancia que manifiesta Lisandro Otero es la que se relaciona con su «ultraje». Es ese único hecho el que le hace ver un abandono de la línea mantenida por la revista.

Alonso se ha encargado de colocar en su valoración de *Encuentro* el adverbio «supuestamente», como para decirnos que nunca estuvo seguro de sus propósitos iniciales. Es perfectamente coherente su opinión con el hecho de que Alonso nunca haya colaborado en la revista.

Así, únicamente voy quedando yo.

Mi amigo Emilio ve en mis observaciones vertidas en la revista *Temas*, unas «meditaciones expiatorias».

Si Ichikawa me conociera un poco mejor, sabría que no soy adicto a las «expiaciones», lo cual no quiere decir que no tenga criterios sobre múltiples cosas, la revista *Encuentro* incluida.

Ichikawa parece condicionar mi honestidad o mi valor (o las dos cosas) a mis opiniones sobre la revista. Pero como no puede decir que yo no haya colaborado en la publicación desde su misma fundación y que no lo siga haciendo hoy, atribuye mis criterios, mis expiaciones *avant la lettre* (porque hasta ahora nadie me ha penalizado), a que hay «un cambio en la circunstancia de la política cubana en el sentido del endurecimiento, del extremismo, en fin, de la objeción al diálogo, que cambia la percepción que dentro de la Isla algunos intelectuales tienen de la revista *Encuentro*».

El endurecimiento de la política cultural de Cuba es un fantasma que, muy frecuentemente, recorre ciertas zonas del exilio cubano. Y, como si se lo necesitara, cuando no aparece se le convoca. Es una suerte de Dios de Voltaire: cuando no existe, hay que inventarlo.

Por ello, me gustaría que mi amigo Emilio Ichikawa apuntara un dato, precisara un hecho, describiera, en fin, un acontecimiento que delatara ese movimiento hacia el extremismo que él percibe, y que cree que aterroriza a algunos intelectuales cubanos —incluso a Lisandro Otero, quien vive y trabaja en México— y nos obliga a formular inesperadas opiniones sobre *Encuentro*.

Ha habido endurecimiento, extremismo en la política cultural cubana en varios momentos de nuestra historia revolucionaria. Cuando polemiqué con Jesús en torno al fin de la primera etapa de *El caimán barbudo* y los lamentables años setenta en nuestra vida literaria, creo que no obvié lo que pensaba. Podría abundarse sobre ello, tanto en la esfera de la cultura como en las de la política y la economía. Pero en lo que corresponde a los años actuales, pienso que vivimos unas de las etapas de mayor amplitud y coherencia de nuestra cultura, aunque algunos no lo quieran reconocer y «se descologen» por ello.

Somos muchos los que pensamos dentro de Cuba que la literatura cubana es una sola, escríbase donde se escriba. Y creo que nuestras principales instituciones culturales actúan, en los últimos tiempos, validando esta idea.

Yo, por ejemplo, tengo ahora en las manos un ejemplar de *Las palabras son islas*, antología de la poesía cubana del siglo xx, realizada por Jorge Luis Arcos, quien asimismo la prologa. Fue editada por Letras Cubanas y el pasado año se vendió en las librerías del país. En ella, junto a los poetas que vivieron

y murieron en Cuba, y los que aquí viven y escriben (desde Ángel Augier hasta Norge Espinosa) figuran poemas de Agustín Acosta, Eugenio Florit, José Ángel Buesa, Ángel Gaztelu, Justo Rodríguez Santos, Gastón Baquero, Lorenzo García Vega, Heberto Padilla, Manuel Díaz Martínez, Severo Sarduy, Armando Álvarez Bravo, José Kozier, Isel Rivero, Belkis Cuza Malé, Reinaldo García Ramos, Magaly Alabau, Emilio de Armas, Maya Islas, Amando Fernández, Lourdes Gil, Jesús J. Barquet, Iraida Iturralde, Roberto Valero, Ruth Behar, Ramón Fernández Larrea, Damaris Calderón, María Elena Hernández, y finalmente, *alive and well in Havana*, mi amigo Raúl Rivero.

Son 28 poetas emigrados, exiliados o disidentes, vivos y muertos (que de todo hay) cuyas obras pertenecen por derecho propio a la literatura cubana.

No creo que cuando se edita por primera vez en Cuba una antología como ésta, se esté planeando secretamente una represión contra los colaboradores de *Encuentro* dentro de la Isla.

El endurecimiento que se advierte en los últimos tiempos —y no es precisamente cultural ni ocurre dentro de Cuba— es el que proviene de la recién estrenada administración de George W. Bush designado presidente de los Estados Unidos por la *Supreme Court* tras las «fulgurantes» elecciones en la Florida.

El diálogo entre escritores de «las dos orillas» se ha ido afirmando desde los años noventa, pero el diálogo propiamente político se hace muy difícil.

Es cierto que hay pequeños sectores de la dirección del exilio que apoyan un eventual diálogo con la Revolución Cubana. Para Uva Clavijo, la causa de que esas negociaciones no prosperen, ha sido «la tozudez del gobierno de la Isla». Pero esa perspectiva carece de realismo e ignora otros factores esenciales que inciden decisivamente en que ese diálogo no pueda producir resultados.

El Gobierno cubano no puede concertar acuerdos de real trascendencia con una minoría de la dirección del exilio, mientras la zona más poderosa e influyente de esa dirección (la que se nuclea en la Cuban American National Foundation) mantiene una política de liquidación de la Revolución que no excluye el terrorismo y sostiene a ultranza la política de embargo económico, condenada casi unánimemente por la Asamblea General de Naciones Unidas. La CANF ha sido la promotora de la aberrante ley Helms-Burton, que pretende quitarle al país (al pueblo cubano, sí) sus medios de supervivencia para provocar una añorada rebelión interna que los líderes de Miami verían en sus televisores.

La ley Helms-Burton coloca los destinos de la nación en manos del congreso de los Estados Unidos, que sería la única entidad facultada para determinar cuál sería el gobierno adecuado para Cuba.

Eso es, queridos amigos, endurecimiento al puro estilo de Mr. Orville H. Platt.

Yo habría preferido no hacer públicas mis diferencias con la revista *Encuentro*. He conversado algunas de ellas con Jesús, en mis breves estancias en Madrid. Pero ha existido tanto litigio entre los cubanos de dentro y de fuera que no me pareció saludable fomentar una discusión pública que podría enconarse y producir resultados muy poco fructíferos. O quizá, esperaba

una reacción de la revista hacia la dirección que me parece que fue la que la inspiró en los momentos de su aparición.

Pero como Emilio Ichikawa me conmina a ello y la propia revista acoge en sus páginas su carta emplazatoria, sea pues.

Yo percibo en *Encuentro* un creciente desplazamiento hacia las posiciones clásicas del exilio de Miami.

Se trata de una concepción que descalifica esencialmente a la Revolución Cubana y la valora con un desenfoque que es, justamente, el que ha conducido al exilio miamense al permanente fracaso de sus estrategias políticas con respecto a Cuba.

La advierto desde el número dedicado a las transiciones políticas (¿es el 9?), en el que se compara a Cuba con los países de la Europa del este, y se sugiere para el nuestro —como en un son salsero de Willy Chirino que circuló bastante en la Isla— un destino semejante al de ellos.

Pero la Revolución Cubana fue una hecha «desde abajo», por un pueblo que la apoyó en su absoluta mayoría, mientras que los regímenes de la Europa oriental —con la excepción de la Yugoslavia de Tito— fueron colocados en el poder por el Ejército Soviético tras desalojar a las tropas nazis. Creo que esta diferencia no está de más para ayudar a entender por qué la caída del muro de Berlín y la desaparición de la propia Unión Soviética no tuvieron para Cuba la repercusión liquidadora que el exilio de Miami esperaba.

Como no es posible equiparar Cuba a la España franquista o al Chile de Pinochet, porque no es lo mismo una revolución popular, que regímenes fascistas que aplastaron los atisbos de revoluciones populares.

Las transiciones del régimen franquista y del pinochetista a la democracia, jamás pusieron en juego las estructuras socio-económicas establecidas de España y Chile. Del mismo modo que no había sobre España ni sobre Chile ningún embargo económico, ni leyes como la Torricelli y la Helms-Burton, ni se decretó nunca, por ninguna potencia extranjera, leyes de ajustes español o chileno, que permitieran la libre entrada (incluso la ilegal) de ciudadanos de esos países en una poderosa nación vecina que se aliara a esos exiliados para procurar el derrocamiento de sus gobiernos.

La transición cubana, como se concibe en el exilio, es bien diferente. Para decirlo en los términos que emplea Jesús en su «Introducción» al número 18, el de Cuba sería «un futuro democrático de economía abierta». Si no entiendo mal, me temo que esa «apertura» se asemeje, como una gota de agua a otra, a la que demanda el exilio de Miami el que, para volver a la Isla para «seguir desarrollando libremente su identidad», traería a ella sus «capitales y experiencia acumulados». Lo que ocurre es que esos capitales y esa experiencia ya estuvieron en Cuba durante toda la primera mitad del siglo xx, y para nada evitaron que nuestra historia desembocara en la Revolución de 1959. Hace falta algo más. Yo diría que mucho más.

Encuentro ha puesto su acento —como dijera el maestro René Touzet en un bolero inmortal, «cada vez más»— en una desequilibrada valoración del exilio miamense a la que corresponde una sistemática denostación de la vasta

obra social de la Revolución Cubana, en la que ha estado y está involucrada la mayoría del pueblo cubano. Esa obra dista mucho de ser perfecta, pero es absolutamente imposible desconocerla y no valorarla en su enorme importancia. Y sobre todo: no se puede ignorar paladinamente las huellas que ella ya ha dejado en la conciencia cubana, la que no permitirá que «le descoloquen» la soberanía de su nación.

Me parece claramente ilustrativo de ese acento en la política editorial de la publicación, el dossier sobre Miami que *Encuentro* publica en su número 18.

Falta en él una valoración crítica del exilio, de su política, al margen de que los cubanos suelen ser individualmente generosos y «querendones», o de la exitosa inserción de los cubanos de Miami en la poderosa economía norteamericana. Esa valoración —que explique el por qué del fracaso de más de cuarenta años de enfrentamiento a la Revolución— no aparece en los artículos de Luis Goytisoló, Lourdes Tomás, Uva Clavijo y Ramón Alejandro que lo integran.

No sé si habría dentro de Cuba autores capaces de abordar esos temas, pero hay figuras del mismo exilio (Luis Ortega, José Pertierra, Max Lesnick, Carlos Rivero, Francisco Aruca, por sólo mencionar los que ahora recuerdo) que acaso podrían contribuir a producir ese balance, lo que aportaría un equilibrado caudal de información con vistas a un diálogo que espero que alguna vez sea realmente posible.

La carencia de esa pluralidad es la que hace que *Encuentro* se haya convertido, creo, en una publicación más del exilio, y no sea la portadora del proyecto que enunció en sus orígenes.

Y nada más, que ésta no es más que una carta que se va haciendo demasiado larga, y que quiere, como la de mi amigo Emilio Ichikawa, encontrar un rinconcito en la revista. Espero que les haya gustado la reseña que les dejé el mes pasado sobre el libro-homenaje a Eugenio Florit. Un abrazo.

Demócrata, poscomunista y de izquierdas

Para César Mora

Iván de la Nuez

EN LA PRIMAVERA DE 1989 —POCOS MESES ANTES DE LA caída del Muro de Berlín— tuve la oportunidad de realizar un viaje por los países del Este; entonces países comunistas y «hermanos», aunque no por mucho tiempo, de la revolución cubana. Se trataba de la habitual gira cultural que cada año realizaba un Estado socialista por los demás países del imperio soviético. Ese periplo —el último realizado desde tales connotaciones de «hermandad»— cambió mi porvenir y mi percepción del mundo; trastocó lo que quedaba de mi inocencia ideológica y, además, sentó las bases de lo que unos años después ha terminado por definirme como un ciudadano poscomunista, término que aclararé con cierta brutalidad al final de este texto.

Regresemos a 1989. Yo viajaba entonces —junto a una voluminosa delegación de todas las artes y la correspondiente manada de burócratas— con una exposición de fotografía cubana sobre los treinta años de Revolución: imágenes que iban desde el inevitable retrato del Che Guevara, de Korda, hasta una serie posmodernista sobre el cementerio de La Habana, de Gory. Todo, incluidos los extremos de esta exposición, era una señal de principio y fin. Origen y desencadenamiento. El viaje fue, además, muy accidentado, pues estos países, que antes habían sido nuestros hermanos según rezaba en la Constitución cubana de entonces (ésta comenzaba con una declaración de fidelidad a la Unión Soviética), habían entrado en una lenta aunque continua transición al capitalismo. Ellos, ya no nos esperaban. Y el avión cubano era una rémora del *ancient regime* que no convenía exhibir. La revolución que representábamos —cuya «libertad de expresión» en materia de estilos habían incluso envidiado los otros Estados

comunistas— se había convertido en punto menos que un dinosaurio (acaso un cocodrilo) ante los giros que daban aquellas sociedades. La nueva burocracia de la *perestroika*, que había heredado este *tour* de la antigua burocracia estalinista, no sabía qué hacer con nuestra delegación, armada y acompañada por la eterna burocracia tropical. Había llegado para ellos el momento de girar hacia Occidente —¡aunque de allí veníamos precisamente nosotros!— y aquel avión cargado de cubanos era una nave fantasma proveniente de un mundo cuyo tiempo ya se conjugaba en pretérito.

Los *flashes* quedan así en la memoria: elecciones con Solidarnosc en Polonia, la entrada de Bulgaria en el mercado, apertura de las fronteras, el intento de copiar todo lo occidental en Praga, un concierto de Joan Baez —¡que todavía resultaba provocador!— en Bratislava. En cada uno de estos sitios había intensidad, esperanza, movimiento, ruidos; una sensación de catarsis colectiva. Al mismo tiempo, en aquellas sociedades que se desplomaban y reconstruían, se percibía una especie de regreso a la infancia donde no faltaban los peluches y los juguetes. En Moscú, por ejemplo, los oradores espontáneos en la calle Arbat me provocaban una reacción muy ambigua: estas personas tenían, por igual, una enorme ansiedad por gritar (fuera cual fuera el discurso, lo importante era liberar el caudal de palabras reprimido durante siete largas décadas), o por acudir en oleadas incontables a Mc Donald's. Como si estuvieran obligados a aprender a hablar (se balbuceaba todo lo que uno quisiera en un aparente sinsentido), comer a toda hora (como corresponde a los niños ante las chucherías) y ser enseñados a caminar (apertura de las fronteras para viajar). Desde mi perspectiva de entonces (la de alguien que nunca había visitado un país del «capitalismo real»), más que una transformación, lo que experimentaba el mundo poscomunista era una conversión en toda la regla. Se pasaba, sin *intermezzo*, del *kitsch* comunista al *kitsch* occidental. Baste recordar la escena del oso Misha (la famosa mascota soviética) recibiendo en el aeropuerto de Moscú a Mickey Mouse.

En aquel abrazo, parecía sellarse algo más que una broma menor dentro del proverbial infantilismo que suelen exhibir los imperios: se signó allí, sin más, el síntoma de la escasa profundidad de la reforma cultural, con una banalización posterior de muy tristes consecuencias. Entre la oreja del ratón y el hocico del oso se pactó, además, algo todavía más grave: el fin de cualquier formulación polémica del nuevo régimen hacia el capitalismo. Como si la entrada en el mundo del mercado hubiera fagocitado la capacidad crítica de esos seres. Los cañones enfilados de manera infinita hacia la represión del antiguo régimen —algo más que merecido, por otro lado— esconden, sin embargo, una táctica de distracción que no permite apuntar con objetividad hacia lo que ahora ocurre. Esto tiene que ver con esa mutilación tan reiterada y fundamental de las conversiones. Como Marx es un nombre maldito —un conocido líder del exilio cubano llegó a ufanarse de querer construir una universidad donde no se enseñaría «ni una palabra de marxismo»—, entonces su crítica debe desaparecer. Se defenestra al Marx de un comunismo real (del que habló ciertamente muy poco, aunque no esté exonerado de muchas de

sus miserias) pero se tapan los susurros del Marx crítico del capitalismo donde aún tiene algo que decir. Acallándolo con el fracaso de lo no previsto por él, se silencia también la importancia de su predicción hacia la grave crisis de nuestro mundo de hoy. Sobre todo porque que el Muro se ha derrumbado también hacia Occidente, como le ha sucedido a buena parte del sentido que tenía el orden liberal. Si los Estados comunistas han perdido su sitio —pese a la ambigua supervivencia de China, Corea del Norte, Cuba, Viet Nam— es porque su pareja de baile en la era moderna, el capitalismo, ha entrado en una fase problemática que ya no puede maquillar con la amenaza del Enemigo tras la Cortina de Hierro y la Guerra Fría. O quizá se exhiba en ese puesto ganado por la falta de competencia, por la no presentación del adversario. La búsqueda de una salida alternativa a las dos catástrofes, es posiblemente, el reto mayor del pensamiento contemporáneo. Giorgio Agamben ha sido muy claro al respecto: si aspiramos a crear algo que se pueda llamar pensamiento, debemos intentar que la afirmación neoliberal del fin de la historia se vea acompañada por una indagación profunda que retome la reivindicación socialista del fin del Estado. De lo contrario, estaremos jugando con cartas marcadas.

De todo esto trata *El mapa de sal*, libro que he escrito en primera persona, dado que está atravesado por un estado de ánimo que me impide pontificar en nombre de lemas tales como El Pueblo, La Causa, El Exilio o Mi Tierra, argucias retóricas que siempre me han parecido deplorables estéticamente.

En el libro citado, me defino como un poscomunista, término que ha provocado alguna roncha, preocupación e incluso desprecio, en dependencia del tamaño y profundidad de la ampolla levantada en la piel. Acostumbrado como estoy a experimentar la libertad en los más diversos sentidos, nunca me ha parecido coherente dar explicaciones sobre mis actos, mis textos o sobre los modos de definirme. No obstante a ello, sumaré ahora algunas líneas, alejadas de la intención literaria del libro en cuestión. No para matizar mis afirmaciones sino, por el contrario, para meter, si cabe, aún más el dedo en la llaga e intentar sostener la lógica de una definición que no es nueva para mí, y que mantengo, por cierto, desde que vivía en Cuba.

Después de una década de exilio, y de una ávida inmersión en eso que llamamos mundo, me resulta imposible separar mi posición sobre Cuba de la que tengo acerca de ese mundo. Mi condición cubana es un capítulo de mis preocupaciones; incluso un capítulo importante, mas no el ombligo de éstas. ¿Que soy un mal patriota? Pues sí, es esa una gimnasia en la que he trabajado duro y a conciencia. ¿Que ahora resulta ambigua mi posición? La ambigüedad siempre me ha fascinado y la considero un don. (Conozco gente que ha salido al exilio sólo para poder ser ambigua). ¿Que no soy suficientemente combativo y ofrezco resquicios de supervivencia al régimen de La Habana? Por favor, no soy yo quien mantiene vivo ese régimen, sino, entre otros profundos o superficiales aspectos, quienes durante cuarenta años han prometido derribarlo y tienen en el castrismo su principal valor en bolsa, los múltiples beneficios de un *lobby* en Washington o el monopolio de una retórica del

aire, con emisoras y locutores que difícilmente sobrevivirían al día después del régimen cubano. Tengo entendido, por otra parte, que una porción no escuálida de la población cubana apoya a un gobierno con el que me fue imposible lidiar (entre él y yo median una década de exilio y el Atlántico), pero eso no me autoriza a pensar que los que viven en Cuba constituyen una masa acéfala que obedece y calla. En cualquier caso, pongo a disposición de viejos y nuevos próceres del anticomunismo todo lo escrito y publicado *en Cuba* —la preposición *en* no me parece poco importante— y les invito a comprobar cuántos grados han girado mis posiciones así como a descubrir algún indicio apologético en ellas. No soy un héroe por tan humildes ademanes, pero al menos puedo ventilarlos sin la necesidad de entonar un *mea culpa* o subirme al carro de los conversos.

¿Qué significa, entonces, mi autodefinición como poscomunista? Es muy simple: considero vital utilizar la energía crítica empleada en el antiguo sistema para actuar, *también*, de manera crítica ante la actual apoteosis del capitalismo y frente al indiscutible fracaso cultural de las estrategias liberales en los países del Este. Aviso que pasar del cuestionamiento a la apología —de una ciudad, de un sistema social, de una razón moral, de una religión, de un estado de cosas— no es más que conjurar nuevas dictaduras, dado que el autoritarismo se adueña de todo aquello que queremos mantener impoluto y sin crítica.

En los países del Este, aunque también en China —donde los ahorcamientos y demás horrores persisten con ejemplarización medieval—, el sistema de la libertad y la democracia ha preferido consumidores a ciudadanos (traicionando, de paso, lo que esa propia gente que derribó los muros y las fronteras esperaba de Occidente). Las últimas obras de Robert Kaplan, Francis Fukuyama y otros profetas del neoliberalismo son explícitas al respecto: la democracia no es un buen destino para ciertos países —China, Perú, la antigua Yugoslavia, regiones de África—, pues las inversiones de capital necesitan de la seguridad que obtienen precisamente allí, donde la mano dura de los dictadores actúa como su garante fundamental. Henry Kissinger fue un adelantado en todo esto, y si algunos olvidan por un momento que el neoliberalismo se experimentó en el Cono Sur desde el fascismo —tortura, ruptura y recomposición espeluznante de la línea familiar, asesinato masivo o selectivo, ultranacionalismo, campos de concentración—, ése es y, lo que es peor, será su problema. Y lo será porque todo esto trae consigo un dilema epistemológico muy serio para los, así llamados, intelectuales: liberalismo y democracia no son sinónimos. Especialmente en el momento actual, donde la mezcla de Coca Cola con Tianamen ha conseguido un coctel interesante que algún día, tal vez, se llamará China Libre.

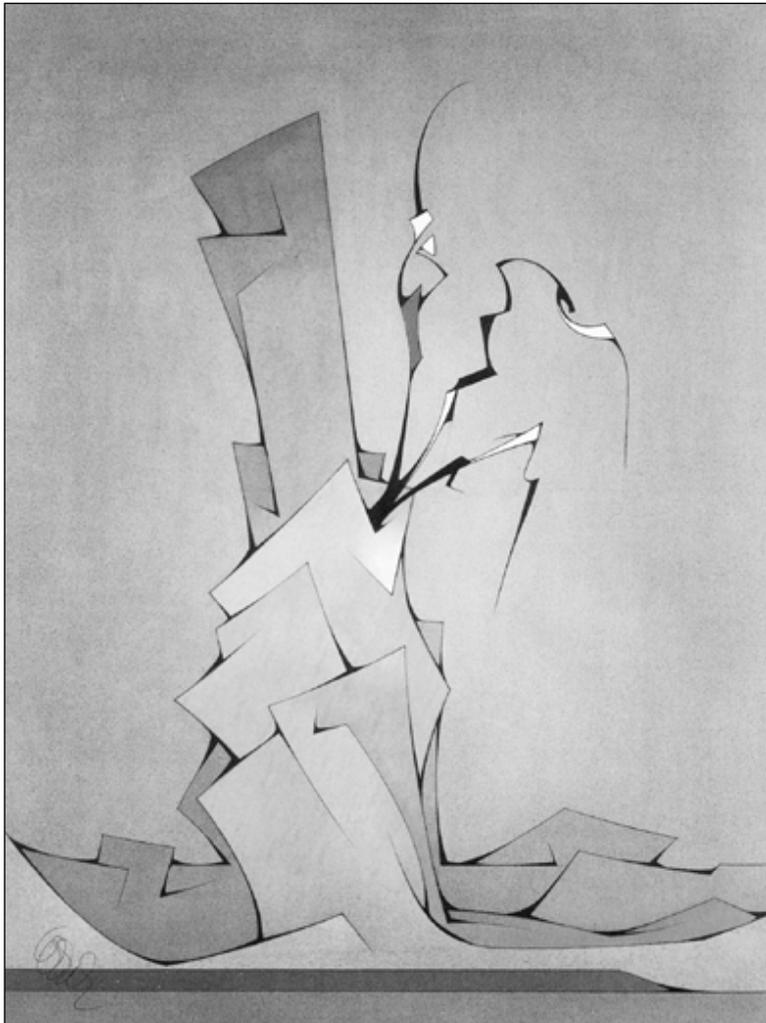
No me es posible obviar, un solo minuto, que el anticomunismo cubano tiene, además, una significativa dosis de macartismo, actualizado hoy por el amigo americano Jesse Helms, represor contumaz y obsesivo que, en nombre de la mayoría moral, ha pasado por la piedra de la censura a cuantos artistas le han parecido indecentes: Robert Mapplethorpe, Andrés Serrano, el New British Art. Este otro tipo de «hermandad» —no olvidemos que estamos

hablando del hombre que ha promovido la ley Helms-Burton y el financiamiento con cien millones de dólares a la disidencia interna— igualmente me provoca escozor. Sobre todo porque los artistas y escritores cubanos a los que admiro y con los que trabajo —casi todos en el exilio, muchos en Miami— reúnen las condiciones estéticas y morales para ser censurados por el senador Helms u otro parecido, anclado probablemente en la cultura dominante de los años cincuenta, años de esplendor de una República que hoy algunos nos venden como el Edén de la democracia y la cubanidad.

Además de su macartismo, la derecha cubana arrastra un doble fracaso por el que, en democracia, cualquier comunidad podría pedir cuentas a sus líderes. En primer lugar, no ha cumplido con su principal misión y promesa política: Fidel Castro sigue activo y mandando. La segunda conclusión a la que he llegado me preocupa todavía más: intuyo que esta gente tampoco está apta para propiciar la democracia en Cuba. Una lista larga de nepotismos, procedimientos autoritarios, despidos laborales a quienes no comparten sus líneas ideológicas, además de una estética y un lenguaje —estos elementos son de extrema importancia— anclados en la Guerra Fría, avalan esta sospecha hacia el futuro. Ser anticomunista y ser demócrata tampoco es lo mismo. De hecho, 11 años después de la caída del Muro de Berlín, Occidente es menos democrático que antes y sus represiones están aún más desnudas y visibles para aquellos que estén dispuestos a mirar un poco más allá del nudo de sus corbatas.

De cualquier manera, mi polémica no está destinada sólo a conservadores o liberales —muchos de los cuales han mostrado respeto hacia mis ideas, contrarias a las suyas—, sino que, sobre todo, me interesa dirigirla al interior de la izquierda. Por una parte, hacia esa izquierda solazada en la academia y en el trasiego curricular del asunto cubano desde los *campus* del exilio. Por otra parte, hacia algunos ideólogos dentro de la Isla, que ya sólo pueden ocuparse de mantener algún viaje, alguna publicación, a cambio de acusar a otros intelectuales —especialmente a los más jóvenes, no sea que ocupen los asientos y las páginas por las que suspiran estos nuevos guardianes de la pureza revolucionaria—, con la cobarde prepotencia de quien se sabe amparado para hacerlo. Esa izquierda no puede lidiar con la democracia en ninguna de sus posibilidades, pues nunca ha entendido ni asumido para sí aquella máxima revolucionaria tan cara, por ejemplo, a Rosa Luxemburgo: «la libertad es siempre la libertad para el que piensa diferente». Para estas dos versiones de la vieja izquierda, el derribo del Muro es su propio derribo. Para una nueva izquierda —que entienda la democracia no como el fin último de la política, sino como el grado cero para la actuación directa de la sociedad civil en la toma de las decisiones políticas— la caída del Muro es lo mejor que ha podido ocurrir. Entre otras cosas, porque ha marcado un hito contemporáneo que invalida buena parte de las letanías del 68 y, sobre todo, porque cancela la posibilidad de volver a unir socialismo y Gulag. Las nuevas generaciones — sean o no de izquierdas— deberían quizá aprovechar el abanico de posibilidades que se abre tras los actuales desmantelamientos. La democracia —desde

Platón hasta ahora— es algo más que una abstracción. Y el llamado Nuevo Orden Mundial ha restado —y mucho— a la historia de ese fascinante y complicado experimento que sigue siendo la convivencia entre seres diversos o contrapuestos. Tal vez ha llegado el momento de que la izquierda pueda tomar para sí la reivindicación de la disipación del poder tal como ahora está establecido, a partir de una ampliación del campo democrático desde la sociedad y los ciudadanos. Esa alternativa nos remite directamente a un debate *post*. Lo otro es integrar las filas de una derecha pre-Berlín, tan anacrónica como los estados estalinistas, su enemigo natural. Desde allí, los argumentos que se nos lanzan tienen el tono antiguo de las lenguas muertas. Son, acaso, el eco de una voz apagada en los agujeros negros de la Guerra Fría.



Las ventajas de una buena derecha

Rafael Rojas

EXISTEN VARIAS FORMAS DE ENTENDER LA DICOTOMÍA entre izquierda y derecha en el pensamiento político actual. Una de las más populares, aunque ha sido muy criticada en los últimos años, es la de Norberto Bobbio. Este filósofo italiano dice que desde el siglo XIX la izquierda se asocia con la idea de justicia y la derecha con la de libertad. Aunque cualquier partido demócrata cristiano europeo —o cualquiera socialdemócrata— es una objeción viva de esa interpretación, mi rechazo a la misma se debe a que es demasiado ideológica, poco política y no considera al Estado como una esfera de la justicia. Por eso prefiero otras definiciones, más apegadas al ejercicio del poder, lo mismo en un gobierno que en una oposición, como las de Tod Hönderich o Michael Oakeshott. Este último, por ejemplo, identifica a la izquierda con una «política de la fe» y a la derecha con una «política del escepticismo».

Pero dejemos a un lado la filosofía e intentemos pensar la derecha y la izquierda desde la geografía —o más bien la geometría— y la historia. En este sentido, derecha es aquello que se ubica al Oeste de la política e izquierda lo que está en el Este. En el siglo XIX europeo es evidente: la izquierda es el liberalismo, el republicanismo, la democracia, el socialismo... y la derecha, el conservadurismo, el monarquismo, el absolutismo, el tradicionalismo... El centro o la moderación política, en aquella centuria, era la monarquía constitucional y parlamentaria, inspirada en Locke y Montesquieu y personificada por la Gran Bretaña. A su izquierda estaban las repúblicas liberales de Estados Unidos e Hispanoamérica, y a su derecha, la monarquía absoluta española —por lo menos hasta 1876—, el zarismo ruso, el imperio prusiano o la dictadura plebiscitaria de Napoleón III en Francia.

En la primera mitad del siglo XX se dibujó, como afirma Bobbio, un nuevo mapa político. La izquierda fue ocupada entonces por el socialismo, en sus tres variantes

fundamentales (la socialdemócrata, la anarquista y la comunista), mientras que la derecha quedó identificada con los autoritarismos y totalitarismos nacionalistas. Nunca antes, ni después, la democracia liberal estuvo tan claramente en el centro del espectro político de la modernidad. Sin embargo, con la caída de los totalitarismos de derecha y la rearticulación de la izquierda postestalinista, durante la Guerra Fría, emergió la engañosa bipolaridad entre la democracia liberal de las naciones occidentales y el socialismo comunista del bloque soviético. Fue entonces cuando las experiencias socialdemócratas de los países nórdicos se establecieron, irónicamente, como políticas templadas.

En la última década del siglo xx, tras la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS, hemos vivido otro reacomodo de la geografía política occidental. Hoy la izquierda se orienta hacia el horizonte socialdemócrata, lo mismo en sociedades postcomunistas que en sociedades postindustriales, mientras la derecha queda anclada a las prácticas autoritarias, sean estas portadoras de herencias fascistas, como en Austria, Italia o Francia, o neoconservadoras como en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. La supuesta confrontación binaria entre una derecha «neoliberal», «globalizadora» o «modernista» y una izquierda «multicultural», «periférica» o «postmoderna» es, a mi juicio, una ficción de la intelectualidad excomunista que refleja su malestar frente a las competitivas y responsables normas democráticas, asumiendo la pose, cómoda y redituable, de la redención desde los márgenes.

Pero si pasamos de esa geometría mundial a las geometrías nacionales de la política, las posiciones resultan ligeramente distintas. Hoy, en los países de Europa del Este, ser de izquierda significa apoyar la economía de mercado y el sistema democrático, mientras que ser de derecha implica defender la restauración del antiguo régimen soviético o cultivar un fascismo nacionalista, aunque posttotalitario. En América Latina, sin embargo, debido a una tradición liberal y republicana más sólida, que se remonta al siglo xix, la izquierda y la derecha se asemejan cada vez más a sus homólogas europeas y norteamericanas. Hoy, una buena izquierda latinoamericana, como la chilena, es democrática, pero es crítica de aquellos regímenes liberales que no promueven políticas sociales efectivas. Y a la vez, una buena derecha, como la mexicana, también es antiautoritaria, pero une a cierta vocación social, de inspiración demócrata-cristiana, un énfasis en la eficiencia económica y la racionalidad empresarial.

El cuadro se complica aún más si tomamos en cuenta la difusa región de los ultras. Rutelli, en la izquierda italiana, y Berlusconi, en la derecha, representan fuerzas que propician la tensión binaria del juego político. En cambio, Bossi, en la extrema derecha neofascista, y Bertinotti, en la ultraizquierda que suspira, desde Roma, por la guerrilla chiapaneca, son actores que, aunque dispuestos a realizar pactos pre-electorales con partidos democráticos, amenazan siempre el precario equilibrio institucional de Italia. Lo mismo sucede, digamos, con Le Pen en Francia, con ETA y EH en el País Vasco, con Hugo Chávez en Venezuela y, curiosamente, con el EZLN y el subcomandante Marcos en México. Todos estos actores políticos, a pesar de sus inclinaciones autoritarias, poseen un capital simbólico que muchas veces es invertido por asociaciones

democráticas para reforzar sus mensajes públicos y llegar al poder. En el caso de Chávez así fue: llegó al poder.

Sin embargo, la incapacidad para deslindarse de movimientos autoritarios de los ultras es mayor en la izquierda que en la derecha, tal vez porque la primera todavía se siente incómoda con la «democracia formal» y tiene tentaciones antirrepresentativas, provenientes de viejos modelos plebiscitarios, directos y verticales. Debido a esa incomodidad y, también, como ha señalado recientemente el antropólogo mexicano Roger Bartra, a cierta «resurrección paternalista del mito del buen salvaje», intelectuales de la izquierda europea, como José Saramago y Manuel Vázquez Montalbán, que respetan las reglas del juego democrático en sus países, simpatizan con movimientos políticos, como el zapatista o como el castrista, que entorpecen las democracias mexicana y cubana. Esos comportamientos esquizoides, motivados por desinformación, mitomanía o cinismo, serán más cuestionables en la medida en que los espacios públicos de aquellos estados nacionales, resistentes a la globalización, se vuelvan más transparentes.

Es interesante, a propósito de esto último, comparar las actitudes de la izquierda mexicana y la izquierda española frente a ese gran emblema de la ultraizquierda autoritaria que conforman Fidel Castro y la Revolución Cubana. Aunque se trata de izquierdas comprometidas con dos transiciones a la democracia, en las que han debido recodificarse simbólicamente, es perceptible una mayor vigencia del mito castrista en la española que en la mexicana. En México, todos los intelectuales de la izquierda democrática y postcomunista, desde Carlos Monsiváis hasta Jorge Castañeda, pasando por Elena Poniatowska y Roger Bartra, son críticos del régimen cubano. En España, la intelectualidad de izquierda, salvo algunos casos, es menos expresiva de sus reparos al castrismo.

Habría varias explicaciones para esa diferencia de actitudes: los españoles ya consumaron la transición, mientras que los mexicanos apenas la inician y, tal vez por eso, son más susceptibles a reaccionar contra el autoritarismo; la izquierda mexicana, antipriísta, tuvo un mayor compromiso con la Revolución Cubana que la izquierda española, antifranquista, y siente la responsabilidad de autocritarse; Cuba es un trauma en la memoria sentimental de España... Pero, a mi juicio, la clave está en la percepción de Estados Unidos en ambas culturas políticas: hoy, el antinorteamericanismo español es mucho más fuerte que el mexicano y, a veces, se libera por medio una socarrona simpatía hacia Fidel Castro.

Sin embargo, México y España ofrecen dos mapas políticos estables en los que la derecha ha jugado un papel decisivo. En la primera fase de la transición española, la izquierda ganó mucho espacio político, debido a que el régimen franquista estaba claramente ubicado en la derecha. Los catorce años de gobierno de Felipe González y el PSOE abrieron un campo, a la oposición de derecha postfranquista, que aprovechó hábilmente el PP. En México, en cambio, como el régimen autoritario del PRI —emanado de una revolución nacionalista— se inscribía en el espectro de la izquierda, la primera fase de la transición ha sido capitalizada por la derecha, es decir, por Vicente Fox y el PAN.

Pocos dudan que en los próximos años, una izquierda democrática, verdaderamente postrevolucionaria, conformada por el PRD, por el PRI o por una amalgama entre ambos, tendrá las mayores posibilidades de acceder al gobierno.

Si trasladamos esta lógica pendular y compensatoria al caso cubano, es de suponer que en la transición de la Isla a la democracia, desde un régimen autoritario de ultraizquierda como el castrista, la izquierda moderada, el centro y —por qué no— la derecha jugarán un papel importante. Pero, ¿qué derecha? Inevitablemente una democrática, liberal, republicana y, sobre todo, nacionalista. Cualquier variante de la derecha que aspire a entrar en el futuro juego democrático de la Isla deberá estar dispuesta a pactar con otras asociaciones una Política de Estado que incluya el compromiso de preservar la soberanía cubana. Hoy, esa derecha no existe. Lo que más se le acerca es la Fundación Nacional Cubano Americana, pero esta organización fue diseñada para actuar como un grupo de presión dentro del sistema político norteamericano y no como un partido en una Cuba democrática, cuyo electorado y cuyo liderazgo deberán formarse, mayoritariamente, con la ciudadanía de la Isla.

EL DILEMA DE LA OPOSICIÓN

Entender la historia de Cuba desde la geografía de la política occidental moderna es todo un desafío teórico. La primera dificultad es el hecho de que la tardía separación de España, en 1898, impidió que la cultura política insular se polarizara plenamente en alternativas liberales y conservadoras. Mientras en México y Argentina, por ejemplo, los liberales (Mora, Alberdi, Sarmiento...) se identificaban con el liberalismo europeo (Constant, Staël, Stuart Mill...) y los conservadores (Alamán, Pardo y Aliaga, García Moreno...) se inspiraban en sus parientes ingleses y franceses (Burke, De Maistre, Chateaubriand...), en Cuba, el liberalismo organizado no aparece hasta 1878, con el Partido Autonomista, y el conservadurismo, a la europea, prácticamente no existió.

No sería exagerado afirmar que en las últimas décadas del siglo XIX todos los políticos e intelectuales cubanos eran más o menos liberales. Las diferencias entre ellos, tan fuertes como para enfrentarlos en tres guerras, tenían que ver con algo más primario, el *status* de la soberanía y, por tanto, la forma de gobierno. De acuerdo con la solución que dieran a éstas se organizaban en dos bloques: independentistas y anexionistas eran republicanos, autonomistas y reformistas eran monarquistas. Sin embargo, en la práctica, las posiciones eran tres: la izquierda separatista y anexionista, la derecha colonial y el centro autonomista. Como es sabido, en 1898 y, sobre todo, en 1902, venció la izquierda.

La polarización entre liberales y conservadores en la primera República (1902-1933) no representó una verdadera confrontación izquierda-derecha, sino un forcejeo entre caudillos y caciques liberales, exseparatistas y ex republicanos, que nunca llegaron a ser verdaderos demócratas. La geografía binaria de la política moderna no resurgió en Cuba hasta los años 20, cuando el nacionalismo antimachadista, de raíz comunista, fascista o liberal, ocupó la izquierda, y el autoritarismo de la dictadura, también nacionalista, encarnó la

derecha. Entre la Revolución de 1933 y la de 1959, la izquierda siempre se movió entre tres variantes del nacionalismo antinorteamericano: la comunista (PSP), la revolucionaria (Directorio, 26 de Julio...) y la democrática (auténticos y ortodoxos). Lo curioso es que, durante cuarenta años, la oposición en Cuba siempre reclamó para sí el lugar de la izquierda. Lo reclamaron Chibás y Batista contra Prío, y Grau, Prío y Castro contra Batista. En ambas revoluciones, la de 1933 y la de 1959, también venció la izquierda.

Este rubor populista, esta vergüenza de asumir abiertamente una derecha moderna, típica de la cultura política cubana, sin embargo, no es tan grave como el hecho de que casi todos nuestros izquierdistas fueron revolucionarios, es decir, autoritarios, y sólo muy pocos, una maltratada minoría, fueron verdaderos demócratas. Si a esto se suma la ausencia de fuertes tradiciones doctrinales desde el siglo XIX, de matriz liberal y conservadora, que fundamentaran los programas partidarios en el siglo XX, y la maniquea identificación nacionalista de los Estados Unidos y su sistema político (republicano, liberal, democrático y federal) con el Paradigma de la Derecha Mundial, tal vez se alcance una idea del conjunto de elementos históricos que condicionó la gran transformación de la vida política cubana, a fines del siglo XX, y que hoy nos enfrenta a un problema más grave aún: la ausencia de una oposición nacional organizada.

La explicación más tangible de esa ausencia es aquella que argumenta que un régimen totalitario comunista, como el cubano, no tolera una oposición legal y organizada. La más sutil sería aquella que argumentara que el orden totalitario, en Cuba, se construyó, en buena medida, gracias a que el espectro político gravitaba demasiado hacia las prácticas populistas y revolucionarias de la izquierda. De manera que la tesis recurrente de que en Cuba han escaseado las políticas centristas y moderadas podría verse cuestionada por la tesis de que lo que, en realidad, ha escaseado es una derecha moderna que compensara tanto izquierdismo y abriera un campo para la templanza. Hubo insinuaciones de una derecha en la dictadura de Batista y, sobre todo, en la de Machado, quien se rodeó de intelectuales, como Guerra, Lamar, Ferrara y Gutiérrez, que se aproximaron a la formulación de una doctrina de régimen, similar a la que ofrecieron a Porfirio Díaz algunos pensadores mexicanos de finales del siglo XIX, como Francisco Bulnes, Justo Sierra y Emilio Rabasa. Pero esos dos momentos de la derecha fueron, además de fugaces y teóricos, sumamente autoritarios.

Hablar de izquierda y derecha en la Cuba de hoy es, por tanto, casi imposible. Para hacerlo habría que pasar por encima de demasiados equívocos y estereotipos. Según el discurso castrista, que admite pasivamente una buena parte de la opinión pública mundial, la Habana es un lugar de la izquierda y Miami un lugar de la derecha. ¿Cómo se puede tomar en serio este juicio si los ciudadanos de Miami poseen derechos políticos y los ciudadanos de la Habana no? En Miami existen suficientes libertades públicas como para que dirigentes del Partido Comunista de Cuba defiendan sus ideas sin que por ello sean encarcelados. Sólo si entendemos la izquierda sin democracia, es

decir, desde el autoritarismo revolucionario, entonces el juicio es aceptable. Lo cual iría contra la tendencia más fuerte de la izquierda latinoamericana y europea actual que es la redefinición de una democracia postcomunista. De ahí que lo más correcto sería decir que el cubano es, en todo caso, un régimen autoritario de extrema izquierda.

Sin embargo, La Habana es un lugar simbólico de la izquierda mundial, ya que es la sede de un gobierno que surgió, hace 43 años, de una revolución nacionalista, la cual fascinó a las mentes progresistas y comunistas de los años 60 y 70; mientras que Miami es un lugar simbólico de la derecha porque es una comunidad creada por un exilio, inicialmente, burgués, católico, racista e intolerante. Hoy las cosas no son así: hay multiculturalismo en Miami y racismo en la Habana, tolerancia con artistas e intelectuales de la Isla en Coral Gables y cierre, intransigencia y difamación contra la «mafia cubanoamericana» en el Vedado, travestismo al aire libre en South Beach y persecución de homosexuales en La Rampa. Pero lo que cuenta no es la realidad, sino el símbolo. Es tal la fuerza simbólica del castrismo, sobre todo por su sesgo antinorteamericano, que provoca actitudes esquizoides o francamente hipócritas en intelectuales y políticos de la izquierda europea que luchan por la democracia en sus países y, a la vez, defienden la falta de democracia en Cuba. El castrismo está bien para los cubanos, pero no para los catalanes, los italianos o los franceses.

Al parecer, la gravitación hacia la izquierda persiste en la vida política cubana. La poca oposición que intenta, a duras penas, articularse en Cuba se piensa como izquierda. De hecho surge, en la Isla y el exilio, una peligrosa concepción territorial de la política: ser opositor adentro, o sea, disidente, es ser de izquierda, ser opositor afuera, o sea, exiliado, es ser de derecha. Pero afuera existe ese mismo deseo de los actores políticos de inscribirse únicamente en la izquierda. A excepción de ciertas zonas del exilio de Miami y algunas colonias históricas en México, Madrid y París, la nueva emigración cubana, más o menos politizada, que se asienta en ciudades latinoamericanas y europeas, responde a un imaginario de izquierda. Contrario a lo que muchos piensan, Miami sería, precisamente por la agresividad de su estereotipo negativo, el lugar ideal para empezar a concebir —intelectualmente por lo menos— una nueva derecha cubana, ya que es la única porción de la diáspora que no tiene que quedar bien con la izquierda mundial.

Imagino una nueva derecha cubana que sea democrática, pero celosa del respeto a la ley y el orden; republicana y antimulticulturalista; nacionalista, pero no xenófoba ni racista; tolerante y, a la vez, cívica; liberal, aunque preocupada por la pobreza, la insalubridad y la falta de instrucción; que valore las ventajas de un equilibrio financiero, en condiciones de apertura de los mercados, sin descuidar un necesario gasto público de beneficio social; que privatice grandes empresas de bienes y servicios, protegiendo la mediana y pequeña empresa privada nacional y conservando en manos del estado algunos sectores estratégicos... Una derecha que se plantee el reto, en su política exterior, cultural y educativa, de crear entre Cuba y Estados Unidos sólidas relaciones de respeto mutuo, amistad y colaboración, acabando de una vez y por todas

con el antinorteamericanismo como excusa para la dictadura y salvaguardando la soberanía del país. Una derecha así, dispuesta a competir limpiamente por el poder en unas elecciones libres, ¿está, acaso, prohibida para los cubanos? ¿es inconcebible en nuestra cultura?

El argumento con que el régimen cubano decreta la imposibilidad de cualquier oposición, de izquierda, de derecha o de centro, es que un actor así acabaría, inevitablemente, aliándose con Estados Unidos y amenazando la soberanía de la Isla. Esto es difícil de considerar en serio si se admite que el interés nacional de Washington no contempla la anexión de Cuba, sino, más bien, todo lo contrario: el desarrollo de un régimen democrático y de mercado que contenga la emigración. Una buena derecha cubana, además de balancear y distribuir nuestro unanimista espectro político, contribuiría a crear en la Isla un espacio público que se organice en torno a la democracia y no a la soberanía y que establezca como valor primordial la libertad de la sociedad y no la independencia del estado. En buena medida, la historia de Cuba, en los dos últimos siglos, ha sido la historia del sacrificio de los derechos de una ciudadanía en nombre de las potestades de un gobierno. Ojalá que en los próximos años esa terrible tradición se agote.



Sobre Joaquín Ferrer

La imaginación absoluta. En su estudio

Lionel Ray

Joven todavía, alejado de la historia trágica, furiosa y, a ratos, heroica de Cuba y América Latina, Joaquín Ferrer se instaló en un amplio estudio de la zona Pigalle en París, a donde Max Ernst llegó un día para admirar su manera singular de aplicar geometrías variables y de explorar el espacio interior. Han transcurrido más de treinta años. Ferrer se ha mudado, dentro del propio París, al Boulevard Brune, donde día tras día continúa sus inspirados ejercicios, en medio de una selva de lápices y pinceles. Si vacilas en el momento de cruzar el umbral de este lugar, será porque frente a una impresionante estantería —que guarda un verdadero museo de piezas artísticas del siglo xx— las paredes parece que te observan y te llaman: son máscaras hieráticas, torturadas o serenas, emblemáticas, que observan con la mirada sobre los mundos perdidos allende el océano, bosques misteriosos, maleza, sabanas, los mismos fetiches de Guinea u Oceanía que Guillaume Apollinaire describiera como «Cristos inferiores de esperanzas oscuras». Aquí, uno de grandes ojos ovalados mirando hacia delante; allí, otro semicilíndrico y policromático; y más allá, otro aún más intrigante, con los ojos cerrados. Es, en resumen, toda la historia del arte tribal de África y de otras regiones, cabezas conocidas, monstruosas de un cíclope o un hidrocéfalo, mujeres estilizadas, antílopes con cuernos interminables y otros animales casi místicos. Igual de insólitos resultan los budas, una máquina de coser en miniatura, un minúsculo caballero sobre su montura, algunos raros instrumentos musicales, caleidoscopios, talismanes esculpidos o tallados, antiguos utensilios, fotos (de mujeres de senos pronunciados o niños risueños), la décima carta del tarot representando la rueda de la fortuna... Y es aquí que, de pronto, te ves inmerso en la confusión de miradas y visiones a medida que estos objetos te sumergen en el mito.

Porque la pintura es también mitología abierta a cielos ignorados. Aquí los personajes de metal, piedra o papel susurran secretos de un tiempo inmemorial y del pasado reciente de los artistas, de un breve momento que, sin embargo, sobrevive sobre uno o dos centímetros cuadrados de papel insertado en un medallón ovalado. Medallones, figurillas y miniaturas se encuentran por doquier, entre una antología de poesía surrealista francesa o española y una veintena de volúmenes dedicados a Wifredo Lam y a otros artistas: Kandinsky, Miró, Paul Klee, Gustave Moreau, Max Ernst...

He aquí la verdadera patria de Ferrer, habitada por sus obras a la vez enigmáticas y familiares, donde es libre de perseguir las formas que le asedian.

Algunas de sus más recientes pinturas están colocadas de cara a la pared otras, visibles, para que percibas la extrema precisión de los trazos, la gran sutileza visual y, en el espacio cuadriculado que ha transformado, la fluidez del paso de una zona a otra, de un color brillante a otro apagado, y la trama de pinceladas entrecruzadas. Con la mirada abierta, vivaz y entusiasta, Ferrer te explicará, a su manera, con un lenguaje claro y un fuerte acento latino (y tanto da si se agotan las palabras) que lo que ves no es lo que ves, que prefiere las luces otoñales y la silueta nerviosa de los árboles en invierno cuando se acercan a la lujuria del pleno verano, que no puede saber qué será su obra antes de haber trazado su primer esbozo, y que lo considera un proceso de aprendizaje y descubrimiento.

Citando a Max Ernst

«... En cuanto a los jóvenes, siento pena por ellos. ¿Cómo evitar la impresión de que todo ya ha sido realizado antes que ellos? Es un gran error convertirlos en dioses antes de que hayan tenido tiempo de expresarse. Uno de ellos, Ferrer, es un poco mi descubrimiento. Apartado del arte pop, del arte mec y de las formas artísticas que les han sucedido, me parece profundamente artístico...».



Au seuil du silence (1979)
(En el umbral del silencio) Óleo sobre tela. 130 x 162 cm.



Monde sans mémoire n° 2 (1962)
(Mundo sin memoria n° 2) Óleo sobre tela. 162 x 130 cm.



Le rêve d'un paysage, ou soi-même (1990)
(El sueño de un paisaje, o uno mismo) Pintura sobre cartón de Arches. 75 x 55 cm.



Le rêve d'Icare (1991)
(El sueño de Icaro) Óleo sobre tela. 73 x 105 cm.



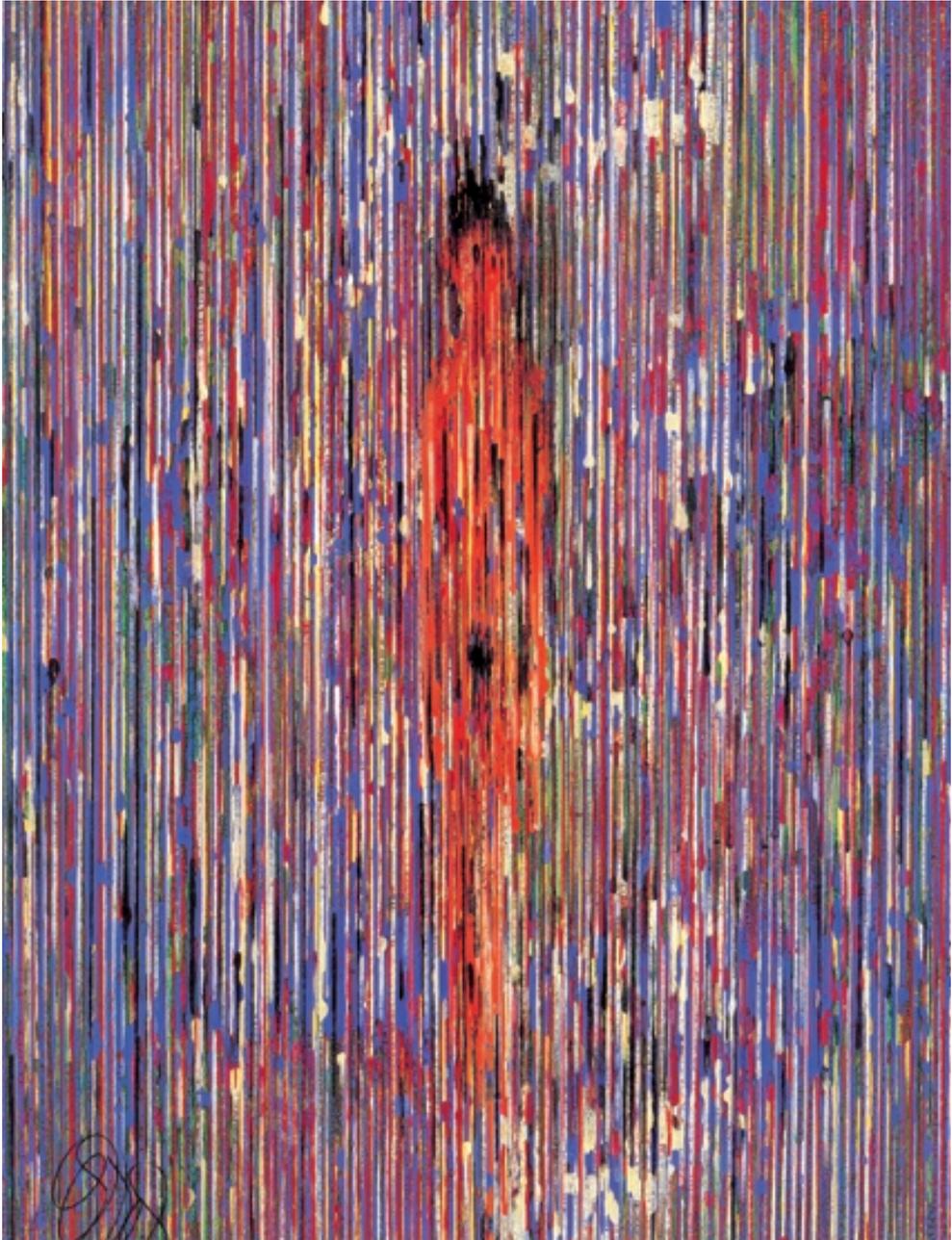
Simulateur de présence (1991)
(Simulador de presencia) (Fragmento) Pintura sobre tela. 150 x 150 cm.



L'endroit où on se perd, l'endroit où on se retrouve (1991)
(El sitio en el que uno se pierde, el sitio en el que uno se reencuentra) Óleo sobre tela. 150 x 150 cm.



Le vase bleu (1994)
(El jarrón azul) Óleo sobre tela. 92 x 80 cm.



Il était jadis une femme (1997)
(Érase una vez una mujer) Pintura sobre madera. 73 x 54 cm.

Teatro y otros poemas¹

Rafael Alcides

¹ Del libro *Conversaciones con Dios*.

Teatro

*Ya esto se acabó. Vestido de rey
él sigue tomando baños de sol en la terraza,
y un periodista extranjero, alguien
desconocedor de las magias del difunto,
diría equivocadamente que a pesar de sus achaques
el enfermo resiste. Pero tú y yo, Señor,
sabemos que esto se acabó,
que todo ha terminado, que los pronósticos
se cumplieron. Que para el caso
es como si toda aquella larga agonía
que hizo de nosotros
estas pobres sombras que desde la muerte miran,
hubiese llegado a su fin, y de todo ello
ahora sólo quedaran ropas amontonadas en el garaje
listas para ser echadas en el horno,
el olor de las velas, alguna esperma en el piso,
un silencio muy grande
y unas cuantas flores marchitas
que se cayeron de las coronas.
Lo del personaje en la terraza es película, ficción,
propaganda para que siga el espectáculo.*

El sueño de las tortugas

*Lento como una tortuga
pasa el día,
con paso de tortuga
vienen y se van los años,
demorados como tortugas muy importantes
un día te atienden, por fin,
el funcionario de la Corona
y la mesonera del camino real:
ambos
detrás de un muro de papeles
con cuños y consignas.
Aun la esperanza
avanza*

*con la calma de una tortuga muy vieja
que se hubiese dormido en el camino
(en el horizonte
por ahora de ella no vemos
ni el arcoiris que la anuncia).
Y todo en esta monarquía
dormida entre el olvido y el silencio
transcurre bajo el sueño de las tortugas.
De no ser por el miedo
a que te estén escuchando
o que de repente entren los soldados del rey,
este sería, Señor,
el reino de los bostezos.*

Dadme

*Dadme, oh Dios, la luz para entender,
la fuerza para seguir (al menos para resistir),
dadme una fe grande como un planeta grande
de mármol puro, y un ramito de ruda
para espantar al mentiroso,
y unos zapatos mágicos
para no volver a extraviarme,
y mucha luz para mi casa,
y fotos de los ausentes,
y un paraguas
para abrirlo en la sala como si estuviera lloviendo
y soñar que por eso tampoco hoy tenemos visita,
y una hoja de papel, Señor;
dadme mucho papel para escribirle a los ausentes
y sellos para enviarles mis cartas
y medicinas para olvidar;
dadme una dirección en esta tierra
hoy tan sola,
mencióname dos personas
a las cuales dirigirme en caso de necesidad,
márcamelas, señálamelas con una luz
o con un lugar muy exclusivo,
y no me dejes caer en la tentación
del que miente por cobardía,
ni me dejes solo frente a los funcionarios.*

*Hazme invulnerable, Señor:
Haz que mi muchacha no me abandone.
Dadme la luz, el pan y la esperanza de cada día,
cúidame el café y la casa y el perro
y el retrato de mi madre ya difunta
amarilleando en la pared,
y no te olvides,
no te olvides de mis zapatos mágicos.
Cuida de mí, oh Dios, ayúdame a seguir.
Dame una fe y un camino para salir de estos escombros.
Se Tú en este mundo mi abogado,
mi banquero, mi funcionario.
Cuida de mí, Señor. Ayúdame a entender.*

Dando gracias por mi mujer

*Gracias por mi mujer.
Gracias, Señor, porque viva
como el orégano y las enredaderas
y el rosal bajo el viento
que logró salir indemne
conservando todas sus rosas.*

*Gracias por conservarla intacta:
con sus dos tetas que brillan
(la izquierda y la derecha),
y todo lo otro de ella
que me ha hecho sentir
un hombre verdaderamente importante.*

*Ella, Señor, es lo perfecto,
lo callado, lo transparente,
la sal y la ternura de mi casa,
el suelo donde me sostengo,
mi café y mi cigarro.*

*Gracias, Señor.
Gracias porque no se acabe mi mujer
ni haya que cortarle nada.*

*Ella nació para hacer el té
y vivir útilmente
como el atardecer y el aire y la esperanza.
Ella es tímida, con algo de azucena
o de jacinto a la orilla de un río,
y cuando llueve
se acurruca y mira desde el fondo
con la tristeza de un cordero.
Ella sin mí en la muerte se moriría de miedo,
yo sin ella en la vida me sentiría perdido.*

*Gracias nuevamente,
Señor. En este día azul del mundo
y cuando ya no exista yo,
gracias. Gracias por este milagro.
Si sientes resonar las puertas del Cielo,
es la bulla de mi alegría aquí abajo.*

Sin palabras, sin palabras

*Me pasa lo que en el portón del cementerio
a quienes pálidos vinieron de provincias
con un telegrama en el bolsillo, y a provincias,
cabizbajos y más delgados, volverán ahora,
y acaso se estén viendo por última vez
luego de noches y noches de café y cigarros
y súplicas en común y anécdotas de un día dorado
revividas ahora entre cabezazos de sueño
y sobresaltos, mientras subía y bajaba lenta
la sábana del temor, en oleadas de agonía.*

*¡Ah!, Señor, si yo tuviera palabras
para despedirme decentemente
de estos hermanos que han sido mi alegría
y mi escudo. Palabras emocionadas
que aun Tú mismo tuvieras que escuchar
emocionado. Palabras
que contarán como en un cuento escrito en el cielo
cómo una vez en este mundo,
sobre la yerba de la primavera*

*o sobre la nieve desoladora de diciembre
con sus nostalgias, fueron
la muerte y la risa, y el sudor y el hambre,
y el frío y la victoria durante algún tiempo,
haciendo de estos millones de seres
que aquí se despiden
algo tan unido como el árbol a su sombra,
o más exactamente: cómo fueron
aquellos días de lo que nunca tendrá olvido
entretejiéndolos, entretejiéndolos
hasta dejarnos entramados como los hilos en una tela
o como el agua en el agua. Palabras
para decir adiós
a estos hombres y mujeres mitológicos
que nunca volverán a nacer,
que tuvieron una sola vida
y la metieron en este asunto,
y que ahora, oh Señor,
definitivamente
regresan más lejos que a provincias
porque regresan a ninguna parte:
ese sitio horrible y sin final
del que nunca se vuelve. Palabras
para llevar por esos vacíos de la nada
como un talismán o un recuerdo.*

*Pero hasta sin palabras
se queda el derrotado. Y sin público
además. Ni él mismo osaría escucharse.
Lleno de imágenes de cadáveres
caídos junto a un arma (y allí pudriéndose
entre latas de conservas vacías,
fotos, moscas y olvido)
besos junto a un tren y órdenes equivocadas,
qué podría decir el derrotado,
alegar qué. Hasta su figura
huele a derrota. Y la derrota huele a cenizas
y las cenizas huelen a pasado
y el pasado es un sitio
que ni dormidos desearían mencionar
quienes perdieron, sobre todo
si fueron traicionados,
o se sienten traicionados.
Y da miedo y mala suerte
mirar o ver un derrotado*

*(así sea de lejos),
mucho más si va apoyándose en muletas.*

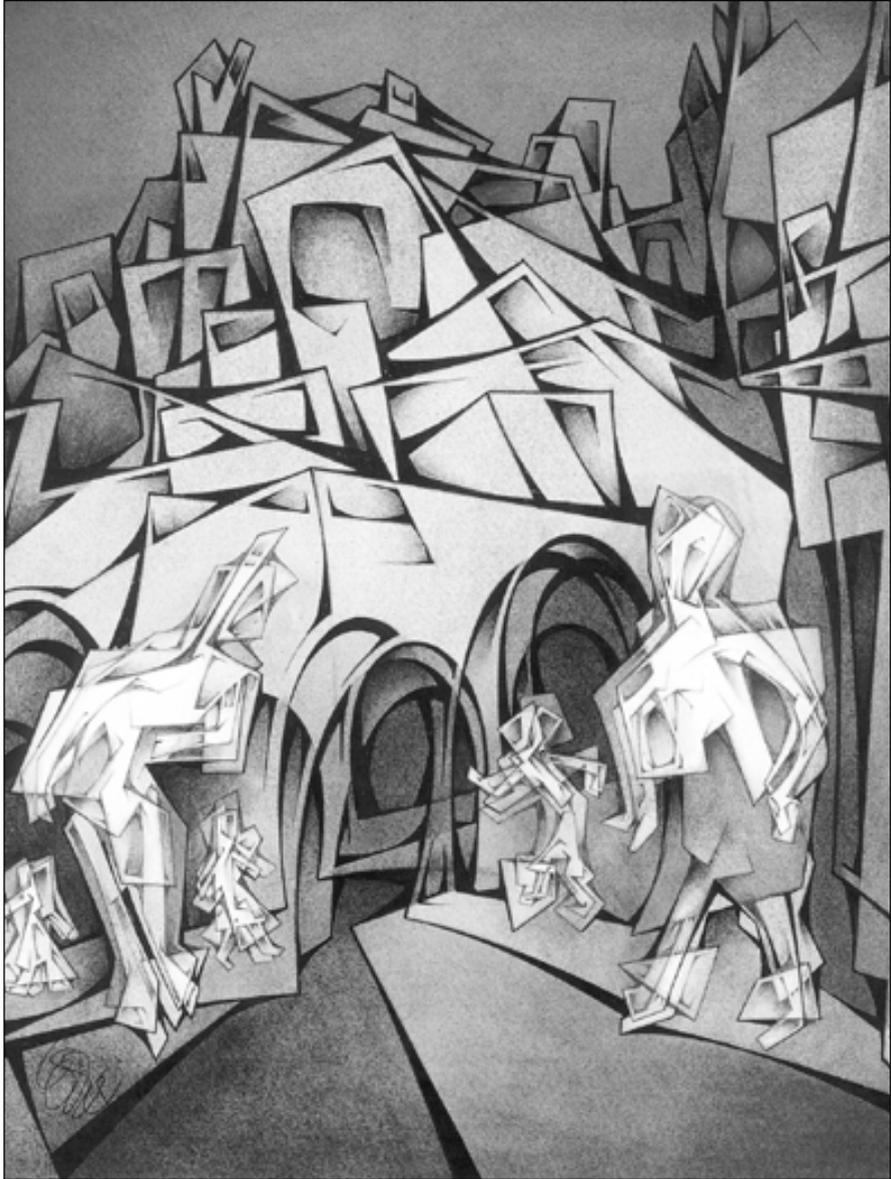
*Amigos, amigos:
me pasa lo que en el portón del cementerio
a aquellas gentes que vinieron de provincias
con la ilusión de un milagro.
Sólo que ellos acaban de decir adiós a un ser querido
y nosotros acabamos de enterrar un mundo,
nada menos que el mundo
donde estábamos parados
con nuestros sueños y nuestros mitos,
aquel mundo, amigos, que tan eterno parecía.*

*Como un niño que deja de recuerdo
al despedirse sus modestos tesoros
(un trompo, una pita, un anzuelo),
me gustaría en esta hora
regalar a cada uno de ustedes una foto del que yo era
cuando a golpes de himnos y banderas
que hermo­seaban la luz del cielo
e impedían ver la Tiranía
nos congregó la vida
en esta campaña que aquí termina.
Pero ello sería la foto de un fantasma,
y una foto del que soy ahora
sería la foto de un derrotado.*

Cual Cristo desde la cruz, ¡un abrazo!

*Un abrazo, amigos, hermanos,
sal y alegría de mi casa,
aceite de mi corazón.
Y abrácenme, abrácenme de nuevo, abrácenme,
quíéranme, recuérdense alguna vez:
es todo cuanto muerto de miedo
(pero sin arrepentirme)
se me ocurre en definitiva
entre las olas de este inmenso adiós.*

(¡Y que Dios nos acompañe!)



El amanecer de Reinaldo Arenas

Eliseo Alberto

LA PRIMERA VEZ QUE VI A REINALDO ARENAS LE DI UN ABRAZO; LA ÚLTIMA, LE DI LA espalda. Entre una tarde y otra pasaron unos trece años, y en ese tiempo los dos debimos haber cambiado mucho —no necesariamente para bien— Reinaldo y yo sólo teníamos un defecto en común: ambos éramos tímidos. Y un par de tímidos cara a cara son dos trenes frente a frente. Si se encuentran en una fiesta, por ejemplo, y buscan saludarse, uno de ellos tropieza con el mesero de las copas y el otro se enreda en los cables del tocadiscos, provocando así un sonoro y cristalino desastre: si les va bien, logran darse las manos desde el suelo, entre las piernas de los anonadados anfitriones. Sus amigos y enemigos más cercanos seguramente tienen otra impresión de él (sin duda, dejaba huellas diferentes), y la imagen que se desprende de su literatura puede ser la de un cubano endemoniado y divertido que recorrió el mundo lanzando insultos a diestra y a siniestra, mas yo lo recuerdo envuelto en la gasa de la timidez, como una odalisca campesina que nunca se deja ver los ojos y sólo ríe de sus maldades cuando nadie la mira. Como suele sucedernos a todos, existían al menos dos Reinaldos: uno palpable, público, que se movía cabizbajo por los escenarios de la sociedad literaria habanera, siempre con la tentación de un buen libro bajo el brazo, y otro Reinaldo secreto, privado, que al menor descuido se quitaba la ropa, se afilaba las uñas comenzaba a despellejar a los ausentes, embriagado por el veneno de la maledicencia, uno de sus licores preferidos —además del té, que gustaba beber sin azúcar—. Lo confieso: la primera vez, yo estaba lleno de ilusiones, la última, me moría de miedo. Su libro de memorias, *Antes que anochezca*, no deja lugar a equívocos: el Reinaldo viperino acabó por sepultar al tímido —de quien sólo se salvaron unas cuantas fotos, casi todas de medio perfil y con camisas de mangas cortas, blancas y apretadas al antebrazo—. Pienso que logró imponerse por una razón demoledora: parece haber tenido la premonición de que iba a morir pronto, que el almanaque, gastado en cárceles y cuartuchos de hoteles, no le iba a alcanzar para pecar y escribir todo lo que le dictaba al oído su demonio de la guarda. Era un hombre no sólo inquieto: tenía apuro. Para colmo, le tocaron unos años incendiarios, los de una Revolución prejuiciosa y machista que no quiso permitirse el lujo de compartir con «escorias humanas», como Arenas, ni siquiera un metro de playa. El Hombre Nuevo estaba obligado a ser un virtuoso, y cualquier maldito resultaba, en consecuencia, un enemigo. En cualquier parte, los locos más peligrosos son los que justifican sus delirios con el argumento de que la «Historia les dio la razón», como si la historia fuese Doctor Dios y no lo que todos suponemos: un montón de libros que no se leen muy a menudo. Al autor de *Viaje a La Habana*, la policía lo

persiguió con la furia de un sabueso que busca su liebre en el bosque, mientras sueñan, a lo lejos, las cornetas de los elegantes cazadores. Él también dio la talla, no se crean, porque no era un hombre de dejarse doblegar sin pataleta: un poeta acosado es un gato boca arriba. Casi un tigre. Además, las islas son callejones sin salida, así que Reinaldo tuvo que escalar los muros a mano limpia: por eso, cuando quiso volver a escribir en el exilio, las tenía tan duras. Acosado por el odio y ardiente por gozar, más que por ser querido, oculto o altanero, en Marianao o en Miami, jamás pudo despertar de la pesadilla que resultó de su rarísima existencia. Sobrevivió de fuga en fuga, escapando, aunque siempre que huía, como era un loco de atar, alzaba las manos por encima de la cabeza y, a riesgo de perder el equilibrio, se ponía a palmear una invisible pandereta, sin volver la vista atrás. ¿Por quién aplaudía? ¿Por quien va a ser: por él! Tal vez, aunque lo dudo, sólo en el segundo antes de suicidarse habrá conseguido un poco de paz. Ya daba igual, por fin sería libre y soberano, como confiesa en su rabiosa carta de despedida.

Debo admitir que no conozco ninguna sociedad lo suficientemente amplia y generosa donde Reinaldo hubiera podido encontrar un espacio menos hostil que el que consiguió, tanto en Cuba como en Estados Unidos. Acá lo acusaron de inmoral; allá de impresentable, una suerte de Oscar Wilde tropical, sin la elegancia del inglés, dandi y recurrente. Para ganarle tiempo al tiempo, echó a volar sobre campos minados de intolerancias, prejuicios y moralinas. Entretanto, las pocas noches que logró un descanso, escribió a paso doble una obra voluptuosa e imperfecta, un rosario de novelas que se imitan unas a otras, que se calcan, se clonan y se repiten, como ecos de un grito aterrador. Los ecos no siempre se entienden, porque la voz, al rebotar, se empasta. Tres de sus muchos libros bastan, sin embargo, para justificar el sitio de preferencia que los académicos le han concedido en el canon de la literatura contemporánea: las novelas *Celestino antes del alba* y *El mundo alucinante*, y sus destructivas memorias —donde tan cruel es con muchos de los que mucho lo quisieron, entre ellos mi padre, el poeta Eliseo Diego—. ¡Diablos, qué implacable! No dejó útere con cabeza, hasta el punto de terminar él mismo degollado, de puño y letra. «El testimonio de mi odio por toda la humanidad» resulta un catálogo maestro de lo dañinos que pueden ser la envidia y la ingratitud en el corazón de un genio. Entre el amanecer de su primer libro, hasta el crepúsculo de su último reclamo, Reinaldo Arenas escribió con semen y sangre una obra que parece pensada por un muerto que de nada se arrepiente. Que en paz descanse, si así lo desea. Lo dudo.

Vuelvo al día que lo conocí. Hasta el momento de aquel primer abrazo, nunca me lo había topado en el camino, aunque sabía de su enorme talento por mi padre, quien meses atrás había descubierto al holguinero Arenas en un Taller de Lecturas que organizaba en la Biblioteca Nacional. Reinaldo tampoco tenía por qué conocer al muchacho de quince o dieciséis años que le oprimía el esqueleto con esa fuerza descomunal que suelen tener los torpes de seis pies y tres pulgadas de estatura, lo mismo para saludar a un extraño que para cortar una rosa en el parque público. Por esas fechas acababa de publicarse *Celestino antes del alba*, y yo presumía ser de los primeros lectores. Entonces no pude frenar las ganas de que supiera cuánto lo admiraba. Creo que me agradeció el estrujón. ¡Ah, qué libro...! Me veo tumbado en mi cama, al pie de una enorme ventana, metiéndome la novela por los ojos, letra a letra. Luego nos cruzamos

en muchas ocasiones, y nos detuvimos a platicar unas pocas, bien en los cafetines del Parque Lenin, bien en los vestíbulos de los teatros, donde siempre nos encontrábamos porque los dos nos pegábamos a las paredes para pasar inadvertidos. La última vez que coincidimos, por pura casualidad, fue en el paseo del malecón habanero, poco antes de que Reinaldo escapara de Cuba por uno de los agujeros más negros de nuestra historia: Mariel, un puerto que quisieron convertir en basurero humano y resultó un símbolo de resistencia. Corrían días horribles. Horribles. La dirigencia del país, sorprendida por los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana, donde habían hallado refugio más de diez mil cubanos en unos cuantos metros cuadrados de terreno, decidió expulsar hacia el océano a todo aquel que resultara incómodo al sistema, sean locos napoleónicos, asesinos confesos, disidentes lenguaraces u homosexuales sin complejo, hasta sumar ciento veinte mil aborrecidos. No quiero acordarme de esa salvajada. Reinaldo y yo caminábamos por el malecón, solos. Lo reconocí desde lejos. El sol del atardecer, insoportablemente anaranjado, recortaba a contraluz su guajira cabellera. ¿Estaría despidiéndose de esa ciudad ofendida que tanto lo cuestionó; de ese mar-madre donde tantas veces quiso extraviarse, dando volteretas bajo el agua; de ese cielo tan indiferente que nunca le regaló un sueño amable? Crucé la calle. Le di la espalda. Desde la acera de enfrente, tuve la impresión de que iba silbando. ¿Me habrá visto? Luego supe de su muerte, en Nueva York, ahogado en una bolsa de hule. Recuerdo el alma de papá cuando le dije la noticia: el dolor lo transparentaba. Nunca lo había visto llorar de esa manera, como si se le hubiese roto algo dentro: se cavó el mentón en el pecho y comenzó a rezar en voz baja y áspera. Creo que estaba seguro de que su solicitud de clemencia iba a valer un pepino. Yo volví a sentir miedo. Demasiado. Perdí la tarde pensando en dónde diablos estaba Dios.

No se extrañe nadie si en la transmisión televisiva de los Oscar, de pronto se ve pasar una sombra saltarina, un fantasma sin camisa que hace muecas a los presentes, muestra el trasero ante las cámaras y pretende despeinar a Javier Bardem. Por nada de este mundo, o del otro, Reinaldo se perderá esa fiesta. Irá al frente de una comparsa de espectros juguetones. Gane o no gane Javier, yo le aplaudiré a Reinaldo desde mi cuarto, sin pedirle perdón ni perdonarlo. Sé que es tarde ya para decirle que lo admiro, a pesar de los pesares, porque aseguran de buena tinta que a los muertos como él les importa un rábano el odio o el cariño: el verdadero infierno, para ellos, fue la vida.

(Tomado de *El País Semanal*, 18 de marzo de 2001)

Para que se respeten los derechos humanos

Jorge Castañeda

Ginebra, Suiza, 20 de marzo de 2001.

Señor Presidente.
Estimados colegas.
Señoras y señores:

Deseo felicitar al embajador Leandro Despuy por su elección como presidente del 57 período de sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y augurarle una exitosa conducción de los trabajos de la Comisión.

Acudo a este foro con el mandato de mi Gobierno y de la sociedad mexicana para manifestar nuestro nuevo compromiso de respetar y contribuir con la comunidad internacional para que se respeten en todo el mundo los derechos humanos. El Gobierno de México ha escogido este foro para presentar una serie de acciones que dan testimonio de un cambio fundamental en nuestra política hacia estos valores trascendentales.

Vengo en representación de un México nuevo. Por primera vez en nuestra historia reciente, un candidato de la oposición fue electo Presidente, dando paso a un gobierno para el cual los derechos fundamentales de la persona son una prioridad. Desde su campaña electoral, Vicente Fox anticipó que la protección de los derechos humanos sería una de sus preocupaciones centrales y que buscaría consolidar una cultura que repudie su violación y sancione a los culpables.

El Gobierno de México tiene una ambiciosa agenda en materia de derechos humanos, la cual requerirá de un trabajo sustantivo e institucional sumamente arduo en los años por venir. Las líneas de acción prioritarias que emprenderemos para alcanzar dicho fin serán las siguientes:

Fortaleceremos el respeto a los derechos humanos como un elemento central del proceso de reforma del Estado;

Abriremos espacios permanentes a las organizaciones de la sociedad civil para que contribuyan activamente en el diseño de las políticas públicas;

Reformaremos de manera integral el sistema de procuración y administración de justicia del país.

Palabras del Secretario de Relaciones Exteriores de México, en el 57^o período de sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU.

Defenderemos los derechos de los mexicanos en el extranjero mediante esquemas que les garanticen trato humano, seguridad jurídica y condiciones de empleo dignas.

Velaremos por el cabal cumplimiento de los compromisos internacionales de México en materia de derechos humanos y ampliaremos la cooperación con los mecanismos multilaterales de protección; y armonizaremos la legislación mexicana con los instrumentos internacionales de derechos humanos.

El Gobierno de México está resuelto a enfrentar los graves rezagos en materia de derechos humanos que persisten en el país. En especial, combatiremos la marginación, la pobreza y las injusticias históricas que padecen los pueblos indígenas de México, garantizando sus derechos humanos. El combate a la desigualdad es la gran asignatura pendiente para nuestro país y, por ello, estamos conscientes de nuestra obligación de crear nuevas condiciones de desarrollo con justicia para todos.

Consideramos que los acontecimientos que han tenido lugar en Chiapas desde 1994, colocaron en primer plano una realidad innegable e intolerable que había sido ignorada por la sociedad y el Gobierno. La construcción del nuevo proyecto nacional democrático y de un desarrollo incluyente sólo será viable si logramos establecer una cultura de derechos humanos en todo el país y una paz duradera en Chiapas. Por ello, desde el inicio de su gobierno, el presidente Fox ha hecho patente, mediante hechos concretos, su voluntad de reconciliación y paz.

México también está demostrando en los hechos su nuevo compromiso con la defensa y el respeto a los derechos humanos.

En su toma de posesión, el presidente Fox anunció la designación de una embajadora en Misión Especial para los Derechos Humanos y la Democracia, quien estará trabajando intensamente con ustedes en estas sesiones.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue la firma, el 2 de diciembre, de un Acuerdo de Cooperación Técnica con la Oficina de la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Mary Robinson. Dicho acuerdo será seguido por uno de segunda fase más ambicioso.

Se procederá, en breve, a la negociación de un Acuerdo Marco de Cooperación con la Alta Comisionada, a quien se invitará a establecer una oficina en México.

Como parte de nuestro firme compromiso con la apertura y la cooperación, quiero en esta oportunidad, extender una invitación permanente a los representantes de mecanismos internacionales de derechos humanos para que visiten México. El diálogo franco y constructivo con los mecanismos del sistema será una contribución fundamental a los esfuerzos que llevamos a cabo en la materia. Damos la bienvenida a la mirada externa y confiamos en la contribución de mujeres y hombres que demuestran su compromiso con el respeto por los derechos humanos en nuestro país, como Mary Robinson, Pierre Sané, José Miguel Vivanco y los visitantes extranjeros que han seguido de cerca la evolución del conflicto en Chiapas.

Los derechos de los pueblos indígenas de México constituyen una prioridad del Gobierno mexicano. Por ello, estamos promoviendo un conjunto de reformas de largo alcance que tiene como precedente el Convenio 169 sobre Pueblos Indígenas y Tribales de la Organización Internacional del Trabajo, firmado por nuestro país en 1989 y ratificado en 1990. Si bien la Constitución de la República se modificó en 1992 para reconocer la composición pluricultural de la nación sustentada en la existencia de dichos pueblos,

tenemos el firme compromiso de continuar legislando en esta materia. Confiamos que en los próximos días se iniciará la discusión en el Congreso de una iniciativa de reforma constitucional presentada por el Ejecutivo para reconocer la autonomía y la vigencia de los sistemas normativos indígenas dentro del marco del Estado, la cual retoma los Acuerdos firmados entre el Gobierno federal y el EZLN.

En el ámbito internacional, México promoverá la aplicación universal de aquellos instrumentos internacionales en materia de derechos humanos que, desde un punto de vista formal, no han sido suscritos o ratificados por todos los Estados o se encuentran condicionados por reservas de diversa índole. También actualizaremos nuestras obligaciones internacionales, mediante la adhesión a los tratados en materia de derechos humanos y derecho internacional humanitario de los que aún no seamos parte y el retiro de reservas en otros, entre los que cabe destacar el Protocolo Facultativo del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, la Convención Interamericana sobre Desaparición Forzada de Personas, de 1994 y el Protocolo Facultativo de 1999 a la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer.

Buscaremos armonizar la legislación mexicana a fin de que sea plenamente congruente con nuestras obligaciones internacionales en materia de derechos humanos y aceptaremos la competencia que ello implica. También promoveremos la ratificación de aquellos instrumentos que ya hemos firmado.

Señor Presidente:

Para México, la protección de los derechos humanos es un valor universal, una obligación individual y colectiva de los Estados. Por ello, no compartimos las tesis que pretendan justificar su inobservancia. Quisiera comentar brevemente algunas de ellas y exponer nuestras razones para rechazarlas.

Se ha sostenido que la defensa y la promoción de los derechos humanos constituyen asuntos internos de cada país que no deben sujetarse al escrutinio internacional. México no comparte esta tesis. Afirma categóricamente que los derechos humanos representan valores con validez absoluta y universal. En tanto que absolutos, no pueden ser condicionados por ninguna instancia. No son internos ni externos, son humanos. En particular, estamos convencidos de que no puede apelarse a la soberanía para justificar la violación de derechos que por su carácter fundamental y su trascendencia la anteceden. El ejercicio de la soberanía no puede, de ninguna manera, perseguir fines inhumanos; no puede, por tanto, ser ejercida por un Estado en contra de los derechos fundamentales de sus ciudadanos y de cada individuo que se encuentre en el ámbito de su soberanía.

En tanto que valores universales, la situación de los derechos humanos en cualquier Estado es una preocupación legítima de la comunidad internacional en su conjunto. La labor de promover su vigencia y respeto es empresa común de todos los gobiernos y todos los pueblos, y no puede estar supeditada a la exclusiva voluntad de un gobierno.

Rechazamos, asimismo, la tesis de que los derechos humanos reflejan valores occidentales y que, por tanto, no deben aplicarse en sociedades con tradiciones y culturas distintas. Los derechos humanos son a la vez el resultado de la historia y son universales. Nacen en occidente pero son valores universales porque reconocen en cada individuo

un miembro de pleno derecho de la humanidad. Como un país con una cultura diversa y milenaria, México no es ajeno a la compleja convivencia de formas de vida y de pensamiento que tiene lugar en una sociedad plural. Si bien reconocemos la influencia de las condiciones históricas, culturales y religiosas, así como las diferencias entre sistemas políticos, en las prácticas cotidianas de cada sociedad particular, esto no puede justificar la violación de derechos que son fundamentales.

Es un hecho que los países han llegado en distintos momentos a promover y defender la vigencia plena de este conjunto de derechos, puesto que se trata de un proceso histórico. Algunos países le confieren mayor importancia a los derechos económicos y sociales, por ejemplo, situándolos por encima de otros, como los derechos políticos y civiles. Si bien es importante garantizar los primeros, ello de ninguna manera debe usarse como excusa para no satisfacer los segundos. Todos los Estados compartimos la obligación de respetar todos los derechos humanos, ya que éstos son universales, indivisibles e interdependientes, como lo estableció, señaladamente, la Declaración de Viena de 1993.

Tampoco admitimos la tesis mediante la cual algunos Estados han pretendido justificar la violación de los derechos humanos como una respuesta ante la hostilidad o la agresión extranjera. Sostenemos con toda firmeza que no es válido restringir los derechos humanos de una sociedad ni violar sus libertades fundamentales apelando a los intereses del Estado ante el extranjero, pues no existe fundamento jurídico o ético alguno para ello. Como lo estipula la Convención de Ginebra, ninguna acción hostil externa, ni la guerra misma, ni el aislamiento, bloqueo u ostracismo pueden justificar la violación de los derechos fundamentales de la persona humana. Nuevamente, la observancia de los derechos humanos no puede condicionarse.

Debemos ser claros. Si queremos que prevalezcan los derechos humanos, éstos no pueden ser condicionados, pero tampoco su defensa debe ser utilizada para otros fines. Ambas actitudes son nefastas. México reconoce que con frecuencia la situación de los derechos humanos en algunas naciones se ha discutido y condenado con base en criterios selectivos, derivados de intereses políticos y no de una genuina preocupación por la defensa de esos derechos. Por ello, en muchos casos las resoluciones emitidas contra países cuyo respeto a los derechos humanos ha sido justamente denunciado, han tenido vicios de origen que ponen en entredicho la validez de la censura misma. Esta utilización inaceptable de los instrumentos de los derechos humanos ha contribuido a polarizar las posiciones y a debilitar la cooperación entre los Estados. También provoca una actitud defensiva de los Estados condenados que no es conducente a una verdadera protección de los derechos humanos. En realidad, la defensa de estos derechos puede debilitarse cuando se mide su observancia con esta doble vara. Para México, carece de importancia qué nación promueve una condena ni los motivos que pudiera tener para hacerlo; lo que importa es si se violan o no los derechos humanos.

Es importante evitar que motivos ulteriores desvirtúen una iniciativa destinada a promover los derechos humanos. Por ello, favorecemos un tratamiento equilibrado, sobre bases objetivas y no selectivas, de la situación de los derechos humanos en el mundo y reiteramos nuestro interés indeclinable por trabajar a favor de los derechos humanos en todos los Estados. Nuestra voz será clara y nuestro voto reflejará el contexto real y objetivo en el que se emita.

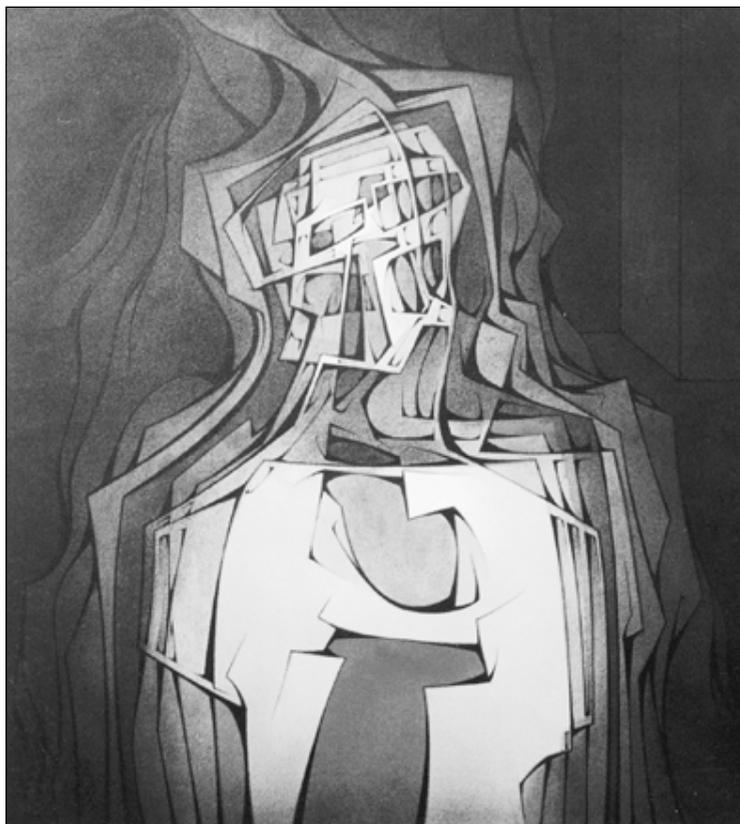
Señoras y señores:

En este acto, México afirma su compromiso indeclinable con los derechos humanos. En los próximos años buscaremos fomentar una más intensa cooperación con los demás Estados y con los mecanismos internacionales existentes para la promoción de los derechos humanos.

Las aportaciones de México a los trabajos de esta Comisión serán amplias y constructivas. Promoveremos iniciativas en favor del respeto a los derechos humanos de los migrantes —en particular, solicitaremos a la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos que evalúe la situación que enfrentan los migrantes al norte de nuestra frontera— e iniciativas en favor del respeto de los pueblos indígenas. Apoyaremos la promoción de los valores de la democracia, el combate a la pena de muerte, el respeto a los defensores de los derechos humanos, el combate a la impunidad, así como la promoción y protección de los derechos de la niñez y de la mujer.

No quedará lugar a dudas respecto a la decidida determinación del presidente Vicente Fox por colocar a México en la posición de vanguardia del movimiento mundial de protección a los derechos humanos, posición que siempre debió ocupar.

Muchas gracias.



Escribir el Caribe que somos

René Depestre

¿CUÁL ES LA HERENCIA ORIGINAL EN LA QUE EL ESCRITOR del Caribe se apoya para ejercer las funciones de la escritura? ¿Cuál sería su respuesta a la pregunta sobre el artificio y la ilusión en la vida en sociedad? ¿Cuáles son los factores históricos que mejor identificarían su búsqueda de sentido en un mundo enmascarado que su capacidad poética y de fabulación le incitan de desvelar?

Ante todo, hay que devolver a la historia de las Indias Occidentales (con sus mitos y sus realidades *sui géneris*) lo que le pertenece por derecho propio: un ecosistema de civilización y cultura donde, desde 1492, —en lo que se refiere a los aspectos social, religioso, musical, plástico, literario— lo barroco, lo picaresco, lo épico, lo onírico, lo mágico, lo erótico, lo carnavalesco, profusamente condicionados por una dinámica de criollización, no han cesado de interpenetrarse, mezclarse violentamente entre sí, oponerse o interfecundarse con una loca exhuberancia.

Las sociedades caribeñas se comunican a través de un resplandeciente multilingüismo: tres o cuatro variedades de *creole*, varias lenguas europeas —francés, inglés, español, holandés— a las que hay que añadir el papiamento y diversos localismos como el jamaicano de las colinas y el dialecto *bajan* de Barbados. Nuestras letras son la negación estética (poética, narrativa, teatral) de la *realpolitik* que el esclavismo y la colonización hicieron fermentar con ardor en la vida del Caribe y de otros países americanos. Nuestros poemas, nuestras ficciones, nuestros espectáculos, toman sus circunstancias trágicas de un imaginario formidablemente compuesto que se ha constituido mediante ósmosis aluviales con una naturaleza, unas costumbres, mentalidades, tragedias, crisis de identidad, conflictos de «raza» y de religión, surgidos, al borde del mar Caribe, del mismo régimen de las plantaciones americanas.

En el universo cerrado de la plantación, el orden esclavista censó y clasificó en razas antagónicas diferentes modelos históricos de la condición humana, que se integraron a toque de tambor en un mito etnocentrista considerado de derecho divino. Ese cuento racial de nunca acabar, sin embargo, añadió una complejidad jamás conocida hasta entonces a la farsa del amo y el esclavo, del indígena y el colono, de Próspero y Calibán. Se había establecido una relación de causa-efecto entre el color de la epidermis y el *status* social de los seres vivos. Los rasgos físicos de las etnias europeas, amerindias, africanas se convirtieron, desde el momento en que las civilizaciones entraron en contacto, en marcadores sociales que permitirían identificar por el color de la piel las relaciones de dominio y dependencia entre los grupos presentes en el escenario de las colonias. La necesidad, ridículamente enmascarada de blanco, creó de repente una nueva antropología alrededor de los espejismos y las trampas de una ideología basada ya en la degradación, ya en la revalorización de los miembros de la misma especie.

La epidermización de los antagonismos religiosos, económicos, psicológicos, culturales, políticos, sexuales, trajo consigo el envilecimiento de los colonizados —llamados genéricamente *indios*, *morenos*, *negros*, *pieles rojas* y otras *gentes de color*— y condujo a la elevación ontológica de los colonos al rango de *blancos*. Los aborígenes del archipiélago —isleños de distintos orígenes (arawaks, taínos, siboneyes, caribes)— se quedaron estupefactos cuando un día escucharon que se les llamaba a todos, sin establecer ninguna diferencia, ¡indios de América!

Un escándalo semántico (semiótico) del mismo calibre dejó sin respiración a los sudaneses y a los bantús del África subsahariana: también a sus espaldas, su múltiple idiosincrasia se había quedado reducida al único atuendo existencial de *negros*. Otros tipos de hombres y mujeres, que tenían su especificidad étnica de franceses, españoles, ingleses, portugueses, neerlandeses, daneses, fueron elevados al rango de *blancos* para servir de faro genérico (religioso y cultural) al conjunto de la creación...

A la ocultación maléfica de los cuerpos y de las identidades le acompañó la geográfica. Colón, a falta del fabuloso Oriente de sus sueños de marino, bautizó, a pesar de todo, con el nombre de Indias Occidentales a la encrucijada insular en forma de arco semicircular que conquistó en nombre de los Reyes Católicos. Todo sucedió como si para el cumplimiento de sus designios imperiales «al otro lado de la marocéana», el occidente cristiano hubiera experimentado la necesidad de ponerle máscaras de carnaval tanto a los lugares geográficos como a las realidades antropológicas y culturales que su espíritu aventurero de invención y conquista aspiraba a colonizar.

El Caribe, escenario del primer encuentro entre pueblos y culturas de tres continentes, que hasta entonces ninguna aventura histórica había jamás asociado; el Caribe, humanamente, étnicamente multiforme, reconvertido en la imaginación del Almirante español, entró escandalosamente en la historia con disfraces raciales bien definidos. Cruelles enredos políticos iban a enfrentar violentamente a estos presuntos hombres blancos, indios, negros, amarillos con otros «personajes» que aparecieron en la misma época en el escenario

americano: minas de oro y plata, azúcar, tabaco, café, ron, índigo, especias, destinadas a reinar sobre la mano de obra de color, y sobre mercados que su servil trabajo estaba llamado a alimentar. Y a los productos exóticos hay que añadir, como protagonistas de la historia caribeña, los fenómenos naturales de esta tierra: ciclones, rasdemares, seísmos, volcanes, si queremos comprender la vida abigarrada de estas islas de todos los vientos, así como la profusión de sus modos de ser y la complejidad identitaria que aparece entre líneas en el centro de sus literaturas.

En este nuevo mundo, la Europa renacentista aprendió a dibujar, más exactamente que antes, los contornos del planeta. Por vez primera, la diversidad étnica de sus habitantes —sus paisajes, su vegetación, su fauna, sus horizontes cósmicos—, se le había revelado abundantemente. Éste fue el punto de partida de un dominio del espacio marítimo y terrestre radicalmente renovado. Las teorías de navegación y la cartografía dieron un gran salto de avance. La evaluación de las distancias, de las corrientes, de los vientos, los relieves topográficos, alcanzaron una precisión y una fineza de cálculo hasta entonces desconocida. Las innovaciones tecnológicas prepararon las condiciones de una revolución comercial e industrial que no iba a tardar mucho en manifestarse: máquinas de vapor, técnicas de evaporación en el vacío, y de perfeccionamiento de los molinos. La producción de las mercancías tropicales recibió un impulso sin precedentes. El régimen de plantaciones del archipiélago funcionó audazmente como el pulmón gigante del comercio mundial. El apogeo del Caribe puede que haya sido una de las causas mayores del progreso del Siglo de la Luces y de la Enciclopedia, uno de los elementos esenciales del desarrollo del derecho y de la urbanidad en los espíritus y en las instituciones de la modernidad democrática.

¿Se podrán integrar algún día nuestros modelos criollos de hominidad con los modos de pensar y las costumbres de la Cristiandad? Los conglomerados de negros y mulatos de las plantaciones del hemisferio occidental ¿serán asimilables o permanecerán para siempre indiferentes a la democracia? Elevados más tarde al rango de un Caribe responsable de los derechos humanos y ciudadanos, ¿estarán en condiciones de convertirse, de pleno derecho, en «anglosajones» y «latinos» educados como buenos protestantes y buenos católicos de ultramar?

Cuando los nativos comprendieron que los dioses yorubas, fanti-ashanti, fons, congos, del África Negra, al igual que sus primos amerindios, estaban obligados a desaparecer ante el absolutismo y el etnocentrismo de Cristo y sus misiones, se aferraron ferozmente a la memoria de su fe animista. Agrupados en torno a la insurrección de los loas, santos, orishas¹ de origen sudanés y bantú, los ofendidos hombres y mujeres de las plantaciones hicieron caso omiso de la intimidación de los Evangelios de Occidente, y se hicieron permeables al oxígeno y al aliento de sus vencidos ancestros.

¹ Loas, santos, orishas: dioses o seres sobrenaturales del vudú haitiano, la santería cubana, el culto *Shango* de Trinidad, el *Candomblé* de Brasil.

Señoras y señores, a nosotros nos pertenecen las peleas de gallos, la sensual *rara*² de la Semana Santa, el café negro y el lastre de las bromas de las veladas mortuorias, la alegre embriaguez de los lucanos en la playa, las *accras* y los pastelitos de bacalao con guindilla, el viril y delicioso plátano del bananero, las fiestas católicas que nuestra alegría de vivir consigue combinar con la santería y con el vudú liberadores de la vida.

El cimarronazgo proclama en mis venas que el tiempo de los escupitajos y de los grilletes en los pies, que el tiempo del «absoluto ultraje», no cambia el orden natural de los acontecimientos de la historia. Nos pertenecen los momentos bellos y completos en el carnaval y en los bosques, para apoderarnos de las identidades negras capaces de conjurar los resignados comportamientos del *Tío-Tomismo*, los llantos de rodillas, el bendito-sea-sí criollo que, dando la espalda a las intrépidas revueltas del espíritu, se conforman criollamente con rastreras conductas de imitación y servilismo.

Nos pertenecen las negritudes y los criollismos que se tienen sobre sus pies con aplomo. El vivir surreal cabalga en el pura-sangre de nuestras raíces. Lo real-maravilloso caribeño nos aleja de las barbaries imaginarias y de las trampas para zombis. La libre experiencia de los cimarrones termina por crear el horizonte de una nueva escala de valores en la música, el baile, la cocina, las artes y las letras. La sal marina del lenguaje pone por las nubes nuestras huellas digitales. Bajo sus variadas máscaras, el Caribe se abandona al oleaje de nuestros sueños: guaracha, conga, merengue, calipso, mambo, chachachá, jazz (poemas y prosas de nuestro ascenso hacia la luz), todo esto en las colinas, esto soy yo, esto somos nosotros, *bossa nova*, salsa, *reggae*, *rap*, todo a orillas del mar, hasta perderse de vista en el océano, lo compartimos con Francia y con Europa. ¡En aras de que prevalezcan el derecho y la ternura en el mundo, compartimos con todos el Caribe poético y musical que somos!

De espaldas a las quimeras del siglo, nuestra ficción alimenta la múltiple identidad de gentes en equilibrio inestable sobre los imaginarios de numerosas lenguas y de treinta y seis pecados capitales. El Caribe administra su medicina a la piel de zapa de las ideologías mientras que su «palabra nocturna» abraza la confluencia mundial de las literaturas. En la obra de los escritores caribeños (después de haber seguido el trabajo de unos cuarenta de ellos)³, la desmesura carnavalesca del oficio de mezclar alegrías con dolor fomenta una

² Rara: carnaval rural que, en Haití, acompaña a los ritos de la Semana Santa con gran alarde de sensualidad.

³ A finales de siglo, la literatura caribeña tiene un importante número de escritores que engrandecen el panorama mundial de las letras: J. S. Alexis, Reinaldo Arenas, E. K. Bratwhaite, Guillermo Cabrera Infante, Alejo Carpentier, G. Castera, Aimée Césaire, P. Chamoiseau, J. C. Charles, Marie Chauvet, Maryse Condé, R. Confiant, L. P. Dalember, L. Damas, Edwige Danticat, Davertige, Lilas Desquiron, Jesús Díaz, J. C. Fignolé, Frankétienne, Edouard Glissant, Nicolás Guillén, Enrique Labrador Ruiz, D. Laferrière, José Lezama Lima, Eduardo Manet, C. McKay, D. Maximim, J. Métellus, V. S. Naipaul, E. Ollivier, X. Orville, H. Padilla, L. Palés Matos, E. Pépin, A. Phelps, Gisèle Pineau, J. Roumain, C. M. St-Aude, Simone Schwarz-Bart, Zoé Valdés, D. Walcott, y otros veinte autores válidos, sin olvidar al caribeño de *tierra firme* de la ficción fabulosa, el colombiano G. García Márquez.

ampliación de la escala de percepción de lo real: una especie de «iluminación inusual» alumbra nuestros problemas de la máscara y la verdad, del ser y el parecer, de manera singular en un momento en el que la larga marcha de la humanidad ha emprendido la globalización.

HEGEL EN EL CARIBE

Papá Hegel es savia soberana
en el olmo de la filosofía:
sus palabras de filósofo alemán
siguen viajando triunfantes
alrededor de los seres, de los pájaros
y de las cosas bellas de la vida,
pero su faro permanece ciego
al naufragio de los Negros
a orillas del mar Caribe

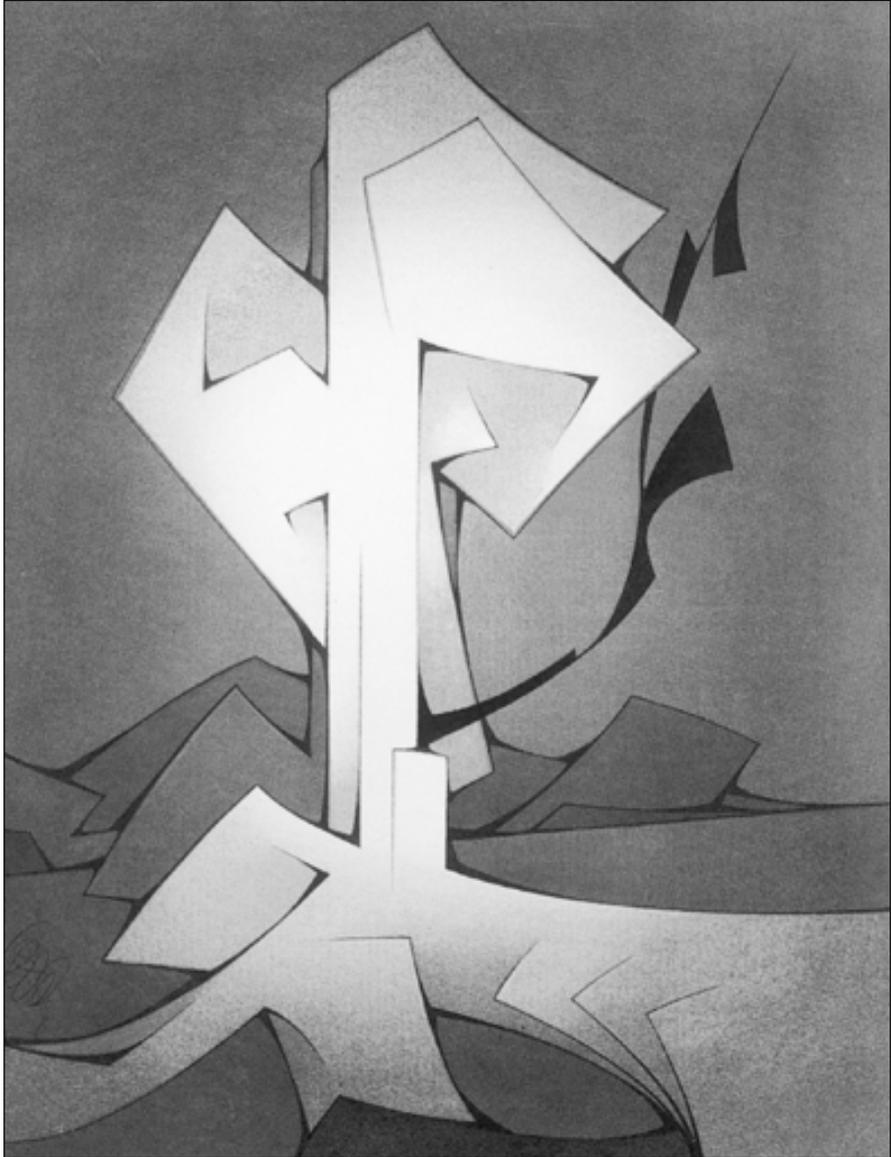
¿Será por esto que el mar
es un poeta trágico?

Papá Hegel conoció de memoria,
como su pupitre, la dialéctica
del ser y el parecer en la sociedad
de plantación: amo y esclavo
colono/indígena
santo cristiano/*loa* vudú
francés/criollo
blanco/negro/mulato
Sin embargo, sus palabras se vuelven sombras al tocar
los problemas de la máscara y la verdad.

¿Será por esto que mi vida
no es una escalera de cristal?

Papá Hegel tiene fuertes manos proféticas
de carpintero para sacar a la luz
leyes y secretos de la Gran Historia
de la humanidad, pero no tiene ojos de hermano
para las venas que corren, enloquecidas
desoladas, en el bosque del desgraciado negro.

¿Será por eso, porque soy negro
que como y bailo en la cocina
cuando hay noches de fiesta en Occidente?



Aventuras y desventuras de la evangelización en la América Latina¹

Mons. Carlos Manuel de Céspedes

ALGUNOS RASGOS DEL CATOLICISMO EN LATINOAMÉRICA

El Cristianismo había nacido en el Oriente Cercano y Medio. El propio Jesús, como hombre, había sido ciudadano de ese mundo. De la cultura y del lenguaje propio de ese mundo se sirvió para predicar la Noticia Buena, enseñarnos el Camino Nuevo y, sobre todo, para ser Él mismo la Buena Noticia y el Nuevo Camino encarnados. Muy pronto, casi inmediatamente después de la muerte y resurrección de Jesús, el Cristianismo fue trasplantado al ámbito cultural del Mediterráneo, en el que la sabiduría griega y el «espíritu» jurídico de los romanos habían dado origen ya a una civilización, a una cultura muy específica, la cultura grecorromana. El Cristianismo, nacido con moldes fundamentalmente semitas —aunque pasados por el filtro inefable de la persona de Jesús, que conocía muy bien la destinación universal, es decir católica, de la nueva realidad religiosa que estaba naciendo— se adaptó, no sin problemas y esfuerzos, a una cultura distinta, la grecorromana, creando con su inserción en la misma, la posibilidad de una nueva cultura, que conocemos como «cultura occidental», nacida de la conjunción básica de tres realidades históricas y culturales: Grecia, Roma y Jerusalén, incluyendo en esta última tanto el Cristianismo como el Judaísmo.

A partir de entonces, el Cristianismo evoluciona con el Occidente europeo. El Cristianismo occidental se convierte en la forma no exclusiva, pero sí dominante de presentar el Evangelio. Aunque no quedaron totalmente «fuera» de

¹ Fragmento de la conferencia inaugural del ciclo 2000 al 2001 del Aula Padre Bartolomé de las Casas, celebrado en el convento de San Juan de Letrán, La Habana, octubre 2000.

este influjo, sí permanecieron, de hecho, en un plano marginal, las versiones diversas del Cristianismo oriental, más o menos centradas en Constantinopla —la «segunda Roma»— y, después, en Moscú —la «tercera Roma»— y los pequeños reductos que han sobrevivido como islotes dentro de diversos ámbitos culturales, como los pequeños grupos de Cristianismo copto, etíope, armenio, sirio, etc. El Cristianismo que desembarca en América a partir de 1493 y durante los siglos XVI y XVII, es el Cristianismo occidental. España y Portugal trajeron a Iberoamérica el Catolicismo poseedor del estilo propio de esos países, en ese preciso momento. Inglaterra aportó a la zona oriental de los actuales Estados Unidos de Norteamérica y una porción de Canadá el Protestantismo anglosajón y el Anglicanismo. Francia trajo a otra porción de Canadá —la actual provincia de Québec—, a Haití y a otras islas del Caribe el Catolicismo francés.

Durante los siglos señalados y, posteriormente, durante la expansión colonial europea de los siglos XVIII y XIX, se sumaron a las cristiandades señaladas otras cristiandades europeas que llevaron el Cristianismo a varios países asiáticos, a Oceanía y a toda África, continente de viejas cristiandades en su zona norte. Resultaba prácticamente inevitable que en esta expansión misionera, asociada a empresas coloniales desde el siglo XV hasta hace muy pocos años, resultase vinculado el Cristianismo a modos culturales y políticos de ser y de entender el mundo que no necesariamente dependen del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. El Cristianismo, con destinación universal pero ineludiblemente «sintetizado» con la «cultura occidental», entra, pues, por medio de las empresas misioneras, en contacto con otras culturas. A partir de ahora, vamos a cerrar nuestro ángulo de visión a la realidad latinoamericana y al proceso evangelizador católico, de estirpe lusohispana. El fenómeno del «encuentro» o «encontronazo» entre las diversas formas de la cultura occidental cristiana con las culturas presentes en los diversos continentes no presenta la misma historia. Ni siquiera ciñéndonos al espacio latinoamericano, podremos hablar de uniformidad total en el proceso evangelizador y en las condiciones de implantación de la Iglesia Católica, dado que la realidad cultural y, por consiguiente, religiosa, del continente no era uniforme. Todo lo contrario, era sumamente variada ¿Qué pasó entonces con relación a la evangelización y a la implantación de la Iglesia? ¿De qué implantación estamos hablando? ¿Ha sido de hecho un simple traslado «mecánico» de la experiencia del Cristianismo y de las estructuras que lo apoyan a otro territorio? ¿Qué significó para el europeo el hecho de venir no simplemente de viaje, sino con el propósito de establecerse más o menos definitivamente, como conquistador, colonizador o negrero, en un lugar tan distinto? ¿Qué efectos tuvo el encuentro o encontronazo entre el europeo, los aborígenes y los africanos? ¿Puede afirmarse que hubo un proceso genuino de inculturación del Cristianismo católico en la población aborígen y en la población de origen africano? ¿Cómo permaneció el Cristianismo en la población europea que se instaló en América bajo uno u otro acápite y que se mezcló con aborígenes y africanos? ¿Cuál es la realidad actual del Cristianismo en la América lusohispana y cuáles son las previsiones de futuro?

Simplificando un poco las cosas podemos afirmar que los protagonistas en todo el proceso fueron: el europeo dominador, el aborígen dominado y el negro de origen africano, también dominado. El europeo y el negro tenían como característica común que venían a un ámbito diverso del suyo propio, aunque uno viniese voluntariamente, con propósitos de dominio y colonización y el otro fuese arrancado a la fuerza de su ámbito propio y viniese a América bajo el peor título de dominación, o sea, la esclavitud. El aborígen sí permaneció en su *humus* cultural, pero —como el negro— en condición de dominado, aunque no en condiciones de esclavitud, pero sí de servidumbre, discriminación y marginalización.

Cada uno de los protagonistas tenía su cultura propia, lo que incluía también una religión propia. Muy pronto comenzó el proceso de interpenetración. Para los aborígenes y los negros, la cultura y la religión de los europeos debió ejercer una cierta fascinación —eran la cultura y la religión de los dominadores— pero, sobre todo, funcionaron como paradigmas necesarios para subsistir en las nuevas condiciones de vida. Por consiguiente, era necesario asumirlas o como verdades más o menos convincentes o como máscaras ineludibles. Y ambas realidades ocurrieron.

Los aborígenes como siervos y los negros como esclavos entraron en las casas de los colonizadores desde los inicios del proceso. Fueron responsables de labores de cocina, limpieza y, en general, de trabajos domésticos, pero las mujeres, esclavas o siervas, fueron con frecuencia también «crianderas» y «tatas» de las nuevas generaciones, y los esclavos y siervos fueron los acompañantes o ayos de los señoritos. Los hijos de los europeos colonizadores que poseían siervos y esclavos crecieron a la sombra de personas ajenas a la cultura europea y resultaba inevitable que, además de giros y estilos de lenguaje, de gestualidades corporales y de ciertas preferencias alimenticias, se les «pegasen» los criterios de interiorización de valores, de la afectividad, de la dimensión sexual de la existencia y hasta de la realidad religiosa, propios de la cultura no hispana de dichos siervos y esclavos. Considerando la situación de los descendientes de europeos y el origen de la interpenetración religiosa, inconscientemente ordenada al sincretismo en esa etapa original, debemos colocar esta presencia doméstica de negros africanos y de aborígenes, portadores de su religiosidad propia y simuladores de una conversión total si queremos comprender algunos de los por qué. En los inicios, la conversión debe haber sido excepcional, a juzgar por la realidad posterior y por los documentos de la época en los que se constata la subsistencia comprobada de lo que se califica como idolatría, en personas que desde hacía algunos decenios aparentemente se habían convertido al cristianismo, asistían a misa regularmente y accedían a la vida sacramental (cf. *supra* No. 9, Concilios Provinciales de Lima y de México).

Las interpenetraciones entre las diversas culturas, que han tenido y tienen lugar en nuestros países, constituyen la causa de las transculturaciones y, en los casos en los que se hayan logrado, de las inculturaciones o nuevas síntesis. Son complejas y afectan de tal modo la identidad cultural de la región que

don Fernando Ortiz llegó a afirmar, con relación al caso de Cuba, en párrafo que es válido para cualquiera de nuestras nacionalidades, que «sin conocer las cuales, es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico, como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de la vida» (Fernando Ortiz. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, La Habana 1940 [pag. 86, edición de 1983]). Ahora bien, estos procesos no se pueden definir como un producto estático, ya acabado. No han llegado a un asentamiento suficientemente satisfactorio. Si toda cultura es creadora y dinámica mientras permanezca viva y no haya pasado a ser pieza de museo y de archivos históricos, lo es más cuando sus componentes no han obtenido aún la integración armónica integral, como es el caso de nuestras culturas latinoamericanas y caribeñas. Se trata —según el decir del ya citado don Fernando— de un proceso simultáneamente integratorio y desintegratorio; proceso que ya tiene historia y obtenciones, que nos permiten hablar de culturas latinoamericanas y caribeñas, pero proceso no terminado en el que los ingredientes fundacionales se integran —se sincretizan o se sintetizan— de manera diversa en las diversas coyunturas, marcadas por el flujo y el reflujo de aconteceres distintos; proceso en el que han ido entrando y seguirán entrando, también, nuevos elementos.

Si nos ceñimos al ámbito de lo religioso, los fenómenos derivados de las transculturaciones suelen dar origen, con mayor frecuencia que a inculturación o síntesis encomiable, a esa realidad que, a falta de mejor término, llamamos sincretismo religioso. Se trata de la forma de religiosidad que surge como consecuencia de la combinación de diversas fuentes religiosas, sin que se identifique totalmente con ninguna de las que la dieron origen, conservando un poco de todas. No se trata, pues, de una inculturación de la fe católica, del proceso que habría desembocado en que la fe se haya hecho cultura en el marco de una nueva síntesis, sino de una forma de religiosidad diversa, no plenamente satisfactoria desde el punto de vista de la Iglesia Católica, debido a su ambigüedad y a las contradicciones de su contenido (litúrgico, dogmático y ético). En América, nos encontramos con dos formas de este tipo de sincretismo religioso: a) el sincretismo entre el Catolicismo lusohispano y las religiones aborígenes, propio del continente, sobre todo de las regiones en las que hay una abundante población aborígen; p.e. lo encontramos, con mucha evidencia, en Perú, Ecuador, Guatemala y México; b) el sincretismo entre el mismo tipo de Catolicismo y las religiones africanas, propio de las zonas en las que abundaron los esclavos africanos; este sincretismo lo encontramos en el Caribe, en amplias capas poblacionales de Brasil y en grupos más reducidos de negros y mestizos que viven en otras regiones; p.e. en Perú, Ecuador y Colombia.

Aunque opino que no se pueden homologar todas las situaciones de sincretismo religioso y que no se deberían reducir, en ningún caso, a puro folklore, sino que constituyen una forma de religiosidad —poco definida, casi siempre sin credo establecido, sin normas éticas estables vinculantes y sin una institución que les brinde soporte— me parece que no sólo merecen todo respeto y aprecio, sino que se debe reconocer en ellas una apoyatura cultural y,

casi siempre, también una apoyatura carismática. Además de que las personas que participan en cultos sincréticos, tanto de una como de otra estirpe, mantienen una vinculación casi siempre variable, inconstante, con la Iglesia Católica, que puede incluir frecuentemente la práctica sacramental.

En todo caso, me parece que el fenómeno del sincretismo religioso es sumamente ambiguo y que su ambigüedad depende, radicalmente, de una insuficiente inculturación de la fe católica. No pidamos a los hombres y mujeres que evangelizaron nuestro continente los conocimientos antropológicos y sociológicos, así como el nivel de reflexión teológica frente al pluralismo cultural y con relación a la libertad religiosa y la sensibilidad pastoral en las relaciones interreligiosas que se pueden exigir hoy, después de una larga experiencia misionera, del incremento de las relaciones entre diversas culturas, de las «revoluciones de la racionalidad» y, sobre todo, después de la evolución del pensamiento católico y del magisterio eclesiástico a la sombra del Concilio Ecuménico Vaticano II. El proyecto colonial de las potencias europeas a partir de los siglos xv y xvi y casi hasta nuestros días, era un proyecto económico y político, pero no se puede excluir de él la voluntad misionera, sobre todo en el caso de España y de Portugal. Ahora bien, dentro del marco englobante de la voluntad misionera, es necesario reconocer insuficiencias, errores y pecados.

El empeño por trasladar, al menos en sus elementos sustanciales, el paradigma de Cristiandad vigente en Europa en el siglo xvi a las nuevas realidades contempladas entonces por la Iglesia Católica, fue uno de los errores capitales. Error de buena fe que no padeció solamente América. Lo padecieron también África y Asia. Un ejemplo clásico es el de la disputa sobre la aceptación o no de los llamados «cultos chinos» en el seno de la Iglesia, a partir del siglo xvi; problema que se resolvió, en sentido positivo... ¡tres siglos después! No resulta aventurado pensar que la evangelización católica en China habría seguido otro curso si desde el siglo xvi la autoridad eclesiástica romana hubiese aceptado las tesis del Padre Mateo Ricci S.J. Estimo que hoy, en América y en casi todas partes, el mayor desafío para la Iglesia reside en la inculturación de la fe o evangelización de las culturas en las que la Iglesia se hace presente. Quizás se podría añadir, como proyecto abortado de evangelización por inculturación de la fe, el caso de las reducciones jesuíticas de Paraguay.

Ahora bien, las limitaciones reconocidas en el proceso de una conveniente inculturación de la fe católica en el caso del ámbito latinoamericano no nos deben llevar a la negación de que el enorme esfuerzo evangelizador de cinco siglos ha creado lo que Juan Pablo II ha llamado «el alma cristiana» de nuestros pueblos (cf. *supra* No. 10) y que incluye la adhesión efectiva a la Iglesia de un número notable de hombres y mujeres, la devoción mariana y, en general, la piedad popular católica, la referencia a la Iglesia Católica de muchos no incorporados a ella de manera estable, la interiorización existencial de valores éticos de matriz cristiana, etc.

La deficiente inculturación de la fe en nuestras culturas no es la única causa de las sombras que se pueden señalar en la tarea evangelizadora de la Iglesia en el ámbito latinoamericano. Estimo que otra causa es la endémica

insuficiencia de agentes pastorales consagrados a la evangelización en sus diversas dimensiones. Esta notable y notoria insuficiencia ha acompañado a nuestra Iglesia durante sus cinco siglos de historia en el continente americano y aunque recientemente se señala un ligero aumento en las vocaciones sacerdotales y religiosas, no olvidemos que ese aumento llega después de años de gran disminución. El número no llega a igualarse al de los mejores tiempos, que no eran tan buenos, pues ya considerábamos entonces que los agentes de pastoral no eran suficientes para encarar la problemática religiosa en nuestras tierras. Sin olvidar tampoco que la población ha aumentado, que la situación religiosa actual es más compleja que hace algunos decenios y que la comprensión actual de la acción evangelizadora presenta nuevas exigencias; p.e. en el ámbito de la evangelización de la cultura y de la presencia eclesial en el tejido sociopolítico y económico.

Otra causa de efectos mayormente —no totalmente— negativos, fue el régimen de «patronato regio» sobre la vida de la Iglesia Católica durante el período colonial, o sea, desde el período fundacional de la vida de la Iglesia en América hasta la independencia política de España. Estimo que no totalmente negativos porque la corona española estaba comprometida a favorecer la evangelización católica y tanto la Santa Sede, como las iglesias particulares podían, casi siempre, contar con su apoyo. Sin embargo, estimo que sus efectos fueron mayormente negativos porque resultaba inevitable, bajo tal régimen, que los apoyos estuviesen condicionados con frecuencia por motivaciones ajenas a la evangelización o, al menos, distantes de ella y de la vida de la Iglesia, como podían ser, por ejemplo, las razones y sinrazones económicas y políticas. Además, también resultaba inevitable que, a los ojos del pueblo, la institución Iglesia Católica apareciese como parte de la institución imperial española y fácilmente ocurría el deslizamiento tanto de la adhesión sociopolítica, no religiosa, a la Iglesia, como del rechazo de la misma por motivaciones igualmente sociopolíticas. Este fenómeno de adhesión y de rechazo de la Iglesia no por motivaciones primariamente religiosas, derivadas de la fe, sino por motivaciones de orden primariamente temporal, ocurrió en todos nuestros países, en mayor o menor grado. A mi entender, está en la raíz, por una parte, de una cierta superficialidad religiosa, o sea, de la profesión de una calidad de fe que no lleva ni a un empeño por el conocimiento de los contenidos de la fe, ni a una espiritualidad honda, a una mística, ni a un compromiso existencial sostenido. Por otra parte, también está en la raíz, a mi entender, de las oleadas de anticlericalismo y «antieclesialismo» que padecemos con frecuencia en nuestros países y que hoy son manipuladas, con fines proselitistas, por movimientos religiosos libres que, aunque tengan origen y estirpe diversa, casi siempre son de carácter sectario y se presentan con esa tonalidad que se ha llegado a calificar como «carismática».

Además, en algunas de nuestras naciones, ese estilo de relación Iglesia-Estado pasó del régimen colonial al republicano y vivieron con esa hipoteca hasta períodos muy recientes; en algunos casos, hasta el Concilio Ecuménico Vaticano II. Si entre nosotros, en Cuba, no padecemos ese tránsito a la república

del régimen de «patronato del Estado sobre la Iglesia», en los inicios de este siglo, creo que lo debemos al carácter laico con que nació nuestra república, bajo el paradigma norteamericano de separación entre la Iglesia y el Estado.

**ALGUNOS ELEMENTOS A TENER EN CUENTA PARA VALORAR
CON JUSTEZA NUESTRAS CULTURAS Y PARA SUSTENTAR
UNA APROXIMACIÓN PASTORAL A LAS MISMAS**

Me parece que el primer elemento que se debe tener en cuenta es la realidad del pluralismo cultural contemporáneo, así como la probabilidad de su perdurabilidad. De cara a tal situación, entiendo que se debería considerar no sólo la posibilidad, sino la conveniencia del pluralismo de pensamiento teológico, de «espiritualidad», de ritos litúrgicos, de movimientos o grupos con diversas orientaciones y finalidades, de disciplina eclesial con respecto a algunos aspectos de la vida eclesial, etc., siempre que esté a salvo la unidad de la fe y de lo que se deriva de ella en las diversas dimensiones de la existencia. Unidad no equivale a uniformidad y con frecuencia el empeño por la imposible uniformidad engendra el deterioro de la unidad. El pluralismo que, dentro de la Iglesia, podríamos caracterizar «unidad en la diversidad», pertenece, de hecho, a la mejor tradición de la catolicidad y subsiste en algunos temas de importancia singular para la Iglesia, como son: el camino para elegir obispos, la disciplina con relación al celibato sacerdotal y los ritos litúrgicos, diversos en las Iglesias orientales unidas a Roma y en la Iglesia occidental.

El desarrollo de un pensamiento teológico adecuado para las diversas culturas, la promoción de ritos diversos, significativos para quienes participan en tales culturas, las variaciones en los acentos de la espiritualidad cristiana y la diversidad disciplinar en el seno de la única Iglesia Católica, que precisamente por saberse católica —es decir, universal— debe hacerse presente desde dentro —inculturarse— en culturas que no se identifican totalmente con la tradición judeo-helena-cristiana-occidental, es una posibilidad global que deberíamos promover como *desideratum* de la catolicidad. Las culturas aborígenes americanas, las afroamericanas y el mestizaje cultural creciente, propio de nuestras naciones, no pueden equipararse por decreto a las culturas occidentales europeas, que han prestado su pensamiento, su lenguaje, sus formas y sus valores y contravalores al catolicismo occidental.

En un reciente encuentro ecuménico celebrado en La Habana, el Dr. Adolfo Ham, teólogo de la Iglesia Presbiteriana, abordó este tema como «nueva definición de la catolicidad» y sustentó sus criterios con citas del libro —también reciente— del teólogo católico norteamericano Robert J. Schreier, C.P.P.S. titulado: *La nueva catolicidad: la teología entre lo global y lo local*, (Maryknoll, Orbis, 1997), que el profesor Ham entiende como continuación de su obra anterior: *Elaborando teologías locales* (1985). Afirma el profesor Ham: «Schreier elabora bien la difícil dialéctica entre las teologías contextuales y la necesidad de una nueva teología católica que sea respuesta al fenómeno de la globalización, que genera tantos miles de excluidos, y nos aclara un poco, en relación con la cultura y la religiosidad popular, la distinción entre síntesis y

sincretismo». Sugiere, y cita al propio Schreiter: «La teología como tal debe procurar interactuar con la teología globalizadora a partir de su propia historia interna y de sus recursos y no simplemente a reaccionar contra ella. Me parece que el concepto de catolicidad es el concepto más adecuado para desarrollar una teología entre lo global y lo local en la Iglesia universal» (p.18). Y más adelante: «La nueva catolicidad se caracteriza por su integralidad (*wholeness*) de inclusión y plenitud de la fe en medio de un patrón de intercambio y de comunicación intercultural. En la medida en que esta catolicidad pueda realizarse, se ofrecerá un paradigma de lo que podría ser hoy una teología universal, capaz de abrazar al mismo tiempo la igualdad y la diferencia, anclada en la ortopraxis, que promueva los teloi (las finalidades, en el sentido de ‘cumplimiento’) de una sociedad globalizada (p. 132)». No es éste el lugar apropiado para desarrollar este pensamiento —simplemente por una cuestión de extensión y tiempo—, pero pienso que se trata de una buena pista que ofrece mucha miga para sustentar la vida integral de la Iglesia Católica, de manera tal que la labor evangelizadora de la misma se oriente a la inculturación por síntesis fieles y proevolucionadoras y no por sincretismos concesivos e involucionadores, en este caldo de cultivo contemporáneo, constituido por la paradoja de dos realidades simultáneas: la globalidad, que incluye una cierta planetarización creciente de la cultura, y la concienciación creciente de nuestro mosaico cultural, unida al aprecio de los valores que identifican a sus componentes, diferenciando a unos de otros.

LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN. APORTACIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA EN AMÉRICA LATINA AL PENSAMIENTO CATÓLICO Y A LA VIDA DE LA IGLESIA. NIVEL DE VIGENCIA ACTUAL

El tema de la imbricación de los contenidos de la fe católica, de la concepción cristiana de Dios y de la persona humana, así como de la naturaleza de la convivencia humana, en gestas liberadoras de algún tipo de servidumbre temporal considerada injusta, no es nuevo, ni en América, ni en el resto del mundo más o menos cristianizado. Si nos ceñimos al ámbito americano, no se puede dejar de mencionar, ante todo, la reflexión teológica y filosófica, así como las regulaciones jurídicas acerca de estas cuestiones, durante el primer ciclo evangelizador en los siglos XVI y XVII. El tema de la naturaleza plenamente humana del indio americano, aborigen, y del esclavo de origen africano, así como el tema consecuente de la relación del colono europeo con ellos, estuvo muy presente tanto en una como en otra orilla del Atlántico, en lo que tuvieron mucho que ver los pensadores y juristas salmantinos de la época. Las regulaciones, empero, fueron insuficientes para poner las cosas en su sitio y, además, eran cumplidas sólo parcialmente; amén de que todo el proceso evangelizador y el estilo de presencia de la Iglesia estuvieron condicionados por la naturaleza del proyecto colonial, en el que, a los ojos de siervos aborígenes y de africanos esclavizados, la autoridad eclesiástica y los agentes de pastoral eran, casi siempre, inevitablemente identificados o, al menos, puestos del mismo lado del conquistador, el colonizador, el negrero, el mayoral y el amo.

Desde los años finales del siglo XVIII se inician en América los complejos procesos de independencia política de las metrópolis coloniales, procesos que duraron poco más de un siglo, pues se clausuraron con el final dramático de la guerra hispano-cubano-norteamericana. Aunque no pueden homologarse los procesos en todas las naciones latinoamericanas, creo que se pueden señalar dos datos comunes a todas: a) el peso de las ideas de la Ilustración, que se desarrollaron en casi todas partes —lo sabemos— en franca tensión con la Iglesia. Si el ahondamiento de la confrontación no fue en Cuba tan profundo como en otras zonas de la región, esto se debió a la personalidad ilustrada del obispo Espada, que gobernó pastoralmente La Habana durante el primer tercio del siglo (1801- 1832) y de sus colaboradores, sacerdotes y laicos, hombres igualmente ilustrados y todos de probada fidelidad a la Iglesia, al sello que imprimieron en el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio y a la perdurabilidad del mismo en sus alumnos hasta más allá de la primera mitad del siglo que, además, fue el siglo fundacional de la cultura cubana; b) un segundo dato común, a mi entender, sería la manipulación de lo religioso, tanto por parte de los poderes coloniales, para justificar la prolongación de su presencia, como por parte de los partidarios de la independencia política, para justificar la separación del poder colonial. Así se pudo ver en algunos países hispanos del continente, a los ejércitos de ambos bandos, portando estandartes con las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de diversas advocaciones de la Virgen y de un buen número de santos. Y no faltó algún prócer americano que nombró a Nuestra Señora no sólo patrona, sino también «general» de su ejército. En Cuba, no lo debemos olvidar, Nuestra Señora de la Caridad, ya en el siglo XX (1916) fue declarada patrona de Cuba por solicitud de mambises de nuestras guerras de independencia; casi todos los firmantes de la solicitud provenían de la zona central u oriental de la Isla; la actual iglesia de Nuestra Señora de la Caridad en La Habana fue antes de Nuestra Señora de Guadalupe y el cambio se hizo también a solicitud «popular», por medio de un documento que encabezaba Doña América Arias, esposa de José Miguel Gómez, veterano de las guerras y segundo presidente de la República, natural de Sancti Spiritus, o sea del centro del país. En La Habana, en los años de la guerra de Independencia, Nuestra Señora de la Caridad fue declarada patrona del Cuerpo de Voluntarios, a petición de dicho Cuerpo —uno de los organismos más antipáticos a los ojos de los criollos independentistas—, por el Obispo Santander y Frutos. Amén de que la devoción a Nuestra Señora de la Caridad no estaba tan extendida en el occidente como en el oriente, la circunstancia de que fuera patrona del Cuerpo de Voluntarios, responsables —ente otras cosas— del fusilamiento de los estudiantes de Medicina, en 1871, hecho que tanto afligió a los que entonces eran habaneros de tradición, debe haber influido en que entre estos habaneros y sus familias entrara con dificultad la devoción a Nuestra Señora de la Caridad. Hay que esperar a la presencia pastoral en La Habana del cardenal Arteaga, de origen camagüeyano e indiscutible cubano paradigmático, primero como vicario general y después como arzobispo, para que la devoción a Nuestra Señora de la Caridad se implantase de veras entre los cubanos de esta zona del país.

Ahora bien, el siglo de las independencias políticas no se caracterizó por la reflexión teológica seria sobre hechos sociales y políticos. Se utilizaron los contenidos de la Fe de manera pragmática, tomando como punto de partida las devociones populares católicas en ese momento de la historia americana. Otro tanto ocurrió con el movimiento de los cristeros en México, en el segundo decenio del siglo xx. Se trató de una reacción popular, de matriz católica, ante el carácter anticlerical del gobierno del general Plutarco Elías Calles, uno de los prohombres de la Revolución Mexicana, de carácter igualmente popular. La rebelión cristera no estaba asentada en la reflexión teológica, filosófica o antropológica, sino en la sensibilidad de capas populares, tradicionalmente católicas, de la población mexicana.

Lo que después de 1968 —año del encuentro memorable de obispos latinoamericanos en Medellín— ha sido conocido como Teología de la Liberación y los movimientos que en ella se inspiraron, tuvieron otra génesis y otro carácter. El nombre se deriva del título de la obra raigal del sacerdote y teólogo peruano Gustavo Gutiérrez. Quizás la primera observación que conviene hacer con relación a este tópico, es que no me parece adecuado hablar en singular de la Teología de la Liberación, sino más bien en plural de «teologías de la liberación». Porque, aunque es cierto que todas las tendencias dentro de este acápite tengan en común el empeño por tener en cuenta la realidad socioeconómica y cultural latinoamericana como punto de partida —susurros de la presencia de Dios en el clamor de los pobres y de los oprimidos por situaciones de injusticia indiscutible— y asimismo como objeto de iluminación teológica, o sea, un proceso de alimentación y retroalimentación entre la teología y la vida integral de la Iglesia, por una parte, y la realidad de las diversas formas de injusticia, por otra, no es menos cierto que las diversas tendencias se separan luego en la elección y en el discernimiento de los «lugares teológicos» y, más aún, en la elección de los instrumentos de análisis de la realidad y de la elaboración del pensamiento teológico. Consecuentemente, se separan entre sí los teólogos de la liberación en las conclusiones sobre algunas cuestiones importantes. Por ejemplo, con relación a la Cristología y a la Eclesiología. Quizás también algunos matices diferenciales provengan de la diversa realidad social contemplada, de la diversa tonalidad de las iglesias locales en las que se han nutrido los teólogos en cuestión, del trasfondo intelectual de los mismos y, hasta donde estas realidades cuentan en las construcciones teológicas, de la personalidad de dichos teólogos.

Me parece que a las teologías de la liberación latinoamericanas se les pueden señalar como antecedentes: el pensamiento de los salmantinos de los siglos xvi y xvii; la teología política, de Metz y de sus discípulos alemanes; la antropología teológica de Karl Rahner y su historización y dialectización elaboradas por el propio Metz y por Moltmann; la teología de la encarnación solidaria, de Schillebeeckx y la Eclesiología propia de la teología francesa, sobre todo de la escuela dominica (p.e., del padre I. Congar o.p.). Esto no resta valor de una cierta originalidad a los pensadores latinoamericanos, pues toda corriente de pensamiento toma elementos antecedentes, los integra en

nuevas síntesis y los refiere a nuevas realidades. Considero particularmente enriquecedor el énfasis puesto por los teólogos de la liberación en el «clamor de los pobres» como modo de presencia de la Trinidad Divina en el mundo contemporáneo, con todas las consecuencias en el terreno dogmático, ético, litúrgico, evangelizador-misionero, ascético y místico, dependientes de las posibles respuestas de la persona humana, tan proclive en la realidad postmoderna a no sintonizar con las realidades trascendentes, a subrayar el silencio del Dios personal y a acomodar la existencia a tal silencio.

Subrayo que las teologías de la liberación no podían dejar de generar también una espiritualidad (ascética, mística, vivencia de la liturgia, etc.) coherente con las mismas. Gustavo Gutiérrez ha trabajado constantemente en esa dirección, articulando la contemplación, el reconocimiento de la realidad de los pobres a causa de desórdenes e injusticias que podrían eliminarse por el ejercicio inteligente de la responsabilidad humana para con todos, iluminada por la caridad evangélica y evangelizadora, o sea, por una praxis cristiana de liberación integral, en el marco de las mejores tradiciones cristianas en este ámbito. Segundo Galilea tampoco ha dejado de arar y sembrar en este terreno. El primer Leonardo Boff también lo hizo, pero —aunque no he seguido con mucha atención su obra más reciente— no me parece que haya continuado explorando esta veta que considero imprescindible en todo pensamiento teológico.

El rostro de las teologías de la liberación ha sido dañado a veces por imprecisiones y errores, de pensamiento o de lenguaje, de sus creadores, pero no deberíamos sorprendernos de ello cuando se está desbrozando un camino nuevo. Para corregir, matizar y precisar existen el diálogo intraeclesial y las intervenciones fraternas de quienes ejercen el carisma servicial de la autoridad magisterial en la Iglesia. Mas se ha visto herido el rostro de las teologías de la liberación por la superficialidad con que muchos se han arrogado en América el título de teólogos de la liberación y bajo tal título exponen su pensamiento propio, frecuentemente más sociopolítico y económico que teológico y aún en tal terreno —el de la Sociología, la Economía y la Política y hasta en la Ecología— su pensamiento puede llegar a ser delirante. Esta pseudoteología ha generado confusión y, por ende, ha dañado la imagen y la difusión correcta de las teologías de la liberación y ha contribuido a sembrar desconfianzas en muchos ambientes eclesiales para con los verdaderos teólogos de la liberación, de cuyas obras se entresacan frases y párrafos que, fuera de contexto, adquieren significados que no son los que los autores han pretendido conferirles y se les suele achacar lo que, en principio, sería atribuible a los pseudoteólogos, no a ellos.

Otra cuestión es la teología de la liberación en manos de teólogos de otras familias cristianas, anglicanas o protestantes. No les pidamos que, en esta materia como no se lo pedimos en otras, tengan las mismas concepciones cristológicas y eclesiológicas, ni la misma enseñanza social que esperamos con derecho de un teólogo católico. Pero estas diferencias son las que se ventilan, precisamente, en el diálogo ecuménico en curso. En estos casos no atribuyamos a las

teologías de la liberación errores o imprecisiones, desde el punto de vista católico, que dependen de la diversidad confesional, no de la orientación teológica liberacionista que ahora estamos contemplando.

Otro elemento que ha herido la buena fama de las teologías de la liberación ha sido su utilización política, táctica y estratégica, casi nunca por parte de los verdaderos teólogos, sino por parte de los pseudoteólogos y de políticos y agitadores sociales. Las izquierdas violentas guerrilleras de los años sesenta y setenta y sus remanentes contemporáneos han apelado a las teologías de la liberación para justificar la violencia guerrillera y el terrorismo de las izquierdas. Por otra parte, las derechas, igualmente violentas, han pretendido frenar todo compromiso de la Iglesia con la liberación integral de nuestros pueblos intentando mostrar que existe incoherencia entre el cambio social, o mejor, entre los postulados de las teologías de la liberación, metiéndolas en el mismo saco de las pseudoteologías, y la tradición eclesial católica. No es menos cierto que algunos teólogos de la liberación y grupos derivados de su teología y de su espiritualidad pueden haber tenido ingenuidades y errores en lo concerniente a las alianzas necesarias para el cambio y se hayan visto envueltos en contradicciones con el evangelio de Nuestro Señor Jesucristo y la enseñanza social de la Iglesia, que no están por la violencia guerrillera como medio para la obtención de una mayor dosis de justicia en la convivencia humana. Con relación a estos errores se impone el diálogo crítico caritativo, no el estigma, ni la exclusión de las personas. Ahora bien, el Evangelio y la enseñanza social de la Iglesia tampoco están por la violencia estructural de los poderosos que desean mantener a toda costa un *status* privilegiado y, evidentemente, injusto. La exclusión no dialogal de los primeros, sin las precisiones imprescindibles, puede generar confusiones y ocasionar una falsa apariencia de compromiso de la Iglesia con los segundos.

En el interior de la Iglesia, en América Latina, hoy se menciona poco la expresión Teología de la Liberación. Quizás porque algunos estiman que ya eso es un problema resuelto y porque otros no quieren despertar sospechas de adhesión a esta corriente de pensamiento que, con las observaciones hechas por el magisterio eclesial, es válida aunque sea discutible, como cualquier otra corriente de pensamiento válida en la Iglesia. Sin embargo, tengo la impresión de que los contenidos de pensamiento y de espiritualidad continúan estando presentes. En encuentros académicos de diversa índole en los que he participado en los últimos años, he podido constatar esta vigencia anónima, pero real. Se trata de un sedimento positivo que, a estas alturas de la historia eclesial de nuestro Continente, ya ha incorporado —a mi entender—, gracias a la experiencia nacida del tránsito del tiempo y de las observaciones críticas, muchas de las correcciones y matices necesarios —en el lenguaje, en los contenidos y en el discernimiento de los lugares teológicos, de los instrumentos de análisis y de las alianzas— para que se constituya en fermento sobre el que se puedan intercambiar opiniones, con serenidad, sin que esto sea considerado una quiebra de la tradición católica. De la Tradición, con mayúscula.

**PUNTO FINAL: ALGUNAS CONSIDERACIONES
SOBRE EL FUTURO DEL CATOLICISMO EN AMÉRICA LATINA.**

No me gusta hacer predicciones de futuro, pues me he llevado demasiadas sorpresas. Confieso que no tengo bola de cristal, ni soy experto en los sistemas adivinatorios propios de los sincretismos de nuestra tierra: caracoles, cocos u otros instrumentos. Con esto por delante, resulta imposible obviar algunas hipótesis de futuro, pero solamente eso, hipótesis, no afirmaciones contundentes; hipótesis que se infieren del texto anterior o están, de hecho, ya insinuadas en el mismo:

- a) Tengo la impresión de que, al menos durante muchos años, nuestro continente continuará teniendo un alma sustancialmente cristiana, de matriz católica, pero me sorprendería mucho si se incrementara el número de los que adhieren explícitamente a la institución Iglesia Católica, sea en todos los aspectos de su enseñanza, sea en la práctica sacramental. La tendencia actual es a la baja en la práctica y a una cierta dilución de los contenidos de la fe y de los compromisos éticos que ella debería generar.
- b) Sin embargo, simultáneamente, dentro de la minoría decreciente, se percibe la tendencia a un cierto crecimiento en número y, al parecer, en profundidad de los laicos incorporados a la acción evangelizadora de la Iglesia, por medio de movimientos de nuevo cuño, así como en el número de los que se hacen presentes en el entramado sociopolítico y cultural con criterios explícitamente católicos; también se registra un ligero aumento en los que abrazan la vida sacerdotal o religiosa, después de una prolongada crisis vocacional en casi todo el Continente. Resumiendo esta segunda observación: me parece que se potencia la condición de la Iglesia como grano de mostaza y de fermento o levadura en el seno de nuestros pueblos.
- c) Considero que el gran desafío para el futuro inmediato de la Iglesia, en el continente, es la evangelización de las culturas presentes en el mismo, culturas disputadas por tendencias o corrientes de pensamiento distantes del Cristianismo católico, como sería, por ejemplo, por una parte, la *New Age*, ideología que promueve una actitud pseudo religiosa, facilitadora de la implantación de criterios sociales y económicos en boga; y por otra parte, los sincretismos religiosos ambiguos, de algún modo también relacionados con la *New Age*. Tengo el criterio de que sólo a partir de la evangelización de las culturas y de la real inculturación de la fe se podrían superar, a largo plazo, tanto los sincretismos, como la tendencia a la religiosidad ligera y no comprometida socialmente, típica de la *New Age*. Los sincretismos deberían ser sustituidos por genuinas síntesis, coherentes con el alma católica —contenidos de la fe, celebración de la misma, valores y ética— y respetuosas de las culturas transculturadas, por un proceso de recreación de la religiosidad, no de destrucción de la cultura. Este proceso supone un mayor y mejor diálogo entre el magisterio eclesiástico y la teología local, así como un mayor y mejor recurso a la interdisciplinariedad por parte de los teólogos. El magisterio distante de la teología y ésta reducida al confinamiento en problemas de lenguaje y en cuestiúnculas distantes de los escenarios en

los que se juega la existencia humana, abordados por otras disciplinas intelectuales (Sociología, Economía, Psicología, Antropología, Historia, Ecología, etc.), corren el riesgo de volverse insignificantes, de no ser capaces de pronunciar una palabra sustentadora, de iluminación y de aliento, al hombre americano contemporáneo.

- d) También tengo la impresión de que los movimientos evangélicos libres, casi siempre de tono carismático y, en general, provenientes de Norteamérica, continuarán expandiéndose en nuestros países y lo lograrán en la medida en que desarrollen su esfuerzo por inculturarse en los mismos. Esta expansión tiene lugar en las capas más populares de los barrios marginales de las ciudades y en zonas rurales, o sea, en lugares a los que la Iglesia Católica apenas llega debido a la endémica carencia de agentes de pastoral y de recursos materiales suficientes.
- e) Me parece que, asimismo, continuarán manteniendo su vigencia durante el futuro inmediato, en sectores significativos de los grupos ilustrados, el ateísmo, el escepticismo, el agnosticismo y el indiferentismo religiosos, que tienen carta de ciudadanía entre nosotros, al menos, desde los inicios del siglo XIX. Me parece que la tendencia actual, con relación a este grupo, es a la disminución de los ateos militantes a favor del incremento de los escépticos, los agnósticos y los indiferentes. La inserción evangélica y evangelizadora de la Iglesia en la educación y en los ambientes ilustrados, así como un compromiso muy evidente con las mejores causas —las exigencias de respeto a las minorías raciales y culturales, la promoción de la mujer, los problemas humanitarios, los genuinos procesos de democratización y el desarrollo cultural integral, etc.— podría, quizás, invertir el proceso, a mediano y largo plazo.

Aunque no he agotado el tema, me doy por satisfecho si he conseguido, al menos, esclarecer y enrumbar algunas cuestiones y, sobre todo, si he logrado despertar la apetencia por seguir hurgando en el tema. Quien desee conocer mejor a nuestras gentes, debería hacerlo; quien desee no sólo conocerlas, sino contribuir a la realización de sus mejores esperanzas, tiene no sólo que hurgar, sino comprometerse con el henchimiento efectivo de los resultados de su búsqueda.

La resistencia imaginaria

Notas sobre la crisis de la institución cubana

*¿Nunca leísteis en las escrituras:
La piedra que desecharon los que edificaban,
Ésta fue hecha cabeza de esquina?*

S. MATEO 21.42

R a u d e l i o M a c b í n

LA ESTRUCTURA INSTITUCIONAL PUEDE ENCERRARSE, lelitizarse enclaustrarse, solidificarse hasta el cristal —nunca se está tan cerca de la fractura—, los sectores marginados de la estructura de lo social como institución se sostienen en su imaginario y esperan las grietas para emerger. La voz de lo imaginario puede ser acallada por mucho tiempo, nunca muerta. El imaginario social no muere, no se mata, sostiene tanto las ideas del poder, como los fluidos que una estructura institucional margina. Los valores no se destruyen, incuban; se debaten esperando su momento para aflorar como el magma de un volcán en período de inactividad.

Las épocas de las estructuras institucionales en el poder son el momento de nueva erupción volcánica: Es por eso que, lejos de afiliarme a los que postulan una crisis de valores de la sociedad cubana ante los cambios en lo familiar, lo sexual, lo político lo económico, lo religioso, lo cultural, creo mejor en una emergencia de valores, cocinados durante años en su imaginario y marginados por las estructuras institucionales vigentes. Y desde esta creencia les seguiré mostrando ese magma cotidiano conocido y reconocido en esta Cuba de fines de milenio, no más que como los fluidos imaginarios, muestra y fe, más feliz que de su propia existencia, de la corrosión y fractura de lo institucional.

Eso precisamente a sido la emergencia de una cultura gay¹ o el ascenso de la religiosidad² pero también la vuelta a la familia:³ la reunión familiar, el rescate de las tradiciones familiares; el respeto de las normas de convivencia y de la individualidad, la cortesía. La familia, lo familiar, aparece con fuerza. Durante años se postuló, desde esas estructuras de poder los símbolos de madre, Mariana Grajales; de padre, Carlos Manuel de Céspedes; que ensanchando los límites de familia hasta la nación, desdibujaban los límites de la familia en un sentido restringido, y sobre ellos se hacía insostenible una estructura familiar. La familia cubana hoy ha vuelto a su nicho, ha cerrado sus límites.⁴ Ha rehecho sus valores de maternidad, paternidad, filiación, por un lado⁵ y ha ampliado los límites de patria por otro.⁶ El amor se ha vuelto hacia una familia restringida y ésta ha legitimado sus miembros más allá de las fronteras de los países.⁷

Las normas de convivencia y cortesía en lo civil no siempre están a la saga de los cambios, como mucho se ha repetido, ni constituyen sólo vestigios de sociedades anteriores. La reaparición de rituales de convivencia social comunitarios típicos del cubano hasta la década de los cincuenta, es otro de los fluidos que se ven emerger, con las brisas de una nueva sociedad civil. Durante más de treinta años, se impuso el vocativo compañero(a) —heredero del camarada del socialismo del Este—, que ahora se está viendo sustituirse por el de señor(a) para algunos burgués, para otros sencillamente más respetuoso.

¹ Que para muchos empezó con apertura cultural con películas como *Fresa y chocolate*, más de una obra de teatro con temas homosexuales o canciones de la trova. Éstas han sido la cara visible de una proliferación de manifestaciones y tipos de lo perverso —en el sentido psicoanalítico— en lo sexual, que se habían mantenido al margen por no encontrar simbolización en lo institucional y que hayan su grieta para emerger y se multiplican en significantes de la baja tradición: pingüeros, jineteras, masturbadores, exhibicionistas, travestís y otros tantos nombres, en más de un caso parcialmente solapables, que ha creado —o adaptado de otros registros— el argot popular cubano.

² Aunque ningún investigador se atreva a ofrecer cifras, en su mayoría están de acuerdo en reconocer lo evidente, la manifestación de lo religioso en Cuba ha aumentado para todas las religiones, con anterioridad e independencia a la víspera de la visita de Papa; lo cual obligó a ir dando mayor espacio a esta manifestación incluso en lo político.

³ Aunque con diversas interpretaciones, tanto los periodistas e investigadores sociales que representan directamente la oficialidad, como los que mantienen cierta «asepsia» desde la ciencia, han visto aparecer una serie de manifestaciones de un resurgir de los valores de *lo familiar* en la sociedad cubana. Ver por ejemplo *Familia, ética y valores en la sociedad cubana actual*, de Patricia Arés Mizio, una de las investigadores de familia de más prestigio en el contexto científico de la Isla.

⁴ Ver cita anterior.

⁵ Ídem a la anterior.

⁶ Aunque es un hecho evidente, es planteado y reconocido tanto por la opinión de los *mass media* como por las opiniones desde la ciencia. Así pudiera revisarse tanto las opiniones manifestadas por las recientes investigaciones del CEAP (Centro de Estudio de Alternativas Políticas, perteneciente a la Universidad de la Habana y cuya misión es la realización de estas investigaciones socio-políticas) sobre emigración y familia, así como lo visto en material documental realizado por Soledad Bravo ampliamente difundidos por la televisión.

⁷ Ídem a la anterior.

«Gracias» o «cuánto le debo», como formas de agradecimiento cotidiano han ido desplazando al imperativo y casi habitual comentario de «agradecimiento» entre dientes: era su deber.

Vuelta a la moral social burguesa o redescubrimiento del respeto individual, lo cierto es que la inoperancia de normas sociales que en ocasiones conducían a la invasión de la familia, a la transgresión de los límites de la individualidad, van siendo sustituidas por valores del respeto a los límites individuales. Sin dudas éstos aparecen como excesos y manierismos, como ocurre con toda eclosión reactiva, y hasta habrá quien los enjuicie: «pérdida de la solidaridad»; lo cierto es que sólo podrán ser justamente evaluados una vez «normalizados», «instituidos», y no ahora en su momento de emergencia, como fractura parcial de la institución anterior que, por demás, aún coexiste con ella.

La religión, lo religioso, aparece ahora no sólo como refugio a la incertidumbre, sino como cocido cotidiano, como expresión cultural. Este florecimiento es, por supuesto, a la vez abigarrado y florido, ecléctico. El sincretismo es la norma de lo religioso en Cuba desde antaño, pero hoy se hace manifiesto en espacios donde antes ni se sospechaba. Y es que allí donde hubo una institución prohibitoria —lo cual no quiere decir legal, constitucional—⁸ se cocinó una imagen social de lo mágico que ahora vaga por nuestras calles.

La cultura gay contracultura o cultura marginal, libertad o snobismo, es indiscutible que ha hecho su gran aparición en lo social. Con ella han parecido también disímiles manifestaciones donde lo sexual perverso por naturaleza humana muestra ahora su rostro. La UMAP, la exclusión de profesiones como el magisterio o la Medicina, la inclusión en el registro de indeseables de la emigración por el Mariel en el ochenta han sido algunas de las formas en que la institución social ha marginado al homosexual. Pero como se puede ver no hay sociedad sin *homo* como no la hay sin *hetero* con la diferencia de que la segunda tiene amplio amparo institucional desde las más elementales menciones de normalidad hasta el matrimonio. ¿Hay que esperar a que la homosexualidad se autolegitime en lo social para darle cobertura institucional o sería prudente darle cabida ya a ese torrente imaginario que ahora se rebasa incluso a sí mismo?

La resistencia intelectual se resiste a aparecer, en este acontecer de cosas. Algo nos dice que por esta vez lo que siempre fue punta de lanza de los cambios sociales, ahora se rezaga. En una sociedad cada elemento de la estructura institucional cumple su función. Los intelectuales no tienen otra alternativa que erigirse como contrapoder que compacte la estructura, a esto apuntaba la idea de Gramsci del intelectual orgánico. Cuando esta función del intelectual

⁸ Aunque hoy la oficialidad se encargue de vocear la ausencia de prohibiciones a las prácticas religiosas, lo cual es cierto, existen montones de indicadores —más allá de la evidencia— que muestran la marginación a este sector de la conciencia social. Ésta se denuncia en casi todas las planillas o cuestionarios oficiales, desde una matrícula en la escuela, hasta la documentos para una licencia de conducción, un empleo, etc, que contenían adheridos a la sección de los *generales* —membrete, etc— preguntas alusivas a la tenencia o no de creencias y prácticas religiosas.

falla, cuando el intelectual se convierte en una figura comprometida, cuando ata su pensamiento a carriles preestablecidos por los ideales políticos de la estructura institucional, el imaginario intelectual se filtra entonces como gotas de agua que va calando su estructura —en vez de fuerzas de reacción que la compactan— y así la debilitan hasta que se produce la falla y su desmoronamiento natural.

Ésa es la desintegración de *Orígenes* en la figura de Cintio Vitier de la que habla Ponte.⁹ Esa es la desintegración de movimientos como la Nueva Trova, que un día cumplió la función de crítica social y hoy se hace acompasar de la opinión oficial.

Es entonces que dentro de esos mismos escritores, como reacción, surgen proyectos como *Diáspora(s)* que se propone como antigrupos,¹⁰ como la antítesis de *Orígenes*, es en los marcos de esa trova que aún aparece alguna figura marginada desde la resistencia a ser oficializada, es la aparición de grupos de estudios sobre psicoanálisis o epistemología en un contexto de la institución, psicología que margina toda forma de pensamiento, es la conversación en los pasillos de la Universidad sobre temas que la Federación de Estudiantes no puede contener.¹¹

Familia, valores, sexualidad, religión; universidad, cultura, ciencia; sociedad, cualquier institución que se cierre, rigidice, entorpezca demasiado el flujo imaginario social, sólo conducirá a su propia erosión, fractura emergencia imaginaria y posterior institucionalización de nuevas formas de lo social. Esto es pues una alerta a la institución cubana, una devolución, quizás aún a tiempo, de los síntomas más evidentes de la corrosión institucional, un llamado desesperado a la salvación. Porque, lo que desecha quien construye una institución es su ruina y la piedra de ángulo de la nueva institución; y esta sabiduría ya era del hombre —ojalá no lo haya olvidado— desde las primeras instituciones, al menos desde que fueron hechas las escrituras.

⁹ Revista *Crítica*, México, noviembre de 1998.

¹⁰ Mis opiniones sobre los aciertos e ingenuidades del proyecto y la revista *Diáspora(s)*, así como su ubicación en un contexto social más amplio, puede revisarse de un modo más extenso en *Diáspora, la congruencia epistémica de un trazo*, próximo a aparecer en la propia revista.

¹¹ Un ejemplo entre tantos fue la invitación realizada por los estudiantes en enero de 1995 a Msñor. Carlos Manuel de Céspedes y Cintio Vitier a realizar un conversatorio en el recinto universitario sobre identidad nacional, que luego de ser censurada condujo a entrevistas a ambos con vistas a su publicación en un boletín no oficial realizado por un grupo de estudiantes de esa misma Universidad. Ahora, ya Carlos Manuel de Céspedes no es tan censurado por la oficialidad, ahora tal vez le sería permitida su entrada en ese recinto.

Eugenio Florit: una rama de aire que se mece

EN LA POESÍA DE EUGENIO FLORIT HAY UN CONSTANTE estar alerta, una intención de recoger, como granos de una mazorca cósmica que frente a nosotros se desgrana, los signos que trenzan y explican la correlación hombre-Naturaleza. Dios, universo, mar, caracola y, en medio de todo, el hombre, que busca su lugar, define su sentido, ¿qué es él para aquello? ¿qué es aquello para él? ¿quién tira de los hilos que le mueven a él y a lo otro? ¿qué se esconde tras las percederas formas de lo conocido? De este infatigable interrogar en los cifrados arcanos de la Naturaleza mana un grueso segmento de la poesía de Florit. Son modélicas sus décimas de *Trópico*, composiciones como finas damiselas criollas, ceñidas de encajes y abanicándose en la suculenta luz insular. Nacen estas espinelas de una percepción inteligente de la naturaleza tórrida. No puede uno abstenerse de trazar un símil con los *haikus*, esas cristalizaciones de la humanidad que armoniza con la naturaleza. Tanto sus décimas como los *haikus* surgen de la intención de hallar el nexo vital que reúne y asocia lo natural y lo humano. No obstante, mientras en los *haikus* prima la simultaneidad de opuestos: lo vivo y lo objetual, lo dinámico y lo estático, en las décimas late primordialmente la correlación de lo momentáneo y lo perenne, lo humano y lo natural, la naturaleza y lo que Lezama nombrara la *sobrenaturaleza*. Compárese el *haiku* de Basho:

Arrozales bajo la lluvia.
Las doradas espigas
tristemente se ennegrecen.¹
Con la décima de Florit:

¹ Matsuo Basho. «Haikus», Revista *Opción*, no. 1, C. Habana, 1987.

Vi desde un pico de sierra
 —con mi soledad estaba—
 como el cielo se aprestaba
 a caer sobre la tierra.
 Nubes de color de guerra
 con fuego en las entrañas
 hundían manos extrañas
 en las ceibas corpulentas
 y la brisa andaba a tientas
 rodando por las montañas.²

Omítanse los dos primeros versos y, al ganar el poema en reticencia asiática, se apreciará mejor la semejanza.

El hombre que tiene un concepto menos empaquetado y perentorio de la vida y, por el contrario, ansía exhumarle sus oros no visibles, su esencia sobrecogedora, que estira sus dedos a rozar la otredad, que hurga en el reverso de esta moneda corriente, el subsistir, no puede ser un enajenado, un apoltronado, sino forzosamente un explorador, un individuo apercebido para el asombro, un viajero como las aves o las olas, que se guían por las pulsaciones del cielo. Hay un derrotero trazado desde el hondón del firmamento, desde el aleph donde se licua lo perecedero en lo trascendente, por lo que el nauta de espíritu, ola vivísima, debe permanecer con el oído presto para la sintonía con «el ruido que están haciendo frente a ti los mundos / que no se ven...».³ Porque existe una zona turbia, no ganada por la diafanidad, un limbo entre el día y la noche, lo visible y lo esotérico, lo conocido y lo ignoto, fisura por donde se penetra en la sobrenaturalidad. Es el «punto feliz riendo, llamándose me / con el abrazo abierto de siempre».⁴

¿Qué es el espíritu sino un vuelo de ansias, estela de humo que enlaza mundos? Ese ser desterrado, precario por constitución, que es el hombre, anhela estar aquí y, a la vez, poderse mirar desde la otra orilla, poder escudriñar la cruda entretela de sus días. Se desvela por charlar con la Naturaleza, cuyos jeroglíficos se articulan de eternidad mientras él barrunta fonemas que se extinguen. El hombre sufre esa superación de la Naturaleza, constituida para ser y permanecer, mientras que él no más fue soplado para pasar y consumirse. Por lo que el hombre es nostalgia y sueño en tanto la Naturaleza es existencia y eternidad. Existencia, nostalgia, sueño, eternidad, barro con que amasa Florit la alfarería de sus poemas.

Una y otra vez, el poeta muestra el nervio de su ansia de lejanía, de imposible, de perpetuidad. Sus predicados están imantados de olas que crecen y saltan en una indetenible peregrinación, de viento que corre e hincha las velas

² Eugenio Florit. «Vi desde un pico de sierra», *Antología poética...*, p. 32.

³ *Op. Cit.*, «Radioastronomía», p. 151.

⁴ *Ibid.*, «La única», p. 71.

de galeras romanas y mece los juncos de una laguna cubana, de espacios que se elevan por encima de montañas y nubes al dosel abovedado del cielo, de estrellas que musitan el abecedario del misterio, de cuentas dispersas del rosario milagroso de la niñez, de luces que estallan en el sol, rebotan en los párpados del mar y vuelan donde las nubes. El poeta desea sobrepasarse, ascender por encima de lo ordinario, alejarse de la orilla que lo vara, levitar sobre la roca de su fatalidad. Lo que salva al hombre es su alma y esta es un ala para lo alto, que es el signo de lo definitivo y verdadero: «El ave alta sobre el mar / Alta la nube por el cielo. / La canción en el aire, alta / Y el alma alta por su sueño».⁵

Significativamente, la niñez que pernocta en sus poemas es una circunstancia donde el infante se desempeña en alcanzar una altura, una distancia, una otra edad —¿otredad?—. Es subir al desván para hallar las figuritas de un nacimiento pascual. Es escalar a la cima de una montaña donde sobrevuelan las águilas. Es empujarse para poder bailar sonos de hombre. Es ir «allá», al reino del saber que le muestra el maestro Rosa. Es familiarizarse, tras el índice del padre, con el distante rebaño de estrellas. Es ir por las mariposas, aprender el camino que abre la proa de un barco, adentrarse en el mar lejos del hogar. Siempre un ir hacia, un subir hasta. El hombre permanece toda la vida un niño, primero en la infancia del ser, luego en la infancia del devenir.

En este ascender, el alma necesita de una fuerza impulsora, la que obtiene de la reconcentración de las energías del hombre icárico, del provechoso almacenamiento de cada átomo de su disposición mediante el silencio. Silencio que no es inacción, muerte del verbo, sino adentramiento, fecundación de la palabra que late para sí en su estado esencial, incorpórea aún. Semilla de palabra. No es un estado de mudez, sino de germinación. Un ser desde adentro. No un no-decir, más bien un pre-decir, decirse a sí misma. Silencio, fermentación que ovula la palabra. Palabra que se piensa y se inventa a sí misma: silencio. No es casual que este vocablo se derive de otro que se refiere a la muerte, la sombra, los manes, o sea, el complemento, la reflexión, el ánima. Silencio, espíritu de la palabra.

«Revelación que Dios nos hace en un momento / cuando a las cinco de la tarde / todo mi mundo está en silencio...»,⁶ nos describe el poeta la manera en que se le manifiestan los conceptos intangibles. Es la comunicación del ser íntimo y el Universo, interlocución inefable que no necesita de enunciación sino de silencio. Decir que es un callar, un oír. ¿Acaso los momentos más sublimes de comunión del hombre con el Ánima Universal: el éxtasis, el satori, la inspiración, no son actos de —desde el— silencio? ¿No es callando que el alma se encuentra con su Creador? «Tú lo sabes: Que Dios / abre su rosa de invisible fuego / ahora, cuando reina de la altura, / sube tu alma en brazos del silencio».⁷

⁵ Íbid., «Canciones para la soledad», p. 114.

⁶ Íbid., «Asonante final», p. 169.

⁷ Íbid., «El alto gris», p. 135.

Este diálogo de silencio requiere de la soledad. Esta no es exactamente un distanciamiento, una renuncia a la compañía, sino un estar en compañía del otro que me habita. Es un recogimiento, un acercamiento al alma que escucha y susurra, compañía ella que no abandona al ser que la sueña. La soledad es el espacio donde el ser halla su gemelo íntimo, un desasimiento del ruido y el fárrago de lo trivial. El yo aparental se refugia en el yo sustantivo, ese fulgor del mundo de la experiencia y los sentidos que relumbra en lo íntimo, iluminando otro mundo que ya es de él, que ya es él.

Soledad, navegación interior, hacia el uno mismo que armoniza con la «mismidad» otra. Apartamiento del yo con el alma. Estar con lo otro. Soledad que quiebra la otra edad: compañía de lo sublime. Como beneficiosa compañera la concibe Florit: «A veces se la encuentra / en mitad del camino de la vida / y ya todo está bien».⁸ Fiel Ariadna que sabe guiarnos por los laberintos del misterio, reuniendo los fragmentos del ser, para llevarnos a la otra orilla y reintegrarnos a la plenitud. Soledad: unión del uno con su unidad.

Navegando en el Universo mediante el silencio y la soledad, el hombre trata de dilucidar sus enigmas más arduos, entre ellos el del sueño y el de la muerte. El sueño es la tensión que nos catapulta a lo más alto: «Pero los sueños, qué altos / ahora con él sobre las nubes...».⁹ Mientras la realidad y el deseo enraízan al hombre en el instante terrestre, el sueño lo proyecta al firmamento intemporal. Desenvolvimiento de un destino, *big-bang* que lo dilatará hacia el abierto a lo posible. Sueño, prisma para aprehender y desentrañar las aristas de luz que se reúnen en lo desconocido. Es la fuerza del crecimiento.

La vida le es conferida al hombre en herencia, como un vaso roto e insuficiente. Él debe entonces componerlo y repletarlo por medio del sueño. Éste no es únicamente un puente hacia lo que nos excede, también es un proveedor para nuestras carencias y querencias. De todas las criaturas terrestres quizás sea el hombre el único apto para el sueño. Ser que va del sueño al sueño: del sueño de los sentidos al de lo pre-sentido y luego a aquel inacabable donde devenimos sueño de quien nos sueña. Entonces, el sueño ¿es un periplo breve por la muerte? y la muerte ¿es una travesía inacabable hacia el sueño?

Esa constante inquietud de Florit, esa fuga de olas, está persistentemente sombreada por la presencia vivísima de la muerte. La muerte es el vencimiento del sueño, de ese que desovillamos desde esta margen del océano total, tratando de evitar los arrecifes de lo insondable. Es el sueño del sueño. Dejamos de soñar para ser soñados. Pirueta mágica por la que desaparecemos de las formas visibles, como Alicia entrando en la conejera. Gran conejera que desconocemos, pero que nos llama con su misterio. Ese contrapunteo del sueño y la muerte ha sido excelentemente cifrado en ese poema, columna central del soportal de la poesía cubana, junto con «Noche insular jardines invisibles»,

⁸ *Ibid.*, «La compañera», p. 159.

⁹ *Ibid.*, «Momento de cielo», p. 105.

«Palabras escritas en la arena por un inocente», «La isla en peso» y «Últimos días de una casa», ese poema principal de Florit que es «Asonante final».

El ansia pertinaz de conquistar al tiempo nos empuja al sueño, único resquicio por donde puede atisbarse la eternidad. Sin embargo, la muerte viene con su espada y decapita al sueño. Sueño que consume al sueño, «sueño sin sueño», la llama el poeta, y termina por ser la real puerta de acceso a la eternidad. De modo que cada cosa, hasta los sueños, deben ceder ante las alas de la muerte para remontar lo sempiterno. Sólo lo que muere es eterno, porque resucita en otro sueño. La muerte es la única que puede soltar las amarras del tiempo y lanzarnos a ese «viaje sin orillas». Como el amoroso Unicornio: «en las colinas del espíritu / pace feliz el ser sacrificado / libre ya de las fauces que le abrían / vena de rojo ardor en las entrañas. / Libre del tiempo...».¹⁰ La nobleza cristiana del poeta lo convence de que la muerte es una liberación. Un postigo que se abre a la luz definitiva. Una válvula que redime al hombre de deseos, pesares y afanes, lo alivia de su pura esencialidad: «Rosa de los veranos / en íntimo capullo transformada. / A donde iré no irán conmigo / ni rosa, ni dolor, ni amor, ni nada».¹¹

Por este infatigable cabalgar de la muerte por la soleada pradera de su poesía, podría parecer que es la de Florit de médula trágica, un prolongado réquiem. Nada más desatinado. En Florit se enseñoera el mar de la vida. Es movimiento, latido, conmoción, palabra vibrante. La muerte es vida porque sin ella no la hay. Es el ocaso tras el que se echa el sol vital a iluminar otros hemisferios. Es un tránsito inescrutable, un violento meandro donde el río del ser se rinde al mar inextinguible de lo eterno. Oscuridad que estalla en una nueva luz, el poeta la asume con entereza y bondad. Su poesía más que de muerte es de resurrección o de sobrevida. No interesa tanto el punto donde se tuerce esta faena como lo que endereza después: «Toda la muerte caminando / sobre la arena maldecida / para volver a respirar / el humo espeso de la vida».¹²

Eugenio Florit, poeta de lo hispánico y lo americano, perenne navegante entre dos mares de un mismo océano, el de la poesía hispánica, puede ser atendido como un fruto desgajado de las dos ramas más verdes y fecundas de la poesía de este siglo a ambos lados del mar: la Generación del 27 y el Grupo Orígenes.

Aunque es en Cuba donde escribe y publica su primer libro de versos, *32 poemas breves*, no es tiro del azar su aparición en 1927. Contemporáneo de muchos de esa generación, entre ellos Alberti, Cernuda y Altolaguirre, traía Florit el pulso de España en su sangre y, en la memoria, el lenguaje y la médula de la poesía castellana. Había abrevado en los clásicos y los impulsos de la época por aerear la habitación de la literatura lo apremiaban al renuevo. Así, semejantes nutrientes e impulsiones lo enrubaban hacia la nueva poesía.

¹⁰ Íbid., «Al unicornio», p. 81.

¹¹ Íbid., «Para mañana», p. 47.

¹² Íbid., «Nocturno», p. 60.

Tampoco es carambola que Juan Ramón Jiménez haya asumido un padrinazgo intelectual que fulguró desde el prólogo definitorio y definitivo que jubilo- so escribiera para su *Doble acento*. Ya esta asunción pupilar de Juan Ramón lo emparenta con uno de los cauces que acogió el grupo español. Nótanse como armonizaciones entre la poesía floritana y la de los poetas del 27, en primer lugar, el haber clavado el punto de partida para sus denuedos creativos en el ancestro lírico español, de cuyo venero le queda el esbelto ritmo y el esmerado lenguaje. También comparte una consciente preocupación estilística en el diseño de una voz auténtica y moderna a la vez. De este modo, patentizaba, como otros del grupo, un propósito renovador más que revolucionador. Evidencia, así mismo, una sistemática afinidad de temas y conceptos: memoria cultural, estilización de lo genuinamente popular, comunión con la Naturaleza, religiosidad depuradamente íntima, vocación de sueño y libertad. Igualmente compartía intereses y afanes que frutecieron en admirada amistad: Guillén, Aleixandre y Cernuda fueron casos.

Desde otra coordenada, son identificables sus concurrencias con los poetas del Grupo Orígenes. Curiosamente, hay un número de autores que han sido asociados al Grupo a pesar de su exigua impronta en el aluvión creativo de ese. El nombre más notable es el de Gastón Baquero, amigo entrañable y hasta el final de Florit, quien sólo publicara un texto en el primer número de la revista. No ha tenido tal reconocimiento Florit. Sin embargo él publica poemas y traducciones en los números 5, 27, 33, 35 y 38 de la revista, lo que avisa una relación fluida a pesar de su domicilio estadounidense. Pero, desde antes, en los años de fecundación del Grupo, el poeta había compartido labores en *Verbum*, *Nadie parecía*, *Clavileño* y, destacadamente, en *Espuela de plata*, antecedente inmediato de *Orígenes* y en cuyo comité de colaboradores estaba acreditado. Las conjunciones no quedan en el trajín publicístico. Hay hondas sintonías poéticas: indagación en lo original cubano, en su insularidad esencial, una diáfana y explícita religiosidad nutrida del cristianismo prístino, una inclinación a lo trascendente, un atinado empeño de cristalización formal, un enraizamiento en lo más feraz de la tradición poética española y cubana, que guía el impulso renovador de su verso.

Dígase, para cerrar la ofrenda, que la obra de Eugenio Florit es presencia y resumen de lo más fragante que en verso ha florecido el castellano. Textos urdidos de oposiciones dialógicas: universo infinito-ser finito, movilidad-fijeza, cielo-tierra, luz-oscuridad, sueño-muerte, resaltan por la galanura con que se bordan las palabras, la excelencia de sus imágenes, el ritmo sensual que nos late en los oídos y esa expresión de lo inexplicable que nos hace intuirlo aún sin comprenderlo del todo, como un rebote de luz en el agua mansa. La poesía de Florit permanece intocada y lozana, tal cual él imaginara en su verso primoroso: «Una rama de aire que se mece / a la pausa del viento verdadero».¹³

¹³ *Ibid.*, «La poesía», p. 176.

Para Martí, un mensaje de excepción

RAFAEL ALMANZA

Compilación de Luis García Pascual
Destinatario: José Martí
 Editora Abril
 La Habana 1999, 400 pp.

TODOS SABEMOS QUE LA CIENCIA HISTÓRICA no puede avanzar sin el estudio de los documentos, sin la filosofía y la ética del testimonio; y me pasma, sin embargo, cómo en Cuba, donde la historia sigue siendo el pan de cada día, o más bien su falta, continuamos teniendo un desdén tan ridículo por los datos más o menos mediatos del tiempo, por no hablar de los inmediatos de la conciencia. Para nosotros, en uno u otro bando, la historia no es otra cosa que ideología, la reflexión de mi voluntad santamente interesada; no hay por qué atenerse a lo que se sabe, ni dudar, ni meterse en fatigosas búsquedas que nos frustran el ímpetu interpretativo, la facilidad erótica de las definitivas conclusiones y mi fe en mi monopolio de la verdad. No habiendo tenido paciencia en la historia, cómo vamos a pedirle al cubano paciencia en su ciencia: y ni ciencia ni historia, desde luego. Una malísima noticia para estos despachadores de la patria es el libro *Destinatario: José Martí* de Luis García Pascual.

A este obrero vitalicio e incontaminado le ha correspondido la iluminación y el esfuerzo de que han carecido los doctores. A él le debíamos la última edición del epistolario martiano, una obra monumental que incluía numerosos textos inéditos, el orden cronológico y el comentario de sus páginas, y que por desgracia ha quedado parcialmente inutilizada por la pandemia nacional de las erratas: ahora nos ofrece el resultado inverso y complementario: más de trescientas cartas y otros mensajes recibidos por Martí a lo largo de su vida y descubiertos por el investigador

en archivos estatales y privados o compilados desde la bibliografía ya existente, y siempre amplificados con un aparato crítico minucioso y ejemplar que asimila más de un centenar de noticias biográficas sobre los remitentes. Eso: un volumen sinfónico que trabaja como una biografía epistolar de Martí escrita por amigos y enemigos, y gracias a ellos, una prueba de la naturaleza implacable de su santidad (cuando se canonice a los no católicos este libro ingresará en el proceso); una exposición de la sicología histórica del cubano (la palabra «cariño» que se repite en los remitentes más insospechados), de su visión de la historia misma y de los curiosos y edificantes avatares de éste; una oda a la capacidad constructiva de aquellos que edificaron con Martí la democracia sagaz del Partido Revolucionario Cubano, cuyos textos populares y oficiales resplandecen de civilidad y cultura; un fragmento de la vida nacional que parece una novela o una epopeya y es siempre una lección de realidad y de ética; un acervo de noticias que, por el solo acto de la sistematización, paren hipótesis, verdades comprobables y urgentes; una posibilidad de acercarnos al misterio del alma de Martí, de su coraje y entereza frente a la vulgaridad, la agresión y el desconocimiento; una invitación a confiar en el destino de un país que ha sido fundado de manera tan dolorosa y competente, todo eso, y más, ha salido de la acción humilde y perfecta de un hombre que no ha hecho sino buscar, ordenar, precisar, con la paciencia que le da su fe en Martí y en la verdad. Nada menos.

Ahora creen algunos que para salvar a un país hay que recortarle las alas: cercenarle a Martí. Esta impracticable tontería, que no deja de ser peligrosa, asomaba también en los remitentes del Apóstol. Él juntó el orden y el rigor del pensamiento y de la vida con el coraje y la decisión de actuar en el momento justo; la paciencia estratégica («en un día no se hacen repúblicas») con la impulsión táctica. Ya dice alguno: eso es para los grandes. Pero he aquí a García Pascual, haciendo a su escala, un siglo después, lo mismo. Un

obrero sin títulos que realiza, en su tiempo libre, investigaciones extenuantes e imprescindibles para su país y el mundo. Su paciencia para obrar y para ser reconocido es un ejemplo en este sitio de atropellos y vanidosos; su energía de anciano avergüenza a los más jóvenes. Imperturbable ante la indiferencia de los bachilleres, pronto nos dará nuevas y útiles obras. Atendiendo a esta obsesión arquitectónica suya por los mensajes martianos, me pregunto si, a ese deseo que le imagino de recibir una carta del Maestro (¡quién de nosotros no lo ha soñado!), no habría respondido escribiéndole él mismo, remitente heroico, este mensaje silencioso e impersonal que ha ido acumulando tomo tras tomo. No en balde ha cerrado el libro con la carta que Francisco Gómez Toro, semanas después de la muerte de Martí y cuando aún no lo sabía o lo creía, le escribe desde la misma mesa del Manifiesto de Montecristi: «¡Maestro, usted vive aquí! ¡abráceme desde allá!».

Que así sea. ■

El siglo de Eugenio Florit

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

Ana Rosa Núñez
Rita Martín
Lesbia Orta Varona
Homenaje a Eugenio Florit: de lo eterno, lo mejor
Ediciones Universal
Miami, Florida, 2000, 314 pp.

CUANDO SE FUNDÓ LA REVISTA *ENCUENTRO*, hace ahora cinco años, recuerdo que mi primera colaboración fue un comentario a una nueva antología de Eugenio Florit. No me fue dado conocer al poeta. A Gastón Baquero —que abandonó Cuba en 1959, cuando yo era un adolescente— tuve la fortuna de encontrarlo en Madrid en 1994, en un encuentro de poetas cubanos de «las dos orillas», que se efectuó ese año en la capital

de España y que se llamó «La Isla Entera». Si para mí fue importante conocer al gran poeta que ya había leído, fue una revelación descubrir su persona.

No tuve esa fortuna con Eugenio Florit. Vivía en Estados Unidos desde los años cuarenta, cuando obtuvo una cátedra en la Universidad de Columbia y donde, además, sustituyó al maestro Federico de Onís en la dirección de la extraordinaria *Revista Hispánica Moderna*, en la que tantos cubanos conocimos a fondo a los grandes poetas modernos de nuestra lengua. La única vez que estuve en Miami, hace ahora seis años, no tenía idea de su dirección, aunque después supe que vivía en la misma vecindad de Westchester, en la que yo me quedé en esos días de mayo de 1995. Como había ocurrido con Baquero, no hubiera dudado en ir a verle, porque varios amigos y alumnos me habían dicho que don Eugenio era cordialísimo con cualquier poeta cubano que lo visitara, no importaba en qué sitio del mundo viviera.

Yo guardaba —guardo— la memoria del Florit poeta: de textos imprescindibles de la poesía cubana del siglo xx que él vivió casi completamente. Pueden ser las cubanísimas décimas de *Trópico*; o las señoriales *Estrofas a una estatua*, concebidas para el monumento a Máximo Gómez que se levanta en el Malecón, a la entrada misma de la Habana Vieja; o el antológico *Martirio de san Sebastián*, que no puede faltar en ninguna antología de la poesía cubana moderna.

Conocí la poesía de Eugenio Florit siendo casi niño, por la antología *Cincuenta años de poesía cubana*, que Cintio Vitier seleccionó para el medio siglo de la república. Su joven amigo, el poeta y profesor Roberto Fernández Retamar, me hizo estudiar la obra de Florit en la Universidad de la Habana, y luego yo mismo he explicado, a muchos jóvenes, la significación del poeta de *Reino* para la plenitud de la poesía cubana. Me causa satisfacción que sea uno de esos jóvenes que se sentaron una vez en mi aula, Rita Martín, quien ahora prologue el libro *Homenaje a Eugenio Florit; de lo eterno lo mejor*, publicado por Ediciones Universal, de Miami, el pasado año 2000.

Rita Martín ha realizado, asimismo, la edición de este volumen, conjuntamente con

Ana Rosa Núñez y Lesbia Orta Varona, ambas también cubanas. Se trata, sin duda, de un libro múltiple, que cumple diversos objetivos y contrae también determinados compromisos.

Acaso lo más interesante del volumen sea la amplia muestra de la reflexión ensayística de Florit sobre múltiples temas de la literatura cubana: el romanticismo en la poesía cubana, la presencia martiana en un texto del colombiano José Asunción Silva, su visión de Juan Clemente Zenea y de la obra de Martí pero, sobre todo, de los escritores cubanos que fueron sus coetáneos: Mariano Brull, Regino Pedroso, Nicolás Guillén, Lydia Cabrera. En estas páginas, respiramos el irreplicable clima de una época en la que la literatura cubana se abrió a las más exigentes búsquedas de la modernidad. Allí «leemos» la «lectura» que hace Florit de esa singularísima experiencia que ya ha quedado por derecho propio en la historia de nuestra cultura. Y creo que en ella se advierte la amplitud de miras del poeta, del auténtico hombre de cultura que fue Eugenio Florit para entender y valorar obras que podían estar bien lejos de la que era su propia proyección estética.

De semejante interés podría resultar el conjunto de variadas visiones que los escritores, poetas, estudiosos cubanos que conocieron en vida al poeta (Jorge Mañach, Manuel Navarro Luna, Lino Novás Calvo, Juan Marinello, Félix Lizaso, Emilio Ballagas, entre otros) desfilan por las páginas de la compilación que contribuye así a ver al poeta en el rico y diverso contexto de la época en la que le tocó vivir. Pero no hay que olvidar los testimonios de maestros de toda la cultura hispánica (Alfonso Reyes, Juan Ramón Jiménez) que vieron a Eugenio Florit ya, como el barrunto de eso en lo que ya se ha convertido: un clásico de la poesía moderna en lengua española.

Interesantes son también las dos entrevistas a Florit que el volumen reproduce: el «Diálogo con Florit» de Rafael Heliodoro Valle, y el «Con Florit» que firma la propia Rita Martín: ambas ilustran los puntos de vista del poeta en dos diferentes momentos de su larga existencia. Menos interesante me parece la sección «Eugenio Florit, en sus propias palabras» en la que la coeditora Ana Rosa Núñez (lamentablemente desaparecida días después

que el propio Florit) realiza una suerte de «montaje» de diversos poemas del poeta, para ser leído como una suerte de texto único. Acaso hubiera enriquecido el volumen una mínima muestra que incluyera algunos de los grandes poemas de Florit que ya son patrimonio de la poesía de Cuba y del idioma.

En la última sección se agrupan testimonios de los que estuvieron cerca de él en los últimos decenios de su vida, y allí hay de todo: desde los hermosos folios escritos por Uva de Aragón, Hilda Perera y Mario Parajón, hasta alguna crónica que usa a Florit para hacer política de menor cuantía, como la de Juan de Abreu que, sin otra explicación, sin el menor matiz, se refiere al «lamentable espectáculo de la cultura cubana» de las últimas décadas. El libro incluye, además, un interesante material iconográfico.

A Florit me unen, a pesar de no haberlo conocido, las memorias de dos amigos y maestros: la de José Zacañas Tallet, uno de mis poetas cubanos preferidos, de cuya amistad gocé después de conocerlo en los años sesenta. Todavía guardo entre mis libros más queridos la *Antología penúltima*, que Florit editó allá por los años setenta. Allí leí los textos de ese excelente poemario que es *Hábito de esperanza*, especialmente un antológico poema que se llama «Los poetas solos en Manhattan».

El autor del prólogo a esa antología era José Olivio Jiménez, entrañable cubano a quien después tuve la oprotunidad de poder conocer en New York y de incluso visitar en su casa madrileña, en las inmediaciones de la Plaza de Castilla. Debo confesar que Tallet olvidó haberme prestado ese precioso volumen y que, claro, preferí guardarlo. Confío en que el amigo y autor de *La semilla estéril* me habrá perdonado por aprovecharme de su olvido. O acaso no lo olvidó, y prefirió dejármelo como secreta herencia, que lo unía a él con Florit y que yo prometo legar en su momento a algún nuevo poeta cubano.

Hace ya algunos años escribí un ensayo de cierta extensión sobre las transformaciones de la poesía de la lengua española después de los años cuarenta. Apareció, por cierto, en el número 3 de la revista *Encuentro*. Allí me acercaba al que me parece el papel fundamental de Eugenio Florit en el surgimiento de un

nuevo prosaísmo en la poesía de la lengua española, que empieza a conformarse a partir de esos años. Mencionaba entonces a tres importantes poetas cubanos: el Virgilio Piñera de *La isla en peso*; el Eliseo Diego de *En la Calzada de Jesús del Monte*, y el Eugenio Florit de «Conversación a mi padre». El texto que recién he mencionado, «Los poetas solos en Manhattan»; confirma para mí la decisiva contribución en ese sentido, del poeta de *Doble acento*.

Son muchas las razones que todos los cubanos tenemos para venerar la memoria y el legado de Eugenio Florit. Cada cual puede —y debe— tener las suyas. Pero yo escojo dos: el aporte decisivo que hicieron a la poesía de la lengua varios de sus mejores poemas y la sabiduría de ese poeta ya mayor que, cuando otros empiezan a replegarse sobre el pasado y a escribir cómo aprendieron a escribir, halló el modo de contribuir a la renovación de la poesía de un país que lo tendrá siempre entre los poetas que lo han enaltecido.

Sin que sea perfecto (¿hay algo que lo sea?), me parece una contribución a nuestra memoria de Florit el homenaje que genera este libro de Rita Martín, Ana Rosa Núñez y Lesbia Ortega Varona. ■

Historiografía e imaginario político

MARIFELI PÉREZ-STABLE

Joan Casanovas Codina

¡O pan, o plomo!

Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898

Siglo XXI de España Editores, S.A.

Madrid, 2000, 326 pp.

¡O PAN, O PLOMO! ES UN LIBRO QUE GANA —y ya lo consideraba de primera línea— con la relectura. Hace un par de años leí la edición publicada en 1998 por la

University of Pittsburgh Press y me había persuadido su bien fundamentado andamiaje. Cuando me senté con la edición de Siglo XXI lo hice con el propósito de echarle un vistazo para refrescarme la memoria y pasar, sin más consideración, a redactar esta reseña. Pero no fue así.

Leer este libro en español le da otro peso del que tiene en inglés. Joan Casanovas Codina forma parte de una nueva generación de historiadores que, mediante cuidadosas y extensas investigaciones, ha comenzado a desmenuzar las premisas teleológicas de la historiografía cubana, es decir, la que pone al pasado en función de la revolución de 1959 e implícitamente apunta que ésta —de cierta manera— le ha puesto «fin a la historia». El emplazamiento a esta historiografía es, en primer lugar, intelectual.

La evocación de la historia —con más insistencia después que antes de 1959— es una constante en la política cubana y, por tanto, la comprensión del pasado rebasa el debate historiográfico. La superación de esa tara teleológica es indispensable para que la historiografía cubana se normalice y, más fundamental aún, para que nuestro imaginario político coadyuve a abrirle paso a un futuro que nos libere de una vez y por todas de la carga onerosa de vivir cumpliendo con el pasado. *¡O pan, o plomo!* fortalece ese esfuerzo historiográfico normalizador y, por consiguiente, Casanovas —si bien no deliberadamente— también colabora a ese imaginario liberador. Para los comprometidos con el reencuentro cabal de todos los cubanos se trata no sólo de armar un paradigma revisionista de la historia de Cuba —labor con propiedad de toda historiografía— sino también de desarrollar un discurso político que sea puntal de una Cuba democrática. Al revisar la historia, por tanto, estamos haciendo política y quizás por eso *¡O pan, o plomo!* (re)leído en español —el idioma de ese pendiente imaginario— me impresionó mucho más profundamente. Estos comentarios, por consiguiente, se visten con esa doble armadura: subrayo lo más novedoso del libro para la historiografía cubana y además apunto lo que de él se desprende para un imaginario democrático cubano.

¡O pan, o plomo! aborda su tema central —los trabajadores urbanos en la Cuba colonial entre 1850 y 1898— con admirable precisión y lo hace basándose en una concienzuda investigación. Nos saca de la Cuba rural, tan prominente en la historia del XIX por el azúcar, la esclavitud y las guerras independentistas y nos sitúa en la urbana, sobre todo en La Habana, sede de las principales fábricas de tabaco. No es, sin embargo, una historia sólo de la capital: si bien en 1859, el 77 por ciento de los tabacaleros (15,128 de los 19,608 obreros en el sector, p. 37) residían allí, sólo la mitad (12,128 de 24,066, p. 39) lo hacía en 1899. Las cifras revelan una importante dispersión a lo largo de la Isla, pero no reflejan el trasvase de miles de tabacaleros a Cayo Hueso y a Tampa a partir de la década del 60 a causa, primero, del aumento de los aranceles de EE.UU. y, luego, por la Guerra de los Diez Años. La Cuba extramuros, por ende, se fue convirtiendo en una piedra angular de la realidad nacional.

Aunque Casanovas no descuida a esa Cuba, su mérito principal es haberse volcado sobre la Isla en sí. Ya *With All and For the Good of All*, el libro pionero de Gerald Poyo, había perfilado el emerger del nacionalismo populista en las comunidades cubanas de los Estados Unidos. Casanovas, sin embargo, retoma el tema de Poyo y lo pone en pie sobre tierra firme insular: en ¡O pan, o plomo! son los tabacaleros en la Isla la savia del populismo nacionalista que fue configurándose y ejerciendo más peso en el independentismo de lo que se le ha reconocido. Por ejemplo, Casanovas sugiere (aunque no sustenta) que el cambio súbito de José Martí respecto a la pena de muerte impuesta a los anarquistas por los sucesos del Haymarket de Chicago en 1886, se debió al apoyo del Círculo de Trabajadores de La Habana en favor de los ocho (pp. 219-220). No hubiera sido extraño que Martí reconsiderara su aprobación a la sentencia después de recibir los informes de las exitosas movilizaciones de personas (unas dos mil en un acto público) y de recursos (unos 1.500 dólares estadounidenses en menos de mes y medio) que había efectuado el Círculo (p. 212). Tal vez la mayor contri-

bución de ¡O pan, o plomo! sea ese foco a toda luz sobre la Isla misma.

Parecería lógico que lo que ocurría en Cuba a fines del siglo XIX fuera la brújula de la historiografía, pero ésta ha tendido a prestarle más atención a las guerras en los campos de Cuba y a las actividades políticas de los exiliados en los Estados Unidos. El que Martí desplegara sus esfuerzos independentistas desde los Estados Unidos puede explicar, en parte, esa fijación norteña de los historiadores. La lectura de Casanovas, sin embargo, me hace pensar que, por ejemplo, la labor de Juan Gualberto Gómez en favor de la independencia y de la movilización cívica de los cubanos negros y mulatos desde la propia Cuba se merece una valoración mayor de la que ha recibido. Quizás porque el despotismo español le permitiera pocos logros duraderos al reformismo criollo y éste fuera luego superado por el llamado martiano a «la guerra necesaria», el imaginario histórico cubano ensalza las habilidades organizativas para la guerra por encima de las destrezas necesarias para la política, es decir, para saber aquilatar las posibilidades que una determinada situación entraña por ejemplo, la Cuba después del Zanjón. El principal acierto de Casanovas es, pues, presentarnos una historia del movimiento obrero en las últimas décadas de la colonia, mostrándonos su compleja evolución del reformismo al anarquismo —según el autor, mucho más influido por las condiciones cubanas que por la presencia de los anarquistas españoles— y, finalmente, al independentismo. Los tabacaleros no abrazaron al independentismo desde un principio ni por un mero ideal de Patria, sino que se adhirieron a él luego de una andadura encauzada por sus intereses de clase y sólo después de que habían agotado otros programas en consecución de los mismos.

¡O pan, o plomo! sacude fuertemente a la teleología historiográfica que representa a un movimiento obrero en evolución progresiva e inevitable hasta desembocar en la revolución de 1959. Esta historiografía convierte a la clase obrera en una simple abstracción: su guión carece de toda tensión analítica pues le

impone al pasado el «final» de 1959 y obvia, por lo tanto, las contingencias realizadas o desaprovechadas que fueron posibilitando —pero de ninguna manera para cumplimentar un designio histórico— el triunfo de la revolución. En el guión de Casanovas, los tabacaleros tienen personalidad y voz propias, evolucionan, hacen alianzas, organizan manifestaciones callejeras, se van a la huelga, ganan y pierden. Aunque la mayoría terminó sumándose al independentismo, éste no se impuso como línea pues el anarquismo era un movimiento clasista y en sus filas también militaban peninsulares. Lo distintivo de ese primer movimiento obrero cubano fue, precisamente, su carácter plural: integró a criollos y españoles, negros y blancos, hombres y mujeres. Si bien el anarquismo desdeñaba la política, la dirigencia de los tabacaleros demostró una y otra vez una fina capacidad sobre el camino. En una ocasión, por ejemplo, dejaron perplejos a sus homólogos españoles cuando organizaron una marcha de seis mil personas en agradecimiento a los abogados que habían logrado la libertad de unos anarquistas falsamente acusados de asesinar a un líder obrero opuesto a las huelgas (pp. 250-251). «¿Qué hacían —se preguntaba *El Productor* de Barcelona— unos anarquistas vinculándose tan de cerca a un sector de la elite?» Hoy diríamos que política en el mejor sentido de la palabra.

La historiografía teleológica —que no es sólo la de después de 1959 como, por ejemplo, es evidente en la obra magistral de Herminio Portell Vilá— exalta la tesis de que en Cuba se libró una guerra de treinta años contra España (1868-1898). Los cubanos del siglo XIX —qué duda cabe— demostraron ampliamente sus habilidades militares en la Guerra de los Diez Años y en la Guerra del 95. No se trata de desvirtuar el heroísmo marcial sino de rescatar la valentía cívica que sabe cantar victorias parciales y que, por ende, vigoriza la convivencia sobre la base de la pluralidad. *¡O pan, o plomo!* no se adscribe a la tesis de los treinta años y, por ello, es un libro revisionista ante la historiografía teleológica y necesario para insuflar de civismo a nuestro imaginario político.

La década de los ochenta del XIX abrigó posibilidades de reforma —en última instancia ampliamente frustradas— que, en general, el independentismo y su historiografía pasan por alto o desprecian altaneramente. Quizás se deba a que fue entonces cuando más brilló el autonomismo, verdadero contrincante del independentismo ya que éste coexistía más fácilmente con el anexionismo. Además, contrario al separatismo en sus dos vertientes, el autonomismo se mantuvo siempre férreo ante la preeminencia absoluta de la legalidad y rechazaba tajantemente la proposición de que ningún fin por loable que fuera justificara el recurrir a las armas. Sin duda, también hay que saber cuándo las posibilidades de diálogo se agotan irremisiblemente y el sector ortodoxo del autonomismo no supo hacerlo. Pero, aun con ese horizonte de fracaso, la tesis de los treinta años simplifica y distorsiona lo que fue la década del ochenta y, por tanto, no valora lo imbricado de la política cubana de entonces. Los tabacaleros, como los autonomistas, nos dejaron un legado cívico que hay que incorporar como es debido a nuestra historiografía y a nuestro imaginario político.

Al terminar la relectura de *¡O pan, o plomo!*, me asaltó la comparación con *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*, el excelente libro de la joven historiadora cubanoamericana, Ada Ferrer. Ferrer documenta meticulosamente la propuesta de que el Ejército Libertador forja —si bien con incontables e irresolutas tensiones que luego se pondrían atrocemente en evidencia por la Guerra de 1912— una cubanidad multirracial. Cierto, pero es que el movimiento obrero anarquista nos ofrece otra metáfora: juntos, blancos, negros y mulatos (y mujeres, dicho sea de paso) convocaron huelgas, organizaron manifestaciones y sufrieron la represión española. En la Guerra del 95, los mambises no pasaron de 35,000; los tabacaleros, si incluimos a los de extramuros, fueron muchos miles más. La cubanidad multirracial aflora también al calor de un movimiento cívico. Casanovas, en fin, nos da un sinnúmero de pistas y hay que seguirlas para reforzar la doble armadura que viste a esta reseña. ■

Is anybody listening to the message?

TONY ÉVORA

Gustavo Pérez Firmat
Vidas en vilo. La cultura cubanoamericana
 Editorial Colibrí
 Madrid, 2000, 206 pp.

HAY LIBROS QUE SE HACEN ARDUOS Y otros que, como el que reseño, fluyen admirablemente por su prosa transparente y su bien organizado contenido. Le tocó ser el octavo título publicado por la pequeña pero cada vez más exigente editorial de Víctor Batista. Y como se sabe, el número 8 es mágico en la cábala criolla, a pesar de ser un libro que se inclina hacia Norteamérica.

El autor, nacido en La Habana en 1949, parece hacerse eco de un verso de Eugenio Florit: «No hay que volver». Enraizado en el *american way of life*, Pérez Firmat, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Columbia, Nueva York, nos asegura, montado sobre una pseudo-*rumba* tocada por las blancas manos de Desi Arnaz, que para muchos jóvenes cubanos, el destino los ha puesto a bailar en USA. Pienso que aun cuando existiera una remota probabilidad de regresar algún día a la Isla, la famosa frase del general MacArthur no es para ellos.

El libro tiene otras vertientes y logra dar fe de la contribución que cubanoamericanos con talento han hecho y están haciendo a la cultura popular estadounidense. Para mí resultó sorprendente el poder de observación del autor al analizar algunos fenómenos culturales ocurridos en la diáspora literaria y musical de Miami y Nueva York. Pérez Firmat aprovecha, por ejemplo, el cambio de nombre en 1984 a Clouds of Miami de un grupo musical cubano llamado durante mucho tiempo simplemente Clouds (Nubes), para señalar cómo el locativo marca el paso de la desposesión a la reposición. Cito: «Si al principio el nombre del grupo creaba la impre-

sión de un vaporoso desarraigo, el locativo los baja de las nubes para situarlos en un escenario concreto. La portada del primer álbum del grupo tras el cambio onomástico mostraba cúmulos de nubes sobre el horizonte miamense. La sensación de estar en el aire, de vivir en vilo, nunca desaparece del todo, pero llega el día en que adquiere un nombre y una dirección».

Vidas en vilo se publicó primero en inglés en 1994 como *Life on the hyphen*, algo así como *Viviendo en el guión*. No se trata del guión cinematográfico sino del que separa las dos marcadas idiosincrasias: *Cuban-American*. Como señala el propio autor-traductor, «una de las ideas rectoras de *Vidas en vilo*, precisamente, es que la cultura cubanoamericana surge de un ímpetu traslaticio, de una vocación de traducción». Sin embargo, Pérez Firmat pasa pronto a una frase irónica, a pesar de la verdad que encierra: «Para muchos ciudadanos de la Cuba del Norte, el español es menos extranjero que el inglés».

«Un cubanoamericano, en Norteamérica, es un *Cuban-American*; la rayita que une (y separa) los dos gentilicios, ese puente que también es pantano, marca el lugar de contacto y contagio entre las dos culturas. Invisible en español, la rayita no pierde su potencia hibridizante; *Vidas en vilo* está escrito, desde, hacia y sobre esa rayita».

Una de las tesis de este libro, bien formulado y mejor escrito, es que la cultura cubanoamericana es en gran medida un logro del considerable grupo de criollitos que salió de la Isla cuando eran aún muy jóvenes. Nacidos en Cuba pero *made in the USA*, pertenecen a esa generación intermedia de emigrados cuya niñez o temprana adolescencia transcurrió en la Isla, pero que llegó a los estudios superiores o a la madurez en el Norte. Nacidos «allá», pero criados «aquí», y al no verse integrados plenamente en ninguno de sus dos países, se sienten marginales respecto a ambos.

Con razón afirmaba el musicólogo brasileño Arthur Ramos refiriéndose a los africanos secuestrados y llevados al Nuevo Mundo: «Cuántas veces el individuo es separado de su grupo cultural y puesto en contacto con otros grupos y otras culturas, tiende, en la

segunda o tercera generación, a olvidar las culturas primitivas y a asimilar las nuevas con que ha entrado en contacto».

El propio Gustavo Pérez Firmat es un caso elocuente del éxito de los cubanoamericanos. Poeta, ensayista y narrador, ha publicado tres colecciones de poesía cuyos títulos ya son reveladores de ese fenómeno: *Carolina Cuban* (1987), *Equivocaciones* (1988) y *Bilingual Blues* (1995). Su obra crítica incluye: *Idle fictions* (1982), *Literature and liminality* (1986), *The Cuban condition* (1989), *Do the Americas have a common literature?* (1990), *Life on the hyphen* (1994) y *My own private Cuba* (1999). Es también autor de un libro de memorias: *Next year in Cuba* (1995), publicado dos años después como *El año que viene estamos en Cuba*. Después apareció *Cincuenta lecciones de exilio y desexilio* (2000). Valga añadir que recién salido del horno *Next year in Cuba* fue nominado para el distinguido premio Pulitzer. Dos años más tarde, la revista *Newsweek* incluyó a Pérez Firmat como uno de «los 100 americanos a seguir en el nuevo siglo». *Anything but love*, su primera novela, apareció en el 2000.

Si bien es verdad que esta generación intermedia es marginal con respecto a ambos países, el natal y el adoptivo, el autor considera que lo contrario es igualmente cierto: «Sólo esta generación no es marginal respecto a ninguno de los dos... Aunque no se sientan totalmente cómodos en ninguna, son capaces de valerse de los recursos que ambas pueden ofrecerles... Uncidos a la tradición, pero abocados a la traslación, la generación del medio comparte la nostalgia de sus padres y el desprendimiento de sus hijos. Para este grupo, volver es irse, pero irse es regresar. La cultura cubanoamericana, lo que me da por llamar la 'Cuba del Norte', se despliega en ese intervalo, en ese vacío, en ese vilo donde partida y retorno se confunden».

Incisivo, mordaz, Pérez Firmat estima que el encomiable esfuerzo por recrear la «Cuba de ayer» en la costas de Florida es a la vez admirable y desgarrador. La reencarnación miamense de tantos establecimientos y marcas es un mito que conforta; además, «se llega al mundo asistido por un obstetra cubano y se le dice adiós en los salones de una fune-

raria cubana, y entre parto y partida no hay razón para salirse del reparto». Esfuerzo admirable porque intenta alzarse por encima de la historia y de la geografía. Desgarrador porque está destinado al fracaso. «Por deliberado y consistente que sea, el simulacro de posesión no puede sostenerse indefinidamente. Llega un momento en que el emigrado deja de creer en la ficción de un exilio sin destierro», afirma Pérez Firmat.

En este sentido, el libro analiza la contribución de narradores del calibre de Oscar Hijuelos (nacido en Nueva York), Cristina García, Virgil Suárez, Pablo Medina y Roberto Fernández, así como los poemas de Ricardo Pau-Llosa y José Kozar. Por estas páginas discurren además grandes talentos musicales: Gloria Estefan, Willy Chirino, Hansel y Raúl, gente que crearon el sonido de Miami, aunque en los tres primeros capítulos el autor estudia la etapa pre-castrista para establecer el rumbo que tomarían los cubanoamericanos. Aprovecha sagazmente, por ejemplo, la dualidad rítmico-melódica y la estrada bamba cubano-americana de los primeros mambos de Pérez Prado para reafirmar sus convicciones, añadiendo que «el mambo es una música de aceptación y resistencia, que renuncia tanto al regreso como a la asimilación».

En 1951 salió al aire el programa televisivo *I love Lucy*, que llegaba a todos los confines sociales de Estados Unidos: el santiaguero Desi Arnaz y la estadounidense Lucille Ball arrebataron a los telespectadores hasta el último episodio rodado en 1960. A pesar de su acento, el personaje Ricky Ricardo que encarnaba Arnaz ha sido quizá el hispano de más impacto en Estados Unidos (superando la imagen del *latin lover* Rodolfo Valentino), a pesar de que la proyección de lo cubano solía salir caricaturesca o al menos condescendiente. Pero no deja de sorprender que el programa más divertido de entonces, que reunía a toda la familia frente a la pequeña pantalla, se centraba en un matrimonio «intercultural» entre una caprichosa pelirroja y un congüero cubano con un precario dominio de la lengua inglesa.

En 1953 Castro atacaba el cuartel Moncada; ese mismo año Jorrín arrasaba con el chachachá, llegando a destronar al mambo.

En 1954 Ernest Hemingway acababa de ganar el premio Nobel de literatura por *El viejo y el mar* (1952), la famosa novela sobre un pescador de Cojimar (entre un enjambre de ofrendas, la medalla conmemorativa cuelga del altar de Cachita en el Santuario de El Cobre).

Disfruté mucho leyendo las breves introducciones con que Pérez Firmat abre cada capítulo y revela aspectos de su sutil cubanía, siempre ecuaníme y reservada. Por otra parte, es una lástima que el índice onomástico no aparezca completo y que los cabezales de dichas páginas indiquen bibliografía (que no está incluida).

Como señalé al principio, *Vidas en vilo* es el octavo título publicado por la Editorial Colibrí, y puede adquirirse a través del 91 560 4911. Para mí, el número 8 corresponde a Oba, la deidad que encarna el interés intelectual en la cosmovisión afro cubana. Significativamente, Oba no se «asienta» sino que se recibe a través de Ochún (Cachita), y entre sus símbolos está una llave para abrir las puertas de la casa al dinero y la fortuna. Un conocido *pattakí* la presenta como buena y comprensiva e hija de Obatalá y Yemmu. Oba amaba mucho a Changó, pero éste andaba muy enredado con Oyá, la voluptuosa mujer que le había robado a su hermano Oggún. Sea como fuere, Changó y Oba contrajeron matrimonio. Oyá, por supuesto, ardía de celos; quería a Changó para ella sola y tramó una venganza. Fingiéndose amiga de Oba comenzó a llenarle la cabeza de pajaritos: «Ahora todo va bien, pero créeme, pronto se irá con otra mujer y te dejará». «Pero, ¿qué puedo hacer para mantenerlo a mi lado?», repetía la ingenua Oba. «Hazle un amarre», le dijo Oyá: «A Changó le encanta el quimbombó. Córta-te una oreja y échala en el guiso. Cuando él la coma jamás podrá abandonarte». Oba siguió las malintencionadas instrucciones. Para que su marido no se diera cuenta de lo que había hecho se colocó un turbante que cubría el área mutilada. Cuando Changó vio la oreja flotando en el caldo se enfureció: «¿Qué porquería es ésta, Oba?». Resumen del melodrama patakiano: Changó la rechazó y no volvió a vivir jamás en su casa.

Y éste es un libro que trata de los que han perdido una oreja para adquirir otra. ■

Lo cubano como vocación

LOURDES GIL

Andrea O'Reilly Herrera
The Pearl of the Antilles
Tempe, Arizona, Bilingual Press,
2001, 353 pp.

Prefacio e introducción
de Andrea O'Reilly Herrera, editora
ReMembering Cuba: Legacy of a Diaspora
Austin, University of Texas Press,
2001, 325 pp.

EN UNA ENTREVISTA QUE LE HIZO ELOÍSA Lezama Lima, Severo Sarduy contaba que en sus viajes por la India había buscado «las ajorcas de los orishas, el olor a caña de azúcar y el garabato furioso del índigo en las hojas del flamboyant». Sin tener que trasladarse a sitio tan remoto, todo exiliado comprende por qué el autor de *Maitreya* quiso rastrear las imágenes y sensaciones de su juventud. Sin embargo, las búsquedas de lo cubano que emprende Andrea O'Reilly Herrera en estos libros resultan más misteriosas, ya que el ámbito que intenta rearticular es un mundo que nunca ha visto.

A diferencia de los otros escritores e intelectuales cubanos que orientan su escritura hacia nuevas indagaciones sobre la nación, O'Reilly Herrera nació en Estados Unidos, de madre cubana y padre irlandés. Con mayor precisión que Yocandra, el personaje simbólico de *La nada cotidiana*, Andrea nace el 1 de enero de 1959. Es además, su perfecto antípoda: si Patria —Yocandra es hija de la Revolución y personaje de ficción, Andrea es el ser real que ya nace como sujeto diaspórico. En su prefacio a *ReMembering Cuba*, O'Reilly Herrera cuenta cómo desde los siete años rogaba a sus abuelos que le hablaran de Cuba. Más tarde, seguía a su abuelo por el jardín con una grabadora. A la muerte de éste, tres tías-abuelas centenarias, testigos oculares de la guerra de Independencia, continuaron aplacando su insaciable apetito por conocer las

historias vividas a lo largo del siglo. Aún no sé si la voluntad de cubanía de Andrea O'Reilly Herrera es una vocación o un designio; si es cubana por deseo ancestral o por ósmosis.

Sería entonces oportuno preguntar qué Cuba busca aquél que nunca la ha visto sino con los ojos de la imaginación? Acaso se transmiten y heredan la idea de nación, el espíritu de la cubanidad? Estas interrogantes surgen de la experiencia de toda diáspora y no son exclusivas de la problemática cubana. Las conjeturas sobre la identidad traslaticia de los pueblos errantes y sin nación constituye precisamente uno de los temas más enigmáticos de la teorizaron diáspora global de los últimos veinte años. Su modelo clásico lo representa «el sueño de Israel», con el que se identifican millones de judíos dispersos por el mundo. Como sabemos, la idea de Sion no permanece estática en el plano de la imaginación, sino que se traduce en desmesuradas lealtades y en apoyo económico y político incondicional hacia el Estado decretado en 1948. Nada más semejante al fervor religioso que los fervores patrióticos, y podría argumentarse si la cubanidad es, por momentos, una profesión de fe o un culto cuasirreligioso.

Estos libros de Andrea O'Reilly Herrera suscitan otra interrogante, que corresponde a los exiliados como Sarduy, que conocieron la realidad cubana y formaron parte de ella. Si la racionalidad dictamina que la imantación insular debía disminuir con el paso del tiempo, ¿por qué esa alianza irrenunciable con lo cubano? Para quienes la idea de nación no depende del tejido de la imaginación —como en el caso del *judío errante* o de O'Reilly Herrera— Cuba persiste sustentada por el deseo y el recuerdo; es la «patria sin tiempo» de Rilke. Kafka lo expresó de otro modo, cuando señaló que la literatura era para él lo que para Moisés la Tierra Prometida. Le turbaba que la sola idea de la tierra de promisión condicionara, como realidad única, el recorrido total de la vida. «Que el sueño y la esperanza por la Tierra duren indefinidamente, cuando la visión de ésta ocupa apenas unos instantes», escribió en *Tagerbuchen*.

He creído necesario este largo preámbulo, porque los libros de O'Reilly Herrera confirman, en gran medida, el temor susten-

tado por Kafka: que el transcurso de la vida puede quedar supeditado indefinidamente a la visión interiorizada de la tierra. Es un pensamiento sobrecogedor. Porque cuando decimos «la vida», estamos empleando un eufemismo; hablamos de millones de cubanos. Y estos libros atestiguan el proyecto intemporal de la cubanía, su discurso de resistencia y afirmación. O'Reilly Herrera presenta, a través de dos géneros literarios distintos —novela, colección de testimonios— una cubanidad amalgamática e inabarcable, donde las vidas individuales aparecen subordinadas a la antropofagia de la historia, a esa sustancia inexacta y fluida que es la identidad nacional.

The Pearl of the Antilles es una novela cuyo planteamiento diacrónico no siempre permite una relación lineal de las diversas épocas que abarca y que integra al plan estructural de la narración cartas, recortes de periódicos, diarios íntimos, apuntes escolares de geografía e historia. Las 150 páginas de cartas, por ejemplo, recogen el período de mayor comunicación entre la Isla y el exilio, que la novela fija entre la crisis de octubre, en 1962 y el éxodo del Mariel. Pero la compleja superficie textual no agobia al lector, sino todo lo contrario. Le envuelve la lenta voluptuosidad de un lenguaje de pictóricas recreaciones del paisaje cubano, y le asalta el reconocimiento inmediato de la escenografía, las modulaciones, las resonancias y los tintes de un mundo perdido, pero latente en las membranas de nuestra memoria.

La topografía de la novela es la historia de varias familias enlazadas (Moro, Miramar, Amargo) y sigue el movimiento general del siglo. El personaje de Margarita, sin cumplir del todo las funciones de protagonista, constituye el vínculo en el tiempo —desde un pasado cubano que comienza en la década del cuarenta hasta nuestros días— y el espacio— la Isla y la diáspora. Es Margarita la que sale precipitadamente al exilio y su hija Lilly, nacida en Estados Unidos, encarna las disyuntivas actuales de la diáspora. La negativa de Margarita a hablar sobre Cuba desvincula a Lilly del pasado familiar y su rudimentario conocimiento del español agrava esta exclusión. El silencio de Margarita es una muralla

de defensa psicológica; hablar es revivir y recordar es padecer. El enmudecimiento de la madre, unido al desconocimiento del pasado cubano y a la impenetrabilidad de un lenguaje que no domina paralizan a Lilly, haciéndole sentir una especie de atrofia en su desarrollo como ser humano. El hallazgo en una gaveta del diario de su abuela y de viejos álbumes con recortes de periódicos y fotografías precipitan a Lilly en un viaje iniciático por la cubanía. Los signos en español le son indescifrables y su lectura se torna en la devoración omnisciente de imágenes y nombres de personas y sitios, que penetran su conciencia y estimulan su imaginación. Así, el viaje de madre e hija a Cuba, los relatos familiares y la totalidad de la narración quedan como posible lectura de Lilly; quizás soñados o imaginados por ella.

En *ReMembering Cuba: Legacy of a Diaspora*, Andrea O'Reilly Herrera reúne mas de 100 testimonios de exiliados cubanos, precedidos por pinturas de Rafael Soriano, Luis Cruz Azaceta, Carmen Herrera, Leandro Soto, María Brito y otros, así como por fotografías de Tony Mendoza y Anthony Reus. En el coro de voces hay adolescentes y ancianos, escritores y músicos, balseros y marielitos, ex presos y antiguos Peter Pans, médicos y amas de casa que van vertebrando el conjunto. Están representadas las varias oleadas migratorias, aun desde antes de la Revolución, y el llamado «insilio», ese exilio sociopsicológico dentro de la Isla. No obstante, para conocer los datos personales hay que leer cada texto; el propósito de O'Reilly Herrera es lograr una desjerarquización y destacar las experiencias referentes al éxodo. Así, introduce los testimonios por medio de una biografía reducida a fecha de nacimiento, salida de Cuba y lugar de residencia en Estados Unidos.

En su minuciosa introducción, la editora explica la metodología empleada y sus apoyaturas teóricas (Edward Said, Stuart Hall, Mikhail Bakhtin, Jacques Derrida, Antonio Benítez Rojo). Aclara por qué la colección parece privilegiar las voces de los primeros exiliados, en su mayoría blancos, así como a la generación nacida en la década del cincuenta. Según O'Reilly Herrera, fueron los

grupos más dispuestos a cooperar con su proyecto. Miembros de otras generaciones o de migraciones más recientes se mostraron indiferentes o reacios a participar. Andrea lamenta también no haber logrado una representatividad más acorde con la composición y proporción racial de la población cubana.

Las reflexiones que prosiguen se ciernen en torno a los temas de la heterogeneidad de la experiencia exílica cubana; la conservación, transmisión y transformación de la cultura nacional en el entorno norteamericano; las interpolaciones de la historia, la memoria, el lenguaje y la creación, y las funciones imprecisas de éstas. Para O'Reilly Herrera, Cuba existe en dos planos paralelos, más allá de la división geográfica Isla-diáspora: como país real y como concepto de la imaginación. Esta doble naturaleza de lo cubano le reafirma a la autora una continuidad dentro y fuera de la historia y la política, de la territorialidad y el tiempo; una continuidad que parece trascender las ideologías, las generaciones y la separación física entre la Isla y la diáspora. O'Reilly Herrera propone que la identidad cubana, aún desprovista de paradigmas, inapresable y proteica, se impone por sobre la dispersión y la fragmentación propias de toda experiencia de exilio. ■

Un sincero y profundo elogio de la libertad

RAMÓN ALEJANDRO

Orlando González Esteva
Amigo enigma. Los dibujos de Juan Soriano
Ave del Paraíso Ediciones
Madrid, 2000, 477 pp.

CUANDO ORLANDO GONZÁLEZ ESTEVA ME invitó a participar en la presentación en Miami de su libro *Amigo enigma. Los dibujos de Juan Soriano*, empezaron a surgir en mi mente las diversas emociones y recuerdos que tanto los dibujos reproducidos en el

libro como los poemas —en verso o en prosa— de González Esteva me habían provocado cuando los vi y leí por primera vez.

Recordé, primero, las recurrentes conversaciones que tuve con Severo Sarduy, hace ya treinta años, sobre el entonces novedoso tema de la identidad entre lo escrito y lo dibujado, tal como se concebía en la antigua China. Y tomé conciencia de que en este libro el denominador común entre el dibujante y el poeta es nada menos que la libertad: un sincero y profundo «elogio de la Libertad» resuena en ambas sensibilidades.

Recordé también cómo estando en Ciudad México para la presentación del libro *Cuerpos en bandeja*, con texto de González Esteva y obras mías, me interné en un magnífico museo de pinturas donde, entre el tumulto de la épica revolucionaria y las enormidades cosmogónicas de otras obras, hallé una deliciosa escena de intimidad intensamente humana, en la que unos niños y niñas se encontraban ensimismados en un juego lleno de ambigüedades, bañados por la ternura de una luz serena y voluptuosa, en la que ningún sentimiento de culpa venía a empañar el inefable gozo de las primeras manifestaciones del cosquilleo erótico. Era una pintura de Juan Soriano, refrescante como aquella definición que de este arte dio Leonardo da Vinci, al llamarlo «*cosa mentale*». En efecto, las dos dimensiones reales de la tela, su alto y su ancho, se encontraban enriquecidas por una tercera dimensión ficticia, producto del oficio y saber del artista. Era sólo en ese espacio mental, insisto, puramente virtual, donde existía aquella habitación y donde las apariencias no menos ficticias de los menores se entregaban, inocentes, a su embeleso. Es en cuadros como éste donde cuaja tanta carga afectiva, donde cualquier espectador puede reconocer, hurgando en el fondo de su propia memoria, aquel sueño que un día le proporcionó el más o menos lejano despertar de sus sentidos.

Esta pintura, tan conmovedora en su sencillez y en su ausencia de retórica, tan alejada de las luchas sociales como de los solemnes ceremoniales de los cultos precolombinos, las erupciones volcánicas y los aterradores estremecimientos geológicos que evocaba la

mayoría de las obras expuestas en aquel museo, me permitió apreciar, de manera más intensa y clara, el privilegio de la libertad individual a la que la modernidad ha permitido acceder. El dominio de lo propiamente humano, el milagro de nuestra sensibilidad finalmente liberada por el humanismo, tanto de los terrores del más allá como del miedo a la naturaleza y del poder abusivo de las sociedades absolutistas, basadas en la opresión del frágil e infinitamente respetable ser humano.

Y recordé mi placer al comprobar cómo González Esteva disponía con desparpajo de los dibujos de Soriano para volcar, sobre la página en blanco, sus propias percepciones vírgenes, correspondientes a su primera infancia, cotejándolos así con sentidos paralelos, seguramente ocultos al propio Soriano, y enriqueciéndolos con nuevas resonancias poéticas, abriéndoles sentidos alternativos, haciéndolos accesibles, quizás, a una diversidad mayor de sensibilidades. Y volví sobre aquello que dice *Las mil y una noches*, que la vida no es un sueño sino muchísimos sueños entrelazados, y pensé que este libro era una encrucijada entretejida por esos sueños que, enlazándose, constituyen el tejido de la vida.

Y recordé también cómo una bella tarde de verano en Normandía, leyendo *La voluntad de poder* de Nietzsche, con la irresponsabilidad de mis veinte años, di por azar con tres páginas maravillosas en las que el filósofo poeta explicaba cómo la facultad crítica y la facultad creativa de un artista estaban en relación inversamente proporcional, y cómo el desarrollo excesivo de una de ellas se pagaba ineluctiblemente con la atrofia de la otra. Y se me antojó que tanto Juan Soriano como Orlando González Esteva daban en este libro prueba feliz de un desinterés total por su propio sentido crítico, para entregarse sin miedo a su natural creatividad sin perder en ningún momento la aspiración a una rigurosa excelencia formal. Y me acordé de la importancia que tuvo en mi desarrollo ulterior, como artista, la lectura de esas páginas y cómo el mismo Nietzsche dice, en otro de sus libros, que el artista tiene que ser primero camello y luego león para, finalmente, llegar a ser niño. Camello, tiene que cargar

primero con todo el peso de la cultura; león, tiene luego que rebelarse y rechazarla, que rugir, incluso, contra ella, ya que sólo entonces podrá tener acceso a un estado de infancia y comenzar, plenamente, a crear.

En sus dibujos, Soriano muestra una sorprendente indiferencia por su propia imagen, y juega a esbozar, con soberana libertad, todo lo que pasa por la ventana del alma. Spinoza decía que toda determinación es una negación. Así Soriano, olvidándose a sí mismo y arrojando por la borda toda máscara y adquisición previa, ha sabido abordar, delante de cada nueva hoja de papel, el hallazgo de un nuevo Soriano, desconocido hasta entonces, en una encarnizada cacería de la diversidad infinita que cada uno de nosotros alberga. Ambos, Soriano y González Esteva, deben haber sido hermanos gemelos en alguna vida anterior y haberse internado en cada encrucijada del espíritu zambulléndose en el vacío de la potencialidad infinita del niño ante la inmensidad de la vida que le queda por delante; afirmando, cada uno, por encima de toda determinación circunstancial, su libre entidad; renovando, con fluidez ejemplar, las sucesivas formas revestidas; nadando despreocupadamente, como peces, en el misterioso río de Heráclito.

Porque Orlando González Esteva también muestra, con frecuencia, un raro don de pasar más allá del mundo físico a un dominio infinitamente más sutil de la realidad; un don que le permite, luego de describir con minuciosidad una situación o un espacio concretos —aunque percibidos, siempre, con la agudeza de un orfebre—, y de seducirnos e internarnos en ellos, efectuar una súbita ruptura de escala de esa situación o ese espacio para provocar una sacudida o despertar metafísico que nos proyecta a otra dimensión del espíritu y que tiende a dejarnos en un estado de delectación contemplativa, esa suerte de estado cuya expresión mayor es aquella en que suelen sumir los textos místicos de las diversas religiones. El autor acerca ese mismo estado a través de un lenguaje profano a la vida y la ensoñación contemporáneas.

En este libro de «ida y vuelta» —como los cantes que de España vinieron y a España

volvieron— de un pintor mexicano y un poeta cubano, publicado en la península ibérica, el pagano y paganiniano Orlando González Esteva nos da el oro viejo del Mediterráneo embadurnado con *oñí*, la miel de Oshún, haciendo aparecer en nuestras mentes el irrisado «punto de caramelo» que las cocineras criollas buscaron con el mismo exaltado empeño que los caballeros de la mesa redonda dedicaron a la conquista del Santo Grial, cifra del mítico equilibrio y de la armonía entre el contenido y la forma, y nos da ese oro viejo en la alquimia de una cocina íntima y profunda, con la borrachera de la libertad fecundando, en el goce peligroso de cada instante, un presente ávido de imprevisibles, un futuro rico en descubrimientos. ■

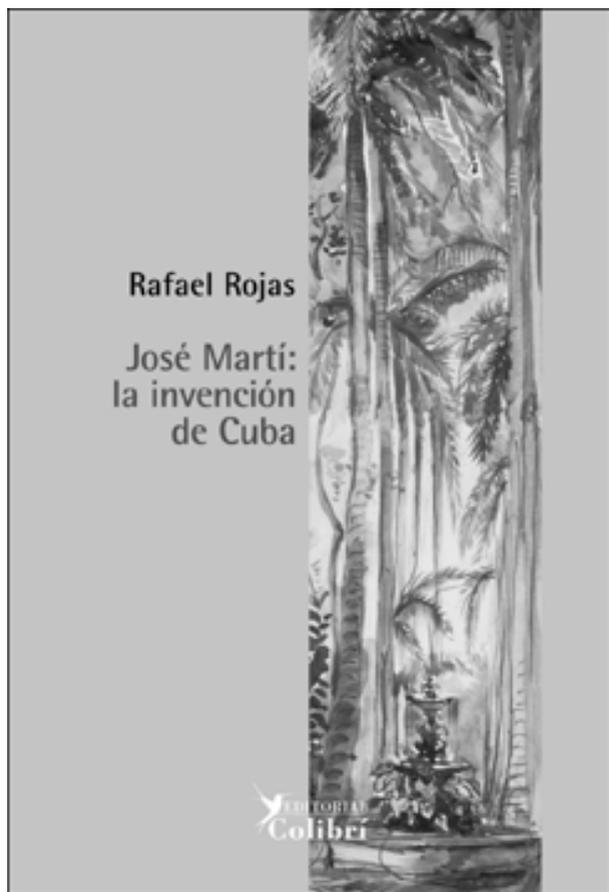
Martí y Cuba en Rafael Rojas

EMILIO ICHIKAWA

Rafael Rojas
Jose Martí: la invención de Cuba.
Editorial Colibrí
España, 2000, 145 pp.

HACE APENAS UN PAR DE DÍAS, MIENTRAS conversaba con el amigo Vicente Echerri, le comenté que el nacionalismo cubano, contrariamente a los demás nacionalismos, parece sacar sus energías de algunas carencias fundamentales: ausencia de un tipo racial coherente (la «raza cósmica» no es en rigor una raza); falta de una reivindicación lingüística (hasta el nacionalismo más precario presume de hablar un idioma propio); carencia de un texto sagrado.

Echerri, que aceptó con escepticismo las dos primeras tesis, se resistió rotundamente a la tercera. Los libros de Martí, afirmó, han sido adorados por varias generaciones de cubanos como palabra de apóstol.



“Rafael Rojas propone olvidar a Martí para luego evocarlos de un modo radicalmente distinto... leerlo con una mezcla de intuición y juicio suficiente para liberar al compatriota abrumado por lo que él llama ‘la pesadumbre del mito’”.

Orlando González Esteva

Haga su pedido a

Editorial Colibrí
Apartado Postal 50897 • Madrid, España
Telf. / fax: 91 560 49 11
e-mail: info@editorialcolibri.com
www.editorialcolibri.com

Títulos publicados

Rafael Rojas
El arte de la espera

Rafael Fermoselle
Política y color en Cuba
La guerrita de 1912

Marifeli Pérez-Stable
La revolución cubana

Roberto González Echevarría
La prole de Celestina

Julián Orbón
En la esencia de los estilos

José M. Hernández
Política y militarismo en la
independencia de Cuba
(1868-1933)

Gustavo Pérez Firmat
Vidas en vilo

Rafael Rojas
José Martí: la invención de Cuba

Marta Bizcarrondo
Antonio Elorza
Cuba / España. El dilema
autonomista (1878-1898)

De próxima aparición

Alejandro de la Fuente
Raza, desigualdad y política
(1900-2000)

Y tiene razón. De ahí que intentar a estas alturas un libro sobre Martí, como hace Rafael Rojas, implique riesgos enormes: los del lugar común, el panegírico o la sensacional diatriba. Conozco algunas de estas versiones muy cuestionables y facilistas de aquellas objeciones al lugar común martiano expuestas por Arturo de Carricarte en su libro *La cubanidad negativa del apóstol José Martí*. (La Habana, 1934).

Antes de proponer analíticamente el texto de Rojas, digamos primero algo acerca de los títulos. El de mi nota bibliográfica no puede ser más ordinario: *Martí y Cuba en Rafael Rojas*. No hace falta innovar en este punto pues, a esta altura, es preciso comenzar a destacar que ambos valores se repiten en el conjunto de la obra de Rojas como ha ocurrido en el caso de los grandes intelectuales de nuestra cultura; ya sea Lezama o Mañach, pues en esto se encuentran las dos tradiciones trazadas por el mismo Rojas y Ernesto Hernández Busto en un pasado intercambio dialéctico en las páginas de *Encuentro en la red*.

Cuba y Martí tienen dimensión totémica en nuestra sensibilidad espiritual; y si algo lo prueba inconfundiblemente, es la resistencia desesperada ante el hecho de los intelectuales de los primeros círculos.

En el título del libro de Rojas hay que destacar el uso de la palabra «invención»; menos popular pero homofuncional a esa otra tan conocida de «construcción». En el contexto del relativismo epistémico contemporáneo, más débil cada día por cierto, Rojas introduce a nivel de declaración titular un desplazamiento hacia lo que se conoce como «gnoseología constructorista», que no se preocupa por el valor de la «cosa» o el «texto» en sí (dos manifestaciones del Ser), sino por las implicaciones que éstos pudieran tener en términos de efectos veritativos.

Cumple pues la palabra «invención» con dar al título una apariencia de actualidad epistémica. Sin embargo creo, junto al poeta Orlando González Esteva, que el libro de Rojas rebasa cualquier esquematismo y se ubica en un nivel clásico de interpretación, que llega a ser original (en privado hemos usado el impúdico calificativo de «genial») gracias a la erudición y la capacidad asociati-

va del autor. (El filósofo Alexis Jardines, quien fue su profesor en La Habana, me confesó que jamás había conocido un «pensamiento analógico» tan vertiginoso).

Algunas críticas que acompañaron a este libro en su aparición, con las que no estoy de acuerdo, aceptaron sin más este punto de la «invención». Así como las palabras de la contraportada de esta edición, probablemente escritas por el propio Rojas, y con las que no me queda otro remedio que discrepar. La lectura del libro de Rojas no deja ningún deseo de olvidar a Martí, como alguien ha propuesto; por el contrario, los que hace unos años experimentaban el hastío que provoca su manipulación constante por la propaganda política, lo terminan de leer con ánimos renovados de lectura martiana.

La cuestión es simple: si en medio de una tradición cubana empeñada en citar y recitar a Martí, Rojas se hubiera ubicado cómodamente en una posición de cuestor, se le podía aplicar a su ardid una vieja sentencia judía: «El agón con tradición es cosa de epígonos»; cuando no aquella otra de Eugenio de O'rs: «Lo que no es tradición, es plagio». Pero por suerte Rojas cita, interpreta, juzga, trata de demostrar; y, en medio de todos estos ejercicios logra, uno de los resultados más importantes en el campo de los estudios cubanos.

Rafael Rojas no deja espacio entre el momento del olvido y la reasunción. Una cosa implica a la otra, por tanto se disuelve la naturaleza de la acción primera.

En el ensayo «Fugas de la modernidad» se presenta a José Martí como «un poeta exiliado de la ciudad moderna»; viaje solamente posible a quienes de hecho viven en ella. Por esta razón el ciudadano efectivo responde con una fuga de naturaleza discursiva. El escape se produce a través de la palabra. Pero lo más interesante en este ensayo es que a Rojas no le interesa el texto, no se trata de un estudio de crítica literaria sin más; es un estudio de la modernidad a través de su expresión literaria. Y esto va más allá de la declaración formal que cualquier estudioso puede hacer.

El objetivo de estas fugas de la modernidad se da hacia su mismo proyecto republicano, más cargado de moral que de principios

de administración. El senequismo que Martí ejerce con la distinción del buen escritor, es el sitio donde más cómodamente se han sentido los pensadores latinoamericanos.

En el ensayo «La honda de David» se puede encontrar una de las frases más emblemáticas de la cubanidad; una que pone en duda el que Martí escapara definitivamente a las prácticas cotidianas del buen vecino criollo. Esto, por cierto, no hace más que humanizarlo. Me refiero a lo que apunta Rojas como lo último que escribió Martí, una nota al general Máximo Gómez en la que ofrece: «no estaré tranquilo hasta no verlo llegar a usted... le llevo bien cuidado el jolongo».

Es una expresión emblemática del paternalismo del desamparo cubano; una mezcla realmente insólita. Habría que disponer de tiempo para hacer una exégesis de esa frase que ha distinguido a Rojas; al menos yo encuentro en ella explicaciones para eventos tan disímiles como la «ayuda internacionalista» a países más ricos que Cuba o las propias llamadas telefónicas a la Isla desde el exilio donde uno no hace más que recibir consejos de gente que supuestamente debe recibir ayuda.

Pero este ensayo habla además de la nación y de su autopercepción destinal, además de que propone indirectamente una lectura más cultural, menos política y militar, de la tesis de la «manzana madura» y el problema de la anexión.

En las páginas de este libro el anexionismo puede ser calibrado de una manera ya más madura. No son los años en que el joven graduado de filosofía acudía presuroso a las páginas de *La gaceta de Cuba* para aclarar, apelando a José Antonio Saco, que él no era un neo-anexionista. Desleal acusación que, por cierto, presentó en esas páginas otro gran amigo mío, Mario Rodríguez Pantoja, por entonces muy joven también.

Hoy como ayer, claro está, Rojas dista mucho de ser un anexionista; pero el escritor prolífico, el historiador maduro, no tiene que defenderse de nada. No lo necesita.

Por cierto, vale aclarar que en opinión del Dr. Armando Hart el neo-anexionismo era una corriente de incorporación de Cuba a los EE.UU. supuestamente defendida por un grupo de jóvenes intelectuales postmo-

dernistas; ellos serían neoanexionistas, aunque no lo supieran. Pues se trata de un razonamiento muy parecido al de alguna gente en Miami; según éstas, existirían aquí comunistas fabianos; es decir, uno es comunista aunque no se de cuenta.

En la línea de lo que podemos llamar impresionismo historiográfico y político se encuentra también el ensayo «Las entrañas del monstruo», donde Rojas sigue urgando en un tema ya conocido entre sus inquietudes: la percepción martiana de los EE.UU. Aquí incorpora, sin embargo, una importante exégesis de carácter filosófico y nos remite a las fuentes de la sensibilidad intelectual que le permitió a Martí vivir en una relación dual con el norte. New York olvida todo en unas horas, decía Martí, extrayendo una ley estable entre la experiencia efímera; otra dualidad que Rojas no nos deja pasar por alto.

José Martí: la invención de Cuba, se hace un libro verdaderamente libro con tres ensayos que vertebran un análisis de la modernidad a través de la escritura: «De la palabra al silencio», *La república escrita* y «Los libros imposibles»; éste es con seguridad, el ensayo más hermoso y sugerente que ha salido de la imaginación de un escritor cubano en los últimos años. No se puede avanzar un párrafo sin detenerse uno a tomar alguna nota, a consultar otra página. Y debe confesarse: a pesar de todo lo que se ha dicho del sobreuso martiano, en ese texto aparecen interpretaciones novedosas de la obra original, pero igual llamadas de atención sobre pasajes que no había visto seleccionados ni referidos por ningún otro autor. ¿De verdad se ha leído tanto a José Martí?

Nada voy a decir de estos ensayos porque sé que mis palabras serán una caricatura del leerlo.

Restan otros dos trabajos, más independientes dentro del cuerpo bibliográfico pero centrados en la experiencia intelectual y existencial de Rojas. Sacrificios paralelos, que miran a Cuba en el espejo de Latinoamérica (se entenderá algún día que Cuba es latinoamericana también), y viceversa; y finalmente el que con cierta ingenuidad titula el libro y que a tanta gente ha descolocado: «La invención de Cuba».

Hay, en efecto, una mitología nacional. Moreno Fragnals nos enseñó, por ejemplo, que en el *Elogio a Fernando VII* Varela se «inventa» un paisaje cubano que probablemente no era más que una generalización del microclima del Seminario de San Carlos. Pero después de esto no se encuentra mucho más; como tampoco en la declaración titular de Rojas.

Este libro está atravesado por un afán de veracidad y laboriosidad que recuerda el mejor clasicismo; el respeto intelectual y la responsabilidad cívica con que mira supera cualquier facil relativismo. El lector encontrará en él, como Rojas ha encontrado en Martí, una entrega amable al tema y el rechazo a cualquier maquiavelismo. ■

Cuentos para contar

EMILIO ICHIKAWA

Vicente Echerri
Historias de otra Revolución
Ediciones Universal
Miami, 1998, 90 pp.

EXISTE HOY ENTRE AUTORES CUBANOS UNA manera de escribir ensayos que se crispa en citas, referencias y alusiones autorales. Ya que no se trata, creo yo, de falsa erudición o simple amaneramiento de diletantes, tal vez tenga que ver con el pudor, incluso con cierta sana inseguridad de estudiosos que anhelan que le tomen en serio, que consideren a su texto como resultado de un esfuerzo arduo, ya que no de una intuición brillante.

También entre algunos narradores prima el objetivo de «hacer literatura» sobre el de «contar». A veces hasta se imponen una «estética». Un personaje, por ejemplo una «jinetera», un «taxista» o un ordinario «buscavidas», puede resultar un escritor frustrado y por alguna razón (narrativa) encontrar un libro en su camino; argumento que fuerza

una descarga del autor sobre el objetivo de la literatura, el libro en cuestión, el arte y la filosofía. Este hecho puede ser sujeto también a comprensión; y se justifica en diferentes grados según vamos analizando un autor y otro. Ya que todo el mundo no es Reinaldo Arenas o Carlos Victoria, Reinaldo Montero o Abilio Estévez, podemos imaginar la actitud de este desastre: «...como Juanita era pequeña, se encaramó en un libro de su amante caliente para alcanzar la jeringa. Ulises, decía, en el ancho lomo. Ni Joyce ni Esteban Dedalus imaginaron que alguna vez en La Habana...». Y empieza aquí una descarga de nunca acabar donde no pasa ni se descubre nada; que sin haber llegado todavía a ser entretenida intenta ser inteligente.

Definitivamente en las antípodas de lo anterior están los cuentos de Vicente Echerri recogidos en el volumen *Historias de la otra Revolución* (Edic. Universal, Miami, 1998). Son cuentos de contar; de esos que uno puede leer en voz alta mientras los oyentes permanecen en silencio esperando el final para ver que es lo que va a pasar, para enterarse de cómo termina la cosa. Son cuentos amables que se dejan leer «novelísticamente», a lo Dickens, y que se empatan en un algo común, temático pero también argumental.

Estos cuentos forman con «*Los años duros*» de Jesús Díaz y «*Condenados de condado*» de Norberto Fuentes una suerte de familia mal llevada; como suele decirse también: una unidad en la diferencia. Comparten un mismo concepto de la heroicidad revolucionaria, pero lo dotan de un contenido diferente. La revolución que refiere Echerri es para quien se formó en las escuelas castristas, efectivamente, una «revolución otra». No se trata, veo ahora, de una «contrarrevolución»; está en juego la misma lógica histórica, pero en sentido contrario. Es muy ilustrativo que el propio Norberto Fuentes en su libro *Dulces guerreros cubanos* haya sugerido que Fidel Castro considerara la posibilidad de ofrecer a su propio ejército, en calidad de paradigma heroico, la resistencia subterránea de un alzado en medio de un cañaveral incendiado. Desde el punto de vista del Comandante en Jefe, en el caso de este «antihéroe» no se trata simplemente de un

«contrarrevolucionario» sino de un «héroe» en todo el sentido de la palabra que pertenece a la revolución otra.

A través de nueve cuentos, titulados, excepto el segundo («El asalto»), con el nombre común de un personaje que destaca en la narración («El pionero», «El profeta», «El americanito», «El enviado», «El verdugo», «El mártir», «El héroe», «El muerto»), Vicente Echerri capta los móviles básicos que llevan a los seres concretos, en un pueblo concreto a participar de la «historia»; es decir, de la «revolución» y más específicamente en el «ejército». Esto es algo que la sociología histórica se ha propuesto decisivamente: un individualismo metodológico, el enfoque micrológico.

El héroe revolucionario, de la revolución «esta» o la «otra», es más el fruto de la impaciencia que del afán jurídico de justicia o la idea filosófica de libertad. Así, a partir de grandes móviles, se reconstruye la historia, pero difícilmente se hace. Sólo el jefe que no combate puede especular, cuando no mentir, sobre los tarros de miel heroica que la historia vierte sobre los campos de batalla. Las historias de la revolución cubana son protagonizadas por estudiantes y guajiros celosos que se protegen y matan entre los marabuzales espinosos de la sabana insular. La casualidad suele ser acreedora de la trascendencia. Y es sobre todo la literatura, el arte en general, quien tiene acceso a estas fuerzas básicas de lo social histórico; de ahí que uno de los movimientos de autorrenovación que con más recurrencia se da en el ámbito del pensamiento social tenga que ver con la estetización. Lo que hoy se llama en algunas universidades «materialismo cultural», «historias de vida», «antropología cultural», etc., es básicamente una aproximación asintótica entre las ciencias sociales y la literatura, entendiendo a ésta como «el arte de contar».

Uno de los héroes de Vicente Echerri encontró a la guerra sencillamente «más divertida» y al ejército más libre, ésos fueron sus grandes motivos revolucionarios: «La guerra implicaba, además, vivir al margen del orden y las convenciones sociales en un ambiente de violencia donde sólo imperaba el coraje. Él lo tenía». Por si fuera poco, en términos

de conveniencia personal, en la sierra se estaba más seguro que en la misma ciudad y se disfrutaba el plus moral que da enfrentar al ejército regular de una dictadura.

Lástima que, como decía Hegel, todo lo revolucionario acaba por convertirse en conservador y Gustavo, todo un pionero en los rumbos de la rebeldía, comenzó a aburrirse en el ejército vencedor; un ejército que se plegaba a otra dictadura naciente que comenzaba a confundir el odio con el coraje y la furia con la diversión. No, ya aquéllo no era alegría sino abuso. Y el héroe se alzó de nuevo.

Al no tratar de «explicar» una Revolución mayúscula y centrarse en una narración de los efectos de este evento en un pueblo entrañable, Vicente Echerri accede a las mínimas (por eso definitivas) causales de la historia. Nos habla de «líderes locales» de la revolución, vecinos con prestigio, iniciativa y ganas, la materia prima sobre la que se cincela al cacique. Trabaja con protagonistas que distingue por estar emparentados con «los Soto», con ésta o aquella familia; no clasifica a partir de ideologías y esta perspectiva micrológica, afectivista y genealógica le permite una reconstrucción creíble del suceso histórico. Las expropiaciones y demás formas de castigo, el enfrentamiento entre vecinos, la división de las familias, estaban muy lejos de obedecer a un programa racional de edificación social; eran el fruto del negativismo, del proyecto «anti», de pasiones básicas como la envidia. La revolución no se hizo leyendo «*La historia me absolverá*»; se hizo anhelando, codiciando: «En torno suyo, como siempre ocurre, debió haber retonado la envidia que, como es usual también, las personas generosas ignoran. Los envidiosos se hacinaban ahora a la sombra del poder».

Las revoluciones acaban cuando se institucionalizan, cuando triunfan. En la historia de Rusia, por ejemplo, resulta más emblemático como gesto rebelde la revolución de 1905 que la bolchevique de 1917; una revolución desprestigiada por su propio afán de perpetuarse. Cuando decimos «dominación revolucionaria» caemos en el contrasentido; igual que cuando nos enteramos que un jefe exguerrillero recibe a sus invitados en un

resplandeciente «Palacio de la revolución». Decirle «palacio» a una guarida de «revolucionarios» es algo tan insólito como hablar de una «barricada de la aristocracia» o, como dice un simpático amigo, referirse a la «burguesía irredenta».

La revolución cubana de 1959 ha sabido acaparar a tiempo toda la simbología y retóricas de la rebeldía. Sus propagandistas usurparon la «misión» antimperialista bajo garantía y protección de los propios norteamericanos, hurtaron la defensa a los pobres desde las tribunas lujosas, igual que se dejaron el pelo largo para prohibir a los Beatles y acosar a los *hippies*. Más que «otra revolución», quizás Vicente Echerri nos este mostrando un mundo al revés: «Algún tiempo después volvió a casa en compañía de un par de amigos suyos que, al igual que él, traían la cabeza rapada porque, según decían, era un modo de protestar contra un régimen que todavía entonces se asociaba con la gente de pelo largo».

Echerri nos introduce también, a su manera literaria, en temas centrales de la convivencia en el ámbito de la revolución, en hechos ya rutinarios e institucionalizados, como la «delación», la «mentira», la «simulación», la «teatralidad», esa manera tan diestra de superponer lo ficcional a lo real donde lo quimérico resulta más efectivo como experiencia. No habrá conocimiento cabal de una revolución que se ha hecho en las tribunas, la radio y la televisión sin una «dramatología» de la política. Un héroe (en el relato «El héroe») lo percibe en una conversación con el guerrero mayor de la hagiografía tradicional criolla, la madre: «Lo que mas le admiraba era la simetría que se había establecido, sin yo quererlo, entre la muerte violenta que primero había visto en el cine y la escena que después presenciara en el parque».

Resta además la intuición artística del rol histórico que juega la desdicha acumulada; en el cuento «El muerto» se describe un entierro sobre otro entierro, la muerte que yace sobre otras tantas muertes. Se trata del sedimento, la reincidencia en eventos que se hacen nuevos a fuerza de repetirse: unos exilios sobre otros exilios, unos desengaños encima de otros, «errores», marchas, actos

de repudio que se juntan sin remedio definitivo: «La podredumbre sobre la que yacía era, sin duda, de otra persona que habían enterrado antes que el y que había comen-zado a descomponerse allí mismo».

Y por último está ese humor extraordinario, no imperceptible pero sí difícil y escu-rridizo; resulta que Echerri logra el efecto relajante allí donde parece que no cabe ya otra cosa que lo trágico, incluso lo apocalíptico. No es frecuente en la actual literatura cubana este relajamiento sutil, fino, en el tono predominante de un morbo épico. Se puede disfrutar, o padecer, en el relato «El profeta», donde se le da un tratamiento muy original a un verboso personaje llamado, fatalmente, Nehemias.

La mayoría de los cuentos que reúne Vicente Echerri en *Historia de la otra Revolución* concluyen de manera sentenciosa. Se abre y cierra el eje narrativo. Se hace una pausa y, cuando todo parece haber concluido, viene el puntillazo, el «descabello», como se dice en tauromaquia. Una oración corta que fulmina la inercia. Eso hay que verlo. ■

Nuevos nadadores cubanos

GEMÁN GUERRA

Michi Straufeld, edición y prólogo
Nuevos narradores cubanos
Ediciones Siruela
Madrid, 2000, 341 pp.

EL CUBANO, DESDE LA INCONSCIENCIA FUN-dacional de la nación, siempre ha balanceado entre sus manos la racionalidad y la casualidad de occidente, oponiéndolas y fundiéndolas a las dualidades y casualidades de la cultura oriental. Criollos con árboles genealógicos que tienen sus raíces bien plantadas a las orillas del Duero, del Sena y del Congo, han traducido el ying y el yang, lo blanco y lo negro, el lago y la montaña, y los han convertido en dos patrias, dos capitales, dos guerras,

dos caras y dos máscaras, dos diásporas, dos mujeres, dos hombres, dos príncipes, toda la esperanza suelta y una noche larga.

Dos mareas nos ahogan hoy: el mar, ese mar palpable que nos encierra en nuestra condición isla, regalando sus gargantas abiertas y cobrando cuerpos al fondo del estrecho; y un nuevo mar de antologías que avisados editores han venido inflamando para soltar entre los ruidos de la moda a Cuba y su literatura, su música, su pintura, su misterio tropical y trágico.

Ediciones Siruela acaba de presentar en Madrid el ejemplar 126 de la colección Libros de Tiempo, y nos ha puesto entre las manos a los *Nuevos narradores cubanos*, un volumen de 340 páginas que recoge los nombres de 25 cuentistas, muchachos nacidos entre 1959 y 1972 y que conforman la nueva ola narrativa que, desde todas las latitudes del planeta, han ido alzando sus voces y dando nuevos bríos literarios a la última década de este siglo cubano.

En *Crónica de la inocencia perdida: La cuentística cubana contemporánea*, un magnífico ensayo-conferencia de Luis Manuel García, publicado en la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* en su número primero, en el verano de 1996, el autor resume en siete páginas de extrema lucidez, la trayectoria de la narrativa cubana bajo los años marcados por el compás de la Revolución y vislumbra con ojo certero a los «*ultimísimos, narradores que se dan a conocer en los noventa*» y que hoy nos ocupan en esta antología. No puedo argumentar que aquel ensayo de García trajo estos cuentos de ahora, pero sería de lectura saludable para luego hurgar en la médula de esta nueva cuentística:

... se dan a conocer en los noventa, bucean en una materia narrativa de reciente adquisición: la marginalidad, insinuándose con ellos (aún incipiente) una narrativa escrita desde cierta contracultura emergente. (...) en los narradores de los 90 el desasimiento es un proceso natural: su herejía es circunstancial, casi (...) cromosomática. La inocencia, que en las obras más recientes de los narradores de los 80 han devenido conciencia crítica, es ya escepticismo en los ultimísimos.

En ese mismo número de *Encuentro*, Rolando Sánchez Mejías nos dice en uno de sus ensayos que «Contar una historia requiere de cierta habilidad. Pienso que esta habilidad participa lo mismo de una astucia retórica que de una facultad especial para que el narrador se sostenga dentro de lo real». Traduciendo a Sánchez Mejías me aventuro sobre el tema de la forma más sencilla posible y digo que contar un cuento requiera sólo de dos presupuestos: Decir y escribir. En este volumen de nuevos narradores se puede pasar por todas las variantes de mi hipótesis: ideas geniales muy mal escritas, narraciones donde desborda el dominio de la escritura pero que no dicen nada y, gracias a dioses y orishas, un puñado de magníficos cuentos que son el cuerpo real de la antología; cuentos que me empujan a otro par de párrafos. El tiempo será el último juez para con los textos que sobran en el libro y el ejercicio de la crítica negativa ya tiene sus atletas y *cheerleaders* bailoteando sobre la gloria del *Caimán*.

Unos pocos hombres arman la columna que resistirá el embate de los años. Rolando Sánchez Mejías, aferrado a su conceptualismo, nos entrega unas extrañísimas *Historias del Olmo*, tan existenciales y cortas que me atrevo a copiar el primer cuento, titulado *Viaje a China*: «Olmo se abrocha los zapatos, va a China, vuelve de China y se desabrocha los zapatos». Félix Lizárraga con *Las aguas del abismo*, un cuento donde lo formal se convierte en hermetismo y magia blanca. Roberto Uría en la piel de Leslie Caron, Alberto Guerra Naranjo y Adelaida Fernández de Juan. Las ruinas del alma de los hombres y las ruinas de La Habana nos llevan a los túneles de lo «surreal maravilloso» de la mano y la palabra de José Antonio Ponte. Una lluvia de zozobras en *Fallen Angels* de Joel Cano. *Un poema para Alicia* de Karla Suárez, *El retrato* de Pedro de Jesús. *La reja*, donde Waldo Pérez Cino se disfraza con la mejor prosa de Eliseo Diego y *El viejo, el asesino y yo* de Ena Lucía Portela. Aquí termina mi lista, uno más y se hubiera repetido el apostólico mito de Alegría de Pío.

Si *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* de Senel Paz mereció ser *Fresa y chocolate* bajo la intuición de Gutiérrez Alea, los ángeles caí-

dos de Joel Cano también merecen una enorme pantalla. Si *Fallen Angels* merece ser filmado, entonces *Corazón partido bajo otra circunstancia*, el cuento de Alberto Guerra Naranjo, me deja ante la incertidumbre de no saber si lo leí, si lo vi en uno de esos nuevos cines de realidad virtual donde los sentidos alterados te llevan hasta el final de todos los pasos que comenten los actores y sudas, te erotizas y si tienes que morir en un combate mueres; o la incertidumbre de no saber si lo viví, puesto que el cuento cumple con la profecía de los olores que persiguen y el aliento etílico del viejo violador es el único aroma que traduce esta nariz que lleva a todos lados.

Nos dice Guerra Naranjo en esta escena que ya pudimos haber visto en Pasolini o en David Cronenberg:

... el hombre barbado, totalmente borracho, extraña la ausencia de mujer bajo su cuerpo, tantea, la encuentra, la vuelve a acomodar y la penetra, balbucea palabras inconclusas, maldice la vida, se incorpora también a las vueltas que agobian a su víctima, como si en la penetración una extraña descarga pudiera transmitir ese mareo, (...) y se duerme otra vez, y otra vez volverá la mujer a intentar la escapada, y otra vez el jalón hacia abajo del cuerpo, y otra vez esa méntula en las mismas entrañas, otra vez, y otra vez, y otra vez, nueve, diez, catorce veces durante la noche.

Una violación se puede perdonar pero no se olvida, la memoria del suceso queda como una estalactita dividiendo los hemisferios del cerebro, y todos hemos sido violados, diez, catorce, cuatrocientas veces durante cuatro décadas; se ha violado la tierra y han borrado nuestros sueños, los de nuestros padres y hermanos que ahora crecen. La herejía es cromosomática porque la desesperanza es genética, hay un cáncer abierto que ha tomado el tamaño y la forma de la Isla, y ahí están los escritores pudriendo sus palabras, armando contra la adversidad del viento una de las más importantes literaturas del presente. Con la barriga vacía no se puede escribir y nada mejor que una buena computadora y la Torre Eiffel posada en tu ventana

para un magnífico cuento, pero el desasosiego —el cubano, el telúrico, el de ahora— es la matriz de la creación y del talento que nos viene asaltando.

Cuentos preñados por la desesperación rompedora de iconos que alienta en los pechos de estos nuevos escritores. Los tiempos del verde olivo heroico terminaron entre las manos engarrotadas de Manuel Cofiño y Eduardo Heras León. Los nuevos protagonistas de esta última narrativa cubana, amparados en los eternos paradigmas de la condición del hombre, son la cotidiana desesperación del poco pan, el tiempo detenido, las ruinas de los espacios urbanos, los amagos de esperanza, los niños pidiendo chicles y monedas a los turistas, los mismos niños que quieren crecer para ser extranjeros, los extranjeros, la masa compacta de unos cuerpos que dentro de una guagua viajan sin destino posible, los que se van y los que se quedan con los ojos colgados en el horizonte.

En este punto se hace necesario volver sobre el texto de Luis Manuel García, que al argumentar conclusiones nos dice:

Perdidos el asombro y la inocencia, madura la distancia histórica que permite calibrar los cómo y los por qué de su circunstancia histórico-social, alcanzando un dominio de sus recursos técnicos, plena de diversidad y teniendo a la mano una de las materias primas históricas y socioculturales más ricas y contradictorias del planeta, la narrativa cubana contemporánea constituye hoy, (...) el *corpus* más interesante y prometedor de la literatura contemporánea en el continente.

Intentaron condicionar todos los hábitos desde la crudeza de potentes y concretos mecanismos represivos que siguen enarbolando las enseñanzas nacionales, todavía se debaten por estimular y hacer llegar a las masas un modelo cultural enquistado en la experiencia de otros pueblos que padecieron casi un siglo de totalitarismo socialista. En el afán de masificar la cultura y de armar una nueva sociedad, en la búsqueda de una «vida plena» para el «hombre nuevo», sólo han logrado armar un rebaño impregnado

hasta los huesos por la desesperación y el desconcierto. El lugar del hombre nuevo lo ha venido a ocupar el hombre de la rebeldía suicida y las nuevas gestas y epopeyas son dichas desde el centro de una balsa sola.

Estos muchachos que ahora cantan, que ahora cuentan, nacidos bajo el signo de las rotaciones infinitas alrededor de un centro que se extingue, destinatarios del mito del silencio y la medalla, animales de feria, ya están aquí, desnudos y gritando con palabras abiertas contra una escenografía roída por un tiempo unipolar y por la razón humana. ■

De lémures y economías

GERARDO FERNÁNDEZ FE

José Manuel Prieto
Livadia
Mondadori
Barcelona, 1999, 318 pp.

RECIENTEMENTE UNA REVISTA FRANCESA SE hacía eco del alarmante proceso de erosión en las costas de la península de Crimea. Basado en estudios geológiristas, han agotado los cimientos de la península; y con ellos también *Livadia*, a tal punto que como primero de los preparativos para la reciente Cumbre de Jefes de Estado de los países del Mar Negro, al gobierno de Ucrania no les bastaron sus arcas ante los costosos trabajos de vigorización y reforzamiento.

También entre viajes, dinero y juegos políticos se mueve esta otra *Livadia*. Además de erosión; pues, así como la simbólica península se deshace, este texto, como no queriéndolo, pone en entredicho más de un estrato ideológico (canon estético, divisa moral o doctrina política) de estos tiempos que nos han tocado vivir. Como en los textos canónicos de su género (¿su género?), primeramente en *Livadia* resalta la etología de los personajes del viaje: el viajero mismo, la

dueña del hostel, la mujer deseada, el barco, la frontera, —«membranas estatales»— y el Mal, o lo que es lo mismo: el peligro, ya sea tormenta, rufianes (cosacos *zaporozhets*) o la frase *passportny kontrol* gritada en medio de un tren que avanza. Sólo que no se trata aquí del simple viaje de placer o, como dijera Brodsky, de «una forma espacial de autofirmación» (algo así como un viaje hemingwayano), sino más bien de la imbricación entre:

- a) un ser nacido para un coto cerrado: un cubano
- b) un escritor
- c) un hombre al que le gusta el dinero

De ahí la explosión... Alguien escribió que entre los más notables escritores cubanos de este siglo (Lezama, Piñera, Sarduy, Cabrera Infante, Arenas...), sólo Carpentier representaba el verdadero «ciudadano» del mundo, el único capaz (o dotado) de desligarse de la florida isla: también de la Florida y de la Isla, como es el caso ahora de José Manuel Prieto.

Por eso lo de erosión de estratos simbólicos, pues nada ha estado más lejos de nuestro canon nacional que el cosmopolitismo de algunas de nuestras mentes —definitivamente situación incómoda, a veces pasto de la crítica, de la incompreensión o de cierta concepción de «lo ajeno», lo que no entra... *Canon* como regla, como catálogo; también como cañón. Si al escoger atmósferas y escenarios rusos, Prieto se sale del canon de nuestra narrativa, de soslayo, como una tangente, quizás también como tras unos *goggles* que facilitan la visión durante la noche, el autor ve (lo deja ver) luces esenciales para nuestro Ser nacional. Ve luces: y con él, nosotros.

Partamos de esa pasión brodskyana pro San Petersburgo que ya José Manuel Prieto había dejado entrever. Ciudad de mar, de afluentes y deltas, de marinos, de vida pública, de entradas y salidas, de comercio; puerta que da a Occidente... Dos cuentos que le anteceden dan muestra del juego entre enquistamiento y explosión en el espíritu ruso: *My brave face*, quizás verdadero embrión de *Livadia*, zona de estepas, de viajes en tren, de violencia, de amor... y *Nunca antes habías visto el rojo*: explosión de vanidad y luces citadinas. A Prieto le toca el tradicional cosmo-

politismo ruso, producto de un ancilar espíritu y política de feudo. De ahí este (otro) modo del Ser ruso como explosión: el éxodo, la imitación, la vanalidad, el tráfico.

Como los rusos, también nosotros hemos estado mirando a Occidente durante mucho tiempo. Y esto a Prieto también le toca. Nacido en un lugar igualmente feudal, receñido, el caso cubano no puede esconder su explosión, su ser trivial e intrascendente, su éxodo, su mercadeo, su espíritu económico, a pesar del desacuerdo de nuestros Padres Fundadores y de nuestras cabezas rectoras. No se trata aquí de jocosidad, de bullicio solariego, de mulata ni de choteo: manidas resistencias nacionales; sino del —otrora y actual— constante martilleo cubano entre viaje, prosperidad económica y proyecto de vida (lo que en *Livadía* es mariposa exótica, mujer o escritura misma); se trata de *búsqueda* (término ambivalente en estos tiempos) de *viencia* (hecho que, según el *Larousse*, el individuo incorpora a su personalidad) y de la más cruda *sobrevivencia*.

Se trata, en fin —en esta novela donde no hay neurosis, sino estallido, desacato— de un pragmatismo que hace al protagonista preguntarse: «¿Qué estaba haciendo allí, acostado sobre aquella cama baja, en la casa de una desconocida? ¿No debía estar haciendo algo, logrando algo, acumulando algo?» Pueblo, provincia, país: *cama baja*, como para tantos otros, han devenido punto de enquistamiento para este personaje: definitivamente «ciudadano del mundo». Por eso, insisto, lo del viaje, no como simple «forma espacial de autoafirmación», sino como explosión; y más allá, el tráfico, el contrabando mismo como hipérbole y funcionalidad de ese viaje.

También Rimbaud se debate entre viaje, comercio y escritura. Han sido precisamente los responsables de un timorata hagiografía rimbaudiana los primeros en exclamar *¿cómo es posible?* ante la humana duplicidad de su objeto de estudio: suerte de Jekyll & Hyde que los Poderes (la Iglesia, la Escuela, la buena Moral) han preferido ocultar. En la misma época en que Rimbaud organiza una expedición con 2000 fusiles para el rey Menelik II, futuro emperador de Etiopía, y

en las mismas tierras en las que el tálero del Santo Imperio Germánico es nombrado *about gnouchto* o padre de la satisfacción, Rimbaud recibe una carta del ingeniero suizo Alfred Ilg, el 16 de septiembre de 1889, en la que lo increpa de este modo: «Cualquiera diría que la fiebre de vendedera de Brémond es epidémica, y usted está enfermo hasta el cuello. Vender blocs de notas a personas que no saben escribir y que ni siquiera conocen los usos secretos de semejantes instrumentos, es verdaderamente el colmo».

Pero Rimbaud no descansa: conocerá al detalle el mercado del café, el del oro, marfil, perfumes, pieles y hasta plumas de avestruz, con la misma insistente pragmática con la que en los primeros libros de viaje se daba cuenta del clavo de la isla de Ambón, de la canela de Ceilán o del jengibre de la China; la misma despiadada pragmática de Américo Vespucio en carta a Lorenzo de Médicis, en 1501, según la transcribe el personaje-narrador de *Livadía*, «la boca haciéndosele agua» ante una carga de «sándalo rojo y blanco, madera de áloe, alcanfor, ámbar, cañas, mucha laca, mumia, añil y atutía, opio, áloe hepático, canela en rama y muchas otras drogas que sería cosa larga de detallar...». ■

Leer el teatro cubano

CARLOS ESPINOSA DOMÍNGUEZ

Esther Sánchez-Grey Alba
Teatro Cubano Moderno. Dramaturgos
Edic. Universal
Miami, 2001, 206 pp.

DE TODAS LAS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS producidas por los cubanos de la diáspora, el teatro es, me atrevo a afirmar, la menos estudiada y, por eso mismo, la que se conoce menos y no siempre de manera adecuada. En ello influye su propia naturaleza efímera ya que, a diferencia de la literatura,

el cine, la música o las artes plásticas, no deja huellas una vez que concluye. ¿Qué queda de una puesta en escena, una vez que finaliza la temporada y la obra es bajada de cartel? Casi nada: un programa de mano, un cartel, algunas fotos, una o dos reseñas críticas, tal vez la grabación de una de las representaciones en vídeo. Todo ello insuficiente para tener una idea aproximada de lo que fue ese acto único e irreplicable que es el hecho escénico.

La historia del teatro cubano en el exilio, que aún está por recopilar y escribir, se remonta más atrás de lo que muchos creen y de lo que otros, para provecho propio, pretenden hacer ver. Ya desde los tempranos años sesenta surgieron en Nueva York y Miami los primeros grupos y se estrenaron las primeras obras, algunas de ellas escritas ya en esta orilla. Se iniciaba así un proceso que se ha mantenido activo hasta hoy y que,

desde la década de los ochenta, está conociendo su etapa más rica y fecunda. Algo de esa historia se ha ido conociendo en los últimos años, debido al esfuerzo de críticos e investigadores como José A. Escarpanter, Matías Montes Huidobro, Lillian Manzor y el recientemente fallecido Juan Carlos Martínez, la mayoría de los cuales desarrollan su labor desde la cátedra universitaria. Gracias a ellos, poco a poco va emergiendo un *iceberg* del cual, no obstante, una parte considerable permanece aún bajo el agua.

Una aportación valiosa en este sentido, es este libro en el que Esther Sánchez-Grey Alba ha recopilado dieciocho trabajos críticos que, a excepción de uno, dedicado a la revista teatral *Prometeo*, tienen como tema central de estudio la producción dramática cubana del siglo xx. En el primero de los textos, la profesora e investigadora se ocupa de la obra de José Antonio Ramos



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.

SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO

EDICIONES UNIVERSAL
(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234
Fax: (305) 642-7978

e-mail: ediciones@kampung.net

<http://www.ediciones.com>

(1885-1946), el primer nombre significativo de nuestra dramaturgia en la pasada centuria; en el último, analiza la obra del cubano-americano Nilo Cruz (1959), representante de la última promoción de autores surgidos en el exilio. A lo largo de las doscientas páginas, Esther Sánchez-Grey Alba va estudiando atentamente a dramaturgos hoy olvidados como Ramón Sánchez Varona, Marcelo Salinas y Luis A. Baralt; a otros de importancia incuestionable como Virgilio Piñera; para llegar, finalmente, a creadores como Leopoldo Hernández, Julio Matas, Matías Montes Huidobro, José Corrales, Iván Acosta y Pedro Monge Rafuls, quienes han escrito y estrenado toda su producción o parte de ella fuera de la Isla. La autora admite, no obstante, que su libro «no pretende ser una historia del teatro cubano, ni siquiera una antología, porque ello implicaría un criterio de selección que no ha habido». Y aunque reconoce que de haberlo seguido los nombres que aquí aparecen hubieran sido incluidos, «podría decirse con razón que faltan algunos que debieron aparecer». En efecto, el amplio y representativo panorama que cubre el volumen se hubiese completado y enriquecido notablemente con la incorporación de trabajos sobre Manuel Martín, Dolores Prida, Manuel Pereiras, Raúl de Cárdenas, Eduardo Manet, Héctor Santiago y María Irene Fornés.

Esther Sánchez-Grey Alba ha realizado una lectura tan atenta como amorosa de la obra de todos esos autores. Para ello tuvo que recurrir, en varios casos, a copias de los originales, dado que muchos de los textos permanecen inéditos e incluso sin estrenar. De ese modo, pone en manos del lector una valiosa documentación acerca de unas obras cuya existencia, de otra manera, no conoceríamos. Desarrolla un discurso analítico ordenado, claro, despojado de tecnicismos superfluos, que presta especial atención a aspectos como el tema, la estructura, la concepción de los personajes, así como lo que cada autor aporta a la creación de una dramaturgia nacional y de «lo cubano» en el teatro, término que ella entiende «no como estereotipos prefigurados sino como lo esencial y auténtico, que es lo permanente». ■

La casa colonial cubana

ILEANA PÉREZ DRAGO

Liliana Llanes
Fotografía: Jean-Luc de Laguarigue
Casas de la Vieja Cuba
Editorial Nerea
Guipúzcoa, 1999, 199 pp.

ACABO DE REGRESAR DE LA HABANA Y ME encuentro con el libro *Casas de la vieja Cuba*, de Liliana Llanes. Pienso entonces en lo que he visto en los últimos días, una mezcla de Sarajevo y Cartagena de Indias.

El avance de la rehabilitación del Centro Histórico en la franja Catedral-Plaza Vieja y Avenida del Puerto-calle San Ignacio es sorprendente. En los últimos seis años ha sido acelerada la recuperación de esta zona a la par que el deterioro del resto. Pero al menos la Habana Vieja tiene esperanza, algo de lo que carecen Centro Habana y otros barrios también valorados de la Ciudad.

La excepcional dinámica, liderada por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, es consecuencia directa de los medios que generan las empresas creadas dentro y fuera de su estructura y parte de cuyos beneficios se invierten directamente en la recuperación del Centro Histórico.

Numerosos hoteles, hostales, restaurantes y cafés, casi tan consecutivos como en España, hacen de este tramo de ciudad un oasis para el turista, complementado con la calle Obispo. Y digo para el turista, no porque los cubanos tengan prohibida explícitamente la entrada, sino porque la moneda exigida es el dólar norteamericano a precios de globalización.

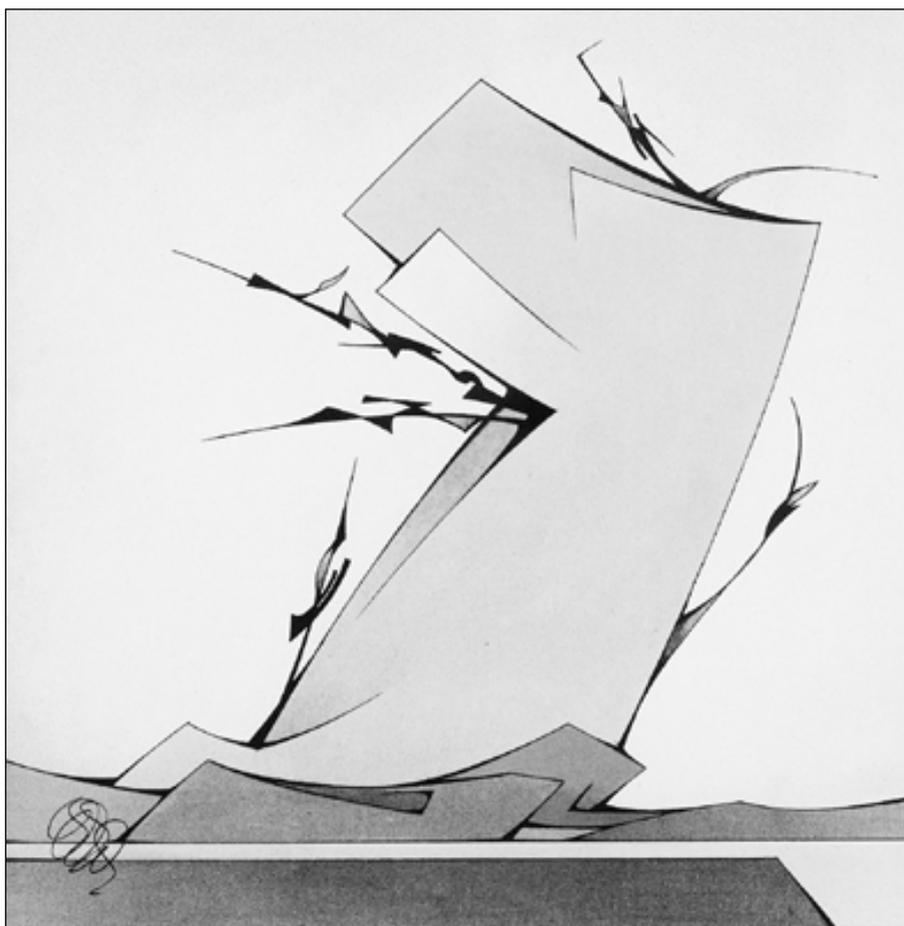
Volviendo al libro, la autora nos ha acercado en anteriores publicaciones a temas de la arquitectura y la construcción en Cuba, con interesantes datos para los especialistas. (*Apuntes para la historia de los constructores cubanos*, 1986 y *La transformación de La Habana a través de la arquitectura*, 1993).

Esta vez se trata de un libro panorámico sobre la casa colonial insertada en el contexto socioeconómico que la determina. Adecuado para el público general, nos ofrece datos sobre la Isla de Cuba, las costumbres de sus pobladores y la evolución de la arquitectura doméstica, principalmente de la aristocracia, aunque también hace referencia a la vivienda campesina y de clase media.

El lector podrá disfrutar de un texto ameno, apoyado por curiosas citas de viajeros y personajes de la época. La sensibilidad del fotógrafo penetra los interiores de la casa cubana y nos deja apreciar además del espacio arquitectónico, la decoración y el mobiliario de dormitorios, salones y comedores.

Aunque ofrece un panorama de toda la Isla, La Habana tiene una relevante presencia en este libro. Por su importancia conocida, la capital siempre tuvo un desarrollo arquitectónico y urbanístico desproporcionado con respecto a las restantes ciudades del país. No obstante, las variaciones que se introducen en los detalles de la decoración de las casas provincianas, así como en algunos aspectos de su espacialidad y en la adaptación a los elementos topográficos concretos, son la principal muestra de su propio valor.

Casas de la vieja Cuba es un libro recomendable para el que desee tener una visión general de la evolución de la arquitectura doméstica en la época colonial. ■



Cartas a *encuentro*

✉ Con ansiedad espero cada nuevo ejemplar de *Encuentro* que cae en mis manos, una revista que suelo comparar a la antigua *Revista Bimestre Cubana*, donde se recogían y debatían distintos aspectos de la cultura cubana en cualquiera de sus manifestaciones. Además de una revista de debate y análisis de la actualidad nacional, *Encuentro* se ha ido convirtiendo en obligado material de consulta para investigadores y estudiosos de nuestra cultura. El número dedicado al arquitecto Nicolás Quintana y las menciones que éste hace a la visita de Walter Gropius a La Habana en 1949, me ha resultado de gran utilidad en mis estudios sobre la influencia de la emigración de habla alemana en la vida cultural cubana de las décadas del 30, el 40 y el 50. Reciban por esta vía mi más profunda gratitud por la labor que realizan.

JOSÉ ANÍBAL CAMPOS (La Habana)

✉ Soy estudiante de Comunicación Social de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba y quisiera recibir el artículo publicado en uno de sus números sobre Habana abierta. Me interesa sólo éste porque desconozco de este proyecto musical y creo que sería interesante evaluar los criterios que allí se exponen, además la bibliografía al respecto es pobre. Yo pude leer un número de su revista y me gustó mucho el trabajo de Rafael Almanza, paisano mío, sobre el libro de Roberto Manzano.

LUIS ENRIQUE PERDOMO SILVA (Santiago de Cuba)

✉ Los felicito, están publicando una estupenda revista. Esa «plaza pública, democrática y civilizada», ha servido de conexión a la cubanía dispersa, esa cultura desmesurada que desborda ya la Isla y vive en los rincones más apartados del planeta. En lo personal, lamento algunas ausencias significativas y me irritan ciertas presencias, y «esas cartas de elogio» me parece que ya exceden el pudor; pero aplaudo la difícil selección donde predomina lo interesante y lo excelente sobre lo anodino y lo mediocre. Hay quienes los critican; yo, cada vez menos. Excepto los cegados por el rencor o la sospecha, todos reconocen la importancia de *Encuentro*. Los felicito.

BENIGNO NIETO (Miami)

✉ Cuando toda esta pesadilla pase, y uno pueda cagarse en la madre del presidente y que por ello no te mande a matar, entonces la Revista será como la biblioteca de una cultura rescatada. ¡Que Dios los bendiga por combatir al depravado silencio!

TOMÁS GONZÁLEZ (Islas Canarias)

☒ Recibí *Encuentro* 19 como un regalo de Año Nuevo. La pintura de Gina Pellón, sus óleos y dibujos han sido una revelación para mí. La emparento a ciertos artistas del Arte Bruto, del cual hay en Lausana un museo único en el mundo. Ojalá pueda ver más cuadros de ella en París. En cuanto al contenido mismo de la revista, me pareció de gran calidad, incluyendo la nueva sección periodística («En la red»), los textos bibliográficos y los libros recibidos (con importante información sobre literatura femenina cubana). Luego, en la revista, siempre esa mirada al pasado, que es tan importante: el ensayo sobre Ortega y Gasset, comentado en una revista filosófica del /56, en épocas en que yo misma lo estudiaba en la Universidad Nacional. Además, los textos de Montaner y Rupérez, sobre el pasado remoto y el pasado reciente en la Isla, el análisis del proceso revolucionario y de la crisis del /90. Pero naturalmente, lo que más me apasionó fue el homenaje a Heberto Padilla. Recuerdo al poeta Juan Gustavo Cobo leyendo *Fuera del juego* en mi casa de Bogotá.

HELENA ARAÚJO (Lausanne)

☒ En primer lugar, les felicito por tan excelentes publicaciones (incluyo ahora cubaencuentro.com). Considero que *Encuentro* es la mejor de cuantas revistas se ocupan de la cultura cubana, porque siendo su objeto tan abarcador, mantiene un mismo nivel de rigor y calidad en todas las áreas. Además integra, en una síntesis muy difícil de lograr, lo mejor de la tradición que ha ido sedimentando nuestra vida nacional, sin fracturarla para excluir una parte, sin caer jamás en el provincianismo, sin hacer concesiones a la estupidez y la politiquería.

JUAN JENNIS SÁNCHEZ SOLER (Estados Unidos)

☒ Recientemente asistí a la presentación del último número de la revista *Encuentro* y me ha alegrado enormemente re-encontrar los nombres de valiosas figuras de nuestras artes y letras. Me identifico con lo que considero uno de los mayores aportes de la revista, que ha demostrado que la cultura cubana esta presente en diversas partes del mundo y por tanto rebasa cualquier frontera oficialmente establecida. También considero un gran mérito el hecho de que la Revista mantenga el respecto a la diversidad ideológica, (lo cual es la única posición que cabe esperar de la esencia humanista de la cultura).

ORESTES MARCELO PÉREZ (Miami)

☒ No se imaginan cuánto placer me dan cada vez que leo su revista. Sobre todo, cuando me encuentro con buenos artículos. Y que no están ligados estrechamente con la política. No comparto el criterio de muchos escritores, de buscar en la literatura, una forma de hacer política y menos cuando está literatura, tiene un bajo nivel de calidad literaria. Gracias a ustedes por hacer posible que los discursos que ahora aparecen escritos por nuestros coterráneos, no estén con tan bajo nivel y que dentro de ellos se guarde una literatura del exilio, superior a la de los años 70 y 80, fuera de la nación.

YOEL PAINO PÉREZ, (Pinar del Río, Cuba)

☒ Sí el No. 18 ha sido para mí uno de sus mejores, el No. 19 me ha dejado sin palabras. El homenaje a Heberto Padilla es incontestable, el excelente artículo de Carlos

Alberto Montaner «Cómo y por qué la historia de Cuba desembocó en la revolución» proporciona tanto en que pensar; la musicalidad de «Celina en su punto» de Raúl Fernández nos llena de gozo, y qué joyita es la impresionante «Carta a la Revista *Encuentro de la Cultura Cubana*» de Emilio Ichikawa. Así que, en verdad, ¿qué más se podría decir? Bueno..., aparte de darles grandes felicitaciones por el exitazo de *Encuentro en la red*, sólo me queda por decir ¡SEGUID!, ¡qué cada número de *Encuentro* emule al anterior!, como parece ser la norma desde su inicio. Pero quiero finalizar mi arenga con una estrofa de «Yo soy el punto cubano» (pp. 103-108), estrofa que, en mi opinión, ejemplifica lo que significa *Encuentro* hoy día para todos los cubanos, y que dice así: «...Tengo un poder soberano / Que me lo dio la sabana / De cantarle a la mañana / Brindándole mi saludo / A la palma y al escudo / Y a mi bandera cubana...»

MARIELA A. GUTIÉRREZ (Waterloo, Canadá)

✉ Soy un asiduo lector del periódico *Encuentro en la Red* a través de Internet, y además, hoy pude obtener varios ejemplares de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* a través de un viejo compañero de luchas y prisiones, y créame que me estoy deleitando con su contenido, que me parece muy variado, ameno e instructivo. Los felicito por esa gran idea, que me ha parecido excelente.

JAVIER DENIS (Miami, Florida)

✉ Hace ya casi tres años que estoy suscrita a la revista. Me parece excelente y ha ocupado el rol de mejor amigo, hasta de único núcleo familiar en mi apartamento en Londres.

ANA MONZÓN (Londres)

✉ Acabo de devorar buena parte del número 19: se aprende más con la revista que con docenas de enciclopedias sobre Cuba.

JOAQUÍN ROY (Miami)

✉ Primero el asombro. La revista en su último número hace realidad lo que ya parecía muy difícil a la altura del número 15: que mejorara con cada nueva entrega. La solidez es de agradecer y ahora *Encuentro en la Red* complementa su éxito. Al margen de alguna que otra discusión bizantina se ve al día, pujante, fluida al tiempo que también sólida y seria y en esto de serio incluyo al sin par Ramón con su risa cómplice a prueba de exilios.

ENRIQUE DEL RISCO (New Jersey)

✉ Estoy interesado en completar mi colección de revistas de *Encuentro*. Cada día las uso más y más para mi trabajo académico. Aparte de útiles, son deliciosas.

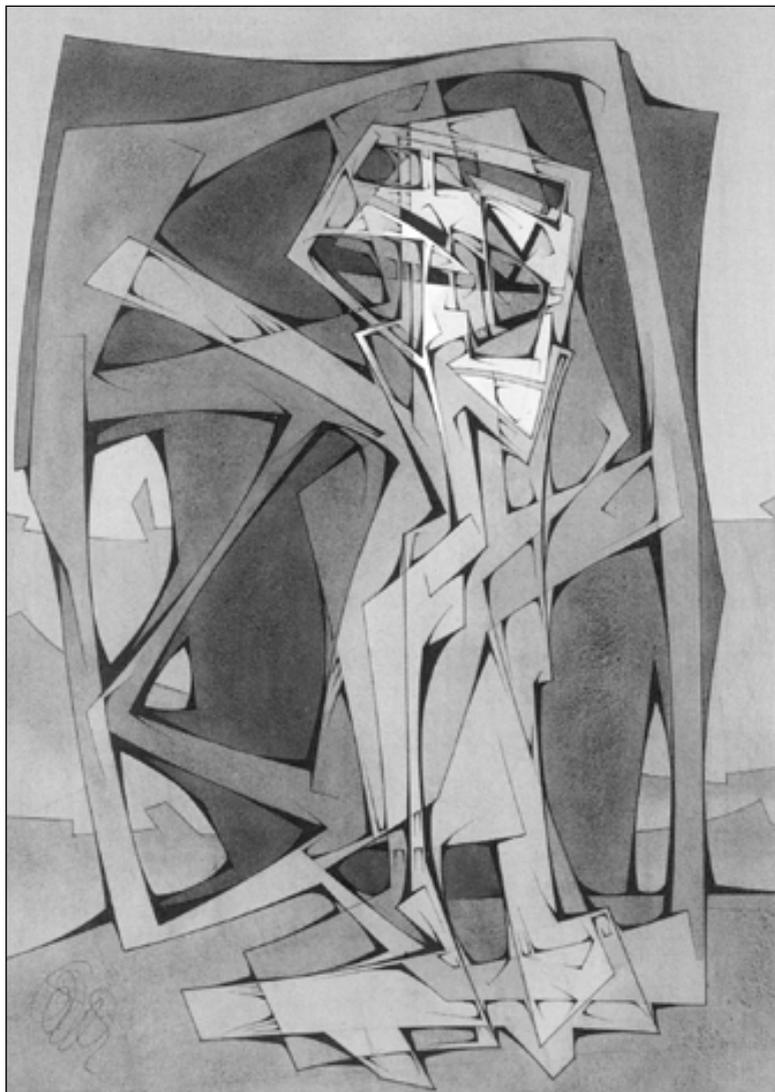
OSVALDO MONZÓN (USA)

☒ Mil gracias por enviarme los tres últimos números de la revista *Encuentro*, realmente lo aprecio mucho porque es una lectura indispensable.

ANA SANDOVAL (Guatemala)

☒ La revista me gusta mucho, no sólo por las páginas de narrativa que incluye y que, desde luego sigo con todo mi interés, sino también por los diferentes puntos de vista que refleja y la variedad de los materiales que reúne. La encuentro muy provechosa para todos aquellos que tienen gusto por lo cubano.

RENI MARCHEVSKA (Sofía, Bulgaria)



Homenaje a Pepe Sánchez

Santiago de Cuba recordó a Pepe Sánchez, el creador del bolero, durante el 39 Festival de la Trova, que se celebró en esa ciudad. Estudiosos de la música cubana reconocieron al músico nacido en Santiago de Cuba el 19 de marzo de 1856, como un fiel intérprete de las alegrías y las penas de los cubanos de la segunda mitad del siglo XIX y de los primeros años de la república.

Durante la guerra del 95, Pepe Sánchez fue luchador clandestino, y mantuvo una sólida amistad con los oficiales del Ejército Libertador Quintín Bandera, Guillermón Moncada y los hermanos Antonio y José Maceo. Entre sus obras destacan canciones como *La rosa*, *Labios de coral* y *Mujer seductora*, los boleros *Cristinita* y *Loco de amor*, y las guarachas *Los tabaqueros* y *La mulata*. ●

Serie cultural cubana Voces I

El Centro de Estudios Cubanos Félix Varela adscrito a la St. Thomas University presentó la serie cultural *Voces I* dedicada a poetas cubanos y cubanoamericanos.

El programa del evento incluyó la exposición del pintor Xavier Cortada *No tengan miedo*, dedicada al tercer aniversario de la visita a Cuba del Papa Juan Pablo II y la presentación de los libros *Cuaderno Interrumpido* y *La isla en su tinta*. También se presentaron *Dos voces cubanas* a cargo de Uva Aragón y Rita Martín y *Homenaje a José Martí: Poetas del Presidio Político*. La serie está copatrocinada por The Latin American Art Museum, Revista *Catálogo de Letras* y Bacardí-Martini USA. ●

Los Panchos en Cuba,
40 años después

En la ciudad de Cienfuegos tuvo lugar el concierto único que el legendario trío mexicano Los Panchos, ofreció en Cuba el pasado 14 de febrero. Desde 1951, el trío no visitaba la Isla.

Junto con Los Panchos estuvieron en Cienfuegos Lupita Bedoy, viuda de Alfredo Gil, fundador del magnífico trío, así como otros artistas mexicanos. ●

Expone Chago en Nueva York

Una exposición del desaparecido artista cubano Santiago Armada, *Chago*, se presentó en *The Drawing Center's* de Nueva York. La muestra recoge varios de los personajes creados por el artista para sus conocidas tiras de sátira política. Se exhiben, por ejemplo, tiras de *Julito 26*, un cómic que se hizo muy popular a partir de 1959 y que aparecía en el periódico *Revolución*.

También aparece *Salomón*, una muestra de un humor más intelectual y profundo. La exposición recoge, además, la pintura de Chago de fuertes tintes eróticos y muy valorada en Cuba y en el extranjero. ●

Premio Casa de las Américas
para la narrativa colombiana

El escritor colombiano Leonardo Peña Calderón obtuvo el premio Casa de las Américas 2001 en el género novela con su obra *Siempre es posible verlos pasar*. El jurado reconoció en la novela «aportes significativos al género de la saga familiar latinoamericana, firmes críticas al patriarcado, íntimo y privado, político y público».

En la categoría de cuento el premio fue para el mexicano Dante Medina con *Te ve, mi amor*, *TV*, una colección de relatos urbanos, escritos con virtuosismo y humor que expresan el aislamiento, la soledad y el abigarramiento en que viven el hombre y la mujer de hoy.

El premio ensayo histórico-social fue para el brasileño Luis Fernando Ayerbe por el estudio *Estados Unidos y América Latina, la construcción de una hegemonía*. Los jurados de teatro galardonaron a Walter Acosta, de Uruguay, por *El escorpión y la comadreja*.

Finalmente el jurado de literatura brasileña premió a Walter Galvani por su biografía

novelada *Nau Capitania* y a Pedro Álvarez Cabral, por *Como e com quem começamos*. ●

La Bayamesa cumple 150 años

La Bayamesa, considerada por algunos especialistas como la primera pieza trovadoresca de la música popular cubana cumplió 150 años.

La pieza fue compuesta por José Fornaris con la aportación musical de Carlos Manuel de Céspedes y Francisco del Castillo y, según se cuenta, está dedicada a Luz Vázquez, esposa de Francisco. La legendaria canción se cantó por primera vez en una serenata el 27 de marzo de 1851 al pie de la ventana de la bella criolla en la ciudad de Bayamo. ●

Polémica Feria Internacional del libro en La Habana

La fortaleza de San Carlos de la Cabaña fue el escenario del acontecimiento más esperado por los voraces lectores de la Isla que consiguieron superar el número de visitantes de la pasada edición de la feria.

Varias casas editoras de España como Anagrama, Tusquest y Renacimiento asistieron a la feria, mientras que otras como Santillana, y Planeta fueron las grandes ausentes, unas por tener en su catálogo obras prohibidas en Cuba y otras, porque todavía no entienden que sea un buen negocio vender libros en un país empobrecido. ●

Ry Cooder vuelve a la carga

Ry Cooder, el músico norteamericano creador del llamado «fenómeno Buena Vista Social Club» volvió de incógnito a La Habana para realizar otro misterioso proyecto de «arqueología musical». Según parece, su objetivo esta vez es desempolvar varias grabaciones de *Los Zafros*, el cuarteto cubano que revolucionó el panorama musical de la isla en la década del sesenta con un amplio repertorio que abarcaba el calipso, la *bossa nova* y la rumba. ●

En España *Antes que anochezca*

La película *Antes que anochezca* se exhibe con éxito en España. En la presentación a la

prensa, el actor canario Javier Bardem que interpreta al escritor Reinaldo Arenas y que consiguió una nominación al Oscar por este trabajo, dijo que aceptó el papel porque «le dolió la vida de Arenas». ●

Sonora Cubana: Una compilación de canciones inéditas cubanas

Los compositores cubanos César Portillo de la Luz y Marta Valdés, creadores de *Tú, mi delirio* y *Palabras*, entre otros clásicos del cancionero cubano, presentaron en la Sociedad General de Autores (SGAE) la segunda parte de la colección *Sonora Cubana*.

El disco editado por el sello Yerbabuena ofrece obras inéditas compiladas por periodistas, musicólogos y poetas de Cuba y España y reúne una selección de canciones de los años 50, 60 y 70 que estaban dispersas en discos monográficos.

La segunda parte de *Sonora Cubana* incluye los recopilatorios *La música de César Portillo de la Luz* con interpretaciones de Omara Portuondo, Elena Burke, Moraima Secada, Esther Borja y la Orquesta Original de Manzanillo y *La música de Marta Valdés* con Pablo Milanés, Miriam Ramos y Bola de Nieve.

Esta edición se compone de quince álbumes y un *sampler* con lo más representativo de la colección. ●

Cuba en FOCAL

La fundación canadiense para Las Américas (FOCAL) realizó un Fórum de investigación sobre Cuba en el que se exploraron las oportunidades y los obstáculos de una futura relación constructiva con la Isla a corto y mediano plazo. En el evento se presentó la web, una recopilación de información, bibliografía y temas económicos, políticos y culturales sobre Cuba. ●

Música para cine

El músico cubano José María Vitier publicó su segunda colección de música compuesta para películas, *Melodías para cine* (Bis Music). A este trabajo seguirá una colección de canciones inéditas en las voces de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Miriam Ramos, el Coro

Exaudi y Albita Rodríguez. El último disco de Vitier disponible en España es *Cuba dentro de un piano* (Eurotropical), un recorrido por la música cubana que incluye *Son de la loma*, *Mercedes*, y varios temas de su creación. El disco cierra con la música compuesta para *Fresa y chocolate*, un símbolo de lo que Vitier considera su deseo más íntimo: el entendimiento entre los cubanos. ●

Último disco de Celia Cruz

Siempre viviré, el último trabajo discográfico de Celia Cruz, grabado entre Madrid, México y Miami contiene la grandiosa música de la guarachera y constantes picardías y críticas al régimen castrista. Se agradecen sus versiones tropicales de *I will survive*, de Gloria Gaynor, y del tango *Uno*. ●

Coloquio sobre Heberto Padilla

La Universidad de Miami fue la sede del coloquio *Padilla: poética y ética*, en el que se expondrán aspectos de la vida y la obra del recién fallecido intelectual.

El evento contó con la participación de numerosos escritores, críticos y estudiosos de la literatura que debatieron, durante dos días diferentes aristas del quehacer de Heberto Padilla desde la publicación del polémico *Fuera del juego* hasta su última producción en el exilio.

En el evento participaron, entre otros, Jesús Díaz, Rafael Rojas, Emilio Ichikawa y se dictaron las conferencias magistrales *El libro y el editor. Del pasado al presente* por J. M. Salvat que trató las formas tradicionales de la percepción poética, y *El futuro sin fronteras. El sitio virtual y la imaginación*, por Manuel Desdin que analizó las nuevas tendencias de recepción cultural, e hizo un recuento sobre el impacto de las nuevas técnicas en el mundo de la prensa y de la experiencia de *Encuentro en la red* en su ánimo eliminador de fronteras entre los cubanos de dentro y fuera. ●

Tercer Grammy para Chucho Valdés

Live at the Village Vanguard es el disco de Chucho Valdés que ha merecido el premio Grammy en la categoría de jazz latino. Para el

músico cubano, es el trabajo más completo y personal que ha hecho en los últimos años, y la realización de un sueño: Tocar y grabar en Village, «el más importante templo del jazz del mundo». ●

Pintura gallega en La Habana

El pintor gallego José Otero Abeledo, *Laxeiro*, volvió a Cuba por primera vez desde su adolescencia, con la exposición antológica *El eterno retorno* que se mostró en el Convento de San Francisco de Asís en La Habana Vieja entre el 2 de marzo y el 14 de abril. Es la primera exposición monográfica de *Laxeiro* que se organiza fuera de Galicia y que realizará un itinerario por varias ciudades latinoamericanas y españolas. ●

Homenaje al poeta Eugenio Florit

Textos de Cintio Vitier, Alfonso Reyes, Juan Ramón Jiménez y Eliseo Alberto figuran en un libro de homenaje póstumo a Eugenio Florit, uno de los poetas cubanos más importantes del siglo xx. *De lo eterno, lo mejor* (Ediciones Universal) se presentó en Miami y fue una compilación de Lesbia Orta Varona Rita Martín y Ana Rosa Núñez. Eugenio Florit nació en 1903 y murió en Estados Unidos en 1999. Entre sus libros más importantes están *Lo que queda*, *Conversación con mi padre* y *Trópico*.

Premio Alfonso García-Ramos para Pedro Juan Gutiérrez

Animal Tropical recibió el Premio de Novela Alfonso García-Ramos que convocan el Cabildo de Tenerife y la editorial Anagrama y que está dotado con 10.000.000 de pesetas. Los conocedores del *realismo sucio* de Pedro Juan Gutiérrez (Cuba, 1950) reconocerán en *Animal Tropical* los lugares, los materiales y la estética de sus libros anteriores. El ambiente sórdido para explicar la situación de la Cuba de hoy. La novela es totalmente de ficción, aunque parezca una autobiografía porque está escrita «con las tripas y las entrañas»—según confesó el propio autor. ●

Periodismo duro, ¿en Cuba?

El desempeño como periodista de Ernest Hemingway fue el *leitmotiv* de los historiadores, académicos y estudiosos que se dieron cita en La Habana entre el 22 y 25 de mayo en el Encuentro Internacional *Hemingway, periodismo de los duros*.

La sede del evento será el Instituto Internacional de Periodismo José Martí, ubicado en la esquina de la calle G y 21 en el Vedado, y tendrá lugar en el año del cuarenta aniversario de la muerte del Premio Nobel de Literatura.

Los organizadores del evento creen que será útil para las nuevas generaciones de periodistas propiciar el análisis de las virtudes del autor de *El viejo y el mar*, en su ejercicio del periodismo a partir de su estilo como cronista y testigo presencial de un periodo importante de la historia moderna. ●

«El libro de los himnos»

Un libro publicado a principios del siglo XIX, con la música y la letra de 48 himnos nacionales de países de América, Europa y Asia, fue donado al museo enclavado en la casa natal de Carlos Manuel de Céspedes, en la ciudad de Bayamo.

El libro de los himnos perteneció desde 1909 al bayamés Rafael Cabrera Martínez (1872-1967), que fue compositor y arreglista, tocó varios instrumentos, perteneció a una banda mambisa en la guerra, desde 1895 a 1898, y dirigió la banda municipal de Bayamo durante 50 años. Su padre fue el primer instrumentista del actual *Himno Nacional* y fue director de la agrupación que estrenó su música en una ceremonia religiosa, delante de autoridades españolas, como parte de la conspiración previa al grito de Yara.

La publicación fue editada en Barcelona en fecha no precisada y permaneció bien conservada en poder de las hijas de Cabrera que la donaron junto con los archivos del artista al Centro de la Música de Bayamo.

Lezama en boga

Un diccionario de citas sobre la obra del escritor José Lezama Lima acaba de presentarse en La Habana, casi dos meses después de

que una editorial española publicara uno similar en Madrid. Esta vez la bibliógrafa Carmen Berenger y el crítico Víctor Fowler se encargaron de estudiar detenidamente la obra del erudito para proponer al gran público fórmulas para entender su literatura.

El producto final constituye un instrumento que luego de largas jornadas de investigación y estudio aporta definiciones textuales del extenso espectro del sistema poético de Lezama. Un diccionario para comprender una obra que, en vida del autor, fue marginada por las autoridades culturales.

Según Fowler, la culminación del volumen animó a sus creadores para continuar incurriendo en esta vertiente. Ya preparan otro diccionario acerca de Alejo Carpentier y su teoría cultural a partir del concepto del barroco. Próximamente trabajarán también con la personalidad del etnólogo Fernando Ortiz. ●

Viaje al corazón de Cuba, en inglés

El pasado 30 de marzo se presentó en la Universidad de Miami el libro *Journey to the Heart of Cuba*, primera edición norteamericana de *Viaje al corazón de Cuba*, de Carlos Alberto Montaner, que fue publicado originalmente en 1999 por Plaza & Janés en Barcelona y luego reeditado tres veces en el año 2000.

La edición en inglés fue realizada por Algora Publishing, una editorial de New York especializada en temas políticos. El libro de Montaner es una historia crítica de la revolución cubana y un análisis de la personalidad de Fidel Castro. La historia termina con un relato de ficción sobre el día de la muerte de Castro y una predicción de la transición a la democracia. ●

Murray grabará un disco en La Habana

David Murray, uno de los más grandes jazzistas norteamericanos de los últimos treinta años tiene la intención de grabar un disco en La Habana con músicos cubanos.

Murray, heredero de Charlie Parker y considerado el Herbie Hancock del saxofón se ha propuesto grabar un CD en vivo acompañado de una banda gigante, al estilo de las de la época del *swing*.

La sede de esta aventura será los estudios de la EGREM y los músicos cubanos invitados son José Luis Cortés, *El Tosco*, Manolito Simonet, Dagoberto González y Germán Velazco. ●

Homenaje a Mirtha Ibarra

La actriz Mirtha Ibarra, protagonista de películas fundamentales del cine cubano, recibió un homenaje en la Casa de América de Madrid donde se exhibieron, entre otras, las cintas *Fresa y chocolate*, *Adorables mentiras* y *Guantanamera*.

«Adoro el cine, es mi vida» —confesó Ibarra, que consideró el personaje de Nancy en la película *Fresa y chocolate*, dirigida por su fallecido marido Tomás Gutiérrez Alea, como el más rico de su carrera.

La actriz estrenó, además la pieza de teatro *Obsesión habanera*, escrita, dirigida y protagonizada por ella. La obra es una reflexión sobre los sueños y reflexiones de una mujer madura.

Mirtha Ibarra dedicará al célebre director Titón con quien estuvo casada 23 años, un libro que está en preparación. «Hasta ahora —dijo— no podía meterme en su correspondencia ni en sus archivos. Será un texto muy personal, que incluirá también dibujos». ●

Historias cubanas para el cine español

De qué va eso amor es una novela escrita vía e-mail y vía teléfono por sus autoras Yolanda García Serrano y Verónica Fernández, ambas guionistas de cine y televisión. Es una historia con ruido y voces, de soledades y de sexos reencontrados en la Cuba del turismo, de las mulatas, del ron y de los sentimientos. La novela ganó el premio Destino-Guión 2001 y ya se elabora la versión definitiva para una nueva película española de tema cubano. ●

Libro de poesía sobre Matanzas

El poemario *Lo que fue la ciudad de mis sueños*, publicado recientemente en Madrid, reúne casi toda la obra de Laura Ruiz Montes (Matanzas, 1966) publicada en Cuba entre 1988 y 1996. Prologado por Abilio Estévez, el libro habla de la ciudad de Matanzas como

un territorio de la imaginación, la añoranza y la memoria. Los versos son de una sinceridad desgarradora: «más de una vez traicioné esta ciudad/ sólo porque su sombra tenía mi estatura». ●

Textos inéditos de Lezama

Del archivo de José Lezama Lima proviene *La posibilidad infinita*, un ensayo que recoge textos inéditos del autor de *Paradiso* y un Cuaderno de Apuntes que bien pudiera ser un diario del escritor fechado entre 1939 y 1959.

La compilación, publicada en Madrid por *Verbum*, estuvo a cargo de Iván González Cruz que ofrece un texto crítico de la primera y segunda parte que incluyen el método diplomático de transcripción y las variantes. El libro recoge dos ensayos dedicados a Juan Ramón Jiménez y uno consagrado a Federico García Lorca. ●

30 años de la muerte de Ernesto Casas

Fundador de la radio y la televisión cubanas, Ernesto Casas, hijo del prestigioso músico cubano Luis Casas Romero, fue un talentoso productor y locutor de los medios cubanos. Sus composiciones fueron cantadas por Rita Montaner y Estrellita Díaz. Trabajó en la NBC y la CBS de New York y desde 1951 se desempeña como Director general de Radio, Televisión y Cine en Cuba. Fundó el programa *Album de Cuba* y dirigió *Recital* y *Viernes a viernes*. Murió el 9 de abril de 1971, hace tres décadas. Ningún medio de prensa de la Isla ha recordado la figura de uno de los fundadores e impulsores de la televisión y la radio en el país. ●

Pintura femenina

La exposición *Las rebeliones de la memoria* de la pintora cubana Maite Díaz (La Habana, 1963) se presentó en galerías de Zaragoza y París. Su pintura es una obsesión por resurgir del olvido y hacernos persistir como seres inolvidables. Pero no a cualquier precio. Su trabajo abarca tres grandes universos: la memoria, la simbología y la experiencia

cotidiana. Maite Díaz ha participado en la Exposición Internacional de Arte Contemporáneo (2000 y 2001). Así como las exposiciones colectivas *La isla futura* e *Historia de un viaje*. ●

Presentan en la UNEAC
libros de Agustín Labrada

Precedidos por una buena crítica en México, llegaron el pasado abril a Cuba, los libros *Más se perdió en la guerra* y *La vasta lejanía* del escritor cubano Agustín Labrada. La presentación de las obras estuvo a cargo del novelista Francisco López Sacha y del crítico Virgilio López Lemus.

Más se perdió en Cuba reúne artículos, crónicas y entrevistas publicadas en el diario *Por esto!* de Quintana Roo entre 1993 y 1998. El libro se divide en varias sesiones y trata temas como la música, la historia, las artes visuales, la danza y la literatura.

La vasta lejanía es un poemario que se divide en tres zonas temáticas y sus textos fueron escritos a lo largo de la década del noventa.

Desde 1992, Labrada reside en México donde trabaja como periodista en el diario *Por esto!* ●

Música cubana en la BBC

La obra póstuma de la cantante británica Kirsty MacColl es una serie sobre música cubana de 8 capítulos que emitió la cadena BBC en marzo pasado. Con el nombre *Kirsty MacColl's Cuba*, es una detallada aproximación a la realidad musical cubana: Benny Moré, Los Van Van, Omara Portuondo y Silvio Rodríguez que ha contribuido a difundir en Inglaterra los encantos y la variedad de la música caribeña. ●

Homenaje del cine cubanoamericano
a la constitución de la república

El filme *Made in Cuba: Children of Paradise* de Mari Rodríguez Ichaso, presentado el pasado 20 de mayo en la Universidad de Miami es un homenaje a la constitución de la República de Cuba en 1902. La cinta es un proyecto del Comité pro derechos humanos de los niños que investiga las violaciones de los

derechos humanos que ocurren cuando un estado totalitario interviene en las historias personales de sus ciudadanos. ●

Reúnen en un volumen
la poesía de Mariano Brull

La casa de América de Madrid y las Ediciones Cátedra presentaron en la capital española el libro *Poesía Reunida* de Mariano Brull, una edición de Klaus Müller-Bergh. El destacado intelectual cubano nació en Camagüey en 1891 y murió en La Habana en 1956, es uno de los representantes de los inicios de las vanguardias artísticas en la poesía, cuyo exponente más conocido fue Jorge Guillen. Uno de sus poemas clásicos es *Oda a la rosa* donde pone de manifiesto el concepto de la poesía pura cuyo contenido conceptual radica en el uso de la libertad de forma, ritmo e imagen. ●

Reivindicación de los autonomistas

Cuba-España. El dilema autonomista es un estudio del movimiento autonomista cubano en el período de entreguerras iniciado con la paz del Zanjón. La obra de Marta Bizcarrondo y Antonio Elorza es también un homenaje al profesor Manuel Moreno Fraguinals, recientemente fallecido en Miami. En el prólogo del libro, los autores embisten contra la «historia oficial» que, por legitimar el proceso revolucionario, ha borrado elementos claves del pasado nacional. ●

Estrenan en Cuba *Trece días*

El actor norteamericano Kevin Costner estrenó en Cuba la película *Trece días*, una interpretación de la crisis de los misiles desde el punto de vista de los Estados Unidos. El propio Castro compartió luneta con el célebre actor de Hollywood y dijo respetar los criterios en los que se basa la cinta pero añadió que probablemente, Cuba también aportaría al cine su versión de los hechos.

Preguntado sobre quién podría hacer su personaje en un hipotético filme sobre la Crisis de octubre, el presidente cubano respondió que él mismo si lo maquillaban un poquito. ●

In Memoriam

Moreno Friginals *In memoriam*

El historiador cubano Manuel Moreno Friginals, autor de *El ingenio*, una obra capital de la cultura cubana, falleció en Miami a los 80 años de edad.

En 1951 redactó su estudio *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*. Inauguró una preocupación por la singular gestación de la conciencia nacional cubana. Luego se dedicó a hacer un análisis exhaustivo de las condiciones económicas que determinaron la tensión entre los primeros patriotas y la acomodación de la sacarocracia: el resultado fue *El ingenio*, publicado en 1964 y que constituye un magnífico estudio de una economía de plantación abordado desde una interpretación marxista de la historia económica anglosajona.

Moreno Friginals era un hombre de una vitalidad inagotable que trabajó hasta que su grave enfermedad lo agotó totalmente. Su último artículo fue una réplica a un artículo de García Márquez publicado en el diario madrileño *El País*.

Fraginals residía en Miami desde 1990 y sus últimos trabajos mostraban una crítica aguda contra el actual Gobierno cubano. No obstante y en un acto poco habitual el diario oficial cubano *Granma* informó brevemente del fallecimiento del historiador.

Su formación como historiador y economista le llevó a recorrer diversos países, entre ellos España, donde residió entre 1947 y 1949, perteneciendo al círculo de amigos de Juan Benet y Luis Martín Santos. Antes de 1959, Moreno ocupó importantes cargos empresariales en Venezuela y México, y esa experiencia le sirvió, al incorporarse a la revolución, para convertirse en consejero económico del Che Guevara. En la Cuba de Castro sostuvo una brillante carrera, cada vez más marcada por la desconfianza, hasta que en los años noventa pasó del exilio interior al efectivo en Miami. Es entonces cuando redacta el sugerente ensayo *Cuba / España, España / Cuba. Historia común* (Crítica, 1995). Colaboró en *El País*, con una agilidad de pluma puesta de manifiesto en la réplica a Gabriel García Márquez, su último artículo. ●

Dora Alonso murió en La Habana el pasado 21 de marzo, a los 91 años. Autora de libros importantes para niños y adolescentes como *Las Aventuras de Guille*, *El cochero azul*, y *El valle de la Pájara Pinta*, Dora mereció el Premio Nacional de Literatura en 1998 y dos veces el galardón de Casa de las Américas. ●

Rafaela Chacón Nardi, considerada una de las poetisas cubanas más destacadas del siglo xx también falleció en La Habana en los primeros días de marzo. Rafaela fue comparada por Nicolás Guillén con Gertrudis Gómez de Avellaneda y María Zambrano. Dedicó a los niños excelentes páginas de lectura. Trabajó como periodista e investigadora. Su primer poemario *Viaje al sueño*, publicado en 1948, fue calificado por Gabriela Mistral como el mejor libro de poemas femeninos de la época. ●

Alberto Serret, quien junto a su esposa Chely Lima protagonizó uno de los mejores momentos de la novela cubana de ciencia-ficción, murió de un infarto fulminante el pasado 6 de marzo a la edad de 53 años. ●

El escultor cubano Agustín Cárdenas murió en La Habana el pasado 10 de febrero a los 77 años. Junto con Wifredo Lam fue considerado una de las figuras más prominentes de las Artes Plásticas Cubanas del siglo xx. Sus obras, que mezclan de modo muy particular las raíces de la nación cubana, se pueden encontrar en Turín, Nueva York, Tokio, Houston, París, Tel Aviv, Roma y La Habana. ●

Libros recibidos

■ AA.VV.; *Teatro cubano de las dos orillas*; Ed. Vervuert-Iberoamericana, 1999, pp. 223. Como su tautológico título indica, se trata de textos que analizan la creación teatral cubana realizada dentro de la Isla y en el exilio. En cualquier caso, resulta alentador que Heidrun Adler, quien ha tenido a su cargo



Leviatán

Revista de hechos e ideas

NUMERO 83

Primavera 2001

En busca del paradigma, *Felipe González*

El siglo de las mujeres, *Amparo Rubiales*

El nacionalismo vasco, *Arantzazu González*

Las reformas plurinacionales en la era posnacional,

Ramón Jaúregui

Derechos y capitalismo global,

Bernat Riutort Serra

América Latina, ciudades cerradas,

Luis Felipe Cabrales y Elia Canosa

Sociedad, mercado y justicia, *José Montoya*

Suscripción anual:

España		2.800 ptas.
Europa	(correo ordinario)	3.700 ptas.
	(correo aéreo)	4.400 ptas.
América	(correo aéreo)	5.100 ptas.
Resto del Mundo	(correo aéreo)	9.000 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.

Tel.: 913 104 313 Fax: 913 194 585

28010 Madrid

En Internet:

<http://www.arce.es/Leviatan.html>

e-mail: fpi@infor.net.es

la edición junto con Adrián Herr, afirma que «Aquí leemos más sobre lo que une a las dos orillas, que de lo que las separa. Entre los casi veinte ensayos que agrupa el volumen, vale la pena destacar los de Graziella Pogolotti (*Mostrar lo invisible*), Pesro R. Monge Rafuls (*La puesta en escena en el exilio*), y Rosa Ileana Boudet (*La mujer en el teatro cubano: ¿una ausencia?*). Estos dos últimos han teneido a su cargo, además, la coordinación de los textos de Cuba y los del exilio, respectivamente. Monge Rafuls apunta incluso el hecho curioso y de algún modo desolador de que, al menos en el exilio norteamericano y después de tantas décadas, «el director y el dramaturgo cubanos hasta ahora no han logrado complementarse».

■ ARENCIBIA RODRÍGUEZ, LOURDES; *El traductor Martí*; Ed. Hermanos Loynaz, Pinar del Río, Cuba, 2000, pp. 173. Atractiva indagación acerca de la importancia de las traducciones y del traductor, realizada a partir del extenso trabajo que en este sentido realizó José Martí. El texto desestima aquel viejo dicho de «traductor, traidor», para otorgarle a esta labor literaria la de «trans-pensador», labor que le permitió a Martí, en el decir de la uтора, convertirse «en un gran promotor de la cultura y de las ideas del humanismo, sirviéndose de la mediación interlingüística e intercultural que su conocimiento de otras lenguas le propiciaba». Lourdes Arencebía es Doctora en Filosofía y Letras y reside en La Habana.

■ ARMENGOL, ALEJANDRO; *Cuaderno interrumpido*; Ed. Término, Cincinnati, Ohio, 2000, pp. 100. Sorprende este libro por la hondura con que un verso libre y resuelto hurga en la memoria del poeta para rescatar de allí lo que cualquier otra memoria olvida. Sin embargo, no es un libro nostálgico. Tampoco desilusionado. Es más bien una reflexión poética sobre el paso del tiempo y sobre una geografía y una historia: «los ríos los soleados ríos de la isla llegan hasta miami / corren en sus hilos verdes y en la oscura soledad del fango». El lector se sentirá complacido ante un verso que es casi prosa depurada. Alejandro Armengol es cubano y desde 1983 reside en Miami.

■ BARQUET, JESÚS J.; *Escrituras poéticas de una nación; Dulce María Loynaz, Juana Rosa Pita y*

Carlota Caulfield; Ed. Unión, La Habana, 1999, pp. 94. El libro obtuvo, en 1998, el Premio de Crítica Literaria «Lourdes Casal», que convoca la UNEAC. Resulta significativo que el autor aborde el asunto de las escrituras poéticas de una nación a partir de tres poetisas mujeres, lo cual puede, a primera vista, inducir al error de creer que se trata de una aproximación al tan llevado y traído concepto de nación a través de la mirada femenina. Pero una lectura cuidadosa del ensayo revela de inmediato y que lo que de veras se intenta (y se consigue) es re-crear Cuba a través de diferentes etapas de su poesía. Jesús Barquet nació en La Habana, en 1953. Trabaja como profesor universitario en México.

■ BARQUET, JESÚS J.; *Naufragios*; Ed. Azar, México, 1998, pp. 97. Ya desde su mismo título este libro revela una historia y un destino. Es cierto: los cubanos, todos los cubanos, somos naufragos en alguna medida; la Isla misma, con su solitaria obstinación de flotar en medio del mar, ha devenido en los restos de un naufragio inexplicable. Pero la poesía no es o no tiene necesariamente que ser el testimonio de un desastre, ni de nada, y Jesús Barquet, que lo sabe, va mucho más lejos; naufrago y todo navega hacia una línea del horizonte tras la cual la tierra será redonda y se enfrentará a un descubrimiento que, como todo descubrimiento, es una interrogante: «¿Llegué o naufragué?», / le pregunto a un compatriota en harapos / y afeerrado a un tablón».

■ BETANCOURT, ERNESTO F.; *De la patria de uno a la patria de todos*; Ed. Universal, Miami, 2001, pp. 95. Podrá parecer contradictorio, pero este ensayo trata del futuro y no está escrito por un futurólogo ni un zahorí. No es un ejercicio adivinatorio ni un tarot mágico. Es, simplemente una indagación seria y documentada acerca de los cambios estructurales y de todo tipo que de manera irreversible habrán de tener lugar en Cuba después de la muerte de Fidel Castro. Fue Primo de Rivera, un español que algo sabría de dictaduras, quien afirmó que un dictador puede tenerlo todo, menos la sucesión. Y de eso trata este libro, de (así dice el subtítulo) «como encarar el reto de la reforma institucional durante la transición cubana», y lo

hace con gran rigor y seriedad, puesto que su autor cuenta con una larga experiencia sobre reformas de Estado y administrativas: Fue, al triunfo de la revolución, Director del Fondo de Estabilización de la Moneda y Director del Banco de Comercio Exterior; más tarde trabajó en la Secretaría de la OEA y es autor de numerosos ensayos sobre la revolución cubana. Ernesto F. Betancourt es cubano y reside en los Estados Unidos.

■ BORDAO, RAFAEL; *Los despojos del sueño / The Debris of Dreams*, Ed. Arcas, New York, 2001, pp. 108. Edición bilingüe de un nuevo libro de este prolífico poeta cubano. Su obra, que ha sido reseñada en numerosas ocasiones en esta sección, cuenta con una gran cantidad de premios y un reconocimiento internacional debidos a la diáfana calidad de sus versos y a su compromiso con la tolerancia y la libertad del individuo. Rafael Bordaio nació en La Habana, en 1951. Llegó a Miami en 1980, a través del puente (¿?) del Mariel. Reside actualmente en Nueva York.

■ CACHEIRO VARELA, MÁXIMO; *Fulgor del fetiche lezamiano*, Ed. Verbum, Madrid, 2001, pp. 161. Extenso poemario que transita el paisaje lezamiano en busca de piezas magníficas y objetos claves. En este sentido, el libro se convierte en una especie de safari insólito a lo más intrincado de una selva a la que, a pesar de algunas de las evidencias más patentes, no hay acceso posible. Lezama, como quería ese otro grande de la poesía cubana, Eugenio Florit, le echó cadenas y candados a su cofre, pero además, para escarnio de expedicionarios y aventureros, lo rodeó de pistas falsas, de elementos de distracción, de fuegos fatuos. No obstante, Cacheiro tiene atisbos lúcidos y por momentos esquivo con buen olfato las trampas siempre tendidas por el señor grueso de trocadero, especialmente en la serie de poemas dedicados a los números, que es donde consigue las intuiciones más sobresalientes, al margen del catastro de lo tangible y palmario; en el titulado *El número siete*, leemos: «Infinitud en la búsqueda de infinita melodía. / En la reminiscencia del sueño de Escipión, / siete sonidos distintos produce. / El siete, mito de lo que todo existe. / Voz y lira. / Regreso a sublime reino». Maximino Cacheiro Varela es profesor titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Vigo.

■ DE LA CAMPA, ROMÁN; *Cuba on my mind. Journeys to a Severed Nation*; Ed. Verso, Londres, 2000, pp. 182. Desde hace poco más de cuarenta años, Cuba se ha convertido en uno de los países del mundo que más exiliados por año produce. De ahí que resulte coherente y hasta forzoso que el tema del exilio sea recurrente en nuestra literatura. Pero este libro no es «uno más» que viene a engrosar esa estadística del absurdo y la desolación. Se trata de una reconstrucción tan documentada como sensible de esa historia que comenzó con la llamada «Operación Peter Pan» y que cuatro décadas después no termina todavía. El autor recorre las diferentes etapas que han dado lugar a esta diáspora, analiza los porqués y ofrece información puntual acerca del «disparate del poder» y sus efectos devastadores sobre la nación cubana. Román de la Campa trabaja en la Universidad Estatal de New York.

■ CUETO, JUAN; *Palabras en fila, en clase y en recreo*, Ed. Verbum, Madrid, 2000, pp. 62. El libro, breve, podría considerarse como una afortunada combinación de arquitectura y de música; de la primera el sentido de la proporción; de la segunda, la sonoridad cadenciosa. El poeta juega con las palabras, las reordena, se divierte, y la poesía sale sola, como de un alambique, gota a gota destilada. Juan Cueto nació en Caibarién, Cuba. Actualmente vive en Miami.

■ CÁRDENAS, ESTEBAN LUIS; *Un café exquisito*, Ed. Universal, Miami, 2001, pp. 90. El narrador nos propone un curioso juego: lo «exquisito» es lo intenso, lo rabiamente dramático, lo desesperado. Porque estos cuentos son todas esas cosas (¿cosas?). Las historias mismas que narra están «exquisitamente» elegidas para adecuarlas a una especie de energía compungida que se nos quiere transmitir; sin embargo, y tal vez esa sea la clave del éxito creativo, no son historias subsidiarias ni meros pretextos. La técnica es de una eficacia circular: ni pueden ser otras las historias ni pueden estar narradas de otra manera. Y al sabor acre de la aflicción y la ruina se suman la eficacia creativa y el goce estético. Esteban Luis Cárdenas nació en Ciego de Ávila, Cuba. Vive actualmente en Miami.

■ FOUNTAIN, WILLIAM A.; *27 de noviembre e 1871. Fusilamiento de ocho estudiantes de Medicina*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 424.

No hay dudas de que uno de los episodios más bestiales y que más profunda huella han dejado en la sensibilidad nacional fue el fusilamiento, en 1871, de aquellos ocho estudiantes de medicina. Los cubanos aprendimos bien la lección, desde entonces, de que el poder absoluto es siempre una estupidez canallesca que no se detiene ante nada. Los muertos inocentes son sólo aritmética si sirven para conservar la silla. El presente libro es una pesquisa minuciosa sobre aquellos sucesos tan trágicos como cruentos, de la que el autor, tras la obtención de pistas novedosas, deduce conclusiones hasta ahora inéditas y a veces sorprendentes. William A. Fountain nació en Santiago de Cuba. Reside actualmente en Los Ángeles, California.

■ GONZÁLEZ CRUZ, IVÁN; *Diccionario. Vida y obra de José Lezama Lima*; Ed. Generalitat Valenciana, Valencia, España, 2000, pp. 676. Es muy alentador que la obra de Lezama cuente cada día que pasa no sólo con más lectores y admiradores, sino con más investigadores y estudiosos que se ocupen a fondo de ella. Este Diccionario llama la atención tanto por su propia concepción como por la extraordinaria utilidad que aporta a profesores, académicos y lectores en general. A través de sus páginas puede cualquiera informarse con precisión acerca de los lugares, personas, objetos, etc. cuyo significado tuvo alguna relevancia en la vida y la obra de quien fue, sin duda alguna, la figura más importante en la literatura del siglo XX cubano. El propio autor declara que aspira a que este libro sea «la voz inferida, la metáfora que se hace cuerpo y alma en la identidad de la palabra, porque un escritor universal como José Lezama Lima no sólo es de los cubanos de fuera y dentro de la Isla, sino patrimonio de la humanidad». Iván González Cruz nació en La Habana, en 1967. Ha publicado varios libros relacionados con Lezama.

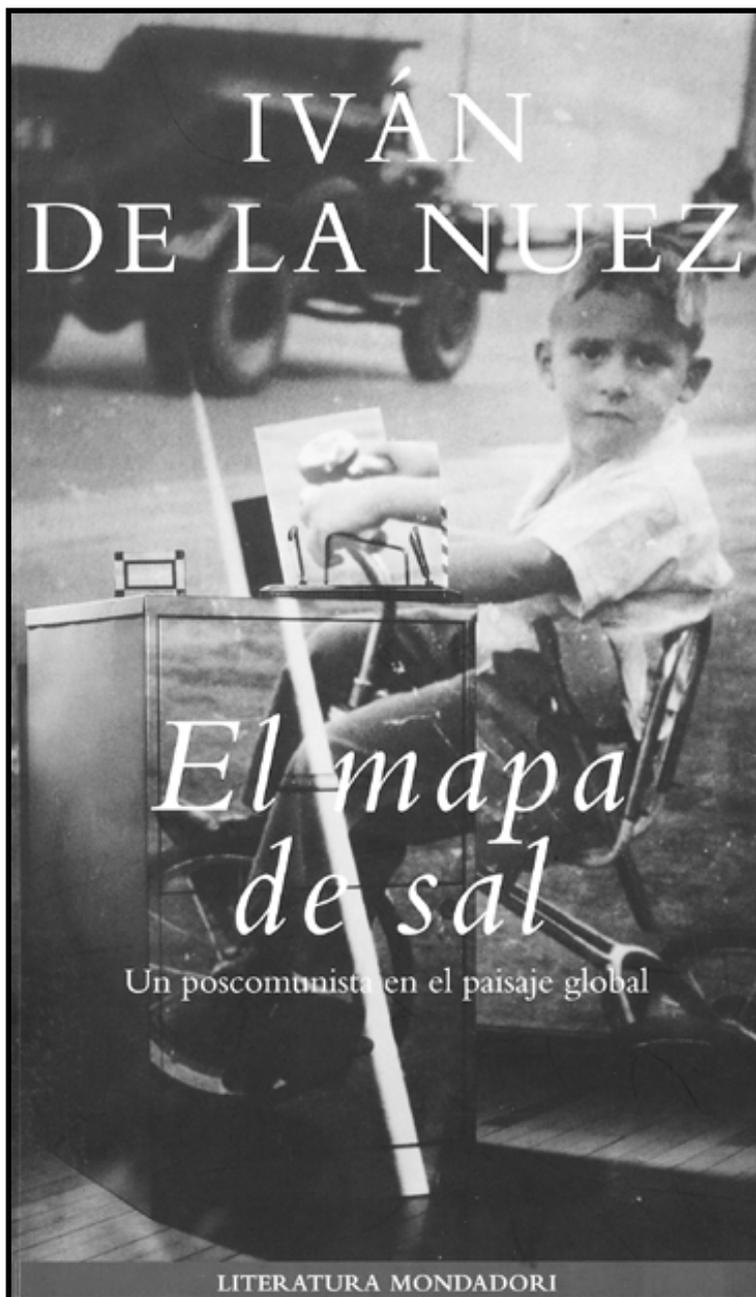
■ HERNÁNDEZ, JUAN JOSÉ; *Cuba 2000: Castrismo, turismo, negocios*; Ed. Noesis, Madrid, 1999, pp. 366. Catálogo de la sinrazón, repertorio de calamidades, censo de necedades y hasta guía turística, todo eso y mucho más es este libro que propone una extraña excursión a través del disparate. Pero no sólo del disparate más visible y exterior como

las casas en ruinas y la cultura de la supervivencia. El autor ahonda en los recovecos ocultos y debidamente enmascarados de esa realidad cubana rumbera, ronera y musical que se le vende a turistas incautos y saca a relucir entresijos de fusilamientos de héroes y facetas inéditas de las guerras de Angola y Viet Nam. De manera que el viajero que se anime a la travesía en compañía del autor, regresará de ella quizá menos sonriente y divertido que la mayoría de los que visitan nuestras playas, pero seguramente con una idea más cabal y acertada de eso que de manera tan ambigua ha dado hoy en llamarse «la realidad cubana». Juan José Hernández es Doctor en Derecho y ha desempeñado cargos de importancia en España y en el Servicio Exterior.

■ JIMÉNEZ, ONILDA A.; *El último alzado e itinerario de un destino. Ficciohistorias del Escambray*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 99. A medio camino entre el testimonio y la ficción, las dos narraciones que componen este libro abordan ese tema relativamente poco explotado en nuestra literatura que fue la lucha en el Escambray después del triunfo de la revolución. El segundo de los relatos, *Historia de un destino*, se enfrenta a un asunto menos tratado aún: la expulsión de familias campesinas de sus viviendas, como consecuencia de la guerra misma, para ser reubicadas en lugares distantes y totalmente ajenos a sus vidas y raíces. Onilda A. Jiménez nació en Fomento, Cuba. Actualmente es profesora Emérita de New Jersey City University.

■ LEZAMA LIMA, JOSÉ; *Como las cartas no llegan...*; Ed. Unión, La Habana, 2000, pp. 264. Recopilación de cartas personales escritas por Lezama a diversas personas y seleccionadas y agrupadas cronológicamente por Ciro Bianchi Ross. El propio recopilador se pregunta si «¿Tenía derecho yo a publicar lo que no se escribió para que se publicara, a poner en blanco y negro el contenido de papeles privados?». Y se responde a sí mismo que no lo sabe.

■ LÓPEZ JARDO, PEDRO ALFONSO; *Guantánamo y «GITMO»*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 95. El autor de este libro fue durante muchos años trabajador de la Base Naval de Guantánamo, por lo que conoce bien su historia y funcionamiento. De esa experiencia



Grijalbo Mondadori, S.A.

Literatura Mondadori

Aragó, 385, 08013 Barcelona

España
2001

ha sacado el impulso para escribir este testimonio que se divide en dos partes, la primera, que es la propiamente histórica aunque más bien podría decirse cronológica, y la segunda, que es la más directamente relacionada con su propia vida como trabajador del enclave militar norteamericano. El texto carece de pretensiones literarias o de estilo, pero posee un notable valor documental. Pedro Alfonso López Jardo nació en Guanánamo. Reside actualmente en Tampa.

■ LÓPEZ VALDÉS, MANUEL B.; *El garrote en Cuba*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 139. La primera edición de este libro se realizó en La Habana, en 1927, y es una extraordinaria historia de la pena de muerte en Cuba durante la época colonial y su aplicación a través del garrote. La actual edición se debe a Humberto López Cruz, nieto del autor, quien con ella se propone un nuevo cuestionamiento de la legitimidad de la aplicación de la pena capital en países como Cuba y Estados Unidos. Humberto López Cruz nació en La Habana. Vive en Miami actualmente.

■ LUGO, REYNALDO; *Palmeras de sangre*; Ed. Mondadori, Barcelona, 2000, pp. 387. Lo mejor conseguido de esta novela es su estructura cronológica, que realmente funciona como un reloj suizo. Cienza el 25 de octubre de 1957 y termina en la madrugada del 1 de enero de 1959. Esta selección temporal, desde luego, no es caprichosa ni casual; obviamente corresponde al período de la lucha armada contra Batista y la fuga final del dictador. Sin embargo, la exacta precisión temporal, que beneficia la estructura de la narración, la convierte por momentos en un realismo de calendario que impide al autor (los autores, que el periodista Julio Martí es presentado como coautor) del que no la salva ni la pretensión de *thriller* que alienta sus páginas. Y es que los autores no se deciden a tocar fondo y rastrear detrás de unos hechos que sí han sabido averiguar segundo a segundo. Tal vez el error consista en creer que el reloj y el almanaque son el tiempo. Reynaldo Lugo es cubano y reside en la Isla.

■ LLÓPIZ, JORGE LUIS; *Juego de intenciones*; Ed. Betania, Madrid, 2000, pp. 95. Para algunas comunidades el número 13 significa mala suerte; para otras, buena. En el caso cubano se llega a decir doce más uno para así evitar

tanta ambigüedad y también para eludir uno de esos chistes escatológicos tan del gusto nacional. Trece son las narraciones que componen este libro y no acierto a saber si la cifra tendrá algo que ver con alguna de estas interpretaciones, o con cualquier otra, pero lo cierto es que los relatos unas veces son buenos, otras no tanto y algunos hasta tientan con el chiste de marras. Jorge Luis Llopiz Cudel nació en Cuba, en 1960. Reside en Miami.

■ MAYOR MARSÁN, MARICEL; *Errorres y horrores. Sinopsis poética del siglo XX*; Ed. Baquiana, Miami, 2000, pp. 60. El truco feliz de esta poeta consiste en hacer creer al lector que está leyendo una narración, que le están contando un cuento. Sin embargo, existe un aliento de poesía última que ella parece reservar sólo a quienes sean capaces de descubrir el engaño. El verdadero mago es prodigioso no porque provoque la ilusión de que saca un conejo del sombrero sino porque realmente encuentra un conejo donde antes no existía, y, de ser preciso, es capaz de crearlo de la nada. Estos versos son en apariencia ásperos, porque eluden deliberadamente cualquier veleidad musical, cualquier coqueteo edulcorado con la metáfora, pero aun así no consiguen enmascarar el mundo emotivo y sensible que los inspira. Maricel Mayor Marsán reside en los Estados Unidos.

■ MARCH, JUAN ANTONIO; *Espérame en La Habana*; Ed. Del Bronce, Barcelona, 1999, pp. 205. La novela con una frase excelente aunque incompleta: «Cuba amanece, día tras día, entre secretos». Lo incompleto de la afirmación está dado, desde luego, por el autor es un buen conocedor de Cuba, pero es catalán. Porque Cuba, lo sabemos los cubanos, es, sí, un país de secretos, sólo que a voces. No obstante, es una novela inteligente y grata, que hace transitar a un personaje central a lo largo de todo el siglo xx cubano hasta una imaginada muerte del dictador Fidel Castro, que, por supuesto, es anunciada públicamente mucho después de ocurrida. Juan Antonio March nació en Barcelona, en 1958 y es diplomático de carrera.

■ RODRÍGUEZ DAGO, RAÚL P.; *El santero cubano*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 69. Por más que la religiosidad de origen africano tiene un sólido arraigo en Cuba, y por más que se

dispone de algunos textos capitales para su comprensión y conocimiento (*El Monte*, de Lidya Cabrera, sigue siendo el texto cime-ro), es esta una forma de religiosidad que se hace efectiva más por el ejercicio, la práctica y alguna tradición oral que por un cuerpo de ideas concebido teóricamente y un libro o un conjunto de ellos que le de soporte. Es en este sentido que este breve libro adquiere una utilidad fundamental, puesto que se convierte en una especie de guía o manual para una aproximación a las religiones afrocubanas, tan importantes en nuestra historia cultural y tan presentes en nuestra vida cotidiana. Raúl Rodríguez Dago nació en Cienfuegos, en 1963. Es sacerdote católico y profesor de Religiones Afrocubanas en el Seminario San Carlos y San Ambrosio, de La Habana.

■ RODRÍGUEZ-LUIS, JULIO; *Memoria de Cuba*; Ed. Universal, Miami, 2001, pp. 182. Aunque el autor es un académico que ha publicado numerosos libros y artículos de corte rigurosamente profesoral, es esta su primera obra que se sale de esa órbita, porque «Cuba continúa preocupándome, continúa doliéndome, hasta el punto que he tenido que escribir sobre ella estas páginas donde trato de explicar, para entenderlo yo mismo, su pasado, el pasado que la ha conducido a este presente sin futuro». Sin embargo, no se trata tampoco de un libro de memorias, en el sentido estricto del género, sino de «esa necesidad que es ya urgencia» y que ha vinculado, con una prosa concisa y culta, la vida del autor con la historia de esa isla de la que emigró en 1958. Julio Rodríguez-Luis nació en Cuba y actualmente es profesor de literaturas hispánicas y comparada en la Universidad de Wisconsin en Milwaukee.

■ RODRÍGUEZ QUINTANA, ARSENIO; *La caída y otros deseos*; Ed. Abril, La Habana, 2000, pp. 46. El libro obtuvo, en 1998, el Premio «Calendario» que otorga la Asociación Hermanos Saíz. El cuaderno está integrado por diez narraciones breves y llenas de intensidad, y aunque en todo momento se narra en primera persona, siempre se hace patente que no es el autor quien habla, sino que se apropia con gran habilidad de la voz de otro (generalmente de otra), lo que le permite entrar y salir del texto con un elegante

distanciamiento. Arsenio Rodríguez Quintana nació en La Habana, en 1964. Reside en Sevilla.

■ SAMBRA, ISMAEL; *Los ángulos del silencio. Trilogía poética*; Ed. Verbum, Madrid, 2001, pp. 154. Lo que más llama la atención de este libro, de todos y cada uno de sus versos, es la profunda sinceridad con que han sido escritos. Los ardores que siempre encierran las palabras, están extraídos esta vez del único recurso de hurgar sin piedad en el fondo del alma del poeta y exhibir lo que allí encuentra, sea lo que sea. ¿Quién inició en Occidente esta tradición comunicativa? ¿Fue San Agustín con sus *Confesiones*? ¿Cualquiera sabe! Y lo más probable es que no haya iniciado nadie, sino que haya sido, desde siempre, un requisito de la sensibilidad y una obligación de la inteligencia. Ismael Sambra nació en Santiago de Cuba, en 1947. Vive actualmente en Toronto, Canadá.

■ SAMBRA, ISMAEL; *El único José Martí, principal opositor de Fidel Castro*; Ed. Betania, Madrid, 2000, pp. 150. Libro que, en primera instancia, se propone desmitificar el pregón castrista de que su Gobierno y su partido son herederos directos del pensamiento y el quehacer de Martí. Pero, puesto que este pregón, como otro cualquiera, no es capaz de sostenerse siquiera a sí mismo y es víctima de su propia inconsistencia o falacia, el autor toma de ahí nada más que el disparo de salida para lanzarse en la búsqueda de significados más trascendentes, lo que le permite indagar con profundidad en las mismas raíces de la cubanía y en los porqués de este descalabro que ya alcanza dimensiones cósmicas.

■ SIERRA i FABRA, JORDI; *Cuba, la noche de la jinetera*; Ed. Del Bronce, Barcelona, 1997, pp. 276. Novela con cierto carácter policial que narra la aventura de un periodista español que visita Cuba en pleno «período especial» y «crisis de los balseros». En este sentido, es una recreación bastante lograda de la vida cubana durante el aciago año de 1994 y un testimonio contundente del fracaso castrista. Jordi Sierra i Fabra nació en Barcelona, en 1947. Es un autor muy editado y leído en España.

■ VARONA-LACEY, GLADYS M.; *José María Arguedas: más allá del indigenismo*; Ed. Universal, Miami, 2000, pp. 186. Excelente ensayo

sobre uno de los autores latinoamericanos más relevantes del siglo xx. En el libro la autora no se ocupa solamente de la obra narrativa de Arguedas, sino que aborda el amplio registro de temas antropológicos y folklóricos que aparecen en su extensa ensayística. Especial importancia tiene el capítulo dedicado al «Mestizaje cultural» en la obra del peruano. Gladys M. Varona-Lacey es Profesora Asociada y Directora del Departamento de Lenguas Modernas y Literaturas de Ithaca College, Ithaca, New York.

.....

Pasar revista

■ **ACTIVIDADES** (enero.febrero.marzo. 2001) Publicación de la Conselleria de Cultura i Educació de la Generalitat Valenciana. Revista de excelente diseño y presentación que se ocupa de reseñar las actividades más relevantes que en los terrenos de la plástica y la gráfica tienen lugar en la Comunidad Valenciana. El presente número da cuenta de la exposición de obras pertenecientes al Museo de Bellas Artes de La Habana, que tuvo lugar el pasado mes de febrero en el Museo del Siglo XIX, de Valencia, en la que se exhibieron cuadros de Mariano Fortuny y Santiago Rusiñol, entre otros.

■ **AMÉRICA LATINA HOY** (n° 26, diciembre 2000, pp. 118.) Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios de Iberoamérica y Portugal, de la Universidad de Salamanca. El presente número se ocupa de uno de los asuntos que más controversias y opiniones dispares provoca en la actualidad: la globalización. En este sentido cabe destacar el artículo *Los noventa en América Latina: ¿La década de las oportunidades o de las quimeras?*, de Salvador Martí i Puig, en el que, cosa curiosa, se incluye un cuadro estadístico de los diferentes grados de aceptación de la democracia en más de quince países latinoamericanos, y no aparece Cuba por ninguna parte. Directores: Esther del Campo y Manuel Alcántara. Dirección: San Pablo, 26, 37001, Salamanca.

■ **ATENEO** (Nos. 14 y 15, 2000, pp. 52 c/u.) Revista de Literatura y Arte del Ateneo de

Los Teques, en Venezuela. Los números contienen sendos dossier que se ocupan de la obra de Hanni Ossott y Armando Hernández Quintero, respectivamente. En el N° 14 se incluye una encuesta acerca de las diez novelas fundamentales de la literatura venezolana, por la que nos enteramos que *País portátil*, de Adriano González León, ha ocupado el primer lugar en la valoración de los lectores, desplazando a clásicos como *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos o *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri. Director: Emilcen Rivero. Dirección: Ateneo Los Teques, Avenida La Hoyada, Los Teques, Estado Miranda, Venezuela.

■ **AUTODAFE** (otoño 2000, pp. 274.) Revista de reciente creación, que se propone aparecer dos veces al año y publicada simultáneamente en cinco lenguas: griego, castellano, inglés, italiano y francés. Anuncia haber nacido «con la vocación de reactivar el intercambio, hoy coartado por la censura y también por la hegemonía de los medios de comunicación, entre escritores de los cinco continentes». Nuestra enhorabuena para un propósito de tal magnitud. El número incluye un texto (*Por una alternativa cultural en Cuba*) que sólo se me ocurre calificar de dramático del escritor cubano Rogelio Saunders Chile. El autor, que considera la vida actual cubana como «un verdadero agujero negro en el mapa geográfico humano», analiza con serenidad la catástrofe que un régimen totalitario ha significado para la cultura en Cuba, para concluir afirmando que «Debemos ofrecerles, a los escritores que viven bajo regímenes totalitarios, como mínimo, la posibilidad de que le digan al mundo, con su obra o su crítica, la verdad sobre estos regímenes». Director: Christian Salmon. Dirección: Parlamento Internacional de Escritores, 1, allée Georges Leblanc 93300 Aubervilliers, Francia.

■ **BAQUIANA** (Año 1, 1999-2000, pp. 225.) Anuario de la misma revista que sale cuatrimestralmente a través de Internet con el propósito de «vincular a través del mundo de las letras a todas y a cada una de las comunidades del ámbito iberoamericano que conviven en el sur de La Florida». Un nutrido grupo de poetas y escritores cubanos publican sus textos en este número, entre los

que hay que destacar a Luis Marcelino Gómez con su excelente cuento *Kimbanda*, o el ensayo *El español de Cuba a través de la historia, la geografía y la sociedad*, de Luis Roberto Chou López, entre otros. Director Ejecutivo: Patricio E. Palacios. Dirección: P.O. Box 521108, Miami, Florida. 33152-1108, USA.

■ EL CAIMÁN BARBUDO (Año 33, edición 300, pp.32.) *El caimán barbudo* se sigue presentando a sí mismo como «La revista cultural de la juventud cubana»; así, sin más, como si hubiera una sola juventud cubana. Pero ya sabemos que los caprichos y los delirios del totalitarismo son así. Como diría el célebre marqués de Bradomín, «los hombres se dividen en dos bandos: de un lado yo y del otro todos los demás». Es sumamente curioso un texto breve, presumiblemente enviado desde Miami por un castrista relapso, en el que su autor, tras un patético mea culpa, ataca con virulencia al escritor Emilio Ichikawa y empareja sus numerosos defectos con los de los «ex sargentos ideológicos, que desde la revista *Encuentro*, sueñan con el reencuentro neocolonial». Confieso que, puesto a escoger, prefiero la guerra fría a la guerra tonta. Director: Fidel Díaz Castro. Dirección: Prado 553 entre Teniente Rey y Dragones, La Habana.

■ CIEN AÑOS (Nos. 11, 12, 13 y 14, noviembre y diciembre de 2000 y enero y febrero de 2001, pp. 32, 40, 32 32, respect.) Boletín de la Asociación del Centenario de la República Cubana. Publicación que va perfeccionando sus contenidos y afianzando su presencia. Surgida en Francia, hace año y medio, a partir de recursos mínimos y propósitos de largo alcance, hoy día, aun cuando sigue siendo modesta, se percibe en ella una clara voluntad de rigor formal y temático. Estos números incluyen, como si fuera una novela por entregas, capítulos del libro de Gerardo Machado *Ocho años de lucha*, escrito y fechado en París, en 1936. Este texto, casi desconocido hoy día por la mayoría de los cubanos, reviste especial interés, puesto que Machado tiene el triste mérito de haber sido el presidente cubano que inaugurara el estilo de gobierno dictatorial propiamente dicho en la Cuba post-colonial, estilo perfeccionado por Batista y llevado a su máxima expresión por Fidel Castro. Dirección: 9 rue Biot 75017, París, Francia.

■ CRÍTICA (Nos. 83 y 85, agosto- septiembre de 2000 y enero-febrero de 2001, respect., pp. 120 y 144.) Revista Cultural de la Universidad Autónoma de Puebla, de frecuencia bimestral. El N° 83 contiene un breve homenaje del poeta cubano José Kozler a Nathalie Sarraute que es de esas lecturas que reconcilian a cualquier lector con la palabra española (si es que alguna vez alguien ha estado en beligerancia con ella). El 85, por su parte, incluye textos de Enrico Mario Santí, Antón Arrufat y Raúl Rivero, entre otros. *Dámaso Alonso: hijo de la calma y de la ira*, es un ensayo de Arrufat sobre el filólogo y poeta español, cuya obra es analizada desde una perspectiva de gran lucidez poética. Director: Armando Pinto. Dirección: Cedro 40, Fracc. Arboledas de Guadalupe, C.P. 72260 Puebla, Pue. México.

■ CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (Nos. 606, 607 y 609, dic. 2000, enero 2001 y marzo 2001, pp. 160 c/u.) Revista de la Agencia Española de Cooperación Internacional. En el N° 606 se publica una crítica literaria de ese autor inmenso de la narrativa en lengua portuguesa que fue Machado de Assis; la crítica versa sobre una novela de Eça de Queiroz y es una excelente muestra de cómo hacer una valoración inteligente y seria de un texto ajeno sin acudir a cabriolas cerebrales que poco dicen y nada importan. El dossier del 607 está dedicado a William Blake y el del 609 a Juan Benet y Adolfo Bioy Casares. En este último hay que destacar el breve texto de Javier Marías, en el que explica, para sorpresa de muchos, cómo pintaba Benet: «En todo caso tenía bien estudiados los gestos de los pintores y se complacía en reproducirlos ortodoxamente». Director: Blas Matamoro. Dirección: Avda. Reyes Católicos, 4, 28040, Madrid.

■ DELIRAS (N° 8, julio-septiembre de 2000, pp. 42.) Es un hecho incuestionable que la Iglesia Católica en Pinar de Río apuesta fuerte por su participación en la vida cultural del país. Esta revista literaria trimestral, que se suma a otras de más amplio espectro, ya existentes, da fe de ello. Se destaca el artículo *Cartas, pasión y poesía de Enrique Loynaz*, de Virgilio López Lemus, en las que el autor reproduce fragmentos y hace valoraciones de la correspondencia sostenida por Enrique Loynaz con José María Chacón y Calvo. Di-

rector: Ernesto Ortiz. Dirección: Máximo Gómez 160, entre Avda. Rafael Ferro y Comandante Pinares, Pinar del Río 20100.

■ ESPACIOS (Nº4, 4º trimestre, 2000, pp. 60.)

El Equipo Promotor de la Participación Social del Laico (EPAS), de la Arquidiócesis de La Habana, publica trimestralmente esta revista que se ocupa de asuntos históricos, sociales, culturales, económicos, políticos, deportivos y hasta religiosos. El titular de portada, «¿Qué se puede hacer?» llega cargado de inquietantes resonancias; ya se sabe que es la pregunta crucial que se hizo Lenin hace un montón de décadas y que ni siquiera tenía derechos de autor, puesto que era el título de una célebre novela de un compatriota suyo. En fin, que todo parece indicar que en una sociedad socialista habrá que hacerse siempre la misma pregunta para no encontrar nunca la respuesta adecuada. Director: Joaquín Bello. Dirección: Casa Laical, Teniente Rey entre Bernaza y Villegas, La Habana Vieja, Cuba.

■ FRAGUA (Nos. 1 y 2 de 2001, pp. 8 c/u.)

Publicación de los ex prisioneros y combatientes políticos cubanos. Boletín informativo que incluye opiniones, artículos y documentos sobre la crisis cubana. Dirección: P.O.Box 520562, Miami Fl. 33152 USA.

■ IBEROAMERICANA (Nº 2/3, 2000, pp. 262.)

Revista alemana dedicada al estudio de la literatura, la lengua y la sociedad en América Latina, España y Portugal. El presente número aparece con carácter de especial y se ocupa de la cultura, la historia y la literatura de Venezuela. Destaca en él el ensayo *Mestizaje y populismo en Doña Bárbara: de Sarmiento a Martí*, de Javier Lasarte Valcárcel, en el que el autor, tras establecer muy personales complementaciones conceptuales entre las obras de uno y otro, afirma que «Así como Martí hacía persuasivos (y bolivarianos) llamados a que cesen los partidos, los odios entre clases y razas, a instaurar el fraterno amor como valor social, Gallegos en *Doña Bárbara* hará de la cultura, centrada en la palabra, recta o amorosa pero siempre educativa, el instrumento de la nueva política». Director: Frauke Gewecke. Dirección: Universität Heidelberg, Seminarstraße 3, 69117, Heidelberg.

■ PALABRA NUEVA (Nos. 91 y 93, pp. 50 y 54, respect.) Publicación del Departamento de

Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana, con salida mensual. Sin duda lo más atractivo y enjundioso del Nº 91 es el artículo de Mons. Carlos Manuel de Céspedes, en su sección fija de «Apostillas», dedicado al 20 aniversario de la muerte del filósofo francés Jean Paul Sartre. El propio Mons. Céspedes señala que redacta este texto «pensando, sobre todo, en los jóvenes, para cuya mayoría, al menos en Cuba, Sartre puede resultar hoy un desconocido o un fantasma sin consistencia, sin saber que algunas de las características de la existencia en el mundo de hoy y de las corrientes de pensamiento que lo recorren, para bien y para mal, están entrelazadas con este hombre». Y, en un giro que podría parecer brusco aunque no lo es tanto (casi diría que ni giro es), en el Nº 93 las «Apostillas» tienen que ver con los Beatles; no en balde una especie de acotación a forma de subtítulo dice que «De nuevo los años 60. Después de mayo del 68 y de Sartre, esta vez de la mano de los Beatles». Es este un artículo que muchos jóvenes en Cuba (y muchos no tan jóvenes pero sin dudas con afecciones más o menos severas en la memoria) deberían leer. Director: Orlando Márquez. Dirección: Habana Nº 152, esq. A Chacón, LA Habana Vieja, C.P. 10100.

■ VITRAL (Nos. 39 y 40, pp. 90 y 98, respect.)

Revista aeditada por el Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa de Pinar del Río. *Tras las huellas del Art Decó en Pinar del Río* es el título de un artículo de Nelson Melero Lazo que aparece en el Nº 39 y que va a sorprender a más de un lector por la acuciosa información que aporta acerca de la arquitectura de una provincia de la que siempre se ha pensado que lo único que hacía era producir el mejor tabaco de la Isla. En el Nº 40 vale la pena destacar el texto de Dagoberto Valdés *¿Qué es trabajar por la paz en Cuba hoy?*, en el que, tras un análisis serio de algunos de los conflictos más graves que asolan hoy el país, Valdés hace un llamado para que «no nos dejemos arrastrar por la pendiente de la confrontación». Director: Dagoberto Valdés Hernández. Dirección: Obispado de Pinar del Río, calle Máximo Gómez Nº 160, e/Ave. Rafael Ferro y Comandante Pinares, Pinar del Río, Cuba.

Convocatorias

ENSAYO

■ PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, ENSAYO. Dotación 2.500.000 pesetas. Distingue la obra de un autor español editada en su primera edición en el año anterior a la convocatoria. Confirmar fecha de presentación. Convoca Ministerio de Economía, la investigación y todo lo relacionado con las provincias de Sevilla, Cádiz, Huelva y Córdoba. Extensión máxima de 400 páginas. Cierra el 15 de septiembre. Convoca la Caja San Fernando. Plaza de San Francisco, 1, 41004 Sevilla.

■ CONCURSO IBEROAMERICANO DE INFORMES ARQUITECTÓNICOS. Dotado de 1.425.000 pesetas divididas en tres premios de 750.000, 625.000 y 500.000 pesetas. Tema: La arquitectura e ingeniería en Iberoamérica: Hombre, naturaleza y ciudad. Extensión máxima de 30 páginas. Cierra el 30 de septiembre. Convoca el Instituto de Ciencias de la Construcción Eduardo Torroja. Apartado 19002. 28080 Madrid.

■ FOMENTO DE LA INVESTIGACIÓN. Dotación de 2.000.000 pesetas. Un premio de 1.000.000 pesetas para la mejor monografía y cuatro ayudas de 250.000 pesetas. Tema: Las relaciones entre Andalucía y América en las áreas de artes, ciencia, historia y literatura. Cierra el 31 de octubre. Convoca Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Calle Abades, 14, 41004 Sevilla.

■ FUNDACIÓN FONDO DE CULTURA. Dotación 500.000 pesetas. Tema sevillano. Tesis doctoral. Se enviará un ejemplar de la tesis con una memoria de sus méritos y se indicará si se ha presentado a otros certámenes y los premios que haya recibido. Cierra el 15 de octubre. Convoca la Fundación Fondo de Cultura de Sevilla, FOCUS. Plaza de los Venerables, 8. 41004 Sevilla.

■ DON BALÓN. Dotación 5.000.000 pesetas en concepto de derechos de autor y de explotación de la obra. Tema: Deporte. Base: extensión mínima 180 páginas. No podrán optar autores premiados en anteriores ediciones. Se reserva el derecho de publicar en exclusiva aquellas obras que se considere de interés, previo acuerdo con el autor. Cierra el 10 de noviembre. Convoca la editorial

Don Balón. Ave. Diagonal, 435-1r -2º. 08007 Barcelona.

■ JOVELLANOS. Premio Internacional de ensayo. Dotación 3.000.000 pesetas en concepto de anticipo de derechos de autor por la edición de la obra, y diploma. Tema: la problemática social actual en cualquiera de sus aspectos, sea en su dimensión universal o en la española. Las obras podrán presentarse en disquetes, grabadas con cualquier procesador de textos de uso común. Se acompañará breve extracto del contenido de la obra con extensión máxima de dos folios. Si el idioma empleado es extranjero se adjuntará una traducción completa al castellano. Extensión máxima de 300 páginas. Cierra el 15 de noviembre. Convoca Ediciones Nobel. Calle Ventura Rodríguez, 4, 1º. 33004 Oviedo Asturias.

■ ARTE GALICIA. Premio Nacional de la crítica de arte. Dotación: Escultura de Julio Argüelles y placa. Tema: Crítica de arte y comentarios sobre las artes plásticas gallegas o el arte en general. Podrán optar por el premio todos los críticos de arte, periodistas, comentaristas, etc que hayan aparecido en algún medio de comunicación durante el presente año. Cierre el 31 de diciembre. Convoca la Revista Arte Galicia. Apartado 339. 15480 Ferrol. La Coruña.

■ DESNIVEL. Concurso de narrativa o ensayo. Dotación: 1.000.000 pesetas. Tema: literatura de montañas, viajes y aventuras. Obras inéditas escritas originalmente en castellano. Extensión mínima 100 páginas. Cierra el 15 de diciembre. Convoca Ediciones Desnivel: Calle San Victorino, 8, 28025 Madrid.

■ JOSÉ MARÍA DE CALATRAVA. Dotación 700.000 pesetas y publicación de la obra. Tema: Extremadura encuadrada bajo la denominación del concepto de ciencias sociales, geografía, medicina, historia, economía y derecho. Extensión mínima de 100 páginas. Cierra el 31 de diciembre. Convoca Ayuntamiento de Mérida. Biblioteca Pública Municipal. Calle Moreno de Vargas, 16. 06800 Mérida. Badajoz.

INVESTIGACIÓN

■ DR. ROGELI DUOCASTELLA DE CIENCIAS SOCIALES. Dotado de 2.000.000 pesetas divididas en primer premio de 1.500.000 pesetas y segundo de 500.000. Tema: Ciencias Socia-

les. Deberá tener cualidades científicas e innovadoras, una sólida base de investigación empírica y actualidad temática. El trabajo podrá ser presentado por una persona o un equipo. Extensión mínima de 150 páginas y máxima de 250. Los originales se presentarán quintuplicados. Convoca Fundación La Caixa. Avenida Diagonal, 621, 08028 Barcelona. Cierra el 15 de septiembre.

■ FUNDACIÓN RIVADENEYRA. Dotado de 500.000 pesetas divididas en un primer premio de 300.000 pesetas y un segundo de 200.000 pesetas. Tema: lingüística y literatura española. La Academia Española puede imprimir las obras premiadas, aunque los autores sean sus propietarios. Confirmar la fecha de presentación. Convoca el Ministerio de Educación y Cultura, y Real Academia Española. Calle Alcalá, 36. 28014 Madrid. Cierra el 30 de septiembre.

■ MARÍA ISIDRA DE GUZMÁN. Dotado de 500.000 pesetas y publicación de la obra. Trabajos sobre cualquier aspecto humano o científico que aporte conocimientos sobre la mujer en la actualidad o en épocas pasadas. Extensión mínima de 75 páginas acompañadas de los correspondientes apéndices documentales. Trabajos por quintuplicado. Convoca Ayuntamiento de Alcalá de Henares. Concejalía de la Mujer. Pza de los Santos Niños, 4, 2º. 28801 Alcalá de Henares. Madrid. Cierra el 15 de septiembre.

■ AGUSTÍN MILLARES CARLO. Dotado de 2.000.000 pesetas. Tema: Humanidades. Extensión máxima de 500 páginas. Convoca la Fundación Enseñanza Superior a Distancia. Calle Luis Dorestes Silva, 101.35004 Las Palmas de Gran Canaria. Cierra el 1 de octubre.

■ ALFONSO MARTÍN ESCUDERO. Dotado de 12.000.000 pesetas. Tema: la Universidad española en la Unión Europea. Convoca la Fundación Alfonso Martín Escudero. Ave Brasil, 30 28020 Madrid. Cierra el 15 de octubre.

■ ASÍ FUE. LA HISTORIA RESCATADA. Dotado de 10.000.000 pesetas. Trabajos del estilo de la colección *Así fue. La historia rescatada*. Memorias, biografías, ensayos, crónicas, encuestas, reportajes, etc. Extensión mínima de 250 páginas. Se acompañará de declaración firmada. Convoca la Editorial Plaza & Janés. Travesía de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona. Cierra el 1 de octubre.

■ CASA DE AMÉRICA. Dotado de 1.000.000 pesetas. Tema: relaciones iberoamericanas. Estudio sobre los aspectos que caracterizan lo iberoamericano: hombres, ideas e instituciones; movimientos de fuerzas políticas, sociales y culturales y su proyección de futuro. Se valorará el interés político, la actualidad, el rigor científico y el manejo de fuentes. Extensión mínima de 80 folios, incluyendo bibliografía y fuentes documentales en español y portugués. Adjuntar currículum, actividades, investigaciones y publicaciones. Convoca Casa de América. Aula Bolívar. Paseo de Recoletos, 2.28001 Madrid. Cierra el 30 de octubre.

■ ARCHIVO HISPALENSE. Concurso de Monografías. Dotado de 2.700.000 pesetas, divididas en cuatro premios ordinarios de 500.000 pesetas, y cuatro accésit de 175.000 pesetas cada uno. Estudios de investigación sobre Sevilla en las materias de historia, literatura, arte y ciencias sociales. Extensión mínima de 200 páginas y máxima de 500. Adjuntar una hoja explicativa de la temática del trabajo y las razones por las que se escoge. Convoca la Diputación Provincial de Sevilla. Avda Menéndez Pelayo, 32. 41071 Sevilla. Cierra el 30 de noviembre.

■ MARQUÉS DE CERRALBO. Dotado de 40.000 pesetas. Tema: vocabulario de etnología y arqueología indígena usado por cronistas de Indias. Convoca Ministerio de Educación y Ciencia. Ayuntamiento de Badajoz. Ronda del Pilar, 20 - 3º planta. 06002. Badajoz. Cierra el 22 de diciembre.

■ MENÉNDEZ PIDAL. Dotado de 1.000.000 pesetas. Tema: Estudio inédito sobre lingüística española. Convoca la Secretaría de la Real Academia Española. C/ Felipe IV, 4. 28071 Madrid. Cierra el 22 de diciembre.

■ NUESTRA AMÉRICA. Concurso de monografías. Dotado de 700.000 pesetas, divididas en un primer premio de 500.000 pesetas y accésit de 200.000 pesetas. Tema: historia, literatura o arte de países o zonas de América que hayan tenido vínculos con España y especialmente con Andalucía. Extensión mínima de 300 páginas y máxima de 600. Los trabajos inéditos se presentarán con los datos del autor. Se hará constar explícitamente el nombre del director del trabajo. Convoca la Diputación Provincial de Sevilla. Calle Menéndez y Pelayo, 32. 41071 Sevilla. Cierra en diciembre.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

■ **EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL.** Dotado de 4.000.000 pesetas, divididas en un primer premio de 3.000.000 y 1.000.000 para el finalista. Obras dirigidas a un público infantil entre 7 y 12 años. Los premios incluyen la publicación de las obras: El importe del premio se computará a cuenta de los derechos de autor. Convoca la Editorial Edebé. Pg. Sant Joan Bosco, 62. 08017 Barcelona. Cierra el 17 de septiembre.

■ **EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL.** Dotado de 5.000.000 pesetas, divididas en un primer premio de 4.000.000 y 1.000.000 para el finalista. Obras dirigidas a lectores mayores de 12 años. Extensión mínima de 80 páginas y máxima de 120. Los premios incluyen la publicación de las obras: El importe del premio se computará a cuenta de los derechos de autor. Convoca la Editorial Edebé. Pg. Sant Joan Bosco, 62. 08017 Barcelona. Cierra el 15 de septiembre.

■ **JUAN RULFO. EDITORIAL MONTE ÁVILA- CARACAS.** Premio de cuento para niños. Dotación 5.000 francos. Extensión máxima 20 páginas a razón de 22 líneas por página. Los relatos deberán ir firmados al final y con los datos personales. Convoca Centre Culturel du Mexique. 119, rue Vieille du Temple. 75003 Paris. Francia. Cierra el 30 de septiembre.

■ **LAZARILLO.** Dotado de 1.440.000 pesetas, divididas en un premio de 1.000.000 pesetas y dos accésit de 220.000. Podrán presentarse trabajos de narrativa, poesía o teatro. Confirmar la fecha de presentación. Convoca el Ministerio de Educación y Cultura. Organización Española para el libro infantil y juvenil. Calle Santiago de Rusiñol, 8. 28040. Madrid. Cierra el 15 de septiembre.

■ **MERLÍN DE LITERATURA INFANTIL.** Dotado de 1.000.000 pesetas. Presentar los originales por sextuplicado. Convoca Ediciones Xerais. Calle Doctor Marañón, 12. 36211 Vigo. Pontevedra. Cierra el 1 de septiembre.

■ **EL BARCO DE VAPOR.** Concurso del libro infantil. Dotado de 3.300.000 pesetas, divididas en un primer premio de 3.000.000 y edición de la obra y un premio finalista de 300.000 pesetas. Extensión mínima de 50 páginas. El género es novela. Convoca la Fundación Santa María. Calle Doctor Esquerdo, 125-3º. 28007 Madrid. . Cierra el 30 de octubre.

■ **GRAN ANGULAR.** Concurso del libro infantil. Dotado de 2.400.000 pesetas, divididas en un primer premio de 2.000.000 y un segundo premio de 400.000 pesetas. Extensión mínima de 100 páginas. El género es novela. Convoca la Fundación Santa María. Calle Doctor Esquerdo, 125-3º. 28007 Madrid. . Cierra el 30 de octubre.

■ **BIENAL INTERNACIONAL DE PUERTO RICO.** Dotación de 6 000\$ USA y publicación de la obra. Para el segundo y tercer premio sólo publicación. Extensión 20 páginas. Para escritores de habla hispana residentes en España, Latinoamérica, el Caribe y Estados Unidos. Convoca Universidad de Puerto Rico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Apartado 23322. San Juan de Puerto Rico 00931-3322. Puerto Rico. Cierra el 31 de diciembre.

NARRATIVA

■ **TIGRE JUAN A LA PRIMERA OBRA PUBLICADA.** Dotación de 1.000.000 pesetas y apoyo de la editorial para la comercialización de la obra. Concurrarán autores y editores de una publicación en castellano editada por primera vez a partir del 1 de septiembre del año anterior a la convocatoria. No pueden ser traducciones de obras escritas en otras lenguas. Convoca la Fundación Municipal de Cultura de Oviedo. Calle Diecinueve de Julio s/n, 5ª planta 33002 Oviedo Asturias. Cierra el 23 de septiembre.

■ **ALBERTO LISTA.** Premio de narraciones breves. Dotación 1.000.000 pesetas. Extensión máxima 15 páginas. Originales por quintuplicado. Convoca Fundación El Monte. Calle Laraña, 4, 3º. 41003 Sevilla. Cierra el 16 de octubre.

■ **LA SONRISA VERTICAL.** Premio narrativa erótica. Dotado de 2.000.000 pesetas como anticipo sobre derechos de autor y una estatuilla de Joaquín Camps. Tema: erotismo. Extensión mínima de 100 hojas y máxima de 200. Seudónimo obligatorio. Convoca Tusquets Editores. Apartado de Correos, 149. 08940 Cornellá de Llobregat (Baix Llobregat). Barcelona. Cierra el 30 de octubre.

■ **CASA DE AMÉRICA DE NARRATIVA AMERICANA INNOVADORA.** Dotado de 1.000.000 pesetas como anticipo de los derechos de autor y publicación de la obra en la colección *Nueva Biblioteca de Ediciones Lengua de Trapo*. Par-

tipificarán autores de América que no hayan presentado la obra a otro premio. Obras que busquen renovar los caminos de la narrativa con sólidos planteamientos formales y temáticos. Extensión mínima de 140 páginas. Adjuntar documento que acredite la nacionalidad. Convoca Casa de América y Ediciones Lengua de Trapo. Paseo de Recoletos, 2. 28001 Madrid. . Cierra el 22 de noviembre.

■ CIUDAD DE ALGECIRAS. Dotado de 500.000 pesetas y publicación de la obra. Tema: Andalucía. Extensión mínima de 50 páginas y máxima de 100. Cada concursante podrá presentar hasta dos obras no premiadas antes. Adjuntar breve currículum. Originales por cuadruplicado. Convoca Ayuntamiento de Algeciras. Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano. Calle Teniente Miranda, 118. 11201 Algeciras. Cádiz. Cierra el 31 de diciembre.

■ FEMENINO LUMEN. Premio de novela femenina. Dotado de 10.000.000 pesetas y publicación de la obra. Sólo para mujeres. Extensión mínima de 100 páginas(A4). Convoca Editorial Lumen. Calle Ramón Miquel i Planas, 10 baixos 08034 Barcelona. Cierra el 31 de diciembre.

NOVELA

■ ADRIANO DE NOVELA HISTÓRICA. Dotado de 1.000.000 pesetas. Extensión mínima de 200 páginas (30 líneas de 70 espacios). Originales por duplicado. Convoca Ediciones Apóstrofe. Llansa,41. 08015 Barcelona. Cierre el 6 de septiembre.

■ NADAL. Dotado de 4.000.000 pesetas repartidas en un primer premio de 3.000.000 y un segundo de 1.000.000 para el finalista además de la publicación de las obras. Extensión mínima de 150 folios. Convoca Ediciones Destino. Calle Enric Granados, 84. 08008 Barcelona. Cierra el 30 de septiembre.

■ AZORÍN. Dotado de 10.000.000 pesetas y publicación de la obra en ediciones Planeta. Extensión mínima de 150 folios. Convoca Diputación de Alicante. Editorial Planeta. Calle Tucumán,8. 03005 Alicante. Cierra el 30 de noviembre.

■ BIBLIOTECA BREVE. Dotación de 5.000.000 pesetas como anticipo de los derechos de autor y publicación de la obra. Extensión mínima de 150 folios. Convoca la Editorial

Seix Barral. Calle Córcega, 27, 4º. 08008 Barcelona. Cierra el 30 de noviembre.

■ ALFAGUARA. Dotación 175.000 dólares norteamericanos (unos 28 millones de pesetas), la edición de la novela en 16 países y escultura. Extensión mínima de 200 páginas. Los originales podrán enviarse a cualquiera de las sedes de Alfaguara en América Latina o España. El premio implica la sesión de los derechos, incluidos los cinematográficos, a la editorial. Convoca Editorial Alfaguara. Calle Torrelaguna, 60. 28043 Madrid. . Cierra el 15 de diciembre.

■ PRIMAVERA. Dotado de 30.000.000 pesetas y edición de la obra. Extensión mínima de 150 folios. Convoca Espasa-Calpe y Ámbito Cultural El Corte Inglés. Carretera de Irún Km 12,200. 28049 Madrid e-mail: . Cierra el 31 de diciembre.

■ RÍO MANZANARES. Dotado de 2.700.000 pesetas repartidas en un primer premio de 2.000.000 y un segundo de 700.000. Tema: Madrid. Extensión mínima de 100 páginas y máxima de 200. Originales por quintuplicado. Comprobar las fechas de convocatoria. Convoca Empresa Municipal del Suelo. Paseo de la Castellana, 52. 28046 Madrid. Cierra el 10 de diciembre.

■ BIENAL INTERNACIONAL DE PUERTO RICO. Dotación de 6 000\$ USA y publicación de la obra. Para el segundo y tercer premio sólo publicación. Extensión 200 páginas. Para escritores de habla hispana residentes en España, Latinoamérica, el Caribe y Estados Unidos. Convoca Universidad de Puerto Rico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Apartado 23322. San Juan de Puerto Rico 00931-3322. Puerto Rico. Cierra el 31 de diciembre.

POESÍA

■ ATENEO JOVELLANOS. Dotado de 500.000 pesetas y publicación de la obra. Se presentará un solo poemario con un mínimo de 350 versos y un máximo de 500. Originales por quintuplicado. Convocado por Ateneo Jovellanos. Calle Begoña, 25.33206 Gijón. Asturias. Cierra el 1 de octubre.

■ CÁCERES PATRIMONIO MUNDIAL. Dotado de 1.000.000 pesetas. Extensión mínima 700 versos. Originales por quintuplicado encuadernados. Podrán presentarse los autores con al menos dos obras publicadas cuyos

gastos no hayan corrido por el autor. Convoca Ayuntamiento de Cáceres. Comisión de Educación, Cultura y Turismo. Plaza Mayor, 1. 10003 Cáceres. Cierra el 11 de octubre.

■ **INMACULADA VIEIRA VILLA DEL PEDROSO.** Dotado de 1.000.000 pesetas. Extensión mínima de 800 versos. Originales por cuadruplicado. Convoca Ayuntamiento de El Pedroso, Sociedad de Desarrollo Local. 41360 El Pedroso. Sevilla. Cierra el 3 de octubre.

■ **MARIANO ROLDÁN.** Dotado de 500.000 pesetas y edición de la obra en la Colección Anfora Nova de poesía. Extensión mínima de 500 versos y máxima de 1 000. Originales por quintuplicado. Convoca Revista Literaria Anfora Nova. Ayuntamiento de Rute. Apartado de Correos, 14, 14960 Rute. Córdoba. Cierra el 15 de octubre.

■ **PROVINCIA DE GUADALAJARA.** Dotado de 400.000 pesetas. Extensión mínima de 500 versos y máxima de 1 000. Convoca la Diputación Provincial de Guadalajara, Servicio de cultura. Plaza de Moreno s/n. 19001 Guadalajara. Cierra el 15 de octubre.

■ **RAFAEL ALBERTI.** Dotado de 1.200.000 pesetas, divididas en premio de 1.000.000 de pesetas y accésit de 200.000. Extensión máxima de 1000 versos. Originales por quintuplicado. Convoca Fundación Unicaja. Plaza de San Agustín, 3. 11004 Cádiz. Cierra el 29 de octubre.

■ **FERIA DEL LIBRO DE MADRID PARQUE DEL BUEN RETIRO.** Dotado de 1.000.000 pesetas. Extensión mínima de 500 versos y máxima de 1000. Convoca la Comisión Organizadora de la Feria del Libro. Calle Santiago Rusiñol, 8. 28040 Madrid. e-mail: . Cierra el 19 de noviembre.

■ **BIENAL PROVINCIA DE LEÓN.** Dotado de 750.000 pesetas y publicación de la obra. Extensión mínima de 750 versos en folios cosidos y grapados. Se presentarán libros inéditos de poesía. Convoca Instituto Leonés de Cultura de la Diputación Provincial de León. Calle Puerta de la Reina, 1. 24003 León. Cierra el 1 de noviembre.

■ **BAHÍA.** Dotación de 500.000 pesetas y publicación de 100 ejemplares de la obra. Extensión mínima de 700 versos y máxima de 1000. Convoca Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano. Calle Teniente Miranda, 118, 11201 Algeciras Cádiz. Cierra el 31 de diciembre.

■ **CIUDAD DE MÉRIDA.** Dotación de 350.000 pesetas. Extensión mínima de 400 versos y máxima de 600. Convoca Ayuntamiento de Mérida. Biblioteca Pública Municipal. Calle Moreno de Vargas, 10. 06800 Mérida. Badajoz.

■ **LUIS CERNUDA.** Dotado de 1.500.000 pesetas. Libro de poemas inéditos. Extensión mínima de 500 versos. Originales por quintuplicado. Convoca Ayuntamiento de Sevilla. Calle Pajaritos, 14 41001 Sevilla. Cierra el 31 de diciembre.

■ **NICOLÁS GUILLÉN.** Dotación 2000 \$ USA. Para poetas residentes en los países del Caribe hispano. Extensión entre 40 y 80 cuartillas. Se pueden enviar las obras por correo electrónico. Convoca Casa Internacional del Escritor de Bacalar. Ave. 3 s/n Colonia Magisterial. 77930 Bacalar, Quintana Roo. México. Cierra el 30 de noviembre.

■ **BIENAL INTERNACIONAL DE PUERTO RICO.** Dotación de 6 000\$ USA y publicación de la obra. Para el segundo y tercer premio sólo publicación. Extensión 500 versos. Para escritores de habla hispana residentes en España, Latinoamérica, el Caribe y Estados Unidos. Convoca Universidad de Puerto Rico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Apartado 23322. San Juan de Puerto Rico 00931-3322. Puerto Rico. Cierra el 31 de diciembre.

RELATO Y CUENTO

■ **SÉSAMO.** Dotación de 800.000 pesetas. Convoca Cuevas de Sésamo. Príncipe, 7. 28012. Madrid. Cierra el 15 de septiembre.

■ **ALFONSO GROSSO.** Dotación de 1.500.000 pesetas. Libros de relatos inéditos. Extensión mínima de 45 folios y máxima de 70. Originales por quintuplicado. Convoca Ayuntamiento de Sevilla. Calle Pajaritos, 14. 41001 Sevilla. Cierra el 31 de diciembre.

■ **ANA MARÍA MATUTE.** Dotación de 150.000 pesetas y publicación de la obra. Sólo para mujeres. Extensión máxima de 12 folios. Originales por duplicado. Convoca Ediciones Torreozos. Apartado de correos 19032. 28080. Madrid.

■ **JUAN RULFO.** Dotación: 130.000 francos, y el Premio Semana Negra de Gijón. Incluye los siguientes premios: Unión Latina para escritores inéditos; Semana Negra a un cuento policial; Salón del Libre Iberoamericano, a relatos latinoamericanos; Monte de Ávila para autores

de cuentos infantiles; Feria del Disco para relatos en los que la música sea el tema central; Le Monde Diplomatique, para cuentos de temas sociales. Convoca Centre Culturel du Mexique. 119 rue Vieille du Temple. 75003 París. Francia. Cierra el 30 de septiembre.

■ BIENAL INTERNACIONAL DE PUERTO RICO. Dotación de 6 000\$ USA y publicación de la obra. Para el segundo y tercer premio sólo publicación. Extensión 100 páginas. Para escritores de habla hispana residentes en España, Latinoamérica, el Caribe y Estados Unidos. Convoca Universidad de Puerto Rico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Apartado 23322. San Juan de Puerto Rico 00931-3322. Puerto Rico. Cierra el 31 de diciembre.

TEATRO

■ ANTONIO BUERO VALLEJO. CIUDAD DE GUADALAJARA. Dotación de 500.000 pesetas, publicación y representación de la obra. Convoca Ayuntamiento de Guadalajara. Calle Dos de Mayo, 1. 19004 Guadalajara. Cierra el 30 de septiembre.

■ MARÍA TERESA DE LEÓN PARA AUTORAS DRAMÁTICAS. Dotación de 1.825.000 pesetas, divididas en primer premio de 1.250.000 y accésit de 575.000 pesetas. Convoca Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales. Costanilla de los Ángeles 13- bajo izq. 28013 Madrid. Cierra el 15 de septiembre.

■ SGAE. Dotado de 1.500.000 pesetas divididas en primer premio de 1 000.000 de pesetas y un accésit de 500.000. Para autores socios de la SGAE. Convoca Sociedad General de Autores y Editores. Fundación de Autor. Calle Fernando Sexto, 4. 28004 Madrid. Cierra el 30 de septiembre.

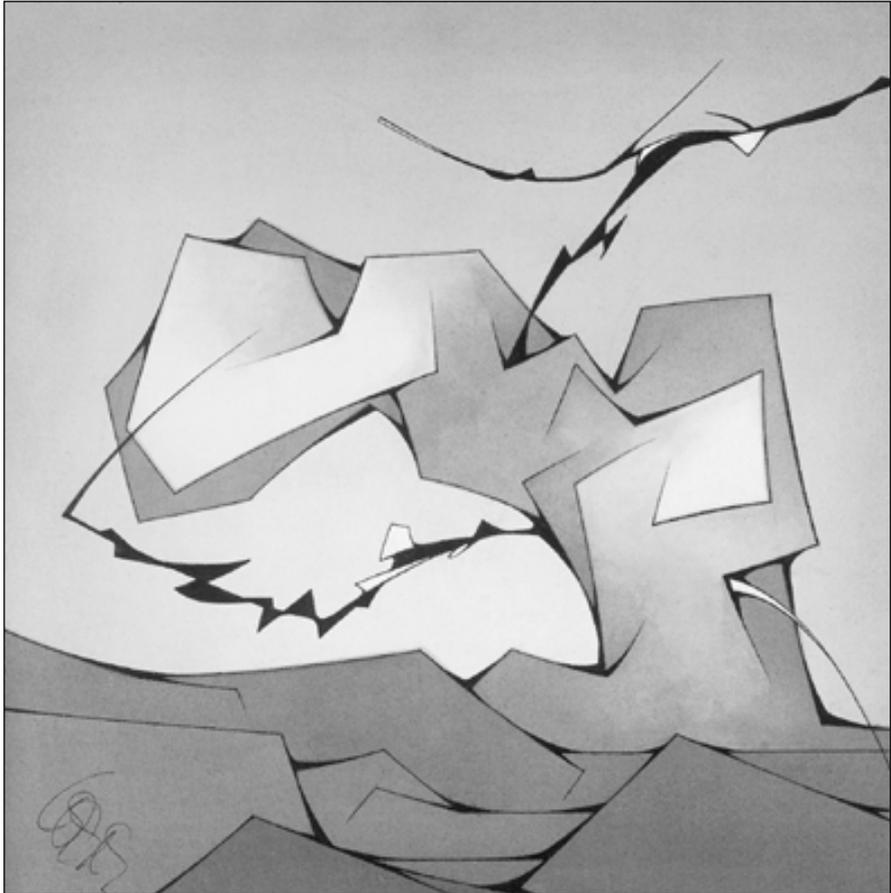
■ ENRIQUE LLOVET. Dotación de 2.500.000 pesetas. Originales por quintuplicado. Adjuntar currículum y DNI. Convoca la Diputación de Málaga. Calle Ollerías s/n. 29012 Málaga. Cierra el 31 de octubre.

■ IBEROAMERICANO DE DRAMATURGIA INFANTIL. Dotación de 200.000 pesetas y publicación de 2000 ejemplares. Extensión de 50 páginas. Convoca Centro de Documentación de Títeres de Bilbao, Comité Iberoamericano de Creación e Investigación Teatral. Calle Barrainkua, 5. 48009 Bilbao. Cierra el 15 de noviembre.

■ HERMANOS MACHADO. Dotación de 1.500.000 pesetas repartidas en un primer premio de 1.000.000 pesetas y dos accésit de 300.000 y 200.000. Originales por quintuplicado. Convoca el Ayuntamiento de Sevilla. Moscardó, 1. 41004 Sevilla. Cierra el 31 de diciembre.

■ ONASSIS. Dotado de 325.000 \$ USA, repartidos en tres premios. Además de presentarse en su idioma original, los textos deben traducirse al griego o al inglés obligatoriamente. Convoca Fundación Alexander S. Onassis. Onassis Prizes/Eschinou Street,7 (Plaka). 105 58 Atenas. Grecia. Cierra el 31 de diciembre.

■ BIENAL INTERNACIONAL DE PUERTO RICO. Dotación de 6 000\$ USA y publicación de la obra. Para el segundo y tercer premio sólo publicación. Para escritores de habla hispana residentes en España, Latinoamérica, el Caribe y Estados Unidos. Convoca Universidad de Puerto Rico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Apartado 23322. San Juan de Puerto Rico 00931-3322. Puerto Rico. Cierra el 31 de diciembre.



COLABORADORES

- Eliseo Alberto.** (La Habana, 1951). Su última novela es *Fábula de José*. Reside en México.
- Rafael Alcides.** Poeta y ensayista; ha publicado, entre otros poemarios, *Agradecido como un perro*. Reside en La Habana.
- Ramón Alejandro.** (La Habana, 1943). Pintor. Reside en Miami después de una larga estancia en París.
- Rafael Almanza.** Economista y escritor cubano. Reside en Camagüey.
- Diana Álvarez.** Nacida en Cuba. Es profesora en la Universidad de Seton Hall en Estados Unidos.
- Antón Arrufat.** (Santiago de Cuba, 1935). Poeta, narrador y dramaturgo. Su novela más reciente es *La noche del Aguafiestas*. Reside en La Habana.
- Jesús J. Barquet.** (La Habana, 1953). Poeta y ensayista. Su publicación más reciente es *Naufragios/Shipwrecks*. Profesor en New México State University en Las Cruces.
- Víctor Batista.** (La Habana, 1933). Director de la Editorial Colibrí. Reside en Madrid.
- Antonio Benítez Rojo.** (La Habana, 1931). Autor, entre otros libros, de la monografía *La isla que se repite*. Reside en Estados Unidos.
- Marta Bizcarrondo.** Catedrática-Directora del Departamento de Historia Contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras (UAM). Coautora del libro *Cuba-España. El dilema autonomista, 1878-1890* (Colibrí, 2000).
- Félix Antonio Bonne Carcassés.** Ex prisionero de conciencia. Coautor del documento *La patria es de todos*. Reside en La Habana.
- Atilio Caballero.** (Cienfuegos, 1959). Novelista, dramaturgo, poeta y director de teatro. Su última novela publicada es *La última playa*. Reside en La Habana.
- Jorge G. Castañeda.** Ensayista mexicano. Autor, entre otros libros, de la biografía del Che Guevara *La vida en rojo*. Es Secretario de Relaciones Exteriores de México.
- Mons. Carlos Manuel de Céspedes.** Sacerdote y escritor cubano. Ha publicado la novela *Érase una vez en La Habana*.
- René Depestre.** Poeta e intelectual haitiano. Ha publicado, entre otros poemarios, *Un arcoiris para el occidente cristiano*. Reside en Francia.
- Jesús Díaz.** (La Habana, 1941). Su última novela publicada es *Siberiana*. Director de la revista *Encuentro*. Reside en Madrid.
- Jorge Domínguez.** Miembro del Diálogo Interamericano. Ha publicado, entre otros libros, la monografía *Cuba, Order and Revolution*. Reside en Cambridge.
- Antonio Elorza.** Catedrático de Ciencias Políticas en la Facultad de Ciencia Políticas y Sociología (UCM). Ha realizado diversos estudios sobre historia de los nacionalismos en la España del siglo XIX, siendo coautor de *Cuba-España. El dilema autonomista, 1878-1890*.
- Carlos Espinosa.** (Guisa, 1951). Crítico e investigador cubano. Su último libro es *Lo que opina el otro. Algunos apuntes sobre la crítica teatral*. Reside en Miami.
- Norge Espinosa Mendoza.** (Santa Clara, 1971). Poeta, dramaturgo y crítico. Ha publicado los poemarios *Las breves tribulaciones* y *Los pequeños prodigios*. Es secretario de redacción de la revista *Tablas* y dirige el Centro de Promoción Cultural El Ateneo.
- Tony Évora.** Artista plástico y musicólogo cubano. Su último libro es el ensayo *Orígenes de la música cubana*. Reside en Madrid.
- Lino B. Fernández.** (Camagüey). Médico psiquiatra, ejerce en Miami. Prisionero político desde 1961 hasta 1978. Es miembro fundador de la Mesa de Reflexión de la Oposición Moderada (1998).
- Gerardo Fernández Fe.** (La Habana, 1971). Ha publicado el poemario *Las palabras pedestres*. Reside en La Habana.
- Joaquín Ferrer.** (Manzanillo, 1929). Pintor cubano. Su obra está presente en algunos

- de los museos más importantes del mundo. Reside en París.
- Alejandro de la Fuente.** Profesor de Historia latinoamericana y del Caribe (Universidad de Pittsburgh). Es autor de *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba*.
- Antonio García-Crews.** (La Habana). Abogado y graduado en Estados Unidos. Prisionero político desde 1960 a 1977. Actualmente es miembro del Consejo de Asesores de la Coordinadora Social Demócrata de Cuba. Reside en Florida.
- Manuel García Verdecia.** Escritor y crítico. Reside en Holguín.
- Lourdes Gil.** (La Habana). Poeta y ensayista. Es profesora del programa de Estudios de América Latina en la City University of New York. Su último libro es *El cerco de las transfiguraciones*. Reside en Nueva Jersey.
- René Gómez Manzano.** Ex prisionero de conciencia. Coautor del documento *La patria es de todos*. Reside en La Habana.
- Roberto González Echevarría.** Nacido en Cuba, es profesor de la Universidad de Yale. Ha publicado entre otros libros, *La prole de Celestina*.
- Luis González Ruisánchez.** Crítico musical. Reside en La Habana.
- Germán Guerra.** (Guantánamo, 1966). Poeta y ensayista. Ha publicado *Dos Poemas y Metal*. Reside en Miami.
- José M. Hernández.** (Camagüey) Historiador. Su último libro publicado es *Política y militarismo en la independencia de Cuba*. Reside en Miami.
- Emilio Ichikawa.** (Bauta, 1962). Ha sido profesor de Filosofía en la Universidad de La Habana. Autor del libro de ensayos *El pensamiento agónico*. Reside en Miami.
- Roberto Jiménez.** (Santa Clara, 1940). Co-fundador de la FEU de la Universidad de Las Villas en 1959. Cumplió 17 años en prisión (1961-1978).
- Jorge Luis Llópiz.** Cuentista y ensayista. Autor del ensayo *La región olvidada de José Lezama Lima*. Reside en Miami.
- Maritza Lugo Fernández.** (La Habana). Prisión Occidental del Mujeres, Manto Negro.
- Raudelio Machín.** (Cuba). Psicólogo, escritor y profesor universitario, reside en Cuba.
- Héctor Maseda.** Ensayista cubano. Reside en Miami.
- Byron Miguel.** Fue prisionero político en Cuba de 1961 1970. Actualmente reside en Miami y ocupa el cargo de Secretario de Formación de la Coordinadora Social Demócrata de Cuba.
- Benigno Nieto.** Novelista. Su segunda novela, *Reina de la vida*, acaba de publicarse en Madrid y Miami simultáneamente. Nació en la antigua provincia de Oriente.
- Iván de la Nuez.** (La Habana, 1964). Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Su último libro publicado es *Paisajes después del muro*. Reside en Barcelona.
- Carlos Olivares Baró.** (Guantánamo, 1950). Es autor de *La orfandad del esplendor*. Colabora en *Encuentro en al Red* con artículos sobre música popular cubana. Es profesor universitario en México, ciudad donde reside.
- Ileana Pérez Drago.** (La Habana, 1964). Arquitecta. Especialista en restauración arquitectónica. Investiga para su tesis doctoral «Los hierros en la arquitectura colonial habanera». Reside en Madrid.
- Marifeli Pérez-Stable.** (La Habana, 1949). Miembro del equipo de redacción de *Encuentro*. Su libro *La revolución cubana* fue publicado por la Editorial Colibrí (Madrid).
- Jose Luis Piñeiro.** Médico. Nació en Las Villas, zona del Escambray. Vive en Miami.
- Arsenio Rodríguez Quintana.** (Ciudad de La Habana, 1964). Publicó el libro de Narrativa *La caída y otros deseos*. Participó en el *Diccionario de Rock Latino, Agae-Zona de obras*.
- Guillermo Rodríguez Rivera.** (Santiago de Cuba, 1944). Poeta y profesor universitario. Ha publicado *Sobre la historia del tropo poético*, 1985. Reside en La Habana.
- Rafael Rojas.** (La Habana, 1965). Historiador. La editorial Colibrí ha publicado su libro *El arte de la espera*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Ciudad México.
- Martha Beatriz Roque.** Ex prisionera de conciencia. Coautora del documento *La patria es de todos*. Dirige el Instituto Cubano de Investigaciones Económicas Manuel Sánchez Herrero. Reside en La Habana.
- Rafael Saumell.** (La Habana). Desde 1988 reside en los Estados Unidos, actualmente

vive en Conroe (Texas). Fue preso político entre 1981 y 1986. Es profesor asociado de Español en la Universidad pública Sam Houston de Texas.

Salvador E. Subirá. (Camagüey). Coautor de *La democracia económica*. Su obra poética hecha en parte en su largo presidio de 17 años, fue publicada bajo el nombre *Don Sinsonte de la Palma*. Ex presidente de la Coordinadora Social Demócrata.

José Miguel Torres. (La Habana). Graduado de Administración y Dirección de Personal. Condenado a 20 años de prisión.

Amir Valle. Narrador y ensayista cubano. Reside en La Habana.

Aurelio de la Vega. (La Habana, 1935). Compositor. Fue profesor Emérito Distinguido de la Universidad Estatal de California donde dio clases de 1959 a 1993. Reside en Los Ángeles.

D I S T R I B U I D O R E S

Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Avda. San Ginés, 147, Nave D
30169 San Ginés
Tel.: 968 88 44 27

Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.
Ctra. de Picaña, 4
46200 Paiporta - Valencia
Tel.: 96 397 51 48 / 54 95
Fax: 96 397 58 76

Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Ceuta, Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Polígono La Chaparrilla,
parcela 34-36
41016 Sevilla
Tel.: 95 440 63 66
Fax: 95 440 25 80

Granada, Almería, Jaén, Málaga,

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Carrión-Los Negros, 19
29013 Málaga
Tel.: 95 225 10 04

Madrid

CELESTE EDICIONES
Fernando VI 8, 1º centro
28004 Madrid
Tel.: 91 310 08 96 - 91 310 05 99
Fax: 91 310 04 59
e-mail: celeste@fedecali.es

Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA
Polígono Industrial Nave 5
Roces, 33211 Gijón
Tel.: 98 516 79 30

Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES
Catedral, 29
38204 La Laguna
Tenerife, Canarias
Tel.: 922 25 32 44

E X P O R T A D O R E S

CELESA

Moratines, 22, 1º B
28005 Madrid
Tel.: 91 517 01 70
Fax: 91 517 34 81

PUVILL LIBROS, S.A.

Estany, 13, Nave D-1
08038 Barcelona
Tels.: 93 298 89 60
Fax: 93 298 89 61

L'ALEBRIJE

Gosol, 39
08017 Barcelona
Tel.: 93 280 06 77
Fax: 93 205 77 24

HOMENAJE A ANTÓN ARRUFAT ■ NORGE ESPINOSA MENDOZA ■
JORGE LUIS LLÓPIZ ■ DIANA ÁLVAREZ AMELL ■ JESÚS J. BARQUET
■ **EN PROCESO** ■ ALEJANDRO DE LA FUENTE ■ **CUENTOS DE
ENCUENTRO** ■ JESÚS DÍAZ ■ BENIGNO NIETO ■ AMIR VALLE ■
DOSSIER: EL PRESIDIO POLÍTICO EN CUBA ■ JOSÉ M. HERNÁNDEZ
■ RAFAEL E. SAUMELL ■ ANTONIO GARCÍA-CREWS ■ BYRON
MIGUEL ■ ROBERTO JIMÉNEZ ■ JOSÉ MIGUEL CALERO ■ SALVADOR
E. SUBIRÁ ■ LINO B. FERNÁNDEZ ■ HÉCTOR MASEDA ■ JOSÉ LUIS
PIÑEIRO ■ MARTHA BEATRIZ ROQUE ■ MARITZA LUGO FERNANDEZ
■ FÉLIX A. BONNE CARCASSÉS ■ RENÉ GÓMEZ MANZANO ■
MIRADAS POLÉMICAS ■ JORGE DOMÍNGUEZ ■ VÍCTOR BATISTA ■
GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA ■ IVÁN DE LA NUEZ ■ RAFAEL
ROJAS ■ **POESÍA** ■ RAFAEL ALCIDES ■ **TEXTUAL** ■ ELISEO ALBERTO
■ JORGE CASTAÑEDA ■ **VISIÓN DE AMÉRICA** ■ RENÉ DEPESTRE ■
AURELIO DE LA VEGA ■ ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA ■
ANTONIO BENÍTEZ ROJO ■ TONY ÉVORA ■ ARSENIO RODRÍGUEZ
■ LUIS GONZÁLEZ RUISÁNCHEZ ■ CARLOS OLIVARES BARÓ ■
ANTONIO ELORZA ■ MARTA BIZCARRONDO ■ MONS. CARLOS
MANUEL DE CÉSPEDES ■ RAUDELIO MACHÍN ■ MANUEL VERDECIA

EDICIÓN ESPECIAL V ANIVERSARIO

